

The Signs of the Times

**Colección de escritos de Elena G. de White en el
periódico The Signs of the Times**

Volumen 6

30 de setiembre de 1889 – 5 de diciembre de 1892

Elena G. de White

Contenido

30 de septiembre de 1889	8
14 de octubre de 1889	12
21 de octubre de 1889	16
28 de octubre de 1889	19
4 de noviembre de 1889	22
11 de noviembre de 1889	24
18 de noviembre de 1889	28
25 de noviembre de 1889	31
16 de diciembre de 1889	34
23 de diciembre de 1889	36
30 de diciembre de 1889	38
6 de enero de 1890	42
13 de enero de 1890	44
20 de enero de 1890	47
27 de enero de 1890	51
3 de febrero de 1890.....	54
3 de febrero de 1890.....	56
10 de febrero de 1890.....	59
17 de febrero de 1890.....	62
24 de febrero de 1890.....	64
3 de marzo de 1890	67
10 de marzo de 1890	70
17 de marzo de 1890	74
24 de marzo de 1890	77
31 de marzo de 1890	80
7 de abril de 1890	83
14 de abril de 1890	86

21 de abril de 1890	88
28 de abril de 1890	92
12 de mayo de 1890	95
19 de mayo de 1890	98
26 de mayo de 1890	102
2 de junio de 1890	106
9 de junio de 1890	112
16 de junio de 1890	116
7 de julio de 1890	119
14 de julio de 1890	121
21 de julio de 1890	123
28 de julio de 1890	126
4 de agosto de 1890	128
11 de agosto de 1890	132
18 de agosto de 1890	134
1 de septiembre de 1890	136
8 de septiembre de 1890	138
22 de septiembre de 1890	139
6 de octubre de 1890	142
13 de octubre de 1890	144
3 de noviembre de 1890	146
10 de noviembre de 1890	148
24 de noviembre de 1890	149
1 de diciembre de 1890	152
8 de diciembre de 1890	153
15 de diciembre de 1890	155
22 de diciembre de 1890	157
29 de diciembre de 1890	160
5 de enero de 1891	161

12 de enero de 1891	164
19 de enero de 1891	167
26 de enero de 1891	169
9 de febrero de 1891	172
16 de marzo de 1891	174
23 de marzo de 1891	176
30 de marzo de 1891	178
6 de abril de 1891	180
13 de abril de 1891	182
20 de abril de 1891	184
27 de abril de 1891	186
18 de mayo de 1891	188
25 de mayo de 1891	190
1 de junio de 1891	192
8 de junio de 1891	195
15 de junio de 1891	198
22 de junio de 1891	200
29 de junio de 1891	202
6 de julio de 1891	205
20 de julio de 1891	207
27 de julio de 1891	209
3 de agosto de 1891	211
10 de agosto de 1891	213
17 de agosto de 1891	215
24 de agosto de 1891	218
7 de septiembre de 1891	221
28 de septiembre de 1891	224
12 de octubre de 1891	227
9 de noviembre de 1891	230

16 de noviembre de 1891	232
23 de noviembre de 1891	236
30 de noviembre de 1891	240
7 de diciembre de 1891	243
14 de diciembre de 1891	245
21 de diciembre de 1891	247
28 de diciembre de 1891	251
8 de febrero de 1892.....	255
8 de febrero de 1892.....	259
15 de febrero de 1892.....	263
22 de febrero de 1892.....	266
29 de febrero de 1892.....	270
7 de marzo de 1892	273
14 de marzo de 1892	277
21 de marzo de 1892	280
28 de marzo de 1892	283
28 de marzo de 1892	285
4 de abril de 1892	287
11 de abril de 1892	290
18 de abril de 1892	294
25 de abril de 1892	298
2 de mayo de 1892	301
9 de mayo de 1892	305
16 de mayo de 1892	309
30 de mayo de 1892	312
30 de mayo de 1892	314
6 de junio de 1892	317
13 de junio de 1892	319
20 de junio de 1892	322

27 de junio de 1892	325
4 de julio de 1892	327
11 de julio de 1892	330
18 de julio de 1892	333
25 de julio de 1892	335
1 de agosto de 1892.....	339
8 de agosto de 1892.....	344
15 de agosto de 1892.....	347
22 de agosto de 1892.....	349
29 de agosto de 1892.....	352
5 de septiembre de 1892.....	355
12 de septiembre de 1892.....	357
19 de septiembre de 1892.....	360
26 de septiembre de 1892.....	364
3 de octubre de 1892	367
10 de octubre de 1892	370
17 de octubre de 1892	372
24 de octubre de 1892	375
7 de noviembre de 1892	379
14 de noviembre de 1892	381
21 de noviembre de 1892	385
28 de noviembre de 1892	389
5 de diciembre de 1892	392

SECABIPP

30 de septiembre de 1889

Cómo glorificar a Dios

[Sermón en Chicago, ILL., 8 de abril de 1889.]

EGW

A través de todas nuestras pruebas debemos pensar en el plan de salvación, debemos educar el alma para ejercitar la fe en Cristo y rendir alabanzas a Dios. Cristo sufrió el oprobio. Fue vilipendiado y rechazado por los hombres. Incluso decían que tenía un demonio, pero no rehuyó la cruz del sufrimiento, y no debemos murmurar de la parte abnegada de la religión. Todo el Cielo está interesado en la prueba de nuestras almas, el universo entero está interesado en ver cómo soportamos la cruz y soportamos la vergüenza. Debéis trabajar en vuestra propia salvación con temor y temblor; porque Dios es el que obra en vosotros, así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Dios no obra con el hombre sin su cooperación. El poder divino se combinará con el esfuerzo humano, y os capacitará para enfrentaros con éxito al enemigo de vuestras almas. En Cristo debéis afrontar toda dificultad; y si otros no simpatizan con vuestras ideas, no debéis herirlos con enemistad, sino apretaros contra el costado sangrante de vuestro Salvador.

Si tienes dudas, no debes gratificar al maligno contándoselas a los demás. Si confías en Cristo, tan cierto como que murió en la cruz del Calvario, obtendrás la victoria. Fue la fe viva la que hizo que la mujer que había sufrido bajo la enfermedad durante años tocara el borde del manto de Cristo. Esta es la fe que debemos tener, y entonces no hablaremos de nuestras pruebas y conflictos; porque a través de todos ellos, tendremos un gozo indecible y lleno de gloria. Jesús ha dicho: "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". Debemos desplegar el estandarte del Príncipe de Paz, y en la perplejidad y el dolor no debemos perder de vista a Aquel que es poderoso para salvar.

Jesús vino a esta tierra, mancillado y abrasado por la maldición, con el propósito de traer poder moral a los hombres. Él libró la batalla en favor del hombre en el desierto de la tentación, y fue la misma batalla que cada uno de nosotros debe librar hasta el fin de los tiempos. Cristo no fue vencido en este conflicto. El que hacía milagros por los demás, no hacía ninguno por sí mismo. Había revestido su divinidad de humanidad y había venido a traer el poder divino al hombre. Se enfrentó al enemigo a cada paso con un "Está escrito". Utilizó la palabra de Dios

para frustrar las tentaciones del maligno. En esto radica nuestra seguridad. Debemos estudiar la palabra de Dios, y estar tan llenos de ella, que podamos enfrentar al enemigo de nuestras almas con "Está escrito", como lo hizo nuestro ejemplo. Entonces podríamos esperar la gracia que Dios ha prometido, para capacitarnos para ser vencedores. Debes estar lleno de esperanza en la obra del Señor. Un hombre desanimado no puede glorificar a Dios. Hagas lo que hagas, no debes perder la esperanza y la fe. Cuando te desanimas es una evidencia de que has permitido que el enemigo se interponga entre tu alma y Dios. Debes aferrarte a la esperanza puesta delante de ti, y saldrás victorioso, y estarás listo para cantar las alabanzas de Dios.

Cuando Cristo vino a este mundo, se encontró con que Satanás lo tenía todo a su antojo. El adversario de Dios y de los hombres se creía realmente el príncipe de la tierra, pero Jesús se apoderó del mundo para sacarlo del poder de Satanás. Vino a redimirlo de la maldición del pecado y de la pena de la transgresión, para que el transgresor fuera perdonado. Él plantó la cruz entre la tierra y el cielo, y entre la divinidad y la humanidad; y cuando el Padre contempló la cruz, quedó satisfecho. Dijo: "Basta, la ofrenda está completa". Dios y el hombre pueden reconciliarse. Los que han vivido en rebelión contra Dios pueden reconciliarse si, al ver la cruz, se arrepienten y aceptan la gran propiciación que Cristo ha hecho por sus pecados. En la cruz ven que "la misericordia y la verdad se han encontrado; la justicia y la paz se han besado".

No apreciamos el amor de Dios como deberíamos. Cuando Dios entregó a su Hijo para que muriera por los pecados de los hombres, entregó todo el Cielo en ese único don. No había nada que Dios pudiera negar a la humanidad después de entregar a su amado Hijo; porque Cristo mismo había asumido la humanidad. Se hizo niño para comprender las tentaciones de la infancia, conocer sus debilidades y poder ayudar a los niños a ser vencedores. Pasó de la juventud a la madurez, y llevó nuestras penas y soportó nuestros dolores. Fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Cuando acudimos a Él con sinceridad, pidiendo perdón, nos perdona. No necesitamos esperar para hacernos aceptables; porque nunca podemos. No podemos hacer obras que nos recomienden a Dios cuando hemos pecado. Debemos venir a la cruz, y poner nuestra carga de pecado sobre Jesucristo, y creer que somos perdonados por Cristo que murió por nosotros. Cuando reconocemos nuestro pecado y buscamos el perdón por medio de Cristo, la ley es exaltada. Es la norma moral de Dios, y nos dice lo que es el pecado. Dice Juan: "El pecado es la transgresión de la ley". Los que han pecado deben colgar sus almas indefensas en Cristo.

Debes poner tu voluntad del lado de la voluntad de Dios. No puedes ser vencido por el enemigo a menos que opongas resistencia positiva a la voluntad de Dios. Podemos ser más que vencedores mediante la fe en aquel que nos ha amado y se ha entregado por nosotros. Cuando vengas a Dios, debes venir con confianza. Cuando Satanás presiona sobre tu alma sus tentaciones para que dudes de que Dios tendrá misericordia en tu caso, debes contraatacar sus sugerencias con las promesas de Dios. Nuestro Padre celestial ha expresado su amor por nosotros individualmente en la cruz del Calvario. El Padre nos ama, está lleno de compasión y de tierna misericordia.

Jesús vino a esta tierra para representar el carácter del Padre ante el mundo. Dijo: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre". Satanás había tergiversado el carácter de Dios y lo había colocado bajo una luz falsa. Pero Jesús vino a revelar el amor y la compasión del Padre hacia los hijos caídos de los hombres. Cuando los que profesan ser siervos de Dios bajan el semblante con tristeza y se quejan siempre, tergiversan a su Padre celestial. Confirman la impresión que Satanás ha causado acerca de su carácter. Dicen al mundo: "El servicio de Dios es un servicio duro. Es esclavitud guardar la ley de Dios". Todo esto es falso. ¿Qué es lo que pone grilletes en las muñecas de los hombres? ¿Es la obediencia a la ley? No, ciertamente. Los que guardan las leyes andan en libertad. Es el transgresor el que está en esclavitud. La maldición de la ley no cae sobre los que se esfuerzan por cumplir los santos preceptos de Dios mediante la fe en el Redentor. Están cubiertos de su justicia. Están en paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Cuán equivocado es que aquellos que profesan estar comprometidos en el servicio de Dios, deshonren a Dios tergiversando su servicio. El Señor se ha proclamado a sí mismo como "Jehová Dios, clemente y misericordioso, tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que en ninguna manera absuelve al culpable". ¿Creeremos esta declaración de su carácter? Dice de nuevo: "Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos; y vuélvase al Señor, y él tendrá de él misericordia; y al Dios nuestro, porque él será amplio en perdonar".

¡Cuánto tiempo hemos resistido a las súplicas del Espíritu de Dios! ¡Cuánto tiempo nos ha soportado! No soportaríamos una resistencia como la que le hemos opuesto. Pero él dice: "Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos". "Como es alto el cielo sobre la tierra, así es grande su misericordia para con los que le temen". Es porque el Señor no es

como uno de nosotros que puede perdonar los pecados cuando venimos a él con arrepentimiento. Satanás trata de desanimar a cada alma que busca venir a Dios. Te dirá que eres un pecador, indigno del amor de Dios. Y tú puedes decirle que lo sabes, pero que te has arrepentido de tus transgresiones y por fe dependes de los méritos de la sangre de Cristo, y la misericordia de Dios es para ti. Supera las dudas que él sugiere a tu mente, y agárrate a la promesa de Dios. Dile a tu enemigo que "la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado".

Los seguidores de Jesús deben ser piedras vivas en el templo de Dios, para que emitan luz a los que les rodean. Deben trabajar con corazón alegre para manifestar las alabanzas de Aquel que los ha llamado de las tinieblas a su luz admirable. Deben tratar de revelar a los hombres las glorias de la ley de la libertad. Si salen a trabajar para Dios con semblante sombrío y corazón abatido, no lograrán nada que glorifique a su Redentor, pues su actitud de duda destruirá el efecto de sus palabras. Se acerca el conflicto sobre la ley de Dios en el mundo. Satanás lleva a cabo la misma guerra de edad en edad contra los preceptos de Jehová. El pecador odia la ley porque señala su defecto, y la pisotea en burla.

Los que profesan amar a Dios deben escudriñar las Escrituras con diligencia, pues no pueden permitirse ser hallados transgresores de la ley. Se acerca el tiempo en que nadie podrá excusarse ante Dios por desobedecer su ley. Hay quienes dicen ahora que no pueden guardar los mandamientos de Dios. Se excusan de obedecer el cuarto mandamiento a causa de sus negocios, o de su familia, o de sus relaciones sociales. Pero estas excusas no servirán de nada en el día de Dios. No resistirán la prueba del juicio.

Cristo dejó el trono real, bajó de su alto mando en los atrios celestiales, y por nosotros se hizo pobre, para que nosotros, por su pobreza, fuésemos enriquecidos; ¿y qué respuesta se le puede dar por haber pisoteado la santa ley de Dios? Cuando Dios dio a su Hijo, hizo provisión en él para toda emergencia relacionada con la salvación del hombre; y en el día de la recompensa y del cumplimiento de la pena por la transgresión, toda boca será tapada, y todo el mundo será culpable ante Dios. Pero de los que han obedecido los preceptos del cielo, Jesús dice: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad." ¿Quieres entrar en la ciudad de Dios? Cristo ha puesto la condición para que puedas entrar. Puede parecer ahora que los que guardan los mandamientos están en minoría; pero no te lo parecerá cuando las puertas de la ciudad celestial vuelvan a girar sobre sus relucientes goznes. Dios está del lado de los que le obedecen. Dios es mayoría. Cristo está de su parte, los ángeles del cielo están

de su parte y todos los buenos están de su parte. Los cumplidores de la ley de Dios son mayoría. Tienen acceso al poder que el mundo no puede dar ni quitar. No exaltemos a Satanás hablando de su poder. Hablemos del poder de Dios. Pensemos en el Rey en su belleza. Contemplemos a Cristo y, al contemplarlo, transformémonos en su imagen divina.

14 de octubre de 1889

El trabajo del pueblo de Dios

[Sermón en Chicago, 9 de abril de 1889.]

EGW

"No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan; porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón."

Debemos cuidarnos de no cometer en esta vida un error que nunca pueda remediarse ni aquí ni en la eternidad. Es el propósito de vuestro Padre celestial que sus siervos lleven la verdad a todas las naciones, pero es designio del enemigo fijar su afecto en las cosas de esta vida, y frustrar así el propósito de Dios. Había una gran obra que realizar después de la ascensión de Cristo, pero los discípulos no comprendieron este hecho. Después de la crucifixión se encontraron en una situación de dolor y prueba peculiares. Habían perdido a su Maestro y estaban desesperados, incapaces de comprender por qué les había sido arrebatado.

Mientras dos de los discípulos viajaban hacia Emaús, hablando tristemente de lo que había ocurrido, un forastero se acercó y se unió a ellos mientras subían y bajaban las colinas desde Jerusalén hasta su lugar de morada. El forastero preguntó: "¿Qué comunicaciones son éstas que tenéis entre vosotros, mientras camináis y estáis tristes?". Ellos se extrañaron de que hiciera semejante pregunta, y dijeron: "¿Eres tú sólo forastero en Jerusalén, y no has sabido las cosas que allí han acontecido en estos días? Y él les dijo: ¿Qué cosas? Y ellos le dijeron: De Jesús nazareno, que fue profeta poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo los príncipes de los sacerdotes y nuestros gobernantes le entregaron para ser condenado a muerte, y le han crucificado. Pero nosotros confiábamos en que había sido él quien debía redimir a Israel; y además de todo esto, hoy es el tercer día desde que sucedieron estas

cosas. Sí, y también nos asombraron algunas mujeres de nuestra compañía, que fueron de madrugada al sepulcro; y como no hallaron su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto visión de ángeles, que decían que vivía."

"Entonces les dijo: ¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que han dicho los profetas! ¿No era necesario que Cristo padeciera estas cosas y entrara en su gloria? Y comenzando por Moisés y por todos los profetas, les expuso en todas las Escrituras lo que de él decían." Los discípulos no pudieron creer el testimonio de las mujeres ante el sepulcro. Sus corazones estaban llenos de incredulidad y decepción. Aunque Jesús les había dicho mientras estaba con ellos que sufriría estas mismas cosas, todas sus palabras fueron olvidadas en la hora de la prueba; pero cuando este extraño mostró a partir de las profecías la relación de estos acontecimientos con la Palabra Sagrada, se llenaron de nueva esperanza. La luz comenzó a brillar en sus mentes, y cuando llegaron al final de su viaje, insistieron en que el extranjero se quedara con ellos. Entró en su morada por invitación urgente de ellos, y mientras estaban sentados a la mesa, al levantar él las manos, vieron la huella de los clavos y reconocieron a su Señor resucitado. Cuando se levantaron para saludarle, desapareció de su vista.

Entonces empezaron a hablar de su experiencia mientras hablaba con ellos por el camino, y dijeron: "¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros?". Pero los discípulos no se contentaron con disfrutar solos de esta gran bendición. Sintieron que debían apresurarse a volver por el áspero camino para comunicar la buena nueva a los que estaban abatidos por la tristeza y la desilusión. ¿Cómo nos ocurre a nosotros? ¿Sentimos este interés por los demás? Cuando hemos encontrado alguna joya preciosa en la mina de la verdad, ¿nos contentamos con guardarla para nosotros? No podemos hacerlo si Cristo está con nosotros. Si hemos encontrado el campo que contiene el tesoro, queremos que todos se regocijen con nosotros.

Los discípulos volvieron por donde habían venido, pero la distancia no les pareció larga mientras hablaban de su esperanza. Se apresuraron por las calles de Jerusalén hasta el aposento alto donde los discípulos solían reunirse. Sabían dónde encontrarlos. Habían oído también los relatos de las mujeres, pero no creían que fueran ciertos, y ahora venían estos otros dos a añadir su testimonio a la certeza de la resurrección de Cristo. Los discípulos de Emaús contaron todas las circunstancias de su encuentro con Jesús, y cómo le conocieron al partir el pan. Declararon que, aunque sus esperanzas habían sido sepultadas con Cristo, ahora creían que reinaría realmente en el trono de David. Y mientras pronunciaban estas palabras de fe, Jesús mismo se puso en medio de ellos y

dijo: "Paz a vosotros". Aquellas manos que estaban levantadas en señal de bendición, eran las mismas manos que habían sido traspasadas en la cruz. Desplegó ante sus mentes las profecías relativas a su vida, muerte y resurrección. Tomó el Antiguo Testamento y lo confirmó con los hechos que ahora están registrados en el Nuevo Testamento. Demostró a los discípulos que era realmente el Mesías, el Salvador del mundo.

Cristo hizo en esta ocasión lo mismo que desea que hagamos ahora. Hemos de demostrar que las especificaciones de la profecía se han cumplido en la historia del mundo. A la luz de la palabra profética, los discípulos no tenían la menor razón para la incredulidad, pues todo se había cumplido según las Escrituras. Debemos tomar el Antiguo Testamento para explicar el Nuevo Testamento, y el Nuevo Testamento para reflejar la luz en el Antiguo. El servicio típico apuntaba hacia Cristo, y en él el tipo se encontraba con el antitipo. Los discípulos debían llevar a cabo esta misma obra, pues debían salir a enseñar a todas las naciones que el Mesías había venido.

Cuando Jesús les habló de la obra que debían realizar, y de cómo el Espíritu Santo debía venir sobre ellos, le preguntaron: "Señor, ¿restaurarás en este momento de nuevo el reino a Israel?". Él les dijo que había que realizar una gran obra antes de reinar en el trono de David. Dijo: "Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra." Los discípulos debían comenzar su obra allí donde él había sembrado las semillas de la verdad. Multitudes habían oído sus palabras, y las habían creído, pero no tenían el valor moral de reconocerle como su Salvador, para no ser expulsados de la sinagoga. Cuando el Espíritu Santo fue derramado, la semilla que Cristo había sembrado floreció y maduró en fruto. El valor y la esperanza inspiraron a los discípulos, y se dispusieron a ir hasta el último rincón de la tierra para proclamar a un Salvador resucitado. Los primeros discípulos cumplieron su obra, y de edad en edad se han levantado hombres para llevar adelante el Evangelio. La luz avanzada ha brillado sobre cada generación sucesiva, y hoy estamos más cerca del gran trono blanco, estamos más cerca de la consumación de la esperanza del cristiano, que nunca antes lo estuvo un pueblo. Tenemos visiones más claras de Jesús que nadie antes.

¿No es oportuno leer este texto en este tiempo: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan"? Cuántos están acumulando sus tesoros en la tierra. He conocido a quienes profesaban amar a Dios y, sin embargo, añadían campo a campo y lugar a lugar,

y cuanto más acumulaban, menos dispuestos estaban a dar a la causa de Cristo. No me atrevo a pedir propiedades. No sé cómo soportaría la prueba. No quiero nada aquí en lo que poner mi corazón. Quiero mi tesoro en el cielo. Una vez conocí a una mujer cuyo marido era un borracho, y ella estaba obligada a lavar para ganarse la vida. Ella deseaba tener riquezas para poder ayudar a la causa. Y el Señor la probó con riquezas, pero ella no se acordó de la causa de Dios. Ella construyó una casa fina, y la amuebló con cada lujo. Añadía tierra a tierra, y se prometía a sí misma que daría a la causa tan pronto como hubiera logrado esto o aquello. La visité.

Uno de sus hijos era destemplado y salvaje. Le dije: "Deberías entregar tus medios a Dios mientras puedas. No sabéis lo que puede pasar. No esperéis. Será una perfecta pérdida para ti si lo haces, porque serás probada de nuevo con la pobreza, si te aferras a tus posesiones terrenales." Ella prometió que contribuiría a la causa. Dijo que tenía la intención de hacerlo, pero nunca dio nada. Se convirtió en una mujer pobre, incluso más pobre de lo que había sido al principio. Cuando murió, no tenía nada que dejar a la causa de Cristo. Es mucho más seguro ser probado con la pobreza que con la riqueza; pero si Dios te da riquezas, quiere que las uses para su gloria, para salvar a las almas por las que Cristo ha muerto. Dios nos ha dado todo lo que tenemos, y no debemos considerar que es nuestro en absoluto. Todo lo que disfrutamos es nuestro, sólo por la justicia de Cristo. Deberíamos decir: "Todo procede de ti, Señor, y de lo tuyo te lo damos". No debemos robar a Dios, sino dejar que sus medios fluyan en el tesoro.

Dice el profeta: "¿Robará un hombre a Dios? Pues a mí me habéis robado. Pero vosotros decís: ¿En qué te hemos robado? En diezmos y ofrendas. Malditos seáis con maldición; porque me habéis robado, toda esta nación. Traed todos los diezmos al alfolí, para que haya alimento en mi casa, y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde". Si hemos robado a Dios, debemos arrepentirnos y restituir en la medida de nuestras posibilidades. Si tuviéramos fe en Dios, deberíamos ver que sólo somos administradores de sus medios. Deberías mezclar la fe con tus oraciones, y acercarte al requerimiento de Dios, para que él abra las ventanas del cielo, y te derrame una bendición que no podrás recibir. Tan pronto como humilles tu corazón ante Dios, él te llenará con su Espíritu y poder. ¿Cómo esperáis que los pecadores se conviertan a menos que hagáis algo para poner ante ellos la luz de la verdad? Debéis "haceros tesoros en el cielo". Debéis poner vuestro tesoro en un banco inagotable, en bolsas que no se envejecen.

Leemos de discípulos que, aunque eran pobres, enviaron una contribución por la mano de Pablo para distribuir para la necesidad de los santos pobres en Jerusalén. ¡Oh, que el egoísmo desaparezca de nuestros corazones! Debemos dejar que nuestras simpatías se dirijan a las preciosas almas por las que Cristo ha muerto. No me privaría de hacer algo en la obra de la salvación, por todo lo que este mundo puede permitirse. Cristo dejó el trono real, vistió su divinidad con humanidad, vino a un mundo todo estropeado y [marcado] por la maldición, para rescatar a la humanidad perdida, para rescatarnos a ti y a mí. Oh, quiero que mi corazón se ejercite para llevar a cabo la obra que él ha dejado para que yo la haga. Quiero ver el evangelio predicado a las almas que perecen. Quiero interesarme en todo lo que se inicie para el avance de la causa de Cristo. Cada uno de nosotros puede hacer algo, y debemos estar a la altura de la responsabilidad que se ha depositado en nosotros. Si hacemos esto, veremos que cada alma se derrite en ternura y humildad ante Dios.

21 de octubre de 1889

El servicio del amor

[Charla matutina en Estocolmo, Suecia, 27 de junio de 1886.]

EGW

"Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro."

Aquellos que están mirando y esperando la venida de Cristo en las nubes del cielo, purificarán sus corazones. Se darán cuenta de que deben progresar continuamente en la vida divina, de que deben tener una fe cada vez mayor, para poder vencer.

No tenemos derecho a estudiar nuestro propio placer y conveniencia; porque hemos sido comprados por un precio, incluso con la vida del Hijo de Dios, por lo tanto debemos glorificar a Dios en nuestros cuerpos, y en nuestros espíritus, que son suyos. Nuestro Salvador ha dado a cada uno su obra, y corresponde a cada uno hacer su obra lo mejor que pueda. No nos corresponde pasar por alto los deberes que están directamente en nuestro camino; pero en el temor y el

amor de Dios debemos asumirlos en orden, y la bendición de Dios permanecerá sobre nosotros. Debes dejar que tu luz brille ante los que están en tinieblas. Con cuánto cuidado debéis andar delante de los que no tienen conocimiento de la verdad, para que se la recomendéis. Nuestro trabajo no termina simplemente en vivir una vida ejemplar de manera pasiva; debemos trabajar agresivamente, y seguir nuestro trabajo con oración, para que Dios prospere nuestros esfuerzos. Si hacemos esto, seremos como luces en el mundo. Necesitamos una fe viva, para que podamos tomar a Dios al pie de la letra; porque hay una batalla que cada alma debe librar, y debe ser librada varonilmente, o nunca veremos la ciudad de Dios. La falta de fe ha sido manifestada por el profeso pueblo de Dios en todas las épocas, e incluso en el tiempo presente la misma falta de fe es aparente.

Cuando Dios quiso sacar a los hijos de Israel de la tierra de Egipto, manifestaron falta de fe al temer el resultado de abandonar la esclavitud del Faraón. Cuando llegaron al Mar Rojo, con montañas a ambos lados, y los ejércitos de sus enemigos en su retaguardia, olvidaron cómo Dios había obrado por ellos con poderosas señales y maravillas, y permitieron que la incredulidad controlara sus mentes. Comenzaron a acusar al Señor, y a culpar a Moisés por haberlos sacado de Egipto al desierto; pero Dios les ordenó seguir adelante, y cuando sus pies tocaron las aguas en obediencia a su palabra, el mar se abrió ante ellos y lo atravesaron en seco. Nuestra mayor necesidad hoy es un aumento de la fe. Podemos estar atados por circunstancias que hacen que parezca imposible avanzar, pero si hacemos lo mejor que podemos, el Señor abrirá el camino ante nosotros.

El Señor no se propone hacer lo que podemos hacer nosotros mismos. Él nos educará para hacer su trabajo, y cuando vayamos a su servicio, él trabajará poderosamente con nuestros esfuerzos. Dios reclama nuestros talentos, exige que se empleen en su servicio. Una parte de nuestros bienes es también del Señor, y si le damos lo que le corresponde, reconocerá la ofrenda y elogiará nuestra conducta. No estima el valor de nuestras ofrendas a su causa por su cantidad en dinero, sino por nuestros motivos. Es el servicio del corazón lo que hace valiosa la ofrenda. Si cumplimos nuestras obligaciones con fe, no robaremos a Dios ni siquiera en las cosas pequeñas, sino que llevaremos para su gloria toda responsabilidad que nos imponga.

Cuando la Majestad del Cielo se convirtió en un bebé, y fue confiado a María, ella no tenía mucho que ofrecer por el precioso regalo; pero cuando ella trajo sus dos palomas al altar, fueron recibidas como una ofrenda aceptable para el

Señor. Ella no podía ofrecer el raro tesoro que los sabios vinieron a Belén a depositar ante el Hijo de Dios, y sin embargo la madre de Jesús no fue rechazada por la pequeñez de su regalo. El Señor se fijó en la buena voluntad de su corazón, y su amor hizo dulce su ofrenda.

Todo el que se esfuerce al máximo de su capacidad, verá que Dios abre caminos ante él. Todo el que ponga sus talentos a disposición de los que los intercambian, descubrirá que aumentarán. Recordemos siempre que Cristo se hizo pobre por nosotros, para que nosotros, por su pobreza, nos enriqueciéramos, y actuemos bien por nuestra parte en la fe y en el amor. Demostremos con nuestras acciones que creemos que somos responsables ante Dios del mejor uso de nuestros talentos. A cambio de sus misericordias y bendiciones, rindámosle todo lo que reclama, y su favor reposará sobre nosotros.

Amo a Jesús, y debo suplicarle que tenga más de su Espíritu. Dios está dispuesto a bendecirnos, y quiere que tengamos parte en su reino. Cuando salimos a trabajar por las almas, nuestros corazones deben elevarse a Dios en gratitud y amor por su rica bendición que tan generosamente nos ha concedido. Convirtámonos todos en un principio que serviremos a Dios a través de todos los tiempos. No descuidemos la oración secreta. Meditemos mucho en la bondad de nuestro Dios, y en ese amor que se ha manifestado hacia nosotros en el don de Cristo. Que cuando nos relacionemos unos con otros en público o en privado, procuremos siempre ejercer una influencia que esté del lado de la verdad. Debemos crecer en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Mostremos con nuestras obras cuánto valoramos la verdad y las almas de nuestros semejantes. Seamos diligentes, sinceros y fieles. Negociemos con los talentos que Dios nos ha concedido y confiado como administradores suyos, y si trabajamos con esfuerzo desinteresado y abnegado, el Señor nos bendecirá, y con el tiempo tendremos una recompensa gloriosa, incluso la vida eterna.

28 de octubre de 1889

Un pueblo peculiar

[Sermón en Copenhague, 12 de octubre de 1885.]

EGW

"Porque la gracia de Dios que trae la salvación se ha manifestado a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, que se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras."

En estas palabras se presenta ante nosotros la obra que se requiere de todo seguidor de Cristo. Por la gracia de Cristo hemos de perfeccionar el carácter cristiano. No debemos pensar que podemos esperar hasta que Cristo venga, y que entonces nos dará la virtud y la gracia necesarias. Es en esta vida donde debemos representar a Cristo. Él se entregó por nosotros para limpiarnos de toda maldad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.

No hemos de continuar en el pecado para que la gracia abunde; hemos de dejar de transgredir. El amor de Cristo manifestado en el sacrificio infinito que hizo en el Calvario no tiene paralelo. Es sincero, devoto, sin medida, y responde a la emergencia del caso del pecador, despertando en el corazón de aquellos que lo reciben, respeto y reverencia por la santa ley de Dios. A la luz reflejada desde el Calvario, se ve que la ley es santa, justa y buena. Costó la vida del Hijo de Dios pagar la deuda de transgresión en que había incurrido el pecador. Cuando el pecador se da cuenta del carácter ofensivo del pecado, se da cuenta hasta cierto punto de lo que le costó al Hijo de Dios redimirlo, darle otra prueba y libertad condicional, su corazón se llena de amor y gratitud, y se despierta una fe ferviente que obra por amor y purifica el alma. Esta fe y este amor se verán en el alma de quien se convierta verdaderamente a Dios; y quien experimente el amor de Dios, sentirá siempre humillación y arrepentimiento por la transgresión pasada. Si Cristo tuvo que hacer un sacrificio tan grande, si tuvo que soportar tales sufrimientos a causa de mi pecado, ¿no me inclinaré con humildad y lamentaré haber infligido tal dolor a su alma divina? ¿No temeré crucificar de nuevo al Hijo de Dios y avergonzarlo abiertamente? El alma que aprecia el precioso don de la salvación contemplará siempre a Cristo muriendo en la cruz, y el lenguaje de esa alma será el lenguaje del dolor desinteresado por

haber cometido el pecado de herir así al Hijo de Dios. Siempre me afligiré por haber pecado, y haberle costado al Hombre del Calvario una angustia tan grande. Miro a Aquel a quien traspasé, y lloro por haber transgredido la ley de Dios. Cuando apreciemos debidamente el sacrificio que se ha hecho en nuestro favor, no pediremos el privilegio de continuar en la transgresión. Abandonaremos el pecado, y nuestros duros corazones se derretirán bajo el asombroso amor de Cristo por nuestras almas.

Con una visión correcta de Jesús, no podemos permitir que nuestros afectos se concentren en la tierra y en las cosas terrenales, sino que debemos centrarlos en el cielo y en las cosas celestiales. Las horas de prueba que se nos conceden aquí, son horas muy preciosas; y debemos cuidarnos, no sea que en cualquier momento nuestros corazones se sobrecarguen con el exceso y la embriaguez, y los cuidados de esta vida, y el día de Dios nos sorprenda. Si Cristo está formado en nuestro interior, la esperanza de gloria, tendremos siempre presente el hecho de que pronto vendrá; y cuando consideremos el sacrificio infinito que se ha hecho en nuestro favor, tendremos respeto a la recompensa del galardón.

Si pensamos con sobriedad, si vivimos rectamente, tendremos una buena influencia sobre los que están asociados con nosotros; porque estaremos respirando la atmósfera del cielo. Y debemos pensar sobriamente; porque no estamos aquí para bendecirnos sólo a nosotros mismos, sino que, como pecadores y deudores de Dios, debemos trabajar por nuestra salvación con temor y temblor, y ayudar a otros para que ellos también puedan salvarse. Si queremos que el Señor nos purifique para sí, debemos hacer de nuestra parte todo lo que podamos para que la iniquidad sea quitada de nosotros. Debemos tener una experiencia viva con Cristo; y si amamos a Dios, querremos hablar de él a los demás, y conducirlos a la fuente de la vida.

Puede parecer una tarea desalentadora tratar de presentar la verdad en una gran ciudad como ésta, cuando hay tan pocos que se dediquen a la tarea. Pero si sólo hay uno que enarbole el estandarte de la verdad, puede realizarse una gran obra. ¿No es algo que haya uno solo esparciendo los rayos divinos de la verdad? Si sólo hay uno para ir a trabajar, que comience, y que brille su luz; y si camina en la luz, dejará una huella brillante hacia el cielo. Dios nos ha dado nuestro intelecto para que lo utilicemos para Él. Con todas nuestras facultades mentales, debemos exaltar la norma de la santidad, ejemplificando la verdad con nuestra propia piedad e integridad, y así enseñaremos a los demás cómo glorificar a Dios.

Hay muchos que desean olvidar a Dios; pero éstos no heredarán la vida eterna. Serán aquellos que caminen en armonía con sus preceptos divinos, a los que Dios salvará en su reino. A menudo tendrán que soportar pruebas y sufrir aflicciones, pero deben recordar a Jesús, el Señor de la Gloria, que fue supremo sobre todo. Él fue abnegado. Sufrió la pérdida de todas las cosas, para poner a nuestro alcance la vida eterna. Y ha dicho: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame".

El abogado que vino a Jesús, preguntó: "Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Respondiendo él, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido; haz esto y vivirás". Aquí están declaradas las condiciones de la vida eterna; pero si estás poniendo tus afectos en las cosas de esta vida, si no estás amando a Dios con todo el corazón y a tu prójimo como a ti mismo, no estás cumpliendo estas condiciones, y no puedes esperar que serás salvo a menos que te arrepientas y te vuelvas a Dios con toda el alma.

He pasado los últimos cuarenta años de mi vida al servicio de Dios, y lo único que lamento es no haber dedicado cada hora de mi vida a su obra. Siento que es mi deber consagrarle todas las fuerzas de mi ser. A menudo deseo que la cortina que separa el cielo de la tierra pudiera descorrerse, y que pudiéramos contemplar las glorias del mundo eterno, y tener un sentido más vivo del gran sacrificio hecho por el hombre; que pudiéramos comprender más plenamente qué elevadas pretensiones tiene el cielo sobre nosotros. Dice el apóstol: "¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios".

(Concluido la próxima semana).

4 de noviembre de 1889

Un pueblo peculiar

[Sermón en Copenhague, 12 de octubre de 1885.]

(Concluido.)

EGW

Todo el Cielo está interesado en nuestra salvación, y ojalá nuestras mentes estuvieran espiritualizadas, para que pudiéramos darnos cuenta plenamente de este gran hecho. Aunque los cristianos experimentarán pruebas y dificultades, deberían ser las personas más felices de la tierra; pues si son hijos obedientes, pueden dirigirse a Dios como a su Padre y Amigo. "Como un padre se compadece de sus hijos, así el Señor se compadece de los que le temen". Dios tiene un profundo interés en aquellos que se esfuerzan por obedecer sus preceptos.

Aunque los hijos de Dios se encuentren a veces en situaciones difíciles y llenas de dolor, no tienen por qué pensar que el Señor los ha abandonado. José fue echado en la cárcel sin ninguna provocación, y parecía que Dios se había olvidado de él; pero José confiaba en el Señor. Había sido fiel al Señor bajo la tentación, declarando: "¿Cómo, pues, haré yo esta grande maldad, y pecaré contra Dios?".

Y el Señor no lo abandonó. El cielo le dio sabiduría para responder al tentador, y un firme propósito de resistir al mal. Si uno de nosotros fuera llamado a pasar por una prueba como la que soportó José, ¿la habría soportado sin quejarse ni murmurar? Olvidó sus propias pruebas y procuró ayudar a los demás. Incluso en la prisión se convirtió en una necesidad y una bendición.

Mira el caso de Daniel en Babilonia. Estaba rodeado de todo el lujo de la corte del rey, pero se negó a participar en los banquetes de extravagancia. No quiso contaminarse con una porción de la carne del rey, ni beber de su vino. Cuando los hombres tienen el principio que los capacita para resistir en medio de la tentación, como lo hizo Daniel, el Dios del cielo los mirará con aprobación, y les enviará la ayuda y la fuerza necesarias en el momento de su prueba. Si Daniel hubiera cedido débilmente a la tentación de satisfacer el apetito, se habría colocado en una posición en la que no habría podido recibir la sabiduría y la

gracia que el Señor tenía para él. Habría provocado una debilidad física y mental.

Dios no toma a ningún hombre en relación consigo mismo, para darle sabiduría y gracia, a menos que se coloque en relación correcta con los preceptos y principios de la verdad. El hombre tiene un trabajo que hacer para cerrar la puerta contra la tentación. Debe construir un muro a su alrededor, y entonces Dios entrenará sus poderes para el uso más elevado. No nos es posible decir lo que un hombre puede llegar a ser, y lo que puede lograr mediante el poder y la gracia de Cristo. La razón por la cual somos tan débiles en poder moral, es que continuamente nos aventuramos en el terreno de Satanás. Debemos tener cuidado por dónde vamos, y procurar no dar pasos atrás. Porque cuando los cristianos profesos no viven a la altura de la luz que Dios les da, pueden hacer más daño que los pecadores abiertos.

Cuando Daniel fue exaltado en la corte de Babilonia, no estuvo libre de pruebas y tentaciones. Los sabios de la corte se llenaron de envidia y conspiraron para destruirlo.

Con cuánta insistencia los enemigos de Daniel buscaron una oportunidad para acusarlo ante el rey, pero decidieron que no podían encontrar nada contra él, excepto en su fidelidad a su Dios. Indujeron al rey a redactar un decreto, según la costumbre de los medos y los persas, que no podía ser cambiado, en el sentido de que si cualquier hombre durante treinta días ofrecía oración a alguien excepto al rey, debería ser arrojado al foso de los leones. El rey se sintió halagado por esta proposición, y como no comprendía el motivo que la impulsaba, firmó el decreto deseado y lo convirtió en ley. ¿Pensaban estos hombres que por haber engañado a Darío habían engañado también al Señor? Daniel sabía todo acerca del decreto, pero cuando llegó el momento de orar, "entró en su casa; y estando abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo hacía antes".

El informe fue llevado rápidamente al rey, y demasiado tarde vio que el decreto había sido propuesto y llevado a efecto por la envidia y los celos de su corte. Daniel había decidido que sería fiel a Dios. Haría saber al mundo que ningún rey, príncipe o poder tenía derecho a interponerse entre su alma y Dios. Dios no lo abandonó, pues aunque fue arrojado al foso de los leones, los ángeles del cielo estaban con él y no sufrió ningún daño. El rey, lleno de tristeza, pasó una noche inquieta en su aposento, y al amanecer llegó al foso y gritó: "Oh Daniel, siervo del Dios viviente, ¿es capaz tu Dios, a quien tú sirves continuamente, de

librarte de los leones?". Entonces Daniel dijo al rey: "Mi Dios ha enviado su ángel, y ha cerrado la boca de los leones, para que no me hagan daño; pues delante de él se halló en mí inocencia; y también delante de ti, oh rey, no he hecho mal."

Daniel fue pronto liberado del foso de los leones, y sus enemigos que habían tramado su ruina fueron ellos mismos destruidos.

A través de la prueba que se le permitió pasar a Daniel, se hizo un gran bien a la nación; porque le dio la oportunidad de llamar la atención de grandes y pequeños sobre el hecho de que Dios era capaz y estaba dispuesto a salvar a quien confiara en él. Daniel mostró a la nación que Jehová era un Dios vivo. Presentó capítulos de su experiencia que mostraban que Dios se había manifestado a su siervo de una manera notable. Les contó cómo se había presentado ante ellos como profeta del Dios Altísimo, y que ningún poder terrenal tenía derecho a interferir en la relación personal de un hombre con su Dios. De este modo, Dios se manifestaba por encima de cualquier rey, emperador o estadista, como el único que debía ser honrado y obedecido.

Daniel fue tenido por especial, y todo hombre que hace de Dios su consejero, y que lo busca con sencillez de corazón, será tenido por especial por el mundo. Pero ésta es la fe que necesitamos, ésta es la experiencia que debemos tener; porque Cristo ha muerto para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo peculiar, celoso de buenas obras. Debemos vivir con un solo ojo para su gloria, y entonces podremos obtener la victoria sobre el mundo. Debemos salir del mundo y separarnos, si queremos ser hijos de Dios, herederos del cielo. Si hacemos esto, entraremos por las puertas en la ciudad, tendremos derecho al árbol de la vida y veremos al Rey en su hermosura.

11 de noviembre de 1889

Tened luz en vosotros mismos

[Charla matutina en Minneapolis, Minnesota, 19 de octubre de 1888.]

EGW

Tenemos promesas preciosísimas en la palabra de Dios, que deberían darnos valor y confianza. Deberían capacitarnos para salir de la incertidumbre y las tinieblas, para llegar a saber que el Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Nada falta en el depósito de nuestro Dios.

Jesús ha dicho: "Creed en mí, que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí; o creed en mí por las mismas obras. De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre". Los discípulos de Cristo han de hacer obras mayores que las que Jesús mismo ha hecho. Dice además: "Todo lo que pidiereis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo". "Si pedís algo en mi nombre, yo lo haré". Cristo pronunció estas palabras para consuelo de todos los que deben tener fe en él, y es nuestro privilegio creer que Dios hará exactamente lo que ha dicho que haría.

No basta con decir: "Creo"; debemos ejercer la fe viva que reclama las promesas de Dios como propias, sabiendo que son seguras y firmes. El enemigo de nuestras almas estaría encantado de arrebatarnos estas preciosas promesas, y poner tinieblas ante nuestros ojos, para que no pudiéramos apropiarnos de las cosas buenas que Dios quiere que tengamos. Dios está esperando hacer grandes cosas por nosotros tan pronto como entremos en una relación correcta con él; pero si nos mantenemos en la duda y la incredulidad, el enemigo puede mantener el control de nuestras mentes, e interceptar las promesas de Dios. La incredulidad siempre resulta en una gran pérdida para nuestras almas. Se dijo acerca de un lugar que visitó Cristo: "No hizo allí muchas obras poderosas a causa de la incredulidad de ellos". Cristo no puede obrar en nuestro favor si no manifestamos fe en él. Debemos entrenar nuestras almas para que tengan fe en Dios. Pero en vez de esto, cuántos hay que se educan para dudar. He oído testimonio tras testimonio en reuniones en las que no parecía haber una sola palabra de fe genuina, sino que proyectaban una sombra sobre toda la congregación. No es la voluntad de Dios que estemos en esta posición. Hermanos y hermanas, es nuestro privilegio caminar en la luz, como Cristo está en la luz. Él está a nuestra derecha para fortalecernos, y nos dice que mayores obras que las que él ha hecho haremos nosotros, porque él va al Padre. Está listo para impartirnos la rica bendición y gracia de Dios.

¿Cómo te animaremos a tener fe en Dios? Tú dices: "¿Cómo puedo hablar de fe, cómo puedo tener fe, cuando las nubes y la oscuridad y el abatimiento se apoderan de mi mente? No siento que pueda hablar de fe; no siento que tenga fe para hablar". Pero, ¿por qué te sientes así? Es porque has permitido que Satanás arroje su oscura sombra sobre tu camino, y no puedes ver la luz que Jesús derrama sobre tu sendero. Pero otro dice: "Soy muy franco; digo exactamente lo que siento, hablo tal como pienso". No; Dios quiere que nos eduquemos para que hablemos palabras correctas, palabras que sean una bendición para los demás, que derramen rayos de luz sobre sus almas.

Supongamos que a veces estamos desprovistos de la alegría que quisiéramos experimentar, ¿no podemos sentirnos seguros de que las promesas de Dios siguen siendo sí y amén en Cristo Jesús? Las promesas de Dios no se basan en sentimientos. Tienen un fundamento tan distinto del sentimiento como la luz lo es de las tinieblas. Debemos aprender a movernos a partir de principios, y cuando aprendamos a hacer esto, nos moveremos comprensivamente, y no seremos controlados por emociones variables.

Cristo ha dicho: "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis, y os será hecho". Hermanos, ¿pueden explicar por qué no somos más eficientes en ministrar a otros, y por qué no somos más capaces de ayudar a la iglesia, de lo que éramos hace diez años? No hay razón por la que no debamos crecer en eficiencia y poder para hacer la obra de Dios. El Señor quiere que usemos cada ápice de la habilidad que nos ha dado, y, si hacemos esto, habremos mejorado y aumentado la habilidad a emplear. Dios desea que tengamos una comprensión cabal de la verdad tal como está en Jesús. Debemos cavar en la mina de la verdad en busca de los ricos tesoros de conocimiento que están escondidos en la palabra de Dios. Si empleamos nuestros talentos en escudriñar las Escrituras, y en impartir conocimiento a otros, nos convertiremos en canales de luz. No debes permitir que el canal entre Dios y tu alma se obstruya. No debes dejarte llevar por las circunstancias. Debéis negaros a escuchar las sugerencias de Satanás, para que no paralice vuestros esfuerzos por hacer el bien.

Lo que necesitamos es la religión bíblica; porque si Cristo permanece en nosotros, y nosotros en él, avanzaremos continuamente en la vida divina. Si estamos conectados con la fuente de toda sabiduría y poder, no dejaremos de llegar a ser hombres y mujeres fuertes en Cristo Jesús. Si recibimos plenamente la verdad de origen celestial, no dejaremos de santificarnos por medio de ella; y cuando vengan las pruebas no iremos a quejarnos, como hicieron los hijos de Israel, y olvidaremos la fuente de nuestra fuerza. Debemos recoger los divinos rayos de gloria, no para ocultar nuestra luz poniéndola bajo un celémín o debajo de una cama, sino para ponerla en un candelero, donde alumbre a los demás. Debemos poner nuestros talentos a disposición de los cambistas, para que podamos acumular más talentos que llevar a Jesús. De este modo seremos cristianos en crecimiento, y cada palabra que pronunciemos será ennoblecedora y santificadora. Debemos educarnos para hablar de tal manera que no tengamos motivo de avergonzarnos de nuestras palabras cuando nos encontremos con ellas en el juicio. Debemos procurar que nuestras acciones sean de tal carácter que no tengamos miedo de que nuestro Salvador las mire. Cristo está aquí esta

mañana; los ángeles están aquí, y están midiendo el templo de Dios y a los que adoran en él. La historia de esta reunión será llevada a Dios; porque de cada reunión se levanta un acta; el espíritu manifestado, las palabras pronunciadas y las acciones realizadas se anotan en los libros del cielo. Todo se transfiere a los registros tan fielmente como nuestros rasgos a la placa pulida del artista.

Debemos luchar la buena batalla de la fe. Satanás tratará de cortar la conexión que la fe establece entre nuestras almas y Dios. Tratará de desanimarnos diciéndonos que somos indignos de la gracia de Dios, y que no debemos esperar recibir tal o cual favor porque somos pecadores. Estas sugerencias no deben cortar nuestra confianza; porque está escrito: "Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero". No hay razón para que no reclamemos las promesas del Señor. No hay razón para que no seamos portadores de luz. No hay razón por la que no debáis avanzar, por la que no debáis ser cada vez más inteligentes en la oración y el testimonio, y manifestar que Dios escucha y responde a vuestras peticiones.

Hoy deberíamos tener más sabiduría y confianza que ayer. ¿Por qué estamos tan satisfechos con nuestros débiles logros? ¿Por qué nos conformamos con nuestra deficiente experiencia actual? No debemos alimentarnos siempre de la leche de la palabra; debemos buscar la carne, para que lleguemos a ser hombres y mujeres fuertes en Cristo. Dios os dará todo aquello para lo que estéis preparados, todo lo que ministre a vuestra fortaleza. Él hará las paces contigo si te aferras a su fuerza. Pero no dejará que su poder caiga sobre vosotros sin esfuerzo por vuestra parte. Debes cooperar con Dios en la obra de la salvación.

Necesitamos crecer en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Debemos educarnos para hablar con fe, orar con fe y abstenernos de dejar caer una sola semilla de duda y desaliento. Deseamos que de esta conferencia salgan jóvenes que lleguen a ser obreros experimentados en la causa de Dios. Que los ministros mayores tengan cuidado de hacer sendas rectas para sus pies, para que los cojos no sean desviados del camino. Que ningún vigilante o pastor del rebaño se sienta en el tribunal para criticar a los demás, para buscar defectos y encontrar faltas en los hermanos. ¡Oh, que todos en esta reunión tomaran su posición del lado del Señor! Debemos tener luz en nosotros mismos. No crean nada simplemente porque otros dicen que es verdad. Tomen sus Biblias y escudriñen por ustedes mismos. Suplicad a Dios que ponga su Espíritu sobre vosotros, para que conozcáis la verdad y comprendáis sus principios. Si obtenéis una experiencia de este tipo, no habrá nada que os aparte de la verdad. Seréis como Daniel en el foso de los leones, y como José en la prisión del faraón.

Por la luz que Dios me ha dado, puedo decir que ni la mitad de los que profesan creer en la verdad presente tienen una comprensión cabal del Mensaje del Tercer Ángel. Muchos creen la verdad porque la han oído predicar a alguien en quien tenían confianza. Cuando nuestro pueblo escudriñe la palabra de Dios por sí mismo, oiremos menos murmuraciones de las que oímos hoy. Necesitamos esa fe que nos llevará a estudiar la Biblia por nosotros mismos, y a tomar a Dios por su palabra.

Cristo dice: "De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si pedís algo en mi nombre, yo lo haré. Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre."

Hermanos, debéis dar pasos avanzados. Dios quiere que cada uno de vosotros se convierta de su iniquidad, y se conecte con él, la fuente de toda sabiduría y verdad, para que cuando abráis los labios fluyan las palabras de Cristo. ¿No dejaremos que el Espíritu de Dios venga entre nosotros, y fluya de corazón a corazón? El Espíritu de Dios está aquí esta mañana, y el Señor sabe cómo recibiréis las palabras que os he dirigido en esta ocasión.

18 de noviembre de 1889

El amor de Dios

[Sermón en Chicago, ILL., 9 de abril de 1889.]

EGW

"Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció".

El amor de Dios hacia el hombre caído es incomprensible. El apóstol no encuentra palabras para describirlo, pero exhorta al mundo a que "vea qué clase de amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios." El amor del Dios infinito por sus hijos rebeldes es la cosa más maravillosa que conoce el universo, y se desplegará constantemente a lo largo de las incesantes edades de la eternidad.

Siento un intenso interés por que todos comprendan, en la medida de lo posible, el amor de Dios. No podemos permitirnos desviar nuestra atención de este tema, porque en él se encierra el misterio de Dios, el plan de salvación. Podemos poner a prueba todas las fuerzas de nuestra mente y, sin embargo, no seremos capaces de comprender plenamente las alturas y profundidades del amor de Dios, porque la mente humana no es capaz de entender todo su significado. Es nuestro privilegio, sin embargo, obtener visiones más claras y distintas del plan de salvación. No debemos contentarnos con un conocimiento superficial de este maravilloso plan, sino que debemos procurar contemplarlo en toda su grandeza, para que en la medida de lo posible podamos comprender el amor de Dios.

Es nuestro privilegio crecer en la gracia y en el conocimiento de la verdad. Debemos familiarizarnos cada vez más con las cosas de Dios. Es designio de Satanás ocupar la atención de los hombres con asuntos de interés mundano, para que no tengan deseo de contemplar las maravillas del amor de Dios.

Cuando nuestros primeros padres transgredieron la santa ley de Dios, el Señor prometió que la simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente; la serpiente debía herir el calcañar de la simiente de la mujer. Pero no tendría poder para tocar la cabeza. La humanidad estaba perdida, y Cristo apareció como el Redentor del mundo, la simiente a la que se habían hecho las promesas. Murió para redimir a la humanidad. Los que creyeron en él excitaron la ira del maligno, pues Satanás reclamó al hombre como propiedad suya. Satanás persiguió al pueblo de Dios. Los torturó y los condenó a muerte; pero al morir se convirtieron en vencedores. Revelaron en esta fe firme un más poderoso que Satanás. Satanás podía torturar y matar el cuerpo, pero no podía tocar la vida que estaba escondida con Cristo en Dios. Podía encarcelar en los muros de la prisión, pero no podía atar el espíritu. La fe viva conectaba al pueblo de Dios con Aquel que sólo tiene inmortalidad. Podían mirar más allá de la penumbra hacia la gloria que se revelaría en la aparición de Jesús. Pablo sufrió mucho. Fue perseguido de ciudad en ciudad, en peligros muchas veces, en prisión, en azotes, en prisiones, en ayunos, en fatigas y vigilias dolorosas, pero miró más allá de los sufrimientos del tiempo presente a la gloria más allá, y dijo: "Considero que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que en nosotros ha de manifestarse". Esto es lo que Dios quiere que haga su pueblo. Él quiere que tengamos en cuenta y consideremos la rica recompensa del mundo eterno, para que podamos apreciar los privilegios que están a nuestro alcance a través del plan de salvación.

Cristo vino a nuestro mundo para convertirse en nuestro sacrificio. Vino a descubrir a nuestros ojos las joyas de la verdad, a colocarlas en un nuevo marco, el marco de la verdad. Sacó del tesoro de Dios cosas nuevas y antiguas, para que pudiéramos trazar los eslabones del gran plan de salvación. A través de las ofrendas de sacrificio de la dispensación judía, se nos señala a Cristo, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Cuando Cristo vino, fue para entablar el conflicto con el enemigo de Dios y del hombre, en esta tierra, a la vista del universo del cielo. Fue porque Satanás había sido un ángel exaltado y, cuando cayó, indujo a muchos ángeles a unirse a él en su rebelión contra el gobierno de Dios. Obró en la mente de los ángeles como obra hoy en la mente de los hombres. Hizo una pretensión de lealtad a Dios, y sin embargo argumentó que los ángeles no debían estar bajo la ley. Inculcó sus ideas, su rebelión y enemistad, y el odio a la ley de Dios se originó en las mentes de los ángeles en el cielo a través de su influencia. Provocó la caída del hombre mediante las mismas tentaciones con que había provocado la caída de los ángeles; y en el mundo donde se proponía llevar a la práctica sus principios de rebelión, hubo que librar la batalla, para que todos pudieran contemplar la verdadera naturaleza y los resultados de la desobediencia a la gran norma moral de Dios. Representó a Dios bajo una luz falsa, revistiéndolo de sus propios atributos. Cristo vino a representar al Padre en su verdadero carácter. Mostró que no era un juez arbitrario, dispuesto a dictar sentencias contra los hombres, y deleitándose en condenarlos y castigarlos por sus malas acciones. El Señor proclamó su carácter a Moisés en el monte. "Y descendió Jehová en la nube, y estuvo allí con él, y proclamó el nombre de Jehová. Y el Señor pasó delante de él, y proclamó: El Señor, el Señor Dios, misericordioso y clemente, paciente y abundante en bondad y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad y la rebelión y el pecado, y que de ningún modo exculpará al culpable."

Esta fue la descripción que Dios hizo de su propio carácter. Jesús vino a representar la bondad, la misericordia y el amor del Padre, y Satanás se llenó de enemistad contra el Hijo de Dios, y desde su nacimiento se esforzó por destruirlo. Obró por medio del malvado Herodes para cumplir su designio, pero el Señor preservó la vida del niño Jesús y frustró el designio del maligno. En repetidas ocasiones la vida de Cristo estuvo en peligro. Muchas veces, incluso después de que el pueblo había escuchado sus palabras llenas de gracia, y había visto la manifestación de su poder al curar a los enfermos y bendecir a los que le rodeaban, estaban dispuestos a destruirle. Odiaba el pecado con un odio perfecto. Fue la vida pura y sin mancha de Jesús lo que despertó el odio de Satanás y de una nación despilfarradora; porque Cristo no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca. La nación judía estaba llena de dudas y prejuicios, y

esto la llevó a odiar al Hijo de Dios. A causa de su incredulidad, estaban del lado del enemigo, bajo el control del maligno.

(Concluido la próxima semana).

25 de noviembre de 1889

El amor de Dios

[Sermón en Chicago, ILL., 9 de abril de 1889.]

(Concluido.)

EGW

Jesús fue perseguido de un lugar a otro durante su ministerio. Sacerdotes y gobernantes le seguían la pista. Tergiversaron su misión y su labor. Vino a los suyos y los suyos no le recibieron. Los ángeles vigilaban el conflicto a cada paso. Vieron el espíritu y la obra del enemigo. Contemplaron con asombro las artimañas de Satanás contra el divino Hijo de Dios. Vieron que el que sólo había sido segundo de Jesús en poder y gloria había caído tan bajo que podía influir en los hombres para que persiguieran los pasos de Cristo de ciudad en ciudad. Cuando Cristo buscó el huerto de Getsemaní, el enemigo presionó las tinieblas sobre su alma. Ni siquiera sus discípulos velaron con él durante aquella hora de prueba. Oyeron la agonía de la oración que salía de sus labios pálidos y temblorosos, pero pronto permitieron que el sueño los venciera, y dejaron a su sufriente Maestro luchando solo con los poderes de las tinieblas.

Fue en el huerto de Getsemaní donde el cáliz misterioso tembló en su mano. ¿Bebería de la amarga porción y salvaría a un mundo perdido, o se abstendría y lo dejaría perecer? El destino de la raza caída temblaba en la balanza. Si bebía del cáliz del sufrimiento, debía abrir su pecho a las penas, aflicciones y pecados de la humanidad. Rogó: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como tú". Había dicho a sus discípulos: "Mi alma está muy triste, hasta la muerte". Su sufrimiento casi extinguió su vida. Las gotas de sangre cubrieron su frente y rociaron el césped de Getsemaní. "Su rostro se desfiguró más que el de cualquier hombre, y su figura más que la de los hijos de los hombres". Cuando se desmayó como en la muerte, un ángel vino al divino Sufriente, y le ofreció la copa del consuelo para fortalecerle para el conflicto.

El Salvador del mundo se levantó, buscó por tercera vez a sus discípulos y los encontró durmiendo. Los miró con tristeza, y sus palabras los despertaron: "Dormid ya y descansad; he aquí que se acerca la hora, y el Hijo del hombre es entregado en manos de pecadores."

Mientras pronunciaba estas palabras, se oyeron los pasos de la turba que le buscaba. Judas tomó la delantera y fue seguido de cerca por la turba asesina. Jesús se volvió hacia sus discípulos, mientras sus enemigos se acercaban, y dijo: "Levantaos, vámonos; he aquí, está cerca el que me traiciona". El semblante del Salvador mostraba una expresión de serena dignidad; ninguna huella de su reciente agonía era visible cuando salió al encuentro de su traidor.

Se dejó apresar por la muchedumbre asesina y fue arrastrado de un tribunal a otro. Aunque Isaías había escrito: "Un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz", ahora se burlaban de él, lo escupían, lo azotaban y lo maltrataban. ¿Era inocente? -Sí; pero la inocencia no salva a los hombres de la persecución cuando el maligno controla la mente de sus verdugos. Jesús es nuestro modelo. Nos ha dado un ejemplo para que sigamos sus pasos. Muchos tendrán que pasar por escenas similares a las que pasó Jesús. Después de ser juzgado, fue llevado ante el pueblo, y Pilato declaró: "No encuentro falta en este hombre", pero el pueblo gritaba: "Crucifícalo, crucifícalo". "Viendo Pilato que nada podía prevalecer, sino que más bien se armaba alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante de la multitud, diciendo: "Yo soy inocente de la sangre de este justo; vedlo. Entonces respondió todo el pueblo, y dijo: Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos."

Cristo era el Hijo de Dios, igual al Padre; y, sin embargo, fue maltratado, ridiculizado, azotado y crucificado. Hay muchos que han pensado que el Padre no tuvo parte en los sufrimientos del Hijo; pero esto es un error. El Padre sufrió con el Hijo. Cuando el Hijo de Dios colgaba del Calvario, las tinieblas se cernían sobre la cruz como un manto de muerte. Toda la naturaleza se compadeció de su Autor moribundo. Hubo truenos y relámpagos, y un gran terremoto, pero los corazones de los hombres estaban tan endurecidos que podían discutir al pie de la cruz en la que colgaba el Redentor del mundo, sobre la división de su vestidura. Sus corazones parecían estar totalmente bajo el control de los poderes de las tinieblas. Los ángeles contemplaban la escena con tristeza y asombro. Como sustituto y fiador del hombre, la iniquidad de los hombres fue cargada sobre Cristo; fue tenido por transgresor para redimirlos de la maldición de la ley. La culpa de cada descendiente de Adán oprimía su corazón; y la ira de Dios

y la terrible manifestación de su desagrado a causa de la iniquidad, llenaron de consternación el alma de su Hijo. La retirada del rostro divino del Salvador, en esta hora de suprema angustia, traspasó su corazón con una pena que el hombre nunca podrá comprender plenamente. El pecado, tan odioso a su vista, se amontonó sobre él hasta que gimió bajo su peso. La desesperada agonía del Hijo de Dios era tanto mayor que su dolor físico, que éste apenas era sentido por él. Las huestes del Cielo velaron sus rostros ante la espantosa visión. Oyeron su grito desesperado: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Vieron morir al divino Sufriente bajo los pecados del mundo.

Jesús fue depositado en la tumba. Entró en las tinieblas del sepulcro y probó la muerte por todos los hombres. Pero no permaneció mucho tiempo bajo el poder del enemigo. Un ángel poderoso vino del cielo y removió la piedra del sepulcro, y por miedo a él los guardianes temieron y temblaron, y quedaron como muertos. Cristo salió del sepulcro como vencedor triunfante, y sacó de sus tumbas a una multitud de cautivos.

La guardia romana se apresuró a contar a los gobernantes lo que había ocurrido, y fueron sobornados para que testificaran que sus discípulos habían robado su cuerpo durante la noche. Cuando las mujeres que habían seguido a Jesús llegaron al sepulcro, el ángel les dijo: "No temáis, porque sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, porque ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde yacía el Señor. E id pronto, y decid a sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos; y he aquí, va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis; he aquí, os lo he dicho."

Tenemos un Salvador resucitado; ha subido a lo alto y vive siempre para interceder por nosotros. Por él, los que creen en él serán coronados de gloria, honor e inmortalidad; porque "el Señor mismo descenderá del cielo con aclamación, con voz de arcángel y con trompeta de Dios; y los muertos en Cristo resucitarán primero; luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor."

16 de diciembre de 1889

"Rezar sin cesar"

EGW

"Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza.... orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos."

No siempre estamos situados de tal manera que podamos entrar en nuestros armarios para buscar a Dios en oración, pero no hay momento ni lugar en que sea inapropiado ofrecer una petición a Dios. No hay nada que pueda impedirnos elevar nuestro corazón con espíritu de oración ferviente. En la multitud de la calle, en medio de un compromiso de negocios, podemos enviar una petición a Dios, y suplicar la guía divina, como hizo Nehemías cuando hizo su petición ante el rey Artajerjes. Un armario de comunión puede encontrarse dondequiera que estemos. Deberíamos tener la puerta del corazón continuamente abierta, y nuestra invitación en alto para que Jesús venga y habite como huésped celestial en nuestras almas.

Aunque haya una atmósfera contaminada y corrompida a nuestro alrededor, no necesitamos respirar su miasma, sino que podemos vivir en la atmósfera pura del cielo. Podemos cerrar toda puerta a las imaginaciones impuras y a los pensamientos profanos elevando el alma a la presencia de Dios mediante la oración sincera. Aquellos cuyos corazones están abiertos para recibir el apoyo y la bendición de Dios, caminarán en una atmósfera más santa que la de la tierra, y tendrán constante comunión con Dios. Pero aquellos que reservan sus pensamientos de Dios, sus fervientes anhelos del alma por la pureza y la gracia, para ciertos tiempos, y lugares, y ocasiones, serán vencidos por la tentación. Los pensamientos serán impuros, se cumplirán los impulsos del corazón natural, y el hombre será derrotado en el conflicto; porque será atraído y seducido por su propia concupiscencia. El mandato del Salvador es: "Orad sin cesar". El corazón debe desear continuamente la presencia y la gracia de Jesús, para que el alma pueda tener la iluminación divina y la sabiduría celestial.

Necesitamos tener una visión más clara de Jesús y una comprensión más plena del valor de las realidades eternas. La belleza de la santidad debe llenar los corazones del pueblo de Dios, y para que esto se logre, debemos buscar revelaciones divinas de las cosas celestiales. Hermanos, debemos orar en todo lugar y en toda circunstancia. Nuestras peticiones pueden ser sólo jaculatorias

entrecortadas, o pueden ser sólo pensamientos secretos del corazón, pero cualquiera que sea la oportunidad que tengamos, que el alma se extienda y se eleve, para que Dios nos conceda un soplo de su atmósfera celestial. Que el espíritu gima en pos de Dios, y mezcle la fe con el deseo ferviente. Debemos alentar la gratitud y la alabanza, y estar siempre en guerra contra todo impulso impío, aplastando fuera del alma toda concupiscencia inmunda. Esta es la guerra que debe llevarse a cabo. Podemos mantenernos tan cerca de Dios que en cada prueba inesperada nuestros pensamientos se vuelvan hacia Dios tan naturalmente como la flor se vuelve hacia el sol. El girasol mantiene su rostro hacia el sol. Si se le aparta de la luz, se enroscará en el tallo, hasta que levante sus pétalos hacia los brillantes rayos del sol. Así pues, que todo el que haya entregado su corazón a Dios, se vuelva hacia el Sol de Justicia, y mire ansiosamente hacia arriba para recibir los brillantes rayos de la gloria que resplandecen en el rostro de Jesús. Así podemos educar el alma para que se abra paso fuera de la atmósfera moral corrompida del mundo, de pecado y egoísmo, hacia la atmósfera que es divina y saludable.

Debemos orar en el Espíritu, también con el entendimiento, y Dios impulsará los anhelos del alma y satisfará los deseos del corazón. Debemos llegar a ser inteligentes en cuanto a las condiciones bajo las cuales Dios escuchará y responderá a la oración. Hay muchas palabras inútiles y sin sentido empleadas en la oración, pero estas peticiones sin corazón no son aceptables y no pueden prevalecer ante Dios. Si el alma está manchada de impureza, si la iniquidad se abriga en el corazón, el ofrecimiento de la oración es una abominación a Dios.

El salmista dice: "Venid, hijos, escuchadme; os enseñaré el temor del Señor. ¿Qué hombre es aquel que desea la vida, y ama muchos días, para ver el bien? Guarda tu lengua del mal, y tus labios de hablar engaño. Apártate del mal, y haz el bien; busca la paz, y síguela. Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a su clamor. El rostro del Señor está contra los que hacen el mal, para cortar de la tierra su recuerdo. Claman los justos, y el Señor los oye y los libra de todas sus angustias. Cercano está el Señor a los quebrantados de corazón, y salva a los contritos de espíritu". Dice el profeta Isaías: "Porque así dice el alto y sublime que habita la eternidad, cuyo nombre es Santo: Yo habito en el lugar alto y santo, también con el que es de espíritu contrito y humilde, para reanimar el espíritu de los humildes, y para reanimar el corazón de los contritos."

El salmista dice de nuevo: "No quieres sacrificios; si no, yo los daría; no te agradan los holocaustos. Los sacrificios de Dios son un espíritu quebrantado;

un corazón quebrantado y contrito, oh Dios, no despreciarás". "Aunque el Señor sea alto, respeta a los humildes; pero a los soberbios los conoce de lejos".

El Señor no está obligado a concedernos sus favores, pero ha empeñado su palabra de que si cumplimos las condiciones establecidas en las Escrituras, cumplirá su parte del contrato. Los hombres a menudo hacen promesas, pero no las cumplen. A menudo hemos descubierto que al confiar en los hombres nos hemos apoyado en cañas rotas; pero el Señor nunca defraudará al alma que cree en él. "Los montes se apartarán, y los collados serán removidos; mas mi benignidad no se apartará de ti, ni el pacto de mi paz será removido". Todavía habla al alma: "Con amor eterno te he amado". "Con eterna bondad tendré misericordia de ti".

(Concluido la próxima semana).

23 de diciembre de 1889

"Rezar sin cesar"

(Concluido.)

EGW

Dios condesciende a encontrarse con el hombre en su debilidad humana. El Señor nos ha prometido su palabra, para que no haya ocasión de cuestionar ni de dudar. Dice la Escritura: "Dios, queriendo mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, lo confirmó con juramento; para que por dos cosas inmutables, en las que era imposible que Dios mintiera, tuviéramos un fuerte consuelo, los que hemos huido en busca de refugio para aferrarnos a la esperanza puesta delante de nosotros; esperanza que tenemos como ancla del alma, segura y firme, y que penetra hasta lo que está dentro del velo."

¡Cuán lleno de gracia y misericordia es nuestro Dios al satisfacer así los pensamientos de las mentes humanas! Ciertamente Dios no podría hacer más por su pueblo de lo que ha hecho. Estas preciosas promesas no son dadas a unos pocos talentosos, sino a todos, altos o bajos, libres o esclavos, ricos o pobres, que se han esforzado por cumplir con sus requisitos.

Los que, por la fe en los méritos de la sangre de Cristo, tienen las manos limpias y el corazón puro, recibirán el manto blanco, la corona de justicia y la vida que

correrá paralela a la vida de Dios. No hay límite para las bendiciones que podemos recibir en respuesta a una oración sincera y ferviente. El amor de Dios por el hombre caído no tiene medida, y si nuestro Padre ve que no nos enaltece con las bendiciones que tiene poder para concedernos, sino que las recibimos con corazón humilde y agradecido, nos concederá abundantemente nuestras peticiones. Él dice: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá."

La oración que surge de un corazón quebrantado y contrito, aunque salga de los labios del santo más humilde, nunca es desatendida. Es como dulce música en los oídos de nuestro Padre celestial, porque él espera concedernos la plenitud de su bendición. No está en nuestro poder estimar los suministros que son provistos por el Señor para satisfacer nuestras demandas. Qué poder podría asistir a la iglesia si pudiéramos con frecuencia y con fe el abundante tesoro del almacén de Dios. Apenas hemos comenzado a saborear la riqueza de las promesas divinas. Es nuestro privilegio beber ampliamente de la fuente del amor sin límites. ¡Qué maravilla que oremos tan poco! Dios está listo y dispuesto a escuchar la oración sincera del más humilde de sus hijos, y sin embargo hay mucha renuencia manifiesta de nuestra parte a dar a conocer nuestras necesidades a Dios. ¿Qué pueden pensar los ángeles de Dios de los pobres e indefensos seres humanos, que están sujetos a la tentación, cuando el corazón de amor infinito de Dios anhela hacia ellos, y está dispuesto a darles más de lo que pueden pedir o pensar, y sin embargo oran tan poco, y tienen tan poca fe? Los ángeles aman postrarse ante Dios, aman estar cerca de Él. Consideran el trato con Dios como su mayor alegría, y sin embargo los hijos de la tierra, que necesitan tanta ayuda que sólo Dios puede dar, parecen satisfechos de caminar sin la luz de su Espíritu, sin la compañía de su presencia.

Las tinieblas del maligno inclinan a los que no oran a Dios. Las tentaciones susurradas del enemigo los atraen al pecado, y todo se debe a que no hacen uso de los privilegios que Dios les ha concedido en la cita divina de la oración. ¿Por qué han de ser reacios a orar los hijos e hijas de Dios, cuando la oración es la llave en manos de la fe para abrir el almacén del cielo, donde están los recursos ilimitados de la Omnipotencia? Sin una oración incesante, sin una vigilancia diligente, corremos el peligro de descuidarnos y de desviarnos del camino recto. Nuestra recaída puede ser tan gradual que podemos pensar que estamos en una buena condición espiritual, cuando seguramente estamos en el terreno del enemigo. El adversario trata continuamente de obstruir el camino hacia el

propiciatorio, para que no obtengamos, mediante la súplica ferviente y la fe, la gracia y el poder para resistir la tentación.

Hay tanta cobardía e impotencia, y tanta dependencia de los demás, que somos ineficaces para realizar la gran obra que se nos ha encomendado. La obra de Dios no puede realizarse sin un espíritu de independencia. Todo hombre debe saber por experiencia personal que puede apoyarse sólo en Dios, y encontrar en él un apoyo y una ayuda. Todo hombre debe aprender a decir humilde y firmemente: "Mirando a Jesús, me atrevo a estar solo; porque el Padre está conmigo". Esta fue la actitud de Jesús. Dijo a sus seguidores antes de la hora de la prueba: "Me dejaréis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo".

30 de diciembre de 1889

Lo que aseguró la muerte de Cristo

EGW

Le correspondió a Aquel por quien son todas las cosas, y por quien son todas las cosas, en la redención del mundo, salvar a los pecadores por la sangre del Cordero. El gran sacrificio del Hijo de Dios no era ni demasiado grande ni demasiado pequeño para llevar a cabo la obra. En la sabiduría de Dios fue completo; y la expiación hecha testifica a cada hijo e hija de Adán la inmutabilidad de la ley de Dios. El valor de la ley de Jehová debe estimarse por el inmenso precio que se pagó en la muerte del Hijo de Dios para mantener su carácter sagrado.

La ley de Dios es un trasunto de su carácter; retrata la naturaleza de Dios. Así como en Cristo contemplamos el resplandor de su gloria, la imagen expresa de su persona, así también en la ley se despliegan los atributos del Padre. Aunque la ley es inmutable, el hecho de que haya proporcionado un medio de salvación para el infractor de la ley no menoscaba en lo más mínimo la dignidad del carácter de Dios, puesto que la pena de la transgresión del hombre fue soportada por un Sustituto divino. El Padre mismo sufrió con el Hijo, pues "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo". El hombre, con su juicio humano y finito, no puede cuestionar con seguridad la sabiduría de Dios. Por eso es impropio de él criticar el plan de salvación. Ante el tema de la redención, que el hombre ponga su sabiduría por los suelos, y acepte los planes de Aquel cuya sabiduría es infinita.

Dios concede a los hombres un período de prueba en este mundo, para que sus principios se establezcan firmemente en el derecho, excluyendo así la posibilidad del pecado en la vida futura, y asegurando así la felicidad y la seguridad de todos. Sólo por medio de la expiación del Hijo de Dios pudo darse poder al hombre para establecerlo en la justicia y hacerlo un sujeto apto para el cielo. La sangre de Cristo es el antídoto eterno contra el pecado. El carácter ofensivo del pecado se ve en lo que le costó al Hijo de Dios en humillación, sufrimiento y muerte. Todos los mundos contemplan en él un testimonio vivo de la malignidad del pecado, pues en su forma divina lleva las marcas de la maldición. Está en medio del trono como un Cordero inmolado. Los redimidos quedarán siempre vivamente impresionados por el carácter odioso del pecado, al contemplar a Aquel que murió por sus transgresiones. La preciosidad de la Ofrenda será más plenamente comprendida a medida que la multitud lavada con sangre comprenda más plenamente cómo Dios ha hecho un camino nuevo y vivo para la salvación de los hombres, mediante la unión de lo humano y lo divino en Cristo.

La muerte de Cristo en la cruz aseguró la destrucción de aquel que tiene el poder de la muerte, que fue el originador del pecado. Cuando Satanás sea destruido, no habrá nadie que tiente al mal; la expiación no necesitará repetirse jamás; y no habrá peligro de otra rebelión en el universo de Dios. Lo único que puede impedir eficazmente el pecado en este mundo de tinieblas, lo impedirá en el cielo. El significado de la muerte de Cristo será visto por los santos y los ángeles. Los hombres caídos no podrían tener un hogar en el paraíso de Dios sin el Cordero inmolado desde la fundación del mundo. ¿No debemos, pues, exaltar la cruz de Cristo? Los ángeles atribuyen honor y gloria a Cristo, pues ni siquiera ellos están seguros sino mirando los sufrimientos del Hijo de Dios. Es mediante la eficacia de la cruz que los ángeles del cielo son protegidos de la apostasía. Sin la cruz no estarían más seguros contra el mal que los ángeles antes de la caída de Satanás. La perfección angélica fracasó en el cielo. La perfección humana fracasó en el Edén, el paraíso de la dicha. Todos los que desean seguridad en la tierra o en el cielo deben mirar al Cordero de Dios. El plan de salvación, que pone de manifiesto la justicia y el amor de Dios, proporciona una salvaguardia eterna contra la defección en los mundos no caídos, así como entre aquellos que serán redimidos por la sangre del Cordero. Nuestra única esperanza es la confianza perfecta en la sangre de Aquel que puede salvar perpetuamente a todos los que por Él se acercan a Dios. La muerte de Cristo en la cruz del Calvario es nuestra única esperanza en este mundo, y será nuestro tema en el mundo venidero. ¡Oh, no comprendemos el valor de la expiación! Si lo hiciéramos, hablaríamos más de ella. El don de Dios en su Hijo amado fue la

expresión de un amor incomprensible. Era lo máximo que Dios podía hacer para preservar el honor de su ley, y aun así salvar al transgresor. ¿Por qué no ha de estudiar el hombre el tema de la redención? Es el tema más grandioso que puede interesar a la mente humana. Si los hombres contemplaran el amor de Cristo, manifestado en la cruz, su fe se fortalecería para apropiarse de los méritos de su sangre derramada, y serían limpiados y salvados del pecado. Hay muchos que se perderán, porque dependen de la religión legal, o del mero arrepentimiento por el pecado. Pero el arrepentimiento por el pecado por sí solo no puede obrar la salvación de ningún alma. El hombre no puede salvarse por sus propias obras. Sin Cristo le es imposible rendir perfecta obediencia a la ley de Dios; y el cielo nunca puede ser ganado por una obediencia imperfecta; porque esto pondría todo el cielo en peligro, y haría posible una segunda rebelión.

Dios salva al hombre únicamente mediante la sangre de Cristo, y la creencia y la lealtad del hombre a Cristo es la salvación. No es ninguna maravilla para los ángeles que el sacrificio infinito hecho por el Hijo de Dios fuera lo suficientemente amplio como para traer la salvación a una raza caída, pero que este sacrificio expiatorio haya sido hecho es una maravilla para el universo. Es un misterio que los ángeles desean examinar. Los ángeles se asombran de la indiferencia y frialdad manifestadas por aquellos para quienes se ha provisto una salvación tan grande. Miran con dolor y santa indignación a los que no procuran apreciar el don inefable de Dios. En lugar de ofrecer adoración a Dios, los hombres finitos se creen capaces, sin la unción divina, de determinar lo que es digno de alabanza o de culpa en sus semejantes. Pero ser glorificado por el hombre no es gloria. Deberíamos aprender a valorar la alabanza del hombre en lo que vale. El Señor dice: "Yo honraré a los que me honren". Que cada aliento de alabanza, cada palabra de exaltación, fluya hacia quien es digno, fluya hacia Jesús, el Príncipe de la vida, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Elevad la cruz de Cristo. Elevad al Mediador. Elevad a Jesús. En él está todo lo noble. Contemplad a Dios en Cristo. Está rodeado de ángeles, querubines y serafines lo contemplan continuamente. Voces angélicas día y noche claman ante él: "Santo, santo, santo, Señor Dios Todopoderoso, que era, que es y que ha de venir.... Digno eres, Señor, de recibir la gloria, la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad son y fueron creadas." "Digno es el Cordero que fue inmolado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la bendición." "Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. ¿Quién no te temerá, Señor, y glorificará tu nombre? porque sólo tú eres santo; porque todas las naciones vendrán y se postrarán ante ti". Pero aunque sólo Dios

es santo y digno de ser alabado, las lenguas humanas se pervierten para alabar y glorificar al hombre en vez de a Dios.

El mayor don que Dios podía conceder a los hombres fue otorgado en el don de su Hijo amado. Dice el apóstol: "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas gratuitamente?". No se reservó nada. Jamás se proveerá una segunda probación. Si el don inefable de Dios no lleva al hombre al arrepentimiento, no hay nada que pueda mover su corazón. No hay poder que se mantenga en reserva para actuar sobre su mente y despertar su sensibilidad. Todo el carácter de Dios se reveló en su Hijo, toda la gama de posibilidades del cielo se despliega para la aceptación del hombre en el Hijo del Infinito. El camino para el retorno del hombre a Dios y al cielo no tiene barreras. Las profundidades incomparables del amor del Salvador han sido demostradas; y si esta manifestación del amor de Dios por los hijos de los hombres no prevalece para atraer a los hombres hacia sí, nada lo hará jamás.

Los que se salvarán en el reino de Dios serán los que hayan lavado sus vestiduras y las hayan emblanquecido en la sangre del Cordero. La imagen de Cristo se perfeccionará en cada alma que acepte el don de su gracia, y los que se perfeccionen por medio de su gracia, estarán ante Dios iguales en elevación, en poder y pureza, a los ángeles, y serán honrados con ellos ante el trono eterno. Los ángeles del cielo amarán a aquellos a quienes Cristo ha amado y ha comprado con su preciosa sangre.

La atención de todos los habitantes de todos los mundos se dirigirá a la cruz de Cristo, alrededor de la cual se agrupará el sobreabundante y eterno peso de la gloria. La imaginación se agota en su esfuerzo por comprender la maravillosa obra de la redención. El plan de la salvación es demasiado elevado para ser alcanzado plenamente por el pensamiento humano. Es demasiado grandioso para ser abarcado plenamente por la comprensión finita. El apóstol dice: "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman." ¿Podemos extrañarnos de que el Cielo se asombre porque los hombres actúan como si el don de Dios no tuviera valor? ¡Cuál será la pérdida eterna de los que rechazan una salvación tan grande, ofrecida gratuitamente por los méritos del Hijo unigénito y bienamado de Dios!

6 de enero de 1890

"¿Cuánto quieres?"

EGW

Las entrañables misericordias y bondades del Señor han sido para con nosotros todos los días de nuestra vida, y el mundo entero debería llenarse de voces agradecidas, proclamando la benevolencia y el amor de Dios. El salmista dice: "Los ojos de todos esperan en ti, y tú les das su alimento a su tiempo. Abres tu mano y sacias el deseo de todo ser viviente". Cuando estábamos vendidos al pecado, Aquel que era rico en gloria, por nosotros se hizo pobre, para que nosotros, por su pobreza, fuésemos ricos. Bien podemos preguntar a nuestras almas: "¿Cuánto debes a mi Señor?". La benevolencia de Cristo se ejerce todos los días del año. Él da diariamente sus dones a los hombres. Su Espíritu Santo actúa constantemente, atrayendo los corazones de los hombres, guiándolos hacia toda la verdad. Antes de la crucifixión de Cristo, dijo a sus discípulos afligidos que les enviaría otro Consolador, que permanecería con ellos para siempre. La gracia de Cristo se multiplica para con nosotros y se nos da sin descanso. Las corrientes de la salvación fluyen continuamente para nosotros.

En vista de lo que Cristo ha hecho y está haciendo por los hijos de los hombres, ¿no deberíamos llevarle ofrendas de gratitud? ¿Deberían nuestros dones fluir sólo hacia los demás, y olvidarse del Dador de todo don bueno y perfecto? El Señor ha dicho: "Yo honraré a los que me honren". No debemos esperar para hacer una ofrenda a Dios hasta que estemos libres de deudas. Su causa exige los medios que nos ha dado en confianza, y debemos presentar una porción en el altar de Dios tan libremente como se hizo por nosotros el sacrificio infinito. No tenemos tiempo que perder para pasar nuestros tesoros al banco del cielo. Hagamos lo que hagamos, no olvidemos a Dios. Si le amamos de todo corazón, recordaremos lo que nos reclama. Dios exige que seamos como él, que imitemos el ejemplo abnegado de Cristo y vivamos una vida de abnegación. Deberíamos considerar en oración la pregunta: "¿Cuánto le debes al Señor?".

¿Hay quienes están robando a Dios en diezmos y ofrendas? Procurad poner en orden vuestras cuentas; no dejéis vuestra obligación para con Dios como lo último que se salda. Los que han pedido prestado, procuren pagar sus deudas; sobre todo, procuren que ningún pobre que se ha esforzado por conseguir sus medios, quede en la perplejidad porque ustedes no le pagan lo que le deben. Que no se cometa ninguna injusticia con el prójimo, sino que, en la medida de

lo posible, todo se arregle entre tú y tus semejantes. Esto es cumplir los seis últimos mandamientos.

Que los que tienen medios den de ellos para gloria de Dios. Que demuestren que aprecian el don del amado Hijo de Dios, que le aman con afecto indiviso y que manifestarán su fe en su misión y en su obra reponiendo el tesoro de Dios. Los medios que Dios confía a los hombres son para llevar adelante su obra en la tierra. La palabra de Dios os exhorta a dar. Hay almas que salvar. Hay quienes no conocen la verdad, y deben ser iluminados por el esfuerzo misionero. ¿Cuántos han retenido su diezmo? ¿Cuántos se han negado a servir a Dios? Cuando los que han retenido sus diezmos durante años se convenzan, y hagan cuentas y vean cuán grande es la suma que deben a Dios, no deben desanimarse y no hacer nada para disminuir la deuda. Si pueden, paguen toda la cantidad, pero si no pueden, hagan lo mejor que puedan, comiencen a pagar los diezmos desde el primero de 1890. Confesad al Señor vuestro robo hacia él, y entregaos en plena rendición como ofrenda al Señor. Decid al Señor que, si lo pone en vuestro poder, cumpliréis vuestra obligación para con él, y le devolveréis lo suyo.

Haz algo, hazlo pronto. A la vista de Dios, a la vista de los ángeles celestiales, da pasos decididos hacia una vida mejor. ¿Qué nos dice Dios en este momento? Dice: "Y se sentará como refinador y purificador de plata; y purificará a los hijos de Leví, y los limpiará como a oro y plata, para que ofrezcan a Jehová ofrenda en justicia". Que el proceso de purificación continúe en cada alma. Ora para que cada pecado sea revelado, para que la corrupción del corazón sea puesta en evidencia; y cuando sea expuesta, ora pidiendo gracia para quitar la contaminación. Reparad los males entre vosotros y vuestros hermanos; y cuando hagáis vuestra parte, Dios no dejará de hacer la suya.

¿Por qué retrasarlo? ¿Por qué seguir en la debilidad? ¿Por qué no echas tu alma en toda su impotencia sobre Cristo, y te aferras a los méritos de su preciosa sangre? Él espera recibirte. Él anhela ayudarte. Y cuando el templo del alma esté limpio de toda contaminación, tendrás una experiencia nueva y preciosa. El Señor dice: "Entonces la ofrenda de Judá y de Jerusalén será agradable a Jehová, como en los días pasados y como en los años antiguos." Pero si se descuida la obra del arrepentimiento y de la reforma, si se pasa por el camino, pecando de palabra y de obra, el Señor dice: "Me acercaré a vosotros para juzgaros; y seré pronto testigo contra los hechiceros, y contra los adúlteros, y contra los falsos juramentadores, y contra los que oprimen al jornalero en su salario, a la viuda y al huérfano, y que desvían al extranjero de su derecho, y no

me teméis, dice Jehová de los ejércitos. Porque yo soy el Señor, no cambio; por eso vosotros, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos."

Si el Señor no continuara su cuidado guardián sobre nosotros día y noche, Satanás ejercería su poder contra nosotros, y seríamos consumidos. El Señor ha designado a sus ángeles para que protejan a su pueblo, a fin de que el maligno no nos destruya. Pero a causa del cuidado preservador y de las tiernas misericordias del Señor, los hombres se vuelven descuidados. El sabio dice: "Porque la sentencia contra una obra mala no se ejecuta con prontitud, por eso el corazón de los hijos de los hombres está plenamente puesto en ellos para hacer el mal." La paciencia y la paciencia de Dios deberían ablandar en vez de endurecer los corazones de los hombres. No presumas de la paciencia de Dios, sino más bien trata de comprender sus tratos con los hijos de la tierra. Se lleva un registro infalible, con la exactitud de la Omnisciencia, de las iniquidades de las naciones y de los individuos; Cristo declara: "Conozco tus obras". Pero aunque las cifras se acumulan rápidamente, la misericordia de Dios no cesa hasta que se alcanza cierta cantidad, que marca el límite de la indulgencia divina. Todavía hay tiempo para que los males sean corregidos mediante la confesión y la restitución al hombre y a Dios. Por la fe podemos reclamar los méritos de la sangre de Cristo, y los que reciban su consejo pueden ser purificados y emblanquecidos. ¿No nos acercaremos ahora a Dios? ¿No habrá confesión del pecado mientras se llame hoy? El registro en los libros del cielo puede ser cancelado por la sangre derramada de Jesús. El Señor dice: "Aun desde los días de vuestros padres os habéis apartado de mis ordenanzas, y no las habéis guardado". Esta es la acusación que el Señor hace contra los infieles.

(Concluido la próxima semana).

13 de enero de 1890

"¿Cuánto quieres?"

(Concluido.)

EGW

Satanás está en controversia con Dios. Dice el profeta: "Y me mostró al sumo sacerdote Josué de pie ante el ángel del Señor, y a Satanás de pie a su derecha para resistirle. Y el Señor dijo a Satanás: Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que escogió a Jerusalén te reprenda; ¿no es éste un tizón arrancado del fuego? Y Josué, vestido de ropas inmundas, se puso en pie delante del ángel. Y él

respondió y habló a los que estaban delante de él, diciendo: Quitadle las vestiduras inmundas. Y a él dijo: He aquí, yo he hecho pasar de ti tu iniquidad, y te vestiré con muda de ropa. Y dije: Pongan sobre su cabeza una mitra hermosa. Y pusieron una mitra hermosa sobre su cabeza, y le vistieron de ropas. Y el ángel del Señor estaba allí. Y el ángel de Jehová protestó a Josué, diciendo: Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Si anduvieres en mis caminos, y si guardares mi ordenanza, tú también juzgarás mi casa, y tú también guardarás mis atrios, y yo te daré lugar para que andes entre estos que están allí."

Debemos procurar apreciar la misericordia sin par y el amor inexpresable de Dios al no entregar a los que le han deshonrado en manos del enemigo de las almas. Es el cuidado de Dios el que los preserva del poder de Satanás. Satanás presenta constantemente los pecados y los males de los que dicen ser hijos de Dios, y se burla de los ángeles de Dios con sus defectos. ¿Qué llevará al pueblo del Señor a una posición correcta ante él? El Señor responde a la pregunta en Malaquías, diciendo: "Volved a mí, y yo volveré a vosotros, dice el Señor de los ejércitos". Cuando busquemos al Señor con pleno propósito de corazón, él será hallado de nosotros.

Daniel se propuso en su corazón ser fiel al Dios del cielo. Determinó que no comería de la comida del rey, ni bebería de su vino; y sus tres compañeros determinaron que no deshonrarían a Dios inclinándose ante la imagen de oro que Nabucodonosor levantó en la llanura de Dura. Cuando nos proponemos servir al Señor con una determinación como la de estos fieles siervos de Dios, el Señor tomará nuestra parte, y nos permitirá asirnos de su fuerza. Cuando no hay arrepentimiento del pecado, ni se hacen esfuerzos para reformarse, Satanás no molestará al alma; pero cuando el corazón es tocado por el amor de Cristo, cuando se confiesa el pecado, y en la fuerza de Cristo se hacen esfuerzos para reformarse, entonces Satanás se levanta para oponerse a la obra que Dios quiere hacer por sus hijos. A cada paso tratará de obstruir el camino; pero si los hijos de Dios siguen adelante, el Señor obrará en su favor, y se revelará como un Salvador que perdona los pecados, que impartirá su gracia y justicia a todos los que acudan a él.

El profeta habla de una clase que es insensible a su necesidad. Preguntan: "¿Adónde volveremos?". No se dan cuenta de que están lejos de Dios. Pero la respuesta es: "¿Robará el hombre a Dios?", como si se tratara de un crimen del que el hombre difícilmente pudiera ser culpable. Los ángeles miran con asombro la ingratitud de aquellos por quienes Dios ha hecho tanto al conceder continuamente sus favores y dones. Los hombres olvidan las exigencias de Dios

y se entregan al egoísmo y a la mundanalidad. El Señor dice: "Sin embargo, me habéis robado. Pero vosotros decís: ¿En qué te hemos robado? En diezmos y ofrendas. Malditos seáis con maldición; porque me habéis robado, toda esta nación".

Dios no puede bendecir a los hombres en tierras y rebaños cuando no usan sus bendiciones para su gloria. No puede confiar su tesoro a quienes lo emplean mal. En el lenguaje más sencillo, el Señor ha dicho a sus hijos lo que exige de ellos. Deben pagar el diezmo de todo lo que poseen y hacer ofrendas de lo que él les concede. Sus misericordias y bendiciones han sido abundantes y sistemáticas. Él envía su lluvia y su sol, y hace florecer la vegetación. Él da las estaciones; el tiempo de la siembra y de la cosecha vienen en su orden; y la bondad inagotable de Dios exige algo mejor que la ingratitud y el olvido que los hombres le rinden. ¿No hemos de volver a Dios, y con corazón agradecido presentar nuestros diezmos y ofrendas? El Señor ha dejado tan claro el deber que, si descuidamos el cumplimiento de sus exigencias, no tendremos excusa. El Señor ha dejado sus bienes en manos de sus siervos para que los manejen con equidad, a fin de que el Evangelio sea predicado en todo el mundo. La disposición y provisión para la difusión de su verdad en el mundo no se ha dejado al azar. El diezmo es del Señor, es el dinero de sus intereses, y debe pagarse regular y puntualmente en su tesorería. Debemos rendirle lo suyo con alegría por su amor hacia aquellos que son tan indignos de su misericordia. El evangelio de Cristo ha de llegar hasta lo último de la tierra, y cuando los hombres no pagan a Dios el dinero de sus intereses, son administradores infieles. Almas tan preciosas como las suyas han de salvarse, y deben enviarse misioneros, para que se difunda la preciosa luz de la verdad que el Señor ha permitido que brille sobre nosotros en estos últimos días. Debemos procurar que se hagan provisiones para la causa de Dios y para el socorro de los pobres; porque estas demandas no pueden descuidarse; deben ser atendidas con la prontitud invariable que exige su importancia. El Señor dice: "Traed todos los diezmos al alfolí, para que haya alimento en mi casa, y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde. Y reprenderé por vosotros al devorador, y no destruirá los frutos de vuestra tierra; ni vuestra vida dará su fruto antes de tiempo en el campo, dice el Señor de los ejércitos. Y todas las naciones os llamarán bienaventurados; porque seréis tierra de delicias, dice el Señor de los ejércitos."

20 de enero de 1890

Dios manifestado en Cristo

EGW

En el primer advenimiento de Cristo, las tinieblas, cubrían la tierra, y las densas tinieblas a los pueblos. La luz y la verdad parecían haber desaparecido de entre los hombres, y Satanás parecía reinar con un poder indiscutible. Existían sectas rivales, y entre los que profesaban ser siervos de Dios se manifestaba el amor a la preeminencia y la lucha por el poder y la posición. Las almas deseosas de luz estaban llenas de perplejidad y tristeza. Muchos suspiraban: "¿Qué es la verdad?". Prevalecía la ignorancia, pero muchos buscaban algo mejor, buscaban luz que iluminara las tinieblas morales del mundo. Tenían sed de conocer al Dios vivo, de tener la seguridad de una vida más allá de la tumba. Había hombres que no pertenecían a la nación judía que profetizaron que un instructor inspirado vendría a enseñarles la verdad. Había entre los judíos hombres que no habían contaminado su integridad, que leían con ansiosa anticipación la palabra segura de la profecía que señalaba el advenimiento del Redentor. Se regocijaban en la promesa que Dios había hecho a su siervo Moisés: "Yo les suscitaré un profeta de entre sus hermanos, como tú, y pondré mis palabras en su boca; y él les hablará todo lo que yo le mande. Y sucederá que al que no escuche mis palabras que él hablará en mi nombre, yo se lo exigiré".

Otra vez leyeron cómo el Señor lo ungiría para anunciar buenas nuevas a los mansos, vendar a los quebrantados de corazón, proclamar la libertad a los cautivos y la apertura de la cárcel a los presos, proclamar el año agradable del Señor. Leyeron cómo establecería el juicio en la tierra, cómo las islas esperarían su ley, cómo los gentiles vendrían a su luz, y los reyes al resplandor de su nacimiento.

Cristo vino tal como había predicho la profecía. Él era "el camino, la verdad y la vida", y los rayos del Sol de Justicia disiparon las tinieblas morales para que los sinceros de corazón pudieran ver la verdad. La ausencia de ostentación externa y de grandeza mundana suscitaba comentarios de desaprobación por parte de la gente. La duda y la crítica le salían al encuentro por todas partes. Cristo mismo había elegido las condiciones humanas de su vida. Había elegido el lugar más humilde de la sociedad. Él era la Majestad del cielo, y sabía que el mundo se impondría por la magnificencia, llevándolo todo ante su despliegue y grandeza; pero Jesús honraba a aquellos a quienes el mundo miraba con desprecio. El lugar de nacimiento de Cristo carecía de comodidades, por no

hablar de riquezas y lujos. Y toda su vida en este mundo estuvo en consonancia con el humilde hogar de su primera experiencia.

El Salvador del mundo propuso que ninguna atracción de carácter terrenal llamara a los hombres a su lado. Sólo la luz y la belleza de la verdad celestial debían ser el poder de atracción. La gloria exterior, el honor mundano, que atraen la atención de los hombres, él no los asumiría. Se hizo accesible a todos, enseñando el principio puro y exaltado de la verdad como lo único digno de su atención. Pero aunque tan humildemente nacido, tan sin pretensiones en la vida, Dios no le dejó sin testigo. Los principados del cielo le rindieron homenaje. Maravillas en lo alto de los cielos y signos en lo bajo de la tierra atestiguaron su poder y majestad. En su bautismo, una voz del cielo llegó a los oídos de los hombres, declarando: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia". La gloria resplandeciente de Dios, en forma de paloma de oro bruñido, lo rodeó. Juan declaró: "Aquél era la luz verdadera, que alumbraba a todo hombre que viene al mundo. En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho, y el mundo no le conoció. Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron".

Cristo vino a representar al Padre. Contemplamos en él la imagen del Dios invisible. Revistió su divinidad de humanidad y vino al mundo para que desaparecieran las ideas erróneas que Satanás había creado en la mente de los hombres acerca del carácter de Dios. No podríamos contemplar la gloria de Dios descubierta en Cristo y vivir; pero como vino vestido de humanidad, podemos acercarnos a nuestro Redentor. Estamos llamados a contemplar al Señor, nuestro Padre, en la persona de su Hijo. Cristo vino en el manto de la carne, con su gloria subyugada en la humanidad, para que el hombre perdido pudiera comunicarse con Él y vivir. A través de Cristo podemos comprender algo de Aquel que es glorioso en santidad. Jesús es la escalera mística por la que podemos subir para contemplar la gloria del Dios infinito. Por la fe contemplamos a Cristo entre la humanidad y la divinidad, uniendo a Dios y al hombre, a la tierra y al cielo.

Cristo vino a salvar al hombre caído, y Satanás, con la ira más feroz, le salió al encuentro en el campo de conflicto; porque el enemigo sabía que cuando la fuerza divina se añadía a la debilidad humana, el hombre se armaba de poder e inteligencia, y podía romper el cautiverio en que lo había atado. Satanás trató de interceptar cada rayo de luz del trono de Dios. Trató de proyectar su sombra sobre la tierra, para que los hombres perdieran la verdadera visión del carácter de Dios, y para que el conocimiento de Dios se extinguiera en la tierra. Había hecho que la verdad de importancia vital se mezclara tanto con el error que

había perdido su significado. La ley de Jehová estaba cargada de exacciones y tradiciones innecesarias, y Dios era representado como severo, exigente, vengativo y arbitrario. Se le representaba como alguien que podía complacerse en los sufrimientos de sus criaturas. Los mismos atributos que pertenecían al carácter de Satanás, el maligno los representaba como pertenecientes al carácter de Dios. Jesús vino a enseñar a los hombres el Padre, a representarlo correctamente ante los hijos caídos de la tierra. Los ángeles no podían representar plenamente el carácter de Dios, pero Cristo, que era una personificación viva de Dios, no podía dejar de realizar la obra. La única manera en que podía corregir y mantener a los hombres era haciéndose visible y familiar a sus ojos. Para que los hombres tuvieran salvación, vino directamente al hombre y se hizo partícipe de su naturaleza.

El Padre se reveló en Cristo como un ser totalmente distinto de lo que Satanás había representado que era. Dijo Cristo: "Nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar". El amor de Jesús, expresado por la raza caída en su vida de abnegación y sufrimientos, es la manifestación del amor del Padre por un mundo pecador y caído. Cristo soportó la vergüenza, el dolor y la muerte por aquellos que despreciaron su amor y pisotearon su misericordia. Pagó la deuda de la transgresión del hombre en la cruz del Calvario con su propia sangre preciosa. Los hombres de su propia nación, los dirigentes del pueblo, estaban tan atrapados por los engaños de Satanás que el plan de redención para una raza caída les parecía indistinto e inexplicable.

El hombre era hechura de Dios, hecho a su imagen, dotado de talentos y preparado para un alto destino. Pero Satanás ha trabajado para borrar la imagen divina, y para imprimir su propia imagen en lugar de la imagen de Dios en la naturaleza del hombre. Jesús condescendió a humillarse, a tomar la naturaleza humana, y uniendo la divinidad con la humanidad, se propuso elevar al hombre en la escala del valor moral. Todo el cielo se derramó en el don del querido Hijo de Dios. Por la fe en él, el pecador podía ser justificado, y Dios podía ser justo al justificar al pecador; porque Cristo se había convertido en propiciación por los pecados del alma arrepentida. El único plan que podía concebirse para salvar al género humano era el que exigía la encarnación, humillación y crucifixión del Hijo de Dios, la Majestad del cielo. Una vez ideado el plan de salvación, Satanás no podía tener ningún fundamento para fundar su sugerencia de que Dios, por ser tan grande, no podía preocuparse por una criatura tan insignificante como el hombre. La redención del hombre es un tema maravilloso, y el amor manifestado a la raza caída por medio del plan de salvación, sólo puede estimarse por la cruz del Calvario. La profundidad de este

amor ni siquiera los ángeles pueden sondearla. Que Dios consintiera en encarnarse y habitar entre los seres caídos, para levantarlos de su impotencia y desesperación, es un misterio insondable. Aquel cuyo reino es un reino eterno, cuyo dominio perdura por todas las generaciones, se hizo pecado por nosotros para levantar a todos los que están postrados y dar vida a los que están a punto de perecer.

¡Oh, que los hombres abrieran sus mentes para conocer a Dios tal como se revela en su Hijo! La verdad salió de los labios de Jesús, incorrupta por la filosofía humana. Sus palabras venían del cielo, como nunca habían pronunciado labios mortales ni oído oídos mortales. Su corazón era un altar en el que ardían las llamas del amor infinito. La bondad, la misericordia y el amor estaban entronizados en el pecho del Hijo de Dios. Instaló su tabernáculo en medio de nuestro campamento humano, levantó su tienda junto a las tiendas de los hombres, para habitar entre ellos y familiarizarlos con su carácter y amor divinos. Nadie podía amar a Cristo y rendirle homenaje sin servir y honrar al Dios infinito. Los que apreciaban el carácter y la misión de Cristo, se llenaban de reverencia y temor al contemplarle y sentían que estaban contemplando el templo del Dios vivo. Los oficiales fueron enviados para llevarse al Hijo de Dios, para que el templo en el que Dios estaba consagrado fuera destruido. Pero al acercarse y oír las palabras de sabiduría divina que salían de sus labios, quedaron encantados, y el poder y la excelencia de su instrucción llenaron de tal modo sus corazones y sus mentes que olvidaron el propósito para el que habían sido enviados. Cristo se reveló a sus almas. La divinidad destelló a través de la humanidad, y volvieron tan llenos de este único pensamiento, tan encantados con las ideas que había presentado, que cuando los dirigentes de Israel preguntaron: "¿Por qué no lo habéis traído?", respondieron: "Nunca nadie habló como este hombre". Habían visto lo que los sacerdotes y los gobernantes no querían ver: la humanidad inundada de la luz y la gloria de la divinidad. Los que contemplaran esta gloria se sentirían atraídos a amar a Jesús y a amar al Padre, a quien él representaba. Cristo exaltó el carácter de Dios, atribuyéndole la alabanza y el mérito de todo el propósito de su propia misión en la tierra: enderezar a los hombres mediante la revelación de Dios. En Cristo se presentaron ante los hombres la gracia paternal y las perfecciones incomparables del Padre. En su oración poco antes de su crucifixión, declaró: "He manifestado tu nombre". "Te he glorificado en la tierra; he terminado la obra que me diste que hiciese". Una vez alcanzado el objeto de su misión -la revelación de Dios al mundo-, el Hijo de Dios anunció que su obra estaba cumplida y que el carácter del Padre se había manifestado a los hombres.

27 de enero de 1890

El agente más eficaz para Dios

EGW

"La gracia de Dios que trae la salvación se ha manifestado a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, que se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras."

El Señor no se complace en las deficiencias de su pueblo, y puesto que somos objeto de su amor y de su misericordia indulgente, debemos procurar encarecidamente estar en armonía con su voluntad. El cristiano más puro, más manso y más infantil será el agente más eficaz en las manos de Dios para el progreso de su obra. El instrumento aceptado por Dios no hará grandes demostraciones, pero su obra será tan perdurable como la eternidad. Hemos de ser colaboradores de Dios. La predicación de la palabra es una parte importante del plan divino de dar a conocer a Cristo y a éste crucificado. El apóstol pregunta: "¿Cómo, pues, invocarán a aquel en quien no han creído? y ¿cómo creerán en aquel de quien no han oído? y ¿cómo oirán sin predicador? y ¿cómo predicarán, si no fueren enviados? como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian el evangelio de la paz, y anuncian buenas nuevas!".

Aquellos a quienes se ha encomendado el evangelio deben trabajar diligentemente para convertir almas; y al hacer esta obra, se salvarán a sí mismos y a los que los escuchen. Los que refrescan a otros serán refrescados ellos mismos. Los obreros fieles que lo han consagrado todo a Cristo, recibirán el ciento por uno en esta vida, y en el mundo venidero la vida eterna. El Señor confiere honores especiales a los hombres a quienes ha encomendado la obra de proclamar las buenas nuevas de la salvación. Los embajadores del Señor han de ser portavoces de Dios, mostrando el amor, la bondad y la compasión de nuestro Padre celestial. La oración de Cristo por sus discípulos fue: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así también yo los he enviado al mundo, y por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados por medio de la verdad."

Los apóstoles habían estado asociados a Cristo en su obra, pero aún les quedaban mayores logros que los que habían alcanzado. Necesitaban ser

purificados, renovados y consagrados a Dios para la importante misión que tenían ante sí. El Maestro había abierto ante ellos muchas gemas preciosas de la verdad que habían estado ocultas bajo la basura del error; las había colocado en su propio marco de verdad; y, sin embargo, todo este trabajo del Hijo de Dios sería en vano a menos que la verdad fuera consagrada en el santuario interior del alma. La verdad revelada de Dios debe convertirse en un principio permanente en los corazones de sus seguidores. El maestro de la verdad debe ser una representación viva de su poder santificador. La verdad que revela a los demás debe convertirse en un agente viviente que transforme su alma en la imagen divina. El ministro debe dedicar todo su capital de poder al servicio del Señor.

Los ministros y el pueblo han perdido mucho por no detenerse más continuamente en la obra de nuestro Redentor. Deberíamos contemplar el amor que llevó a Cristo a entregarse como rescate por el hombre caído, y este asombroso amor debería revelarse en cada discurso. El sacrificio de Cristo no sólo hace evidente su compasión por los hijos de los hombres, sino que también pone de manifiesto el amor del Padre; y este amor debería atraer a todos los hombres hacia Dios. La relación más estrecha existe entre Dios y su pueblo, y el embajador de la verdad de Dios debe representar siempre a Cristo. Debe ejemplificar, por precepto y ejemplo, el amor de Dios, para que aquellos que son instruidos por él puedan ser llevados a una posición en la que reciban la bendición divina. Los siervos de Dios deben ser serios, penitentes, confiados y agradecidos. Sus vidas deben ser epístolas vivientes, conocidas y leídas por todos los hombres. Deben esperar continuamente la bendita esperanza y la gloriosa aparición del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo. Los temas tratados por el ministro evangélico tendrán el carácter de elevar, ennoblecer y santificar el alma. El maestro de la verdad divina debe presentar la necesidad de una estrecha comunión con Dios y de depender de la justicia de Cristo. Cuando el ministro se dé cuenta plenamente de su propia impotencia sin la ayuda de Cristo, desaparecerá el peligro de que se exalte, y Cristo lo absorberá todo; su presencia penetrará toda el alma e impresionará todos los sentidos.

La fe en la presencia permanente de Jesús no traerá tristeza y depresión, sino que traerá la paz que eleva la mente, la alegría pura y santa que es inexpresable y llena de gloria. Es así como el cristiano se convertirá en una luz para el mundo. La verdad en que creemos debe hacernos fervientes, llenos de amor, y encender en nosotros deseos de comunicar a los demás lo que para nosotros ha sido una bendición tan grande. Los representantes de Cristo emitirán luz que resplandecerá en el corazón de la gente, y la llevarán a sostener el estandarte de

la verdad divina. Serán los agentes por medio de los cuales Dios llamará la atención de los hombres hacia Aquel que fue levantado en la cruz del Calvario.

La gente del mundo con gusto se olvidaría de todas las cosas eternas; pero no pueden hacerlo mientras los embajadores de Cristo estén trabajando junto con Dios para derramar luz sobre el mundo. "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". El deber de hacer brillar vuestra luz sólo puede cumplirse bien cuando difundís la luz de la verdad con un carácter humilde y semejante al de Cristo. En la iglesia puede haber reglamentos, ceremonias y exhibiciones, pero sin santidad interior no derramará rayos cálidos y suavizantes de luz que subyuguen el corazón, despierten la simpatía e inspiren fe y amor en el alma. Cristo ha dicho: "Sin mí nada podéis hacer".

El ministro cuyos discursos se limitan a conmover los sentimientos del pueblo, no ejerce la influencia más saludable, ni obra para su propio adelanto espiritual ni para el de sus oyentes. La predicación que suscita las alabanzas de los hombres a un pobre mortal falible, en vez de a Dios, no conduce a los mejores resultados. Si un ministro ha realizado realmente una buena obra, si ha presentado a Cristo crucificado entre vosotros, si ha atraído a hombres y mujeres, no a sí mismo, sino a Dios, la iglesia no se lamentará de que no siempre pueda ministrarle. Si en verdad ha sido un mensajero de luz, si ha hecho una obra para el Maestro, si la iglesia ha sido iluminada, la iglesia a su vez dejará brillar su luz en rayos claros, firmes y brillantes. Conoceremos a aquellos a quienes ha llegado la luz de la vida, porque se levantarán y brillarán, porque la gloria de Dios se ha levantado sobre ellos. A cada hombre ha dado el Señor su obra, y si los miembros de la iglesia han abierto realmente sus corazones al Sol de Justicia, dondequiera que se encuentren serán una luz, porque en ellos será glorificado Cristo. Darán un testimonio eficaz. Una energía viva acompañará sus palabras, porque tienen una rica dotación en el don del Espíritu Santo.

El éxito de una iglesia no depende de los esfuerzos y el trabajo del predicador vivo, sino que depende de la piedad de los miembros individuales. Cuando los miembros dependen del ministro como su fuente de poder y eficiencia, serán completamente impotentes. Se imbuirán de sus impulsos, y serán estimulados por sus ideas, pero cuando él los deje, se encontrarán en una condición más desesperada que antes de tener sus labores. Espero que ninguna de las iglesias de nuestro país dependa de un ministro para apoyarse en las cosas espirituales, porque esto es peligroso. Cuando Dios os da luz, debéis alabarle por ella. Si ensalzáis al mensajero, quedaréis estériles de alma. Tan pronto como los

miembros de una iglesia reclaman las labores de cierto ministro, y sienten que debe permanecer con ellos, es tiempo de que sea trasladado a otro campo, para que aprendan a ejercitar la habilidad que Dios les ha dado. Que la gente se ponga a trabajar. Que den gracias a Dios por el estímulo que han recibido, y luego manifiesten que ha obrado en ellos una buena obra. Que cada miembro de la iglesia sea un agente vivo y activo para Dios, tanto en la iglesia como fuera de ella. Todos debemos ser educados para ser independientes, no impotentes e inútiles. Que se vea que Cristo, no el ministro, es la cabeza de la iglesia. Los miembros del cuerpo de Cristo tienen una parte que desempeñar, y no serán considerados fieles a menos que desempeñen su parte. Que se realice una obra divina en cada alma, hasta que Cristo vea su imagen reflejada en sus seguidores.

Quiero advertir a las iglesias de todo el mundo que respeten a sus ministros, pero que no los conviertan en ídolos, pues no sólo ponen en peligro sus propias almas, sino también las almas de los mensajeros de Dios. No halaguen ni ensalcen a su ministro, diciéndole qué buen discurso ha predicado. Dejadle que ocupe su puesto como embajador de Cristo. Escuchad sus palabras como a un enviado de Dios; prestad atención a sus instrucciones, y demostrad con vuestra vida que habéis escuchado con algún propósito. Y como humilde cristiano, sin alarde alguno, que el ministro cumpla con sus deberes, y dé a los demás lo que ha recibido de Dios. Nos acercamos al juicio, y el Señor ha puesto centinelas en los muros de Sión, que no deben callar ni de día ni de noche. Han de velar por las almas como quienes han de rendir cuentas.

3 de febrero de 1890

El objetivo de Dios al bendecir a su pueblo

EGW

La Iglesia de Cristo ha de ser una bendición, y sus miembros han de ser bendecidos en la medida en que bendigan a los demás. El objeto de Dios al elegir a un pueblo antes que a todo el mundo, no era sólo adoptarlo como hijo e hija, sino conferir por medio de él al mundo los beneficios de la iluminación divina. Cuando el Señor eligió a Abrahán, no lo hizo simplemente para que fuera el amigo especial de Dios, sino para que fuera un medio de los preciosos y peculiares privilegios que el Señor deseaba conceder a las naciones. Debía ser una luz en medio de las tinieblas morales de su entorno. Siempre que Dios bendice a sus hijos con la luz y la verdad, no es sólo para que tengan el don de la vida eterna, sino para que los que les rodean también sean iluminados espiritualmente. Jesús ha dicho de sus seguidores: "Vosotros sois la luz del

mundo", "una ciudad asentada sobre un monte" que "no se puede esconder"; "Vosotros sois la sal de la tierra". Y cuando Dios hace a sus hijos sal, no es sólo para su propia preservación, sino para que puedan ser agentes en la preservación de los demás. La religión de Cristo no es una religión egoísta. No debe guardarse bajo llave, sino que debe ser una influencia de poder que salga de cada cristiano genuino para iluminar a los que están en tinieblas. Cada alma conectada con un verdadero cristiano será mejorada por ello. Hemos de ser portadores de la luz de Dios, reflejando los firmes rayos del cielo sobre los demás.

Es a través de los méritos de Cristo que todas nuestras bendiciones espirituales y temporales nos son dadas para disfrutar. La salvación de Cristo fue puesta a nuestro alcance para que pudiéramos aferrarnos a ella por la fe, para que pudiéramos entretejer el amor de Cristo en nuestros caracteres, y practicarlo en nuestras vidas, para que pudiéramos ser una bendición para toda nuestra raza. Pero ninguno de nosotros puede arrojar luz sobre otros a menos que nosotros mismos hayamos recogido rayos de iluminación divina de la palabra de Dios. Debemos tener un carácter semejante al de Cristo o no podremos ser verdaderos representantes de nuestro Señor. No podemos hacer nada sin la ayuda de Dios. El Espíritu de Dios debe trabajar con nuestros esfuerzos, y si la bendición de Dios nos acompaña, seremos canales de luz. El Señor está dispuesto a darnos a todos una experiencia que, si la mejoramos, nos llevará de las tierras bajas de la tierra a una relación estrecha y celestial con Dios, y toda fibra de egoísmo será desarraigada de nuestras naturalezas. ¿Brilláis como piedras vivas en el edificio de Dios? Hay muchos que dicen: "Estoy tan lleno de negocios que no puedo dedicar tiempo a las cosas religiosas". Pero si no pueden dedicar tiempo al servicio del Señor, ¿pueden esperar que él ordene a sus ángeles que prosperen la obra de sus manos? No tenemos la religión genuina, a menos que ejerza una influencia controladora sobre nosotros en cada transacción de negocios. Debemos tener piedad práctica para entretejer en nuestro trabajo de la vida. Deberíamos tener la gracia transformadora de Cristo en nuestros corazones. Necesitamos mucho menos de nosotros mismos y más de Jesús.

Muchos que profesan creer en la verdad, tratan demasiado estrechamente con sus asalariados, y Dios no se complace, y no puede bendecir y prosperar a los tales en sus negocios. Necesitan el poder convertidor y santificador de la verdad en sus almas. Necesitan asemejarse a Cristo. Todo el que tenga que tratar con otros, debe hacer suyo su caso; porque así como tratamos con otros, Dios tratará con nosotros. Tratamos a Cristo como tratamos a sus hijos; porque él está representado en la persona de sus santos. La verdad de Dios debe santificar el

alma, refinar y elevar el carácter, y debemos obtener el molde celestial, antes de que seamos aptos para las cortes de arriba.

Muchos están situados donde se ponen en contacto con los creyentes en la verdad presente, y con los que no creen, y cuán importante es que todas las luces inferiores estén recortadas y encendidas, para que todos puedan captar rayos de luz de las lámparas brillantes de los que profesan ser los seguidores de Cristo. Necesitamos gracia abundante para este tiempo de declive espiritual. Necesitamos gracia abundante para mantenernos humildes, para hacernos orantes, compasivos, tiernos de corazón y corteses, para que podamos tratar a los demás como el Señor quiere que lo hagamos.

Tú, que has contratado ayuda, ¿has dejado que tu luz brille para tus obreros, para que ellos también sean obreros junto con Dios? Dios os ha dado preciosos privilegios y ventajas al enviaros la luz de su verdad, y vosotros debéis mejorar estas bendiciones, y dejar que otros compartan vuestras misericordias. ¡Qué grandes campos misioneros hay alrededor de vuestros hogares, qué oportunidades tenéis todos los días de hablar del valor de las promesas de Dios, de reanimar a las pobres almas que se ven obligadas a trabajar duramente por un pequeño salario, de animar los corazones de los que luchan con la pobreza, que apenas tienen lo estrictamente necesario para vivir! Los hijos de Dios están llamados a manifestar las alabanzas de Aquel que los ha llamado de las tinieblas a su luz admirable, pues han de ser los representantes de Cristo. Deben tratar siempre de enseñar a aquellos con quienes entran en contacto, verdades más elevadas y santas que las cuestiones de la vida común. El Señor dice por medio del profeta Ezequiel: "Haré de ellos y de los alrededores de mi colina una bendición; y haré descender la lluvia a su tiempo; habrá lluvias de bendición".

(Concluido la próxima semana).

3 de febrero de 1890

Una lección para los tiempos que corren

EGW

La abstinencia total de toda indulgencia perniciosa, y especialmente del tabaco y las bebidas embriagantes, debe enseñarse enérgicamente en nuestros hogares, tanto por precepto como por ejemplo. Bajo ningún concepto debe colocarse vino en nuestras mesas. Nuestros hijos deben crecer considerándolo un mal mortal, que conduce a la miseria y al crimen.

La juventud de hoy es el índice seguro del porvenir de la sociedad; y tal como la vemos, ¿qué podemos esperar para el futuro? Estos jóvenes han de tomar parte en los consejos legislativos de la nación; tendrán voz en la promulgación y ejecución de sus leyes. ¡Qué importante es, entonces, que se alce la voz de advertencia contra la indulgencia del apetito pervertido en aquellos sobre quienes recaerán tan solemnes deberes! Si los padres enseñaran celosamente la abstinencia total, y enfatizaran la lección con su propio ejemplo inflexible, muchos que ahora están al borde de la ruina podrían salvarse.

¿Qué diremos de los vendedores de licor, que ponen en peligro la vida, la salud y la propiedad, con perfecta indiferencia? No ignoran el resultado de su comercio, pero se vuelven insensibles de corazón. Escuchan despreocupadamente las quejas de madres y niños famélicos y medio desnudos. Satanás no tiene mejores agentes para preparar a las almas para la perdición, y los usa con el efecto más revelador. El vendedor de licores distribuye sus bebidas ardientes a hombres que han perdido todo control de la razón y del apetito; les quita el dinero que tanto les ha costado ganar y no les da nada a cambio; es la peor clase de ladrón.

Encontramos en los preceptos especiales dados por Dios a los hebreos, este mandamiento: "Si un buey acorneare a un hombre o a una mujer, y murieren, el buey será apedreado, y no se comerá su carne; pero el dueño del buey quedará libre. Pero si el buey solía empujar con su cuerno en otro tiempo, y se ha dado testimonio a su dueño, y éste no lo ha guardado, sino que ha matado a un hombre o a una mujer, el buey será apedreado, y su dueño también morirá. Si le fuere impuesta una suma de dinero, dará por el rescate de su vida lo que le fuere impuesto." "Y si un hombre abriere una fosa, o si un hombre cavare una fosa, y no la cubriere, y cayere en ella un buey o un asno, el dueño de la fosa la reparará, y dará dinero al dueño de ellos; y el animal muerto será suyo."

El principio plasmado en este estatuto es válido en nuestros días. El vendedor de licor es comparable al hombre que suelta un buey vicioso entre sus vecinos. El vendedor de licor no ignora los efectos de la bebida ardiente que distribuye sin vacilar a maridos, padres, jóvenes y ancianos. Sabe que les roba la razón y, en muchos casos, los convierte en demonios. El vendedor de licor se hace responsable de la violencia que se comete bajo la influencia del licor que vende. Si el borracho comete un asesinato bajo el efecto de la enloquecedora bebida, el vendedor que se la vendió, consciente de la tendencia de su efecto, es a los ojos de Dios tan responsable del crimen como el que lo cometió.

El licorero cava un pozo para que su vecino caiga en él. Ha visto las consecuencias del consumo de licor con demasiada frecuencia como para ser ignorante de cualquiera de sus diversas fases. Sabe que es probable que la mano del hombre que bebe en su bar se levante contra su propia esposa, sus hijos indefensos o su anciano padre o madre. Sabe, en muchos casos, que el vaso que entrega a su cliente lo convertirá en un loco furioso, ansioso de pelea y sediento de sangre. Sabe que está quitando el pan de la boca a niños hambrientos, que los peniques que caen en su caja y le permiten vivir extravagantemente, han privado de ropa a los hijos del borracho y han robado a su familia no sólo las comodidades, sino las necesidades mismas de la vida. Hace oídos sordos a las súplicas de las madres que lloran y cuyos corazones se rompen por la crueldad y el abandono.

Crímenes del más oscuro tinte aparecen diariamente en los periódicos como resultado directo de la embriaguez. Las cárceles están llenas de criminales que han sido llevados allí por el uso del licor; y la sangre de las víctimas asesinadas clama al cielo por venganza, como lo hizo la sangre de Abel. Las leyes del país castigan al autor del hecho; pero el vendedor de licor, que también es moralmente responsable del mismo, queda libre; nadie le llama asesino; la comunidad contempla tranquilamente su tráfico impío, porque la justicia ha caído en las calles, y la equidad no puede entrar. Pero Dios, que declaró que si un hombre poseía un buey peligroso, y sabiendo que lo era, lo dejaba suelto sobre sus vecinos, si causaba la muerte de cualquier hombre o mujer, debería pagar el castigo con su propia vida, ese Dios justo y terrible dejará caer los rayos de su ira sobre el vendedor de licor que vende violencia y muerte a sus semejantes en la copa venenosa del ebrio, que le reparte lo que le quita la razón y lo convierte en un bruto.

Los padres que consumen libremente vino y licor dejan a sus hijos el legado de una constitución débil, debilidad mental y moral, apetitos antinaturales, temperamento irritable e inclinación al vicio. Los padres deben sentir que son responsables ante Dios y ante la sociedad de engendrar seres cuyo carácter físico, mental y moral les permita hacer un uso apropiado de la vida, ser una bendición para el mundo y un honor para su Creador. La indulgencia del apetito pervertido es la mayor causa del deterioro de la raza humana. El hijo del borracho o del ebrio de tabaco generalmente tiene los apetitos depravados y las pasiones del padre intensificadas, y al mismo tiempo hereda menos de su autocontrol y fortaleza de ánimo. Los hombres que son naturalmente tranquilos y de mente fuerte no pocas veces pierden el control de sí mismos mientras están bajo la influencia del licor y, aunque no cometan un crimen, siguen teniendo

una inclinación a hacerlo, que podría desembocar en el acto si se presentara una oportunidad propicia. La disipación continuada convierte estas propensiones en una segunda naturaleza. Sus hijos a menudo reciben el sello del carácter antes de nacer, porque los apetitos de los padres a menudo se intensifican en los hijos. Así, las generaciones por nacer se ven afectadas por el consumo de tabaco y licor. Les sobreviene la decadencia intelectual, y su percepción moral se embota. Así, el mundo se está llenando de indigentes, lunáticos, ladrones y asesinos; y la enfermedad, la imbecilidad y el crimen, con la corrupción privada y pública de todo tipo, están haciendo del mundo una segunda Sodoma.

En aras de esa alta caridad y simpatía por las almas de los hombres tentados por las que Cristo murió, los cristianos deben salir de las costumbres populares y de los males de la época, y separarse para siempre de ellos. Pero encontramos en el mismo clero el obstáculo más insuperable para el fomento de la templanza. Muchos son adictos al uso de la inmunda hierba del tabaco, que pervierte el apetito y crea el deseo de algún estimulante más fuerte. La indiferencia o la oposición disimulada de estos hombres, muchos de los cuales ocupan posiciones altas e influyentes, es sumamente perjudicial para la causa de la templanza.

Sra. E. G. White, *en Bible Echo, Australia*.

10 de febrero de 1890

El objetivo de Dios al bendecir a su pueblo

(Concluido.)

EGW

Cada cristiano tiene una obra que hacer en su propia puerta, en su propio vecindario. Pero cuántos pierden de vista los intereses eternos y son completamente absorbidos por sus asuntos temporales. Esto no es necesario, porque Jesús dice: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas". Haz de tu propio bienestar y del bienestar eterno de tu prójimo la primera y más importante consideración. Tus prójimos tienen almas que salvar o perder, y Dios espera que aquellos a quienes ha dado la luz, hagan esfuerzos decididos e interesados por los demás. Deben recordar los santos reclamos de la verdad en cada transacción de la vida. Que los creyentes y los incrédulos vean en la vida de aquellos que afirman tener un conocimiento de la verdad avanzada, una luz firme, clara y fuerte que brille en celo, en

devoción, en nobleza de carácter, en su trato con los hombres. Entonces el Señor tratará generosamente con vosotros, sus siervos. Debemos dedicar tiempo a la oración. El tiempo es todo del Señor, y debemos tener cuidado de no dar a los demás, con nuestro ejemplo, una muestra de cómo podemos robar a Dios. No robes el tiempo que deberías dedicar al servicio de Dios y a adquirir fortaleza espiritual, y te apropias de media hora más para tus asuntos temporales. Dios quiera que aquellos que han tenido la luz de la verdad, no se encuentren como las vírgenes insensatas, sin aceite en sus vasijas.

Supongamos que dejas que tu luz brille, y a través de tu devoción a la causa de Dios, algunos otros son llevados a consagrar su servicio a él, entonces ellos serán una bendición para aún otros que tú no pudiste alcanzar por tu influencia personal. El Señor dice: "Haré de los alrededores una bendición". Tu luz ha de ser de largo alcance. Tú eres el siervo contratado por Dios para dar luz, para dar tiempo, pensamiento, tacto, a su obra; y si haces esto, recibirás la aprobación de tu Padre celestial y el don de la vida eterna. Habla de la verdad bíblica, vívela, y cuando Jesús venga te dirá: "Bien hecho".

Que el Señor abra los ojos de nuestros hermanos para que puedan ver las preciosas oportunidades que se presentan y mejorarlas. Rezad mucho. No permitas que ninguna persona o interés personal te separe de Dios, que es la fuente de tu fortaleza. Cuando te levantes por la mañana, reúne a todos los miembros de tu familia, como hizo Abraham, e invítalos a buscar a Dios contigo. Si tu negocio te presiona fuertemente, y te urge a tu trabajo, entonces hay aún mayor necesidad de tomar tiempo para orar, para presentar tus peticiones al trono de gracia, y asegurar el cuidado protector, la ayuda, la misericordia y la bendición de Dios. No menosprecies el tiempo que Dios requiere, ni te apresures a hacer una oración formal y sin fe, para poder apresurarte a tus negocios. Dios puede hacer mucho por ti, incluso en tu trabajo, si se lo pides. Puede enviar a sus ángeles para preservarte de accidentes, de roturas y pérdidas de vidas y bienes. La razón por la cual aquellos que descuidan los privilegios que Dios ha provisto, no tienen más consuelo y paz y gozo, es que no se detienen a tener comunión con Dios, quien es la fuente de su fortaleza. ¿Puede Dios derramar su Espíritu, puede bendecirnos, cuando hay tanta indiferencia a su servicio? No puede darnos su rica bendición sin nuestra cooperación en sus planes. Él dice: "Yo honraré a los que me honren".

Para nosotros es tan conveniente, tan esencial, rezar tres veces al día como lo era para Daniel. La oración es la vida del alma, el fundamento del crecimiento espiritual. En tu hogar, ante tu familia y ante tus colaboradores, debes dar

testimonio de esta verdad. Y cuando tengas el privilegio de reunirte con tus hermanos en la iglesia, háblales de la necesidad de mantener abierto el canal de comunicación entre Dios y el alma. Diles que si encuentran corazón y voz para orar, Dios encontrará respuestas a sus oraciones. Diles que no descuiden sus deberes religiosos. Exhorta a los hermanos a orar. Debemos buscar si queremos encontrar, debemos pedir si queremos recibir, debemos llamar si queremos que se nos abra la puerta. Si sólo hay unos pocos reunidos, hay suficientes para reclamar las preciosas promesas de Dios. El Padre, el Hijo, y los santos ángeles estarán presentes con ustedes para contemplar su fe, su principio firme, y allí tendrán del derramamiento del Espíritu Santo de Dios. Dios tiene ricas bendiciones reservadas para aquellos que traerán no sólo todos los diezmos a su almacén, sino también tiempo y fuerza de hueso y cerebro y músculo a su servicio. Aquellos que hagan esto, caminarán en la luz, y triunfarán en Dios.

Que cada profeso seguidor de Cristo lleve a cabo los principios de la piedad práctica en su propia casa. La religión en el hogar es la mejor prueba de la piedad genuina. No es el extranjero, el visitante, el ministro, quien mejor puede juzgar de su devoción cristiana; son sus hijos, sus siervos, los obreros que trabajan en sus campos, quienes mejor pueden decir si usted ama o no a Dios y guarda sus mandamientos. Si tu casa, tus obreros, no son mejores por tu cristianismo, entonces la verdad no ha hecho su obra designada en tu alma. Que sus obreros no digan: "Este hombre para quien trabajamos tiene un tipo extraño de religión. No hay oraciones matutinas ni vespertinas en su casa. Comenzamos y terminamos el día con un trabajo monótono, y tenemos tanto que hacer el sábado que apenas tenemos tiempo para la oración secreta".

Lleva tu cristianismo a tu familia. Que arda una luz brillante y firme. Deje impresiones en las mentes de la verdad de su Dios, y el valor de su servicio, que serán tan trascendentales como la eternidad. ¡Oh, cuánta necesidad hay de oración, de lágrimas, de fe! Debéis orar por los ministros, por los que son débiles en la fe. Deben dejar que sus oraciones sigan a los obreros como hoces afiladas en el gran campo de cosecha. Debéis luchar con Dios como lo hizo Jacob. Podemos tener temporadas pentecostales incluso ahora, si la gente ora fervientemente y cree en las promesas de Dios. Y cuando la oración y la fe abunden entre el pueblo de Dios, el mundo verá brillar de ellos una luz constante.

Debemos estudiar la experiencia de la vida pasada, estudiarla como estudiamos las pruebas de imprenta de un artículo, para encontrar los errores y anotarlos en el margen de la página. Debemos hacer esto diariamente, y anotar nuestras faltas

para poder evitarlas en el futuro. No olvidéis examinaros si estáis en la fe. Examinaos a vosotros mismos, porque si Cristo no está en vosotros, sois réprobos. Reformad toda acción contraria a Cristo, buscando el Espíritu de vuestro divino Maestro. Tomad vuestros corazones, por naturaleza fríos como una cuña de hierro, y dejad que caiga sobre ellos la misericordia fundente, para que sean subyugados por la gracia de Dios, e impresos por el Espíritu con la imagen de vuestro divino Señor.

17 de febrero de 1890

Esforzarse legalmente

EGW

"Corred, pues, para obtener". No todos los que corren obtienen el premio. Algunos se pierden la corona que ha de darse al final de la carrera. No todos los que buscan, no todos los que se esfuerzan por el dominio, son victoriosos. Pablo dice: "Si alguno también se esfuerza por la maestría, no es coronado, a menos que se esfuerce legítimamente."

Multitudes han tenido luz sobre la verdad por este tiempo. Han comprendido las demandas de la ley de Dios, pero debido a que el mundo guarda el domingo, razonan para sí mismos que no pueden ser singulares. Dicen: "Serviré a Dios, y seré correcto en todo lo demás; pero no puedo guardar el sábado, porque perdería mi influencia en el mundo. No puedo permitirme ser impopular". Dicen: "Correré, me esforzaré por obtener la corona de la vida, y el Señor no rehusará darme la recompensa simplemente porque no guardé el sábado del cuarto mandamiento. Guardaré el domingo tan sagradamente como cualquiera puede guardar el séptimo día". Pero el Señor ha dicho: "Sin embargo, no es coronado, a menos que se esfuerce legítimamente". "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre hemos echado fuera demonios, y en tu nombre hemos hecho muchas maravillas? Entonces les diré: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de maldad. Por tanto, cualquiera que me oye estas palabras y las pone en práctica, yo le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre una roca; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y azotaron aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre una roca. Y todo el que oye estas palabras mías y no las hace, será semejante a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió la lluvia, y vinieron las inundaciones, y soplaron los vientos, y dieron

con ímpetu sobre aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina." "Entrando el rey a ver a los convidados, vio allí a un hombre que no tenía vestido de boda; y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin vestido de boda? Y se quedó mudo. Entonces el rey dijo a los criados: Atadle de pies y manos, y llevadle y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. Porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos".

Muchos profesan ser hijos de Dios y no han prestado atención a sus caminos. No han comprendido lo que Cristo quiso decir cuando oró para que sus discípulos fueran santificados por medio de la verdad, y añadió: "Tu palabra es verdad." El hombre que se atrevió a venir al banquete de bodas con el vestido de ciudadano representa a esa clase que decide que su propia justicia es suficiente para recomendarse a Dios, y no purifican sus almas mirando a Cristo, y esforzándose por correr para obtener. No desechan la maldad de sus obras. No siguen las palabras de Cristo. No ven la necesidad de ponerse el manto que les ha sido preparado a un costo infinito, el manto de la justicia de Cristo, y serán arrojados a las tinieblas de afuera, donde hay llanto y crujir de dientes.

En la parábola de las diez vírgenes, cinco de ellas son descritas como prudentes y cinco como necias. Las vírgenes necias no tomaron aceite en sus vasijas con sus lámparas. No obtuvieron la gracia de Cristo. Eran como las vírgenes prudentes en cuanto a la teoría y las apariencias. Tenían sus lámparas, pero no tenían aceite. Hacían una profesión, pero no sabían lo que significaba la conversión genuina; y cuando vino el esposo, las que estaban preparadas entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta. "Cuando el dueño de la casa se haya levantado", dice Cristo, "y haya cerrado la puerta, y vosotros empecéis a estar fuera y a llamar a la puerta, diciendo: Señor, Señor, ábrenos; y él respondiendo os diga: No sé de dónde sois; entonces empezaráis a decir: Hemos comido y bebido en tu presencia, y tú has enseñado en nuestras plazas. Pero él dirá: Os digo que no sé de dónde sois; apartaos de mí todos los obradores de iniquidad."

Habrán multitudes que correrán pero no podrán entrar por las puertas del cielo; porque no serán coronados a menos que se esfuercen legítimamente. En vida, espíritu y carácter deben conformarse a la voluntad de Dios.

La fe genuina obra por amor, y purifica el alma. Hay una fe que tiene poder para limpiar la vida del pecado. Los demonios creen que Cristo vino a este mundo como Redentor del hombre, que obró poderosos milagros, que era uno con el Padre, que murió una muerte vergonzosa para salvar al hombre caído. Los

demonios creen que resucitó de entre los muertos, que ascendió a los cielos y que está sentado a la derecha del Padre. Los demonios creen que vendrá otra vez, y dentro de poco, con poder y gran gloria, para vengarse de los que no conocen a Dios ni obedecen al Evangelio. Ellos creen todo lo que está registrado en el Antiguo y Nuevo Testamento. ¿Pero salvará esta fe a los demonios de las tinieblas? No tienen la fe que obra por el amor y purifica el alma. Esa fe, y sólo esa, que limpia el templo del alma, es la fe genuina. Todo lo que contamina debe ser quitado, toda inmundicia de la carne y del espíritu debe ser quitada de nosotros, si queremos entrar por las puertas en la ciudad. Jesús dice: "Si me amáis, guardad mis mandamientos".

24 de febrero de 1890

Biblia Religión

EGW

La religión de la Biblia no sólo comprende la fe, sino también las obras. El cristiano no debe simplemente creer en Cristo, sino hacer la voluntad de Dios. El amor genuino a Dios abrirá el corazón y hará al hombre liberal y caritativo. Sabrá lo que significa tener hambre y sed de justicia, y deseará continuamente que el poder y la gracia de Cristo se expresen en su vida, para que la gloria redunde en Dios. Buscará y mejorará toda oportunidad de hacer el bien a aquellos por quienes Cristo murió. El amor de Dios transformará el carácter y lo modelará según el hermoso carácter de Cristo. El apóstol dice: "La religión pura y sin mácula delante de Dios y del Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo".

Haciendo las obras de Cristo, imitando su vida, dando de comer al hambriento, vistiendo al desnudo, visitando al enfermo, siendo ojos para el ciego, pies para el cojo, manifestando compasión a la viuda y al huérfano, estaremos manifestando las características de la verdadera religión. La realización de las obras de Cristo no traerá remordimientos. Si llevamos a cabo los principios del amor de Dios por amor de Cristo, conoceremos la felicidad y la paz genuinas. La ambición, la codicia, la vanidad, el afecto desordenado, la malicia, la venganza y la envidia llevan consigo un peso de infortunio. El ejercicio de las malas pasiones siembra una cosecha según su género que no traerá ningún placer para cosechar. Dios declara que no hay paz para los malvados, y que sin reposo de la mente no puede haber verdadera felicidad.

Todo el que es una nueva criatura en Cristo Jesús tendrá nuevos y elevados motivos de acción, porque el Espíritu de Cristo en su interior impulsará sus obras. Amar a Dios supremamente y a nuestro prójimo como a nosotros mismos es la santificación genuina. El orgullo será expulsado del corazón santificado, y con toda humildad de mente estimaremos a los demás mejor que a nosotros mismos. Estimar a los demás mejor que a sí mismos es una gran prueba para los que se inflan a sí mismos por naturaleza. Hay muchos que desprecian a los que han tenido ventajas inferiores a las suyas, en nacimiento o educación. Exaltan su propio juicio y experiencia, y miran con desprecio a los que han tenido que luchar con mayores obstáculos. Pero si vieran como Dios ve, tendrían una estimación diferente tanto de sí mismos como de aquellos a quienes consideran inferiores. Cada paso de progreso que dan los que tienen que luchar para progresar, gana la aprobación de Dios, y debemos tener cuidado de no despreciar a ninguno de estos pequeños, porque sus ángeles contemplan siempre el rostro del Padre.

Aquellos que están alcanzando la santidad, están creciendo diariamente en amor, en mansedumbre, en paciencia y en belleza de carácter. A medida que aumenta la fe, crece la santidad en el alma. A medida que aumenta el conocimiento de Dios, aumenta el amor, porque Dios es amor. El amor de Dios es diferente del atributo carnal que fija la mente en lo humano y lleva a los hombres a descuidar el servicio de Dios. Hay muchos que tienen sólo una especie de religión a medias. A veces parecen ser humildes, estimar a los demás mejor que a sí mismos; y de nuevo surge el egoísmo, y su mansedumbre se rompe por la impaciencia. Su amor a Dios no es igual a su amor a sí mismos, y el amor a su prójimo es irregular, mezclado con envidia, malas conjeturas y celos. Los que están en esta condición nunca han sometido plenamente su voluntad a la voluntad de Dios. Deberían considerar el ejemplo y el espíritu del Capitán de su salvación. Él dijo: "He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió". Cuando tengamos la mente de Cristo, amaremos y obraremos como Cristo ha amado y obrado. Cuando el amor de Cristo está en el corazón, ejerce una influencia controladora sobre los pensamientos y los afectos.

Cualquiera que sea nuestra condición o posición en la vida, es nuestro privilegio tener la fe que obra por el amor y purifica el alma. La fe que produce amor a Dios y amor a nuestro prójimo es la verdadera fe. Esta fe nos llevará a una santificación genuina. Aumentará nuestra reverencia por las cosas sagradas. El nombre de Dios no se usará descuidadamente. Es deshonar a Dios hablar de él como si estuviera al mismo nivel que el hombre finito. Debemos pronunciar con

reverencia el sagrado nombre de Cristo, porque, aunque se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte de cruz, no consideró un robo ser igual a Dios. Pongamos este precioso nombre en nuestros labios con profunda reverencia. Algunos han permitido que sus sentimientos controlen su juicio, en las reuniones de adoración, y se han permitido palabras y actitudes que no han estado en armonía con la solemne adoración de Dios. Hemos oído a hombres gritar y saltar, y golpear el escritorio, y usar vanas repeticiones, y esto pensaban que era adoración a Dios. Pero no era conforme a la dirección o voluntad de Dios. Todo lo que es grosero en actitud o palabra hace del servicio de Cristo un asunto ridículo, y trae confusión a la casa y al culto de Dios. La verdadera religión no se halla en el ruido, en la contorsión del cuerpo, que poco aprovecha, sino que se manifiesta en las buenas obras y en el santo temperamento del alma. La santificación genuina hará al hombre tranquilo y sensato. Será humilde, manso, bondadoso, tolerante, lleno de amor; éste es el fruto de la santificación. Sólo los que posean estas gracias del espíritu serán tenidos por dignos de la vida eterna.

Tan engañoso es el corazón humano, tan hábilmente se justifican a sí mismas las pasiones acariciadas, que muchos pasarán engañados, satisfechos con una religión falsa y una santificación fraudulenta, hasta que se cierre el tiempo de prueba y pase la cosecha.

Una de las principales características del verdadero amor es la humildad. El apóstol dice: "La caridad es sufrida y benigna; la caridad no tiene envidia; la caridad no se jacta de sí misma, no se envanece, no se comporta indecorosamente, no busca lo suyo propio, no se irrita fácilmente, no piensa el mal; no se goza de la iniquidad, sino que se goza de la verdad; todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta." El hombre que tiene verdadero celo por Dios será desconfiado de sí mismo, y pequeño a sus propios ojos. El amor nos enseña a ser mansos y humildes. El amor santificado nos capacitará para exhibir la gracia de la paciencia; nos ayudará a refrenar la impetuosidad y la inquietud, de modo que no nos repugnaré nada. El amor a Dios y al prójimo desvanecerá todo odio, amargura, ira, malicia, prejuicio, envidia y mala suposición.

Un cristiano dijo una vez que cuando llegara al cielo esperaba encontrarse con tres causas de asombro. Se asombraría de encontrar a algunos que no esperaba ver allí. Se asombraría de no ver a algunos que esperaba encontrar, y, por último, se asombraría de encontrar a un pecador tan indigno como él en el paraíso de Dios. Muchos que han ocupado altos puestos como cristianos en la tierra, no se

encontrarán con la feliz multitud que rodeará el trono. Los que han tenido conocimientos y talento, y sin embargo se han deleitado en controversias y luchas impías, no tendrán lugar entre los redimidos. Sus corazones no estaban en armonía con la mansedumbre y abnegación de Cristo. Deseaban hacer alguna gran obra, para ser admirados y halagados por los hombres, pero sus nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero. "No os conozco", son las tristes palabras que Cristo dirige a los tales. Pero aquellos cuyas vidas fueron embellecidas por pequeños actos de bondad, por tiernas palabras de afecto y simpatía, cuyos corazones retrocedieron ante la contienda y la disputa, que nunca hicieron ninguna gran obra con el fin de ser alabados por los hombres, éstos se encuentran registrados en el libro de la vida del Cordero. Aunque el mundo los consideraba insignificantes, son aprobados por Dios ante el universo reunido. Se asombran al oír la palabra, de labios del divino Maestro: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo."

Quisiera recalcar a todos los cristianos que la paciencia, la resignación, la humildad y el dominio propio son frutos de la fe y el amor verdaderos, frutos del verdadero celo por Dios. Pero la impaciencia, la irritabilidad, el descontento y toda clase de falta de amabilidad son revelaciones de un corazón no santificado. Cuánto mal ha causado el falso celo en la iglesia. El fanatismo, el amor a la propia opinión y camino, se ha llamado celo por Dios, pero es de la tierra, terrenal. La Escritura dice: "Bueno es estar siempre celoso en lo bueno". Debemos servir al Señor con todo el corazón, poder, mente y fuerza. Hemos de caminar fielmente por la senda de sus mandamientos, escuchando la voz de su palabra. Aquellos que estudian cuidadosamente lo que Dios requiere de ellos, y evitan cuidadosamente lo que él ha prohibido, siempre harán celosamente lo que él ha ordenado.

3 de marzo de 1890

Jesús llama al corazón

[Sermón en Torre Pellice, Italia, 3 de diciembre de 1885.]

EGW

"He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, cenaré con él y él conmigo".

Cristo está dispuesto a tomar posesión del templo del alma, si se lo permitimos. Se le representa llamando a la puerta de nuestros corazones para que le admitamos, pero Jesús nunca se impone a nosotros; sólo entrará como invitado. Si lo buscamos, ciertamente lo encontraremos. Muchos parecen tener la idea de que Cristo está muy lejos. Era difícil para los hijos de Israel comprender que Cristo era su jefe divino, y que estaba envuelto en la columna de nube durante el día, y en la columna de fuego por la noche. Si pudiéramos darnos cuenta de que no tenemos que subir a los cielos para hacer bajar a Cristo, ni bajar a la tierra para hacerlo subir, sino que él está cerca de nosotros, qué diferentes serían nuestras acciones. No habría tantas conversaciones triviales. No caeríamos tan fácilmente en la tentación, y no habría tantas cosas en nuestra vida que desagradaran a Jesús. Nos daríamos cuenta de que el ojo divino está sobre nosotros, y que está pasando al cielo el registro con el que debemos volver a encontrarnos en el día de las cuentas finales; porque el juicio ha de sentarse, los libros han de ser abiertos, y cada uno ha de ser juzgado según las obras hechas en el cuerpo.

Para dejar que Jesús entre en nuestros corazones, debemos dejar de pecar. La única definición de pecado que tenemos en la Biblia es que es la transgresión de la ley. La ley es de gran alcance en sus demandas, y debemos poner nuestros corazones en armonía con ella. Los hombres pueden envolverse con su propia justicia, pueden alcanzar su propia norma de carácter, pero no alcanzan la norma que Dios les ha dado en su palabra. Podemos medirnos por nosotros mismos, y compararnos entre nosotros; podemos decir que lo hacemos tan bien como éste o como aquél, pero la gran pregunta es: ¿Satisfacemos las demandas que el Cielo tiene sobre nosotros? La razón por la cual la iniquidad prevalece hasta un grado tan alarmante es que la ley de Dios ha sido anulada en la tierra. Su ley, pronunciada desde el Sinaí y ejemplificada en la vida de Cristo, es perfecta y convierte el alma. Condena todo pecado y exige toda virtud. No sólo exige una conducta exterior correcta, sino que sus principios llegan incluso a los pensamientos y afectos del corazón. "He aquí", dijo el salmista, "tú quieres la verdad en lo íntimo, y en lo oculto me harás conocer la sabiduría". A la luz de la ley, se ve que la codicia es idolatría, la lujuria adulterio y la ira homicidio. No es de extrañar que la mente carnal sea enemistad contra Dios, y no esté sujeta a su ley.

Los que son fieles a la ley de Dios no siempre encontrarán el camino llano. Dios no ha prometido a su pueblo la exención de las pruebas, pero ha prometido lo que es mucho mejor. Él ha dicho: "Como tus días, así será tu fortaleza". "Te basta mi gracia, porque mi fuerza se perfecciona en la debilidad". "El Dios de

toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones". "Como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, así abunda también nuestra consolación". Todos los que aman y temen a Dios sufrirán persecución. Pero Jesús estará cerca para sostener a todo el que sufra por causa de la verdad. Cuando en la cárcel de Filipos, los siervos de Cristo, azotados y fuertemente maniatados, tuvieron tal consuelo divino que cantaron alabanzas a Dios, y los muros resonaron con su triunfo. A estos fieles mensajeros, aquella fría mazmorra, hedionda de humedad, se les hizo como la puerta del cielo. La gloria del Sol de Justicia irradiaba en aquella prisión interior, haciéndola resplandecer con un fulgor divino. Cristo, el mensajero real, vino a Juan cuando estaba en su isla, y le dio las más maravillosas revelaciones de sí mismo y de lo que iba a suceder en la historia del mundo antes de su segunda aparición. Jesús se reveló a Esteban cuando estaba rodeado de enemigos despiadados. El mártir tuvo una visión de la gloria de Dios con Jesús de pie a su derecha para ayudar a su siervo sufriente.

Como Pablo y los dignatarios que sufrieron por causa de la verdad, podemos ser llevados a situaciones de gran prueba a causa de nuestra fidelidad a Dios. Pero Cristo es un Salvador tierno y compasivo, y nunca abandonará a sus hijos. Cuando estuvo en la tierra, su corazón siempre se conmovió con las aflicciones humanas. En todas las ocasiones aliviaba a los afligidos y sufrientes que se le presentaban; a ninguno rechazaba. Una mujer que había sufrido durante años creyó que Cristo tenía poder para curarla de su enfermedad si tan sólo acudía a él y le contaba su gran necesidad. La multitud se agolpaba a su paso, pero ella se abrió paso entre la muchedumbre, y cuando Jesús se acercó, extendió la mano y logró tocar el borde de su manto, y en un momento sintió que quedaba curada. El suyo no fue un toque casual; fue el toque de la fe. Esto debería impresionarnos a todos con la importancia de tener una fe viva en Jesús como nuestro Salvador personal. Muchos dicen que todo lo que tenemos que hacer es creer, pero hacen el servicio de Cristo demasiado superficial. Se contentan con creer nominalmente en Cristo; pero no basta con afirmar que Jesús es el Hijo de Dios. Debemos permanecer en él como el sarmiento permanece en la vid. Debemos tener una fe experimental, una fe que obra por amor y purifica el alma. Entonces tenemos la evidencia de que damos fruto para la gloria de Dios. ¿Qué es dar fruto para la gloria de Dios? Es manifestar el amor de Jesús en nuestra vida diaria, ser amables, corteses y comprensivos con los que nos rodean, y tratar de conducirlos al Salvador. La luz divina que brilla en el rostro de Jesús brilla también en el corazón de los creyentes, y ellos caminan en la luz como él está en la luz. Ese mismo Jesús se representa a sí mismo como estando a la puerta de nuestros corazones y llamando para entrar. Cada uno de nosotros tiene

un trabajo que hacer para abrir la puerta, si queremos tener a Jesús como huésped. La obra de perfeccionar el alma mediante la obediencia a todos los requisitos de Dios debe estar constantemente en marcha en nuestras vidas. Si consideramos iniquidad en nuestros corazones, el Señor no nos oirá. ¿Abrirás la puerta del corazón y dejarás entrar la luz del cielo? ¿Invitarás ahora mismo a Jesús como huésped bienvenido para que tome posesión de tu corazón? Deberíamos desear su presencia por encima de cualquier otra cosa en la tierra. Deberíamos considerarlo como el más bello de todos, el principal entre diez mil. ¿Por qué mantenemos cerrada la puerta del corazón, cuando él nos ha dado una invitación tan bondadosa para abrir la puerta y dejarlo entrar?

Algunos parecen pensar que si aceptan la religión de Cristo, bajarán un peldaño; pero no es así. Los que reciben honores de los reyes terrenales se sienten exaltados; ¡cuánto más exaltados son los que reciben honores del Rey del cielo! El Monarca del universo ha prometido adoptar en su familia a todos los que salgan del mundo y se separen. Todos los que sean fieles a su servicio llegarán a ser miembros de la familia real, hijos del Rey celestial. ¿No es éste un privilegio excelso? Debemos procurar aumentar en conocimiento y sabiduría, pues hemos de llevar nuestros talentos intelectuales al mundo futuro. Nuestras mentes deben fortalecerse, y nuestros corazones refinarse y elevarse, para que Jesús pueda tomar posesión de ellos. Debemos imitar su carácter si queremos encontrarnos en la sociedad de los santos ángeles en el reino de la gloria. Todos los que entren allí serán obedientes a la ley de Dios. Esa ley puede ser pisoteada aquí por los que son rebeldes al gobierno de Dios, pero Jesús dijo: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad." Sería terrible encontrarnos con el Legislador por la ley quebrantada. Deberíamos orar, como lo hizo David: "Abre mis ojos, para que vea las maravillas de tu ley".

10 de marzo de 1890

Mirar y vivir

EGW

"Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna."

Cuando los hijos de Israel atravesaban el desierto en dirección a Canaán, provocaron los juicios de Dios murmurando y quejándose. Fueron mordidos por serpientes ardientes y venenosas del desierto, y fueron heridos de muerte. Un mensajero pasó por el campamento con la noticia de que se les había proporcionado un remedio. Por orden de Cristo se había levantado una serpiente de bronce, y los que la miraran quedarían curados. Cuando se anunció este mensajero [mensaje], algunos de los enfermos y moribundos no lo aceptaron. Aquí y allá, por todo el campamento, se oyeron las palabras: "Es imposible que yo sea curado, porque estoy en una condición tan terrible. Los que no están en tan mal estado como yo, pueden, tal vez, mirar y vivir". Otros pensaban que tenían un remedio propio que podía curar la mordedura venenosa de la serpiente; pero sólo aquellos que aceptaron el mensaje y miraron a la serpiente de bronce fueron curados. Esta serpiente representaba a Cristo. Dice: "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que sea levantado el Hijo del hombre."

El hombre está envenenado por el pecado; pero se ha provisto un remedio para la raza caída en el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Toda esperanza que tengamos de salvación fuera de Cristo es una esperanza vana. No podemos deshonrar más a nuestro Salvador que dudando de que nos salvará. Cualquiera que haya sido nuestra vida de transgresión, por profunda que sea la mancha de nuestro pecado, hay Uno que puede salvar perpetuamente a todos los que por él se acercan a Dios. Jesús es el remedio para el pecado. Podemos tener intelecto, pero la inteligencia humana no puede idear ningún camino de salvación; podemos tener posesiones terrenales, pero eso no proporcionará un rescate por el pecado de nuestra alma. La salvación es el don de Dios por medio de Cristo, y la promesa es: "Todo el que crea en él no perecerá, sino que tendrá vida eterna."

No basta con tener una fe nominal. Debemos tener una fe que se apropie del poder vivificador de nuestras almas. Sufrimos grandes pérdidas porque no ejercemos una fe sencilla y viva en Cristo. Deberíamos poder decir: "Él es mi Salvador; murió por mí; lo miro como mi Salvador completo y vivo". Debemos mirar a Cristo día a día. Debemos considerarlo nuestro ejemplo en todas las cosas. Esto es la fe. El verdadero creyente en Cristo está representado por un sarmiento unido a una vid viva. La savia y el alimento de la vid se extienden por todas las venas y fibras del sarmiento, y así el sarmiento se une a la vida de la vid y da fruto precioso. Toda alma que permanece en Cristo hará las obras de Cristo. Los que aman a Dios guardarán sus mandamientos; porque Cristo ha dicho: "Yo he guardado los mandamientos de mi Padre". Jesús hizo un sacrificio

infinito al dejar su majestad, para venir a un mundo caído, a fin de levantar al hombre pecador; y todo el que esté unido a Cristo, como el sarmiento está unido a la vid, manifestará el espíritu de su Redentor.

Honramos a nuestro Señor y Maestro cuando depositamos en él una confianza implícita. Si desconfiamos del mensaje que nos ha enviado, estaremos en una posición similar a la de los israelitas que fueron mordidos por las serpientes ardientes, pero que no quisieron mirar y vivir. Si aceptamos el mensaje de amor que nos ha llegado en invitaciones, exhortaciones y reprensiones, resultará ser vida y curación para nuestras almas.

No debemos contentarnos con nada que no sea una estrecha relación con Cristo. Se nos ofrecen la libertad y la salvación, y debemos asir las preciosas promesas de Dios mediante una fe viva. Pero si sólo creemos parcialmente, si no mostramos en nuestra experiencia el poder de la fe viva que obra por amor y purifica el alma, no cumpliremos las expectativas de nuestro Señor y Maestro. Jesús dice: "Sin mí no podéis hacer nada", pero si él permanece en nosotros y nosotros en él, todo lo podemos por el poder de su fuerza. Debemos confiar en él como un niño confía en sus padres terrenales. Debemos sentir tal amor hacia él que no podamos traicionar su confianza en nosotros, ni desconfiar de él bajo ninguna circunstancia. Debemos conocer la verdad tal como es en Jesús. Debemos ser como la mujer afligida que se abrió paso entre la multitud para tocar el borde del manto de Cristo. Ella no dio un toque casual; fue el toque de la fe; porque la virtud salió de Cristo y la sanó. Aunque la multitud apretaba y se agolpaba alrededor del Salvador, éste reconoció el toque de la fe. Se volvió y preguntó: "¿Quién me ha tocado?". Sus discípulos miraron asombrados y respondieron: "Maestro, la multitud te apretuja y te aprieta, y tú dices: ¿Quién me ha tocado? Y Jesús dijo: Alguien me ha tocado, porque veo que la virtud ha salido de mí. Y viendo la mujer que no se ocultaba, vino temblando, y postrándose delante de él, le declaró delante de todo el pueblo por qué causa le había tocado, y cómo al instante había quedado curada. Y él le dijo: Hija, consuélate; tu fe te ha salvado; vete en paz."

Ni la erudición, ni la oratoria, ni la riqueza pueden llevar a los hombres al favor de Dios; pero la fe sencilla y confiada traerá su bendición. Debemos creer en la palabra de Dios. La experiencia que viene a través de la fe viva es la experiencia que Dios quiere que cada uno de nosotros tenga. Debemos extender la mano de la fe y asirnos del brazo del poder infinito. La oración más sencilla que se eleva con fe es aceptable para el cielo. El alma más humilde que mira a Cristo con fe está conectada con el Dios del universo. Podemos caminar en la luz como Cristo

está en la luz. Debemos mirarnos en el gran espejo de la ley de Dios y ver si nuestros caracteres están condenados en ella. Si la condenación descansa sobre nosotros, no debemos desesperar, porque él ha provisto un camino por el cual no pereceremos, sino que tendremos perdón y vida. Se da la promesa de que "si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad." Me alegro cada día que vivo de que esta preciosa promesa haya sido registrada para nosotros. Podemos llenarnos de regocijo porque tenemos un Salvador vivo que es poderoso para salvar perpetuamente a todos los que por él se acercan a Dios. Jesús desea que pidáis mucho para que recibáis mucho, y lo necesitamos con nosotros a cada paso que damos. Cuando vemos que hay defectos en nuestros caracteres, debemos ser celosos y arrepentirnos y reformarnos; porque si consideramos iniquidad en nuestros corazones, la Escritura declara que Dios no nos oirá. Cristo nos ha hecho una invitación llena de misericordia. Dice: "Venid ahora, y estemos a cuenta, dice Jehová; aunque vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana". No hay nada peor que un pecado escarlata, excepto el pecado que no puede tener perdón en esta vida ni en la venidera.

Cuando veo a mi Salvador tan lleno de misericordia hacia nosotros, me parece que todo corazón debería derretirse en ternura y gratitud hacia Dios. El pecado debe ser odiado porque aflige a nuestro mejor Amigo; debemos desear conocer la verdad aunque requiera un sacrificio, y nadie que haya defendido la verdad lo ha hecho sin sacrificio. Los que tienen fe viva en Cristo pasarán por dificultades como Pablo. Dirán con él: "Nuestra leve tribulación, que es momentánea, nos produce un peso de gloria mucho mayor y eterno; mientras no miramos las cosas que se ven, sino las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas." Pablo midió las dificultades del presente con la gloria de lo eterno. Y la gloria venidera sobrepasó tanto el sufrimiento del presente, que dijo que no era digno de compararse con él. Debemos mantener nuestros ojos fijos en la marca del premio del supremo llamamiento en Cristo Jesús, y al hacer esto, recibiremos consuelo, paz y gozo.

(Concluido la próxima semana).

17 de marzo de 1890

Mira y vive

(Concluido.)

EGW

El cristiano no debe vivir para esta vida presente. Debemos mirar a Jesús, que mediante una muerte ignominiosa hizo un camino para nuestra huida. Cada uno de nosotros debe aferrarse a la esperanza que se nos presenta en el Evangelio, si queremos tener vida eterna. Debes preguntarte: "¿Cuánto estoy dispuesto a sacrificar por la verdad?". Antes de que respondas a esta pregunta, me gustaría dirigirte a la vida y el sacrificio de Jesús por ti. Cuando veas a Aquel a quien tus pecados han traspasado, levantado sobre la cruz del Calvario, con contrición de alma lo pondrás todo a sus pies. Cuando recordamos cuánto ha costado nuestra salvación, podemos estar seguros de que la vida eterna lo vale todo. El enemigo está empeñado en que no lleguemos a poseer esta preciosa bendición. Estamos viajando a través de la tierra de un enemigo, y debemos guardar toda la armadura de la justicia, para que podamos pelear la buena batalla de la fe, y echar mano de la vida eterna.

Satanás vendrá de muchas maneras a tentar al alma para que se aparte de Cristo. Primero le dirá que usted es suficientemente bueno por sí mismo; que no necesita que se haga por usted una obra de reforma. Le sugerirá que ha cometido pocos errores en su vida, y que éstos serán compensados por el bien que ha hecho. Si has vivido una vida como él te hace creer que has vivido, sería como una cadena con eslabones inseguros, sin ningún valor. Un solo pecado del que no te arrepientas es suficiente para cerrarte las puertas del cielo. Fue porque el hombre no podía salvarse con una sola mancha de pecado sobre él, que Jesús vino a morir en la cruz del Calvario. Tu única esperanza es mirar a Cristo y vivir. Él vino a salvar perpetuamente a todos los que acudían a él; y es plenamente capaz de hacer todo lo que se ha comprometido a hacer por ti. Él nos levantará de la degradación en la que hemos caído a causa del pecado.

Debemos ejercitar una fe viva en Cristo. Cuando nuestras esperanzas de vida parecen desvanecerse, Jesús está listo para poner sus brazos eternos debajo de nosotros, y atraernos a su corazón, y consolarnos, alentarnos y bendecirnos. Tan pronto como te entregues totalmente a Cristo, él te aceptará. Cristo ha dicho que su voluntad es que tu gozo sea pleno. ¿Por qué no habéis de gozar plenamente, cuando por Cristo tenéis la perspectiva de la vida eterna en su venida? ¿Por qué

no hemos de alabar cada día a Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable? "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas? Él quiere que crezcamos cada día más en su amor. A medida que vayamos conociendo al Señor, sabremos que sus salidas están preparadas como la mañana. El sol sale en penumbra; pero a medida que comienza a subir por los cielos, sus rayos se hacen cada vez más brillantes. Así sucede con el cristiano en su vida. Recibe los brillantes rayos de luz de Cristo, y confiando en él llega a conocer mejor a su Salvador. Es un asunto difícil para la naturaleza humana tener perfecta confianza en el poder divino, pero el Señor fortalecerá nuestra fe, y podremos tener una preciosa experiencia en el conocimiento de Jesús. No tenemos la sencillez que deberíamos tener al acercarnos a nuestro Padre celestial. Somos pecadores, pero Cristo ha muerto por nosotros, y es nuestro privilegio colocarnos sobre la plataforma de sus promesas. Si tenemos el amor de Jesús en nuestros corazones, lo expresaremos en nuestras acciones hacia los demás. Proclamaremos a los que están fuera de Cristo la belleza de la fe y la religión. No nos corresponde preguntar si tendremos pruebas si caminamos por la senda de la obediencia; debemos buscar la verdad como tesoros escondidos, y aceptarla cueste lo que cueste.

Cristo oró para que sus discípulos fueran santificados por medio de la verdad. No es el error, sino la verdad de Dios la que santifica el alma. Cuando seguimos el humilde camino de la obediencia, dejamos una huella luminosa hacia el cielo para que otros caminen por ella. Es nuestro privilegio tener una experiencia más profunda en las cosas de Dios. ¿Revisarás tu vida pasada, verás dónde han estado tus defectos y errores, y cuando veas que son muchos, recordarás que Jesús vive para interceder por ti, y no te hundirás en el desaliento? Jesús suplica su sangre ante el Padre, y dice: "Yo soy el que borra tus transgresiones como una nube espesa". Que éste sea el lenguaje de tu corazón: "Espera en Dios; porque aún le alabaré, que es la salud de mi rostro, y mi Dios". No desconfíes ni por un momento del poder de tu Salvador para salvarte. Cae en tu impotencia al pie de la cruz; cree hoy en la promesa de Dios. Jesús nos ama con un amor infinito. ¡Oh, qué amor, qué amor sin igual ha mostrado por los hijos de los hombres! Jesús no desea que esperes a hacerte mejor; desea que lo tomes hoy como tu Salvador. Este mismo día di: "Él es mío y yo soy suyo. Entregaré mi alma a su custodia, y él guardará lo que le he confiado para aquel día. Por la fe me dará la victoria sobre las tentaciones del enemigo. Veré su salvación. Triunfaré en Dios". ¿No crees que un lenguaje como éste ahuyentará al enemigo del alma tentada? Satanás trata de interponerse entre nosotros y Cristo, pero debemos hacerlo retroceder hablando con fe y exaltando el poder de Jesús para

salvarnos. ¿No daremos pasos por adelantado sin demora? ¿No mostraremos que no tememos confiar en nuestro Salvador tanto en la oscuridad como en la luz? He sido puesto a prueba en este punto. Un ser querido tras otro me ha sido arrancado por la muerte, y ha parecido como si fuera a aplastarme; pero en estas horas Jesús ha parecido decirme: "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo".

La paz que da Jesús no es la paz del mundo. En mis pruebas más dolorosas, cuando no podía entender por qué me habían sobrevenido, el único camino que podía tomar era creer que Jesús hace bien todas las cosas. Después de la muerte de aquel que había estado a mi lado durante treinta y seis años, me hallaba en gran aflicción, en tal angustia que parecía que iba a morir; pero tenía que librar la batalla de la fe. Mientras Satanás me sugería tentaciones y procuraba hacerme desconfiar de Dios, yo decía continuamente: "Él sabe lo que es mejor para mí, y confiaré en él."

No debemos pensar que Jesús nos ha abandonado cuando las nubes y la oscuridad se ciernen sobre nuestras almas. Él es un Redentor compasivo y amoroso. No aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres. No quiere que ninguno de nosotros perezca, sino que todos tengan vida eterna; pero quiere que le sigamos como las ovejas siguen al pastor; y en algún momento nos conducirá a aguas vivas, y enjugará todas las lágrimas de nuestros ojos.

Jesús te ama, y cuando las pruebas vengan sobre tu alma, como seguramente lo harán, debes encontrarte a menudo con Dios en oración. El enemigo puede decirte que Dios no te oirá; pero debes descansar en su promesa de que oirá la oración del alma contrita. Elevad continuamente vuestras súplicas a Jesús, y creed que él os oye, y él os oirá y os libraré de toda prueba y tentación. El apóstol dice: "Para que la prueba de vuestra fe, siendo mucho más preciosa que el oro que perece, aunque se pruebe con fuego, sea hallada para alabanza, honra y gloria en la manifestación de Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no le veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso, recibiendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas."

24 de marzo de 1890

La fe no anula la ley

EGW

La sangre de Cristo fue derramada para expiar el pecado y limpiar al pecador; y nosotros debemos asirnos de los méritos de la sangre de Cristo, y creer que tenemos vida por medio de su nombre. Que no os engañen las falacias de Satanás; sois justificados por la fe sola, pero la fe en Cristo no os absuelve de la obligación de guardar la ley inmutable de Dios, que es tan sagrada como su trono. La fe es esencial, pero la fe auténtica permitirá a su poseedor producir los frutos del Espíritu.

El pecado es la transgresión de la ley, y ningún hombre puede salvarse en el pecado. El pecador debe arrepentirse hacia Dios, y hacerse obediente a la ley de Dios a través de la fe en Cristo. La fe es la mano que se aferra a la Omnipotencia. Cuando hacemos aquellas cosas que son lícitas y rectas, por la gracia de Cristo, estamos guardando los mandamientos de Dios; y a los tales Dios ha empeñado su palabra de que hará grandes cosas. Como Daniel, podéis confesar vuestro pecado y presentar a Dios súplicas diarias; pero por pobres, indignos y errantes que os sintáis, tenéis el privilegio de apropiaros de las promesas de Dios. Podéis obtener la gracia y la ayuda que sólo Cristo puede daros. Dios no puede olvidarse de uno de sus hijos que trata de ser obediente a sus santos requerimientos, como no puede olvidarse de sí mismo. Las Escrituras declaran que Cristo nos ha grabado en las palmas de sus manos, que nos tiene en eterno recuerdo.

Un impulso, un ejercicio emocional, no es fe ni santificación. La santificación es el cumplimiento de todos los mandamientos de Dios. Algunos de ustedes han fallado en hacer esto, porque han quitado sus ojos de Jesús, y se han mirado a sí mismos. Algunos han mantenido a Cristo apartado de sus vidas porque sentían su propia indignidad; pero Cristo murió en la cruz del Calvario por los injustos e indignos. Si miran a él, ¿perecerán? -No; han de mirar y vivir. Vosotros que sentís que vuestro trabajo es indigno y está lleno de imperfecciones, vosotros que estáis cansados y cargados, Jesús os invita a venir a él, para que encontréis descanso a vuestras almas. Jesús desea que llevéis su yugo, que soportéis sus cargas, y dice que su yugo es fácil y su carga ligera.

Noé fue un predicador de la justicia; pero todas sus advertencias fueron despreciadas por la generación a la que iban dirigidas. La verdad nunca será

popular entre el mundo; porque el mundo está enemistado con la ley de Dios. El mundo está lleno de pecado, lleno de falsedad, lleno de transgresión. Jesús predicó la verdad fielmente, afectuosamente, seriamente, practicando la abnegación; ¿y el mundo acudió en tropel a su bandera? -No; ¿cuándo se encontró la verdad con un rechazo más severo y positivo que en tiempos de Cristo? Si nos ponemos en relación correcta con Dios, para poder enseñar la verdad, practicarla y santificarnos por medio de ella, no siempre tendremos éxito en nuestros esfuerzos por los demás; tendremos que confiar el resultado a Dios, y no llevarnos al borde de la desesperación porque los hombres endurezcan sus corazones y rechacen la declaración más clara de las Escrituras. Debemos mantener firme nuestra fe y fortalecer nuestras almas confiando firmemente en la promesa de Dios. Ustedes pueden decir: "Sé que soy un obrero indigno, pero confío en la justicia de Cristo. El mérito de la sangre de Cristo es mi única súplica. Sé que soy pecador, pero la sangre de Cristo limpia de todo pecado". Debemos honrar a Dios creyendo en sus promesas.

Hay quienes han tenido una experiencia excelente, que han sido fuertes en la verdad, que han sabido lo que es creer a Dios, y su fe les ha sido contada por justicia, pero Satanás ha obrado para desanimarlos y quebrantar su asidero en Dios. Aunque las nubes los han rodeado, el Señor no los ha abandonado, el Señor los levantará, les dará fuerza física y alentará y reavivará su fe. Tendremos que librar una batalla constante con Satanás, si conservamos nuestra fe hasta el fin en medio de los desalientos que nos presionarán. Debemos apartar la mirada del yo, porque Jesús es nuestra única esperanza. El lenguaje del alma debe ser: "Él es mío; nunca soltaré su brazo. Él me bendecirá; la sangre purificadora se aplicará a mi alma".

Cualesquiera que sean nuestras dificultades, Jesús las conoce todas; podemos contárselas todas a nuestro Salvador compasivo. Él se compadece de todas nuestras debilidades, se conmueve con el sentimiento de nuestras flaquezas. Llémosle confiadamente nuestras cargas, y veremos su salvación. Si oramos por ella, si creemos en ella, tendremos la dote celestial de su Espíritu. Extiende hoy tus manos con fe, porque Jesús de Nazaret pasa. Elevad vuestras súplicas, clamando: "Quédate con nosotros; necesitamos tu presencia, tu amor, tu perdón". Él no pasará de largo, permanecerá con vosotros y os bendecirá.

El Señor desea daros a cada uno de vosotros una rica experiencia; porque quiere que seáis capaces de apreciar el conocimiento de la verdad que os ha dado, y de valorar las preciosas muestras de su amor. Desea daros mayores pruebas de su amor, respuestas aún más marcadas a vuestras oraciones, un conocimiento más

profundo y cercano de sí mismo; porque el Señor tiene una obra que hacer para cada uno. Si usted está a la altura de sus elevados privilegios, tendrá mayor fe. Recuerda que la fe no es sentimiento. Estamos inclinados a medir nuestros logros religiosos por nuestras emociones; pero el sentimiento no es un criterio para juzgar. "La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve". Aquellos que han tenido el valor moral de defender la fe en tiempos pasados, ahora deben ser fuertes en el Señor y en el poder de su fuerza. Tenemos una obra que hacer para el Maestro, y debemos ponernos toda la armadura de la justicia. Cuando Satanás te hable de tu indignidad, puedes reconocerlo, pero al mismo tiempo puedes presentar a un Salvador compasivo, que salvará perpetuamente a todos los que por él se acerquen a Dios. Habla de fe, habla de esperanza y de valor, y ven a la luz. Es contemplando la belleza del carácter de Cristo como hemos de ser transformados a su imagen. Aparta la mirada de la oscuridad, aparta la mirada de ti mismo hacia tu Redentor compasivo, y deja que tu alma se inspire en la fe y la oración. Trae a Jesús a tu vida, las virtudes de su carácter a tu carácter.

No debemos ceder a las sugerencias de Satanás. Su designio es engañarte, ya sea halagando tu vanidad, o haciendo que te desanimes al pensar en tu indignidad. Tratará de rodearos de la sociedad de aquellos que confundirán vuestra fe y romperán vuestra conexión con Dios; pero debéis guardar una santa confianza en Dios, y mantener un carácter cristiano consecuente con vuestra fe religiosa. Debes ser manso pero resuelto, alegre pero devoto, para que el pecado no sea sancionado por ti en ninguna forma.

En tu vida hogareña debes manifestar paciencia, tolerancia y amor. Camina con prudencia, sabiduría y perfección. Debes comenzar y terminar el día con la oración, y estar lleno de fe y gratitud hacia Dios. Que tus palabras sean selectas, bien escogidas, sazonadas con sal, para que tu alma se eleve constantemente hacia logros más altos. Si esta es tu actitud, la paz de Dios no será un visitante ocasional, sino un huésped permanente, gobernando en el corazón. El Espíritu de Dios ablandará y subyugará el alma, y ennoblecerá el carácter. ¿Qué es la piedad saludable sino una experiencia bien equilibrada? Debemos tener más fe. El lenguaje del alma debe ser: "Porque Jesús vive, yo también viviré". Hay libertad para nosotros en Cristo, y si le miramos con fe en todo momento, tendremos la bendita seguridad de su presencia; pero si desconfiamos de su amor y de su poder, deshonoraremos a Dios. Es nuestro privilegio tener a Jesús como nuestro ayudador constante.

31 de marzo de 1890

La fe auténtica conduce a la obediencia

EGW

"Sin fe es imposible agradar a Dios". Es nuestro privilegio apropiarnos para nuestro propio uso de las promesas que Dios nos ha dado en su palabra. Hemos recibido una gran luz, se nos han revelado las verdades más maravillosas; y nuestra fe debe corresponder a la luz y al poder de la verdad que se ha abierto a nuestro entendimiento. Nuestra oración debe ser como la oración de David: "Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley". Tenemos ante nosotros una obra grande y solemne. Hemos de presentar al mundo el último mensaje de misericordia: los mandamientos de Dios y el testimonio de Jesucristo. Debemos tener la fe correspondiente al mensaje que hemos de llevar al mundo. Necesitaremos algo más que sabiduría finita para realizar esta obra. Debemos tener el poder divino conectado con nuestros esfuerzos, para que podamos alcanzar a la gente.

Tenemos el privilegio de tomarle la palabra a Dios. Cuando Jesús estaba a punto de dejar a sus discípulos para ascender al cielo, les encargó que llevaran el mensaje del Evangelio a todas las naciones, lenguas y pueblos. Les dijo que se quedaran en Jerusalén hasta que fueran investidos de poder desde lo alto. Esto era esencial para su éxito. La santa unción debe venir sobre los siervos de Dios. Todos los que estaban plenamente identificados como discípulos de Cristo y asociados con los apóstoles como evangelistas, se reunieron en Jerusalén. Abandonaron todas las diferencias. Perseveraban unánimes en oración y ruego, para que se cumpliese la promesa del Espíritu Santo; porque habían de predicar el Evangelio en la demostración del Espíritu y con el poder de Dios. Era una época de gran peligro para los seguidores de Cristo. Eran como ovejas en medio de lobos, pero tenían valor, porque Cristo había resucitado de entre los muertos, se les había revelado y les había prometido una bendición especial que les capacitaría para ir a proclamar su Evangelio al mundo. Esperaban el cumplimiento de su promesa y oraban con especial fervor.

Este es precisamente el curso que deben seguir aquellos que participan en la gran obra de proclamar la venida del Señor en las nubes del cielo; porque un pueblo debe estar preparado para estar en pie en el gran día de la preparación de Dios. Aunque Cristo había dado a los discípulos la promesa de que recibirían el Espíritu Santo, esto no eliminó la necesidad de orar. Oraban con mayor fervor y perseveraban unánimes en la oración. Los que ahora se dedican a la solemne

tarea de preparar a un pueblo para la venida del Señor, también deben continuar orando. Los primeros discípulos estaban unánimes. No tenían especulaciones ni teorías curiosas que proponer acerca de cómo llegaría la bendición prometida. Eran uno en fe y espíritu. Estaban de acuerdo. Los discípulos de Cristo debían llegar a ser uno con él, y uno entre sí. Todas las diferencias debían desaparecer. El alma debía mezclarse con el alma. No se debe permitir que ninguna lucha influya en el alma; no se debe abrigar ningún amor de supremacía, ningún pensamiento egoísta; debemos ser uno en Cristo.

Es el privilegio del pueblo de Dios salir a su trabajo en la fuerza de Jesús. Debemos salir, no dependiendo de nuestros talentos, sino luchando con Dios por la santificación mediante la verdad. Debemos sentir la constante seguridad de que Jesús está presente para ayudarnos. Si tenemos éxito en nuestra labor, debemos dar toda la gloria a Dios. Los seres frágiles y defectuosos de la tierra no deben atribuirse ni una partícula de honor. El obrero de Dios debe revestirse de humildad, porque Cristo ha condescendido a ser su ayudador. Pablo puede plantar, y Apolos regar, pero es Dios quien da el crecimiento.

Tendremos que encontrarnos con muchas doctrinas falsas y teorías engañosas, y se requerirá algo más que inteligencia humana para discernir su falsedad y mantenernos alejados de su influencia. Muchos pretenden la santificación y están totalmente engañados en sí mismos; y debemos preguntarnos: ¿Cómo podemos presentar sus engaños bajo una luz verdadera, para que las almas puedan ser libradas de la trampa del enemigo? Sólo hay una prueba para todas las doctrinas, y es la gran norma de justicia de Dios. Dice el profeta: "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos". Muchos de los que pretenden la santificación se presentan, como el enemigo de Dios y de su ley, con las vestiduras de su propia justicia. Se oponen a los mandamientos de Dios, y muestran que su corazón es carnal. Muchos años después de la crucifixión de Cristo, el apóstol escribió estas palabras, que ponen a prueba la profesión de los que pretenden la santidad, y sin embargo se oponen a la ley de Dios: "La mente carnal es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede".

Con manos despiadadas muchos han tratado de quitar los mojones, de derribar la gran norma moral de Dios y erigir una propia. Al pretender la santidad, se miden a sí mismos por su propia norma. No prueban sus acciones y su carácter por la ley de Dios. Satanás midió sus acciones por su propia norma, se representó ante los hombres como un ángel de luz; pero su pretensión no lo convierte en tal, de ninguna manera. Hay una clase de personas que no siguen

el ejemplo de Cristo en guardar la ley de Dios, y sin embargo pretenden ser santas. Están dispuestos a apropiarse de las promesas de Dios sin cumplir las condiciones bajo las cuales les son dadas. Pero su fe no tiene fundamento; es como arena resbaladiza. Hay otra clase que ve las demandas de la ley de Dios, y, aunque implica una cruz, eligen el camino de la obediencia, saliendo y separándose del mundo. No consultan la conveniencia, ni se retraen de aceptar la verdad por temor al reproche. Se apartan de la senda de la transgresión y ponen sus pies en el camino de los mandamientos de Dios. Las promesas de Dios, que se dan a condición de obediencia, son para los que caminan a la luz de su santa palabra. Los que cumplen su voluntad pueden reclamar todos los beneficios que el Señor ha prometido. Los obedientes no se limitan a gritar: "Creed, sólo tenéis que creer en Cristo", sino que su fe es como la de Noé y Abrahán, que les llevó a guardar los mandamientos. Siguen el ejemplo de Cristo, escuchan y esperan para captar cada palabra de dirección del Capitán de su salvación. Responden a la voz que dice: "Este es el camino, andad por él". Cada paso que Noé y Abraham dieron en obediencia a la palabra de Dios fue un paso de victoria. Un "Así dice el Señor" fortaleció a Noé en su obra de advertir al mundo. El testimonio con respecto a Noé es: "E hizo Noé conforme a todo lo que Jehová le mandó". El camino de la obediencia es el camino en el que se encuentra nuestra seguridad; porque son los voluntarios y obedientes los que comerán el bien de la tierra. Si guardamos los mandamientos de Dios, podremos reclamar sus promesas registradas en toda su plenitud. Muchos se sienten tan indignos que, como el pobre publicano, no se atreven siquiera a levantar los ojos al cielo. Deberían alentar la fe. Podemos tener una fe inteligente; no sólo podemos decir que creemos, sino que con mansedumbre y confianza podemos definir lo que creemos, y por qué creemos como creemos. Debemos ejercer una fe viva, no una credulidad ciega. Todo el cielo está a la orden de los que guardan los mandamientos de Dios y tienen la fe de Jesús.

Necesitamos elevarnos a una norma más alta, avanzar y reclamar nuestros privilegios exaltados. Debemos andar humildemente con Dios, no hacer alardes orgullosos de perfección de carácter, sino reclamar con fe sencilla cada promesa de la palabra de Dios; porque son para los obedientes, no para los transgresores de la ley de Dios. Debemos creer simplemente en el testimonio de Dios, y depender totalmente de él, y toda posibilidad de gloria propia u orgullo desaparecerá. En efecto, somos salvos por la fe, no por una fe pasiva, sino por la fe que obra por el amor y purifica el alma. La mano de Cristo puede alcanzar al mayor pecador y llevarlo de la transgresión a la obediencia; pero ningún cristianismo es tan elevado que pueda elevarse por encima de las exigencias de la santa ley de Dios. Esto estaría más allá del poder de Cristo para ayudar, estaría

fuera de sus enseñanzas y su ejemplo; porque él dice: "Yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor", y todos los que siguen a Cristo rendirán obediencia a la santa ley de Dios.

7 de abril de 1890

Sé fuerte en la gracia de Cristo

EGW

"Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús". Los que participan en la obra de Dios en cualquier capacidad deben fortalecerse para la obra. No deben envanecerse, sino manifestar con su humildad de espíritu que son fuertes en la gracia de Cristo. A medida que aumentan la oposición y las pruebas, el cristiano debe fortalecerse en el poder que viene del cielo. Siempre hay gran debilidad donde hay autosuficiencia, pero cuando, por medio de la humilde contrición del alma, nos aferramos a la fortaleza de Jesús, se nos dará ayuda especial según lo requiera nuestra necesidad. Se nos exhorta a "fortaleceros en el Señor, y en el poder de su fuerza".

Pedro manifestó una gran autosuficiencia cuando declaró confiadamente: "Aunque muera contigo, no te negaré". Pedro se suponía fuerte, pero cuando llegó la prueba descubrió que era la debilidad misma. Había estado con Jesús y había obtenido a menudo su ayuda, pero la gracia pasada no sirve para las necesidades presentes. Cada día, cada hora, debemos recibir la fuerza divina. Debemos confiar siempre en Cristo, meditar en sus palabras hasta anhelar que se cumplan en nuestro caso. La razón por la cual no hay más poder en la proclamación de la verdad en este tiempo, es que se confía demasiado en la capacidad del hombre, se confía demasiado en el talento y el tacto de los obreros, y no se confía lo suficiente en el brazo del Poder Infinito. El evangelio de la verdad no se predica en demostración del Espíritu y en el poder de Dios. El yo está dispuesto a atribuirse el mérito si la obra tiene algún éxito, se halaga al yo, se exalta al yo, y no se deja la impresión en las mentes de que Dios es todo y en todos.

Pablo dio un solemne encargo a Timoteo que tiene la misma importancia en nuestros días que cuando fue dado. Dijo: "Y lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros". Este mandato debemos guardarlo, como lo hizo Timoteo, como una sagrada confianza del apóstol. Pablo vio que la noche en la que ya no podría trabajar, se apresuraba rápidamente sobre él. Iba a morir como un mártir, y la

preciosa luz que Dios le había dado no debía perder nada de su brillo, sino ser entregada a otros como un rico legado. Timoteo debía formar a otros para que le sucedieran en el ministerio del Evangelio. No debía pensar que su trabajo había terminado con sólo enseñar la verdad a los incrédulos; debía impartir el conocimiento que había recibido, repetir la preciosa instrucción que había oído de labios de Pablo, y registrar las cosas que él mismo había presenciado, para que la luz de la verdad pudiera ser transmitida a otros que fueran fieles, y que debían ser ordenados para el ministerio. Estos, a su vez, debían darse cuenta de su responsabilidad y enseñar también a otros, y así la sagrada verdad del Evangelio se comunicaría de unos a otros a través de los siglos.

Timoteo debía tener un discernimiento que le permitiera elegir hombres de fidelidad e integridad, pues debía confiar la palabra de Dios a hombres fieles. Los hombres a quienes debía confiar la solemne verdad de Dios no debían ser egoístas, sino hombres que perdieran de vista el yo y tuvieran un solo ojo para la gloria de Dios, y trabajaran por la salvación de las almas. Debían estar dispuestos a hacer todo lo que estuviera a su alcance para hacer avanzar el reino del Redentor. No sólo debían ser capaces de comprender las evidencias de la verdad por sí mismos, sino que debían ser capaces, por su conocimiento y experiencia, de impartir la verdad a otros; debían ser aptos para enseñar. Esta era la preciosa luz que Pablo había recibido por inspiración, y era su trabajo velar por que no se perdiera ninguna parte de esta instrucción. Encargó a Timoteo la responsabilidad de confiarla a hombres fieles, que a su vez transmitieran a otros el precioso legado de la verdad, pura e incorrupta. Las palabras, las ideas, de los hombres no debían mezclarse con la verdad sagrada de Dios de ninguna manera para disminuir su importancia divina. Debían elegirse hombres capaces y humildes, hombres que supieran a conciencia que no debían tergiversar las lecciones que Pablo les había dado, que no quitarían ni añadirían nada a la sagrada enseñanza de las Escrituras. Obsérvese el cuidado con que Pablo guarda el asunto para que la luz y el conocimiento del Evangelio se impartan en su pureza. A Timoteo se le ordenó que lo encomendara a hombres *fieles*, que buscarían a otros igualmente fieles, para que la preciosa verdad llegara incluso hasta nuestros días, y brillara en nuestro camino con un resplandor sin mácula.

El Nuevo Testamento no se había escrito entonces, por lo cual era necesaria la mayor cautela, para que las enseñanzas de Cristo se impartiesen sin adulteración. Qué responsabilidad recae sobre los hombres escogidos de Dios para este tiempo; porque ellos también han de capacitar a otros para que les

sucedan en el ministerio, y también han de procurar que el yo no se mezcle con su obra.

La obra del ministerio no es una obra común. Cristo está retirado sólo de los ojos del sentido, pero está tan verdaderamente presente por su Espíritu como cuando estaba visiblemente presente en la tierra. El tiempo transcurrido desde su ascensión no ha interrumpido el cumplimiento de su promesa de despedida: "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". Dios ha proporcionado la luz y la verdad al mundo poniéndolas bajo la custodia de hombres fieles, que sucesivamente las han confiado a otros a través de todas las generaciones hasta el tiempo presente. Estos hombres han derivado su autoridad en una línea ininterrumpida desde los primeros maestros de la fe. Cristo sigue siendo el verdadero ministro de su Iglesia, pero delega su poder en sus subpastores, en sus ministros elegidos, que tienen el tesoro de su gracia en vasos de barro. Dios supervisa los asuntos de sus siervos, y éstos son colocados en su obra por designación divina.

No se comprende la obra de los mensajeros que el Señor envía a la tierra, y el mensaje de la verdad se considera con demasiada ligereza. La presencia vigorizante de Cristo no se siente como debiera entre los ministros de Dios. No lo sacrifican todo a él como debieran; pero Pablo encargó además a Timoteo que "soportase las durezas como buen soldado de Jesucristo". Todos los cristianos son representados como soldados de la cruz de Cristo, pero especialmente esta figura se aplica a los ministros del evangelio. Deben luchar bajo el estandarte del Príncipe Emmanuel, y librar la guerra contra sus enemigos, confiando en Cristo, pues él es el Capitán de su salvación. Los soldados de Cristo deben mostrarse fieles, deben tener valor y estar dispuestos a soportar la dureza. Deben esperar encontrarse con cosas duras, y deben acostumbrarse a soportar las cargas con paciencia y fortaleza, manteniendo y representando siempre la sencillez de Cristo.

(Concluido la próxima semana).

14 de abril de 1890

Sé fuerte en la gracia de Cristo

(Concluido.)

EGW

Debemos educar la mente para que podamos mantener constantemente la comunión con Dios. Debemos aprender a mirar hacia arriba con sincero deseo, enviando una oración al Cielo en todo lugar y en toda circunstancia. Debes tener esa fe que pondrá tu mano en la mano de Jesús, y por la fe podrás aferrarte a él. Debes mantener tu mente llena de las preciosas promesas de Dios. Como cristianos no hacemos ni la mitad de las promesas, porque Dios nunca fallará en ninguna cosa buena que haya prometido. Deberíamos tomar estas promesas individualmente, verlas críticamente en toda su riqueza, meditar en ellas hasta que el alma se sienta agobiada por su grandeza, y deleitada con su fuerza y poder. Lamento tanto que nos privemos de la bendición que podríamos tener, y es sencillamente porque no abrigamos el pensamiento de que las promesas de Dios son para nosotros. Dios las ha dejado en su palabra para nosotros, y debemos cavar en busca de ellas como de tesoros escondidos. ¿Por qué nos contentamos tan fácilmente con pequeños destellos de luz cuando hay un cielo de iluminación para nosotros? Bebemos en arroyos poco profundos, cuando hay una gran fuente justo encima de nosotros, si tan sólo nos eleváramos un poco más en el camino de la fe. Nuestras naturalezas deben ser elevadas de su terrenalidad, deben ser encendidas y purificadas en el alto resplandor de la divina presencia de Dios. Pero debes recordar que sólo los que obedecen los mandamientos de Dios por su gracia tienen derecho a apropiarse de las promesas escritas para consuelo de los hijos de Dios. El salmista dice: "He aquí, tú quieres la verdad en lo íntimo, y en lo oculto me harás conocer la sabiduría."

Cuando un hombre se entrega a la obra del evangelio y es hecho supervisor de la iglesia de Dios por el Espíritu Santo, debe mantenerse tan libre como sea posible de todo lo que pueda obstaculizar su obra. El apóstol escribe: "Ninguno que milita se enreda en los negocios de esta vida, para agradar a aquel que lo escogió por soldado". Cristo ha dado el mandato: "Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies." Y cuando uno se entrega al ministerio, no debe enredarse en su primer movimiento con las perplejidades y cargas de esta vida, sino que debe procurar estar libre para poder atender las órdenes de su Capitán. Debe arreglar sus asuntos de tal manera que pueda dedicar toda su atención a la obra de salvar almas. Si sus circunstancias lo apartan de su deber

para con Dios, no debe pretender ser un soldado alistado al servicio de Dios. La mayor ansiedad del soldado debe ser agradar a su capitán, y el mayor cuidado de los soldados de Cristo debe ser agradar a su divino Maestro. Muchos se han cargado de preocupaciones; las cosas terrenales han ocupado su atención hasta que su discernimiento espiritual se ha oscurecido. No pueden apreciar las necesidades de la causa de Dios y, por lo tanto, no pueden hacer esfuerzos bien dirigidos para hacer frente a sus emergencias y promover sus intereses. Constantemente tratan de moldear la obra de acuerdo con sus circunstancias, en lugar de moldear las circunstancias para satisfacer las demandas de la causa de Dios.

El primer pensamiento del ministro debe ser: ¿Cómo trabajaré para obtener la aprobación de Dios? Si un soldado se sobrecarga, se descalifica tanto para la marcha como para la batalla, y si un ministro se absorbe en las cosas temporales de esta vida, no puede tener éxito como soldado de Cristo. "Y si alguno también se afana por las maestrías, aun así no es coronado, a menos que se esfuerce legítimamente. El labrador que trabaja debe ser el primero en participar de los frutos". El ministro ha de presentar la verdad a los demás, no de una manera dura y dictatorial, manifestando irritación cuando se le oponen, e impacientándose cuando aquellos por quienes trabaja tardan en aceptar la verdad; ha de ser paciente, amable con todos los hombres, instruyendo con mansedumbre a los que se oponen, por si acaso Dios puede darles arrepentimiento para que reconozcan la verdad. El obrero de Dios no recibirá la corona a menos que se esfuerce conforme a los requisitos de Dios, y esto es en el espíritu de Cristo.

El apóstol dice: "¿Quién es entre vosotros sabio y dotado de ciencia? Que muestre de buena conducta sus obras con mansedumbre de sabiduría. Pero si tenéis amargas envidias y contiendas en vuestros corazones, no os gloriéis, ni mintáis contra la verdad. Esta sabiduría no descende de lo alto, sino que es terrenal, sensual, diabólica. Porque donde hay envidia y contienda, allí hay confusión y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin parcialidad y sin hipocresía. Y el fruto de la justicia se siembra en la paz de los que hacen la paz."

Los que se esfuerzan legítimamente obtendrán al fin la victoria completa, pero hay demasiados esfuerzos que no se hacen en el Espíritu de Cristo. Deberíamos esforzarnos por obtener la victoria sobre toda pasión impía del alma, sobre toda debilidad espiritual, sobre todo defecto de carácter. Debemos procurar

sobresalir en las gracias del Espíritu de Dios, en mansedumbre, paciencia, bondad, amor, paz y alegría. Si nos esforzamos por esto, será un esfuerzo digno y lícito que será recompensado por Dios. Al contender por la fe, debemos tener cuidado de estar como Cristo ante el pueblo; debemos tener un espíritu que corresponda a la pureza y grandeza de las doctrinas que defendemos. Debemos enseñar la verdad tal como es en Jesús. Debemos trabajar como el labrador, con diligencia y paciencia, para que seamos partícipes de los frutos. Debemos hacer la voluntad de Dios antes de que podamos recibir la promesa. "Porque tenéis necesidad de paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, recibáis la promesa". "Considera lo que digo; y el Señor te dé entendimiento en todas las cosas".

21 de abril de 1890

El peligro del escepticismo en nuestra juventud

EGW

Las palabras de Jesús dirigidas a esta generación bien pueden contemplarse con pesar y sobrecogimiento. Pregunta: "Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?". Cristo miró a través de los siglos, y con ojo profético marcó el conflicto entre los principios antagónicos de la verdad y el error. Vio cómo el verdadero cristianismo se extinguiría casi por completo en el mundo, de modo que en su segundo advenimiento encontraría un estado de la sociedad semejante al que existía antes del diluvio. El mundo se dedicaría a la fiesta y a la diversión, a los espectáculos teatrales, a la complacencia de las bajas pasiones. Existiría todo tipo de intemperancia, y hasta las iglesias estarían desmoralizadas, y la Biblia sería descuidada y profanada. Vio que los jolgorios desesperados de los últimos días sólo serían interrumpidos por los juicios de Dios.

La sociedad está ahora en un estado de desmoralización, y esto madurará hasta que las naciones se vuelvan tan anárquicas, tan corruptas, como lo eran los habitantes del mundo antes del diluvio. La degradación que se encuentra en el mundo de hoy se debe en gran parte al hecho de que la Biblia ya no ejerce una influencia controladora sobre las mentes de los hombres. Se ha puesto de moda dudar. La ley de Dios se ha hecho nula para los que ocupan cargos sagrados, y ¿qué se puede esperar de los que han escuchado sus sofismas y errores? ¿Qué se puede esperar de los jóvenes que han caído bajo la influencia de los que han desechado la ley del Señor de los ejércitos y han despreciado la palabra del

Santo de Israel? No es de extrañar que la Biblia haya llegado a ser menospreciada.

La infidelidad está aumentando en nuestro país. Nuestros jóvenes son enviados a la universidad, y son llevados a la asociación con los que sostienen puntos de vista escépticos; porque incluso los jóvenes bien educados ahora se jactan de su incredulidad en la palabra de Dios. ¿Quién es responsable de esta situación? ¿No es imputable a aquellos que desde el escritorio sagrado han menospreciado las afirmaciones de la ley de Dios? ¿No es imputable a aquellos que alejan a los hombres del camino de la verdad al calificar la ley de Dios como un yugo de esclavitud, y que con ello pintan la transgresión como un estado de libertad? Oh, si los que se burlan de los requisitos de la ley de Dios supieran lo que están haciendo, si se dieran cuenta de que están socavando la fe de nuestros jóvenes en la Biblia, enviándolos a la deriva sin ancla ni brújula en un mar sin orillas, retrocederían horrorizados de su temible obra.

Siento la más intensa angustia por nuestra juventud. Os advierto, como alguien que conoce el peligro, que no os dejéis atrapar por Satanás a través de los pocos conocimientos de ciencia que hayáis podido adquirir. Es mejor tener un corazón puro y humilde que todos los conocimientos que podáis adquirir sin el temor del Señor. Es probable que los jóvenes de hoy se encuentren con escépticos e infieles dondequiera que vayan, y cuán necesario es que estén equipados, para que puedan dar razón de su esperanza con mansedumbre y temor. Thomas Paine ha pasado a la tumba, pero sus obras viven para maldecir al mundo, y los que dudan de la verdad de la palabra de Dios, pondrán estas producciones infieles en manos de los jóvenes e inexpertos, para llenar sus corazones con la atmósfera venenosa de la duda. El espíritu de Satanás obra por medio de hombres malvados para llevar a cabo sus planes de ruina de las almas.

Vivimos en una época de libertinaje, y los hombres y los jóvenes son atrevidos en el pecado. A menos que nuestros jóvenes sean sagradamente guardados, a menos que sean fortificados con principios firmes, a menos que se manifieste un mayor cuidado en la elección de sus asociados y de la literatura que alimenta la mente, estarán expuestos a una sociedad cuya moral está tan corrompida como lo estaba la moral de los habitantes de Sodoma. La apariencia de la gente del mundo puede ser muy atractiva, pero si están continuamente lanzando sugerencias contra la Biblia, son compañeros peligrosos; porque siempre tratarán de socavar los cimientos de vuestra fe, de corromper la conciencia de la religión evangélica y anticuada.

Los jóvenes entran a menudo en contacto con los de tendencias escépticas, y sus padres lo ignoran, hasta que se consuma la terrible obra del mal, y la juventud queda arruinada. Los jóvenes deben ser instruidos diligentemente, para que no sean engañados con respecto al verdadero carácter de estas personas, y no formen amistades con esta clase, ni escuchen sus palabras de sarcasmo y sofistería. A menos que nuestros jóvenes tengan el valor moral de romper su relación con estas personas cuando descubran su incredulidad, quedarán atrapados y pensarán y hablarán como sus asociados, hablando con ligereza de la religión y la fe de la Biblia.

Si se abrieran los ojos de los jóvenes engañados, verían la mirada exultante de Satanás ante su éxito en la ruina de las almas. De todas las maneras imaginables trata de adaptar sus tentaciones a las diversas disposiciones y circunstancias de aquellos a quienes desea enredar. Probará todos los artificios, y si los sujetos de estas tentaciones no buscan a Dios, se cegarán ante sus engaños, y se sentirán seguros de sí mismos, autosuficientes y en la ignorancia de su condición y peligro. Pronto llegarán a despreciar la fe que ha sido una vez dada a los santos. Hablo a los jóvenes como alguien que sabe, como alguien a quien el Señor ha abierto los peligros que acompañan su camino. La confianza en sí mismos los conducirá a la trampa del enemigo. Los jóvenes no piden consejo a Dios, ni hacen de Él su refugio y su fuerza. Entran en sociedad con toda seguridad, confiando en que son plenamente capaces de elegir lo recto y de comprender los misterios divinos, debido a sus poderes de razón, como si pudieran descubrir la verdad por sí mismos. Tememos más por aquellos que están seguros de sí mismos que por cualquier otro, pues seguramente se verán enredados en la red que ha tendido el gran adversario de Dios y del hombre. Algún asociado que haya sido elegido como amigo familiar, que haya sido contaminado con la corrupción de la duda, infundirá su levadura de incredulidad en las mentes de esta clase. Halagándolos efusivamente por su talento, su superioridad intelectual, incitando en ellos la ambición de una posición elevada, se ganará su atención, y caerá sobre ellos una plaga moral. Aquellos que se exaltan en sus propias opiniones despreciarán la sangre del Sacrificio Expiatorio, y despreciarán al Espíritu de gracia.

Los hijos de padres observantes del sábado, que han tenido gran luz, que han sido objeto de la más tierna solicitud, pueden ser los que dejarán una herencia de vergüenza, los que sembrarán al viento y cosecharán el torbellino. En el juicio, los nombres de los que han pecado contra la gran luz, se escribirán con los de los condenados a ser separados de la presencia del Señor y de la gloria de su poder. Estarán perdidos, perdidos, y serán contados con los

escarnecedores de la gracia de Cristo. Preferiría ver a mis hijos en la tumba, antes que verlos tomar el camino que lleva a la muerte. El terrible hecho de haber criado hijos para luchar contra el Dios del cielo, para engrosar las filas de los apóstatas en los últimos días, para marchar bajo el negro estandarte de Satanás, sería en verdad un pensamiento de horror para mí.

Nuestros jóvenes encontrarán tentaciones por todas partes, y deben ser educados de tal manera que dependan de un poder superior, de una enseñanza más elevada, que la que puedan dar los mortales. En todas partes hay despreciadores de nuestro Señor, que habitualmente arrojan desprecios sobre el cristianismo. Lo llaman juguete de niños, inventado para imponerse a la credulidad de los ignorantes. Los que no tienen poder moral no pueden defender la verdad; no tienen valor para decir: "A menos que cese tal conversación, no puedo permanecer en su presencia. Jesús, el Redentor del mundo, es mi Salvador; en él se centra mi esperanza de vida eterna". Pero ésta es precisamente la manera de hacerlos callar. Si discutes con ellos, tendrán argumentos con que enfrentarte, y nada de lo que digas los conmoverá; pero si vives para Cristo, si eres firme en tu lealtad al Dios del cielo, puedes hacer por ellos lo que los argumentos no pueden hacer, y convencerlos de la falacia de sus doctrinas, por el poder de la piedad.

No hay espectáculo más triste que el de aquellos que han sido comprados por la sangre de Cristo, a quienes se les han confiado talentos con los que pueden glorificar a Dios, convirtiendo en burla los mensajes que graciosamente se les enviaron en el Evangelio, negando la divinidad de Cristo y confiando en su propio razonamiento finito y en argumentos que no tienen fundamento. Cuando sean probados con la aflicción, cuando se enfrenten cara a cara con la muerte, todas estas falacias que han acariciado se derretirán como la escarcha ante el sol. ¡Qué terrible es estar junto al ataúd de quien ha rechazado los llamamientos de la misericordia divina! Qué terrible es decir: He aquí una vida perdida. Aquí hay uno que podría haber alcanzado la norma más alta, y ganado la vida inmortal, pero entregó su vida a Satanás, quedó atrapado por las vanas filosofías de los hombres, y fue un juguete del maligno.

La esperanza del cristiano es como un ancla para el alma, segura y firme, y penetra en lo que está dentro del velo, adonde Cristo el precursor ha entrado por nosotros. Tenemos un trabajo individual que hacer para prepararnos para los grandes acontecimientos que tenemos ante nosotros. La juventud debe buscar a Dios más fervientemente. La tempestad se acerca, y debemos prepararnos para su furia, teniendo arrepentimiento para con Dios, y fe en nuestro Señor

Jesucristo. El Señor se levantará para sacudir terriblemente la tierra. Veremos problemas por todas partes. Miles de barcos serán arrojados a las profundidades del mar. Se hundirán armadas, y se sacrificarán vidas humanas por millones. Los incendios estallarán inesperadamente, y ningún esfuerzo humano será capaz de apagarlos. Los palacios de la tierra serán barridos por la furia de las llamas. Las catástrofes ferroviarias serán cada vez más frecuentes; en las grandes líneas de ferrocarril se producirán confusiones, choques y muertes sin previo aviso. El fin está cerca, la libertad condicional se acerca. ¡Oh, busquemos a Dios mientras se le puede encontrar, invoquémosle mientras está cerca! El profeta dice: "Buscad al Señor, todos los mansos de la tierra, que habéis hecho su juicio; buscad la justicia, buscad la mansedumbre; puede ser que seáis escondidos en el día de la ira del Señor".

28 de abril de 1890

Las palabras y las obras de Satanás se repiten en el mundo

EGW

Antes de que Lucifer fuera desterrado del cielo, intentó abolir la ley de Dios. Afirmaba que las inteligencias no caídas del santo cielo no tenían necesidad de ley, sino que eran capaces de gobernarse a sí mismas y de preservar una integridad sin mancha. Lucifer era el querubín protector, el más exaltado de los seres celestiales creados; se encontraba más cerca del trono de Dios, y estaba más estrechamente relacionado e identificado con la administración del gobierno de Dios, más ricamente dotado de la gloria de su majestad y poder. El profeta escribe de su exaltación, diciendo: "Tú eres el querubín ungido que cubre, y yo te he puesto así; estabas sobre el santo monte de Dios; anduviste arriba y abajo en medio de las piedras de fuego. Fuiste perfecto en tus caminos desde el día en que fuiste creado, hasta que se halló iniquidad en ti."

Los ángeles habían sido creados llenos de bondad y amor. Se amaban los unos a los otros imparcialmente y a su Dios supremamente, y este amor los impulsaba a cumplir su voluntad. La ley de Dios no era para ellos un yugo pesado, sino que se deleitaban en cumplir sus mandamientos, en escuchar la voz de su palabra. Pero en este estado de paz y pureza, el pecado se originó en aquel que había sido perfecto en todos sus caminos. El profeta escribe de él: "Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura; corrompiste tu sabiduría a causa de tu brillo". El pecado es algo misterioso, inexplicable. No había razón para su existencia; tratar de explicarlo es tratar de darle una razón, y eso sería justificarlo. El pecado apareció en un universo perfecto, una cosa que se mostró

inexcusable y excesivamente pecaminosa. La razón de su comienzo o desarrollo nunca fue explicada y nunca podrá serlo, ni siquiera en el último gran día, cuando se celebre el juicio y se abran los libros, cuando cada hombre sea juzgado de acuerdo con las obras hechas en el cuerpo, cuando los pecados del pueblo arrepentido y santificado de Dios sean amontonados sobre el chivo expiatorio, el originador del pecado. En ese día será evidente para todos que no hay, y nunca hubo, ninguna causa para el pecado. En la condenación final de Satanás y sus ángeles y de todos los hombres que finalmente se han identificado con él como transgresores de la ley de Dios, toda boca será tapada. Cuando se pregunte a las huestes de la rebelión, desde el primer gran rebelde hasta el último transgresor, por qué han quebrantado la ley de Dios, enmudecerán. No habrá ninguna respuesta que dar, ninguna razón que asignar que tenga el menor peso.

El cambio de la perfección de carácter al pecado y la defeción se produjo incluso en el cielo. El corazón de Lucifer se enaltecó a causa de su belleza, su sabiduría se corrompió a causa de su resplandor. La autoexaltación es la clave de su rebelión, y abre el tema moderno de la santificación. Satanás declaró que no tenía necesidad de las restricciones de la ley, que era santo, sin pecado e incapaz de hacer el mal; y los que se jactan de santidad y de un estado de impecabilidad, mientras transgreden la ley de Dios, mientras pisotean voluntariamente el sábado del Señor, se alían en el bando del primer gran rebelde. Si los ángeles santificados y santos se convirtieron en no santificados y no santos por la desobediencia a la ley de Dios, y su lugar ya no se encontró en el cielo, ¿pensáis que los hombres, redimidos por la sangre del Cordero, serán recibidos en la gloria que quebrantan los preceptos de esa ley que Cristo vino a magnificar y hacer honorable por su muerte en la cruz? Adán y Eva estaban en posesión del Edén, y cayeron de su alto y santo estado por transgresión de la ley de Dios, y perdieron su derecho al árbol de la vida y a las alegrías del Edén.

Satanás les había dicho que estaban restringidos, sometidos a la ley, y que podían ser libres e independientes desobedeciendo la prohibición divina relativa al árbol de la ciencia del bien y del mal. Les informó de que serían como los ángeles si comían de su fruto, pues entonces podrían discernir el bien y el mal. Pero, ¿a qué ángeles se parecerían? No a los ángeles santos, sino a los ángeles que habían abandonado su primer estado, que estaban reservados bajo cadenas eternas para el juicio del gran día. La santa pareja había recibido la palabra positiva de Dios respecto a lo que debían hacer, pero presumieron de la misericordia de Dios y comieron del fruto prohibido.

¿Acaso la historia de la caída no es repetida por miles de labios hoy en día, e incluso desde el púlpito no oímos las palabras del tentador: "No morirás"? ¿No se representa la ley de Dios como un yugo de esclavitud que los hombres son libres de violar a su antojo? Satanás insinuó a Adán y Eva que podrían alcanzar un estado más elevado y feliz violando el mandamiento divino, y hoy la misma falsedad se difunde por el mundo, aun por los que pretenden estar santificados. Los que dicen estar santificados y violan los mandamientos de Dios, ¿no se convierten en una señal falsa y fatal para el mundo? ¿No dicen al pecador: "Te irá bien"? El Señor ha definido el pecado como la transgresión de su ley, pero ellos dicen que se salvan en el pecado, y así hacen de Cristo el ministro del pecado. Estos cristianos profesos están haciendo la misma obra que Satanás hizo en el Paraíso, están descarriando a las almas por precepto y ejemplo. Dicen al pecador, al transgresor: Te irá bien; te elevarás a un estado más alto y más santo violando la ley de Dios. La lección que se oye por toda la tierra es: "Desobedece y vive". Pero cuán diferente es esta enseñanza de las lecciones de Cristo. Él declaró: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, ése será llamado grande en el reino de los cielos."

Si la ley de Dios renunciara a sus pretensiones sobre los hombres, si se eliminaran sus restricciones, el resultado sería un estado de la sociedad en el que reinaría la anarquía, y nuestro mundo se encontraría en una condición similar a la que existía antes del diluvio, que hizo caer sobre la tierra la ira de Dios. Si la ley de Dios pudiera haber sido cambiada, o alterada en uno de sus estatutos, así habría sido alterada cuando el pecado se originó en el cielo, cuando el hijo más brillante de la mañana, que era bueno, noble y encantador por encima de todos los seres que Dios había creado, encontró faltas en los preceptos de esa ley en los consejos de los ángeles. Si alguna vez se hubiera hecho un cambio, se habría llevado a cabo cuando la rebelión se reveló en el cielo, y así se habría evitado la gran apostasía de los ángeles. El hecho de que no se hiciera ningún cambio en la administración de Dios, aun cuando los más exaltados de los ángeles se apartaron de la lealtad a la ley de Dios, es prueba suficiente para las mentes razonables de que la ley, fundamento del gobierno de Dios, no cejará en sus pretensiones de salvar al transgresor voluntario.

Satanás y sus secuaces fueron expulsados del cielo a consecuencia de la rebelión, y el espíritu del maligno obra ahora en los hijos de desobediencia; Satanás prosigue en este mundo su rebelión contra Dios. Procura corromper a todos; pero los instrumentos más favorables a su propósito de arruinar las almas, son los hombres que han tenido gran luz y bendición de Dios; porque pueden hacer más daño anulando la ley que los que han sido menos favorecidos del cielo. Usan el mismo sofisma lisonjero que Satanás usó en el cielo y en el Edén; hablan de la ley como de un yugo de esclavitud, y pintan la libertad de quien hace caso omiso de sus exigencias, como un estado de santidad y santificación. Los que pretenden la santidad y se jactan de que no pueden pecar, aunque al mismo tiempo viven en transgresión de la ley, están en la misma condición que los ángeles que pecaron en el cielo. Hacen grandes pretensiones al favor del Cielo, afirman poseer un conocimiento exaltado de las cosas espirituales, mientras siguen adelante en temerario desprecio de la palabra del Señor.

Satanás engaña y corrompe al mundo y hace creer a los hombres que están libres de pecado y son santos mientras pecan contra Dios, pero al hacerlo sólo está continuando su obra original. No ha introducido ningún argumento nuevo, no ha creado ningún nuevo imperio de las tinieblas del que pueda abastecerse para llevar adelante sus engaños. Y el pecado que fue pecado en el principio, es pecado hoy; y el pecado, declara el apóstol, es la transgresión de la ley de Dios. En estos días es propósito resuelto de Satanás intensificar el pecado haciéndolo legal en los hijos de desobediencia. Ha de revelar al mundo y al cielo cuál es el orden y el resultado de un gobierno llevado a cabo según sus ideas de administración y ley. Está trabajando en secreto, pero con intenso celo, tanto en la Iglesia como en el Estado, para hacer que los hombres se despojen de todas las restricciones de la ley de Dios, y tomen una posición decidida con él en las filas de la rebelión; pero cuando su obra esté cumplida, el Señor se interpondrá y vindicará su honor como Gobernante supremo del universo.

12 de mayo de 1890

Las exigencias de Dios en la Gracia, las mismas que en el Paraíso

EGW

Cuando nuestros primeros padres fueron colocados en el hermoso jardín del Edén, fueron puestos a prueba en cuanto a su lealtad a Dios. Eran libres de escoger el servicio de Dios, o por desobediencia aliarse con el enemigo de Dios y del hombre. Si se abstendían de lo que Dios había prohibido, podrían conservar su hermoso hogar en el Edén y permanecer en el favor de Dios; pero si

desobedecían los mandamientos de Dios y escuchaban la voz de Satanás, que hablaba por medio de la serpiente, no sólo perderían su derecho al Edén, sino a la vida misma. La pena por el pecado había sido puesta ante ellos, y se les informó de las tremendas consecuencias que dependerían de su acción de obedecer o desobedecer los requerimientos de Dios.

Con qué intenso interés observaba el universo entero el conflicto que iba a decidir la posición de Adán y Eva. ¡Cuán atentamente escucharon los ángeles las palabras de Satanás, el originador del pecado, cuando colocó sus propias ideas por encima de los mandamientos de Dios, y trató de hacer ineficaz la ley de Dios mediante su razonamiento engañoso! Cuán ansiosamente esperaban ver si la santa pareja se dejaría engañar por el tentador y cedería a sus artes. Se preguntaban: ¿Transferirá la santa pareja su fe y su amor del Padre y del Hijo a Satanás? ¿Aceptarían sus falsedades como verdades? Sabían que podían abstenerse de tomar el fruto, y obedecer el mandato positivo de Dios, o violar el mandato expreso de su Creador.

Se les dio la prueba más suave que podía darse; porque no había necesidad de que comieran del árbol prohibido; todo lo que requerían sus necesidades les había sido provisto. La obra especial de Satanás consistía en tergiversar el carácter de Dios, y en el primer esfuerzo por derrocar al hombre, puso en tela de juicio la veracidad de Dios. Dios les había dicho acerca del árbol prohibido: "El día que de él comieres, ciertamente morirás"; pero el enemigo de toda justicia declaró: "No moriréis ciertamente; porque Dios sabe que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal". Satanás representó a Dios como un engañador, como alguien que privaría a sus criaturas del beneficio de su don más elevado. Los ángeles oyeron con tristeza y asombro esta declaración acerca del carácter de Dios, ya que Satanás lo representaba como poseedor de sus propios y miserables atributos; pero Eva no se horrorizó al oír acusar así falsamente al Dios santo y supremo. Si hubiera vuelto sus pensamientos hacia Dios, si hubiera contemplado el bello Edén y recordado todas las muestras de su amor, si hubiera huido hacia su esposo, podría haberse salvado de la sutil tentación del maligno. Una palabra de repulsa le habría traído la ayuda que Dios podía darle. Una palabra en vindicación de su Creador habría hecho huir al acusador, y su integridad habría quedado sin mancha. Si hubiera resistido la primera tentación, habría estado en un terreno más alto y más santo que nunca; pero cedió a los halagos de su enemigo y se convirtió en cautiva de su voluntad.

Nuestros primeros padres cayeron por desobediencia al mandato expreso de Dios, y en esto caen miles hoy. El Señor dice: "No harás," pero Satanás persuade de que al hombre le conviene desobedecer a Dios. Hay muchos que aun pretenden ser santificados, que no rinden obediencia al mandamiento expreso de Dios, y éstos no pueden ser santificados por medio de la verdad. Tratan de subir al cielo por otro camino que no sea el que ha sido señalado. Dicen: "Creed, sólo creed", y hacen gran alarde de su fe, pero la fe que dicen poseer es simplemente presunción, y no tienen conocimiento de lo que constituye la fe genuina. Los judíos desecharon a Cristo, y rechazaron la idea de que la fe en él sería eficaz para salvar sus almas; pero confiaron en sus obras como medio de salvación. La fe auténtica en Cristo obra por amor y purifica el alma. La fe y las obras van de la mano, pues la fe sin obras está muerta. Dios exige hoy de cada alma lo que exigió a nuestros primeros padres en el Edén: obediencia perfecta a su ley. Debe haber en la vida lealtad inquebrantable a Dios, justicia sin defecto en el carácter. Debemos estar revestidos de la justicia de Cristo y presentarnos sin mancha ante Dios. El requisito que Dios ha hecho en la gracia es el requisito que Dios hizo en el Paraíso.

Es una teoría peligrosa que lleva a los hombres a declarar que todo lo que es necesario para la salvación es simplemente creer en Cristo, mientras que se hace caso omiso de sus claros mandamientos. El evangelio no es el estándar del Antiguo Testamento rebajado, requiere fe que obra justicia, que guarda los mandamientos de Dios. Dice el apóstol: "Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos." Cuando los hombres pretenden ser salvos mientras viven violando la ley de Dios, reclaman aquello a lo que no tienen derecho. Su salvación no está asegurada, sino que son engañados por la falsedad del maligno. Se permite el mismo sofisma, la misma mentira repetida por los hombres, que se dijo por primera vez en el Edén por medio de la serpiente. Aunque el medio ha cambiado, el sentimiento es el mismo.

La ley de Dios apela al hombre como un ser inteligente; posee una mente para comprender sus exigencias, una conciencia para sentir el poder de sus demandas, un corazón para amar su exigencia de justicia perfecta, una voluntad para rendir obediencia pronta e implícita. Dios no obliga a los hombres a obedecer su ley. Si el hombre se propone desafiar a Dios y transgredir su ley, como hizo Adán, puede hacerlo, pero debe sufrir las terribles consecuencias. Si elige obedecer a Dios, puede alcanzar la experiencia del salmista cuando dice: "Amo tus mandamientos más que el oro; sí, más que el oro fino."

19 de mayo de 1890

La obediencia es santificación

EGW

"Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante". En toda la plenitud de su divinidad, en toda la gloria de su humanidad sin mancha, Cristo se entregó por nosotros como sacrificio pleno y gratuito, y cada uno de los que acuden a él debe aceptarlo como si fuera el único por el que se ha pagado el precio. Como en Adán todos mueren, así en Cristo todos serán vivificados; porque el obediente será resucitado a la inmortalidad, y el transgresor resucitará de entre los muertos para sufrir la muerte, castigo de la ley que ha quebrantado.

La obediencia a la ley de Dios es santificación. Hay muchos que tienen ideas erróneas con respecto a esta obra en el alma, pero Jesús oró para que sus discípulos fueran santificados por medio de la verdad, y añadió: "Tu palabra es verdad." La santificación no es una obra instantánea sino progresiva, como la obediencia es continua. Mientras Satanás insista con sus tentaciones sobre nosotros, la batalla por la conquista propia tendrá que librarse una y otra vez; pero mediante la obediencia, la verdad santificará el alma. Aquellos que son leales a la verdad superarán, por los méritos de Cristo, toda debilidad de carácter que los ha llevado a ser moldeados por cada circunstancia variable de la vida.

Muchos han adoptado la posición de que no pueden pecar porque están santificados, pero esto es una trampa engañosa del maligno. Existe el peligro constante de caer en el pecado, pues Cristo nos ha advertido que velemos y oremos para no caer en la tentación. Si somos conscientes de la debilidad del yo, no seremos confiados en nosotros mismos y temerarios ante el peligro, sino que sentiremos la necesidad de buscar a la Fuente de nuestra fuerza, Jesús, nuestra justicia. Vendremos en arrepentimiento y contrición, con un sentido desesperado de nuestra propia debilidad finita, y aprenderemos que debemos recurrir diariamente a los méritos de la sangre de Cristo, para que podamos llegar a ser vasos aptos para el uso del Maestro. Mientras dependamos así de Dios, no nos encontraremos luchando contra la verdad, sino que siempre estaremos capacitados para defender lo correcto. Debemos aferrarnos a la enseñanza de la Biblia, y no seguir las costumbres y tradiciones del mundo, los dichos y hechos de los hombres. Cuando surgen errores y se enseñan como verdades bíblicas, los que tienen una conexión con Cristo no confiarán en lo que dice el ministro, sino que, como los nobles bereanos, escudriñarán diariamente

las Escrituras para ver si estas cosas son así. Cuando descubran cuál es la palabra del Señor, se pondrán del lado de la verdad. Oirán la voz del verdadero Pastor que dice: "Este es el camino, andad por él". Así serán educados para hacer de la Biblia el hombre de su consejo, y la voz de un extraño ni la oirán ni la seguirán.

Si el alma ha de purificarse y ennoblecerse, y hacerse apta para los atrios celestiales, hay dos lecciones que aprender: la abnegación y el dominio de sí. Algunos aprenden estas importantes lecciones más fácilmente que otros, porque se ejercitan con la sencilla disciplina que el Señor les da en la mansedumbre y el amor. Otros requieren la lenta disciplina del sufrimiento, para que el fuego purificador purifique sus corazones del orgullo y la autosuficiencia, de la pasión terrenal y del amor propio, para que aparezca el verdadero oro del carácter y lleguen a ser vencedores por la gracia de Cristo. El amor de Dios fortalecerá el alma, y por la virtud de los méritos de la sangre de Cristo podremos permanecer incólumes en medio del fuego de la tentación y de la prueba; pero ningún otro auxilio puede servir para salvar sino Cristo, nuestra justicia, que nos es hecho sabiduría y santificación y redención. La verdadera santificación no es ni más ni menos que amar a Dios con todo el corazón, andar en sus mandamientos y ordenanzas sin mancha. La santificación no es una emoción, sino un principio nacido del cielo que pone todas las pasiones y deseos bajo el control del Espíritu de Dios; y esta obra se realiza por medio de nuestro Señor y Salvador.

La santificación espuria no glorifica a Dios, sino que lleva a quienes la reclaman a exaltarse y glorificarse a sí mismos. Cualquier cosa que surja en nuestra experiencia, ya sea alegría o tristeza, que no refleje a Cristo y lo señale como su autor, trayendo gloria a él, y hundiendo el yo fuera de la vista, no es verdadera experiencia cristiana. Cuando la gracia de Cristo es implantada en el alma por el Espíritu Santo, su poseedor se hará humilde de espíritu y buscará la compañía de aquellos cuya conversación versa sobre las cosas celestiales. Entonces el Espíritu tomará las cosas de Cristo y nos las mostrará, y glorificará, no al que las recibe, sino al que las da. Por lo tanto, si tienes la sagrada paz de Cristo en tu corazón, tus labios se llenarán de alabanza y acción de gracias a Dios. Tus oraciones, el cumplimiento de tu deber, tu benevolencia, tu abnegación no serán el tema de tu pensamiento o conversación, sino que magnificarás a Aquel que se entregó por ti cuando aún eras pecador. Dirás: "Me entrego a Jesús. He encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas". Al alabarle, recibirás una bendición preciosa, y toda la alabanza y la gloria por lo que se haga por medio de ti será devuelta a Dios.

La paz de Cristo no es un elemento bullicioso e indomable que se manifiesta en voces fuertes y ejercicios corporales. La paz de Cristo es una paz inteligente, y no hace que quienes la poseen lleven las marcas del fanatismo y la extravagancia. No es un impulso divagante, sino una emanación de Dios. Cuando el Salvador imparte su paz al alma, el corazón estará en perfecta armonía con la palabra de Dios; porque el Espíritu y la palabra concuerdan. El Señor honra su palabra en todos sus tratos con los hombres. Es su propia voluntad, su propia voz, la que se revela a los hombres, y no tiene ninguna voluntad nueva, ninguna verdad nueva, aparte de su palabra, para revelar a sus hijos. Si tienes una experiencia maravillosa que no está en armonía con las indicaciones expresas de la palabra de Dios, bien puedes dudar de ella; porque su origen no es de lo alto. La paz de Cristo viene a través del conocimiento de Jesús que la Biblia revela.

Si la felicidad se extrae de fuentes externas, y no de la Fuente Divina, será tan cambiante como las circunstancias variables puedan hacerla; pero la paz de Cristo es una paz constante y duradera. No depende de ninguna circunstancia de la vida, de la cantidad de bienes terrenales o del número de amigos terrenales. Cristo es la fuente de las aguas vivas, y la felicidad y la paz que provienen de Él nunca faltarán, porque Él es un manantial de vida. Los que confían en Él pueden decir: "Dios es nuestro refugio y nuestra fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por eso no temeremos, aunque la tierra sea removida, y aunque los montes sean llevados en medio del mar; aunque sus aguas bramen y se agiten, aunque los montes tiemblen por su hinchazón. Hay un río, cuyas corrientes alegrarán la ciudad de Dios, el lugar santo de los tabernáculos del Altísimo."

Tenemos motivos de incesante gratitud a Dios porque Cristo, con su perfecta obediencia, ha recuperado el cielo que Adán perdió por su desobediencia. Adán pecó, y los hijos de Adán comparten su culpa y sus consecuencias; pero Jesús cargó con la culpa de Adán, y todos los hijos de Adán que huyan a Cristo, el segundo Adán, podrán escapar de la pena de la transgresión. Jesús recuperó el cielo para el hombre soportando la prueba que Adán no pudo soportar; porque obedeció la ley perfectamente, y todos los que tengan una concepción correcta del plan de redención verán que no pueden salvarse mientras transgredan los santos preceptos de Dios. Deben dejar de transgredir la ley, y aferrarse a las promesas de Dios que están disponibles para nosotros a través de los méritos de Cristo.

Nuestra fe no debe apoyarse en la capacidad de los hombres, sino en el poder de Dios. Existe el peligro de confiar en los hombres, aunque hayan sido utilizados como instrumentos de Dios para hacer una obra grande y buena. Cristo debe ser nuestra fuerza y nuestro refugio. El mejor de los hombres puede perder su firmeza, y la mejor de las religiones, cuando se corrompe, es siempre la más peligrosa en su influencia sobre las mentes. La religión pura y viva se encuentra en la obediencia a toda palabra que sale de la boca de Dios. La rectitud exalta a una nación, y la ausencia de ella degrada y arruina al hombre.

Desde los púlpitos de hoy se pronuncian las palabras: "Cree, sólo cree. Tened fe en Cristo; nada tenéis que hacer con la antigua ley, sólo confiad en Cristo". Qué diferente es esto de las palabras del apóstol, que declara que la fe sin obras está muerta. Dice: "Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos". Debemos tener esa fe que obra por amor y purifica el alma. Muchos tratan de sustituir la rectitud de vida por una fe superficial, y piensan que por medio de ella obtendrán la salvación. El Señor requiere en este momento exactamente lo que requirió de Adán en el Edén: obediencia perfecta a la ley de Dios. Debemos tener una justicia sin defecto, sin mancha. Dios dio a su Hijo para que muriera por el mundo, pero no murió para derogar la ley que era santa, justa y buena. El sacrificio de Cristo en el Calvario es un argumento irrefutable que demuestra la inmutabilidad de la ley. Su castigo fue soportado por el Hijo de Dios en favor del hombre culpable, para que a través de sus méritos el pecador pudiera obtener la virtud de su carácter inmaculado por la fe en su nombre. Al pecador se le proporcionó una segunda oportunidad de guardar la ley de Dios en la fuerza de su Divino Redentor. La cruz del Calvario condena para siempre la idea que Satanás ha presentado al mundo cristiano, de que la muerte de Cristo abolió no sólo el sistema típico de sacrificios y ceremonias, sino la inmutable ley de Dios, el fundamento de su trono, el trasunto de su carácter. Satanás ha tratado por todos los medios de hacer inútil el sacrificio del Hijo de Dios, de hacer inútil su expiación y fracasar su misión. Ha afirmado que la muerte de Cristo hizo innecesaria la obediencia a la ley, y permitió al pecador obtener el favor de un Dios santo sin abandonar su pecado. Ha declarado que la norma del Antiguo Testamento fue rebajada en el evangelio, y que los hombres pueden venir a Cristo, no para ser salvados de sus pecados, sino en sus pecados. Pero cuando Juan contempló a Jesús dijo su misión. Dijo: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". A toda alma arrepentida el mensaje es: "Venid ahora, y estemos a cuenta, dice el Señor; aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana."

26 de mayo de 1890

Una investigación sincera es necesaria para comprender la verdad

EGW

Debemos tener mayor sabiduría de la que hemos manifestado hasta ahora en cuanto a la manera en que tratamos a quienes en algunos puntos de la fe difieren honestamente de nosotros. Es impropio de cualquiera que pretenda ser seguidor de Cristo ser cortante y denunciante, rebajarse a ridiculizar las opiniones de otro. El espíritu de crítica incapacita a los hombres para recibir la luz que Dios quiere enviarles, o para ver lo que es evidencia de la verdad. Si el Señor revelase la luz según su propio plan, muchos no la respetarían ni la comprenderían; ridiculizarían al portador del mensaje de Dios como a alguien que se erige por encima de los que están mejor capacitados para enseñar.

Las autoridades papales primero ridiculizaron a los reformadores, y cuando esto no apagó el espíritu de investigación, los pusieron tras los muros de la prisión, los cargaron de cadenas, y cuando esto no los silenció ni los hizo retractarse, finalmente los llevaron a la marmota y a la espada. Debemos ser muy cautelosos para no dar los primeros pasos en este camino que conduce a la Inquisición. La verdad de Dios es progresiva, va siempre hacia adelante, de fuerza en fuerza, de luz en luz. Tenemos todas las razones para creer que el Señor nos enviará una verdad cada vez mayor, pues una gran obra está aún por hacer. En nuestro conocimiento de la verdad, primero hay un comienzo en nuestra comprensión de ella, luego una progresión, luego la terminación; primero la hoja, luego la espiga, y después el grano lleno en la espiga. Mucho se ha perdido porque nuestros ministros y nuestro pueblo han concluido que hemos tenido toda la verdad esencial para nosotros como pueblo; pero tal conclusión es errónea y está en armonía con los engaños de Satanás; porque la verdad se estará desarrollando constantemente.

Hay que tener sumo cuidado para no despreciar al Espíritu de Dios tratando con indiferencia y desdén al mensajero y los mensajes que Dios envía a su pueblo, y rechazar así la luz porque nuestros corazones no están en armonía con Dios. Cuando el cristianismo se recibe de verdad, siempre transformará el corazón y moldeará el carácter. Que aquellos que han sido considerados dignos de ser expositores de la palabra de Dios, a quienes se les ha confiado el cuidado del rebaño de Dios, como hombres humildes y sabios, abran sus Biblias con corazones agradecidos y estudien sus preciosas expresiones. El mensajero de Dios no sólo debe escudriñar las Escrituras, sino también instar al pueblo a

estudiar la palabra de verdad. Como el minero busca oro en las rocas y en las montañas, así los hombres deben cavar en la mina de la verdad, para que puedan averiguar lo que Dios ha revelado acerca de la salvación del hombre.

Si vienes a la Biblia para encontrar textos que simplemente prueben tu teoría o reivindiquen tu opinión, no serás iluminado por el Espíritu de Dios; pero si vienes con ayuno y humillación de alma, con amor por el hombre y por Dios en tu corazón, tus oraciones serán escuchadas y la luz se derramará sobre ti. Todos necesitamos buscar al Señor con todo nuestro corazón y en humilde oración. Debemos abandonar los prejuicios que durante años nos han atado. Si usted ha estado en la verdad durante muchos años, y algún hermano que es mucho más joven en años y en la fe es llamado a enseñar, su edad, su posición, su inteligencia y comprensión de las Escrituras, no le dará licencia para tratar a este hermano con indiferencia y falta de respeto. Timoteo aprendió muchas cosas de Pablo. Aunque era un hombre joven, obtuvo el conocimiento de la palabra de Dios mediante una paciente laboriosidad. Puso sus fuerzas en la tarea de entender la palabra de Dios, y fue ricamente recompensado. Pablo escribe a Timoteo: "Si recuerdas estas cosas a los hermanos, serás un buen ministro de Jesucristo, alimentado en las palabras de la fe y de la buena doctrina, a las que has llegado..... Medita en estas cosas; dedícate por entero a ellas, para que tu provecho sea manifiesto a todos. Cuídate a ti mismo y a la doctrina; persiste en ellas, porque haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren". Graves responsabilidades recaían sobre Timoteo, que no era más que un joven. El mandato llega sonando hasta nuestros días en relación con él y otros discípulos jóvenes de Cristo: "Ninguno tenga en poco tu juventud".

Samuel fue elegido siervo de Dios ya desde su infancia. Dios pudo comunicarle su palabra, aunque tuvo que pasar por el antiguo Elí, que no había tenido cuidado de hacer la voluntad de Dios ni de cumplir sus instrucciones. No responderá pensar que, a menos que los mensajes provengan de siervos de Dios ancianos y honrados, no pueden tener autoridad y ser dados por Dios. Con toda deferencia hacia el joven agente, Elí aceptó la palabra de Dios de labios del niño Samuel. Gran cuidado deben manifestar los que han desempeñado un papel prominente en la obra, para que no piensen que la luz no puede venir al pueblo de Dios sino por medio de ellos. Cuando sean mansos y humildes de corazón, sin prejuicios ni exaltación propia por haber sido altamente privilegiados, serán uno con los jóvenes a quienes Dios ha educado para desempeñar una parte especial en su obra. Estos jóvenes encontrarían una gran bendición en depender de la experiencia de los hermanos mayores, si los que han estado mucho tiempo en la obra no se levantan sobre su dignidad, si el yo no asume prominencia, y

los hermanos más jóvenes parecen insignificantes. Pero si este es el caso, el Señor no puede usarlos en la obra.

Hay un testigo siempre presente con vosotros que lee los motivos, que conoce los pensamientos y propósitos del corazón. Es seguro ser siempre amable y cortés, manifestar una sincera amistad y amor por tus hermanos. En los consejos o asambleas en los que deban discutirse diferencias de puntos de vista, debes recordar que el Maestro de las asambleas está contigo. La injusticia, los discursos duros y los esfuerzos por apartar a los demás de una decisión imparcial quedarán registrados en los libros del cielo. Si, después de una investigación sincera, vuestras ideas preconcebidas se debilitan al compararlas con la ley y el testimonio, no permitáis que un espíritu obstinado, duro y terco se levante en oposición a lo que veis como evidencia contra vuestras opiniones. Si un hermano difiere contigo, no te provoques; trátalo con franqueza; no lo abrumes con afirmaciones. No manejeis la palabra de Dios con engaño, presentando pasajes aislados de la Escritura que creéis que favorecen vuestras ideas, y reteniendo otros pasajes que parecen debilitar vuestra posición. Deja que Dios hable en su palabra. Si crees que tu hermano cree en un error, debes tratar con él con consideración, manifestando ternura, paciencia y cortesía. Debes razonar con él a partir de la Palabra de Dios, comparando Escritura con Escritura, considerando cuidadosamente cada evidencia. En ningún caso deben ridiculizarse sus palabras, porque "con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os será medido".

Pablo encargó a Timoteo: "Huye también de las pasiones juveniles; sigue más bien la justicia, la fe, la caridad, la paz, con los que de corazón puro invocan al Señor. Pero las cuestiones necias e indoctas evita, sabiendo que engendran contiendas. Y el siervo del Señor no debe contender, sino ser manso para con todos, apto para enseñar, paciente, instruyendo con mansedumbre a los que se oponen; por si quizá Dios les dé arrepentimiento para que reconozcan la verdad, y se recuperen del lazo del diablo, que los tiene cautivos a su voluntad."

"Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradlo con espíritu de mansedumbre; considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo. Porque si alguno se cree ser algo, cuando no es nada, a sí mismo se engaña. Sino que cada uno pruebe su propia obra, y entonces se regocijará sólo en sí mismo, y no en otro". Que cada uno obedezca estas instrucciones. Tenéis ante vosotros el ejemplo de Cristo. Aunque le correspondía el homenaje y el servicio de todos, no buscó el honor de los

hombres; no vino para ser servido, sino para servir. "Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron". Todo el mundo le pertenecía; pero cuando fue rechazado en pueblos y ciudades, no hizo valer su derecho a los suyos, sino que fue a otro pueblo a enseñar la verdad, tanto si los hombres querían oírlo como si se abstendían de hacerlo. Que cada alma tenga cuidado, no sea que resulte estar entre los que desprecian y se maravillan y perecen, que se apartan de Cristo en la persona de sus santos, y atraen sobre sí la condenación que cayó sobre los judíos.

Los maestros del pueblo en los tiempos de Cristo estaban plenamente satisfechos de sí mismos. Celebraban consejos y se fortalecían mutuamente en sus ideas y opiniones, y Satanás estaba en sus asambleas controlando sus decisiones. Se esforzaban por hacer que el pueblo tuviera miedo de oír las palabras de Cristo. Amenazaban con expulsar de la sinagoga a los que quisieran escuchar su doctrina, y esto era considerado por el pueblo como la mayor maldición que podía caer sobre ellos. Los escribas y fariseos habían formado sus planes, y no tenían intención de cambiar su forma de vida ni su manera de enseñar. Escuchaban a Cristo, pero se negaban a que sus enseñanzas tuvieran algún peso para ellos. Fingían ser sus amigos para sonsacarle sobre diversos temas. Le interrogaban sobre problemas difíciles, para que, respondiera lo que respondiera, pudieran volver sus palabras contra él.

En una ocasión, los escribas y los fariseos "le trajeron una mujer sorprendida en adulterio; y cuando la pusieron en medio, le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en adulterio, en el acto mismo. Y Moisés en la ley nos mandó que los tales fuesen apedreados; pero tú, ¿qué dices? Esto decían, tentándole para acusarle. Pero Jesús, inclinándose, escribía en tierra con el dedo, como si no les oyese. Y como siguieran preguntándole, se levantó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, tire primero la piedra contra ella. Y volviéndose a inclinar, escribió en tierra. Y los que lo oyeron, convencidos por su propia conciencia, salieron uno por uno, comenzando por los mayores hasta los postreros."

Aunque Jesús dio pruebas de su poder divino, no se le permitió enseñar sus lecciones sin interrupción. Los gobernantes trataban de ridiculizarlo ante el pueblo. No le permitían exponer sus ideas y doctrinas de una manera conectada, pero, aunque interrumpido con frecuencia, la luz destellaba en la mente de cientos, y cuando los gobernantes oyeron las palabras de Jesús, que estaban revestidas de poder y tenían al pueblo hechizado, se enojaron, y dijeron: "Tú eres un samaritano, y tienes un demonio." Jesús respondió a estas acusaciones con serena dignidad, afirmando sin temor y con decisión que los derechos del

pacto se centraban en él mismo, y no se recibían a través de Abraham. Declaró: "Antes que Abraham fuese, yo soy". La furia de los judíos no conoció límites, y se prepararon para apedrearlo, pero los ángeles de Dios, invisibles para los hombres, lo sacaron apresuradamente de su asamblea.

Hay hombres entre nosotros que profesan entender la verdad para estos últimos días, pero que no investigarán con calma la verdad avanzada. Están decididos a no avanzar más allá de las estacas que han puesto, y no escucharán a los que, según ellos, no se atienen a los antiguos mojones. Son tan autosuficientes que no se puede razonar con ellos. Consideran una virtud estar en desacuerdo con sus hermanos, y cierran la puerta para que la luz no encuentre entrada en el pueblo de Dios. Se requerirá sabiduría celestial para saber cómo tratar tales casos. La luz vendrá al pueblo de Dios, y los que han tratado de cerrar la puerta se arrepentirán o serán quitados del camino. Ha llegado el momento en que debe darse un nuevo impulso a la obra. Tenemos ante nosotros escenas terribles, y Satanás procura ocultar de nuestro conocimiento las mismas cosas que Dios quiere que sepamos. Dios tiene mensajeros y mensajes para su pueblo. Si se presentan ideas que difieren en algunos puntos de nuestras doctrinas anteriores, no debemos condenarlas sin escudriñar diligentemente la Biblia para ver si son verdaderas. Debemos ayunar y orar y escudriñar las Escrituras como lo hicieron los nobles bereanos, para ver si estas cosas son así. Debemos aceptar cada rayo de luz que nos llegue. A través de la oración ferviente y el estudio diligente de la Palabra de Dios, las cosas oscuras se aclararán al entendimiento.

2 de junio de 1890

"¿No es esta una marca arrancada del fuego?"

[Sermón en Christiania, Noruega, 14 de noviembre de 1885.]

EGW

"Y me mostró al sumo sacerdote Josué que estaba delante del ángel del Señor, y a Satanás que estaba a su derecha para resistirle. Y el Señor dijo a Satanás: Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que escogió a Jerusalén te reprenda; ¿no es éste un tizón arrancado del fuego? Y Josué, vestido de ropas inmundas, se puso en pie delante del ángel. Y él respondió y habló a los que estaban delante de él, diciendo: Quitadle las vestiduras inmundas. Y a él dijo: He aquí, yo he hecho pasar de ti tu iniquidad, y te vestiré con muda de ropa. Y dije: Pongan sobre su cabeza una mitra hermosa. Y pusieron una mitra hermosa sobre su cabeza, y lo vistieron de ropas. Y el ángel del Señor estaba allí".

Josué representa a los que buscan a Dios y guardan sus mandamientos. Desde la caída, Satanás ha tratado de traer un reproche sobre la causa de Dios. La palabra de Dios declara que es un acusador de los hermanos. A medida que se acerque el fin, trabajará con más determinación para condenar al pueblo de Dios. Se representa a Satanás presentando los errores y faltas que él ha hecho cometer al pueblo de Dios, alegando esto como razón por la cual el Señor no debe bendecirlo y guardarlo. Afirma que tiene derecho a hacer con ellos lo que le plazca. Es imposible que entendamos sus planes a menos que tengamos el Espíritu de Dios morando en nuestros corazones. Es el cuidado de los ángeles celestiales lo que impide que seamos destruidos por el cruel poder de Satanás; porque los que buscan a Dios y se preparan para la venida de Cristo, son objeto de su enemistad. Constantemente trata de desacreditarlos ante Dios. Se le representa resistiéndose a la obra de Jesús en favor de su pueblo. Josué está delante del ángel del Señor, y Satanás está a su derecha para resistirle. Pero "el Señor dijo a Satanás: Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que escogió a Jerusalén te reprenda; ¿no es éste un tizón arrancado del fuego?".

Jesús habla de su pueblo como de un tizón arrancado del fuego, y Satanás entiende lo que esto significa. Los infinitos sufrimientos del Hijo de Dios en Getsemaní y en el Calvario fueron soportados para poder rescatar a su pueblo del poder del maligno. La obra de Jesús por la salvación de las almas que perecen es como si metiera la mano en el fuego para salvarlas. Josué, que representa al pueblo de Dios, está vestido con ropas inmundas, y se presenta ante el ángel; pero cuando el pueblo se arrepiente ante Dios de la transgresión de su ley, y tiende la mano de la fe para asirse de la justicia de Cristo, Jesús dice: "Quítales las ropas inmundas, y vístete de ropa nueva". Los que adoran a Dios con sinceridad y verdad, y afligen sus almas delante de él como en el gran día de la expiación, lavarán sus vestiduras de carácter y las emblanquecerán en la sangre del Cordero. Satanás procura atar la mente humana con engaño, para que los hombres no se arrepientan y crean, a fin de que les sean quitadas sus vestiduras sucias. ¿Por qué os aferráis a vuestros miserables defectos de carácter, y con ello cerráis el camino para que Jesús no obre en vuestro favor?

Durante el tiempo de angustia, la posición del pueblo de Dios será similar a la posición de Josué. No ignorarán la obra que se está llevando a cabo en el cielo en su favor. Se darán cuenta de que el pecado está registrado contra sus nombres, pero también sabrán que los pecados de todos los que se arrepientan y se aferren a los méritos de Cristo serán cancelados. Jesús dice: "El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, sino que confesaré su nombre delante de mi Padre y de sus ángeles." El

juicio de los muertos ha estado sucediendo, y pronto el juicio comenzará sobre los vivos, y cada caso será decidido. Se sabrá qué nombres han sido retenidos en el libro de la vida y cuáles han sido borrados. Cada día los ángeles de Dios llevan un registro de las transacciones de los hombres, y estos registros están abiertos a los ojos de los ángeles, y de Cristo, y de Dios. Los que han manifestado verdadero arrepentimiento del pecado, y por la fe viva en Cristo son obedientes a los mandamientos de Dios, tendrán sus nombres retenidos en el libro de la vida, y serán confesados delante del Padre y delante de los santos ángeles. Jesús dirá: "Son míos; los he comprado con mi propia sangre".

El tiempo de angustia pronto estallará sobre nosotros, y se promulgará el decreto de que todo el que no guarde el primer día de la semana será condenado a muerte. Los que no han considerado el sábado como debieran, los que han exaltado sus negocios por encima del mandamiento de Dios, pisotearán el sábado y guardarán el primer día de la semana, porque han consultado su propia conveniencia antes que el honor de Dios. No aprendieron a ponerse en armonía con el sábado, sino que trataron de adaptar el sábado a su propia conveniencia. Con la preparación que han hecho, no están más capacitados para presentarse en el día del juicio que el mayor de los pecadores. Sus ideas son confusas; han tratado de servir a Dios y a las riquezas; no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Los que aman a Dios de todo corazón, y al prójimo como a sí mismos, serán los únicos que resistirán la prueba del decreto. Cuando Satanás ejerza su poder sobre los profesantes de poco corazón, los pasará a su lado y reclamará su derecho de hacer con ellos lo que le plazca. Pero de los que honran a Dios, el Señor dice: "Serán míos, ... en aquel día en que yo componga mis joyas; y los perdonaré, como se perdona a un hijo propio que le sirve."

Los que gozan del favor de Dios no serán engañados. Muchos pasan ahora por observadores del sábado que, cuando llegue la prueba sobre la cuestión, ya no tendrán lugar entre los que observan los mandamientos de Dios. El profeta dice: "Entonces volveréis, y discerniréis entre justos e impíos, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve". Los que se empeñan en salirse con la suya, los que se miden por su propio rasero, tendrán su tiempo de angustia. El profeta declara: "Porque he aquí, viene el día que arderá como un horno; y todos los soberbios, sí, y todos los que hacen maldad, serán estopa; y el día que viene los quemará, dice Jehová de los ejércitos, que no les dejará ni raíz ni rama. Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia con sanidad en sus alas; y saldréis, y creceréis como becerros de la manada. Y hollaréis a los impíos; porque serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies el día que yo haga esto, dice el Señor de los ejércitos."

El Sol de Justicia nacerá sobre aquellos que han guardado los mandamientos de Dios. Aquellos que piensan que pueden poner su voluntad en contra de la voluntad de Dios están en el mayor peligro. Aquellos que deseen ser cubiertos en el día de la ira de Dios, deben ser fieles a Dios ahora. Ahora es el momento de mostrar nuestra fidelidad a Dios, y nuestra fe en Cristo. Los pecados que se han cometido contra Dios serán borrados si se arrepienten de ellos. Cristo dijo: "He aquí, he hecho pasar de ti tu iniquidad, y te vestiré con muda de ropa. Y dije: Pongan sobre su cabeza una mitra hermosa. Y pusieron una mitra hermosa sobre su cabeza, y lo vistieron de ropas. Y el ángel del Señor estaba allí. Y el ángel de Jehová protestó a Josué, diciendo: Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Si anduvieres en mis caminos, y si guardares mi ordenanza, tú también juzgarás mi casa, y tú también guardarás mis atrios, y yo te daré lugar para que andes entre estos que están junto a ti. Los ángeles de Dios. Serán como un muro de fuego alrededor del pueblo de Dios, y las huestes del mal no podrán traspasar sus filas. Los ángeles de Satanás están trabajando con los hijos de desobediencia para inspirarles locura contra los que son leales a la ley de Dios. Aunque el pueblo de Dios es despreciado por el mundo, y "aún no parece lo que seremos," los impíos verán un día glorificado al pueblo de Dios; verán cumplida la promesa: "A los que me honran, yo los honraré."

Mientras estemos en el mundo, debemos ser la luz del mundo, pues Dios tiene una obra para cada uno. Sólo unos pocos elegirán obedecer a la verdad, y debemos buscar la gracia de Dios para que podamos representar correctamente su servicio. Hay un espíritu en la iglesia que tergiversa grandemente el carácter exaltado de la verdad. En lugar de dirigir vuestra atención hacia Jesús, en lugar de estudiar su vida y carácter para que podáis copiar el modelo divino, os habéis medido entre vosotros, y de esta manera la verdad de Dios ha sido grandemente deshonrada. La envidia, los celos, la crítica de los demás, el amor a la supremacía, todo ello ha florecido entre el profeso pueblo de Dios. Algunos han afirmado que Dios les ha dado mensajes especiales, y su atención se ha desviado de la preparación del corazón necesaria para encontrarse con Cristo en paz. Satanás inventará todo lo posible para apartar a los hombres de la verdadera obra. Si los miembros de la iglesia no están sujetos unos a otros, si van de aquí para allá con un mensaje que Dios no les ha dado, la iglesia se desmoralizará, y entrará el fanatismo del peor orden. Hay almas conscientes que aceptarán cualquier cosa que exija sacrificio. Cristo ha dicho: "Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a ése recibiréis." Dios envía a su mensajero, y si el pueblo recibe el mensaje, no será inducido al error.

El Señor quiere que consultéis juntos. Si, en años pasados, hubiera habido más consulta con respecto a la obra en Noruega, habría sido mucho antes de lo que es hoy. El esfuerzo personal, la opinión personal, los planes personales, han puesto sobre la obra un molde que no eleva ni ennoblece al pueblo de Dios. El enemigo está tratando de que la palabra de Dios no tenga ningún efecto. Aquellos en la iglesia que deberían dar ejemplo al rebaño, han tenido un dominio tan laxo de Dios que no han podido influir en el pueblo.

Debes ser obediente a todos los requerimientos de Dios. Cuando traes tu propio trabajo al tiempo de Dios, cuando violas el sábado, tu sentido moral se nubla, y no puedes discernir que tu proceder es una ofensa a Dios. Si tus ojos pudieran abrirse, verías al Salvador a tu lado con las manos manchadas de sangre. Él fue herido por tus transgresiones; ¿te negarás a aceptar el gran sacrificio que se hizo en tu favor? Por vosotros, Cristo se hizo pobre, para que vosotros, por su pobreza, os enriquecierais con las riquezas celestiales. Hoy presentamos la cruz del Calvario. Habla en lenguaje claro a toda alma que no se deja engañar por la tentación de Satanás como consecuencia de la desobediencia a la ley de Dios. Cristo vino a nuestro mundo y murió una muerte vergonzosa porque los preceptos de la ley no podían ser cambiados. Soportó la cruz, despreció la vergüenza y ahora está sentado a la diestra de la Majestad en las alturas. Sufrió todo esto por el gozo que tenía ante sí: el gozo de llevar muchos hijos e hijas a Dios. Murió para ponernos en armonía con la ley del Cielo. Él ha dicho: "Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, ése será llamado grande en el reino de los cielos."

Muchos están en peligro hoy; sus ojos han sido cegados; y como Cristo dijo a Nicodemo, yo les digo: "Os es necesario nacer de nuevo." Espero encontrarme con mis palabras en el último gran día. Cuando miro a la gente aquí que está tratando de servir a Dios, yo trataría de cumplir las palabras del profeta, y consolar al pueblo de Dios. Vuestro Salvador es un Salvador vivo, que suplica al Padre en vuestro favor. Todo el que guarde la palabra de su paciencia se salvará de la tentación que vendrá sobre todo el mundo. Los actos más pequeños están escritos en el libro de Dios, pero Dios dice que no despreciará a un corazón humilde y contrito. Si tuvieras todas las riquezas del mundo, no proveerían un rescate por tu alma, ni te elevarían en el favor del Cielo. ¿Quieres ser hijo de Dios? ¿Caminarás con humildad ante Él? Tus talentos, tu capacidad, tus medios, pertenecen a Dios. Dáselo todo a él, porque él lo ha comprado todo a un precio infinito.

Os exhortamos a subir en ayuda del Señor contra los poderosos. Apartad de vosotros todo lo que os separe de Dios; quitad de en medio el pecado. La gente del mundo puede parecer que pasa sin perplejidad y que es más favorecida que los justos. David dice: "He aquí, éstos son los impíos, que prosperan en el mundo; aumentan en riquezas. Ciertamente en vano he limpiado mi corazón, y en inocencia he lavado mis manos. Porque todo el día he sido atormentado y castigado cada mañana.... Cuando pensé en saber esto, me fue demasiado doloroso; hasta que entré en el santuario de Dios; entonces comprendí su fin." Hay muchos que están hoy en la misma condición mental que David; pero si entraran en el santuario, y comprendieran el fin postrero de los impíos, ya no tendrían envidia de ellos.

"Entonces me volví, y alcé mis ojos, y miré, y he aquí un rollo volador. Y él me dijo: ¿Qué ves? Y respondí: Veo un rollo volador, cuya longitud es de veinte codos, y su anchura de diez codos. Y me dijo: Esta es la maldición que saldrá sobre la faz de toda la tierra; porque todo el que hurte será cortado como de este lado conforme a ella; y todo el que jure será cortado como de aquel lado conforme a ella. Yo la sacaré, dice Jehová de los ejércitos, y entrará en la casa del ladrón, y en la casa del que jura falsamente por mi nombre; y permanecerá en medio de su casa, y la consumirá con su madera y sus piedras."

Se representa al ángel volando por en medio del cielo con un rollo en la mano, en el que están escritos los hechos de nuestra vida cotidiana. Dios soporta mucho tiempo a los hijos de los hombres, pero llega un momento en que dejará de soportarlos. Dios quiere que se pongan bajo la cobertura de sus alas. Jesús está suplicando su sangre en nuestro favor, pero Satanás está de pie a su derecha, resistiendo todo esfuerzo en nuestro favor. Que Dios nos ayude a humillar nuestros corazones, antes de que sea para siempre demasiado tarde para reparar los males.

Dejemos que el Espíritu de Dios modele nuestro carácter y nuestro trabajo. Somos responsables de la manera en que se presenta la verdad. Debemos procurar impresionar a los incrédulos con su carácter exaltado. Cristo viene pronto, y los que no han guardado sagradamente el sábado deben reformarse. Dios fruncirá el ceño contra los que hacen caso omiso de sus mandamientos, y no puede bendecir a la iglesia que mantiene en su comunión a los que quebrantan el sábado.

Oh, que Cristo camine entre vosotros, que diga: "Quitadles el vestido sucio, y vestidlos con muda de ropa". Queremos saber que estamos del lado del Señor.

Queremos morar con él por toda la eternidad. Los que se sientan con Cristo en su trono deben ser partícipes con él de sus sufrimientos. Deben beber del cáliz que él bebió, y ser bautizados con el bautismo con que él fue bautizado.

9 de junio de 1890

"El que me ha visto a mí, ha visto al Padre"

EGW

A través de Jesús, el Hijo de Dios, el Padre se revela más plenamente al mundo. Jesús dijo a sus discípulos: "Si me hubierais conocido a mí, también habríais conocido a mi Padre; y desde ahora le conoceréis y le habéis visto. Felipe le dijo: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. Jesús le dice: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre". Las almas de miles de personas claman hoy: "Muéstranos al Padre, y estaremos satisfechos". No podemos reclamar a Dios como nuestro Padre hasta que lo veamos". Jesús dice a cada una de esas almas, como dijo a Felipe: "¿He estado tanto tiempo con vosotros, y sin embargo no me has conocido? ¿Has visto mis obras, has escuchado mis enseñanzas, has sido testigo de los milagros que he realizado en nombre de mi Padre, y sin embargo no has comprendido la naturaleza de Dios? He orado con vosotros y por vosotros y, sin embargo, ¿no podéis comprender que yo soy el camino, la verdad y la vida, y que en mi vida os he revelado el carácter de mi Padre? Yo soy el resplandor de la gloria de mi Padre, soy la imagen expresa de su persona. ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mí mismo, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí; o bien creedme por las mismas obras. De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre."

Había llegado el momento de que Jesús se pusiera en contradicción con la obra de Satanás, reprendiera y se opusiera a su poder. Al comienzo de su ministerio, Juan bautizaba en el Jordán, y Cristo se acercó a él para recibir el rito bautismal. Como ejemplo de hombre, dio el paso de conversión requerido para el pecador arrepentido y creyente; y se le abrieron los cielos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como una paloma y se posaba sobre él, y he aquí una voz del cielo que decía: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia". Fue consagrado a su oficio por Dios mismo. Fue ungido por el Espíritu, investido de la autoridad y dotado de los atributos de Dios; y su misión era revelar al Padre al mundo.

Así como Cristo debía revelar al Padre, los que creen en Jesús deben revelar a Cristo al mundo en espíritu y carácter; deben ser buenos y hacer el bien. Dondequiera que Jesús iba, enseñaba a sus discípulos acerca del reino de Dios; convertía cada acontecimiento en una ocasión de utilidad, y sus seguidores deben hacer lo mismo.

Después de la ascensión de Cristo, sus discípulos fueron dejados para llevar adelante la obra que él había estado haciendo. Ellos debían ser los instrumentos a través de los cuales el Señor hablaría, y muchos debían creer en su palabra, y comprometerse en la obra que Jesús había hecho cuando estaba en la tierra. Los agentes designados por Dios deben estudiar cuidadosamente las lecciones que Cristo enseñó a sus discípulos. Deben contemplar su preciosa instrucción e imitar las santas características de sus enseñanzas; si no lo hacen, no representan a Cristo como él representaba al Padre. Es necesario orar con fervor y frecuencia para que podamos comprender el significado de sus enseñanzas y llevar adelante la obra que nos ha encomendado. Debemos tener en cuenta que sólo se ha registrado una pequeña parte de lo que Jesús enseñó e hizo.

A fin de que los discípulos de Cristo estuvieran preparados para la gran obra que iban a realizar, Jesús les había ordenado que permanecieran en Jerusalén hasta que fueran investidos de poder desde lo alto. En el día de Pentecostés, cuando estaban reunidos y unánimes esperaban el cumplimiento de su promesa, descendió el Espíritu de Dios y los corazones de los creyentes quedaron llenos del Espíritu Santo. Se manifestó la prueba más evidente del poder de Dios, y miles de personas se convirtieron en un día. Nuestro Salvador ha dispuesto que los que salgan a cumplir su comisión de predicar el Evangelio al mundo, no vayan sin la unción divina. Ha dicho: "Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra". Si los hombres acudieran a Dios y se entregaran por completo a él con plena certeza de fe, tendrían gracia para realizar la gran obra que se les ha encomendado.

Cuando Moisés fue llamado para guiar a los hijos de Israel, oró fervientemente al Señor, y dijo: "Mira, tú me dices: Haz subir a este pueblo, y no me has hecho saber a quién enviarás conmigo. Pero tú has dicho: Te conozco por tu nombre, y también has hallado gracia delante de mí. Ahora, pues, te ruego que si he hallado gracia en tus ojos, me muestres ahora tu camino, para que te conozca y halle gracia en tus ojos; y considera que esta nación es tu pueblo. Y él le dijo: Mi presencia irá contigo, y yo te daré descanso. Y él le dijo: Si tu presencia no fuere conmigo, no nos hagas subir de aquí. Porque ¿en qué se conocerá aquí que

yo y tu pueblo hemos hallado gracia delante de tus ojos? ¿No es en que tú vas con nosotros? Así seremos separados, yo y tu pueblo, de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra. Y Jehová dijo a Moisés: Haré también esto que has dicho, porque has hallado gracia delante de mis ojos, y te conozco por tu nombre. Y él dijo: Te ruego que me muestres tu gloria. Y él dijo: Haré pasar toda mi bondad delante de ti, y proclamaré el nombre del Señor delante de ti; y tendré piedad de quien tendré piedad, y mostraré misericordia de quien mostraré misericordia."

El Señor no reprendió a Moisés como presuntuoso porque pidiera favores cada vez mayores de su mano. Cada obrero en la causa de Dios debe tener una fe firme y sincera y un propósito decidido, para que pueda saber que tiene el favor y la presencia de Dios con él. Los colaboradores de Dios pueden obtener todo lo que piden si buscan al Señor con fe. En los tiempos de Cristo, muchos de sus discípulos permanecían ignorantes de aquello que tenían el privilegio de conocer. Jesús trató de enseñarles las cosas espirituales. Reprendió a sus discípulos por su torpeza de comprensión. Si les hubiera sido imposible comprender las cosas que decía, no los habría reprendido así. Podrían haber ejercitado más sus facultades mentales y estimulado sus almas con la oración y la fe, y así habrían podido comprender los misterios de la piedad. Jesús vio que no captaban el verdadero significado de las grandes verdades que les presentaba, y les prometió compasivamente que el Espíritu Santo les recordaría estas palabras y reavivaría en su memoria muchas de las verdades que habían perdido. Trató de inculcarles el hecho de que había abierto ante ellos grandes verdades, cuyo valor no habían llegado a comprender. Después de su resurrección, cuando les abrió las Escrituras acerca de sí mismo, les dijo: "Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros.... Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras". Aunque Cristo había estado con ellos, y ellos habían oído su exposición de las profecías, no habían comprendido el gran plan de la expiación, y necesitaban el poder del Espíritu de Dios para aclarar a sus mentes su profundo significado.

Cuando el Espíritu Santo cayó sobre los discípulos de Cristo, vieron a su Salvador bajo una luz en la que nunca antes lo habían visto. La alegría y la paz invadieron sus almas. Jesús les había dicho cuál sería el resultado de la operación del Espíritu Santo. Había dicho. "Él me glorificará". Mediante la acción del Espíritu Santo, el alma se santifica por la obediencia a la verdad, y Jesús dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida". Desplegó al hombre la importante lección de que la suma de toda ciencia se encuentra en la excelencia del conocimiento de Cristo. Este conocimiento puede incorporarse a la

experiencia de todos. Las Escrituras declaran: "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado."

El conocimiento de Dios y de Cristo está en la base de todo conocimiento. Mediante el estudio de la Biblia se desarrolla el poder moral; y mientras la mente se pone a la tarea de comprender sus verdades, el intelecto se expande; a medida que la imagen de Cristo, el Autor de toda verdad, resplandece a la visión, el entendimiento se agranda para comprender más plenamente el elevado carácter del estándar de perfección. Aquellos que estudian la Biblia de la manera correcta, beben de una fuente que es inagotable. La enseñanza de Cristo es sencilla y, sin embargo, las mentes más grandes y mejor disciplinadas quedan encantadas con sus profundas y abarcadoras expresiones. En todas sus lecciones, Jesús presentó a los hombres la inutilidad de la obediencia ceremonial. Trató de impresionar a los hombres con la espiritualidad de la ley, revelando sus principios vitales y aclarando sus obligaciones eternas. La justicia de la ley fue presentada al mundo en el carácter de Cristo, y los atributos santos, benévolos y paternales de Dios fueron revelados en su trato con la humanidad. Explicó la solemne relación que existía entre el hombre y Dios, entre el hombre y sus semejantes. Enseñó la necesidad de la oración, el arrepentimiento, la fe, la virtud y la perfección del carácter.

Por medio de Cristo, se trae al hombre un poder moral que cambiará todos los afectos, y capacitará al hombre para obrar con voluntad por la causa de Dios. Donde antes se concentraba todo el poder de la mente y del cuerpo para obrar las obras del mal, por el Espíritu de Dios se produce una revolución. El Espíritu Santo ilumina, renueva y santifica el alma. Los ángeles contemplan con inexpresable arrobamiento los resultados de la obra del Espíritu Santo en el hombre. Por la revelación de la atractiva belleza de Cristo, por el conocimiento de su amor expresado a nosotros cuando todavía éramos pecadores, el corazón obstinado se derrite y se somete, y el pecador se transforma y se convierte en un hijo de Dios. El amor es el instrumento del que Dios se sirve para expulsar el pecado del alma humana. Con él transforma el orgullo en humildad, la enemistad y la incredulidad en amor y fe. No emplea medidas obligatorias; Jesús se revela al alma, y si el hombre mira con fe al Cordero de Dios, vivirá.

Jesús ha hecho esta invitación: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar". Al venir a Jesús, revelamos nuestra fe. La ley condena al pecador, y esta condena le hace ver la necesidad de un Salvador. Busca refugio en Jesús, y el Hijo es glorificado y exaltado como Redentor del mundo; es el sustituto y la garantía del pecador.

Ningún hombre puede guardar la ley de Dios aparte de Cristo, y Dios no aceptará sus esfuerzos sin ayuda. La naturaleza del hombre se opone a la voluntad divina, es depravada, deforme y totalmente distinta del carácter de Dios expresado en su ley. El hombre es aceptado por la justicia de Cristo, por la obediencia a la ley de Dios. Dios imputa belleza, excelencia y perfección al hombre a través de los méritos de su Hijo, y de este modo coloca el más alto honor sobre Cristo al hacer de él el modelo por el cual trabaja para modelar el carácter de todos los creyentes. Cristo es presentado a los hombres para que puedan captar su temperamento, su perfección; y como el modelo es completo y perfecto en cada parte, así, a medida que el hombre es conformado a la imagen de Cristo, es hecho completo en él; porque aparte de Cristo nunca puede haber justicia en el corazón humano.

Cuando el Espíritu fue derramado de lo alto, la Iglesia se inundó de luz, pero Cristo era esa luz; la Iglesia se llenó de alegría, pero Cristo era el sujeto de esa alegría. Cuando el Espíritu sea derramado sobre su pueblo en este día, el nombre de Cristo estará en cada lengua, su amor llenará cada alma; y cuando el corazón abrace a Jesús, abrazará a Dios; porque toda la plenitud de Dios habita en Cristo. Cuando los rayos de la justicia de Cristo brillen sobre el alma, el gozo, la adoración y la gloria se entretrejerán con la experiencia.

16 de junio de 1890

Fe y obras

[Charla matutina en Basilea, Suiza, 17 de septiembre de 1885.]

EGW

"Sin fe es imposible agradarle; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan". Hay muchos en el mundo cristiano que afirman que todo lo que es necesario para la salvación es tener fe; las obras no son nada, la fe es lo único esencial. Pero la palabra de Dios nos dice que la fe sin obras está muerta, estando sola. Muchos se niegan a obedecer los mandamientos de Dios y, sin embargo, hacen alarde de fe. Pero la fe debe tener un fundamento. Todas las promesas de Dios se hacen con condiciones. Si hacemos su voluntad, si andamos en la verdad, entonces podemos pedir lo que queramos, y nos será hecho. Mientras nos esforcemos fervientemente por ser obedientes, Dios escuchará nuestras peticiones; pero no nos bendecirá en la desobediencia. Si elegimos desobedecer sus mandamientos, podemos clamar: "Fe, fe, sólo ten fe", y la respuesta vendrá de la palabra segura

de Dios: "La fe sin obras está muerta". Tal fe sólo será como metal que resuena y como címbalo que retiñe. Para tener los beneficios de la gracia de Dios, debemos hacer nuestra parte; debemos trabajar fielmente, y producir frutos dignos de arrepentimiento. Somos colaboradores de Dios. No debéis sentaros en la indolencia, esperando alguna gran ocasión, a fin de hacer una gran obra para el Maestro. No deben descuidar el deber que se encuentra directamente en su camino, sino que deben mejorar las pequeñas oportunidades que se abren a su alrededor. Debes seguir dando lo mejor de ti en las pequeñas obras de la vida, asumiendo de corazón y fielmente el trabajo que la providencia de Dios te ha asignado. Por pequeña que sea, debes hacerla con toda la minuciosidad con que harías una obra más grande. Tu fidelidad será aprobada en los registros del cielo. No es necesario que esperes a que se te allane el camino; ponte a trabajar para mejorar los talentos que se te han confiado. No tienes nada que ver con lo que el mundo piense de ti. Deja que tus palabras, tu espíritu, tus acciones, sean un testimonio vivo de Jesús, y el Señor se encargará de que el testimonio para su gloria, proporcionado en una vida bien ordenada y una conversación piadosa, se profundice e intensifique en poder. Puede que sus resultados nunca se vean en la tierra, pero se manifestarán ante Dios y los ángeles.

Debemos hacer todo lo que esté de nuestra parte para pelear la buena batalla de la fe. Debemos luchar, trabajar, esforzarnos, agonizar para entrar por la puerta angosta. Debemos poner al Señor siempre delante de nosotros. Con manos limpias, con corazones puros, debemos buscar honrar a Dios en todos nuestros caminos. Se nos ha proporcionado ayuda en Aquel que es poderoso para salvar. El espíritu de verdad y de luz nos vivificará y renovará con sus misteriosas obras; porque todo nuestro mejoramiento espiritual proviene de Dios, no de nosotros mismos. El verdadero trabajador tendrá el poder divino para ayudarlo, pero el ocioso no será sostenido por el Espíritu de Dios. De una manera estamos arrojados sobre nuestras propias energías; debemos esforzarnos fervorosamente para ser celosos y arrepentirnos, para limpiar nuestras manos y purificar nuestros corazones de toda mancha; debemos alcanzar el más alto nivel, creyendo que Dios nos ayudará en nuestros esfuerzos. Debemos buscar si queremos encontrar, y buscar con fe; debemos llamar para que se nos abra la puerta. La Biblia enseña que todo lo relativo a nuestra salvación depende de nuestro propio proceder. Si perecemos, la responsabilidad recaerá enteramente sobre nosotros mismos. Si se ha hecho la provisión, y si aceptamos los términos de Dios, podemos aferrarnos a la vida eterna. Debemos venir a Cristo con fe, debemos ser diligentes para asegurar nuestro llamamiento y elección.

Al que se arrepiente y cree se le promete el perdón de los pecados; la corona de la vida será la recompensa del que sea fiel hasta el fin. Podemos crecer en gracia mejorando a través de la gracia que ya tenemos. Debemos guardarnos sin mancha del mundo, si queremos ser hallados irreprochables en el día de Dios. La fe y las obras van de la mano, actúan armoniosamente en la obra de la superación. Las obras sin fe están muertas, y la fe sin obras está muerta. Las obras nunca nos salvarán; es el mérito de Cristo el que servirá en nuestro favor. Por la fe en Él, Cristo hará aceptables a Dios todos nuestros esfuerzos imperfectos. La fe que se nos pide no es una fe que no hace nada; la fe salvadora es la que obra por amor y purifica el alma. El que levante manos santas a Dios sin ira ni duda, andará inteligentemente por el camino de los mandamientos de Dios.

Si hemos de obtener el perdón de nuestros pecados, debemos comprender primero lo que es el pecado, para poder arrepentirnos y producir frutos dignos de arrepentimiento. Debemos tener una base sólida para nuestra fe; debe estar fundada en la palabra de Dios, y sus resultados se verán en la obediencia a la voluntad expresa de Dios. Dice el apóstol: "Sin santidad nadie verá al Señor". La fe y las obras nos mantendrán equilibrados, y nos harán exitosos en la obra de perfeccionar el carácter cristiano. Jesús dice: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos." Hablando del alimento temporal, el apóstol dijo: "Porque también cuando estábamos con vosotros, esto os mandábamos: Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma." La misma regla se aplica a nuestro alimento espiritual; si alguno quiere tener el pan de la vida eterna, que se esfuerce por conseguirlo.

Vivimos en un período importante e interesante de la historia de esta tierra. Necesitamos más fe de la que hemos tenido hasta ahora; necesitamos un asidero más firme de lo alto. Satanás está trabajando con todo poder para obtener la victoria sobre nosotros, porque sabe que tiene poco tiempo para obrar. Pablo tuvo temor y temblor al trabajar por su salvación; y nosotros, ¿no debemos temer que, habiéndonos dejado una promesa, alguno de nosotros parezca no cumplirla y resulte indigno de la vida eterna? Debemos velar en oración, esforzarnos con agonía por entrar por la puerta estrecha.

No hay excusa para el pecado ni para la indolencia. Jesús ha abierto el camino, y desea que sigamos sus pasos. Ha sufrido, se ha sacrificado como ninguno de nosotros puede hacerlo, para poner la salvación a nuestro alcance. No debemos desanimarnos. Jesús vino a nuestro mundo para traer el poder divino al hombre,

para que, por su gracia, pudiéramos ser transformados a su semejanza. Cuando está en el corazón obedecer a Dios, cuando se hacen esfuerzos con este fin, Jesús acepta esta disposición y este esfuerzo como el mejor servicio del hombre, y suple la deficiencia con su propio mérito divino. Pero no aceptará a los que dicen tener fe en Él y, sin embargo, son desleales al mandamiento de su Padre. Se habla mucho de la fe, pero hay que hablar mucho más de las obras. Muchos engañan a sus propias almas viviendo una religión fácil, acomodaticia y sin cruz. Pero Jesús dice: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame."

7 de julio de 1890

"¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?"

EGW

"Y he aquí que se levantó un abogado y le tentó, diciendo: Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna? El le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Respondiendo él, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido; haz esto y vivirás. Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? Respondiendo Jesús, dijo: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron de sus vestidos, le hirieron y se fueron, dejándole medio muerto. Por casualidad bajó por allí un sacerdote, y viéndole, pasó de largo. Y asimismo un levita, que estaba en aquel lugar, vino y le miró, y se pasó de largo. Pero un samaritano que iba de camino, llegó adonde él estaba; y cuando lo vio, tuvo compasión de él, y fue a él, y vendó sus heridas, echándoles aceite y vino, y lo puso sobre su cabalgadura, y lo llevó a una posada, y cuidó de él."

Los escribas y fariseos confiaban en sí mismos que eran justos, y despreciaban a los demás. Miraban con desprecio a los samaritanos, y Jesús relató esta parábola para mostrarles que es el espíritu del hombre lo que lo hace valioso para Dios, y no su nación o profesión. El sacerdote y el levita habían pasado de largo ante el hombre que necesitaba su ayuda y lo habían dejado morir junto al camino; pero el samaritano había tenido compasión de él y había actuado como un prójimo cristiano. No habría sido mejor presentar esta lección a los altivos sacerdotes sino en una parábola; sin embargo, en esta parábola Jesús hizo evidente que sólo tenían una religión de ceremonias. Descansaban en las observancias externas de la ley, pero no la guardaban de corazón. Las Escrituras declaran que "por las obras de la ley nadie será justificado delante de él; porque

por la ley es el conocimiento del pecado". En el Evangelio, la gran norma de justicia no se presenta bajo una luz más tenue que en el Antiguo Testamento. Cristo declaró que ni una jota ni una tilde de la ley pasaría hasta que pasasen el cielo y la tierra. El divino Maestro sostuvo la norma perfecta de justicia como la única cosa por la cual probar el carácter humano. La ley revela a los hombres la deformidad del corazón, y el Evangelio refuerza la ley presentando a Cristo en contraste con el hombre.

En la parábola del buen samaritano, Jesús dio una imagen de sí mismo y de su misión. El hombre había sido engañado, herido, robado y arruinado por Satanás, y abandonado a la perdición; pero Cristo tuvo compasión de nuestra condición indefensa. Dejó su gloria para venir a rescatarnos. Nos encontró a punto de morir y se hizo cargo de nuestro caso. Sanó nuestras heridas, nos abrió un refugio seguro, hizo provisión completa para nuestras necesidades a sus propias expensas. Murió para redimirnos. Hemos de mirar la vida de Cristo, hemos de ver su Espíritu y su obra, para que podamos ver nuestra vida y nuestra obra a la luz reflejada de la vida de Cristo. Podemos ver lo lejos que estamos de guardar los mandamientos de Dios, lo lejos que estamos de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Cuando el joven rico se acercó a Cristo, preguntándole por el camino de la salvación, Jesús le dijo que guardara los mandamientos. El gobernante respondió que los había guardado desde su juventud, pero el que podía penetrar en los secretos del corazón, le mostró que había fallado. Jesús le dijo "Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven y sígueme. Pero el joven, al oír estas palabras, se fue triste, porque tenía muchas posesiones."

La convicción de pecado es el primer paso en la conversión, y por la ley es el conocimiento del pecado. Cuando el pecador se da cuenta de su pecado, está en condiciones de ser atraído a Cristo por el asombroso amor que se ha mostrado por él en la cruz del Calvario. Cuando es humilde y penitente, no busca el perdón en la ley que ha quebrantado, sino que mira a Dios, que ha provisto el perdón y la santificación por medio de su Hijo bien amado. Al contemplar al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, crece su amor por él, y al contemplarlo se transforma en su imagen. El apóstol escribió: "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús". El Sufriente manso y santo cargó con nuestros pecados, para que el plan de salvación se abriera ante los hombres, a fin de que todo el que creyera en él no pereciera, sino que tuviera vida eterna.

Todos los que ven su propia ignorancia y pecado, tendrán alguna apreciación de la gran obra de la redención, por la cual el hombre es elegido como objeto de la paciencia y bondad amorosa de Dios. A medida que el hombre vea la pecaminosidad de su naturaleza a la luz de la ley, se dará cuenta de su gran necesidad de un Salvador. Todos necesitamos escudriñar las Escrituras, para conocer las condiciones de la salvación, por las cuales puede realizarse la reconciliación entre el hombre y Dios. El hombre debe encontrar el camino que conduce de nuevo a la casa del Padre, y cada paso que se aleja de la transgresión es un paso hacia el Paraíso. Cada paso en el arrepentimiento, la contrición, la obediencia y la fe, es un paso hacia el Padre. La verdadera fe en Cristo conducirá a la obediencia a los requerimientos de Dios.

(Continuará.)

14 de julio de 1890

"¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?"

(Continúa.)

EGW

Hay muchos que dicen: "Cree, cree; todo lo que tienes que hacer es creer". Pero la fe debe tener fundamento, y los que predicán que todo lo que debemos hacer es creer, no saben ellos mismos lo que constituye la verdadera fe. No escudriñan cuidadosamente las Escrituras para saber sobre qué base debe descansar la fe. La defensa de la fe y el menosprecio de la observancia de los mandamientos de Dios, no es más que otra fase de la controversia originada por Satanás en el cielo. La indiferencia a los preceptos de la ley rebaja la concepción de lo que constituye la justicia; y el que se opone a la ley en este momento, se coloca en una posición más peligrosa que aquella en que se encontraban Adán y Eva cuando desobedecieron los mandamientos de Dios, pues después se arrepintieron de su pecado y se apartaron de su lealtad a su enemigo.

Después de que Satanás trajo el pecado al mundo, tentó al hombre para que se pusiera en rebelión contra la autoridad de Dios. Le inspiró odio contra Dios a causa de los resultados que siguieron al pecado. Sugirió que Dios era arbitrario, desprovisto de misericordia y benevolencia, porque la pena de la ley caía sobre el transgresor. Cuando el hombre caído ve a Dios bajo esta luz, desecha su autoridad como gobernador moral. Dios tiene derecho a imponer la pena de la ley a los transgresores, pues la ley sin pena carecería de fuerza. La ley de Dios

es el fundamento de toda ley y gobierno. El hecho de que Cristo sufriera la pena de la ley por todos los transgresores, es un argumento irrefutable en cuanto a su carácter inmutable, y condenará justamente a los que han tratado de anularla. Cuando la maldición cayó sobre el amado Hijo de Dios, que se hizo pecado por nosotros, el Padre hizo manifiesto que el transgresor impenitente de su ley tendría que sufrir toda su pena. La palabra de Dios declara: "El alma que pecare, esa morirá". La ley de Dios fue sostenida y vindicada por el Hijo de Dios. La muerte de Cristo, como sacrificio expiatorio, abre un camino por el cual el pecador puede ser perdonado, y volverse del camino de la transgresión al camino de la verdad y la justicia, mientras que al mismo tiempo reivindica el honor y la inmutabilidad de la ley. En el plan de salvación, la justicia y la misericordia se dan la mano.

El pecador no encontrará ninguna cualidad salvadora en la ley; debe mirar al fiador y sustituto, porque es la sangre de Cristo la que limpia de todo pecado. El pródigo arrepentido es llevado a la comunión con Dios, y se convierte en uno con Cristo, como Cristo es uno con el Padre. Los hijos obedientes de Dios reconocen la ley como una ley divina, el sacrificio en el Calvario como un sacrificio divino, y el Espíritu Santo como su santificador divino. Todas las exigencias de la ley se cumplen en Jesús. En él tenemos un fundamento perfecto para nuestra fe. El Hijo de Dios no murió para que el hombre siguiera siendo siempre un transgresor; porque Cristo no es un ministro del pecado. Murió para que, con ese acto, el hombre dejara de ser rebelde a la ley de Dios. Murió para indicar a los hombres el camino de la fe y de la obediencia, para que vieran el fin de lo abolido. Cuando los pecadores tienen una visión del plan de salvación, ya no están dispuestos a poner reparos a la ley, porque el camino de la verdad y la luz está abierto a su entendimiento. Ven que "cualquiera que comete pecado, infringe también la ley; porque el pecado es infracción de la ley". A la luz de la ley el pecador es condenado como lo fue Pablo.

Cristo se reveló a Pablo en un torrente de gloria, y él quedó abatido indefenso ante él. Preguntó: "¿Quién eres, Señor?" Y el Señor respondió: "Yo soy Jesús, a quien tú persigues". Pablo preguntó entonces: "¿Qué quieres que haga?". Cuando Cristo se revela al alma, se aclara la relación del pecador con la ley. Debe haber arrepentimiento hacia Dios por la transgresión de su ley, y fe hacia nuestro Señor Jesucristo como sustituto del pecador. El pecador convicto ve su condición magullada y desmoralizada, siente su necesidad de un médico, ve a Cristo como su única esperanza y se aferra a él por la fe. Está profundamente consciente de su pecado y ruina, y busca el remedio divino en el Redentor del mundo.

(Concluido la próxima semana).

21 de julio de 1890

"¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?"

(Concluido.)

EGW

El hombre es propenso a olvidarse de Dios, incluso cuando pretende ser su siervo. Cuando Jesús se presentó en la sinagoga de Nazaret, anunciándose como el Mesías, la gente creyó amarle. Se alegraron al oír las noticias que les traía, cuando leyó las palabras del profeta Isaías sobre sí mismo, diciendo: "El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque el Señor me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los humildes; me ha enviado a vendar a los quebrantados de corazón, a pregonar la libertad a los cautivos y la apertura de la cárcel a los presos; a proclamar el año agradable del Señor". La luz divina brilló sobre sus mentes oscurecidas, y sus corazones se conmovieron hasta la adoración. Pero cuando Cristo les mostró que no tenían más favor del cielo que los gentiles, que habían tenido menos luz y menos privilegios, pero que habían caminado en toda la luz que tenían, y mejorado todas las oportunidades que se les habían dado, le arrastraron fuera de la sinagoga, y trataron de arrojarle desde la cima de la colina.

Las multitudes que habían sido alimentadas por Cristo en el lugar desierto se imaginaban que amaban a Jesús; pero cuando él las reprendió, acusándolas de preocuparse más por el pan que perece que por el pan de vida, se enojaron, y muchas se apartaron de él. El joven rico se acercó a Jesús, llamándole maestro. Había escuchado sus maravillosas palabras, había visto sus maravillosas obras; pero cuando Cristo le mostró que amaba más sus riquezas que a su prójimo, se marchó entristecido, aferrado a sus ídolos. Simón pensaba que amaba a Jesús, pero cuando descubrió que una mujer pobre, apenada y arrepentida era estimada más que él mismo, quedó demostrada la superficialidad de su amor.

Muchos verán características hermosas en Cristo, y las admirarán; pero ese amor que abarca todo su carácter, nunca morará en un corazón lleno de justicia propia, nunca morará en un corazón que no se dé cuenta y aborrezca su propia pecaminosidad. No odiarnos a nosotros mismos en el pecado, es no amar a Jesús. No ver nuestra propia deformidad, es no ver la belleza de Cristo; porque es cuando el corazón está completamente despierto a su propio estado de

degradación que Jesús será apreciado. Cuanto más humilde sea nuestra visión de nosotros mismos, tanto más exaltada será nuestra visión de Cristo, y tanto más claramente discerniremos el carácter sagrado e inmaculado de nuestro Redentor.

Hay muchos que dicen: "Somos santos, estamos libres de pecado". Con sus palabras dan la impresión de que se creen tan buenos como Jesús, y algunos hasta se han atrevido a afirmar que ellos eran Cristo; pero aun abrigar tales pensamientos es blasfemia. No ver el marcado contraste entre nosotros y Jesús es no conocernos a nosotros mismos, y ser ignorantes de nuestro Señor.

Jesús murió para salvar a su pueblo de sus pecados, y la redención en Cristo significa cesar la transgresión de la ley de Dios, y ser libre de todo pecado; ningún corazón que se agite con enemistad contra la ley de Dios, está en armonía con Cristo, que sufrió en el Calvario, para vindicar y exaltar la ley ante el universo.

Los que hacen audaces suposiciones de santidad dan prueba en esto de que no se ven a sí mismos a la luz de la ley; no están espiritualmente iluminados, y no aborrecen toda especie de egoísmo y orgullo. De sus labios manchados de pecado caen las contradictorias expresiones: "Soy santo, estoy libre de pecado. Jesús me enseña que si cumplo la ley estoy caído en desgracia. La ley es un yugo de esclavitud". El Señor dice: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad." Debemos estudiar cuidadosamente la palabra de Dios, para llegar a decisiones correctas, y actuar en consecuencia; porque entonces obedeceremos la palabra y estaremos en armonía con la santa ley de Dios.

Aunque debemos estar en armonía con la ley de Dios, no somos salvos por las obras de la ley, pero no podemos ser salvos sin obediencia. La ley es la norma por la que se mide el carácter. Pero no podemos guardar los mandamientos de Dios sin la gracia regeneradora de Cristo. Sólo Jesús puede limpiarnos de todo pecado. Él no nos salva por la ley, ni nos salvará en la desobediencia a la ley.

Nuestro amor a Cristo será proporcional a la profundidad de nuestra convicción de pecado, y por la ley es el conocimiento del pecado. Pero al vernos a nosotros mismos, miremos a Jesús, que se entregó por nosotros para redimirnos de toda iniquidad. Por la fe aférrate a los méritos de Cristo, y se aplicará la sangre purificadora del alma. Cuanto más claramente veamos los males y peligros a que hemos estado expuestos, tanto más agradecidos estaremos por la liberación por medio de Cristo. El evangelio de Cristo no da a los hombres licencia para

quebrantar la ley; porque fue por la transgresión que se abrieron sobre nuestro mundo las compuertas del infortunio. Hoy el pecado es la misma cosa maligna que era en el tiempo de Adán. El Evangelio no promete el favor de Dios a nadie que, impenitente, quebrante su ley. La depravación del corazón humano, la culpa de la transgresión, la ruina del pecado, todo queda claro en la cruz, donde Cristo nos ha abierto una vía de escape.

La justicia propia es el peligro de esta época; separa el alma de Cristo. Aquellos que confían en su propia justicia no pueden entender cómo la salvación viene a través de Cristo. Llamam al pecado justicia, y a la justicia pecado. No aprecian el mal de la transgresión, no comprenden el terror de la ley, porque no respetan la norma moral de Dios. La razón por la cual hay tantas conversiones espurias en estos días, es que hay tan poca apreciación de la ley de Dios. En vez de la norma de justicia de Dios, los hombres han erigido una norma propia para medir el carácter. Ven a través de un cristal oscuro, y presentan falsas ideas de santificación a la gente, fomentando así el egoísmo, el orgullo y la justicia propia. La doctrina de la santificación defendida por muchos está llena de engaño, porque es halagadora para el corazón natural; pero lo más bondadoso que puede predicarse al pecador es la verdad de las exigencias vinculantes de la ley de Dios. La fe y las obras deben ir de la mano; porque la fe sin obras está muerta, estando sola. El profeta declara una verdad por la cual podemos probar toda doctrina. Dice: "A la ley y al testimonio, si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos". Aunque el error abunda en el mundo, no hay razón para que los hombres permanezcan en el engaño. La verdad es clara, y cuando se contrasta con el error, se puede discernir su carácter. Todos los súbditos de la gracia de Dios pueden comprender lo que se requiere de ellos. Por la fe podemos conformar nuestras vidas a la norma de la justicia, porque podemos apropiarnos de la justicia de Cristo. En la Palabra de Dios, el buscador honesto de la verdad encontrará la regla para la santificación genuina. El apóstol dice: "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.... Porque lo que la ley no pudo hacer, siendo débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque los que siguen la carne piensan en las cosas de la carne, pero los que siguen el Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el pensar según la carne es muerte, pero el pensar según el Espíritu es vida y paz. Porque la mente carnal es enemistad contra Dios; pues no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede. Así que los que están en la carne

no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros."

28 de julio de 1890

El infinito amor de Dios al hombre

[Sermón en Christiania, Noruega, 1 de noviembre de 1885.]

EGW

"Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo hombre que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.

El amor del Padre es un amor infinito; y al contemplar Juan su plenitud, no encuentra lenguaje para expresar su asombro. Exclama: "Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios". No es posible para la mente humana comprender plenamente la altura, la profundidad y la anchura de este amor, que sobrepasa todo conocimiento.

Nuestros primeros padres transgredieron la ley de Dios en el jardín del Edén, y cayeron de su elevado estado, y la muerte fue pronunciada sobre Adán y su posteridad; pero la raza humana no fue abandonada a una miseria sin esperanza. El Hijo de Dios consintió en hacerse sustituto y fiador del hombre; consintió en tomar sobre sí la ira del Padre. Mediante el sacrificio infinito de Cristo en favor del hombre, la estrella de la esperanza iluminó el oscuro futuro de Adán, y se le concedió otra libertad condicional en la que prepararse para la vida eterna. Jesús vino a nuestro mundo para ser varón de dolores, para conocer el dolor. No tomó su posición con los altivos y ricos de este mundo, aunque era dueño del mundo. Si lo hubiera hecho, habría habido alguna excusa para el porte altivo de los ricos, como si pensarán que la salvación era sólo para ellos. Jesús dijo que había venido a predicar el Evangelio a los pobres. Con su brazo humano llegó hasta lo más profundo de la aflicción humana, para poder levantar al hombre caído, y elevar y ennoblecer a la raza, y finalmente exaltar a los vencedores a su trono.

Jesús podría haber permanecido en el cielo, para recibir la adoración de las huestes celestiales, pero no lo hizo. Por amor a los hombres, se bajó del trono,

se despojó de su manto real, revistió su divinidad de humanidad y, por amor a nosotros, se hizo pobre, para que nosotros, por su pobreza, nos enriqueciéramos. Al asumir la humanidad, exaltó a la raza caída ante Dios, e hizo posible que el hombre pecador se convirtiera en heredero del cielo. ¿Podemos extrañarnos de que Juan exclamara: "Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios"? Los hombres piensan que es un gran honor estar relacionados con un rey terrenal, pero Juan nos dice que mediante una vida de obediencia podemos llegar a ser hijos del Rey celestial, y tener conexión con la Majestad de lo alto. Cuando Cristo se convirtió en sustituto y garantía del hombre, fue para unir al hombre finito con el Dios infinito, y conectar la tierra con el cielo. El Hijo de Dios tomó sobre sí la naturaleza del hombre, soportó el insulto, la ignominia, la vergüenza y la muerte, a fin de salvar a un mundo impío. Fue tentado en todo según nuestra semejanza, para llegar a conocer nuestras tentaciones; mediante esta experiencia de sufrimiento y prueba, abrió el camino para que los hijos e hijas de Adán puedan volver a la lealtad a Dios, y hacer su camino de regreso al árbol de la vida, que está en medio del Paraíso de Dios. El hecho de que Jesús haya sido tentado en todo según nuestra semejanza, de que sea capaz de socorrer a los que son tentados, ha dado confianza a los hombres para acudir a Él y derramar ante Él todos sus dolores; porque Él ha llevado nuestras penas y se ha compenetrado de nuestras flaquezas. Después de haber hecho por nosotros un sacrificio infinito, ¿habrá alguno de nosotros tan ingrato como para negarse a aceptarlo? Él fue nuestro ejemplo en todas las cosas, y debemos estudiar la vida y el carácter de nuestro Señor, y aprender de él la mansedumbre y la humildad de corazón.

Recibió el bautismo de manos de Juan, y al salir del agua se inclinó a orillas del Jordán y elevó una oración al Cielo. Nunca antes los ángeles habían escuchado una oración como la que salió de sus labios. El Padre escuchó la súplica de su Hijo en favor del hombre, y los cielos se abrieron, y el Espíritu Santo, como una paloma de oro bruñido, le rodeó, mientras se oía una voz desde la más alta gloria, que decía: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia". ¡Cuántos han leído esta relación y no han sentido conmovido su corazón por sus significativas verdades! Muchos han pensado que no concernía a la humanidad; pero es de la mayor importancia para cada uno de ellos. Jesús fue aceptado por el Cielo como representante de la raza humana. Con todo nuestro pecado y debilidad, no somos desechados como despreciables; somos aceptados en el Amado; porque el cielo se ha abierto a nuestras peticiones por medio del Hijo de Dios. Las puertas están entreabiertas, y la luz del cielo brillará sobre todos aquellos a quienes Jesús vino a salvar, si tan sólo se acercan al círculo de los

rayos del Sol de Justicia; porque se ha hecho una amplia provisión para la salvación de cada alma.

El hombre no tenía, por sí mismo, poder moral que le permitiera obtener la victoria sobre Satanás. Desde su bautismo en el Jordán, Jesús fue al desierto de las tentaciones y ayunó cuarenta días y cuarenta noches. Fue asaltado por las feroces tentaciones de Satanás, y, pasando por el terreno en que cayó Adán, resistió toda insinuación del astuto enemigo. Redimió el vergonzoso fracaso y la caída de Adán. Cuando estaba desfallecido y hambriento por su largo ayuno, Satanás se le apareció como un ángel de luz, tentándole a emplear su poder divino en su propio beneficio. Le instó a que ordenara a las piedras que se convirtieran en pan; pero Jesús le salió al encuentro con la palabra de Dios, la única arma que podía derrotarle, el arma que cada uno de sus seguidores debe utilizar si quiere obtener la victoria. Jesús dijo al maligno: "Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios."

La lección que aquí nos presenta nuestro gran Ejemplo es que es mucho más importante obedecer la palabra de Dios que mantener nuestra vida natural. Somos propiedad de Dios, y no debemos sentir que es nuestro privilegio usar a nuestro antojo incluso lo que reclamamos como nuestro, comiendo, bebiendo y festejando. El favor de Dios tiene para nosotros un valor mucho mayor que nuestro alimento temporal. Jesús manifestó, aunque lo asaltaban las punzadas más feroces del hambre, que confiaba en su Padre celestial con una confianza inquebrantable. Sabía que su Padre conocía su situación de prueba y que lo fortalecería para soportarla. En la confianza inquebrantable de Jesús hay una lección para nosotros; hemos de tener un solo ojo para la gloria de Dios.

(Concluido la próxima semana).

4 de agosto de 1890

El infinito amor de Dios al hombre

(Concluido.)

EGW

Cuando Satanás vio que Jesús mantenía la fe en Dios en la primera tentación, cambió el carácter de su tentación, y vino a él bajo otra apariencia. Lo llevó al pináculo del templo y apeló a su fe inquebrantable. Y le dijo: "Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y

en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra". Jesús le salió al encuentro de nuevo con la palabra de Dios, diciendo: "Escrito está otra vez: No tentarás al Señor tu Dios." Otra preciosa lección se presenta al hombre en la actitud de nuestro Salvador. No debemos suponer que Dios manifestará un poder milagroso en nuestro favor para salvarnos de las consecuencias de nuestra propia locura. Es propio de nosotros manifestar perfecta confianza en Dios cuando estamos en el camino del deber, pero si nos desviamos del camino de su dirección, no tenemos fundamento para presumir que Dios nos libraré. Satanás sabía que no podía arrojar a Cristo del elevado pináculo, pues su poder estaba prescrito. Jesús venció al astuto enemigo también en esta tentación.

"Además, el diablo lo llevó a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos". Satanás pretendía ser el príncipe del mundo, pero ofreció ceder su derecho sobre la tierra si Jesús reconocía así su supremacía. Y le dijo: "Todo esto te daré, si postrado me adoras". Cuando Jesús fue invitado a reconocer lealtad al príncipe de los poderes de las tinieblas, su indignación se agitó. La divinidad brilló a través de la humanidad, y dijo: "Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás". Satanás dejó entonces a Jesús. El Príncipe de la Vida estaba desfallecido y moribundo en el campo de batalla; pero los ángeles vinieron y le servían. La lección que Jesús nos ha dado en su trato con estas tentaciones se resume en estas palabras: "¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? o ¿qué dará el hombre a cambio de su alma?".

Adán cayó por ceder al apetito. El hombre nunca habría podido vencer el poder del apetito a menos que Cristo hubiera vencido en su nombre; pero ahora el hombre puede obtener la victoria. Cristo vino a traer el poder divino para que se uniera al esfuerzo humano, de modo que, aunque hayamos sido envilecidos por el apetito pervertido, podamos animarnos, pues somos prisioneros de la esperanza. No se nos exige que vencamos con nuestras propias fuerzas; mediante una fe viva podemos asirnos de la mano del Poder Infinito, y cuando Satanás venga con sus tentaciones, podemos señalar la cruz del Calvario y decir: "Cristo murió por mí; en su nombre puedo vencer y venceré. Quiero el hogar del Edén que Adán perdió. Debo, quiero, pelear las batallas del Señor, y llegar a ser un vencedor, y tener un lugar en el reino de gloria."

Sólo a la luz que brilla desde la cruz del Calvario podemos estimar el valor que Dios concede al hombre. Dice: "Haré al hombre más precioso que el oro fino, al hombre más que la cuña de oro de Ofir". El hombre puede ser así elevado por

los méritos de Jesús. Cuán pocos miran a la religión en su verdadera luz. Muchos la confunden con tradiciones y ceremonias. La religión de Cristo convertirá a los hombres y los separará del mundo; pero no los saca del mundo, porque Dios ha dicho: "Vosotros sois la luz del mundo." Nuestra obra es reflejar la luz en buenas obras a los que no conocen a Dios. Dios nos ha dado una cruz que llevar, pero en ningún caso quiere que nos fabriquemos pruebas y cruces. Jesús dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os aliviaré. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y mi carga ligera."

¿Por qué es que tantos llevan un semblante triste, que tantos se quejan de la cruz y de la dureza del camino que conduce al cielo? Porque están unidos al mundo y no a Cristo. Hacen las mismas cosas que Cristo les ha dicho que no hagan. Ponen sus afectos en las cosas de la tierra; pero Cristo dice: "Haced tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan; porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón."

Debemos hacer de Dios el objeto supremo de nuestro afecto. Hay muchos que tratan de servir a Dios y a las riquezas al mismo tiempo; pero si siguen por este camino, perderán ambos mundos. Todo el que verdaderamente se somete al yugo de Cristo dirá que su yugo es fácil; todos los que llevan sus cargas dirán que son ligeras. La religión de Cristo nunca degrada a quien la recibe. Cuando la verdad de Dios toma posesión de la mente y del alma, purifica, refina y ennoblece el carácter. Algunos han dicho que la religión nos pone a todos a un mismo nivel; pero no hay nivel bajo en la religión de Cristo. La verdad de Dios lleva a los que la reciben a caminar por una senda elevada y santa trazada para los rescatados del Señor. Aquellos que son toscos, ásperos y descorteses en sus modales, a medida que aprenden en la escuela de Cristo, se volverán mansos y humildes de corazón. Los que pretenden servir a Dios y, sin embargo, no se refinan diariamente, están en tinieblas; porque todos los que están en armonía con Cristo llevarán el molde semejante al de Cristo. Hemos de ser santificados por medio de la verdad. Nuestra conversación ha de ser sobre el cielo y las cosas celestiales. Dios no quiere que la mente se detenga en los asuntos triviales de la tierra, sino en los temas de interés eterno. Hay algunos que parecen tener la impresión de que para ser humilde hay que ser raro, descortés, maleducado; pero esto es una evidencia, no de verdadera humildad, sino de egoísmo. La religión de Cristo nunca te hará descortés. No creemos que sea esencial imitar la cortesía del mundo, que no es más que afectación y ostentación; pero todo el

que esté relacionado con Cristo elevará su carácter y será un ejemplo de piedad para los demás.

El mundo no está en armonía con la religión de Cristo. Cuando la gente del mundo tenga hambre y sed de los tesoros de la tierra, el pueblo de Dios tendrá hambre y sed de justicia. Los verdaderos seguidores de Cristo no transigirán con el mundo, sino que serán como luces en medio de una generación torcida y perversa. Cristo da la prueba por la cual el mundo juzgará nuestra relación con él. Dice: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros". Si Cristo permanece en mi corazón por la fe, y permanece en los corazones de mis hermanos, nos amaremos unos a otros, y presentaremos un ejemplo de unidad al mundo.

Somos forasteros aquí, peregrinos y extranjeros en la tierra; pero nos estamos preparando para un país mejor, incluso celestial. Ahora debemos aprender el lenguaje de ese país, y prepararnos para la vida que corre paralela con la vida de Dios. Nuestra vida en este mundo no es más que un vapor que se desvanece. Entonces, ¿dedicaremos todas nuestras fuerzas a asegurar los tesoros de la tierra para esta pequeña y corta vida, o aplicaremos todas nuestras habilidades de tal manera que podamos ganar la vida futura e inmortal? Cristo dice: "Habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, que son de Dios".

Todo aquel que ha de ver al Rey en su hermosura, debe ser sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante. Ahora tenemos la oportunidad de formar caracteres para la vida futura, y ¡qué rica bendición recibiremos si obtenemos la recompensa del galardón! No hay consuelo en el pecado. Los hombres se hacen miserables porque rehúsan obedecer los mandamientos de Dios. El mundo entero yace en la maldad, pero Cristo vino para quitar la desdicha que viene como consecuencia del pecado. Vino a nuestro mundo para mostrarnos cómo vivir una vida pura y santa, y me he propuesto en mi corazón que no habrá vivido y muerto en vano por mí. Quiero decir con el apóstol: "Con Cristo estoy juntamente crucificado; mas vivo, y no yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí." Quiero dejar una huella luminosa hacia el cielo para todos los que se sientan atraídos por el camino de la vida.

¿Quién estará entre la multitud feliz que cantará alabanzas alrededor del trono de Dios? ¿Quién servirá a Dios, cualesquiera que sean las consecuencias? Veo en Jesús encantos incomparables. Elevemos al Hombre del Calvario. Si los que

están agobiados por el pecado vienen y entregan sus corazones a Jesús, y luego salen a recoger gavillas para él, qué alegría tendrán. Aunque se dará gloria a Jesús por la plena redención, habrá quienes en el cielo dirán a los colaboradores de Dios: "Nunca habría tenido la luz si no me hubieras abierto la palabra de Dios. Nunca habría aceptado la verdad si no hubieras manifestado a Cristo en tu vida". Dios quiere que seamos colaboradores suyos, para que, cuando las puertas nacaradas de la ciudad de Dios vuelvan a girar sobre sus relucientes goznes, nos diga: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo." "Has sido fiel en lo poco, yo te haré soberano en lo mucho; entra en el gozo de tu Señor".

11 de agosto de 1890

Cristo da el arrepentimiento

EGW

"Acuérdate, pues, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; porque si no, vendré presto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te arrepientes."

Muchos piensan que el arrepentimiento es una obra que incumbe totalmente al hombre como preparación para acudir a Cristo, su mediador; pero esto es un error y un engaño. El arrepentimiento debe preceder al perdón, pero el pecador no se arrepiente hasta que tiene fe en Cristo como su mediador. La Biblia no enseña que el hombre deba arrepentirse antes de venir a Cristo. Nuestro Salvador ha sido levantado en la cruz del Calvario, y el amor de Cristo que brilla desde la cruz habla constantemente al pecador de los sufrimientos de Jesús por el hombre caído. Su amor por la raza caída atrae constantemente a los pecadores hacia Él. El transgresor puede resistirse a este amor, puede negarse a ser atraído a Cristo; pero si no se resiste, será atraído a Jesús, y el conocimiento del plan de salvación lo conducirá al pie de la cruz en arrepentimiento por sus pecados, que han causado los sufrimientos del amado Hijo de Dios.

Si el hombre pecador se arrepintiera de sus pecados con sus propias fuerzas, no habría más virtud en ese arrepentimiento que en la ofrenda hecha por Caín. Cristo es el autor y consumidor de nuestra fe. Si fuera posible que el hombre se arrepintiera de sí mismo, la virtud del sacrificio expiatorio sería vana. Pero esto no es posible. Cuando Pedro dio su testimonio ante el sumo sacerdote y los saduceos, habló por el poder de Dios en referencia a Cristo, y dijo: "A éste exaltó Dios con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel

arrepentimiento y perdón de pecados". El arrepentimiento proviene de Cristo tanto como el perdón de la transgresión. Que el arrepentimiento es una obra que el hombre debe hacer sin ninguna ayuda especial de Cristo, es una teoría falsa. El pecador no puede dar el primer paso en el arrepentimiento, sin la ayuda de Cristo. No puede guardar la ley moral a menos que Cristo le impute su justicia. La gracia que obra la contrición y el arrepentimiento, así como el perdón de los pecados, es la gracia de Cristo. Si se pudiera dar un paso sin Cristo, todos los pasos en el camino de la salvación podrían darse sin él. Es cierto que a menudo se hacen grandes reformas en la conducta exterior donde no hay una fe expresa en Cristo; muchos ni siquiera tienen conocimiento de Jesús; pero es una influencia divina la que hace al hombre capaz de cualquier cambio, y lo conduce a la reforma. Esta reforma es el resultado de una fe ciega, y el que cambia los hábitos de su vida sin una fe inteligente en Jesús, adora no sabe qué, pero adora lo que le lleva a respetar su propia virilidad; y a medida que da pasos hacia la luz, una luz mayor brillará sobre él, para que pueda ver la pecaminosidad del pecado, y sea llevado a reconocer el hecho de que Dios amó tanto al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.

El arrepentimiento que se requiere de los que buscan a Dios es el arrepentimiento que no necesita ser arrepentido, un arrepentimiento manifestado en un cambio radical de mente y corazón. El corazón debe someterse a Cristo, y un arrepentimiento que produce tal resultado nunca puede ser producido por el hombre; sólo puede proceder de Cristo, que ha ascendido a lo alto y ha impartido dones a los hombres. Cristo dijo: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo". Cuando el corazón y la mente se someten al poder atrayente de Cristo, el amor de Jesús conducirá al pecador al arrepentimiento, y al buscar fervientemente la ayuda de Dios, se le dará poder de lo alto. El Salvador dice: "Que se aferre a mi fuerza, para que haga las paces conmigo; y hará las paces conmigo".

Debemos velar hasta la oración, y nuestros fervientes esfuerzos por vencer el mal en nuestro carácter, pondrán de manifiesto la sinceridad de nuestras oraciones. Hemos de mirarnos en el espejo real, la ley de Dios, para que podamos comprender nuestra posición moral y detectar las imperfecciones de nuestro carácter; luego hemos de apropiarnos de la justicia de Cristo, para que podamos guardar la ley de Dios. Cuando nos damos cuenta de la inutilidad de nuestra propia justicia, cuando sentimos nuestra dependencia de Cristo, caemos sobre la Roca y somos quebrantados, y entonces Jesús moldea y forma nuestro carácter según su propio carácter divino. Tengamos todos presente que aquellos

a quienes Dios perdona son primero hechos penitentes. Algunos dirán que dejamos al hombre sin nada que hacer, sin ninguna tarea que emprender en la lucha. No es así; todos los poderes con que Dios ha dotado al hombre deben ser empleados para que podamos hacer la voluntad de Dios.

18 de agosto de 1890

Cristo da el arrepentimiento

(Concluido.)

EGW

El hombre nunca puede salvarse en la indolencia. Cristo ha dicho: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo"; y el hombre, por quien Cristo ha dado su vida, es designado como colaborador suyo. Nadie puede salvarse en la ociosidad y la pereza. Debemos velar y orar para no caer en la tentación. Debemos contener la soberbia, el amor propio, la envidia, los celos, la maledicencia, las malas palabras, y abstenernos de hacer el mal. Debemos luchar con las debilidades, con las pasiones humanas; debemos tener ante nosotros el Patrón perfecto; debemos escudriñar las Escrituras en busca de sus tesoros ocultos de verdad. Debemos ser diligentes para cavar en las minas de la verdad en busca de gemas nuevas y preciosas; debemos sacar del tesoro de la Palabra de Dios cosas nuevas y antiguas. Los que en verdad son seguidores de Cristo deben dejar las noventa y nueve e ir al desierto a cazar la oveja perdida que se ha apartado del redil. El que ama a Jesús debe tratar de convertir a los pecadores del error de su camino, debe tratar de salvar a las almas por las que Cristo ha muerto, y ocultar una multitud de pecados. A cada hombre el Maestro le ha dado su trabajo; y para hacer este trabajo aceptablemente, debe recoger cada rayo de luz que Dios envía, y reflejarlo sobre otros. Debe humillarse a sí mismo y exaltar a Jesús, comprendiendo cada vez más su propia indignidad y el valor de Cristo. Mediante un conocimiento experimental del camino de la vida, debe ser capaz de conducir al pecador al arrepentimiento, la fe y la obediencia. Debe desechar la idea que ha prevalecido, de que el arrepentimiento ha de brotar de nosotros mismos, y que entonces hemos de venir a Cristo; ésta es una teoría falsa, un engaño fatal para el alma.

Hay muchos que concluyen que están salvados, simplemente porque tienen buenas impresiones; pero esto no es suficiente. Todo el afecto debe ser renovado. Cada individuo debe aprender por conocimiento experimental dónde reside su verdadera fuerza. Nadie puede dejar su primer amor sin perder su

carácter cristiano. La Iglesia debe salir del desierto, apoyándose en el brazo de su Amado. Cuando cada miembro de la iglesia pueda decir: "Con Cristo estoy juntamente crucificado; mas vivo, y no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí", entonces Cristo, la esperanza de gloria, se revelará en su pueblo.

La fe es el don de Dios, y "sin fe es imposible agradarle; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan". Aquellos que se sienten pecadores y pobres y desdichados, son precisamente aquellos a quienes se extiende la invitación de la misericordia; pueden pedir y recibir. Jesús dice: "No he venido a llamar a justos", a los que están revestidos con las vestiduras de su propia justicia, "sino a pecadores al arrepentimiento". Los que son ricos y honorables a sus propios ojos no pueden tener hambre y sed de justicia, por lo tanto no pueden pedir con fe y recibir la bendición de Dios; porque no sienten necesidad. Están llenos, por lo tanto deben irse vacíos. No debemos pensar ni por un momento que podemos hacer algo para merecer la bendición de Dios. Sólo por la fe podemos reclamar su promesa; sólo por la fe podemos decir: "Recibo lo que te pido; porque tu palabra es firme, no puede fallar."

¡Cuán preciosas son para el creyente las ricas promesas de Dios! Jesús mismo soportó el castigo de la ley en su propio cuerpo sobre el madero maldito, para hacer posible que toda la familia humana guardara los mandamientos de Dios. ¡Sin los méritos de la sangre de un Salvador crucificado y resucitado, el hombre caído nunca podría satisfacer las exigencias de la ley, Dios no podría sostener su santidad y justicia, y justificar al pecador; pero ¡qué gloriosa es la verdad de la expiación! qué fundamento tan firme tienen los santos del Dios altísimo sobre el que apoyar su salvación! Ninguna de las promesas puede fallar; el pecador condenado puede ser purificado y emblanquecido por la justicia de Cristo. Los que aman a Jesús amarán la ley de Dios, porque es un trasunto de su carácter. Por el mérito de Cristo, el transgresor queda libre de los cargos que la ley le imputaba. El Redentor del mundo ha llevado la carga de culpa y aflicción que pesaba sobre el pecador, y es capaz de fortalecerlo para los conflictos que encontrará día tras día en su camino hacia el cielo. ¿Por qué no ha de alegrarse siempre el cristiano? Por la fe, los seguidores de Cristo pueden contemplar la gloria eterna de su Redentor. El pensamiento de que tenemos el privilegio de confiar la custodia de nuestras almas a Dios como a un Creador fiel, es un pensamiento sumamente precioso; porque él dice que los que le aman serán

suyos cuando sus joyas estén completas. ¡Oh, qué amor ha manifestado Dios por su iglesia, que ha comprado con su propia sangre preciosa!

Desde el comienzo de mi labor con la pluma y la voz, mi mayor temor ha sido hacer esfuerzos demasiado débiles al tratar de presentarles a Cristo crucificado. Nunca he temido presentarles el tema bajo una luz demasiado fuerte. Cada línea que mi pluma ha trazado, ha sido insatisfactoria debido a la debilidad de mi lenguaje para desplegar el maravilloso tema de la redención. Mis expresiones han estado muy por debajo de la magnitud del tema. La pluma del hombre, la lengua de un ángel, nunca pueden describir adecuadamente el amor de Dios manifestado en Cristo. Vemos a través de un cristal oscuro; sólo tenemos vislumbres tenues e imperfectas de Aquel que es la expresión de la gloria de su Padre. ¡Oh, que cada obrero en la causa de Dios pudiera tener una experiencia práctica en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo! Oh, que todo embajador de Cristo levantara las manos, como Juan, y dijera al pueblo, no sólo con los labios, sino con el corazón y el alma: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo".

1 de septiembre de 1890

Dedíquense al servicio de Dios

EGW

Debe ser tu propósito decidido poner cada poder de tu ser al servicio de Cristo. Su servicio es provechoso para la vida actual y para la venidera. Si tus pensamientos, tus planes, tus propósitos, están todos dirigidos hacia la acumulación de cosas de la tierra, tu ansiedad, tu estudio, tus intereses, estarán todos centrados en el mundo. Las atracciones celestiales perderán su belleza. Las glorias del mundo eterno dejarán de tener para ti la fuerza de la realidad. Tu corazón estará con tu tesoro, y cada facultad de tu mente estará tan concentrada en la obra que has elegido, que no prestarás atención a las advertencias y súplicas de la palabra y del Espíritu de Dios. No tendréis tiempo para dedicar al estudio de las Escrituras y a la oración ferviente para que podáis escapar de las asechanzas de Satanás y rendir obediencia inteligente a vuestro Padre celestial.

"La luz del cuerpo es el ojo; por tanto, si tu ojo es único, todo tu cuerpo estará lleno de luz". Si el ojo es único, si está dirigido hacia el cielo, la luz del cielo llenará el alma, y las cosas terrenales parecerán insignificantes y poco atractivas. El propósito del corazón cambiará, y la amonestación de Jesús será

atendida. Pondrás tu tesoro en el cielo. Tus pensamientos se fijarán en las grandes recompensas de la eternidad. Todos tus planes se harán en referencia a la futura vida inmortal. Serás atraído hacia tu tesoro. No estudiarás tus intereses mundanos; sino que en todas tus búsquedas la pregunta silenciosa será: "Señor, ¿qué quieres que yo haga?" La religión bíblica estará entretejida en tu vida diaria.

El verdadero cristiano no permite que ninguna consideración terrenal se interponga entre su alma y Dios. El mandamiento de Dios ejerce una influencia autoritaria sobre sus afectos y acciones. Si todos los que buscan el reino de Dios y su justicia estuvieran siempre dispuestos a obrar las obras de Cristo, ¡cuánto más fácil sería el camino al cielo! Las bendiciones de Dios fluirían en el alma, y las alabanzas del Señor estarían continuamente en sus labios. Entonces servirías a Dios por principio. Tus sentimientos podrían no ser siempre de naturaleza gozosa; las nubes ensombrecerían a veces el horizonte de tu experiencia; pero la esperanza cristiana no descansa sobre los arenosos cimientos del sentimiento. Los que actúan por principios contemplarán la gloria de Dios más allá de las sombras, y descansarán en la palabra segura de la promesa. No serán disuadidos de honrar a Dios, por oscuro que parezca el camino. La adversidad y la prueba sólo les darán la oportunidad de mostrar la sinceridad de su amor. Cuando la depresión se instala en el alma, no es evidencia de que Dios haya cambiado. Él es "el mismo ayer, y hoy, y por los siglos". Estás seguro del favor de Dios cuando percibes los rayos del Sol de Justicia; pero si las nubes se ciernen sobre tu alma, no debes sentir que estás abandonado. Tu fe debe atravesar las tinieblas. Tu ojo debe ser único, y todo tu cuerpo estará lleno de luz. Las riquezas de la gracia de Cristo deben mantenerse ante la mente. Atesora las lecciones que su amor te proporciona. Que tu fe sea como la de Job, que puedas declarar: "Aunque él me mate, en él confiaré". Aférrate a las promesas de tu Padre celestial, y recuerda su trato anterior contigo, y con sus siervos; "todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios."

Las experiencias más difíciles en la vida del cristiano pueden ser las más benditas. Las providencias especiales de las horas oscuras pueden alentar al alma en futuros ataques de Satanás, y equipar al siervo de Dios para resistir en las pruebas ardientes. La prueba de tu fe es más preciosa que el oro. Debes tener esa confianza permanente en Dios que no es perturbada por las tentaciones y los argumentos del engañador. Toma al Señor por su palabra. Debes estudiar las promesas y apropiártelas según las necesites. "La fe viene por el oír, y el oír, por la palabra de Dios". Arraigaos y cimentad en la palabra, y entonces no

renunciaréis a las verdades importantes para este tiempo, que han de ejercer una influencia santificadora sobre vuestra vida y carácter.

8 de septiembre de 1890

Cortesía y semejanza a Cristo

EGW

Ningún hombre puede ser cristiano sin tener el Espíritu de Cristo; y si tiene el Espíritu de Cristo, se manifestará en palabras amables y en un comportamiento refinado y cortés. La religión de Jesús está diseñada para ablandar lo que es duro y áspero en el temperamento, y para suavizar lo que es áspero o cortante en los modales. El cambio externo dará testimonio de un cambio interno. La verdad es el santificador, el refinador. Recibida en el corazón, obra con poder oculto, transformando el carácter. Pero los que profesan ser seguidores de Cristo, y al mismo tiempo son ásperos, poco amables y descorteses en palabras y conducta, no han aprendido de Jesús. Un hombre bravucón, dominante y criticón no es un cristiano; porque ser cristiano es ser semejante a Cristo. No es distintivo del cristiano estar continuamente celoso de su dignidad. Todas estas manifestaciones muestran que los hombres siguen siendo siervos del maligno.

Muchos que buscan la felicidad verán defraudadas sus esperanzas, porque la buscan equivocadamente y se entregan a temperamentos pecaminosos y sentimientos egoístas. Al descuidar los pequeños deberes y observar las pequeñas cortesías de la vida, violan los principios de los que depende la felicidad. La verdadera felicidad no se encuentra en la autogratisación, sino en el camino del deber. Dios desea que el hombre sea feliz, y por esta razón le dio los preceptos de su ley, para que, obedeciéndolos, tuviera alegría en casa y fuera de ella. Mientras permanezca en su integridad moral, fiel a sus principios, y tenga el control de todas sus facultades, no puede ser desdichado. Con sus zarcillos enroscados en Dios, el corazón estará lleno de paz y alegría, y el alma florecerá.

Palabras amables, miradas agradables, un semblante alegre, arrojan un encanto alrededor del cristiano que hace que su influencia sea casi irresistible. Es la religión de Cristo en el corazón lo que hace que las palabras sean amables, y el comportamiento convincente, incluso para los más humildes. En el olvido de sí mismo, en la luz de la paz y la felicidad que otorga constantemente a los demás, se ve la verdadera dignidad del hombre. Esta es una manera de ganarse el respeto y ampliar la esfera de la utilidad. Cuesta poco ser amable y gentil, y el

que sigue este camino no se quejará de no recibir el honor que le corresponde. Pero las reglas bíblicas deben escribirse en el corazón; las reglas bíblicas deben llevarse a la vida diaria.

A la fe genuina le sigue el amor, el amor que se manifiesta en el hogar, en la sociedad y en todas las relaciones de la vida, el amor que allana las dificultades y nos eleva por encima de las nimiedades desagradables que Satanás pone en nuestro camino para molestarnos. Y al amor seguirá la obediencia. Todos los poderes y las pasiones de un hombre convertido están bajo el control de Cristo. Su Espíritu es un poder renovador que transforma a la imagen divina a todos los que lo reciben.

Convertirse en discípulo de Cristo es negarse a sí mismo y seguir a Jesús tanto en las malas como en las buenas noticias. Es cerrar la puerta al orgullo, a la envidia, a la duda y a otros pecados, y así excluir la contienda, el odio y toda obra maligna. Es dar la bienvenida en nuestros corazones a Jesús, el manso y humilde, que busca ser admitido como nuestro huésped.

"El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo". Jesús es un modelo para la humanidad, completo, perfecto. Se propone hacernos semejantes a sí mismo,-verdaderos en todo propósito, sentimiento y pensamiento,-verdaderos en corazón, alma y vida. El hombre que abriga la mayor parte del amor de Cristo en el alma, que refleja la imagen de Cristo más perfectamente, es, a los ojos de Dios, el hombre más verdadero, más noble y más honorable. Pero el que no tiene el Espíritu de Cristo no es de los suyos.

22 de septiembre de 1890

El amor es el cumplimiento de la Ley

EGW

"Y he aquí que se levantó un abogado y le tentó, diciendo: Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna? El le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Respondiendo él, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido; haz esto y vivirás".

Amar a Dios supremamente y a nuestro prójimo como a nosotros mismos es guardar los cuatro primeros y los seis últimos mandamientos. Dios ha dado al hombre un gran campo en el que puede trabajar; y al hacer la obra que Dios le

ha asignado, el hombre no se enaltecerá a sí mismo, sino que enaltecerá a Cristo. Amará a Dios, a sus hermanos y a todos los hombres. El amor se extinguirá pronto del corazón si se deja sin cultivar; sólo podemos mantener el amor divino en el alma cumpliendo las palabras del Maestro. ¿No hay muchos que dicen guardar los mandamientos y viven transgrediendo los preceptos sagrados? No podemos guardar la ley de Dios a menos que demos a nuestro Creador y Redentor nuestro afecto indiviso. Es imposible guardar los seis últimos mandamientos a menos que guardemos los cuatro primeros.

Juan dice: "Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios; y todo el que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no conoce a Dios; porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos amó así, debemos también nosotros amarnos unos a otros". "Nosotros le amamos, porque él nos amó primero. Si alguno dice: Amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso; porque el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y este mandamiento tenemos de él: Que el que ama a Dios, ame también a su hermano."

¿Estamos obedeciendo las palabras de Cristo, o estamos siguiendo los impulsos de nuestros propios corazones depravados? ¿Tenemos la conciencia tranquila de que estamos cumpliendo todo nuestro deber para con nuestro Dios en la línea de elevar gozosas acciones de gracias y alabanzas por su constante cuidado y amor? Debemos cultivar los preciosos rasgos de carácter que abundan en Jesús en toda su divina plenitud. Debemos aprender diariamente en la escuela de Cristo, y practicar las gracias de su espíritu, hasta que nuestras vidas derramen la fragancia divina de su vida. Seremos representantes de Cristo si pensamos en los demás y atendemos a sus necesidades.

Cuando entramos en estrecha simpatía con Jesús, él nos impartirá su amor, y éste fluirá en actos amorosos, en tierna compasión hacia los demás. Cuando fallamos en amar a Dios supremamente, seguramente fallamos en amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Cuando ames a Dios con todo tu corazón, poder, mente, alma y fuerza, serás como un arroyo vivo en el desierto para todos los que te rodean. No habrá dudas expresas, ni siembra de cizaña en tus sugerencias. No descansarás satisfecho con una experiencia escasa. Dirás con Pablo: "No como si ya lo hubiera alcanzado, ni como si ya fuera perfecto;

sino que voy tras él, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, no me tengo por alcanzado; pero esto hago: olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús."

La vida cristiana no se detiene. El seguidor de Jesús ve siempre delante de sí cosas más altas que alcanzar, y no se contentará con una norma baja. Hay un gran peligro en estar satisfecho, en no proseguir hacia el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. ¿Por qué tantos se contentan con un conocimiento limitado de Cristo? ¿Por qué todos los que profesan ser cristianos no se esfuerzan fervientemente por crecer en conocimiento y experiencia, a fin de crecer en Cristo, hasta la plena estatura de hombres y mujeres en él? Es dolorosamente evidente que muchos han dejado de avanzar hacia el cielo. No hay crecimiento en el carácter cristiano; no son más que enanos en su vida religiosa. Cuando ves a tales personas, anhelas abrir ante ellas el valor del premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. Deseas inspirarles vigor espiritual para que puedan crecer. Haces lo que puedes para abrir ante ellos los privilegios y las oportunidades del evangelio; los exhortas a tener fe y amor y esperanza, y sin embargo, cuando te encuentras con ellos dentro de un año, te duele ver el mismo espíritu apático, el mismo crecimiento atrofiado. Dicen las mismas cosas que antes; no hay ninguna idea nueva en sus testimonios, ningún rasgo nuevo en su experiencia.

Una vez más les presentas el premio del alto llamamiento de Dios. Ellos asienten a todo lo que dices, declaran que son beneficiados, pero al año siguiente los encuentras con tristeza, pues ves que en verdad pueden decir: "No lo he alcanzado"; y sin embargo no quieren ir más allá y decir: "Olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús". Es evidente que no están convencidos de pecado, ni convertidos a Dios. No han respondido al poder de atracción de Cristo. Como Nicodemo, el Espíritu Santo debe moverse sobre ellos, y deben nacer de nuevo. La verdad debe ser recibida en corazones buenos y honestos, antes de que la luz pueda brillar al mundo en rayos claros y distintos. Todo seguidor de Cristo debe dejar que su luz brille en el mundo. Pero cuando no logran recoger la luz creciente del Sol de Justicia, ¿cómo pueden difundir la luz a los demás?

¿Por qué los seguidores de Cristo no pueden entender que deben ser enseñados, disciplinados y entrenados, que deben aprender obediencia por las cosas que sufren? ¿Por qué no tenemos más amor por Jesús? más amor por la verdad? "La

ley del Señor es perfecta, que convierte el alma; el testimonio del Señor es seguro, que hace sabio al sencillo. Los estatutos del Señor son rectos, alegran el corazón; el mandamiento del Señor es puro, ilumina los ojos. Limpio es el temor del Señor, que permanece para siempre; verdaderos y justos son todos los juicios del Señor. Son más deseables que el oro y que mucho oro fino; más dulces que la miel y que el panal. Además, por ellos es amonestado tu siervo; y en guardarlos hay gran recompensa."

En la verdad, Jesús se despliega en toda su incomparable hermosura; pero ¿de qué nos servirá el conocimiento de la verdad, si no nos lleva a Jesús, si no aumenta nuestro conocimiento de él y nuestro amor por él? En cuanto entregues todo tu corazón a Dios, rendirás una obediencia abnegada y alegre. Dios requiere que seamos hallados en él, no teniendo nuestra propia justicia, sino la justicia de Cristo. Cuando, con agradecimiento por su amor, abrimos la puerta de nuestro corazón a Jesús, diciendo: "Entra", el Huésped celestial está con nosotros. Cuando amamos a Jesús, amamos a todos los que Jesús ama.

6 de octubre de 1890

El pecado pervierte, la gracia restaura, las facultades del hombre

EGW

Cuando Dios creó al hombre, lo dotó de una mente equilibrada, con nobles cualidades y poderes. El hombre era perfecto en su ser y estaba en armonía con Dios. Sus pensamientos eran puros y sus objetivos santos. Pero por la desobediencia a Dios, sus facultades se pervirtieron, sus afectos se extraviaron, sus elevados y santos propósitos se rebajaron, y el egoísmo ocupó el lugar del amor. La caída no creó en el hombre un nuevo conjunto de facultades, sino que obró la perversión de todo lo que era bueno en su carácter.

Por medio del plan de salvación se proporcionó un camino por el cual el hombre podía volver a Dios; y al volver a su lealtad a Dios, se coloca en relación correcta con su Creador, donde es susceptible a la repreensión, advertencia, instrucción y consuelo del Espíritu Santo, donde puede vivir de toda palabra que sale de la boca de Dios, y estar en comunicación directa con Dios por medio de Cristo. En tal conexión y comunión, es colocado donde puede recobrar la imagen moral de Dios.

Los afectos, pervertidos por el pecado, se degeneran y depravan; pero mediante una conexión con Cristo son llevados a un cauce más elevado y santo; y,

ayudado por la gracia divina, el hombre puede ser un vencedor. Las facultades, deformadas en una dirección errónea por la influencia del pecado, ya no necesitan ser mal empleadas y pervertidas, ya no necesitan ser malgastadas en cumplir propósitos egoístas, o fijadas en las cosas perecederas de la tierra. Cuando el alma ha sido convicta de pecado, ha aceptado a Cristo, el carácter se transforma, y hay una elevación y purificación de todos los poderes del ser. Ya no están degradadas por objetivos egoístas y acciones impías. ¡Qué no puede llegar a ser el hombre por la gracia que Dios le ha dado! Por la santificación de la verdad, puede llegar a ser partícipe de la naturaleza divina, y escapar de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia. Puede dar ejemplo de justicia, de verdadera santidad.

A través de la degradación de los poderes más nobles y elevados del hombre, el dolor, el crimen y el sufrimiento llegaron a nuestro mundo, como resultado de la violación de los mandamientos de Dios. ¡Oh, que los hombres practicaran los santos principios de la ley de Dios! Vemos a los que están ansiosamente empeñados en amasar riquezas. Dedicán toda su energía, tacto, sabiduría y poder inventivo a la obtención de tesoros mundanos, tesoros que nunca necesitarán ellos mismos y que no beneficiarán a sus hijos. Están tan concentrados en la persecución de este único objeto, que no tienen tiempo para la oración, ni para buscar o servir a Dios, ni para ponerse del lado de Cristo. El cielo y las cosas eternas no tienen ningún encanto para ellos. Todos sus poderes morales están empequeñecidos, y pasan sus vidas con el único propósito de obtener tesoros mundanos. La oportunidad que les concede el Cielo para ganar la vida eterna la malgastan en luchar por las cosas perecederas de la tierra.

¡Ojalá que el melancólico cuadro descrito anteriormente sólo fuera aplicable a aquellos que son del mundo, que no han hecho profesión de Cristo! Más triste es ver a los que profesan la piedad presentando al mundo una exhibición de poderes mal empleados. La pasión por acumular tesoros en la tierra, por hacer provisiones para un futuro desconocido, por trabajar por posesiones corruptibles, que pasan con el uso, no se limita a aquellos que no han gustado de la buena palabra de Dios. Es triste en verdad ver a hombres que han conocido a Cristo, desechar su esperanza de una herencia inmortal en aras de amontonar tesoros en la tierra.

Si los hombres fueran tan ansiosos candidatos a los honores del cielo como lo son a los de la tierra, si estuvieran tan ansiosos de una herencia inmortal como lo están de ganancias mundanas, si emplearan la misma concentración de mente y energía para la acumulación de riquezas divinas como para la acumulación de

tesoros que pasan, ¿qué no podría hacerse en el mundo? ¡Qué luz destellaría sobre el mundo de hombres que se dedicaran de todo corazón al servicio de su Dios! Tales hombres reflejarían los brillantes rayos del Sol de Justicia en el camino de los demás.

¡Oh, cuántos se preocupan por las cosas terrenales, esforzándose sólo por lo que es perecedero y fugaz! Todo el poder de su ser se emplea en asegurar tesoros terrenales, y sus talentos se empequeñecen, su espiritualidad se paraliza. Dios pone ante los hombres un cielo que ganar, una corona de gloria inmortal que conquistar, honores que nunca se empañarán, gozo que nunca se desvanecerá. Oh, ¿permitiremos que Satanás pervierta nuestras facultades, que ponga nuestros ojos en un objeto indigno, para que nos preocupemos de las cosas terrenales, y demos alma y cuerpo por los tesoros fugaces que no nos sirven más que un día, y nos perdamos de asegurar la herencia eterna?

13 de octubre de 1890

Resultado de una auténtica conversión

EGW

La conversión genuina pone al alma en conexión viva con Cristo, y hace de la persona que tiene esta experiencia un canal de luz para el mundo. A todos se nos han transmitido rasgos objetables de carácter, y muchos los han cultivado hasta que hábitos equivocados de pensamiento y acción se han arraigado profundamente en la naturaleza; pero cuando la verdad de origen celestial encuentra un lugar en el corazón, un poder nuevo y divino comienza a modelar el carácter según el Modelo divino. En el alma consagrada al servicio de Cristo habrá un creciente disgusto por el pensamiento grosero, los modales rudos y el lenguaje indecoroso, porque todo se opone al casto y puro Espíritu de Cristo, que mora en ella. ¡Cuán necesario es que todo el que profesa ser seguidor de Cristo lo sea realmente, y practique la verdad que profesa!

Entre los jóvenes hay muchos cuyos nombres figuran en el registro de la iglesia, pero que no se disciplinan para mejorar en pensamiento, palabra y modales. Persisten en llevar consigo sus rasgos objetables de carácter. Tienen sentimientos vulgares, modales groseros, hábitos bajos. Los transmiten a otros a través de su asociación escolar, y a través de la vida siembran cizaña en lugar del precioso trigo. Si en la niñez y en la juventud, en el período de formación de la vida, se consienten costumbres bajas y vulgares, el futuro se verá empañado por manchas; e incluso en la edad adulta, muchos no verán la

necesidad de superar estos defectos y de rectificar sus odiosas malformaciones de carácter. La tentación los vencerá, porque son débiles en poder moral.

Los que tienen la iluminación divina verán la necesidad de la superación, pues comprenderán algo del propósito del Cielo en cuanto a la influencia que han de ejercer sobre los demás para su salvación. Si los que tienen faltas graves que superar, confiaran en Dios con fe sincera, él obraría por ellos; y cuanto más diligentemente se dedicaran al cultivo de la virtud y al cumplimiento del deber, más gracia recibirían para llegar a ser como el Modelo. Con la experiencia de la conversión a Cristo, comienza una nueva vida. El apóstol dice: "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas". Quien acepta a Jesús hará esfuerzos decididos para vencer mediante la fuerza que se le imparte desde el Cielo; todo su carácter debe ser y será transformado. Mirando a Jesús, el autor y consumidor de su fe, irá de gracia en gracia, de fortaleza en fortaleza, y se le dará poder para desarraigar todo mal. Pasará del servicio de Satanás al servicio de Dios. La fe, la fe viva y activa, obra por el amor y purifica el alma; se convierte en un principio permanente en la vida. Todo el que ha aceptado la justicia de Cristo se encuentra en un alto terreno ventajoso. Su conversación, sus hábitos, serán de un carácter elevado y refinado, según el ejemplo de su Señor, y entonces no mentirá contra la verdad. Se elevará por encima de todas las cosas bajas a la atmósfera pura del cielo.

Toda alma que es atraída a Cristo ha de ser colaboradora suya. El apóstol escribe: "Sois colaboradores de Dios". Pero para ser colaboradores de Dios se necesitan algunas altas calificaciones. El Señor exige que los que quieran trabajar con él sean refinados en el lenguaje, pulidos en los modales, y está dispuesto a conceder la gracia de Cristo a todo buscador sincero. Por medio de la ayuda que Cristo puede dar, el obrero con Dios puede cultivar hábitos de pulcritud, de minuciosidad, y presentar al mundo un ejemplo que en todas las cosas será digno de imitación; para que pueda crecer hasta la plena estatura de un hombre en Cristo Jesús.

Aquellos que tienen una manera descuidada y payasesca, ya sea en la familia o en la sociedad, deshonran a su divino Señor. Incluso los ministros han representado mal a Cristo, cuando en el púlpito han hecho una exhibición de acciones teatrales y modales excéntricos. Esto no es de Dios. Las excentricidades son consideradas a veces como virtudes por los hombres, pero no ayudan a representar a Cristo. Las actitudes descuidadas y las expresiones irreverentes pueden servir para complacer a los hombres de gustos poco refinados, las anécdotas pueden divertir, pero el ministro que trata de satisfacer

tales gustos tiene una escasa apreciación de la dignidad, sencillez, bondad y hermosura del carácter del divino Señor.

3 de noviembre de 1890

Justificación por la fe

EGW

Cuando por el arrepentimiento y la fe aceptamos a Cristo como nuestro Salvador, el Señor perdona nuestros pecados y remite la pena prescrita por la transgresión de la ley. Entonces el pecador se presenta ante Dios como una persona justa; se le concede el favor del Cielo y, por medio del Espíritu, tiene comunión con el Padre y el Hijo. Luego hay otra obra que cumplir, y ésta es de naturaleza progresiva. El alma debe ser santificada por medio de la verdad. Y esto también se logra por medio de la fe. Porque sólo por la gracia de Cristo, que recibimos mediante la fe, puede transformarse el carácter.

Es importante que entendamos claramente la naturaleza de la fe. Hay muchos que creen que Cristo es el Salvador del mundo, que el Evangelio es verdadero y revela el plan de salvación, pero no poseen la fe salvadora. Están intelectualmente convencidos de la verdad, pero esto no es suficiente; para ser justificado, el pecador debe tener esa fe que se apropia de los méritos de Cristo para su propia alma. Leemos que los demonios "creen y tiemblan"; pero su creencia no les trae la justificación, ni tampoco la creencia de aquellos que dan un asentimiento meramente intelectual a las verdades de la Biblia les traerá los beneficios de la salvación. Esta creencia no alcanza el punto vital, porque la verdad no compromete el corazón ni transforma el carácter.

En la fe genuina, salvadora, hay confianza en Dios, a través de la creencia en el gran sacrificio expiatorio hecho por el Hijo de Dios en el Calvario. En Cristo, el creyente justificado contempla su única esperanza y libertador. La creencia puede existir sin la confianza, pero la confianza que nace de la fe no puede existir sin la fe. Todo pecador que llega a conocer el poder salvador de Cristo, manifestará esta confianza en mayor grado a medida que avance en su experiencia.

Las palabras del apóstol arrojan luz sobre lo que constituye la fe genuina. Dice: "Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación". Creer con el corazón es

más que convicción, más que asentimiento a la verdad. Esta fe es sincera, seria y compromete los afectos del alma; es la fe que obra por amor y purifica el corazón.

Dios revela a Cristo al pecador, y éste lo contempla muriendo en el Calvario por el pecado de su criatura. Entonces comprende cómo está condenado por la ley de Dios, pues el Espíritu obra en su conciencia, haciendo valer el reclamo de la ley quebrantada. Entonces se le da la oportunidad de desafiar la ley, de rechazar al Salvador, o de ceder a sus demandas, y recibir a Cristo como su Redentor. Dios no forzará el servicio de ningún hombre, pero le revela su obligación, le despliega los requisitos de su santa ley, y le presenta el resultado de su elección: obedecer y vivir, o desobedecer y perecer.

El mandamiento del Cielo es: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo". Cuando se comprende la fuerza de esta exigencia, la conciencia es convicta, el pecador es condenado. La mente carnal, que no está sujeta a la ley de Dios, ni de hecho puede estarlo, se levanta en rebelión contra las santas demandas de la ley. Pero cuando el pecador contempla a Cristo colgado en la cruz del Calvario, sufriendo por su transgresión, se apodera de él una convicción más profunda, y ve algo de la naturaleza ofensiva del pecado. Donde hay una verdadera concepción de la espiritualidad y santidad de la ley divina, el pecador está bajo condenación, y sus pecados se presentan ante él en su verdadero carácter. Por la ley se conoce el pecado, y a su luz se comprende la maldad de los pensamientos secretos y de las obras de las tinieblas. La ley de Dios presenta los asuntos bajo una luz en la que nunca antes había visto su vida. Ve que lo que hablamos con nuestra lengua, lo que hacemos con nuestras manos, lo que exhibimos en nuestra vida exterior, no es más que una parte muy pequeña de lo que constituye nuestro carácter. La ley penetra hasta los pensamientos y las intenciones del corazón. Busca las oscuras pasiones que se complacen en secreto, los celos, las envidias, el robo, el asesinato, la malignidad, la ambición y el mal que acechan ocultos a los ojos de los hombres. Cuán a menudo los hombres exaltan a aquellos en cuyos corazones hay cosas oscuras que, por falta de oportunidad para manifestarse, se mantienen ocultas a la vista. Pero la ley de Dios registra toda maldad oculta. El sabio declara: "Dios traerá toda obra a juicio, con toda cosa secreta, sea buena o sea mala".

Muchos que pretenden creer que la ley tiene una obligación vinculante para las inteligencias humanas, piensan con ligereza en los pecados secretos, y se comportan con audacia, tan satisfechos en su justicia propia como si fueran

realmente hacedores de la palabra de Dios. Su obra lleva la impronta de su carácter defectuoso, y Dios no puede ser su ayudante. Dios no puede cooperar con ellos.

El carácter es probado y registrado por el Cielo más por el espíritu interior, el motivo oculto, que por lo que aparece a los hombres. Los hombres pueden tener un exterior agradable, y ser exteriormente excelentes, mientras que no son más que sepulcros blanqueados, llenos de corrupción e inmundicia. Sus obras se registran como no santificadas, impuras. Sus oraciones y obras, desprovistas de la justicia de Cristo, no ascienden ante Dios como dulce fragancia, sino que son abominación a los ojos del Señor. Para aquellos que abren los ojos, la ley presenta una imagen perfecta del alma, una fotografía completa del hombre interior; y cuando esta imagen se revela ante el pecador, éste se ve obligado a reconocer que está vendido al pecado, pero que la ley es santa, justa y buena.

10 de noviembre de 1890

Justificación por la fe

(Concluido.)

EGW

Pablo declaró: "Una vez viví sin la ley; pero cuando vino el mandamiento, revivió el pecado y morí". El apóstol reconoció las pretensiones de la ley, y no estalló contra ella porque le revelara su verdadera situación. Reconoció la semejanza que presentaba, pero no dijo a la ley: "Límpieme, purifícame". Se volvió enseguida hacia el Calvario. Cayó sobre la roca de Cristo Jesús, y fue quebrantado. Conoció el arrepentimiento que no necesita arrepentimiento. Comprendió que "por las obras de la ley ninguna carne será justificada"; porque no es competencia de la ley salvar, sino condenar; no perdonar, sino condenar. No puede disminuir en ningún grado el rigor de sus exigencias. Si se pudiera anular un requisito, se podría abolir toda la ley; porque cambiar cualquier mandamiento para salvar a un infractor dejaría sin efecto el valor del resto. La ley no puede salvar a los que condena; no puede rescatar a los que perecen. Sólo hay una esperanza para el pecador. ¿Está en las ceremonias externas, en el cumplimiento riguroso de los deberes religiosos, en el luto y la penitencia, en dedicar horas a la oración y la meditación, en practicar la abnegación, en dar a los pobres y en hacer obras meritorias? Se pregunta: "¿Se complacerá el Señor en miles de carneros, o en diez mil ríos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi transgresión, el fruto de mi cuerpo por el pecado de mi alma?"-No; ningún

hombre puede presentarse ante Dios por sus propios méritos. Los que son salvos serán salvos porque Jesús ha pagado toda la deuda; y el hombre no puede hacer nada, absolutamente nada, para merecer la salvación. Cristo dice: "Sin mí nada podéis hacer". Entonces, ¿de quién es el mérito? -Todo pertenece a nuestro Redentor. Todas las capacidades del hombre vienen sólo a través de Cristo, y podemos decir de nuestras mejores actuaciones: "Todo procede de ti, y de lo tuyo te lo hemos dado."

Es la gracia de Cristo la que atrae a los hombres hacia sí, y sólo en Él hay esperanza y salvación para el pecador. El hombre es indigno de cualquier favor de Dios; pero como Cristo se convierte en su justicia, puede pedir y recibir, en su nombre y por su mérito, la gracia y el favor de Dios. Jesús llevó el justo castigo de la ley, para que nosotros pudiéramos tener su gracia; pero este hecho no significa la subversión de la ley. Pablo pregunta: "¿Anulamos, pues, la ley por la fe? Dios no lo quiera; sí, establecemos la ley". El otorgamiento de la gracia de Cristo al pecador arrepentido es para que entre en perfecta armonía con el gobierno del cielo. En la cruz, la misericordia y la verdad se encuentran juntas; la justicia y la paz se han besado.

Cuando miramos a la cruz del Calvario, vemos que las más altas exigencias de la ley fueron satisfechas en la eficiencia de la ofrenda. De ahí que Jesús sea llamado "el Señor nuestra justicia". Cuando nos aferramos al mérito de Cristo, y somos capaces de decir: "El Señor es mi Salvador, mi justicia", entonces somos justificados por la fe, y tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.

24 de noviembre de 1890

"Tanto amó Dios al mundo"

EGW

"Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna".

¿Quién puede medir el amor de Dios? Los ángeles no pueden comprenderlo; para ellos es una profundidad de misterio que no pueden desentrañar. Los ángeles se maravillan del amor divino manifestado a los hombres caídos; pero los hombres mismos permanecen indiferentes y no se impresionan. Pocos responden al amor de Dios. Pocos aprecian el maravilloso amor de Cristo en su vida de sufrimiento, en su muerte de vergüenza. He aquí humillado,

escarnecido, enviado de Pilato a Herodes, y de Herodes a Pilato, condenado, crucificado, suspendido en la cruz, oprobio de los hombres, despreciado del pueblo. La sentencia de condenación que merecía el hombre culpable, los ángeles la vieron caer sobre el inocente Hijo de Dios, el amado Comandante de sus huestes. Bien podían asombrarse del amor que sostenía al Sufriente, muerto para que nosotros vivamos. Pablo escribe: "Dios me libre de gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo". Este debería ser también el lenguaje de nuestros corazones. Es en la cruz donde se centran nuestras esperanzas de vida eterna; y al mirar al Calvario, viendo lo que ha hecho el pecado, ¿cómo podemos seguir viviendo en ella? Fue nuestro pecado el que hizo que el Hijo de Dios se humillara hasta la muerte, y muerte de cruz; y en él habitó la plenitud de la Deidad.

Cristo era la Majestad del cielo; y, sin embargo, he aquí que muere en lugar del hombre. ¡Qué amor es éste! "Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Porque difícilmente morirá uno por un justo; pero quizá alguno se atreva a morir por un bueno. Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros."

Bien pudieron los ángeles abandonar el cielo cuando Cristo fue crucificado, y contemplar el espectáculo de la cruz con pena y asombro. Contemplaron un espectáculo nunca antes visto, que jamás olvidarán. Contemplarlo en la cruz les reveló, como debería revelarnos a nosotros, lo odioso del pecado. Vieron cuánto costó liberar al hombre del terrible poder del mal. Y después de este despliegue de amor divino, ¿se enaltecerá el hombre? ¿Se enaltecerá el hombre? ¿Se vestirá con los harapos inmundos de su propia justicia y pretenderá presentarse ante Dios? ¿Rechazará los preceptos de Dios y vivirá en rebelión contra los mandamientos del Señor?

En la cruz hay un argumento incontestable en cuanto a la inmutabilidad de la ley divina. Mirando al Calvario, podemos ver cuán vanos son los esfuerzos del hombre cuando están desprovistos del mérito de Cristo para darles eficacia. La gran adquisición para un mundo impenitente es la cruz del Calvario. Pablo se gloriaba en la cruz, y bien podía hacerlo, pues fue allí donde se humilló para ser elevado a la verdadera grandeza. El precio pagado por su redención le reveló el valor de su alma. El Hijo de Dios tenía que morir por los pecados que Pablo había cometido; la sangre derramada en la cruz era por él, para salvarle de la ruina eterna. La preciosa sangre de Cristo era de tal valor que se hizo una expiación completa por el alma culpable, y esto era para Pablo su "gloria". Fue

por medio de la sangre de Cristo que tuvo redención, incluso el perdón de los pecados.

Pablo se daba cuenta de su debilidad, y bien podía desconfiar de sus propias fuerzas. Refiriéndose a la ley, dice: "El mandamiento, que fue ordenado para vida, hallé que era para muerte". Había confiado en las obras de la ley. Dice, respecto a su propia vida exterior, que en cuanto "a la ley" era "irreprensible"; y puso su confianza en su propia justicia. Pero cuando el espejo de la ley se alzó ante él, y se vio tal como Dios lo veía, lleno de errores, manchado de pecado, exclamó: "¡Miserable de mí! ¿quién me libraré del cuerpo de esta muerte?".

Pablo contempló al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Oyó la voz de Cristo que decía: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí". Decidió acogerse a los beneficios de la gracia salvadora, hacerse muerto a los delitos y pecados, lavar su culpa en la sangre de Cristo, revestirse de la justicia de Cristo, hacerse sarmiento de la Vid Viva. Caminó con Cristo, y Jesús llegó a ser para él -no una parte de la salvación, mientras que sus propias buenas obras eran otra parte, sino- su todo en todo, el primero y el último y el mejor en todo. Tenía la fe que obtiene la vida de Cristo, que le permitía conformar su vida a la del ejemplo divino. Esta fe no reclama nada para su poseedor a causa de su justicia, sino que lo reclama todo a causa de la justicia de Cristo.

En el Evangelio se retrata el carácter de Cristo. Mientras descendía paso a paso de su trono, su divinidad estaba velada en la humanidad; pero en sus milagros, sus doctrinas, sus sufrimientos, su traición, su burla, su juicio, su muerte por crucifixión, su tumba entre los ricos, su resurrección, sus cuarenta días en la tierra, su ascensión, su triunfo, su sacerdocio, hay tesoros inagotables de sabiduría, registrados para nosotros por inspiración en la palabra de Dios. Las aguas de la vida siguen fluyendo en abundantes torrentes de salvación. Los misterios de la redención, la unión de lo divino y lo humano en Cristo, su encarnación, su sacrificio, su mediación, bastarán para suministrar a las mentes, a los corazones, a las lenguas y a las plumas temas de pensamiento y de expresión para todos los tiempos; y el tiempo no bastará para agotar las maravillas de la salvación, sino que a través de las edades eternas, Cristo será la ciencia y el canto del alma redimida. Nuevos desarrollos de la perfección y gloria de Dios en la faz de Jesucristo, se desplegarán por siempre. Y ahora debe haber perfecta confianza en su mérito y gracia; debe haber desconfianza de sí mismo, y fe viva en él.

(Continuará.)

1 de diciembre de 1890

"Dios amó tanto al mundo"

(Concluido.)

EGW

Los que dependen de su propia justicia en vez de confiar en la justicia de Cristo, perderán el premio; serán pesados en la balanza del santuario y hallados faltos. Que todos los que se esfuerzan por obtener la preciosa bendición de la vida eterna desconfíen de sus propias fuerzas y, orando mucho, echen su alma indefensa sobre Cristo. Se escudriña muy poco la Palabra de Dios para obtener una dirección definitiva en el camino de la vida. La mayoría de los que profesan creer en Cristo sólo tienen ideas superficiales de lo que constituye el carácter cristiano. Un triste despertar llegará a tales almas tarde o temprano. Los pensamientos de estos creyentes superficiales no son lo suficientemente profundos o fuertes como para comprender la obra de la expiación y la relación de esa obra con su propio trabajo y vida. Tan terrible engaño se ha apoderado de muchos, tantas falsas ideas se han incrustado en el carácter, que parece necesario hacer pedazos toda la experiencia a fin de que la autodependencia y la autosuficiencia sean dejadas de lado, y la obediencia exterior se profundice en la piedad interior y la verdad. No te engañes a ti mismo con la idea de que tu propia justicia inherente te pondrá en armonía con Dios. No dejes de considerarte pecador a los ojos de Dios. No dejes de mirar a Jesús levantado en la cruz; y mientras miras, cree y vive; porque por la fe en el sacrificio expiatorio puedes ser justificado mediante la redención que es en Cristo Jesús. Cree que eres perdonado, que eres justificado, no en la transgresión y la desobediencia, sino en la sumisión a la voluntad de Dios. Si por la fe os aferráis a la justicia de Cristo, no os descuidéis de vuestros pensamientos, de vuestras palabras, de vuestras obras. Estudia mucho y ora para que, así como Cristo te ha mostrado el camino, te guarde en él por su gracia. Porque somos "guardados por el poder de Dios mediante la fe"; y aun la fe no proviene de nosotros mismos, sino que también es don de Dios.

Para crecer en la gracia y en el conocimiento de Cristo, es esencial que medites mucho sobre los grandes temas de la redención. Debes preguntarte por qué Cristo tomó sobre sí la humanidad, por qué sufrió en la cruz, por qué cargó con los pecados de los hombres, por qué fue hecho pecado y justicia por nosotros.

Debes estudiar para saber por qué ascendió al cielo en la naturaleza del hombre, y cuál es su obra para nosotros hoy.

Si se aprecian los pensamientos sobre Cristo, su obra y su carácter, seréis llevados a hundir profundamente el asta de la verdad, y seréis capacitados para entrar en posesión de preciosas joyas de la verdad. Mediante la apreciación del carácter de Cristo, mediante la comunión con Dios, el pecado se volverá odioso para ti. Al meditar en las cosas celestiales y caminar con Dios, como lo hizo Enoc, se despojará de todo peso y del pecado que tan fácilmente le asedia, y correrá con paciencia la carrera que tiene por delante. Pensamos que estamos familiarizados con el carácter de Cristo, y no nos damos cuenta de lo mucho que podemos ganar con el estudio de nuestro glorioso Modelo. Damos por sentado que sabemos todo acerca de él, y sin embargo no comprendemos su carácter ni su misión. Si descuidamos escudriñar las Escrituras, que testifican de él, nos apartaremos de la verdad y caeremos en el error del maligno. Nuestro edificio debe estar fundado sobre la Roca Cristo Jesús o no resistirá la prueba de la tempestad.

8 de diciembre de 1890

Transformación a través de Cristo

EGW

"De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, el cual nos reconcilió consigo mismo por Cristo Jesús, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados.... Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él".

Se produce un gran cambio en el carácter del que acepta a Cristo; porque "si alguno está en Cristo, nueva criatura es". Cuando vemos a los que profesan el cristianismo manifestando los viejos deseos carnales en palabra y acción, podemos saber que no están en Cristo, que la gracia transformadora de Cristo no ha tocado el alma, moldeado el carácter y limpiado la contaminación del corazón. Carecen de los elementos esenciales del carácter cristiano.

Los que tienen un conocimiento experimental de la gracia de Cristo sentirán su obligación ante él de ser representantes de su poder ante el mundo. Se darán

cuenta de que el que no conoció pecado fue hecho pecado por ellos, para que ellos fueran hechos justicia de Dios en él. La apreciación de este hecho nos permitirá tener una visión correcta de la obra de nuestro Redentor. Los verdaderos creyentes se darán cuenta de que mientras estaban separados de él por la impenitencia y el pecado, él no los abandonó, sino que intercedió por ellos, para que pudieran tener los beneficios de la salvación que él había comprado para ellos en un sacrificio infinito. Al aceptar a Cristo, saben que deben salir del mundo y separarse, y no tocar lo inmundo, para poder ser hijos de Dios. Deben amar a Cristo supremamente. Es imposible para las mentes finitas hacer una estimación justa del amor de Dios hacia sus criaturas caídas. Siempre corremos el peligro de olvidar este gran amor, porque no meditamos en él y nos dejamos absorber por las cosas de este mundo. Permitimos que nuestros corazones se dividan al poner nuestros afectos en las cosas de abajo, y así nos separamos de la verdadera Fuente de felicidad. Cristo debe ser el tema de nuestros pensamientos, el objeto de nuestro más tierno afecto. Debemos dejar que nuestra mente se detenga en las preciosas características de nuestro Señor; debemos contemplar las ricas promesas de su palabra; debemos meditar en las glorias del cielo. No debemos contentarnos con vislumbres ocasionales de nuestro Redentor, sino que nuestra mente debe permanecer fija en Dios por la confianza continua en su palabra. Debemos escudriñar las Escrituras con diligencia, a fin de que comprendamos las pretensiones que Cristo tiene sobre nosotros y tengamos una visión correcta de la verdad. Nuestras voluntades deben ser subyugadas y puestas en armonía con la voluntad de Dios.

Se ha permitido que una luz preciosa brille en nuestro camino, y a nuestro alrededor están los ángeles del cielo, que se interesan por nuestro bienestar. Dios está dispuesto a hacer grandes cosas por su pueblo, y ha prometido que si pedimos, recibiremos; pero muchos no alcanzan a comprender las promesas de bendita seguridad y ayuda. Estas preciosas promesas se cumplirán para los que guardan los mandamientos de Dios y hacen las cosas que son agradables a sus ojos. Debemos alabar a Dios por su abundante bondad y manifestarle nuestro amor con nuestra obediencia. El amor de Cristo manifestado hacia nosotros en su vida de humillación y abnegación, en su muerte en el Calvario, debe suscitar en nuestros labios cantos de gratitud. La esperanza de su pronta venida debería llenarnos de sagrado gozo, y deberíamos aferrarnos a los méritos del carácter divino de Aquel que soportó el insulto, la burla, la vergüenza y la muerte en nuestro favor. El que no conoció pecado, por nosotros fue hecho pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.

Dios nos ha dado una norma perfecta de carácter, que debemos mantener siempre ante nosotros. Mediante la fuerza que Cristo puede impartir, podemos guardar la ley de Dios. Debemos ser hijos obedientes, cualesquiera que sean las dificultades que tengamos que afrontar. No debemos esperar entrar en el cielo sin conflictos y pruebas, pero tenemos la seguridad de que si no consultamos nuestro propio placer, sino la voluntad de Dios, no se nos dejará librar la batalla solos.

Hay un gran trabajo que hacer en el mundo, y cada uno de nosotros debe dejar que su luz brille en el camino de los demás. Necesitamos recoger los rayos divinos de la luz de Cristo. Necesitamos escudriñar las Escrituras, y cavar profundamente en las minas de la verdad; porque las joyas preciosas no siempre yacen en la superficie; debemos buscarlas como un tesoro escondido. Hay un cielo de bienaventuranza que ganar, pues Cristo ha ido a prepararnos mansiones; y ahora es el momento de que busquemos una preparación para aquello que nos está preparando. Para ello, debemos traer diariamente a Cristo a nuestra vida; porque los que moran en las moradas de la bienaventuranza deben tener corazones libres de toda envidia, celos, odio, malicia y egoísmo. Jesús está esperando para hacer grandes cosas por nosotros, para llenarnos de toda la plenitud de Dios. Debemos creer en sus promesas, porque "guarda la verdad para siempre", "y no hay injusticia en él".

(Concluido la próxima semana).

15 de diciembre de 1890

Transformación a través de Cristo

(Concluido.)

EGW

Existe una conexión entre la tierra y el cielo a través de Cristo, la escalera mística que Jacob vio en su visión de Betel. Cuando estábamos separados de Dios, Cristo vino a reconciliarnos con el Padre. En su amor compasivo puso su brazo humano sobre la raza caída, y con su brazo divino asió el trono del Infinito, conectando así al hombre finito con el Dios infinito; por medio del plan de salvación estamos unidos con los organismos del cielo. Por los méritos de un Redentor crucificado y resucitado, podemos mirar hacia arriba y ver la gloria de Dios brillando desde el cielo hasta la tierra. Debemos estar agradecidos a Dios por el plan de salvación. Hemos sido bendecidos con muchas bendiciones,

y a cambio debemos dar a Dios nuestros corazones indivisos. Qué triste es que por nuestra indiferencia hacia nuestros intereses eternos estemos lejos de Cristo, no mantengamos nuestros ojos dirigidos hacia arriba, hacia la gloria eterna que espera al vencedor. No vemos la gloria de Dios brillando en cada vuelta de la escalera; no subimos por Cristo, avanzando en la vida divina. Si lo hiciéramos, reflejaríamos la imagen de Cristo, tendríamos pureza de carácter y llegaríamos a ser como luces en el mundo. Deberíamos contemplarle constantemente, hasta quedar encantados con las gracias de su carácter; entonces no dejaríamos de hablar de Él y de su amor. Entonces estaríamos en posesión de ricas bendiciones que el mundo no puede dar ni quitar, y perderíamos nuestro gusto por el pecado.

A veces las tinieblas se ciernen sobre el cristiano, pero que la mano de la fe se extienda y se aferre al brazo de Jesús; porque él ha prometido que si le seguimos, tendremos la luz de la vida. Cristo es nuestro líder; no podemos guiarnos a nosotros mismos; pero para obtener su ayuda, debemos creer. Debemos orar mucho; pero no siempre tenemos espíritu de oración, y Satanás se aprovecha de nuestra debilidad en este punto. Sin embargo, nunca debemos desanimarnos, sino que en tiempos de tentación y prueba debemos colgar nuestras almas indefensas sobre Jesús. Debemos aprender a confiar en nuestro Redentor, que nos ha prometido estar con nosotros hasta el fin del mundo. Debemos aprender a confiar en la palabra de Dios; porque es más fácil que pasen el cielo y la tierra a que falte una de sus promesas. Cuando no sientas el espíritu de la oración, debes recordar que el sentimiento no es fe; debes tratar de probar la palabra empeñada de Dios. He tenido que aprender por experiencia que el sentimiento no es criterio para nosotros; debemos tomar la palabra de Dios como el hombre de nuestro consejo. Si tuviéramos verdadera fe, podríamos conmover al mundo; podríamos suplicar a Dios y a nuestros amigos, y muchas conversiones serían el resultado.

Si queremos que nuestra fe crezca, debemos ejercitarla; y cuanto más cerca y más claramente veamos a Jesús, más nos daremos cuenta de que lo necesitamos. Dios está dispuesto a revelarse a nosotros de una manera extraordinaria; la razón por la que no vemos mayores manifestaciones de su poder es que nos falta fe. Si Dios respondiera a algunas de nuestras oraciones sin fe, nos asombraría. Debemos acudir a Dios con seriedad, y mezclar la fe con nuestras peticiones; la fe perseverante nos traerá respuestas de paz. Cristo dice: "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". Nuestras mentes deberían llenarse con el pensamiento de nuestro precioso Redentor, y nos pareceríamos cada vez más a él, y así revelaríamos a Cristo al mundo. Debemos elevar de tal manera al Salvador resucitado que el mundo pueda ver que lo conocemos. ¿No

daremos pasos tan avanzados en la vida divina que los hombres puedan ver que la gracia de Cristo ha tenido un efecto transformador en nosotros?

Veo encantos incomparables en mi Redentor, veo una belleza insuperable en su carácter, y quiero ser como Él. Pero, ¡oh, cuánto dolor tiene que soportar Cristo a causa de nuestros caminos torcidos y perversos! Caminemos con Dios como lo hizo Enoc; entonces nuestro Salvador no se avergonzará de llamarnos hermanos. Pero no podemos esperar recibir este favor a menos que guardemos sus mandamientos y hagamos las cosas que son agradables a sus ojos. Dios nos ha dado preciosas ventajas, para que comprendamos su voluntad revelada en su palabra; y a cambio, ¿no le rendiremos nuestra voluntad, y creemos de todo corazón lo que nos ha dicho? Si así lo hacemos, nuestro Padre celestial nos concederá abundantes bendiciones, y nos dirá poco a poco: "Hijo mío, sube más arriba"; pero si descuidamos nuestro deber, sólo nos espera la condenación. Mientras dure el tiempo de prueba, debemos aprovechar al máximo nuestras oportunidades de buscar al Señor, y se nos da la promesa: "Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros."

22 de diciembre de 1890

¿Somos representantes de Cristo?

EGW

El año 1890 se acerca a su fin. Consideremos individualmente cuál es el registro hecho en los libros del cielo con respecto a nuestra vida y carácter, y nuestra actitud hacia Dios. ¿Ha aumentado nuestro amor a Dios durante el año pasado? Si Cristo mora realmente en nuestros corazones, amaremos a Dios, amaremos obedecer todos sus mandamientos, y este amor se profundizará y fortalecerá continuamente. Si representamos a Cristo ante el mundo, seremos puros de corazón, de vida, de carácter; seremos santos de conversación; no habrá engaño en nuestro corazón ni en nuestros labios. Examinemos nuestra vida pasada y veamos si hemos dado pruebas de nuestro amor a Jesús procurando ser como él, y trabajando, como él trabajó, para salvar a aquellos por quienes murió.

De los celosos y abnegados discípulos de Cristo está escrito que Jesús no se avergonzaba de llamarlos hermanos, pues manifestaban plenamente su Espíritu y eran semejantes a él. Por sus obras testificaban constantemente que este mundo no era su hogar; su ciudadanía estaba en lo alto; buscaban un país mejor, incluso celestial. Su conversación y sus afectos estaban puestos en las cosas celestiales. Estaban en el mundo, pero no eran del mundo; en espíritu y práctica

estaban separados de sus máximas y costumbres. Su ejemplo diario atestiguaba que vivían para la gloria de Dios. Su gran interés, como el de su Maestro, era la salvación de las almas. Por esto trabajaban y se sacrificaban, sin estimar sus vidas. Con su vida y su carácter trazaron un brillante camino hacia el cielo. Jesús puede mirar con satisfacción a tales discípulos como sus representantes. Su carácter no será tergiversado a través de ellos.

¿Cómo es con los que ahora profesan ser seguidores de Cristo? ¿Pueden el Señor Jesús y los ángeles testigos mirar ahora con agrado a su iglesia? Nuestra vida espiritual, nuestro celo, nuestra abnegación, nuestro amor por los pecadores, ¿son pruebas de que Jesús puede confiar en nosotros para representar su carácter ante el mundo? ¿Dónde está Cristo hecho todo en todos? ¿Dónde está el pueblo que muestra las alabanzas de Aquel que lo llamó de las tinieblas a su luz admirable? ¿Aprenderá alguna vez el mundo el poder derretidor y subyugador de la gracia de Cristo, su influencia refinadora y elevadora, a través de la iglesia en su condición actual? Cristo dice: "Tengo algo contra ti, porque has dejado tu primer amor". Y por medio del apóstol Santiago declara: "¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo" -siguiendo el modelo de su orgullo, conformándose a sus prácticas egoístas y a su indulgencia pecaminosa- "es enemigo de Dios". Cristo no los reconoce como hermanos, colaboradores suyos. La falta de abnegación por parte de los cristianos profesos envalentona al mundano en su seguridad carnal. Su autoindulgencia tergiversa la vida abnegada de Jesús, su modelo. Mientras profesan ser discípulos de Cristo, siguen el impulso de sus propios corazones no santificados, y así dan al mundo una falsa concepción de Jesús.

Dios ha hecho que el avance de su causa en el mundo dependa de los trabajos y sacrificios de sus seguidores. La salvación de nuestras almas fue comprada por el don infinito del Hijo de Dios. Jesús dejó el cielo, abandonó su gloria, dejó la comunión y la adoración de los ángeles sin pecado, y por nosotros se humilló hasta la muerte de cruz. Y ahora nosotros, que hemos llegado a ser partícipes de su gran don, hemos de ser también partícipes de su sacrificio, extendiendo a otros las bendiciones de la salvación.

No hubo un solo rastro de egoísmo en la vida de Cristo. Todos los que trabajan con Dios tendrán el mismo espíritu que tenía su Maestro. Estarán continuamente alejándose del egoísmo y renunciando a la autocomplacencia, incluso en cosas que una vez les parecieron inocentes.

Hay ahora una demanda como nunca antes de trabajo y dinero para sostener la causa de Cristo, para enviar el evangelio al mundo. En todas partes hay puertas abiertas para la entrada de la palabra de vida. En todas partes hay almas que están en tinieblas, esperando recibir la luz del cielo. No es sólo en tierras extranjeras donde existe la necesidad. Cerca de tus propias puertas hay almas que puedes ganar para Jesús, almas para quienes tu vida puede ser la revelación de Cristo. Para estas almas, Dios te ha puesto como portador de luz en el camino al cielo. Si tu luz se oscurece, si se apaga en las tinieblas, pueden perderse. No podéis descuidar a estas almas, no podéis negaros a participar con Cristo en su trabajo y sacrificio, y encontrar vosotros mismos la entrada como pecadores redimidos en la ciudad de Dios. Los que no representan a Cristo, los que no tienen su amor abnegado y no hacen su obra, dan pruebas de que ellos mismos no están unidos a él. Cualquiera que sea su profesión, no pertenecen a Cristo.

Hay una triste negación de Dios por parte de su pueblo profeso. Los medios y esfuerzos que deberían darse a Cristo se dedican a complacerse a sí mismos. Se roba a Dios el tiempo, el dinero y el servicio. El amor propio, la autogratificación, excluyen del alma el amor de Jesús, y por eso no hay en la iglesia mayor celo y más ferviente amor por Aquel que nos amó primero. Tantos se complacen en la facilidad egoísta, mientras perecen las almas por las que Cristo murió.

Por eso el Señor no puede impartir a su iglesia la plenitud de su bendición como anhela hacerlo. Honrarlos de manera distinguida ante el mundo sería poner su sello sobre sus obras, confirmando su falsa representación de su carácter. Cuando la iglesia salga del mundo y se separe de sus máximas, hábitos y prácticas, el Señor Jesús obrará con su pueblo. Pero su bendición no puede otorgarse en plenitud mientras estén tan corrompidos con el espíritu y las prácticas del mundo.

¿Continuará Cristo siendo tergiversado por su profeso pueblo? ¿Deberá la gracia de Dios, la iluminación divina, ser excluida de la iglesia a causa de su tibieza? ¿No habrá una renuncia al mundo, una vuelta a Dios con pleno propósito de corazón? "Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso". Entonces Jesús no se avergonzará de llamarlos hermanos. Serán partícipes del sufrimiento de Cristo, y cuando se revele su gloria, se alegrarán también "con gran gozo."

29 de diciembre de 1890

Un símbolo de la destrucción final

EGW

"He aquí que yo despierto contra ellos a los medos, que no mirarán la plata; y en cuanto al oro, no se deleitarán en él. Sus arcos harán pedazos a los jóvenes, y no tendrán piedad del fruto del vientre; sus ojos no perdonarán a los niños. Y Babilonia, la gloria de los reinos, la hermosura de la excelencia de los caldeos, será como cuando Dios derribó a Sodoma y Gomorra."

La destrucción de Babilonia ilustra hasta cierto punto la destrucción final del mundo, de la cual escribe el profeta: "He aquí que viene el día del Señor, cruel, con ira y furor, para asolar la tierra, y destruirá de ella a sus pecadores." La destrucción vino sobre Babilonia mientras el rey y sus señores estaban de fiesta y jolgorio. Ciro y su ejército subieron por el lecho del río Éufrates, pues se habían cavado trincheras y el río se había desviado de su curso, de modo que no había obstáculo para que entrasen en la ciudad, siempre que se abriesen las puertas. Los guardias se entregaban a la alegría y al jolgorio, y la ciudad quedó sin defensa. Antes de que los oficiales se dieran cuenta, el enemigo había entrado en la ciudad y era imposible escapar. Los que estaban en una parte de la ciudad fueron asesinados o capturados antes de que los que estaban en otra parte supieran que la ciudad había sido invadida. No sonó ninguna alarma, no se pudo lanzar ningún grito para advertir al pueblo de que las fuerzas de Ciro estaban sobre ellos.

El monarca, sus príncipes y sus guardias se entregaron a la fiesta y, embriagados por la bebida, no se dieron cuenta del peligro que corría el reino. Se oyó un ruido a las puertas del palacio, se forzaron las puertas, las tropas de Ciro entraron a toda prisa, y en poco tiempo el rey y sus invitados yacían destrozados en los montones de muertos, y los borrachos dormían un sueño perpetuo. Así se cumplió al pie de la letra la profecía de Isaías y Jeremías.

El profeta describe a Babilonia como la gloria de los reinos, y en el sueño de Nabucodonosor estaba representada por la cabeza de oro. Pero aunque era el reino más grande de la tierra, el profeta había declarado: "Me levantaré contra ellos, dice el Señor de los ejércitos, y cortaré de Babilonia el nombre, el resto, el hijo y el sobrino, dice el Señor. También la convertiré en posesión del avetoro, y en estanques de agua; y la barreré con azadón de destrucción, dice el Señor de los ejércitos."

Por medio del profeta Isaías, el Señor declara lo que sobrevendrá a quienes sigan una conducta semejante a la de estos despreciadores de su palabra. Dice: "Ruido de multitud en los montes, como de un gran pueblo; ruido tumultuoso de reinos de naciones reunidos; el Señor de los ejércitos reúne el ejército de la batalla. Vienen de muy lejos, de los confines de los cielos, Jehová, y las armas de su furor, para destruir toda la tierra. Aullad, porque el día del Señor está cerca; vendrá como una destrucción del Todopoderoso". Él mira a través de las edades, y declara lo que será: "Por tanto, desfallecerán todas las manos, y se derretirá el corazón de todo hombre; y tendrán miedo; angustias y dolores se apoderarán de ellos; tendrán dolores como mujer de parto; se asombrarán unos de otros; sus rostros serán como llamas. He aquí que viene el día del Señor, cruel con ira y furor, para asolar la tierra, y destruirá de ella a sus pecadores." El profeta describe a continuación los signos del día de Dios, y Cristo habla también de estos signos como señales de su próxima venida. "Porque las estrellas del cielo y sus constelaciones no darán su resplandor; el sol se oscurecerá en su salida, y la luna no hará resplandecer su luz. Y castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad; y haré cesar la arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los terribles. Haré al hombre más precioso que el oro fino; al hombre más que la cuña de oro de Ofir. Por tanto, haré temblar los cielos, y la tierra se removerá de su lugar, en la ira del Señor de los ejércitos, y en el día de su furor."

Babilonia es un símbolo del mundo en general. Cuando su perdición se hizo segura, sus reyes y oficiales parecieron enloquecer, y su propio curso aceleró su destino. Cuando la perdición de una nación está fijada, parece que toda la energía, sabiduría y discreción de su anterior época de prosperidad, abandona a sus hombres de posición, y aceleran el mal que querían evitar. Los enemigos exteriores no son el mayor peligro para un individuo o una nación. El derrocamiento de una nación resulta, bajo la providencia de Dios, de algún curso imprudente o malvado propio. Pero el pueblo que teme a Dios, que es leal a sus leyes, que aplica los principios de la justicia en su vida, tiene una defensa segura; Dios será el refugio de los que confían en él.

5 de enero de 1891

¿Qué implica el abandono de la salvación?

EGW

Descuidar el cumplimiento de las condiciones de la salvación es elegir un carácter de defección y pecado, totalmente distinto del carácter de Cristo. Es

cerrar el único camino por el cual los pecadores pueden escapar de la ira de Dios. Si los hombres no muestran ninguna disposición a entrar en comunión con Cristo, y por medio de él en comunión con Dios el Padre, sino que hora tras hora, y día tras día, se atreven a manifestar indiferencia hacia Cristo reteniendo el servicio que se debe a Dios, robando al Señor su tiempo, sus facultades de razonamiento, su cooperación, no devolviendo ningún talento mejorado, sino más bien uniéndose con Satanás para fomentar la influencia y el poder del mal, ¿puede Dios honrarlos con el don de la vida eterna? ¿Puede entrar en el reino de los cielos el pecador impenitente que trata con desprecio el don de Dios, declarando con sus palabras y su actitud que no quiere llevar el yugo y soportar la carga de Cristo, que no desea que su vida esté escondida con Cristo en Dios? El pecador que odia a Dios y no cede a las insinuaciones de misericordia en la tierra, ¿podrá gozar de la vida eterna con Cristo y con el Padre? El que despreció la compañía del Padre y del Hijo en la tierra, ¿podrá tener comunión con ellos en el cielo?

Satanás fue una vez un ángel de luz, pero fue expulsado del cielo cuando se rebeló contra Dios. El pecado separa de Dios tanto a los hombres como a los ángeles. Y "si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al infierno y los entregó a cadenas de tinieblas para ser reservados al juicio", ¿cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande? Dios "no perdonó al mundo antiguo, sino que salvó a Noé, la octava persona, predicador de justicia, trayendo el diluvio sobre el mundo de los impíos; y convirtiendo en cenizas las ciudades de Sodoma y Gomorra, las condenó con derribo, poniéndolas por ejemplo a los que después vivirían impiamente". La historia del pasado proporciona ejemplos del destino de los que persisten en la indiferencia a las disposiciones de la salvación. Dios reveló su carácter a Moisés, declarando cómo trataría a los obedientes y a los desobedientes. "Y el Señor pasó delante de él, y proclamó: El Señor, el Señor Dios, misericordioso y clemente, paciente y abundante en bondad y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad y la transgresión y el pecado, y que de ningún modo exculpará al culpable".

Satanás es el autor de toda duda, de toda transgresión. Lleva cautivos a los hombres, atándolos para que hagan su voluntad; para cumplir su propósito, los mantiene en la más verdadera esclavitud. Para romper esta esclavitud, el Señor, en favor del hombre, ha dado al mundo a su Hijo unigénito y bien amado. Por el poder de Cristo, todos los cautivos de Satanás pueden ser liberados. Si no hubiera habido interferencia por parte de Dios, Satanás y los hombres se habrían unido en una guerra ininterrumpida contra el Dios del cielo. Cuando Cristo vino

al mundo, los malos ángeles conspiraron con los malos hombres, y las energías de la apostasía se unieron para destruir al Salvador del mundo. Esta enemistad se debió al hecho de que Cristo no dio licencia a las malas pasiones del corazón natural, e hizo una guerra decidida contra toda lujuria y toda forma de maldad.

En la gran controversia entre el bien y el mal, cada uno de nosotros tiene que elegir de qué lado estará, y nuestra vida y carácter pondrán de manifiesto quién es nuestro amo. Si rehusamos ser obedientes a la ley de Dios, pactaremos con Satanás, y Cristo no será amado ni honrado en nuestro corazón y en nuestra vida; pero el corazón insensible a tan gran salvación, cerrado a los brillantes rayos del Sol de Justicia, debe ser en verdad duro como el adamante.

El corazón es como un campo, y el bien y el mal son como semillas que echan raíces y dan su cosecha, ya sea para la vida eterna o para la muerte eterna. Aquellos que rehúsan ser moldeados por las operaciones del Espíritu de Dios, que rehúsan ser atraídos a Cristo, permanecer bajo su estandarte y librar la buena batalla, educan a otros, tanto por precepto como por ejemplo, a separarse de la Fuente de su fuerza y a descuidar la gran salvación provista para ellos.

Los padres que rehúsan el conocimiento de Dios, influyen en sus hijos contra la verdad por su propia incredulidad y dureza de corazón. El Señor habla a los padres y a las madres con todas las lecciones del Evangelio; los amonesta con la agonía y muerte de su propio Hijo amado; les advierte con los terrores de sus juicios sobre las naciones impenitentes del pasado, y les suplica con todas las recompensas de la eternidad, que eduquen a sus hijos en el temor y la crianza del Señor.

Cristo manifestó su interés por la salvación de todas las almas. Cuando soportó la muerte de cruz, hizo provisión para el perdón de cada alma, y a aquellos que obedecieran sus mandamientos, les prometió la felicidad eterna en su reino. ¿Cómo es que tan pocos responden a este amor? Dios es nuestro Creador, y de Él dependemos para todas las bendiciones, para el cobijo, el alimento y el vestido, para las oportunidades religiosas, para la gracia de que gozamos; y, sin embargo, ¡cuán fríos están nuestros corazones! A muchos incluso se les lleva a contemplar el Calvario, se les señala al Salvador crucificado, y sin embargo no se conmueven ante la manifestación del Amor Infinito. Pero, ¿vamos a contemplar con estoica indiferencia toda la revelación de su amor? Por el contrario, ¿no se derretirán y subyugarán nuestros corazones en ferviente gratitud y amor? ¿No cantaremos las alabanzas de nuestro Creador y Redentor? Dios ha dotado a los hombres con poderes emocionales, y éstos deben ser

ejercitados y fortalecidos, pero muchos parecen estar desprovistos de sentimientos. No manifiestan gratitud, no alaban a Dios, el dador de todas sus misericordias. Muestran afecto hacia sus amigos, pero la gran Fuente de toda bendición, el Benefactor lleno de gracia, no recibe ese amor al que tiene derecho. Todo el cielo contempla con asombro esta exhibición antinatural de ingratitud hacia Aquel que envía su sol y su lluvia sobre malos y buenos.

Un poder encantador ha estado obrando, robando los sentidos del hombre, adormeciendo todas sus facultades, para que no pueda responder a las cosas elevadas y santas, y llevar a cabo sus propósitos de servir a Dios y al hombre. Satanás, el gran engañador, se ha apoderado de la mente humana.

Pablo dijo respecto a los que estaban en este estado: "¿Quién os ha hechizado para que no creáis la verdad?". El hechicero, Satanás, ha estado hechizando a los hombres, y ellos se han rendido a los poderes de las tinieblas. Una seductora infatuación controla la razón, y los hombres no aman al Salvador, y por eso se niegan a hacer su voluntad. El cielo se asombra de que el amor a Cristo no despierte todas las fuerzas del ser y suscite cantos de adoración y una vida de obediencia a Dios.

12 de enero de 1891

La obligación del cristiano

EGW

"Y el diablo, llevándole a un monte alto, le mostró en un momento todos los reinos del mundo. Y el diablo le dijo: Todo este poder te daré, y la gloria de ellos; porque a mí me es entregada, y a quien yo quiero se la doy. Si, pues, quieres adorarme, todo será tuyo. Respondiendo Jesús, le dijo: Apártate de mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás."

Así, la posesión del poder mundano se le ofreció a Cristo a condición de que rindiera homenaje a Satanás. Qué contraste entre la manera en que nuestro Salvador superó esta prueba y la manera en que los hombres la superan. La esperanza de ganar poder en el mundo por medio de la riqueza o la posición los lleva al servicio del dios de este mundo. El amor a la ganancia controla sus afectos, y lo que Satanás no pudo obtener del Redentor del mundo, lo obtiene fácilmente de los hombres. Aun aquellos cuyos nombres están inscritos en los registros de la iglesia, que ocupan puestos de confianza como seguidores de

Cristo, sacrificarán principios, desecharán su experiencia religiosa, simplemente para obtener algún codiciado tesoro terrenal.

No hay razón para que el hombre caiga presa de las artimañas del enemigo. Cristo ha vencido en favor del hombre, y si el hombre se pone bajo el liderazgo del Capitán de su salvación, él también puede ser un vencedor. El problema es que los hombres no se someten a Cristo. Salen de las filas del Rey Emanuel, y se colocan en las filas del enemigo. Dedicán todos sus poderes a la obtención de riquezas o de algún otro tesoro terrenal, y tienen otros dioses antes que el Señor de los ejércitos.

El hombre de mundo no se contenta cuando satisface sus necesidades inmediatas, ni siquiera cuando tiene una abundancia almacenada para uso futuro; pero cuanto más obtiene, más desea tener. Quiere un mayor capital, un mayor stock, una mayor renta. Todo el poder de su mente se inclina hacia el objeto de sus deseos codiciosos, la acumulación de fortuna. El hombre de Dios tiene en vista un fin completamente diferente. Busca las riquezas celestiales, el gozo eterno. Al contemplar la diligencia y la energía de los que buscan la riqueza temporal, ¡cómo debería estimularnos a nosotros, que profesamos el nombre de Cristo, a ser fervientes en la obra de la salvación! Con cuánto mayor celo y perseverancia debemos poner a prueba toda fuerza, para ganar el premio celestial. Debemos trabajar con tanto mayor fervor cuanto más elevado es nuestro objetivo, cuanto más valioso es nuestro tesoro. El hombre del mundo está acumulando tesoros en la tierra, haciendo lo que el Señor ha ordenado que no se haga. El cristiano sincero está acumulando su tesoro en el cielo, donde nada puede empañar ni destruir. ¡Cómo debemos esforzarnos para obtener la recompensa que se ofrece a los que son fieles en el servicio de su Dios! ¿Acaso una eternidad de bienaventuranza no vale el esfuerzo perseverante de toda una vida? A los que siguen a Cristo de verdad no se les dejará desviar sus esfuerzos. Serán llevados a poner sus afectos en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Transformados por la gracia de Dios, su vida estará escondida con Cristo en Dios. La energía del verdadero cristiano se empleará en ganar poder espiritual. Apreciará los talentos que le han sido confiados y sentirá la responsabilidad de usarlos para la gloria de Dios. El siervo de Dios apreciará sus bienes, pero no los acaparará. Los valorará sólo en la medida en que puedan ser útiles para hacer avanzar el reino de Dios en la tierra. Trabajaré como Cristo, para bendecir a la humanidad. Haré el mejor uso de sus poderes, no para glorificarse a sí mismo, sino para que cada don pueda ser fortalecido para dar a Dios el mejor uso. No será "perezoso en los negocios", sino "ferviente de espíritu, sirviendo al Señor".

Dios no condena la prudencia y la previsión en el uso de las cosas de esta vida, pero sí condena la ambición febril, la ansiedad indebida, respecto a las cosas del mundo. Este espíritu de codicia y lujuria está en el mundo, a nuestro alrededor, pero no nos servirá flotar junto con la corriente de codicia que fluye por todas partes. Hemos de ser colaboradores de Dios. Dios nos ha dado poderes morales y nos ha hecho susceptibles a las influencias de su Espíritu. Ha dado a su Hijo unigénito y muy amado como propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo, para que todos nos reconciliemos con Dios. Él ha traído la luz y la verdad a nuestro conocimiento, y nosotros debemos usar nuestros poderes en armonía con estas agencias salvadoras. Debemos aferrarnos con seriedad a las ayudas que Dios nos ha proporcionado. Debemos orar, debemos estudiar las Escrituras, debemos creer y obedecer la palabra de Dios. Debemos aprovechar toda oportunidad y privilegio que Dios nos dé, para que podamos hacer seguros nuestro llamamiento y elección. Debemos ser obreros junto con Dios; porque él no completará su obra sin la cooperación humana. Jesús ha hecho un sacrificio infinito en nuestro favor, y espera mucho más de sus seguidores de lo que ellos le dan. Espera un esfuerzo y una cooperación voluntarios, celosos y desinteresados. El amor de Dios ha puesto el tesoro del cielo al alcance del hombre, y ¿seremos indiferentes a tal amor, a tal oportunidad? Dios está esperando, los ángeles están esperando, para ver qué hará el pueblo al que se le han confiado los tesoros de la verdad. Oh, si vosotros, que habéis sido tan altamente favorecidos por el cielo, no acudís en ayuda del Señor, ¿cuál será vuestra perdición? ¿Cómo escaparéis? Si fracasáis, más os valdría no haber nacido, pues no sólo perderéis el cielo vosotros mismos, sino que influiréis en otros con vuestro ejemplo; os dispersaréis de Cristo.

Muchas naciones, razas, lenguas y pueblos han de ser iluminados; y ¿puede ser posible que el pueblo elegido y real de Dios, los que tienen un conocimiento de Cristo, permanezcan indiferentes a los que están muriendo sin un conocimiento de Dios, cuando esto es la vida eterna? ¡Oh, que todos se den cuenta del privilegio que es ser colaboradores de Dios! Cristo ha dicho: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". La fidelidad al principio cristiano exige que cada profesor de Cristo entre en servicio activo en su viña. Aquellos que retienen su talento de la causa de Dios, no tendrán al fin parte en la recompensa. La luz debe brillar en cada alma que recibe la gracia de Cristo.

Pero con qué indiferencia muchos cristianos profesos miran a los que están en la ignorancia y el pecado. No hacen nada con su dinero, nada con su influencia, nada con su lengua o su pluma. Ni siquiera toman sobre sí la carga de sus

propias almas, sino que se dejan a sí mismos una constante ansiedad por otros, y así traen cuidado sobre la iglesia. Estos serían una carga y un estorbo en el mismo cielo. Por amor a Cristo, por amor a tu alma, trabaja diligentemente por la eternidad. Cristo ha ido a preparar mansiones celestiales para todos los que cumplan las condiciones establecidas en la palabra de Dios. Las almas por las que Cristo murió moran en las tinieblas y en el error; Dios ha hecho su parte para iluminarlas, y espera la cooperación de sus seguidores. El plan de salvación ha sido completamente desarrollado. La sangre de Jesús ha sido derramada por los pecados del mundo. Se ha dado la palabra de Dios, que habla al hombre en consejos, en reprensiones, en advertencias, en instrucciones, en promesas, en estímulos. El Espíritu Santo ha sido dado para ayudar al hombre en todos sus esfuerzos por vencer, y sin embargo el mundo perece en las tinieblas y el pecado. ¿Quiénes trabajarán con Dios para ganar almas para Cristo? ¿Quién llevará a las almas moribundas la buena nueva de la salvación? Las personas a quienes Dios ha bendecido con la luz y la verdad deben ser mensajeros de salvación. Su dinero debe fluir en un canal de beneficencia para bendecir a sus semejantes, y deben dedicar todas sus fuerzas a la causa de Dios, convirtiéndose en obreros junto con él. Deben ser abnegados, sacrificados, como él, que "siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos".

19 de enero de 1891

Invitación de Cristo a los cargados

EGW

"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.

Con estas palabras, Cristo invita a todos los cansados y agobiados a venir a Él y encontrar descanso. Sólo en Jesús podemos encontrar la paz y la felicidad, y, sin embargo, los hombres tratan de hallar descanso y satisfacción en casi todo menos en Cristo. Todo lo que disfrutamos en esta vida nos lo proporciona por su mérito y su amor, y sólo podemos tener esperanza del cielo por la fe en su nombre.

Jesús ve a la gran masa de la humanidad buscando la felicidad en vano, y quiere dirigir la atención de los hombres hacia sí mismo, lejos de las falsas esperanzas

y las alegrías engañosas del mundo; quiere que pongan sus afectos en él, su poderoso Ayudador y Libertador.

Jesús invita a todos los cansados y agobiados a venir a Él. No hay nadie excluido de la escuela de Cristo, nadie privado del privilegio de aprender las preciosas lecciones que quiere enseñar a sus seguidores. Pero a pesar del hecho de que Cristo ha prometido descanso a todos los que están cargados, cuántos de nosotros nos aferramos a nuestras penas, y no nos separamos de nuestros dolores, y rechazamos el consuelo y la esperanza que él asegura a los que vienen a él. La condición sobre la cual encontraremos descanso para nuestras almas es viniendo y tomando sobre nosotros el yugo de Cristo, y aprendiendo de él que es manso y humilde de corazón. Él dice: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí... y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga".

Pero en vez de tomar el yugo de Cristo, cuántos atan sobre sus almas un yugo irritante, una carga penosa. Muchos llevan una carga de preocupaciones, se aceptan las perplejidades mundanas, se siguen las costumbres mundanas, se practican las modas mundanas, y su carácter se estropea, su vida se convierte en un cansancio. Jesús quiere que se despojen de este yugo de esclavitud, y tomen sobre sí su yugo de amor, para que aprendan a ser mansos y humildes de corazón. El alma más débil, llevando el yugo de Cristo, soportando su carga, puede llegar a ser fuerte en su gracia, y encontrará el yugo fácil, la carga ligera.

El Maestro más grande que el mundo haya conocido dice: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas". El dolor, la tristeza, el desasosiego, la desilusión, que vienen a cada vida, son evidencia de que no hay descanso fuera de Cristo. Jesús nos ha redimido para sí, somos de su propiedad, y desea que aprendamos el camino de la paz y la alegría aprendiendo a obedecer la ley de Dios, la regla de su reino. Todo el sufrimiento y la angustia de esta vida afligida es el resultado de la desobediencia a la ley de Dios, de negarse a venir a Cristo, para aprender del gran Maestro la mansedumbre y la humildad de corazón. Si los hombres vinieran a Cristo y aprendieran su mansedumbre y humildad, no se negarían a obedecer la ley de Dios. Pero abandonan la fuente de agua viva, y se labran cisternas, cisternas rotas, que no pueden contener agua.

Pero Cristo es capaz de hacer todo lo que ha prometido hacer por el alma enferma de pecado. Los que tienen un conocimiento experimental de Cristo pueden dar testimonio de su fidelidad y verdad. Podemos tener una apreciación

de nuestra pecaminosidad, y darnos cuenta de que estamos llenos de inmundicia, pero a medida que la luz del cielo revela la depravación del corazón, no debemos desanimarnos, porque hay ayuda en Jesús para el más vil pecador. Las promesas de Dios son para todos los que las acepten, y Jesús dice: Venid, y yo os haré descansar. No dice: Venid, y tal vez os daré descanso, sino que la promesa es positiva: "Hallaréis descanso". A medida que aceptamos su yugo y aprendemos de él, encontramos dulce consuelo en sus promesas, y nuestra esperanza de la vida eterna se hace más fuerte y más brillante.

He visto a personas con problemas que, en vez de mirar a Jesús, seguían mirando sus problemas, seguían hablando de sus desalientos y seguían insistiendo en sus pruebas. ¿Por qué no aceptaron la invitación de Jesús? ¿Por qué no acudieron a él? Porque tenían el corazón dividido; pero Dios quiere el corazón entero. Cuando estamos en la prueba y la tristeza, debemos mirar a Jesús. Debemos llevar nuestro dolor al Señor en oración; porque él ha dicho: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá". ¿Por qué no cumplimos las condiciones en que se basan las promesas? Tenemos un Salvador precioso, y él conoce nuestras pruebas antes de que se las presentemos. Nos ama con un amor que es infinito, y hará por nosotros todo lo que ha prometido hacer. No necesitamos caminar en la oscuridad. No necesitamos seguir en la incertidumbre. Estamos dispuestos a creer lo que nos dicen nuestros amigos, entonces ¿por qué no creer en la palabra de nuestro mejor Amigo? ¿Por qué no creer en la palabra de Dios? ¿Por qué no "venir" y encontrar descanso para nuestras almas, según la invitación y la promesa de Jesús?

26 de enero de 1891

"Aprende de mí"

EGW

Jesús dice: "Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí". Podemos aprenderlas mirando constantemente a Jesús, el Autor y Consumador de nuestra fe. Al estudiar el Ejemplo, al contemplar el carácter de Cristo, al notar su vida de humildad, paciencia, abnegación y amor, cambiamos. Si no mantenemos el Modelo ante nosotros, fracasaremos en la vida cristiana; haremos sendas torcidas para nuestros pies, y otros seguirán nuestros pasos, y muchos se desviarán del camino recto.

El carácter de Cristo es sin mancha ni mácula, y debemos ser como nuestro Señor. "Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él". ¿Tomamos

represalias cuando otros nos injurian? Jesús no lo hizo; cuando fue injuriado, no volvió a injuriar. Jesús dijo que el mundo le odiaba, y que el mundo odiaría a los que le siguieran. Era Varón de dolores y experimentado en quebranto. El Capitán de nuestra salvación se perfeccionó mediante el sufrimiento. Fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Él sabe socorrer a los que ahora son tentados.

Jesús era manso y humilde de corazón, y nosotros debemos esforzarnos por ser como él. Si en verdad estamos aprendiendo de aquel que es manso y humilde de corazón, seremos afligidos. Las pruebas nos sobrevendrán, pero día a día debemos acudir a Cristo y encontrar descanso, porque él elevará el alma por encima de la tristeza y la perplejidad diarias a un reino de paz. Debemos recordar que Jesús soportó insultos, burlas y falsas acusaciones. Él nos ha dicho que debemos aprender a soportar el sufrimiento, como él lo ha soportado en nuestro favor. Cuando tengamos su Espíritu, le llevaremos nuestras pruebas y encontraremos descanso para nuestras almas. Los que buscan la paz y el descanso lo encontrarán sólo en Jesús. Debemos acudir a él confiando implícitamente en que nos dará todo lo que nos ha prometido. La experiencia que he tenido durante los últimos cuarenta años me demuestra que las promesas de Dios son infalibles.

Muchos piensan que Jesús está muy lejos, en lo alto de los cielos, y lejos del sonido de sus oraciones; pero Él dice: "Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio". Cuando nos reunimos para un servicio religioso, podemos estar seguros de que Jesús está con nosotros. Por pocos y humildes que sean los adoradores, el Huésped celestial está allí. Jesús no quiere que te alejes de él para hacerte más digno de su favor y bendición, porque no puedes hacerlo. La sangre de Jesucristo es el único agente eficaz para la limpieza del pecado. Él quiere que confiemos en Él como en nuestro mejor Amigo, y cuando lo hagamos, encontraremos consuelo y descanso. Los cristianos auténticos son las únicas personas realmente felices en el mundo, y es porque tienen una fe viva en un Salvador vivo. Tienen la seguridad de que Jesús está a su lado dispuesto a ayudarles en todo momento de necesidad, y saben que nunca les dejará ni les abandonará mientras confíen en Él.

Jesús dice: "Llevad mi yugo sobre vosotros". Si lleváramos su yugo, no llevaríamos yugos de nuestra propia fabricación. No seríamos impacientes, llenos de culpas, odiosos y odiándonos los unos a los otros. Si llevamos el yugo de Cristo, seremos pacientes, afectuosos y no nos vengaremos de las injurias, porque estaremos aprendiendo de aquel que es manso y humilde de corazón. Si

en verdad somos seguidores de Cristo, se nos pedirá que soportemos el reproche; pero si no se nos comprende, si se nos acusa falsamente, no debemos desanimarnos, sino recordar que nuestro Señor sufrió burlas y escarnio, e incluso los sumos sacerdotes y los gobernantes le cercaron el paso y le acusaron falsamente de mal. Pase lo que pase, debemos mirar a Jesús, sabiendo que es nuestro mejor Amigo, o Hermano Mayor.

En la vida cristiana, debemos elevar diariamente el alma, y estar en constante comunión con el Cielo. Cuando permanezcamos en Cristo, y sus palabras permanezcan en nosotros, nuestras palabras y acciones testificarán que estamos aprendiendo del divino Maestro. A medida que aprendemos la mansedumbre, el dominio propio, la paciencia y el amor, de día en día nuestra luz se hará más brillante, iremos de fuerza en fuerza y nos pareceremos cada vez más a Jesús. A medida que la luz de Cristo brille sobre nosotros, la reflejaremos en los demás, y así nos convertiremos en la luz del mundo. Oh, si todos los discípulos de Cristo reflejaran la luz de Cristo, ¡cuántos que ahora están en tinieblas serían ganados para su servicio, alabarían a Dios por su maravillosa gracia y amor! Es deber de cada uno de nosotros hacer sendas rectas para nuestros pies, no sea que los cojos se aparten del camino. Debemos ordenar nuestros pasos según la palabra de Dios, y dejar una senda luminosa hacia el cielo. Jesús dice: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos."

Los hijos de Dios profesan ser peregrinos y extranjeros en la tierra, en busca de una patria mejor. No deben poner sus afectos en las cosas de abajo. No deben conformarse al mundo, sino ser transformados por la renovación de su mente. Deben aprender diariamente en la escuela de Cristo, aprovechando de tal manera las lecciones del divino Maestro, que podrán servir a Dios cada vez mejor, mejor hoy que ayer, mejor mañana que hoy. Esta es la hora de la prueba, cuando se nos da la oportunidad de perfeccionar caracteres tales que nos hagan aptos para un lugar en las mansiones que Jesús ha ido a preparar para los que le aman. Para perfeccionar el carácter cristiano, debemos fijarnos en la perfección de Cristo, y al contemplar sus encantos incomparables, desearemos ser como él, y cambiaremos, reflejando más y más su espíritu de amor.

Jesús ha preparado muchas mansiones, ha hecho un lugar para sus hijos en la ciudad de Dios. No se ha olvidado de los que están en la tierra. Su gran corazón de amor está abierto a nuestras penas, a nuestros dolores, a nuestras pruebas, porque nos ha amado con amor eterno y nos ha rodeado de misericordia. Invita a todos los cansados y agobiados a que vengan a él y encuentren descanso.

Venid, pues, a él todos los que estáis abatidos, cansados y agobiados. Llevadle vuestras cargas, y cuando os levantéis para volver a vuestra tarea diaria, no las recojáis, sino dejádselas todas a él. Cuando te sientas tentado a recoger de nuevo tus preocupaciones y penas en tu corazón, di: "No, no lo haré. Se las he llevado al Cargador, y las dejaré con él". Mantén el corazón fijo en él, y medita en su amorosa bondad durante todo el día.

Tenemos un enemigo cruel que siempre nos sigue la pista, y Jesús nos pide que velemos y oremos para que la tentación no nos sorprenda y caigamos en la trampa del maligno. Satanás tratará de desanimarte, te dirá que es inútil que vayas a Cristo, que eres demasiado pecador; pero toma la promesa de Dios, y declárale en la cara: "Escrito está": "Aunque vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana". La sangre de Jesús puede limpiarte de toda maldad, y puede salvar perpetuamente a todos los que por él se acercan a Dios. Él te ha estimado de tan gran valor que ha dado su vida por ti, y ¿permitirás que algo te separe de él? Que nada se interponga entre tú y tu Señor. Acércate a él con plena certeza de fe, deposita en él todas tus preocupaciones, porque él cuida de ti. Llevad su yugo y aprended de él, que es manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestra alma.

9 de febrero de 1891

La fe manifestada por las obras

EGW

Nunca defenderé la teoría popular de que no importa qué doctrina abracen los hombres, si sólo tienen fe. "La fe sin obras está muerta, estando sola". La fe genuina se expresará con buenas obras. Estamos esperando esa bendita esperanza y la gloriosa aparición del gran Dios, y nuestro Salvador Jesucristo. Puede que no estemos vivos cuando Cristo venga con poder y gran gloria, pues todos estamos sujetos a la muerte en cualquier momento, pero si somos justos, en armonía con la ley de Dios, responderemos a la voz que llamará al pueblo de Dios desde sus tumbas, y saldremos para recibir la inmortalidad. Sólo los bienaventurados y santos estarán preparados para la primera resurrección; porque cuando Cristo venga, no cambiará el carácter. El cambio que tendrá lugar será aquel del que habla Pablo cuando dice: "Todos seremos transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se

vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad". La palabra de Dios declara que debemos ser hallados irrepreensibles, sin mancha ni arruga ni cosa semejante. Ahora hemos de aprender la obediencia, la sumisión a la voluntad divina, para que Dios obre en nosotros el querer y el hacer de su agrado, y para que trabajemos en nuestra propia salvación con temor y temblor. Pero nuestros propios esfuerzos no sirven para expiar el pecado ni para renovar el corazón. Sólo la sangre de Cristo puede expiarnos; sólo su gracia puede crear en nosotros un corazón limpio y capacitarnos para obedecer la ley de Dios. En Él está nuestra única esperanza.

Se ha hecho un sacrificio infinito. Cristo revistió su divinidad de humanidad y vino al mundo para ser nuestro ejemplo. Fue varón de dolores y conoció la aflicción. El profeta dice: "Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados". Jesús soportó insultos y burlas mientras trabajaba, yendo de un lugar a otro para salvar a los hombres caídos. Fue perseguido por los escribas y los fariseos, y huyó de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, para escapar a su malicia, y para preservar su vida hasta que cumpliera su misión. Era la luz del mundo, pero el mundo no le conocía. Aquellos que profesaban ser siervos devotos de Dios, actuaban como espías, y trataban de encontrar algo en él por lo que pudieran condenarlo. Su vida fue una vida de abnegación y sacrificio por los demás, una vida de amor que se extendía a los que sufrían y a los caídos.

Contempladle en el huerto de Getsemaní. El peso de los pecados del mundo pesaba sobre él, mientras los poderes de las tinieblas oprimían su alma, y él derramaba su oración de agonía a su Padre, diciendo: "Si es posible, pase de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como tú". Grandes gotas de sangre caían de su frente y humedecían el césped del huerto, y la misteriosa copa temblaba en su mano; el destino de un mundo perdido pendía de un hilo. ¿Debía enjugar las gotas de agonía de su frente, salir de Getsemaní y dejar al hombre perdido en sus pecados?

Entonces se presentó ante él la miseria de la raza perdida, y consintió en tomar la copa del sufrimiento y beberla hasta las heces. Se entregó a las manos de sus enemigos. Judas lo entregó al poder de los exultantes sacerdotes y gobernantes. Fue llevado al tribunal, y parecía que toda la humanidad se había perdido de los corazones de estos hombres, que profesaban la mayor piedad. Lo arrastraron de un tribunal a otro para regocijarse y regodearse en los sufrimientos de su

prisionero. Se regocijaban de que por fin el hombre Jesús estuviera en su poder, y se deleitaban insultándolo, burlándose de él y humillándolo. Así, pálido, débil y cansado, pisaba solo el lagar, y entre la gente no había nadie con él. Sin embargo, no pasaba desapercibido; los ángeles observaban al divino Sufriente. Los cielos se oscurecieron, la tierra se rasgó cuando gritó en agonía, colgado entre dos ladrones y muriendo como un malhechor. Era la Majestad del cielo, el divino Hijo de Dios. Sufría para que el hombre pecador no pereciera en su transgresión. Jesús no soportó todo esto para que nosotros continuáramos en el pecado, sino para salvarnos de nuestros pecados. Vino a traer a los hombres el poder moral, a unir la humanidad con la divinidad, para que por su gracia el hombre pudiera ser vencedor. ¡Cuán deseosos deberíamos estar de edificar sobre Cristo, de remachar nuestras almas a la Roca eterna! La religión de Jesús es la única religión genuina, y debemos poseerla, cueste lo que cueste, pero no debemos desear nada de esa falsificación barata de religión que tiene un nombre para vivir y está muerta. Debemos buscar el poder convertidor de Dios en nuestros corazones. Debemos abandonar el pecado porque es una ofensa a Dios, la transgresión de su ley, y volvernos a Cristo, para amarlo y seguirlo, para que no se avergüence de llamarnos hermanos.

16 de marzo de 1891

Palabras para las madres

EGW

El rey en su trono no tiene trabajo más alto que el de la madre. La madre es la reina de su hogar. Ella tiene en su poder el moldear el carácter de sus hijos, para que sean aptos para la vida superior e inmortal. Un ángel no podría pedir una misión más elevada, porque al hacer este trabajo está prestando un servicio a Dios. Que se dé cuenta del alto carácter de su tarea, y esto le inspirará valor. Que se dé cuenta del valor de su trabajo y se vista con toda la armadura de Dios, para que pueda resistir la tentación de conformarse a los criterios del mundo. Su trabajo es para el tiempo y para la eternidad.

Entre las primeras tareas de la madre está la de refrenar la pasión en sus pequeños. No se debe permitir que los niños manifiesten ira; no se les debe permitir que se tiren al suelo, golpeando y llorando porque se les ha negado algo que no era para su bien. Me he sentido angustiada al ver cuántos padres consienten a sus hijos en el despliegue de pasiones coléricas. Las madres parecen considerar estos arrebatos de ira como algo que hay que soportar, y parecen indiferentes al comportamiento del niño. Pero si un mal se permite una

vez, se repetirá, y su repetición resultará en hábito, y así el carácter del niño recibirá un molde maligno. He oído a personas argumentar que sus hijos eran demasiado pequeños para ser corregidos. Decían: "Cuando los niños sean mayores, se avergonzarán de sus manifestaciones de mal genio, y vencerán el hábito de mostrar ira."

Los pequeños, antes de cumplir un año, oyen y comprenden lo que se dice en referencia a ellos mismos, y saben hasta qué punto deben ser complacidos. Madres, debéis educar a vuestros hijos para que se plieguen a vuestros deseos. Debéis llegar a este punto si queréis mantener el control sobre vuestros hijos y preservar vuestra dignidad como madres. Vuestros hijos aprenden rápidamente lo que esperáis de ellos, saben cuándo su voluntad vence a la vuestra y aprovecharán al máximo su victoria.

La influencia de la madre es una influencia incesante; y si siempre está del lado del bien, el carácter de sus hijos atestiguará su seriedad moral y su valor. Su sonrisa, su aliento, pueden ser una fuerza inspiradora. Puede llevar el sol al corazón de su hijo con una palabra de amor, una sonrisa de aprobación.

Nunca se estimará lo suficiente el poder de las oraciones de una madre. La que se arrodilla junto a su hijo y a su hija en las vicisitudes de la niñez, en los peligros de la juventud, nunca sabrá hasta el juicio la influencia de sus oraciones en la vida de sus hijos. Si está unida por la fe al Hijo de Dios, la tierna mano de la madre puede apartar a su hijo del poder de la tentación, puede refrenar a su hija de caer en el pecado. Cuando la pasión lucha por el dominio, el poder del amor, la influencia restrictiva, sincera y decidida de la madre, puede equilibrar el alma del lado del bien.

El trabajo de la madre está cargado de una tremenda responsabilidad; pero cuando su influencia es para la verdad, para la virtud, cuando es guiada por la sabiduría divina, ¡qué poder para Cristo será su vida! Su influencia se extenderá a través del tiempo hasta la eternidad. Qué pensamiento es éste: que las miradas, las palabras y las acciones de la madre dan fruto en la eternidad, y la salvación o la ruina de muchos será el resultado de su influencia.

Formar el carácter según un molde celestial no es un trabajo innoble. ¿Es poca cosa desarrollar, entrenar y educar las facultades de vuestros hijos de tal manera que den gloria a Dios? ¿Es poca cosa enseñar a un niño a refrenar sus pasiones, a cultivar sus nobles facultades, a utilizar los maravillosos dones divinos de intelecto y afecto? Los padres reciben al niño como una carga indefensa en sus brazos; no sabe nada, y se le ha de enseñar a amar a Dios, se le ha de educar en

la crianza y amonestación del Señor. Debe ser modelado según el modelo divino.

Cuando los padres vean la importancia de su trabajo en la formación de sus hijos, cuando vean que involucra intereses eternos, sentirán que deben dedicar su mejor tiempo y pensamiento a este trabajo. Entre todas las actividades de la vida, el deber más sagrado de la madre es para con sus hijos. Pero cuán a menudo se deja de lado este deber para obtener alguna gratificación egoísta. A los padres se les confían los intereses presentes y eternos de sus hijos. Deben sostener las riendas del gobierno y guiar a sus hogares para honrar a Dios. La ley de Dios debe ser su norma, y el amor debe regir en todas las cosas.

23 de marzo de 1891

Palabras para las madres-Nº 2

EGW

Oímos hablar mucho de la educación de la mujer, y es un tema que merece cuidadosa atención. La educación más elevada para la mujer se encuentra en el cultivo completo y equitativo de todos sus talentos y facultades. El corazón, la mente, el espíritu, así como el ser físico, deben desarrollarse adecuadamente. Hay muchos que son incultos en mente y modales. Muchos están llenos de afectación, y el objetivo de su vida parece ser exhibirse. Cuando vemos este estado de cosas, no podemos evitar elevar una plegaria para que Dios bendiga al mundo con mujeres que estén desarrolladas como deberían estarlo en mente y carácter, mujeres que tengan una verdadera comprensión de la responsabilidad que Dios les ha dado.

Cuán esencial es para una madre el conocimiento del amor de Dios. La que tiene hijos que educar no puede hacerlo con éxito sin el temor de Dios ante sus ojos; porque en la educación de sus pequeños debe tener en cuenta sus intereses eternos y los intereses de la sociedad. La educación de los niños para la vida práctica recibe muy poca atención. Nuestras niñas, que se están convirtiendo en mujeres, no reciben una educación completa cuando se limitan a conocer los libros. Las madres que ocupan un lugar en la sociedad de moda sólo desean para sus hijas logros superficiales. Desean verlas con una apariencia agradable, y cuando esto se logra, sienten que su responsabilidad ha terminado. Pero los logros superficiales de la sociedad no ocuparán el lugar de las adquisiciones sólidas, en ramas útiles del conocimiento, y a menudo se encuentra que los más versados en las costumbres de la sociedad son los menos educados. La música,

la pintura, el bordado, se consideran con demasiada frecuencia como la parte más esencial de la educación, pero estos logros no son suficientes ni para desarrollar la mente ni para prepararla para los deberes prácticos de la vida. La educación debe ser un proceso de fortalecimiento, que prepare a su destinatario para una vida más elevada y noble. Su objeto debe ser preparar el alma para la utilidad en esta vida; el pensamiento de ostentación no debe ser parte del motivo para obtener una educación. Las madres cometen un gran error al confinar las mentes de sus hijos al logro de realizaciones superficiales; porque la mente así entrenada se estrecha al estándar que se le pone delante, y en vez de crecer en eficiencia porque se encuentran y superan obstáculos, los niños manifiestan debilidad de mente e inestabilidad de propósito.

Nadie que no crezca cada día en capacidad y utilidad está cumpliendo el propósito de la vida. Y las madres que están entrenando a sus hijas para la exhibición deben considerar su trabajo a la luz de este pensamiento. Que lean la instrucción del apóstol. Él dice: "Cuyo adorno no sea el externo de trenzar los cabellos, ni el de vestirse de oro, ni el de ataviarse; sino el hombre oculto del corazón, en lo que no es corruptible, el ornato de un espíritu manso y apacible, que es de grande estima delante de Dios". Es el corazón el que necesita cultura; porque es con la vida del corazón con lo que las mujeres tienen que ver. La madre debe poner en ejercicio todas las emociones más puras y nobles que han de forjarse en principios. Los preciosos sentimientos más finos deben ser cuidadosamente alimentados para que florezcan en acciones de bondad, verdad y santidad. Con cuánto cuidado y oración debe cultivarse y enriquecerse la tierra del corazón. Debe sembrarse una semilla preciosa, tanto por precepto como por ejemplo. Las palabras que pronuncia una madre deben ser palabras selectas. La apariencia, el vestido y todos los actos deben ser de tal carácter que su reproducción en la hija no pueda en modo alguno desfigurar su carácter. Si el carácter de la madre está impregnado de benevolencia y amor, el carácter de los hijos también estará impregnado, en mayor o menor grado, de estos nobles sentimientos. La madre debe cultivar el desinterés, la paciencia, la dulzura, la bondad y la tolerancia; es una aprendiz y una maestra. Estos preciosos rasgos deben ser bien cultivados, porque serán esenciales en la vida hogareña de la madre. Los mejores impulsos deben ser alentados, los afectos más nobles deben ser apreciados. Si el corazón de la madre está lleno de amor santo, su vida y su carácter serán para sus hijos y amigos un sabor de vida en vida, y producirán frutos permanentes. Estará capacitada para moldear las mentes en desarrollo de sus hijos, de modo que sean útiles en esta vida y estén preparados para la vida futura e inmortal.

El mismo Padre Celestial que dio a la mujer manos para trabajar y un corazón para amar, dio sus talentos para ser mejorados a fin de que pudiera llegar a ser una misionera del hogar. Se comprende poco hasta qué punto puede cultivarse la mente, pero la educación más grande y esencial es la que resulta en la formación de un carácter verdadero. Los niños deben ser educados para que respondan al propósito de Dios. La educación esencial para el desempeño de los deberes prácticos de la vida es la educación más noble que sus hijos puedan tener. En esta educación el juicio debe madurar antes que el gusto, los principios deben cultivarse antes que la fantasía y la inclinación. Una vez establecidos los verdaderos principios y equilibrado el carácter, se puede satisfacer el gusto y disciplinar la fantasía. La mente que está llena de sabiduría y establecida en los principios, será simétrica y tendrá el adorno interior que es de gran valor a los ojos de Dios. El espíritu también debe tener su propia disciplina; y nada engrandece tanto el alma, ennoblece la mente e ilumina el intelecto como la religión de Cristo. La religión dará a quien persigue el conocimiento un propósito santo y una meta definida. El que está iluminado por el espíritu de Dios se sentirá administrador de la gracia de Dios, dotado de dones de cuyo perfeccionamiento es responsable.

Madres, mantened ante vuestras hijas el valor de una verdadera educación, la inutilidad de aquella educación que simplemente se adquiere para exhibirse. Procurad constantemente elevar la mente de vuestras hijas, porque la influencia de la mujer en la obra misionera, en el campo de la reforma, es de enorme importancia. Ella puede ser un poder para Cristo en el mundo. Cuando Cristo está entronizado en el corazón, su gracia aparecerá en la vida. La conducta, las buenas obras, el espíritu tierno, proclamarán que su poseedora es hija de Dios. ¿Qué no podrían hacer las mujeres si abrieran sus mentes y sus corazones para recibir la luz del cielo de la Fuente de toda verdad? y entonces estarían a la altura de la responsabilidad y el privilegio que Dios les ha dado.

30 de marzo de 1891

Palabras para las madres-Nº 3

EGW

Dios ha dado al padre y a la madre una confianza sagrada, y les exige que gobiernen en su amor y temor. Muchos abusan de su confianza y se convierten en déspotas, controlando con severidad y opresión. Todos ellos verán sus acciones reproducidas en sus hijos, y en su vejez probablemente cosecharán el despotismo de sus hijos mal gobernados.

La educación de los hijos pone a los padres y a los hijos en la escuela. Los hijos dependientes miran al padre y a la madre para satisfacer sus necesidades, y en esto hay una lección para los padres de su propia dependencia de su Padre celestial. Los hijos buscan en los padres el precepto y el ejemplo, la reprensión, la corrección, la instrucción en la justicia, y el padre se ve a sí mismo como dependiente de Dios para obtener sabiduría y conocimiento. El padre y la madre descubren que tienen que adquirir hábitos de dominio propio para enseñar lo mismo a sus hijos. Los padres pueden encontrar motivo de humillación en la manifestación de perversidad en sus hijos; porque su propia naturaleza malvada se refleja, y sus propios defectos de carácter se reproducen. ¡Oh, qué necesidad hay de que los padres acudan a Dios a fin de obtener su gracia y poder para educar a sus hijos en el camino del Señor!

Los padres deben recordar siempre que la salvación de sus hijos está en sus manos. Deben enseñar a sus hijos desde la infancia el verdadero objetivo de la vida. Hay innumerables peligros alrededor de la juventud en esta época degenerada, y los padres deben estudiar cómo pueden enseñar a sus hijos a evitar los peligros en la sociedad y en la vida privada. La madre debe enseñar a sus hijos cómo ganar la vida eterna; y al entrenarlos en la obediencia con referencia a la vida inmortal, les estará asegurando la mejor felicidad para esta vida, además de desarrollar en ellos los caracteres más varoniles y femeninos. La conexión con el Cielo conducirá siempre a la pureza, a la elevación del carácter, a la adquisición de la cortesía cristiana.

La madre puede compararse a un escultor que trabaja para la eternidad, y no tiene por qué considerar su tarea como un trabajo penoso. Es el trabajo de su vida, y si ese trabajo está bien hecho, Dios mirará con aprobación a la humilde trabajadora. Los ángeles, que la han servido en sus días de prueba y tentación, dirán: "Bien hecho". Su esposo, sus hijos, pueden no haber apreciado sus duros conflictos consigo misma, sus vejaciones diarias, y pueden no haber sabido cuán cerca estuvo de la desesperación; pero el Cielo apreció todo, y su recompensa será grande cuando se arrodille ante el trono y diga: "Aquí estoy yo, y los hijos que me has dado."

6 de abril de 1891

"Santificalos con tu verdad"

EGW

"No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad". Justo antes de su traición y crucifixión, durante los últimos momentos de paz que pasó con sus discípulos, Cristo oró por sus seguidores con las palabras que he leído; y dijo: "No ruego sólo por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me has enviado." Los que profesan ser seguidores de Cristo deberían tratar de responder a la oración del Salvador, santificándose por medio de la verdad, la palabra de Dios. Pero ¡cuán pocos ven y sienten la importancia de conocer la verdad! ¡Cuán pocos buscan diligentemente la verdad como si fuera un tesoro escondido! Y, sin embargo, hay poder en la verdad para santificar el alma.

Hay muchos que declaran que no importa lo que un hombre crea, si es sincero en su fe; pero las palabras de Cristo tienen un significado diferente; la verdad es el medio a través del cual el alma ha de ser santificada; por lo tanto, debemos escudriñar las Escrituras con diligencia, para saber qué es la verdad. La verdad recibida en el corazón y practicada en la vida elevará, ennoblecerá y purificará el alma. La adhesión al error no conduce a este resultado; su influencia es de carácter muy diferente. La verdad viene de arriba, el error viene de abajo, y los que no prestan mucha atención al estudio de la palabra de Dios no comprenderán los principios que deben regir la vida, y se inclinarán a aceptar el error, porque les resulta más fácil hacerlo que buscar la verdad. Para conocer la verdad tal como es en Jesús, debemos entregarnos al estudio reflexivo y en oración de las Escrituras. Debemos saber qué es la palabra de Dios para nosotros, qué es la verdad para nosotros, y qué significa ser hacedores de la palabra de Dios, y no seguidores de fábulas astutamente ideadas. La mayor bendición concedida al mundo es el privilegio de comprender los oráculos de Dios. La palabra de Dios no debe ser letra muerta para nosotros, sino espíritu y vida; porque por medio de la verdad hemos de ser santificados.

Se ha descuidado y abusado de la palabra de Dios, y así lo quiere Satanás, pues bien sabe él que mediante el conocimiento de la verdad, mediante la obediencia a sus divinos preceptos, los creyentes serán santificados, preparados para la vida

eterna. La verdad, la palabra de Dios, ha sido puesta al alcance de todos; y si los hombres hicieran el esfuerzo correcto, podrían asirse del conocimiento de Dios.

Jesús oró: "Santifícalos en tu verdad: tu palabra es verdad". ¿Cuántos de nosotros estimamos correctamente la palabra de Dios? ¿Recibimos el testimonio de las Escrituras como la voz de Dios? Por medio de las Escrituras, la voz de Dios llega a nosotros con la misma veracidad con que llegó a Israel cuando habló en el Sinaí ante todo el pueblo. ¿Cuántos de nosotros la consideramos así? Si la consideráramos así, qué cambio se vería en nuestras palabras y acciones cotidianas. Con qué reverencia y temor escudriñaríamos la Palabra de Dios para conocer la verdad, el medio a través del cual se logra la santificación del alma. No se permite ninguna indiferencia, ningún descuido, en nuestra búsqueda de las Escrituras. Nuestro desarrollo espiritual depende de nuestro conocimiento de la verdad, de nuestra práctica de sus principios divinos tal como están plasmados en los preceptos de la ley y en las enseñanzas de nuestro Señor.

Las palabras de Cristo no siempre eran comprendidas por los discípulos; e incluso cuando eran comprendidas en cierta medida, la comprensión de las mismas no daba la medida de su pleno significado. Para comprender los dichos de nuestro Señor, debemos contemplar con cuidado y oración las palabras de la verdad, no sólo para alcanzar la comprensión que de ellas pudieron haber tenido los hombres de una época anterior, sino para alcanzar un significado más profundo; porque si nuestras mentes están iluminadas por el Espíritu de Dios, llegará a nuestros corazones cada vez más la fuerza y el significado que el Salvador mismo les atribuyó. Cuando Cristo expuso el Antiguo Testamento a sus discípulos, fue para poner de manifiesto verdades espirituales más profundas que las que habían sido comprendidas antes, incluso por quienes las habían escrito. Los discípulos reconocían que no le entendían cuando les hablaba de sus sufrimientos y de su muerte, citando las profecías del Antiguo Testamento. Él les reprochó su lentitud para comprender sus palabras, y les prometió que enviaría al Espíritu Santo para que les recordara sus dichos cuando estuvieran más capacitados para entenderlos. No distinguían claramente lo espiritual de lo terrenal. Les había dejado una verdad cuyo valor no podían estimar y de cuyo valor no eran conscientes. Después de su resurrección, les abrió la mente para que pudieran entender las Escrituras, y les dijo las mismas cosas que antes no podían comprender, diciendo: "Estas son las cosas que os hablé cuando aún estaba con vosotros". Debemos orar para que se abra nuestro

entendimiento, para que comprendamos lo que Cristo nos ha dicho; porque hemos de ser santificados por medio de su palabra.

13 de abril de 1891

"Que sean uno"

EGW

Cristo oró por sus discípulos "para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me has enviado". La unidad de los creyentes ha de ser una evidencia para el mundo del poder divino y de la misión de Cristo. Debe ser el argumento poderoso para convencer al mundo de que Cristo es el Hijo de Dios, el Redentor del hombre caído. El amor que existe entre los creyentes debe ser semejante al amor que existe entre el Padre y el Hijo. Y este amor en el alma es la prueba de la inhabitación del Espíritu Santo. Debemos amar a Dios por encima de todo y al prójimo como a nosotros mismos. Es en la falta de este amor que miles fracasan, y son hallados transgresores de la ley. El amor supremo a Dios conducirá al amor a nuestros semejantes, y el mandamiento de Cristo es: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado", "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros". No podemos tener este amor a menos que Jesús esté morando en el corazón por fe viva. La unidad misma de los discípulos, el amor manifestado unos por otros, será evidencia para el mundo de que Dios ha enviado a su Hijo al mundo como su Redentor. Esta unidad y este amor existirán dondequiera que habite el Espíritu del Señor; el corazón estará unido al corazón, y las obras de justicia aparecerán en la vida diaria.

Jesús vio que había un peligro constante de que sus discípulos perdieran la imagen divina, por las sugerencias de Satanás de usar la política unos con otros, y dio muchas lecciones sobre ese amor santificado y desinteresado que deben abrigar los creyentes unos por otros. El amor es el fruto de la genuina santificación. Una verdadera estimación del hombre es lo que falta en los corazones de muchos profesos seguidores de Cristo. Una confesión de amor, una profesión de amistad, no bastan para satisfacer el requisito divino; debe haber obras de bondad, sentimientos de ternura, simpatía sincera y amor hacia nuestros semejantes. Los frutos que produzcamos revelarán la condición de nuestros corazones, y darán evidencia de nuestra santificación por medio de la verdad. Esta santificación abarca no sólo nuestras acciones más grandes, sino también las más pequeñas. Las pequeñas cosas hechas por amor de Cristo, los

humildes actos de bondad, una alegre disposición para hacer el bien a los demás, todo esto es confesión de Cristo. Debe haber una paciente perseverancia en las buenas obras, un sabio perfeccionamiento de los talentos. Jesús debe ser formado en tu interior, la esperanza de gloria, antes de que puedas representarlo correctamente al mundo en palabras y obras. En cada pequeño asunto de la vida, en tu conducta, en tu tolerancia, paciencia, longanimidad, das a conocer a los demás si permaneces o no en la Vid viva. Jesús debe revelarse en nuestra vida cotidiana, mediante la práctica de las virtudes que Él reveló en su vida.

La Iglesia se compone de personas de diferentes temperamentos y de diversas disposiciones; han venido de diferentes denominaciones; porque la cuchilla de la verdad ha separado a unos de aquí y a otros de allá de la gran cantera del mundo, y en la Iglesia de Cristo todos estos diversos miembros deben estar unidos por el Espíritu de Dios. Si el amor de Cristo está en los corazones de los miembros de la iglesia, por la abundante gracia de Cristo, habrá unidad entre los hermanos. Debemos cerrar la puerta del corazón a toda sugerencia que tenga la menor tendencia a apartarnos de este estado de armonía. No debemos obstaculizar el alma y paralizar sus poderes por la indulgencia del egoísmo. El egoísmo es pecado y apena al Espíritu de Cristo. Cuando abrigamos pensamientos desagradables y sospechas contra nuestros hermanos, nos estamos apartando del canal de la luz y del amor de Dios. Los celos son tan crueles como la tumba, y nunca deben abrigarse en el corazón, y mucho menos expresarse en las acciones. ¡Qué cruel es abrigar conjeturas malignas contra los que son miembros del cuerpo de Cristo! La acusación, la condenación y la venganza son todas de origen satánico, y los malos pensamientos acerca de otros deben rechazarse de inmediato de la mente, porque estas cosas repugnan y separan los corazones de los hermanos. Satanás se regocija cuando puede crear división en la iglesia de Dios; porque la debilidad sigue, y las cosas que quedan están listas para morir.

Los que guardan la verdad serán fieles a Dios y entre sí. Mientras que las bajas pasiones surgirán en los corazones de los hombres no regenerados, mientras que la contaminación corromperá a las multitudes, aquellos que aman a Cristo y a los demás con amor puro y desinteresado se mantendrán en la nobleza de Cristo, libres de las contaminaciones de la época. Mediante una vida de verdad y fidelidad confesarán a su Señor ante los hombres. Su separación del mal se manifestará tanto por el silencio como por las palabras. Por la pureza de carácter, por la paciencia, por la manifestación del amor desinteresado a los demás, por la paz y el gozo del corazón, se manifestarán los testigos vivientes

de Cristo, y predicarán sermones eficaces del poder de Cristo en el alma. Así se manifestará la genuina santificación.

20 de abril de 1891

El carácter de Juan

EGW

Juan era el discípulo a quien Jesús amaba, porque era creyente y confiado, y amaba a su Maestro con devoción. Su amor por Cristo se caracterizaba por la sencillez y el ardor. Hay muchos que piensan que este amor por Cristo era algo natural en el carácter de Juan, y el discípulo es representado frecuentemente por el artista como de apariencia suave, lánguida y femenina, pero tales representaciones son incorrectas. Juan y su hermano eran llamados los "hijos del trueno". Juan era un hombre de carácter decidido, pero había aprendido lecciones del gran Maestro. Tenía defectos de carácter, y cualquier desaire hacia Jesús despertaba su indignación y combatividad. Su amor por Cristo era el amor de un alma salvada por los méritos de Jesús; pero con este amor había rasgos naturales de maldad que debían ser superados. En una ocasión, él y su hermano reclamaron el derecho a la posición más alta en el reino de los cielos, y en otra prohibió a un hombre expulsar demonios y curar enfermedades porque no seguía a los discípulos. En otra ocasión, al ver que su Señor era despreciado por los samaritanos, quiso hacer descender fuego del cielo para consumirlos. Pero Cristo le reprendió diciendo: "El Hijo del hombre no ha venido a destruir vidas humanas, sino a salvarlas."

En el carácter y la enseñanza de Cristo, los discípulos tenían tanto el precepto como el ejemplo, y la gracia de Cristo era un poder transformador, que obraba cambios maravillosos en la vida de los discípulos. Los rasgos naturales del carácter, el espíritu de crítica, la venganza, la ambición, el mal genio, estaban todos en el discípulo amado, y tenían que ser vencidos para que pudiera ser un representante de Cristo. No era sólo un oidor, sino un hacedor de las palabras de su Señor. Aprendió de Jesús a ser manso y humilde de corazón, a llevar su yugo, a soportar su carga. Este fue el resultado de la compañía de su Maestro.

Las oportunidades y ventajas que se ofrecieron a Juan se dieron también a Judas. Los mismos principios de la verdad fueron expuestos ante su entendimiento, el mismo ejemplo en el carácter de Cristo era suyo para contemplar e imitar. Pero Judas no llegó a ser un hacedor de las palabras de Cristo. El mal genio, las pasiones vengativas, los pensamientos tenebrosos y hoscos, fueron abrigados,

hasta que Satanás tuvo pleno dominio del hombre. Juan anduvo en la luz, y mejoró las oportunidades que se le dieron para vencer; pero Judas eligió sus defectos, y rehusó ser transformado a la imagen de Cristo, y por lo tanto se convirtió en un representante del enemigo de Cristo, y manifestó los atributos del maligno. Cuando Judas se asoció con Cristo, tenía algunos rasgos preciosos de carácter que podrían haber sido usados por Dios y haber sido una bendición para la iglesia. Si hubiera estado dispuesto a llevar el yugo de Cristo, a ser manso y humilde de corazón, podría haber figurado entre los principales apóstoles; pero endureció su corazón cuando se le señalaron sus defectos, y con orgullo y rebeldía eligió sus propias ambiciones egoístas, y así se incapacitó para la obra que Dios podría haberle encomendado. Juan y Pedro, aunque imperfectos, se santificaron por medio de la verdad.

Es lo mismo hoy que en los días de Cristo. Así como los discípulos fueron reunidos, cada uno con diferentes defectos, alguna tendencia heredada o cultivada al mal, así en nuestras relaciones eclesiásticas encontramos hombres y mujeres cuyos caracteres son defectuosos; ninguno de nosotros es perfecto. Pero en Cristo, y por Cristo, hemos de morar en la familia de Dios, aprendiendo a ser uno en fe, en doctrina, en espíritu, para que al fin seamos recibidos en nuestra morada eterna. Tendremos nuestras pruebas, nuestros agravios, nuestras diferencias de opinión; pero si Cristo mora en el corazón de cada uno, no puede haber disensión. El amor de Cristo nos llevará a amarnos los unos a los otros, y las lecciones del Maestro armonizarán todas las diferencias, llevándonos a la unidad, hasta que seamos de una sola mente y un solo juicio. Cesará la lucha por la supremacía, y nadie estará dispuesto a gloriarse sobre otro, sino que estimaremos a los demás mejor que a nosotros mismos, y así seremos edificados como un templo espiritual para el Señor.

En la obra de la superación habrá confesiones que hacerse unos a otros, pero la palabra de Dios prohíbe al hombre poner a un hombre errado en el lugar de Dios, haciendo confesores de la frágil humanidad. Debemos confesar nuestras faltas unos a otros, y orar unos por otros para que seamos sanados. El nombramiento de hombres para el confesionario de la Iglesia Romana es el cumplimiento del designio de Satanás de conferir a los hombres un poder que sólo pertenece a Dios. Dios es deshonrado por la absolución del sacerdote y por la confesión del alma al hombre. Las confesiones de pecados secretos se hacen a hombres cuyos propios corazones pueden ser como sumideros de iniquidad. Hay pecados que deben confesarse sólo a Dios, porque él conoce todo el corazón y no se aprovechará de la confianza depositada en él; no traicionará

nuestra confianza, y si nos sometemos a él, limpiará el corazón de toda iniquidad.

Las lecciones dadas a Pedro, Judas y los demás discípulos son provechosas para nosotros, y tienen una importancia especial en este tiempo. Tenemos necesidad de vigilancia constante, porque nos acercamos a la venida de Cristo, nos acercamos al tiempo en que Satanás obrará "con todo poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad en los que se pierden; por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos". Debemos estudiar el Modelo, y llegar a ser como Jesús, que era manso y humilde de corazón, puro y sin mácula. Debemos recordar siempre que Dios está cerca de nosotros, y que todas las cosas grandes y pequeñas están bajo su control. Debemos obedecer su ley, acudir a Cristo con fe como a aquel que es galardonador de todos los que le buscan diligentemente; así seremos vencedores, y al fin tendremos un asiento con él en su trono.

27 de abril de 1891

Lo que se siembra se recoge

EGW

El valor de la salvación, comprada a un costo infinito, hace que su descuido sea más terrible, y asegura una destrucción segura al alma que es indiferente a sus provisiones y beneficios. Las misericordias de Dios, tan inexpresablemente grandes, si se descuidan y desprecian, harán más segura la perdición del pecador. Cuando el hombre desprecia el amor de Dios, elige la asociación de los que están enemistados con Dios y no se sujetan a su ley, y no podría ser feliz con Dios ni siquiera en el reino de los cielos. La Biblia declara que "el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna." Los que están enemistados con Dios siembran para la carne, y no pueden entrar en el cielo; porque estarían en desarmonía con Dios, y con el espíritu y la alegría de su reino.

La Biblia declara que los pecados de los padres se pagan con los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que aborrecen a Dios. Muchos se extrañan de esta afirmación, pero puede entenderse. El padre que siembra iniquidad educa a sus hijos para sembrar iniquidad, porque a través de la vista de los ojos y el oído de los oídos los hijos recibirán la semilla que dará una cosecha de maldad, a menos que rindan el corazón a las influencias divinas fuera de su propia familia. Los que se proponen obrar el mal pueden llevar a cabo su obra con

audaz desafío a Dios, pero la influencia de su incredulidad e impenitencia llegará más allá de su propia generación. La clase de educación que los hombres malvados dan a sus hijos perpetuará principios y hábitos impíos; los hijos tendrán aversión a la religión, no reconocerán las demandas de Dios sobre ellos, y cuando lleguen a la madurez, se destacarán con caracteres impíos, desafiantes de Cristo y de las demandas de la ley de Dios.

El Señor no puede dar a los insubordinados un lugar en su reino de paz. Satanás y los ángeles que se unieron con él fueron expulsados del cielo a causa de la insubordinación, y los hombres que escogen el mal en vez de la justicia, se unen con el gran rebelde, y no pueden entrar en el reino de Dios con sus caracteres totalmente diferentes de los de Dios, como tampoco Satanás mismo puede llegar a ser un habitante del cielo.

"Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado". "Así dice el Señor: No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el poderoso se gloríe en su poder, ni el rico se gloríe en sus riquezas; sino que el que se gloríe, gloríese en esto: en que me entiende y me conoce, que yo soy el Señor que ejerzo la misericordia, el juicio y la justicia en la tierra; porque en estas cosas me complazco, dice el Señor."

Los padres cuyos afectos están entregados a Dios, que aman meditar en su carácter, que están sembrando semillas de verdad y rectitud, se están asegurando una rica cosecha; porque lo que siembran, cosecharán. Cada buena obra realizada por amor de Cristo, confiando en sus méritos mediante la fe personal en su poder, los coloca en terreno ventajoso en la familia y en el vecindario, y les da nuevas fuerzas para la práctica de la virtud. Crecen en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Su amor y reverencia a Dios se manifiestan en una vida de obediencia a sus mandamientos. Siembran amor y reverencia a Dios en los corazones de sus hijos, y la práctica de la virtud y la rectitud produce una cosecha que se recoge de las vidas virtuosas de los hijos.

Así como los padres educan a sus hijos según el orden de Dios, enseñándoles tanto con el precepto como con el ejemplo a amar y reverenciar a Dios, a obedecer toda palabra que sale de la boca de Dios, se educan a sí mismos y fortalecen sus propias almas en el amor de Cristo. El que enseña las lecciones de Cristo siembra una preciosa semilla que no sólo se reproduce en los corazones de los enseñados, sino que echa nuevas raíces y brota de nuevo en el corazón del maestro. Al presentar la verdad de modo que pueda ser comprendida por mentes juveniles indisciplinadas, el padre o maestro descubre

que tiene nuevo poder y viveza para su propia alma. Al tratar de grabar su importancia en la conciencia de los jóvenes, nos damos cuenta de su valor en mayor medida que antes, y apreciamos mejor el carácter divino de nuestro Redentor. Al detenerse en el carácter de Cristo, el maestro, al contemplarlo, cambiará; se contagiara de su Espíritu y difundirá la luz del Sol de Justicia, haciendo destellar los brillantes rayos de la justicia de Cristo en las mentes de sus alumnos, y su propia alma se refrescará, y se dará cuenta de que todo lo que un hombre siembra, eso también cosechará.

Al presentar a Cristo a los demás, contemplaréis sus encantos bajo una nueva luz, y al enseñar, vuestra fe y vuestras obras concordarán. Aquellos a quienes instruyáis recibirán ideas, que serán comunicadas a otros, y ellos a su vez darán las lecciones que les habéis dado, y usarán las ilustraciones que habéis impreso en sus mentes, al enseñar a sus hijos o alumnos. Así la buena semilla se esparcirá continuamente, y se reproducirá en una abundante y bendita cosecha.

18 de mayo de 1891

Las inescrutables riquezas de Cristo

EGW

Jesús dejó la gloria del cielo, se despojó de sus vestiduras reales y revistió su divinidad de humanidad, para elevar al hombre caído y hacerle partícipe de la naturaleza divina. El corazón del Amor Infinito se conmovió con las penas del hombre. Cuando Jesús miró a la raza perdida, su corazón se conmovió de piedad, porque los vio atados en cruel cautiverio al príncipe del mal. Jesús dedicó libremente todo su poder y majestad a la causa de la humanidad caída, para que se elaborara un plan que hiciera posible la salvación del hombre y devolviera a la raza arruinada su lealtad a Dios.

Satanás había tergiversado el carácter de Dios ante el mundo, y había tentado al hombre a la rebelión; pero Jesús vino a manifestar en su propia vida y carácter cuál era la verdadera naturaleza del Padre. Dondequiera que iba, revelaba al Padre como un Dios de amor infinito y compasión sin límites.

Cristo dice: "Les he anunciado tu nombre, y lo anunciaré, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos". Mediante el conocimiento de Cristo podemos llegar a la unión con el Padre. ¡Oh, que nuestra embotada comprensión pudiera ampliarse, que pudiéramos darnos cuenta de lo que hay en este pensamiento de unión con Cristo! La perfección de carácter se ofrece al

hombre caído por medio de la justicia de Cristo. El pecador arrepentido puede vestirse con el manto de la justicia, y Dios contemplará en él únicamente la pureza sin mancha de su Hijo. Entonces seremos amados por el Padre como Él ama a su Hijo. Jesús declara que nada menos que la unidad con él y con su Padre satisfará jamás la exigencia divina; pero cuando estamos unidos a Cristo, nuestra vida está escondida con Cristo en Dios, y somos representados como miembros del cuerpo de Cristo.

Cristo puede habitar en nuestros corazones por la fe. Dios manifestado en carne es el misterio que ha estado oculto "desde los siglos y las generaciones". ¡Oh, la profundidad de las riquezas del amor de Dios que ha abundado al hombre en la persona de su Hijo! Dios en Cristo, y Cristo en Dios, y Cristo permaneciendo por la fe en el hombre, es una verdad tan grande que la mente no puede comprenderla plenamente. Es un tema tan grande, una concepción tan grandiosa, tan superior al poder de la razón para explicarla, que, al hablar de ella, sentimos nuestra insuficiencia. Nuestra comprensión es demasiado restringida, nuestro lenguaje demasiado limitado, para desplegar esta gran verdad. La mente falla y se hunde cansada bajo el esfuerzo, y sólo podemos hablar de esta verdad en tonos suaves y apagados, reconociendo nuestra impotencia, e inclinándonos en adoración ante el amor infinito que ha proporcionado una salvación tan grande.

No podemos explicar las inescrutables riquezas de Cristo, pero podemos abrazarlas por la fe. Pongamos en práctica la fe. Cuando Pablo obtuvo algunos vislumbres de la luz y la inmensidad del plan de salvación, y vio algo de la riqueza de los tesoros de la gracia, su alma se oprimió con un sentido de su abrumadora grandeza. Dice: "Por esto doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma su nombre toda la familia del cielo y de la tierra, para que os conceda, según las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios."

En Cristo se manifestó el carácter del Padre y, por la contemplación de Cristo, podemos ser transformados en la misma imagen. Debemos representar a Cristo ante el mundo como él representó al Padre. Al apropiarnos de la justicia de Cristo, representamos no sólo el carácter de Cristo, sino también el carácter del Padre. Podemos tener un conocimiento de Dios sólo a través de un

conocimiento de Cristo. Cristo declaró: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre". Cristo era el resplandor de la gloria de su Padre. Apartándonos de cualquier otra representación de Dios como tenue y velada en comparación, podemos, con el rostro abierto, contemplar en Cristo la gloria del Señor.

Cuanto menos apreciamos el yo, y cuanto más bajo estemos al pie de la cruz, más clara y plena será nuestra comprensión de la excelencia de nuestro Señor y Salvador. Pero todas las lecciones que Cristo nos ha dado estarán perdidas para nosotros a menos que nos las apropiemos y las llevemos a nuestra vida diaria. No podemos reflejar la semejanza de Cristo al mundo a menos que crezcamos continuamente en el amor a Dios y al hombre. Cada poder del alma renovada debe ser puesto a prueba para que el carácter pueda modelarse según el modelo divino. Cuando la imagen de Cristo se refleje en la vida y el carácter de sus seguidores, la iglesia alabará a Aquel que es glorioso en santidad.

25 de mayo de 1891

Fiel en Pequeño

EGW

"El que es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y el que es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho". Los que entran en la ciudad de Dios como vencedores oirán las palabras de encomio: "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor." Un carácter fuerte, bien equilibrado y simétrico se construye mediante el cumplimiento cabal y fiel del deber. José tenía un carácter intachable, y como fue hallado fiel en lo más mínimo, finalmente se le confiaron los asuntos de una nación. Daniel es otro ejemplo de integridad, pues fue tan fiel que ni siquiera sus enemigos fueron capaces de señalar una sola falla en su cumplimiento del deber. Declararon: "No hallaremos ocasión alguna contra este Daniel, a no ser que la hallemos contra él acerca de la ley de su Dios." El secreto de la fortaleza de Daniel se hallaba en su concienzuda atención a lo que el mundo llamaría cosas de menor importancia. Se le encontraba ante Dios tres veces al día en oración y acción de gracias, y era igualmente firme en su atención a sus deberes para con el rey. Es esta atención concienzuda a lo que el mundo desprecia lo que hace un carácter fuerte y simétrico.

Por la indulgencia en pequeñas extravagancias, los hombres se vuelven descuidados en el uso del dinero y forman hábitos derrochadores, mientras que la abnegación en las cosas pequeñas conduce a la abnegación en cosas mayores.

Si se atesoran cuidadosamente los momentos y se les da un uso sabio, no se desperdiciarán las horas. Si se mejoran las pequeñas oportunidades, no se descuidarán las mayores. Si se emplean los talentos limitados, se obtendrá una mayor utilidad; y mediante la perseverancia paciente en el bien hacer, se ganará poder para hacer bien y con paciencia. Nuestro trabajo puede no ser notado por los hombres, y ningún crédito puede ser dado al alma fiel; pero Dios marca al siervo diligente, y da sabiduría para hacer un trabajo más grande. Es la fidelidad en las cosas pequeñas lo que hace grande a un hombre a los ojos de Dios.

El apóstol Pedro presenta ante nosotros la escalera del progreso que debemos subir vuelta tras vuelta para alcanzar la aprobación de Dios. Dice: "Añadid a vuestra fe virtud; y a la virtud, ciencia; y a la ciencia, templanza; y a la templanza, paciencia; y a la paciencia, piedad; y a la piedad, bondad fraterna; y a la bondad fraterna, caridad". Los que quieran hacer hombres de honor, hombres de confianza, hombres de fidelidad, deben empezar por ser fieles en las cosas más pequeñas, y deben empezar por casa. Todo el que quiera ser perfecto debe subir esta escalera del progreso. Muchos han descuidado poner sus pies en los primeros peldaños de la escalera. Quieren llegar a los últimos peldaños sin tener que subir, pero el único camino seguro es tomar el camino laborioso de subir por avance gradual, peldaño tras peldaño. Muchos de los jóvenes de hoy son superficiales en todas sus empresas. Al principio se comete un error fatal en su educación. Sus hábitos descuidados son pasados por alto por padres indulgentes que criticarían con severidad los mismos errores en otros. Así, muchos no logran sentar las bases correctas. Pedro dice: "Añadid a vuestra fe virtud; y a la virtud, ciencia". Un carácter virtuoso debe preceder a todas las demás adquisiciones. A toda siembra de avena silvestre seguirá una cosecha del mismo orden. "Dios no se burla; porque todo lo que el hombre sembrare, eso también segará".

Los jóvenes deben recordar que llegará un día, no muy lejano, en que habrá que rendir cuentas por las oportunidades desperdiciadas, las horas mal empleadas y los privilegios desatendidos. La naturaleza, el efecto de toda nuestra vida pasada está registrada en los libros del cielo. No podemos cambiar las cifras, no podemos deshacer el pasado, ni borrar el registro del bien hecho o del mal cometido. Día tras día, las obras realizadas en el cuerpo hacen nuestro registro arriba, y en el juicio los libros revelarán nuestro mal curso, a menos que a través del arrepentimiento sincero, a través de la reforma completa, nuestros pecados sean borrados por la sangre de la expiación. Cada uno será juzgado según sus obras. Que cada uno piense en el carácter de sus obras, se arrepienta y sea transformado por el poder de Cristo.

En estos tiempos peligrosos, cuando una forma de piedad es popular en el mundo, y una profesión de cristianismo está de moda, sólo unos pocos discernirán el camino vivo de la abnegación y de soportar la cruz. "Velad y orad" es el mandato de Aquel que soportó la tentación por nosotros. Cristo conoce nuestro peligro, porque ha luchado con nuestro poderoso enemigo. Sabe que nuestro enemigo está tras la pista de todos los que se esfuerzan por hacer el bien. Con todas sus artes y artimañas engañosas, Satanás procura atrapar a los siervos de Dios y apartarlos de Cristo por el camino ancho que conduce a la destrucción. Vigila nuestra salida y nuestra entrada, y, aunque no se le ve, trabaja seria y diligentemente, procurando destruir a los que ignoran sus designios. Trabaja con agencias e instrumentos que ocultan mejor sus maliciosas intenciones.

Por la influencia del maligno, aun la religión de Cristo ha sido pervertida en las mentes de muchos que profesan conocer y obedecer la verdad. Pero no importa cuán elevada sea vuestra profesión, no resistiréis la prueba a menos que seáis hacedores de la palabra de Dios. Sólo aquellos que tienen un principio vivo y permanente en el corazón, que no se apartan para hacer nada que tenga siquiera una apariencia de maldad, que no se aventuran a empañar el alma con la impureza, están lavando sus vestiduras y emblanqueciéndolas en la sangre del Cordero. El lavado de las vestiduras del carácter debe continuar de día en día, para que al fin seamos hallados sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino irreprochables delante de Aquel con quien tenemos que ver. Esta obra de purificarnos a nosotros mismos como Él es puro debe ser emprendida individualmente. Debemos examinar nuestros motivos, nuestras acciones, a la luz de la santa ley de Dios. Debemos preguntarnos siempre: "¿Es éste el camino del Señor?". Todo buscador ferviente y sincero recibirá respuesta del Señor. El Autor de nuestra salvación siempre escucha las peticiones de los buscadores sinceros. Él ha prometido: "A los mansos guiará en el juicio; y a los mansos enseñará su camino". Los ángeles de Dios velan para ver el desarrollo de nuestro carácter; están pesando el valor moral; y que el gran día de Dios revele el hecho de que no hemos sido pesados en la balanza y hallados faltos.

1 de junio de 1891

La vid y los sarmientos

EGW

Cristo dijo: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí, y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. Si

alguno no permanece en mí, como pámpano es echado fuera, y se seca; y los hombres los recogen, y los echan en el fuego, y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto; así seréis mis discípulos. Como el Padre me amó, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor."

El apóstol Juan nos presenta en estas palabras la necesidad de una estrecha conexión con Cristo. Debe ser tan íntima como la conexión entre la vid y los sarmientos. Como el injerto se convierte en parte del tallo vivo, así el cristiano ha de llegar a ser uno con su Señor. Fibra por fibra, vena por vena, el injerto se identifica con la vid, tomando su vida de la vid, y manifestando la vida de la vid por su vida y su fruto. Si el cristiano se nutre de la vida de Cristo, la manifestará en su vida y en su carácter. Seguirá los pasos de Jesús en todas las cosas, siguiendo el camino de la abnegación y el sacrificio.

Cristo se negó a sí mismo. No consideró el cielo un lugar apetecible mientras nosotros estuvimos perdidos, y abandonó los atrios celestiales para sufrir una vida de vergüenza, oprobio, insulto y burla. Por nosotros se hizo pobre, para que nosotros nos enriqueciéramos con su pobreza. Vivió una vida de abnegación y sacrificio, y pasó por el mismo camino que nosotros, para dejarnos un ejemplo que nos permitiera seguir sus pasos. Y nosotros le amamos, porque Él nos amó primero. Debemos cultivar el amor a Cristo rindiendo obediencia a todos sus mandamientos. Si seguimos verdaderamente a nuestro Señor, nos apartaremos de toda iniquidad, de la transgresión de la ley de Dios, y llegaremos a ser leales y fieles a las exigencias del Cielo. La iglesia ha sido hecha depositaria de la preciosa verdad, y sus miembros no sólo deben creer estas verdades, sino difundir su gloriosa luz a los que están en tinieblas, para que las almas sean llevadas al Sol de Justicia. De esta manera pueden representar a Cristo ante el mundo.

Cristo ha dicho: "Sin mí nada podéis hacer". Un gran cambio debe tener lugar en nosotros antes de que podamos vivir una verdadera vida cristiana. Debemos llegar a ser partícipes de la naturaleza divina, habiendo escapado de las corrupciones que hay en el mundo por la concupiscencia. Debemos ser alimentados por la vida de la Vid Viva, y entonces nos convertiremos en sarmientos fructíferos. Cristo ha dicho: "En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto". El sarmiento plantado en Cristo dará el mismo orden de frutos que él mismo ha dado. Si estamos en Cristo, amaremos lo que él amó,

aborreceremos lo que él aborreció y obedeceremos todos los mandamientos de Dios. Como el ciervo corre tras las corrientes de agua, así el alma correrá tras las cosas que pertenecen al Espíritu de Dios. Y manifestaremos al mundo que somos hijos de Dios por los frutos que demos.

"La fe sin obras está muerta". Si realmente creemos en Cristo, obraremos las obras de Cristo. Diremos: "Jesús es mi Salvador, y le encomendaré la guarda de mi alma como a un fiel Creador". El apóstol declara: "¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, que son de Dios". El más puro, el más manso, el más obediente, será el más poderoso sobre la tierra. El que se da cuenta de que su fuerza, su talento, sus medios, todo pertenece a Dios, comprenderá el sentido del texto que he citado.

Todo estaba perdido en Adán, y la raza quedó sumida en una miseria sin esperanza, pero "tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Cristo se ofreció a ser fiador y representante del hombre. Ofreció al hombre otra prueba, y vino a cargar con nuestra culpa, a sufrir el castigo de nuestro pecado. No vino para complacerse a sí mismo, sino para llevar a cabo el plan de redención. Se hizo varón de dolores y experimentado en quebranto. Quien siga sus pasos no rehuirá la abnegación y la cruz, sino que imitará el ejemplo de Cristo. ¿Y te imaginas que en esta vida serás infeliz? No; considerarás un privilegio participar con Cristo en sus sufrimientos. Tendrás respeto a la recompensa del galardón. Jesús no negará nada a los que andan en obediencia a sus mandamientos; no negará nada bueno a los que andan rectamente.

Jesús ha prometido ser nuestro amigo, estar a nuestro lado, y debemos contarle nuestras penas y pruebas como un niño contaría a su padre terrenal sus problemas. Sin Cristo no puedes hacer nada, pero con él puedes hacer todas las cosas, porque su gracia te bastará. Debemos llevar a Cristo en todo, y entonces daremos fruto abundante para gloria de Dios. Nuestras buenas obras no pueden salvarnos, porque son como trapos de inmundicia sin Cristo. La justicia propia es como la ofrenda de Caín. Caín trajo del fruto de la tierra a Dios, en vez de traer la sangre de un cordero inmolado, el tipo de Cristo, inmolado por los pecados del mundo. Abel trajo lo que Dios había mandado, y su fe se manifestó, su ofrenda fue aceptada. Estos dos hermanos representan dos clases de los que profesan la religión de Cristo. Uno es adorador como lo fue Caín, el otro es adorador como lo fue Abel. ¡Cuántos pretenden ser hijos de Dios y, sin

embargo, rehúsan obedecer el claro mandamiento de Dios! El mandamiento dice: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas". Pero en vez de conformar su práctica a la palabra de Dios, ponen excusas, y ofrecen a Dios el primer día de la semana, que él no ha ordenado ni santificado. ¿No es esta ofrenda tan defectuosa como lo fue la ofrenda de Caín? El que verdaderamente cree en Cristo será obediente a todos los mandamientos de Dios. No hay esclavitud en la obediencia; la obediencia trae paz y seguridad y plenitud de gozo. Los que se quejan de que la vida cristiana está llena de pruebas, demuestran que piensan mucho más en sus inconvenientes que en la rica bendición de Dios, la recompensa de la obediencia fiel. No están conectados con la Vid Viva, porque el que está conectado en conexión vital con la Vid Viva estará en una condición floreciente.

8 de junio de 1891

Permanecer en Cristo

EGW

Jesús dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Aquellos que verdaderamente vienen a Cristo, encuentran descanso para sus almas; ¿y no es una evidencia de que no has venido a él si encuentras la vida cristiana llena de dificultades y perplejidad? ¿No prueba que llevas un yugo de tu propia hechura? ¿No has acumulado cargas que Cristo nunca quiso que llevaras? Debemos vivir una vida de mansedumbre y sencillez, siguiendo el ejemplo de Cristo, nuestro Maestro. Cristo está a nuestro lado para aconsejarnos y ayudarnos en todo momento de necesidad.

¿Por qué acudimos a otros con nuestras pruebas y dificultades? ¿Por qué no llevar todas nuestras penas y cargas al Señor en oración? La razón por la que no llevamos todas nuestras preocupaciones a Cristo es que tenemos muy poca fe en Él.

Por la fe viva debemos permanecer en Cristo. Él dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar". La promesa es positiva; no hay ningún "quizás" al respecto. Necesitamos más fe; no somos tan simples como para creer sólo lo que el Señor ha dicho. Si creyeras, vendrías y

dirías: "Te tomo la palabra, Señor; confío, creo en tu promesa". Esta es la fe viva. Tenemos un ejemplo de la fe que se aferra a Cristo en la historia de la mujer que tocó su manto. Cristo estaba enseñando a la orilla del mar, y una multitud se había reunido a su alrededor, y una pobre mujer que había sufrido muchos años de enfermedad corporal, se abrió paso a través de la multitud, porque sentía que si tan sólo pudiera tocar el borde de su manto sería sanada. Finalmente se acercó al Señor, extendió su mano temblorosa, tocó su manto y sintió que quedaba curada. Jesús reconoció el toque de la fe y preguntó: "¿Quién me ha tocado?". Sus discípulos se asombraron de que hiciera semejante pregunta, y dijeron: "Maestro, la multitud te apretuja y te aprieta, y tú dices: ¿Quién me ha tocado? Y Jesús dijo: Alguien me ha tocado, porque veo que la virtud ha salido de mí. Y viendo la mujer que no se ocultaba, vino temblando, y postrándose delante de él, le declaró en presencia de todo el pueblo por qué causa le había tocado, y cómo al instante quedó curada. Y él le dijo: Hija, consuélate; tu fe te ha salvado; vete en paz."

El toque de la fe viva trae la virtud de Cristo al alma; pero sin esta fe somos como la multitud que se agolpaba ante el Salvador y, sin embargo, no sentían nada de su poder salvador, porque no se relacionaban estrechamente con Cristo.

Debemos darnos cuenta de nuestra necesidad de Cristo, creer en su poder para suplir nuestras necesidades, y luego venir a él. Nuestro amor debe ser avivado por el amor que él nos ha dado. Por la fe confiada y confiada, podemos tener gozo en medio de la tristeza. Lo sé por experiencia. Aflicción sobre aflicción ha caído sobre mí. Cuando la muerte me arrebató a mi hijo mayor, encontré en Jesús un precioso ayudante. Y cuando mi hijo menor fue sepultado, me alegré de que Cristo fuera mi Salvador. Cuando la muerte se llevó a mi esposo, y dejamos descansar al fiel y agotado guerrero hasta la mañana de la resurrección, sentí que era mi deber dar testimonio al pueblo del poder sustentador de la gracia y el amor de Jesús. Desde entonces he emprendido el trabajo de mi vida sola, pero no sola, porque Jesús ha estado conmigo.

La fe que nos traerá paz en la tristeza y la tribulación es la fe que todos debemos tener, porque es un ancla para el alma, que entra en lo que está dentro del velo. En tiempos de tristeza o alegría todos necesitamos un Salvador que nos ame, y él está a nuestra diestra para ayudarnos y consolarnos en todo tiempo de prueba y aflicción. Él dice: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".

Cuando nuestras mentes están absortas en las cosas de esta vida, no podemos dar fruto para la gloria de Dios. La fe viva, expresada por una vida de obediencia fiel, servirá para levantarnos de esta esclavitud al mundo. "Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe". La fe firme da evidencia de que estamos estrechamente vinculados con el Salvador. Desechemos todo lo que se asemeja a la inquietud, y cantemos al Señor en nuestros corazones. Hablemos de su amor y cantemos su gracia y su poder. La fe nos conectará con él, y seremos parte de la Vid Viva, y daremos mucho fruto. Seremos pacientes y amorosos, y todas las fuerzas de nuestro ser estarán consagradas a Dios. Cualquier don que tengas, es de Dios, y debería serle devuelto; pero ¡cuántos dedican la capacidad que Dios les ha dado a la glorificación del yo! Cristo quiere que nos acerquemos a Él, que aceptemos el gran sacrificio que ha hecho por nosotros. Quiere ser nuestro Auxiliador, llevar nuestras penas y soportar nuestros dolores. ¿Dejarás que te ayude? Di al mundo: "Jesús es mi Salvador; él me salva hoy, haciéndome su hijo obediente, y capacitándome para guardar todos sus mandamientos." Si ignoras a sabiendas uno de los mandamientos de Dios, no tienes fe salvadora. La fe genuina es una fe que obra por amor, y purifica el alma. La fe genuina te llevará a buscar la salvación de las almas preciosas por las que Cristo ha muerto. Debemos revelarles a Cristo en nuestro carácter y vida.

Si somos cristianos vivos, no preguntaremos, cuando se nos presente algún nuevo requisito: "¿Es esto conveniente?", sino que rendiremos obediencia voluntaria a todos los mandamientos del Señor. No fue conveniente para Cristo venir de su trono de gloria a este mundo oscuro y morir, pero fue conveniente para nosotros; porque es a través de su muerte que vamos a encontrar la vida y la salvación.

Cristo nunca rechaza a los que quieren acercarse a él; los acoge. ¿No creeremos en sus promesas y nos uniremos a la Vid viva? Si lo hacemos, daremos mucho fruto. Cuánto anhelo ver al pueblo de Dios estar a la altura de su alto privilegio. Jesús dice: "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis, y os será hecho".

La misión del cristiano en el mundo es revelar el carácter de Cristo, representar al Señor ante los hijos caídos de los hombres. Si queremos entrar en el cielo, debemos traer el cielo a nuestra vida aquí. Debemos ser puros y santos, y si al fin ganamos el cielo, estaremos con el Salvador a través de las incesantes edades de la eternidad. Le oiremos decir: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo". La corona de gloria será puesta sobre la frente del vencedor, y él entrará en la ciudad de Dios

como vencedor. Ahora estamos en el campo de batalla, y Jesús luchará por nosotros, si se lo permitimos. Él levantará un estandarte para nosotros contra el enemigo; porque él oye nuestras oraciones, y la ayuda vendrá cuando más la necesitemos. Entonces vivamos para el futuro, la vida inmortal, "puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios".

15 de junio de 1891

"El que tenga oído, que oiga"

EGW

"El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias: Al que venciere le daré a comer del árbol de la vida, que está en medio del paraíso de Dios." "El que venciere no sufrirá daño de la muerte segunda". "Al que venciere le daré a comer del maná escondido, y le daré una piedra blanca, y en la piedra un nombre nuevo escrito, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe." "El que venciere, será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, sino que confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles." "He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que nadie tome tu corona. Al que venciere, yo le haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de él; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, que es la Nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo, de mi Dios; y escribiré sobre él mi nombre nuevo." "Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias."

Las palabras: "El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias", se repiten después de estas promesas, cargadas de importancia para los hijos de Dios. Es para nuestro eterno interés saber y entender lo que el Espíritu dice a las iglesias, y debemos buscar cuidadosamente la luz y el conocimiento para que no ignoremos lo que Dios ha ordenado y prometido en su preciosa palabra. Tenemos almas que salvar o perder, y con la mayor seriedad debemos preguntarnos: "¿Qué haré para obtener la vida eterna?". En el mejor de los casos, la vida no es más que corta, y es necesario que vivamos esta corta vida en armonía con la ley de Dios, que es la ley del universo. Debemos tener oídos para oír, y corazones para entender, lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Los ángeles de Dios no alcanzan conocimiento más elevado que el de conocer la voluntad de Dios; y su mayor deleite es cumplir la perfecta voluntad del Padre Celestial. El hombre caído tiene el privilegio de llegar a ser inteligente con respecto a la voluntad de Dios. Mientras se nos concede el tiempo de prueba, debemos poner nuestras facultades en el más alto uso, para que podamos hacer de nosotros mismos todo lo que sea posible; y mientras nos esforzamos por alcanzar un alto nivel de inteligencia, debemos sentir nuestra dependencia de Dios, porque sin su gracia, nuestros esfuerzos no pueden producir un beneficio duradero. Es por la gracia de Cristo que hemos de ser vencedores; por los méritos de su sangre hemos de formar parte de aquel número cuyos nombres no serán borrados del libro de la vida. Los vencedores definitivos tendrán la vida paralela a la vida de Dios y llevarán la corona del vencedor. Cuando nos espera una recompensa tan grande y eterna, debemos correr la carrera con paciencia, mirando a Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe.

No dudamos en deciros que para obtener la herencia inmortal y la sustancia eterna, debéis ser vencedores en esta vida de prueba. Todo lo que emborrona y mancha el alma debe ser quitado, debe ser limpiado del corazón. Debemos saber lo que significa ser partícipes de la naturaleza divina, habiendo escapado de las corrupciones que hay en el mundo por medio de la concupiscencia. ¿Estás dispuesto a librar una guerra contra los deseos de la carne? ¿Estás dispuesto a luchar contra el enemigo de Dios y del hombre? Satanás está decidido a esclavizar cada alma si puede; porque está jugando un juego desesperado para ganar las almas de los hombres de Cristo y de la vida eterna. ¿Permitirás que te robe las gracias del Espíritu de Dios, y que plante en ti su propia naturaleza corrupta, o aceptarás la gran provisión de la salvación, y por los méritos del Sacrificio Infinito hecho en tu favor, llegarás a ser partícipe de la naturaleza divina? Dios ha dado a su Hijo unigénito, para que a través de su vergüenza, sufrimiento y muerte, puedas tener gloria, honor e inmortalidad. ¿No estás dispuesto a aferrarte a la graciosa esperanza que te ofrece el Evangelio? ¿Es humillante tratar de ganar una corona de gloria inmortal?

Cristo era uno con el Padre desde el principio; compartía la gloria del Padre; y, sin embargo, consintió en convertirse en sustituto y fiador del hombre caído, para ponerse en el lugar del hombre, a fin de llevar la esperanza y la salvación a todas las almas que quisieran recibirlo como Salvador que perdona el pecado. Con su brazo humano rodea a la raza perdida, y con su brazo divino se aferra al trono del Infinito, conectando al hombre con Dios, y a la tierra con el cielo. Era imposible para el hombre, que había debilitado su poder moral por la transgresión de la ley de Dios, guardar los mandamientos de Dios; pero Cristo

vino a salvar a su pueblo de sus pecados, y por la fe el alma es revestida con la justicia de Cristo, y llevada al favor de Dios. Cristo descendió de su excelso trono, abandonó los arios reales, revistió su divinidad de humanidad y se hizo hombre entre los hijos de los hombres; se humilló a sí mismo hasta el sufrimiento y la muerte de cruz, para que el hombre pudiera ser exaltado, para que el hombre pudiera llegar a ser partícipe de la naturaleza divina, ser vencedor y tener un lugar con Cristo en su trono de gloria.

22 de junio de 1891

Charla sobre la templanza

Satanás fue el primer rebelde del universo, y desde su expulsión del cielo ha estado tratando de hacer de cada miembro de la familia humana un apóstata de Dios, como lo es él mismo. Trazó sus planes para arruinar al hombre, y mediante la complacencia ilícita del apetito, lo indujo a transgredir los mandamientos de Dios. Tentó a Adán y Eva para que comieran del fruto prohibido, y así consumó su caída y su expulsión del Edén. Cuántos dicen: "Si yo hubiera estado en el lugar de Adán, jamás habría transgredido una prueba tan sencilla". Pero usted que hace esta jactancia tiene una gran oportunidad de demostrar su fuerza de propósito, su fidelidad a los principios bajo prueba. ¿Rindes obediencia a cada mandamiento de Dios? ¿No ve Dios pecado en su vida?

Ojalá que la caída de Adán y Eva hubiera sido la única; pero desde la pérdida del Edén hasta el presente, ha habido una sucesión de caídas. Satanás ha planeado arruinar al hombre, apartándolo de la lealtad a los mandamientos de Dios, y uno de sus métodos más exitosos es el de tentarlo a la gratificación del apetito pervertido. Vemos por todas partes las marcas de la intemperancia del hombre. En nuestras ciudades y aldeas la taberna está en cada esquina, y en el semblante de sus clientes vemos la terrible obra de ruina y destrucción. Por todas partes Satanás trata de atraer a la juventud al camino de la perdición; y si una vez consigue ponerles los pies en el camino, los apresura en su curso descendente, conduciéndolos de una disipación a otra, hasta que sus víctimas pierden la ternura de su conciencia, y ya no tienen el temor de Dios ante sus ojos. Ejercen cada vez menos autocontrol. Se vuelven adictos al vino y al alcohol, al tabaco y al opio, y pasan de un estado de degradación a otro. Son esclavos del apetito. Aprenden a despreciar los consejos que antes respetaban. Se dan aires de fanfarronería y presumen de libertad cuando son siervos de la corrupción. Por libertad entienden que son esclavos del egoísmo, del apetito degradado y del libertinaje.

Una gran controversia está teniendo lugar en el mundo. Satanás está decidido a tener a la raza humana como sus súbditos, pero Cristo ha pagado un precio infinito para que el hombre pueda ser redimido del enemigo, y para que la imagen moral de Dios pueda ser restaurada en la raza caída. Al instituir el plan de salvación, Dios ha manifestado que valora al hombre a un precio infinito; pero Satanás está tratando de hacer que este plan no tenga efecto, impidiendo que el hombre cumpla las condiciones sobre las cuales se provee la salvación.

Después de su bautismo, Cristo fue conducido por el Espíritu al desierto. Había tomado la humanidad sobre sí, y Satanás se jactaba de que lo vencería, como había vencido a los hombres fuertes de las edades pasadas, y lo asaltó con las tentaciones que habían causado la caída del hombre. Era en este mundo donde debía decidirse el gran conflicto entre Cristo y Satanás. Si el tentador lograba vencer a Cristo en un solo punto, el mundo debía perecer. Satanás tendría poder para herir la cabeza [talón] del Hijo de Dios; pero la simiente de la mujer había de herir la cabeza de la serpiente: Cristo debía desconcertar al príncipe de las potestades de las tinieblas. Durante cuarenta días ayunó Cristo en el desierto. ¿Para qué? ¿Había algo en el carácter del Hijo de Dios que requiriera tanta humillación y sufrimiento? Toda esta humillación y aguda angustia fueron soportadas por el bien del hombre caído, y nunca podremos comprender el carácter grave del pecado de satisfacer el apetito pervertido si no comprendemos el significado espiritual del largo ayuno del Hijo de Dios. Nunca podremos comprender la fuerza y la esclavitud del apetito hasta que discernamos el carácter del conflicto del Salvador al vencer a Satanás, y colocar así al hombre en una posición ventajosa, en la que, por el mérito de la sangre de Cristo, pueda resistir a los poderes de las tinieblas y vencer en su propio favor.

Después de este largo ayuno, Cristo se encontraba en un estado famélico, y en su debilidad Satanás le asaltó con las más feroces tentaciones. "El diablo le dijo: Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan". Satanás se representó a sí mismo como mensajero de Dios, afirmando que Dios había visto la buena voluntad del Salvador para poner sus pies en el camino de la abnegación, y que no era necesario que sufriera más humillación y dolor, sino que podía ser liberado del terrible conflicto que tenía ante sí como Redentor del mundo. Intentó persuadirle de que Dios sólo pretendía poner a prueba su fidelidad, que ahora su lealtad era plenamente manifiesta, y que estaba en libertad de utilizar su poder divino para aliviar sus necesidades. Pero Cristo discernió la tentación, y declaró: "Escrito está que no sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios."

Cuando te sientas tentado a la gratificación ilícita del apetito, debes recordar el ejemplo de Cristo, y permanecer firme, venciendo como Cristo venció. Debes responder diciendo: "Así dice el Señor", y de este modo zanjar para siempre la cuestión con el príncipe de las tinieblas. Si parlamentáis con la tentación, y usáis vuestras propias palabras, sintiéndos autosuficientes, llenos de autoimportancia, seréis vencidos. Las armas que Cristo usó fueron las palabras de Dios: "Escrito está"; y si empuñas la espada del Espíritu, tú también puedes salir victorioso, por el mérito de tu Redentor.

(Continuará.)

29 de junio de 1891

Charla sobre la templanza

(Continúa.)

Las tres principales tentaciones que acosan al hombre fueron soportadas por el Hijo de Dios. Se negó a ceder ante el enemigo en lo referente al apetito, la ambición y el amor al mundo. Pero Satanás tiene más éxito cuando ataca el corazón humano. Induciendo a los hombres a ceder a sus tentaciones, puede llegar a controlarlos. Y en ninguna clase de tentaciones logra mayor éxito que en las dirigidas al apetito. Si puede controlar el apetito, puede controlar al hombre entero.

Sólo hay dos poderes que controlan las mentes de los hombres: el poder de Dios y el poder de Satanás. Cristo es el Creador y Redentor del hombre; Satanás es el enemigo y destructor del hombre. El que se ha entregado a Dios se edificará para la gloria de Dios, en cuerpo, alma y espíritu. El que se ha entregado a Satanás se destruye a sí mismo. Muchos hombres venden la razón por un vaso de licor y se convierten en una amenaza para su familia, su vecindario y su país. Sus hijos se esconden cuando él llega a casa, y su esposa desalentada teme encontrarse con él, porque la recibe con golpes crueles. Gasta su dinero en bebidas fuertes, mientras su mujer y sus hijos sufren por las necesidades de la vida.

Satanás conduce a las víctimas del apetito a actos de violencia. El bebedor de licor es un hombre de pasiones feroces y fácilmente excitables, y cualquier excusa trivial se convierte en motivo de riña; y cuando está bajo la influencia de la pasión, el borracho no perdonará a su mejor amigo. Cuántas veces oímos

hablar de asesinatos y actos de violencia, y descubrimos que su origen principal es el hábito del licor.

Hay quienes se llaman a sí mismos defensores de la templanza y, sin embargo, se entregan al consumo de vino y sidra, alegando que estos estimulantes son inofensivos e incluso saludables. Es así como muchos dan el primer paso en el camino descendente. La embriaguez es producida tanto por el vino y la sidra como por bebidas más fuertes, y es la peor clase de embriaguez. Las pasiones son más perversas; la transformación del carácter es mayor, más decidida y obstinada. Unos cuantos cuartos de sidra o de vino pueden despertar el gusto por bebidas más fuertes, y en muchos casos los que se han convertido en borrachos empedernidos han puesto así los cimientos del hábito de la bebida.

Para las personas que han heredado el apetito por los estimulantes, no es de ninguna manera seguro tener vino y sidra en la casa; porque Satanás está continuamente solicitándoles que se den el gusto. Si ceden a sus tentaciones, no saben dónde detenerse; el apetito clama por indulgencia, y es gratificado para su ruina. El cerebro se nubla; la razón ya no tiene las riendas, sino que las pone en el cuello de la lujuria. El libertinaje abunda, y vicios de casi todo tipo se practican como resultado de complacer el apetito por el vino y la sidra. Es imposible que alguien que ama estos estimulantes y se acostumbra a su uso, crezca en gracia. Se vuelve grosero y sensual; las pasiones animales controlan las facultades superiores de la mente, y no se aprecia la virtud.

La bebida moderada es la escuela en la que los hombres están recibiendo una educación para la carrera del borracho. Tan gradualmente aleja Satanás de los baluartes de la templanza, tan insidiosamente ejercen el vino y la sidra su influencia sobre el gusto, que todos entran sin sospecharlo en el camino de la embriaguez. Se cultiva el gusto por los estimulantes; se desordena el sistema nervioso; Satanás mantiene la mente en una fiebre de inquietud; y la pobre víctima, imaginándose perfectamente segura, sigue y sigue, hasta que se rompe toda barrera, se sacrifica todo principio. Las resoluciones más firmes son socavadas, y los intereses eternos son demasiado débiles para mantener el apetito degradado bajo el control de la razón. Algunos nunca están realmente borrachos, pero siempre están bajo la influencia de intoxicantes suaves. Son febriles, inestables de mente, no realmente delirantes, pero sí como verdaderos desequilibrados; porque las facultades más nobles de la mente están pervertidas.

También quienes consumen tabaco están debilitando su poder físico y mental. El uso del tabaco no tiene fundamento en la naturaleza. La naturaleza se rebela

contra el narcótico, y cuando el consumidor de tabaco intenta por primera vez forzar este hábito antinatural en el sistema, se libra una dura batalla. El estómago y, de hecho, todo el sistema, se rebelan contra la abominable práctica, pero el malhechor persevera hasta que la naturaleza abandona la lucha y el hombre se convierte en esclavo del tabaco.

Si la salvación se ofreciera al hombre en condiciones tan duras de soportar, Dios sería considerado como un amo duro. Satanás es un amo duro, y exige de sus súbditos que se sometan a duras pruebas, y que se hagan esclavos de la pasión y del apetito; pero Dios es consecuente en todas sus exigencias. Y sólo pide a sus hijos lo que puede contribuir a su felicidad presente y eterna.

"Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás". Este es el mandamiento de Dios, y sin embargo cuántos, incluso de los que profesan ser siervos de Dios, son devotos del tabaco, y lo convierten en su ídolo. Cuando los hombres deberían estar en el aire puro, con dulce aliento, alabando a Dios por sus beneficios, están contaminando la atmósfera con los humos de la pipa o del cigarro. Deben pasar por la prueba de fumar, a fin de estimular los pobres nervios relajados como preparación para los deberes del día; porque si no tuvieran su humo, estarían irritables e incapaces de controlar sus pensamientos.

Como ilustración de la incapacidad de los consumidores de tabaco para dominar sus sentidos cuando carecen del estimulante, relataré un suceso del que tuve noticia. Un anciano que fue en un tiempo mi vecino de al lado era un gran consumidor de tabaco; pero una mañana no había fumado su cigarrillo habitual cuando entré a buscar un libro que le había prestado. En vez de recibir el libro que le había pedido, me entregó una brida. En vano me esforcé por hacerle comprender lo que quería; tuve que marcharme sin el libro. Al día siguiente, volví a pedirle lo mismo y me entregó el libro inmediatamente. Entonces le pregunté por qué no me lo había dado el día anterior. Me dijo: "¿Por qué, estuviste ayer? No lo recuerdo. Oh, ya sé cuál fue el problema, no había tomado mi tabaco". Este era el efecto en su mente cuando estaba sin el estimulante. Su médico le dijo que debía dejar de consumirlo o no podría vivir. Lo dejó, pero durante toda su vida sufrió el constante anhelo del estimulante acostumbrado; tenía que librar una batalla continua.

Cuando tenía noventa años, un día se le vio buscando algo. Cuando le preguntaron qué quería, respondió: "Buscaba mi tabaco". Sufría sin él, y sin embargo hubiera sido la muerte para él seguir consumiéndolo.

Dios exige que sus hijos se mantengan libres de tales hábitos antinaturales y desastrosos. Sí, el Señor Jesús ha muerto para que por los méritos de su vida y muerte los hombres sean vencedores. Puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios. Vino a la tierra para poder combinar el poder divino con el esfuerzo humano, y mediante la cooperación con Cristo, poniendo la voluntad del lado de Dios, el esclavo puede llegar a ser libre, heredero de Dios y coheredero con Cristo.

6 de julio de 1891

Charla sobre la templanza

(Concluido.)

En los días de Israel, cuando se instituyó el servicio del santuario, el Señor ordenó que sólo se utilizara fuego sagrado en la quema del incienso. El fuego sagrado era encendido por Dios, y el humo fragante representaba las oraciones del pueblo cuando ascendían ante Dios. Nadab y Abiú eran sacerdotes del santuario, y aunque no era lícito usar fuego común, estos sacerdotes, cuando entraban delante de Dios, se atrevían a encender su incienso con fuego no consagrado. Los sacerdotes se habían entregado al uso del vino, y su sensibilidad moral estaba entumecida; no discernían el carácter de sus acciones, ni se daban cuenta de cuáles serían las terribles consecuencias de su pecado. Un fuego salió del lugar santísimo y los consumió.

Después de la destrucción de Nadab y Abiú, el Señor habló a Aarón, diciendo: "No bebas vino ni sidra, tú, ni tus hijos contigo, cuando entréis en el tabernáculo de reunión, a menos [que] muráis; será estatuto perpetuo por vuestras generaciones; y para que hagáis diferencia entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio; y para que enseñéis a los hijos de Israel todos los estatutos que el Señor les ha dicho por medio de Moisés." Los sacerdotes y jueces de Israel debían ser hombres de estricta templanza, a fin de que sus mentes fueran claras para discriminar entre el bien y el mal, para que poseyeran firmeza de principios y sabiduría para administrar justicia y mostrar misericordia.

Qué mejora habría en nuestra propia tierra si estos mandatos se llevaran a cabo, si los hombres en posiciones sagradas y judiciales vivieran de acuerdo con cada palabra que sale de la boca de Dios. ¿No sabe Dios, que hizo al hombre, lo que es mejor para él, lo que es más conducente a sus intereses espirituales y eternos? Dios obra para el mayor bien de sus criaturas. Si los hombres fueran

estrictamente templados, no tendríamos ni el diezmo de las muertes que tenemos ahora, y el sufrimiento físico y mental disminuiría enormemente. Habría muchos menos accidentes por tierra y por mar. Es porque el hombre hace lo que le place, en vez de someterse a los requerimientos de Dios, que hay tanto mal en el mundo.

¿Cómo pueden los hombres confiar en las decisiones de jurados adictos al licor y al tabaco? Si son llamados a decidir sobre un caso importante cuando están privados de sus estimulantes habituales, no pueden ejercitar sus mentes de una manera saludable; no están en condiciones de emitir un juicio inteligente; ¿y qué valor tendría su decisión?

Los hombres que ocupan cargos de responsabilidad deben ser hombres de templanza e integridad, y especialmente aquellos a quienes se les confían funciones judiciales deben ser hombres de hábitos sobrios, para que puedan impartir justicia y ser imparciales ante sobornos o prejuicios. Pero cuán diferente es la condición de nuestros asuntos judiciales y gubernamentales de la que es posible mediante la obediencia a los mandamientos de Dios. El licor, el tabaco y la baja moral llevan a los hombres a tratar traicioneramente con sus semejantes.

Por todas partes hay tentación para nuestros jóvenes, así como para los de edad madura. Tanto en América como en Europa, los lugares de vicio y destrucción se hacen atractivos mediante exhibiciones y música, para que los pies incautos caigan en la trampa. Se hace todo lo posible para atraer a los jóvenes a los salones. ¿Qué se hará para salvar a nuestra juventud? Cristo hizo un sacrificio infinito, se hizo pobre para que nosotros, a través de su pobreza, nos enriqueciéramos y tuviéramos una vida a la medida de la vida de Dios, ¿y no haremos ningún sacrificio para salvar a los que van a la ruina a nuestro alrededor? ¿Qué estamos haciendo por la causa de la templanza, para salvar a nuestra juventud de hoy? ¿Quién está al lado de Cristo, como obrero juntamente con Dios?

Padres, ¿estáis enseñando a vuestros hijos a vencer? ¿Estáis tratando de frenar la marea del mal que amenaza con abrumar nuestra tierra? Madres, ¿estáis haciendo vuestra labor de educadoras? ¿Estáis enseñando a vuestros hijos en su infancia hábitos de autocontrol y templanza? No esperéis a que la pasión los sujete con sus férreos lazos, sino llevadlos ahora a Dios, enseñadles que Jesús los ama, que el Cielo los reclama. En su juventud poned sus manos en las manos de Cristo, para que él los guíe. Madres, despertad a vuestra responsabilidad

moral, y trabajad por vuestros hijos como quienes han de rendir cuentas. Debemos hacer algo para detener la marea del mal, para que los niños y los jóvenes no sean arrastrados a la perdición. Debemos ser vencedores y enseñar a nuestros hijos a vencer.

En el desierto de la tentación, Cristo pasó por el terreno donde Adán cayó. Comenzó la obra donde comenzó la ruina, y a punto del apetito venció el poder del maligno en nuestro favor. Satanás abandonó el campo como un enemigo vencido, y nadie está excusado de entrar en la batalla del lado del Señor, pues no hay razón para que el hombre no sea un vencedor si confía en Cristo. "Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono."

Por los méritos de Cristo hemos de ser purificados, refinados, redimidos, y se nos ha de dar un lugar con Cristo en su trono. ¿Podría conferirse al hombre mayor honor que éste? ¿Podemos aspirar a algo más grande? Si somos vencedores, Cristo declara: "No borraré su nombre del libro de la vida, sino que confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles."

20 de julio de 1891

Resultados de negarse a caminar en la luz

EGW

"El rey Belsasar hizo un gran banquete a mil de sus príncipes, y bebió vino delante de los mil..... Entonces trajeron los vasos de oro que habían sacado del templo de la casa de Dios que estaba en Jerusalén; y bebieron en ellos el rey y sus príncipes, sus mujeres y sus concubinas. Bebieron vino y alabaron a los dioses de oro, de plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra". Mientras estaban enfrascados en esta fiesta sacrílega, una mano sin sangre trazó frente al rey, caracteres de escritura que no podían ser leídos ni interpretados por ninguno de los magos o sabios de la corte. "Entonces el semblante del rey se alteró, y sus pensamientos le turbaron". Pero si no podían entender la escritura, ¿por qué estaban tan turbados? La escritura en la pared evidenciaba que había un testigo de sus malas acciones, un huésped no invitado ni bienvenido a su fiesta idólatra, y su presencia condenaba el pecado y predecía la perdición y el desastre. Ante ellos pasaban, como en una vista panorámica, los hechos de sus malas vidas, y parecían ser procesados ante el Juicio, del que habían sido advertidos.

Belsasar fue el más aterrorizado de todos, porque grandes habían sido sus oportunidades de conocer al Dios que había blasfemado y ridiculizado. Conocía la historia de su abuelo; cómo, a causa de su exaltación del yo, le habían sido arrebatadas la sabiduría y la razón, y había salido para ser compañero de las bestias del campo. Pero Belsasar ignoró la lección tan completamente como si estas cosas nunca hubieran ocurrido, y se hizo culpable de los mismos pecados por los que su abuelo había sido condenado. Era culpable porque había tenido el privilegio de conocer y hacer lo correcto, y de guiar a otros en el camino, y sin embargo se negó a prestar atención a la luz que Dios había permitido que brillara en su sendero. Tuvo todas las oportunidades de conocer a Dios y su verdad, pero no quiso negarse a sí mismo para conocer y hacer la justicia. Ahora, en medio de su más pronunciada idolatría y desafío a Dios, la mano incruenta escribe su perdición.

Daniel es recordado y llevado a la sala del banquete. El siervo de Dios ve las evidencias de la degradación e idolatría del banquete, tan repentinamente llevado a su fin; pero Daniel no se desconcertó en presencia del rey y sus señores.

"He oído decir de ti", dijo el rey, "que el espíritu de los dioses está en ti, y que la luz, el entendimiento y la excelente sabiduría se encuentran en ti Y he oído decir de ti que puedes hacer interpretaciones y disolver dudas; ahora bien, si puedes leer la escritura y darme a conocer su interpretación, serás vestido de escarlata y tendrás un collar de oro al cuello, y serás el tercer soberano del reino. Entonces Daniel respondió y dijo delante del rey: Tus dones sean para ti, y da tus recompensas a otro; pero yo leeré al rey la escritura, y le daré a conocer su interpretación." Entonces Daniel repasó el pasado, presentando ante Belsasar la luz que había recibido de la historia y el juicio de Nabucodonosor. Dios había dado a su abuelo un reino, majestad, gloria y honor; pero en vez de sentir gratitud hacia Dios, Nabucodonosor había tomado la gloria para sí, y su mente se ensoberbeció y su corazón se endureció. Dios lo depuso de su trono y le quitó la gloria. Daniel repitió fielmente la historia del renombre y la degradación de Nabucodonosor, y expuso la misericordia de Dios al concederle otra oportunidad de reconocer a Dios como el Gobernante Supremo en el cielo y la tierra, Aquel a quien los reyes y las naciones debían lealtad. "Y tú su hijo, oh Belsasar, no has humillado tu corazón, aunque sabías todo esto, sino que te has levantado contra el Señor del cielo; y han traído los vasos de su casa delante de ti, y tú y tus señores, tus mujeres y tus concubinas habéis bebido vino en ellos; y has alabado a los dioses de plata, de oro, de bronce, de hierro, de madera y de

pedra, que no ven, ni oyen, ni saben; y al Dios en cuya mano está tu aliento, y cuyos son todos tus caminos, no has glorificado."

Entonces se leyó e interpretó lo escrito en la pared. Belsasar escuchó la sentencia irrevocable: "Dios ha contado tu reino y lo ha acabado". "Pesado eres en balanza, y has sido hallado falto". "Tu reino ha sido dividido y entregado a los medos y a los persas." Belsasar no tenía excusa, pues se le había dado abundante luz para reformar su vida. Había tenido la oportunidad de conocer la verdad; pero perdió todos los beneficios del conocimiento por su curso de autoindulgencia; no se encontró con la mente de Dios, como hombre o como rey, y debido a esto el reino le había sido quitado. El que tiene poder para levantar y derribar, dio el reino a otro.

En la historia de Nabucodonosor y Belsasar, Dios habla a las naciones de hoy. Debemos tomar a pecho las lecciones que trató de enseñar a estos reyes rebeldes; porque si Belsasar hubiera seguido un curso en armonía con la instrucción dada a su abuelo, habría conservado no sólo su reino sino su vida. No hizo caso de las lecciones, y continuó en rebelión contra Dios, cometiendo los mismos pecados por los cuales su abuelo había sido reprendido y castigado. Él también se alzó en orgullo y exaltación, y el juicio final de Dios cayó sobre él y su casa. Su gran pecado fue que, a pesar de que Dios le había dado la luz, se negó a caminar por las sendas de la justicia.

27 de julio de 1891

Resultados de negarse a caminar en la luz-No. 2

EGW

La condenación que caerá sobre las naciones de la tierra en este día se deberá a su rechazo de la luz, y será similar a la que cayó sobre los reyes de Babilonia; se deberá a que no han aprovechado al máximo la luz presente, las oportunidades presentes para conocer lo que es verdad y justicia. Nuestra condenación en el juicio no resultará del hecho de que hayamos vivido en el error, sino del hecho de que hayamos descuidado las oportunidades enviadas por el cielo para descubrir la verdad. Los medios para llegar a conocer la verdad están al alcance de todos; pero, como el rey indulgente y egoísta, prestamos más atención a las cosas que encantan el oído, complacen la vista y gratifican el paladar, que a las cosas que enriquecen la mente, los divinos tesoros de la verdad. Es por medio de la verdad que podemos responder a la gran pregunta: "¿Qué debo hacer para ser salvo?".

En cada página de la palabra de Dios está escrito claramente el mandato de obediencia, y sin embargo, ¡cuán a menudo se consideran a la ligera sus mandamientos o se dejan totalmente de lado! El mandamiento de la observancia del santo sábado del Señor está colocado en el mismo seno del decálogo, y es tan claro que nadie necesita equivocarse en cuanto a su significado, y sin embargo es tratado con tanta profanación como lo fueron los vasos sagrados en la fiesta de Belsasar. Dios santificó y bendijo el séptimo día, apartándolo para ser observado como tiempo santo. Sin embargo, el sábado del Señor se ha utilizado como día de trabajo común, mientras que un día que no posee ninguna santidad se ha puesto en el lugar del día santificado de Dios. El mundo religioso ha aceptado el error como verdad, y muchos que pretenden ser hijos de la luz son hijos de las tinieblas. La condenación de los que pisotean el santo sábado de Dios, y exaltan un sábado instituido por el hombre de pecado, no vendrá porque hayan observado concienzudamente el primer día de la semana, sino porque descuidaron las oportunidades de escudriñar las Escrituras y aprender, no lo que ha dicho el hombre, no lo que dicen los ministros, no lo que han dicho los padres, sino ¿qué dice el Dios infinito? ¿Qué día ha especificado Dios como su día santo? ¿Qué mandó honrar a los hombres cuando habló con voz audible desde el Sinaí? Esa voz debe ser obedecida por encima de cualquier otra; los edictos de reyes y naciones son nulos ante un mandato de Dios. El Señor de los ejércitos ordena nuestra obediencia.

Si los ministros escudriñaran sus Biblias, sabrían lo que dicen las Escrituras; pero las voces de los falsos pastores claman: "¡Mirad aquí! o, ¡mirad allá!" Pero sólo estamos seguros siguiendo a Aquel que dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida". El Señor declara: "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos."

En la transgresión de Eva hay importantes lecciones que debemos aprender. Eva fue engañada por una voz extraña que le contaba una historia que contradecía las afirmaciones llanas de la palabra de Dios, y ella aceptó las palabras del engañador como palabras de verdad; creyó una mentira, y sufrió las consecuencias de su engaño y transgresión. Lo mismo sucede con los hijos e hijas de Eva en nuestros días; creen la misma voz extraña. No es la voz de Dios ni de Cristo la que os declara que la ley de Dios no es obligatoria; porque Jesús ha dicho: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el

reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, ése será llamado grande en el reino de los cielos." Volvió a decir: "Yo he guardado los mandamientos de mi Padre".

Deberías apartarte de aquellos que te prometen una maravillosa libertad al quebrantar los mandamientos del Señor, y deberías aprovechar toda oportunidad para familiarizarte con la verdad. El hecho de que creas a conciencia una mentira no te salvará de la ruina, cuando la verdad podría haber sido tuya. Podéis salvaros obedeciendo honradamente la verdad; pero si Dios os concede el privilegio de conocer y obedecer la verdad, y descuidáis tan gran salvación, vuestros mismos privilegios se registrarán contra vosotros, para que aparezcan para vuestra condenación en el juicio. Dios ha enviado a sus ministros, sus portadores de luz, que proclaman la palabra de vida; te ha dado su palabra, ha enviado a su Hijo para que sea tu Salvador y ejemplo, y no tendrás excusa si no te apropias de las promesas de Dios y te conviertes en su hijo obediente.

3 de agosto de 1891

Religión auténtica

EGW

"La religión pura y sin mácula delante de Dios y del Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo". "El que da, hágalo con sencillez; el que gobierna, con diligencia; el que hace misericordia, con alegría. Que el amor sea sin disimulo. Aborreced lo que es malo; aferraos a lo que es bueno. Sed benignos unos con otros en amor fraternal; en honra, prefiriéndoos unos a otros; no perezosos en los negocios; fervientes en espíritu; sirviendo al Señor; gozosos en la esperanza; pacientes en la tribulación; constantes en la oración." Todos los que están en conexión viva con Jesús, serán imbuidos de su Espíritu, y obrarán las obras de Cristo.

"Distribuyendo a la necesidad de los santos; dados a la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen; bendecid, y no maldigáis. Alegraos con los que se alegran, y llorad con los que lloran. Tened los mismos sentimientos los unos hacia los otros. No os preocupéis por las cosas elevadas, sino condescended con los hombres de condición humilde. No seáis sabios en vuestra propia opinión". "Que continúe el amor fraternal. No os olvidéis de hospedar a los extraños, porque con ello algunos hospedaron a los ángeles sin saberlo. Acordaos de los que están presos, como si estuvierais presos con ellos; y de los que sufren

adversidades, como si también vosotros estuvierais en el cuerpo." Ángeles en forma de hombres han venido como extraños a las moradas de los justos, para preservarlos en tiempos de peligro, para protegerlos de los planes que el enemigo había trazado para destruirlos. Los ángeles, como viajeros, visitaron a Abraham, y su cortesía hacia ellos, a quienes suponía hombres como él, fue recompensada con la promesa de Dios de que Sara tendría un hijo. Lot, también, instando a los forasteros a que se quedaran con él porque no era seguro permanecer en la calle, entretuvo a los ángeles, y fue bendecido al ser liberado de la ciudad que estaba condenada a la destrucción.

Pero hay un cumplimiento de esta escritura en un sentido más amplio. Ningún hijo de Dios, por pobre u oprimido que sea, es desatendido o pasado por alto; porque los ángeles celestiales atienden a los que serán herederos de la salvación. Cuando abrís vuestras puertas a los hijos de Dios, sean altos o bajos, ricos o pobres, y les brindáis vuestra hospitalidad, invitáis con ellos a estos visitantes invisibles. Si se os abrieran los ojos, veríais que no sólo hospedáis a los huéspedes que necesitan las comodidades y atenciones que podéis dispensarles, sino que los huéspedes del cielo también participan de vuestra hospitalidad, hospedáis a los ángeles sin saberlo.

No estáis controlados por el Espíritu de Cristo cuando seleccionáis a unos pocos asociados afines a vuestra propia mente, y les prodigáis favores, mientras descuidáis a los que más necesitan la ayuda que podéis darles. Sin embargo, con cuánta frecuencia las palabras alentadoras, los actos bondadosos, se dan todos a unos pocos que usted estima por su juicio finito que son dignos de ellos; mientras que los mismos a quienes el Señor quiere que usted considere y bendiga no reciben ningún favor particular, ni palabras de simpatía o compasión. Estas cosas deben ser consideradas. Las amonestaciones de Dios deben ser tenidas en cuenta en nuestra vida diaria. "Cuando hagas comida o cena, no llores a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos; no sea que ellos también te vuelvan a invitar, y se te haga una recompensa. Pero cuando hagas banquete, llama a los pobres, a los mancos, a los cojos, a los ciegos; y serás bienaventurado, porque no te podrán recompensar; pues serás recompensado en la resurrección de los justos."

La razón por la que muchos se alejan de Dios es que no eligen hacer sus palabras y guardar su camino. No siguen el ejemplo y las enseñanzas de Cristo. Tergiversan su carácter. Profesando ser cristianos, mienten contra la verdad. Jesús vino del cielo a la tierra para poder, a través de su asociación con la humanidad, por precepto y ejemplo, revelar a los hombres el carácter que deben

poseer si quieren ser admitidos en la familia del cielo. Trajo la luz y la vida, la riqueza y la plenitud del bien, para que los hombres participasen de su naturaleza divina. Él es la vid viva, y todo sarmiento "en él" participa de la vida y de la grosura de la vid. El sarmiento seco y sin hojas se injerta en la cepa y, fibra a fibra, vena a vena, se une a ella. El sarmiento adoptado se une a la vid, se nutre de la cepa madre, brota, florece y da fruto.

El pecador que viene a Cristo en la fe, se une alma con alma con su Redentor, unido en lazos santos con Jesús. Entonces tiene amor y benevolencia a través de su constante unión con Cristo. Y por la fe y la experiencia tiene confianza en que Jesús no sólo lo salvará, sino que lo salva hasta el extremo. Esta confianza trae a su alma una confianza permanente, una paz, un gozo que sobrepasa todo entendimiento. Cristo es para él un Salvador que todo lo basta; se aferra a Cristo, recibiendo de su Espíritu, hasta que obra como Cristo obró, es compasivo como Cristo fue compasivo, teniendo un amor desinteresado, prestando un servicio desinteresado, no a unos pocos que son los más simpáticos, sino a los que más necesitan la ayuda que él puede prestar.

Si Cristo hubiera esperado a que el hombre se hiciera digno de la presencia y del amor divinos, ni un alma habría podido participar de la naturaleza divina. Todos habrían perecido. Pero hay esperanza para nuestro mundo, porque Jesús vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido; y ésta es exactamente la obra que debe realizar cada rama de la Vid Verdadera. Apremiar gustos y disgustos no es el camino de Cristo, sino de acuerdo con los principios y sentimientos del corazón natural, no renovado, y el fruto que se da está de acuerdo con ello.

(Concluido la próxima semana).

10 de agosto de 1891

Religión auténtica

(Concluido.)

EGW

Cristo y sus hijos obedientes se aman. Sus gustos son idénticos. Los verdaderos seguidores de Jesús permanecen tanto en él que aman lo que él ama y odian lo que él odia. Un solo espíritu impregna todo el cuerpo. ¿Cómo, pues, pueden los sarmientos de la Vid verdadera dar otra cosa que buenos frutos? Si las palabras de Cristo permanecen en el cristiano, ¿cómo no va a obrar las obras de Cristo?

Vive, permanece, en Cristo, y como Cristo tiene siempre un solo ojo para la gloria de Dios. "Si guardáis mis mandamientos [no profesáis considerarlos y luego obráis en contra de ellos], permaneceréis en mi amor". Estaréis unidos con Uno superior en poder vital y sabiduría, el más débil dependiendo del más fuerte, "puestos los ojos en Jesús, el Autor y Consumador de vuestra fe."

"Sin mí nada podéis hacer". Es a riesgo del alma que tantos se sienten capaces de obrar en su propia sabiduría finita. Sin Cristo no podemos dominar un solo pecado ni resistir la menor tentación. Es la conexión con un poder que es todopoderoso lo que nos hará vencedores. Entonces, que todo el que venga a Jesús camine humildemente, y sienta diariamente que necesita un poder fuera y por encima de sí mismo, para ablandar su corazón de piedra; que necesita ser derretido, para que la escoria del yo pueda ser consumida. El mismo poder que convirtió el agua en vino en las bodas de Caná es capaz de erradicar todo mal de nuestra naturaleza y hacernos partícipes de la naturaleza divina. El mismo poder que limpió al leproso puede hacer que el corazón sea puro, apto para la sociedad de Dios, de los ángeles y de la hueste redimida. La santa obediencia sólo se hallará en la justicia que Cristo imparte al alma creyente. "Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí". Y toda alma que permanece en Cristo y que tiene a Cristo permaneciendo en ella, es tan querida para Dios como lo es su propio Hijo amado. Aceptada en el Amado, es objeto del tierno cuidado del Padre, y dará mucho fruto como resultado de su unión con la Vid Verdadera.

La santificación del alma, del cuerpo y del espíritu es el resultado seguro de esta unión con Cristo. ¿Cuál es el carácter del fruto? -Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Dondequiera que haya unión con Cristo, hay amor. Esta es la gracia suprema de los atributos divinos. Si el amor no es el principio permanente en el corazón, de nada servirán las demás buenas cualidades que poseamos. "Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tengo el don de profecía, y conozco todos los misterios y toda ciencia; y si tengo toda la fe, de tal manera que traspase los montes, pero no tengo amor, nada soy. Y si doy todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entrego mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo amor, de nada me sirve. El amor es sufrido y benigno; el amor no tiene envidia; el amor no se vanagloria de sí mismo, no se envanece, no se comporta indecorosamente, no busca lo suyo." "Que nadie busque lo suyo, sino cada uno la riqueza de los demás". "Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo. No mire cada uno por lo suyo propio, sino

cada cual también por lo de los demás. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús". "No se irrita, no tiene en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia, sino que se alegra con la verdad; todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca desfallece".

La obediencia a todos los mandamientos de Dios es el resultado seguro del amor supremo a Dios, y del amor a nuestro prójimo. Esto es el cristianismo. ¿Tenemos este amor? Cristo nos pregunta a cada uno: "¿Me amas?". ¿Podemos responder de corazón: "Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo"? Si amas a Jesús, amarás a aquel por quien Jesús murió. ¡Oh, que todos pudieran mirar a Jesús, y aprender lo que es el amor! La pureza y la compasión divina resplandecen en su carácter. La mansedumbre y humildad de Cristo hicieron fragante su influencia entre los pobres, los huérfanos, las viudas y los oprimidos. ¡Oh, cuántos que dicen ser cristianos necesitan la podadera de Dios! A menos que al mirar a Jesús, la norma perfecta de carácter, aprendan sus propios defectos, se enaltecen cuando están en la prosperidad, y ostentan los colores del mundo; el lujo, el orgullo y el egoísmo marcan sus pasos. Estudian su comodidad, buscan beneficiarse a sí mismos, descuidando a sus semejantes. Y así siguen hasta que el Labrador, viendo las ramas improductivas, con su podadera corta los zarcillos y los vástagos descarriados. "Toda rama que en mí no da fruto, la quita; y toda rama que da fruto, la limpia, para que dé más fruto".

17 de agosto de 1891

Trabajo misionero

EGW

La cruz del Calvario ha de ser un recuerdo constante del mundo futuro y más noble, de las mansiones que Jesús ha ido a preparar para todos los que le aman. Hemos de ser entusiastas. Y al contemplar por la fe las glorias del templo de Dios, procuraremos despertar el entusiasmo en los demás, el deseo de contemplar lo invisible. Nuestro trabajo es atraer las mentes de la tierra al cielo; llevar a otros con nosotros como compañeros, caminar por la senda que está trazada para los rescatados del Señor. Los hijos del Rey Celestial han de moverse entre los hombres, no como ciudadanos del mundo, sino como ciudadanos del reino de lo alto. Somos peregrinos y extranjeros en este mundo, en busca de una patria mejor, incluso celestial. "Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, y no seamos avergonzados delante de él en su venida."

No nos damos cuenta de las exigencias de la redención. Cristo nos ha comprado con su preciosa vida. Su tierno cuidado ha estado sobre nosotros cada momento de nuestra existencia. Entonces, ¿no tiene derecho a nuestro servicio? Tiene las pretensiones de la redención, pero hemos perdido el sentido de lo que significa. La redención ha sido aceptada de una manera vaga por nosotros, pero parece como una transacción del pasado lejano, cuando estábamos perdidos para el cielo, perdidos para Dios, condenados por la ley, sin esperanza. Pero aquí estamos, con los brillantes rayos del Sol de Justicia brillando sobre nosotros. Mirad la cruz del Calvario. ¿Se desvanecerán de nuestras mentes sus solemnes misterios? Es un tema que debería despertarnos a la gratitud, que "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". ¿Cómo puede la iglesia contemplar estas palabras y, sin embargo, ser sierva perezosa?

El Señor tiene trabajo para todos. Dios quiere que los hombres sean colaboradores suyos. Ha puesto a los padres y a las madres bajo su tributo, para que comiencen la obra en sus hogares con un espíritu decidido y semejante al de Cristo, a fin de que el amor de Cristo gane a sus hijos. Deben hacer todo lo posible para salvar a sus seres queridos. Cristo intercede constantemente por la raza caída. Él proveerá la gracia, el Espíritu Santo, si las agencias humanas se convierten en sus canales para comunicarlo al mundo. La benevolencia de Cristo, su amor anhelante por las almas, es profunda y plena. ¿Dónde están los obreros que le ayuden? ¿Dónde está el dinero para sostenerlos en sus campos de trabajo?

La cruz de Cristo ha de ser el gran centro en torno al cual debe girar todo. Todo lo demás debe subordinarse a ella. La cruz está plantada a medio camino entre la divinidad y la humanidad, entre el cielo y la tierra. Nunca se acerca a la tierra. Todo lo que concierne a la salvación del hombre debe estar a la sombra de la cruz. Las inteligencias celestiales, uniéndose a las terrenales, se inclinan ante esta atracción central, y voces del cielo y de la tierra despliegan al universo el plan de la redención. La cruz no debe perder su significado para ninguno de los dos mundos. Toda propiedad, toda riqueza, que encuentra su camino en el tesoro del Señor, encuentra su verdadero lugar en el arreglo de Dios.

La verdad debe luchar siempre con el error para elevar el estandarte de la ley de Dios y exaltar a Cristo, porque llevó su castigo para poder salvar al hombre y, sin embargo, vindicar la inmutabilidad de la ley. Si los cristianos son como Cristo, no atesorarán el dinero de su Señor, ni lo invertirán en proyectos

mundanos, sino que lo invertirán todo en la causa de Dios y traerán un amplio rédito de gloria para ponerlo a los pies de su Redentor.

Hermanos y hermanas, ¿trabajaréis con fines egoístas? ¿Dejaréis que el mundo, con sus objetivos y principios egoístas, se interponga entre vosotros y vuestro Dios? ¿Serviréis a las riquezas? Cristo declara claramente que no se puede servir a Dios y a las riquezas. ¿Inscribirás tu nombre en las páginas del registro del mundo, o te relacionarás con Dios, y dejarás que él escriba tu nombre en los libros de registro del cielo, para ser inmortalizado en el universo de Dios? Cristo tiene el primer derecho sobre ti. "No sois vuestros, porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios".

Te lo ruego, ponte en acción de inmediato y sé todo lo que el nombre cristiano significa. Entonces no tendrán ningún deseo de vivir para sí mismos. Tendrás la alta distinción de vivir enteramente para Cristo. Por su derecho mediador todas las cosas pertenecen a Cristo. Para él y por él fueron creadas todas las cosas. Pero cuando el hombre pecó, el Hijo de Dios decidió asumir la naturaleza humana y venir a nuestro mundo para morir por la raza culpable. Por la cruz del Calvario fue revelado al universo sin pecado el carácter de Satanás. Al dar muerte por medio de agencias humanas al Señor de la vida y la gloria, Satanás puso de manifiesto la maldad de su carácter engañoso. Cristo había arrojado sobre sí la inconmensurable suma de culpa que debía ser cancelada a causa del pecado, y reunió en su alma moribunda esta vasta responsabilidad, tomando sobre sí los pecados del mundo entero. La naturaleza humana era para él un manto de sufrimiento; y cuando llegó la crisis, cuando se rindió víctima de la furia de Satanás, cuando colgó agonizante en la cruz, muriendo la más cruel e ignominiosa de las muertes, las huestes del mal exultaron, pero el hombre se salvó.

Mientras contemplamos la cruz, al Hijo de Dios asumiendo la masa de la culpa humana, el misterio de la redención parece maravilloso. Jesús nos señala el amor de Dios; el Padre proveyó esta propiciación porque nos amaba, para que hubiera un medio a través del cual pudiera reconciliarse con el hombre y el hombre con Él. Y nuestro Señor, habiéndose comprometido a la maravillosa obra de la redención, no quiso retener nada necesario para la realización de su plan. Derramó todo el cielo sobre el hombre en ese gran don. Y luego completó la obra rodeando al hombre de bendiciones ilimitadas, favor sobre favor, don sobre don, abriendo a nuestra vista todos los tesoros del mundo futuro.

Pero, ¿y el hombre? ¿Está tan paralizado por el pecado que es incapaz de apreciar los elementos de una vida divina? Cristo atrae al hombre, pero ¡ay! cuán pocos responden a su influjo. El egoísmo humano es la barrera para la vida eterna. ¿Cómo puede el Cielo contemplar cualquier deslealtad o rebelión contra la autoridad de Dios? Se conmueve de indignación ante la grandeza de la culpa del hombre, la rebelión generalizada que convertiría todas las cosas creadas por él para beneficio del hombre, en armas de guerra contra él, exaltando la sabiduría humana por encima de la de Dios, y los logros humanos por encima de las obras de Dios. Dondequiera que vayamos, a los lugares de negocios, a los consejos nacionales y a las oficinas gubernamentales, Dios está allí para afirmar sus pretensiones originales. Él declara: "Yo hice todas las cosas; todas son mías". La cruz fue colocada a medio camino entre el cielo y la tierra para que Cristo pudiera llegar a ambos lados y salvar el abismo que el pecado había abierto entre Dios y el hombre.

24 de agosto de 1891

Cristo, nuestra esperanza

EGW

"Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado". El conocimiento de Dios y de Cristo es el único que puede conducir a la felicidad verdadera y eterna. Todos pueden obtener este conocimiento; todos pueden ganar la corona de gloria, y la vida que se mide con la vida de Dios.

El pecado, que costó a Adán el hermoso Edén, existe en todas partes de nuestro mundo. El mal triunfa allí donde no se conoce a Dios ni se contempla su carácter. No podríamos cometer pecado si nos diéramos cuenta de la presencia de Dios y pensáramos en su bondad, su amor y su compasión. Satanás sabe que si puede oscurecer la visión de modo que el ojo de la fe no pueda contemplar a Dios, no habrá barrera contra el pecado. Es necesario conocer a Dios para sentirse atraído por él. Y la percepción de su imagen representada en Cristo cambia la visión del mal del pecador. La sombra de Satanás oscurece el carácter de Jesús y de Dios; pero si por la fe obtenemos un conocimiento de Dios, y nos aferramos firmemente a Jesús, seremos cambiados. En Jesús se manifiesta el carácter del Padre, y la vista de él atrae. Ablanda y subyuga, y no cesa de transformar el carácter, hasta que se forma en él Cristo, la esperanza de gloria. El corazón humano que ha aprendido a contemplar el carácter de Dios puede

llegar a ser, bajo la influencia del Espíritu Santo, como un arpa sagrada que emite una melodía divina.

¿En qué benefician al mundo los supuestos cristianos que no tienen nada que decir sobre Jesús? ¿Están realmente bajo el estandarte del Príncipe Emmanuel cuando no le prestan el servicio de soldados fieles? ¿Tu estudio de la ley de Dios, la norma de toda justicia, te ha llevado a exclamar con Isaías: "¡Ay de mí! porque estoy deshecho; porque soy hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros; porque mis ojos han visto al Rey, al Señor de los ejércitos"? ¿Te ha hecho ver que tu única esperanza está en Cristo, el Salvador que perdona los pecados? ¿La visión de Jesús en la cruz, muriendo por la culpa del hombre, te ha llevado en contrición al pie de la cruz, para que puedas decir con Job: "Por eso me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza"? ¿Has hecho una entrega total de tu voluntad a la voluntad de Dios, de tus caminos a los caminos de Dios? ¿Has renunciado a la confianza en ti mismo, a la jactancia de ti mismo, y has aceptado a Jesús, que lo es todo para ti: sabiduría, justicia, santificación y redención? ¿Ves a Cristo como el antitipo de todos los tipos, la sustancia preciosa y gloriosa de todas las sombras, la plena significación de todos los símbolos? Los tipos y las sombras fueron instituidos por Cristo mismo, para transmitir al hombre una idea del plan ideado para su redención.

Cuando Moisés apacentaba su rebaño en los pastos de Madián, el Señor lo estaba preparando para un puesto de gran responsabilidad; iba a ser un trabajador junto con Dios. Educado en la corte del Faraón, rey de Egipto, estaba imperfectamente calificado para ocupar su puesto como líder de un pueblo sufrido y tentado, para ayudarlo en su opresión, compadecerse de sus sufrimientos y conducirlo a través de un desierto áspero y peligroso hacia la tierra de promisión. El Señor, en su providencia, sacó a Moisés de la corte del rey y le dio el humilde trabajo de pastor, para que, mientras cuidaba de las ovejas en el desierto, pudiera ser entrenado para las pruebas, dificultades y peligros del desierto, y capacitado para el oficio de pastor de su propio rebaño, para una iglesia cuyo Dios era el Señor.

Cuarenta años estuvo Moisés en esta escuela de formación en las montañas. En el monte Horeb se le apareció el ángel del Señor en una llama de fuego en medio de una zarza. "Miró, y he aquí que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía. Entonces Moisés dijo: Ahora me volveré y veré este gran espectáculo, por qué la zarza no se quema. Y cuando el Señor vio que se apartaba para ver, Dios lo llamó de en medio de la zarza y le dijo: Moisés,

Moisés. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No te acerques aquí; quita tus zapatos de tus pies, porque el lugar donde estás es tierra santa. Y dijo: Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Y Moisés ocultó su rostro, porque tenía miedo de mirar a Dios".

¡Cuántos ven hoy las evidencias de la obra de Dios, pero su atención no se detiene! El enemigo ha proyectado su sombra infernal sobre ellos, de modo que no perciben que Dios quiere que presten especial atención a sus requerimientos, y que estén preparados para responder en cualquier momento como lo hizo Moisés: "Heme aquí".

En el servicio judío, bajo la dirección especial de Dios, los sacrificios debían ofrecerse sólo en el tabernáculo, por medio del sacerdote. Si el que deseaba hacer una ofrenda era negligente y no cumplía la disposición especificada por Dios, debía ser excluido de su pueblo. "Cualquiera que fuere de la casa de Israel, que matare buey, cordero o cabra en el campamento, o que los matare fuera del campamento, y no los trajere a la puerta del tabernáculo de reunión, para ofrecer ofrenda a Jehová delante del tabernáculo de Jehová, sangre le será imputada; sangre derramó, y será cortado de entre su pueblo."

Esto se ordenaba estrictamente en el servicio típico, a fin de darle su significado más pleno. El objetivo era grabar en la mente del pueblo la gran verdad de que el hombre sólo puede tener acceso a Dios por medio de Cristo. El Salvador dice: "Nadie viene al Padre sino por mí".

Todo servicio religioso, por atractivo y costoso que sea, que intente merecer el favor de Dios, toda mortificación de la carne, toda penitencia y trabajo laborioso para procurar el perdón de los pecados y el favor divino, todo lo que nos impida hacer de Cristo nuestra entera dependencia, es abominación a los ojos de Dios. No hay más esperanza para el hombre que cesar en su rebelión, en su resistencia a la voluntad de Dios, y reconocerse pecador a punto de perecer, y arrojarse a la misericordia de Dios. Sólo podemos salvarnos por Cristo. No podemos encontrar la salvación por las buenas obras que hagamos. No hay misericordia para la raza caída, excepto la que viene como don gratuito de Dios. No hay bendición que recibamos sino la que viene por la mediación de Cristo. Hay que tener siempre presente que "tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él" como su Salvador personal, capaz de salvar hasta el extremo a todos los que acuden a él, "no perezca, sino que tenga vida eterna". El Padre entregó a su Hijo bien amado, para que a través de este cauce divino su amor llegara hasta el hombre. El Padre ama a los que creen en

Cristo, como ama al Hijo, porque son hechos uno con Cristo. Jesús rodea a la raza con su brazo humano, mientras que con su brazo divino se aferra al infinito. Él es el "jornalero" entre un Dios santo y nuestra humanidad pecadora, alguien que puede "poner su mano sobre ambos".

Los términos de esta unidad entre Dios y el hombre en el gran pacto de redención fueron acordados con Cristo desde toda la eternidad. El pacto de gracia fue revelado a los patriarcas. El pacto hecho con Abrahán cuatrocientos treinta años antes de que se pronunciara la ley en el Sinaí fue un pacto confirmado por Dios en Cristo, el mismo evangelio que se nos predica. "La Escritura, previendo que Dios justificaría a los paganos por la fe, predicó antes el evangelio a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones. Así, pues, los que son de fe son bendecidos con el fiel Abraham". El pacto de gracia no es una verdad nueva, pues existía en la mente de Dios desde toda la eternidad. Por eso se le llama el pacto eterno. El plan de la redención no fue concebido después de la caída del hombre para curar el espantoso mal; el apóstol Pablo habla del evangelio, la predicación de Jesucristo, como "la revelación del misterio, que ha estado guardado en silencio durante tiempos eternos, pero que ahora se manifiesta, y por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se da a conocer a todas las naciones para obediencia de la fe." (Versión revisada.)

7 de septiembre de 1891

Soldados de Cristo

EGW

Somos soldados de Cristo, y debemos tener una fe permanente en nuestro gran Líder, mirándolo como el Autor y Consumador de nuestra fe. También tenemos un enemigo común, nuestro adversario el diablo. Hay una gran necesidad de planes sabiamente trazados y de una administración cuidadosa en la causa y la obra de Dios, para que todos puedan pelear la buena batalla con fe y valor, y nunca sufran la derrota.

Los soldados rasos de un ejército deben obedecer órdenes. A menudo tienen que realizar tareas cuya finalidad no pueden ver. A veces son llevados a lugares de peligro cuando no se les da ninguna razón para ello. Así en el ejército de Cristo; debemos tener confianza en nuestro gran Comandante, debemos confiar implícitamente en su guía, y él nos sacará a salvo de todo peligro, victoriosos en todo conflicto.

Los mejores soldados son aquellos que están entrenados, que son inteligentes, fieles, valientes, verdaderos. Un soldado necesita pensar. Mediante una disciplina correcta debe adquirir hábitos de cuidado y esmero. El entrenamiento de todas las facultades, ya sean mentales o físicas, la habilidad para usar cada poder, son esenciales para aquellos que quieren obtener la victoria. Si esto es así en la guerra terrenal, cuánto más esencial es tal preparación para los que son soldados de Cristo. Deben comprender que no son suyos, que pertenecen a Dios.

La guerra en la que estamos empeñados es en gran parte mental, y la mente que esté mejor entrenada hará el trabajo más aceptable. Pobres soldados serán aquellos cuyas facultades, debido a un largo desuso, se hayan vuelto casi incapaces de ejercitarse. Es muy peligroso que alguien que profesa ser soldado de Cristo sea inexperto, ineficiente e incapaz de prestar un servicio real, sincero y ferviente al Señor. Los siervos de Cristo deben procurar comprender los requisitos de este tiempo. Las condiciones de la guerra no son las que eran hace años, porque una mayor luz ha estado brillando sobre nosotros, y grandes y solemnes advertencias nos han llegado. A menos que tengamos una comprensión de los tiempos en que vivimos, podemos, aun con las mejores intenciones, cometer grandes errores y obstaculizar el avance de la obra. Las demandas sobre los cristianos son las mismas ahora que siempre, obediencia perfecta, pero los ataques de Satanás son más engañosos. Su manera de combatir es tan diferente de la esperada que, a menos que se agudicen los sentidos para comprender sus planes, no estaremos preparados para la defensa. Satanás tiene muchos agentes astutos que se valdrán de todos los medios para atacar a los que vindican los reclamos de la ley de Dios. Puede que no los enfrenten en guerra abierta, con argumentos, pero obrarán con todo su poder para presionarlos en lugares difíciles, para restringir sus privilegios y libertades, y para molestarlos de otras maneras.

De todos los hombres sobre la faz de la tierra, los siervos de Cristo no deben, bajo ninguna circunstancia, dejar sus facultades sin cultivar. Cuanto mayor sea la obra y más digno el Maestro a quien servimos, más eficientes deben ser sus obreros. Los que desean honrar a Dios le prestarán el mejor y más completo servicio que esté a su alcance. Dios requiere que cada facultad esté en su más alto estado de cultura y vigor. Bajo la antigua dispensación no se permitía a los hombres poner en su altar a los mutilados, a los paralíticos o a los ciegos; ¿y se contentarán los hombres y mujeres de la era cristiana con ofrecerle un servicio defectuoso, que es el resultado de intelectos no cultivados y de facultades lisiadas y empequeñecidas por el desuso o la ociosidad? Dios exige un servicio

mejor y un trabajo más elevado que el que nosotros le damos. Cristo dice: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame".

Los soldados que combaten tienen que hacer frente a dificultades y penurias. Se les da comida ordinaria, y a menudo en cantidades limitadas. Realizan largas marchas, día tras día, por caminos escabrosos y bajo soles abrasadores, acampando por la noche, durmiendo en el suelo desnudo, con la única cubierta del cielo, expuestos a lluvias torrenciales y heladas, hambrientos, desfallecidos, exhaustos, ahora como blanco del enemigo, ahora en un encuentro mortal. Así aprenden lo que significan las dificultades. De los que se alistan en el ejército de Cristo también se espera que realicen trabajos difíciles y que soporten con paciencia las pruebas dolorosas por amor de Cristo. Pero los que sufren con él reinarán también con él. Entonces, ¿quién de nosotros ha entrado en el servicio para esperar las comodidades de la vida, para estar fuera de servicio cuando nos plazca, dejando a un lado la armadura de soldado y vistiendo el traje de civil, durmiendo en el puesto de servicio, y exponiendo así la causa de Dios al reproche? Los amantes de la facilidad no practican la abnegación y la paciencia; y cuando se necesitan hombres para dar grandes golpes por Dios, éstos no están dispuestos a responder: "Heme aquí; envíame a mí". Hay que hacer un trabajo duro y penoso, pero bienaventurados los que están dispuestos a hacerlo cuando sus nombres son llamados. Dios no recompensará a los hombres y mujeres en el otro mundo por tratar de estar cómodos en este. Ahora estamos en el campo de batalla. No hay tiempo para descansar, no hay tiempo para la facilidad, no hay tiempo para la indulgencia egoísta. Después de ganar una ventaja, hay que luchar de nuevo; hay que seguir venciendo y venciendo, reuniendo nuevas fuerzas para nuevas luchas. Cada victoria obtenida aumenta el valor, la fe y la determinación. Gracias a la fuerza divina, serás más que un rival para tus enemigos.

A pesar de todas las buenas cualidades que pueda tener un hombre, no puede ser un buen soldado si actúa independientemente de los que están relacionados con él. Los movimientos ocasionales e inciertos, por más serios y enérgicos que sean, al final acarrearán la derrota. Tomemos un fuerte equipo de caballos. Si, en vez de tirar los dos a la vez, de repente uno tirara hacia adelante y el otro hacia atrás, no moverían la carga, a pesar de su gran fuerza. Así los soldados de Cristo deben trabajar en conjunto, de lo contrario habrá una mera concurrencia de átomos independientes. La fuerza, en vez de atesorarse cuidadosamente para alcanzar un gran fin, se desperdiciará en esfuerzos desconcertados y sin sentido. En la unión está la fuerza. Unos pocos hombres y mujeres que se unan, teniendo en vista la gloria de Dios, crecerán en fuerza y sabiduría, y obtendrán nuevas

victorias. Hay mucho trabajo duro que hacer para el Maestro, y debe aportarse mucha sabiduría a la obra. Es la perseverancia inconquistable, la resistencia inagotable, lo que traerá la victoria. Muchos tienen una teoría de la verdad, pero apenas saben nada de las dulces victorias mediante esa fe que vence al mundo. Cada uno debe adquirir una experiencia por sí mismo, o nunca nos sentiremos con el Hombre sufriente del Calvario. Nos costará todo lo que tenemos, pero como recompensa heredaremos todas las cosas.

Puede parecer que nuestro enemigo nos aventaja en número, en variedad de recursos y en posición; pero no debemos desanimarnos ni volvernos cobardes. Tenemos a Cristo con nosotros, y él avanza continuamente, conduciéndonos a verdades más avanzadas y a mayor luz. Aquellos que lo sigan deben avanzar a pesar de los múltiples enemigos, poderosos y difíciles de resistir porque trabajan de manera sutil y solapada. Tendremos que enfrentarnos, no sólo al poder humano, sino también a los principados del reino de las tinieblas, "espíritus malignos en las regiones celestes". Incluso nuestros amigos se opondrán a nosotros, y tendremos que hacer frente a burlas desdeñosas, porque nos aventuramos a elegir el mejor camino. Nuestros motivos serán mal juzgados, e incluso nuestro carácter y hábitos difamados. Pero "aún no habéis resistido hasta la sangre, luchando contra el pecado". Tenemos una lucha incesante, pero ¿no es la recompensa al final del conflicto digna de todo el trabajo? ¿No compensará con creces el peso eterno de la gloria cada herida, cada pena, cada dolor? ¿No traerá cada sacrificio retornos en tesoros que son sin precio?

28 de septiembre de 1891

"Vosotros sois la Luz del Mundo"

EGW

"Dios es luz, y en él no hay tiniebla alguna". Los que andan en tinieblas están siguiendo a otro líder que no es Jesús. Las tinieblas son la atmósfera de Satanás. "La luz en las tinieblas resplandece; y las tinieblas no la comprendieron". Hay luz para el dispuesto y obediente. Debéis "manifestar las alabanzas de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable". Ninguna palabra de queja, ninguna murmuración ante la dificultad y la prueba, escapará de los labios de aquel que camina en la luz como Cristo está en la luz. Se regocijará en la luz y disfrutará de la atmósfera pura que rodea a la Luz del mundo. La luz que brilla de Cristo sobre sus hijos obedientes, se reflejará de sus vidas en las tinieblas del mundo. El Dador de Luz los hace portadores de luz. "Vosotros sois la luz del mundo".

¿Cuántos de los que profesan creer en la palabra de Dios están, día tras día, con fe y oración sinceras, recogiendo la preciosa luz de Jesús, y dejándola brillar al mundo tan intensamente que las tinieblas y el mal son reprendidos, y el mundo se ve obligado a dar gloria a Dios? ¿Llevas a tu vida la pureza, la paciencia y el amor de Jesús? ¿Tu luz brilla con rayos claros y firmes? Si no es así, tu profesión no es más que una burla. ¿Se han acumulado en tu alma las nieblas de la mundanalidad, de modo que tu luz se está debilitando y oscureciendo? Acércate a la gran Fuente de luz, para que se disipen. ¿Por qué permanecer en las tinieblas? ¿Por qué hablar de tinieblas? "Luz se siembra para el justo, y alegría para los rectos de corazón".

Cuando Jesús iba a dejar a los discípulos, les dijo: "Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra." Estas palabras fueron dirigidas a todos los que debían ser discípulos de Cristo hasta el fin de los tiempos. El Maestro ha dado a sus siervos talentos, "a cada uno según su capacidad". Él conoce la capacidad de cada hombre, y concede sus dones según la capacidad de cada uno para utilizarlos. Toda la familia de Dios, desde los hombres de condición humilde hasta los que ocupan altos puestos de confianza, son hechos agentes morales responsables. A todos se les confían los bienes del cielo. Nuestro trabajo es comerciar con el capital que se nos ha confiado y, mediante su uso, multiplicar los dones de Dios. Algunos tienen talentos de riqueza, otros de influencia, otros de intelecto; y cada capacidad y poder es de Dios, y debe ser apreciado. Con la bendición de Dios, y una diligencia incansable en ofrecer a los intercambiadores los talentos confiados, habrá una ganancia constante para los mayordomos fieles, y tendrán más talentos para usar para el Maestro.

La palabra de Dios debe ser nuestra comida y nuestra bebida. No debe permitirse que ninguna consideración terrenal absorba la mente y los afectos, de modo que el Señor sea desplazado de nuestros pensamientos y conocimiento. Debemos tener al Señor siempre delante de nosotros. Él está a nuestra diestra, para ayudarnos en toda emergencia.

Cristo define claramente el deber de todo creyente. Debemos arrepentirnos ante Dios por haber transgredido su santa ley; recibir la verdad en el corazón; entregarnos a Cristo, y con fe genuina hacerlo nuestro Salvador personal; obedecer sus mandamientos, abrigando su amor, que conducirá a la unidad y a la paz. Nadie será excusado por administrar sus negocios de tal manera que deba ser esclavo del mundo y no tenga tiempo para la obra misionera. Los obreros

fieles y espirituales mostrarán en su propia vida y carácter el poder de la gracia de Cristo. Brillarán como luces en el mundo.

Todo cristiano profeso que no tenga el espíritu misionero, será un misionero para el enemigo; porque por precepto y ejemplo da la impresión de que la obra del Señor es de importancia secundaria, no digna de consideración, y que puede dejarse de lado a su propio gusto o conveniencia. Tales personas son falsas luces en la iglesia, que seducen a otros a seguirlas, alejándolos del camino de la abnegación, alejándolos de la cruz de Cristo, hacia una indiferencia descuidada. Todos los que sigan por este camino naufragarán en la fe.

Cada uno de nosotros tiene un trabajo que hacer en este mundo. Hay grandes responsabilidades que soportar, y hay pequeños deberes que cumplir. Con profundo pesar vemos a muchos que tienen fuerza física y capacidades mentales, dedicando esos poderes dados por Dios a objetos indignos. No tienen tiempo, ni energía vital, para dar a las cosas eternas. Esto se debe a que eligen seguir sus propias inclinaciones, y no preguntan: "Señor, ¿qué quieres *que* haga?". Un gran número de los que profesan ser seguidores de Cristo eligen el trabajo que es más gratificante para ellos mismos. ¿Qué es la vida si no se dedica al servicio de Dios? Todo el que se ha alistado bajo la bandera de Cristo se ha comprometido a ser misionero de Dios. ¿Hay alguna obra que pueda compararse en importancia con la que el Señor de la gloria ha emprendido en favor del hombre? Dejó su honor, sus riquezas, su alto mando, para elevar al hombre caído, para iluminarlo, para refinarlo, para ennoblecer su vida. La Majestad de los cielos ha manifestado cuánto aprecia al hombre formado a imagen de Dios. Aquel que reina en los cielos, que creó el mundo, que hizo al hombre a su semejanza, que pesa los montes en una balanza y las colinas en una balanza, vino a nuestro mundo como misionero, para devolver a Dios a los hijos e hijas caídos de Adán. Y ha tomado al hombre en su confianza y en su servicio, y a todos ha dado su obra, para que todos participen con Él en la alegría de ver las almas redimidas. Ha condescendido a hacer que los hombres caídos trabajen con él. La idea es casi increíble: que Jesús espera que sus seguidores, tú y yo, seamos ayudantes en la gran obra de salvar a los pecadores por quienes ha dado su propia y preciosa vida. Ahora es un tiempo precioso e importante para nosotros, cuando podemos ser canales de luz para otros.

Que nadie que haya pronunciado el nombre de Cristo se niegue a emprender la obra que Dios le ha encomendado. Que nadie se complazca con el pensamiento: "No tengo influencia; soy demasiado insignificante para ser una luz para los demás". Si tienes facultades de razonamiento, tendrás influencia, ya sea para

bien o para mal. Serás misionero de Cristo, reuniéndote con él, o te dispersarás de él. Al no hacer nada, fomentarás en los demás un espíritu de indiferencia y pereza. Nuestra vida ejerce siempre una influencia, ya sea consciente o inconscientemente. Puede que no ocupes una posición prominente, pero debes asociarte con algunos que se verán afectados por tu ejemplo, ya sea alejándose de la devoción y la abnegación, o animándose a trabajar con toda la capacidad que tengan, por la conversión de las almas. Escucha las palabras del apóstol: "Muéstrate en todo como ejemplo de buenas obras". En este mundo nunca sabremos el resultado de nuestras palabras y de nuestro ejemplo, pero cuando se celebre el juicio y se abran los libros, entonces se revelarán todos los secretos. Nuestra única seguridad está en seguir de cerca el Modelo. Mientras presentamos a Jesús al mundo, nuestro ejemplo debe corresponder a las doctrinas que promovemos; pero si nuestra vida diaria no se parece a la de Cristo, sólo estamos ayudando a la causa del enemigo; estamos representando el carácter del gran engañador.

(Concluido el siguiente número.)

12 de octubre de 1891

"Vosotros sois la luz del mundo"

(Concluido.)

EGW

Debemos apretarnos cada día y cada hora al lado de Jesús, para recibir fuerza y gracia para hacer lo que nos ha encomendado. Podemos ser obreros junto con Dios. Nuestros preciosos y dorados momentos no deben desperdiciarse en complacernos a nosotros mismos, sino que deben dedicarse a glorificar a Dios.

Nuestro trabajo misionero debe comenzar con nuestros propios corazones, para ponerlos en orden. Si tenemos pensamientos y sentimientos desagradables hacia los demás, debemos apartarlos. No debemos abrigar nada de este tipo. "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús". Nosotros mismos debemos ser cristianos fieles si esperamos hacer la obra de un misionero. Nuestras palabras deben ser como manzanas de oro en cuadros de plata.

El primer misionero que Jesús envió a la región de Decápolis fue el hombre del que había expulsado la legión de demonios. El hombre había suplicado

acompañar a Jesús constantemente, pero Jesús "no se lo permitió, sino que le dijo: Vete a tu casa, a tus amigos, y cuéntales cuán grandes cosas ha hecho contigo el Señor, que ha tenido compasión de ti." Este hombre llevaba en su propia persona la evidencia de que Jesús era el verdadero Mesías. Relató su propia experiencia, contando cuán grandes cosas había hecho Dios por él, y así se preparó el camino para el mensaje de la verdad de labios del propio Jesús.

Todos tenemos un trabajo importante que hacer para Dios, y debemos estar atentos a las oportunidades de presentar a Jesús a quienes no lo conocen. Y oportunidades no nos faltarán si estamos preparados por la gracia de Cristo para ser obreros juntamente con Dios. Vuestro ejemplo al vivir para Cristo, al mostrar que tenéis la mente de Cristo, será mucho más impresionante que cualquier palabra que podáis pronunciar, que cualquier profesión que podáis hacer.

"Como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo". "Por lo cual, desechando toda malicia, y todo engaño, e hipocresías, y envidias, y toda maledicencia, como niños recién nacidos, desead la leche espiritual de la palabra, para que por ella crezcáis." Por la gracia que se nos ha dado, debemos controlar nuestros pensamientos y sentimientos, y tener la mente que habitó en Cristo. Él nos ha enviado a cada uno de nosotros para que seamos misioneros en el mundo; y si participáis constantemente de su Espíritu, mediante la oración ferviente y la fe, podréis vivir como él vivió. Entonces, ¡qué bien podrías hacer en tu propia familia, en la Iglesia, en el mundo! Los brillantes rayos de luz de Jesús se reflejarían de sus portadores de luz en la oscuridad, y muchos que anhelan la luz y la verdad vendrían a Cristo para el perdón de sus pecados. A medida que hagamos el trabajo que se nos ha encomendado, un poder vigorizante vendrá a nuestra propia vida, y comprenderemos mejor las inescrutables riquezas de Cristo.

No debes desanimarte. El ministro puede tener sólo unos pocos que lo escuchan, pero ¿cómo sabes que entre los pocos oyentes no hay uno con quien el Espíritu del Señor está luchando, y que por tu mensaje no puede ser llevado a entregar su corazón a Dios? Dios puede darte un mensaje para esa misma alma. Esa persona, si se convierte, puede llegar a ser un misionero, y puede llevar la luz a muchos más corazones. Aquel por quien trabajaste puede llegar a ser como mil. Puede que te decepcionen los números, pero no el resultado. Por lo tanto, no mire los asientos vacíos, sino cuente a los pocos lo que el Señor está haciendo

al llevar la verdad ante el mundo. Habla con toda la seriedad, fe y seguridad que tendrías si miles estuvieran delante de ti.

El mensajero ha de decir la verdad con toda sencillez, presentando a sus oyentes las inescrutables riquezas de Cristo. Siembra junto a todas las aguas, y cuando ya no podamos hacer más por él, cuando ya no podamos llevar más gavillas al granero del Señor, cuando cada uno reciba según hayan sido sus obras, todos los esfuerzos realizados en favor de las almas serán recordados. Cristo ha dejado su obra para que la lleven a cabo sus verdaderos seguidores, mientras va delante de ellos como lo hizo delante de Moisés, guiándoles en el camino.

Hay gran necesidad de influencia personal. Se necesita la influencia de hombres y mujeres temerosos de Dios como obreros del Maestro, como misioneros devotos. Jesús otorgará su gracia en rica abundancia a quienes la dejen fluir hacia los demás. El que dejó el cielo para salvar a los hombres caídos, no envía a nadie a trabajar en su viña a su propio costo. Dice: "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin". "Cercano está el Señor a todos los que le invocan, a todos los que le invocan de verdad". Debemos sentir nuestra dependencia, que no podemos hacer nada sin él, y entonces cuando clamemos, él nos responderá. Debemos tener corazones llenos de fe, teniendo constantemente en vista la gloria de Dios. Necesitamos estar despiertos sobre un punto, -que Dios nos ha hecho mayordomos; y necesitamos orar constantemente por tacto y una concepción clara y sabiduría celestial para usar sus dones de palabra, de influencia, correctamente para el Maestro, quien ha dicho: "Ocupaos hasta que yo venga". Todas las bendiciones de que gozamos proceden del Señor, y nos han sido concedidas por su gran bondad.

Debemos tener fe en las Escrituras. Todos los que se esfuerzan por alcanzar el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús, verán y sentirán la necesidad de tener pensamientos humildes de sí mismos, y de orar fervientemente pidiendo sabiduría a Jesús, a fin de tener un corazón entendido para creer y vivir de toda palabra que sale de la boca de Dios. Como esta fe no se origina en nosotros mismos, sino que es el don de Dios, se dará constantemente a todos los que la busquen con fervor y oración.

Hay quienes tienen sólo una fe nominal; se acercan a Dios con los labios, mientras el corazón está lejos de él; pero el verdadero luchador por la victoria tiene una fe real, viva, que es implantada en su corazón por el Espíritu Santo, y hace toda la diferencia en el mundo con su vida y palabras y acciones. Él tiene un objetivo en la vida, un propósito vivo, que forma el carácter. Esta esperanza

no es vaga; descansa sobre una base sólida, que es la verdad. Fortalece el alma para la prueba y la pone nerviosa para el deber, independientemente de los inconvenientes o las inclinaciones. Un espíritu obstinado y voluntarioso no es de Cristo, sino de Satanás; por lo tanto, no será abrigado por quien tiene la mente de Cristo. Toda impureza de pensamiento será vencida, y la mente será entrenada para pensamientos puros y santos. La murmuración y las malas palabras serán eliminadas. Los celos y el egoísmo serán vencidos, porque son satánicos y no semejantes a Cristo. Amargos son los frutos de la autoindulgencia, de los rasgos no santificados del carácter. No hay descanso ni felicidad en una vida de oposición a Dios. Pero dulce es el gozo y la paz que experimentan los que cierran la puerta a Satanás y la abren a Cristo.

El que ha luchado día a día por la victoria, y ha vencido, sabe ayudar a los demás. Tiene paciencia para tratar de fortalecer a los pusilánimes que han sido vencidos una y otra vez. Con el precepto y el ejemplo, el que ha tenido que velar y orar y librar las batallas contra sí mismo, puede revelar a los demás la preciosidad de la fe y la esperanza, que dan luz en medio de las tinieblas, alegría en medio del dolor.

9 de noviembre de 1891

Hogares cristianos

EGW

Supongamos que el farero apagara sus luces y dijera: "No voy a prestar más atención al faro", porque algún barco ha hecho caso omiso de su faro de advertencia y se ha ido a pique contra las rocas; ¿cuál sería la consecuencia? Pero no lo hace así. Él mantiene sus luces encendidas toda la noche, lanzando sus rayos lejos en la oscuridad, para el beneficio de cada marinero que se acerca al peligroso alcance de las rocas y los bancos de arena. Si algún barco naufragara porque se apagaron las luces, se telegrafiaría por todo el mundo que tal noche, en tal punto, un barco se hizo pedazos contra las rocas porque no había luz en la torre. Pero si algunos barcos naufragan porque no prestan atención a la luz, el farero queda libre de culpa; se les advirtió, pero no hicieron caso.

¿Y si se apagara la luz de la casa? Entonces todos en esa casa estarían en tinieblas; y el resultado sería tan desastroso como si se apagara la luz en la torre del faro. Las almas os miran a vosotros, hermanos cristianos, para ver si estáis embriagados con las preocupaciones de esta vida, o si os estáis preparando para

la vida futura e inmortal. Os observarán para ver cuál es la influencia de vuestra vida, y si sois verdaderos misioneros en casa, entrenando a vuestros hijos para el cielo.

El primer deber del cristiano está en el hogar. Padres y madres, vuestra es una gran responsabilidad. Están preparando a sus hijos para la vida o para la muerte; los están entrenando para un lugar permanente aquí en la tierra, para la autogratificación en esta vida, o para la vida inmortal, para alabar a Dios por siempre. ¿Y cuál será? La carga de tu vida debe ser que cada hijo que Dios te ha confiado reciba el molde divino. Tus hijos deben ser enseñados a controlar sus temperamentos y a cultivar un espíritu amoroso, semejante al de Cristo. Dirigidlos de tal modo que amen el servicio de Dios, que sientan más placer en ir a la casa de culto que a los lugares de diversión. Enseñales que la religión es un principio vivo. Si me hubieran educado con la idea de que la religión es un mero sentimiento, mi vida habría sido inútil. Pero nunca dejo que el sentimiento se interponga entre el cielo y mi alma. Cualesquiera que sean mis sentimientos, buscaré a Dios al comienzo del día, al mediodía y por la noche, para poder sacar fuerzas de la Fuente viva del poder.

Madres, no tenéis derecho a gastar vuestro tiempo en alborotar, remeter y bordar los vestidos de vuestras hijas para exhibirlos. ¿No se les ha dado su tiempo para un propósito más elevado y noble? ¿No se os ha dado para que lo empleéis en embellecer las mentes de vuestros hijos y en cultivar la belleza de su carácter? ¿No debería emplearlo en aferrarse al Poderoso del cielo, y pedirle poder y sabiduría para entrenar a sus hijos para un lugar en su reino, para asegurarles una vida que dure tanto como el trono de Jehová?

Pero cuántas madres hay que están tan lejos de Dios que dedican su tiempo a su propia gratificación, y dejan a sus hijos al cuidado de manos no consagradas. O tal vez la madre se sienta en su trabajo noche tras noche, mientras sus hijos se van a la cama sin una oración o un beso de buenas noches. No une sus tiernos corazones a los suyos con las cuerdas del amor, porque está "demasiado ocupada". ¿Y es así como Dios lo quiere? ¡No, ciertamente! Algo le ha quitado la razón a la madre, ¿y qué es? ¿No es el deseo de cumplir las normas del mundo y ajustarse a sus costumbres?

Algunos se preguntarán por qué hablamos tanto de la religión del hogar y de los niños. Es debido a la terrible negligencia de los deberes del hogar por parte de tantos. Como siervos de Dios, padres, sois responsables de los niños confiados

a vuestro cuidado. Muchos de ellos están creciendo sin reverencia, creciendo descuidados e irreligiosos, ingratos e impíos.

Si estos niños hubieran sido debidamente educados y disciplinados, si hubieran sido criados en la crianza y amonestación del Señor, los ángeles celestiales estarían en vuestros hogares. Si ustedes fueran verdaderos misioneros en el hogar, ejemplificando en su vida diaria las enseñanzas de la Palabra de Dios, se estarían preparando para un campo más amplio de utilidad, y al mismo tiempo prepararían a sus hijos para estar a su lado, como obreros eficientes en la causa de Dios. Qué impresión causa en la sociedad ver a una familia unida en la obra y el servicio del Señor. Una familia así es un poderoso discurso en favor de la realidad del cristianismo. Otros ven que hay una influencia en la familia que afecta a los hijos, y que el Dios de Abraham está con ellos. Y lo que tiene una influencia tan poderosa en los hijos se siente más allá del hogar, y afecta otras vidas. Si los hogares de los cristianos profesos tuvieran un molde religioso correcto, ejercerían una poderosa influencia para el bien. Serían en verdad la "luz del mundo".

Un hogar cristiano bien ordenado es un argumento que el infiel no puede resistir. No encuentra lugar para sus cavilaciones. Y los hijos de un hogar así están preparados para enfrentarse a los sofismas de la infidelidad. Han aceptado la Biblia como la base de su fe, y tienen una base firme que no puede ser barrida por la marea del escepticismo.

Entonces, amigos cristianos, padres y madres, dejen que su luz se apague, ¡no, nunca! Dejad que vuestro corazón desfallezca o que vuestras manos se cansen, ¡no, nunca! Y pronto se os abrirán los portales de la ciudad celestial, y podréis presentaros con vuestros hijos ante el trono, diciendo: "Heme aquí, y los hijos que me has dado". Y ¡qué recompensa a la fidelidad será ver a vuestros hijos coronados de vida inmortal en la hermosa ciudad de Dios!

16 de noviembre de 1891

Cristo, la fuerza que atrae a los hombres hacia Dios

EGW

El Espíritu de inspiración se dirige a los que rehúsan ser atraídos a Cristo: "¿Desprecias las riquezas de su bondad, de su paciencia y de su longanimidad, ignorando que la bondad de Dios te guía al arrepentimiento?". ¿Cómo es esto? Las agencias divinas están trabajando constantemente para poner a los hombres

en armonía con Dios. Se emplean todos los medios del cielo y de la tierra para atraer a los hombres al gran Centro de la esperanza del mundo. Y cuando fijan sus ojos en el moribundo del Calvario, son llevados a exclamar: "¿Por qué, oh por qué, todo este sufrimiento?". Y viene la respuesta: "Es la revelación de la bondad de Dios, para conducirte al arrepentimiento".

Cristo sufrió el castigo de la transgresión del hombre a la santa ley de Dios. La misericordia y el amor de Dios, tan plenos, tan ricos, tan gratuitos, derriban toda barrera, y el alma se entrega a Dios. Tal agonía, tal humillación del Hijo de Dios, lleva al pecador a arrepentirse de los pecados que han costado tal sacrificio. Tiene arrepentimiento hacia Dios, porque su santa ley ha sido transgredida; y fe hacia nuestro Señor Jesucristo, la única esperanza del pecador, Aquel que puede salvar hasta el extremo a todos los que se acercan a Dios por él. La posición del pecador ante Dios es entonces la de uno cuyos pecados son perdonados, cuyas transgresiones son cubiertas, y llega a ser partícipe "de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia". Se imparte un nuevo elemento de vida y poder, que no puede ser aceptado y recibido por el hombre hasta que considere a Cristo como su única esperanza; entonces, por medio de Cristo, discierne la magnitud de su culpa al transgredir la ley de Jehová.

El hombre debe ser vaciado de sí mismo antes de que pueda ser en el sentido más pleno un creyente en Jesús; y cuando el yo es sometido, entonces el Señor puede hacer del hombre una nueva criatura. Las botellas nuevas pueden contener vino nuevo. La verdad será recibida en el corazón, el carácter será transformado a semejanza de Cristo; el Hijo de Dios será revelado al mundo por sus seguidores, como el Padre fue revelado al mundo por el Hijo. Y todos los que revelan a Cristo, están revelando también al Padre.

La palabra inspirada pronuncia juicio contra todos los que pasan por alto la maravillosa exhibición del amor de Dios, y rechazan el don que el Padre ha dado al mundo, su Hijo unigénito. "Pero según tu dureza y tu corazón impenitente atesoras para ti mismo ira contra el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios; el cual pagará a cada uno conforme a sus obras: a los que perseverando en el bien obrar buscan gloria y honra e inmortalidad, la vida eterna". Fijaos en los términos; porque es esencial que todos conozcamos las condiciones en que somos llamados al servicio de Cristo, para obrar nuestra propia salvación con temor y temblor; porque Dios es el que obra en nosotros así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Somos "colaboradores de Dios". Y debemos desear muy fervientemente saber, y debemos saberlo o morir

en nuestros pecados, qué términos o condiciones exige Él en esta asociación. No puedes confiar en la multitud, porque ellos andan en un camino falso. Debes aprender por ti mismo cuáles son los requisitos de Dios, y saber si los estás obedeciendo.

¿No es rica y plena la recompensa de la obediencia? ¿Qué más podemos pedir? ¿No nos ha abierto el Señor Jesús las puertas del paraíso? ¿No ha dado al buscador fiel todos los tesoros del mundo eterno? "Pero a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad [los mandamientos de Dios], sino que obedecen a la injusticia, indignación e ira, tribulación y angustia, sobre toda alma humana que hace lo malo, del judío primeramente [porque él tiene la mayor luz, y su culpa será proporcional al conocimiento que podría haber tenido, si hubiera seguido adelante para conocer al Señor], y también del gentil; sino gloria, honra y paz a todo hombre que hace el bien, al judío primeramente, y también al gentil; porque no hay acepción de personas para con Dios."

Recuerda las palabras de Cristo: "El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama". En guardar sus mandamientos hay "gran recompensa". Es obedeciendo el mandamiento como el hombre es llamado obrero juntamente con Dios. "Judas le dice, no Iscariote [sino Judas el hermano de Santiago]: Señor, ¿cómo es que te manifiestas a nosotros y no al mundo?". Fíjate en la respuesta: "Si alguno me ama, guardará mis palabras". No habrá traición a la confianza sagrada, ni falta de respeto o descuido a las palabras de Jesús, sino que los mandamientos de Dios serán reverenciados. Las promulgaciones y los requisitos humanos pueden alejar a los hombres de Dios. El "deberás" y el "no deberás" de las leyes terrenales a menudo interponen obstáculos en el camino de la obediencia a los santos requerimientos de Dios.

Todo ídolo que los hombres levantan -sus propias ideas y opiniones- oscurece los verdaderos mandamientos de Dios, y entonces el único progreso que se hará será hacia el error y las tinieblas. Los que son hacedores de las palabras de Cristo ejemplificarán su amor por él; y cuando la iglesia viva, no sólo de profesión, sino en espíritu y en verdad, de toda palabra que sale de la boca de Dios, guardarán los mandamientos. Sus palabras y su ejemplo reflejarán luz al mundo, porque obran las obras de Dios. Su luz brillará clara y nítida en medio de las tinieblas morales, porque es la luz del Evangelio, que "es poder de Dios para salvación".

"Y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él".
"Permanezca, pues, en vosotros lo que habéis oído desde el principio [la ley de

Jehová, los diez mandamientos]. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él nos ha hecho: la vida eterna."

"El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que oís no es mía, sino del Padre que me envió". Dios ha dado a conocer su verdad al mundo por medio de su Hijo. Cristo enseñó a sus apóstoles, y ellos nos han transmitido sus palabras. Las palabras de Cristo han de morar en sus seguidores, y así la verdad ha de manifestarse al entendimiento y a la conciencia de los hombres. El poder agresivo del Evangelio depende más de la piedad personal de sus discípulos que de cualquier otro medio; y el mundo tiene derecho a esperar de ellos la virtud más elevada y las obras más puras y semejantes a Cristo. La permanencia de Cristo en el alma por la fe nos capacitará para representar su carácter con toda mansedumbre y dulzura, con verdadera bondad y amor. Así, a través de la vida coherente del pueblo de Dios, el mundo verá al Padre y al Hijo.

"Estas cosas os he hablado, estando aún presente con vosotros. Pero el Consolador, que es el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho." El Espíritu Santo está siempre esperando para hacer su obra en el corazón humano. Los que desean aprender pueden ponerse en estrecha conexión con Dios, y se cumplirá la promesa de que el Consolador les enseñará todas las cosas y les recordará todo lo que Cristo había dicho a sus discípulos cuando estuvo en la tierra. Pero si nos desconectamos de Dios, ya no podremos ser alumnos de la escuela de Cristo. Entonces no sentiremos ninguna carga especial por las almas por las que Cristo ha muerto.

A los discípulos de Cristo les resultaba muy difícil distinguir sus lecciones de las tradiciones y máximas de los rabinos, escribas y fariseos. Las enseñanzas que los discípulos habían sido educados para respetar como la voz de Dios, tenían un poder sobre sus mentes y moldeaban sus sentimientos. Los discípulos no podían ser una luz viva y resplandeciente hasta que se liberaran de la influencia de los dichos y mandamientos de los hombres, y las palabras de Cristo quedaran profundamente impresas en sus mentes y corazones como verdades distintas, como joyas preciosas, que debían ser apreciadas, amadas y puestas en práctica.

Jesús vino al mundo, vivió una vida santa y murió para dejar a la Iglesia su legado en los valiosos tesoros que le confió. Hizo de sus discípulos los depositarios de las doctrinas más preciosas, para ponerlas en manos de su Iglesia

sin mezclarlas con los errores y tradiciones de los hombres. Se reveló a ellos como la luz del mundo, el Sol de Justicia. Y les prometió el Consolador, el Espíritu Santo, que el Padre enviaría en su nombre.

Después de su resurrección les dijo: "Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliesen todas las cosas que están escritas de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos". Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras, y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando por Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas. Y he aquí, yo envío la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto."

"Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra." "Y cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes en un mismo lugar. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, que se asentó sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen." "Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos el Señor nuestro Dios llamare." La gloriosa promesa es para nosotros que vivimos en los últimos días: "Arrepentíos, pues, y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados, cuando vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que antes os fue anunciado; a quien es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restitución de todas las cosas, de que habló Dios por boca de todos sus santos profetas desde el principio del mundo."

23 de noviembre de 1891

El Consolador

EGW

"No os dejaré sin consuelo; vendré a vosotros". El Espíritu divino que el Redentor del mundo prometió enviar, es la presencia y el poder de Dios. No dejará a su pueblo en el mundo desprovisto de su gracia, para que sea zarandeado por el enemigo de Dios y acosado por la opresión del mundo; sino que vendrá a él. El mundo no puede ver la verdad; no conoce al Padre ni al Hijo, pero es sólo porque no desea conocer a Dios, no quiere mirar a Jesús, ver su bondad, su amor, sus atractivos celestiales. Jesús está invitando a todos los hombres a aceptarle; y dondequiera que el corazón esté abierto para recibirle, él entrará, alegrando el alma con la luz y la alegría de su presencia.

"Estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no le conoció. Vino a los suyos [la nación judía], y los suyos no le recibieron. Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este era aquel de quien yo hablaba: El que viene después de mí es preferido antes que yo, porque era antes que yo. Y de su plenitud tomamos todos, y gracia por gracia. Porque la ley por Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha declarado."

"Todavía un poco, y el mundo no me verá más". El mundo se alegrará de que sus sentimientos ya no se vean perturbados por las solemnes advertencias y las forzosas verdades que les exponía en símbolos y parábolas; pues siempre que miraban las cosas de la naturaleza, les venían a la memoria los objetos con que ilustraba sus instrucciones, las lecciones que les había enseñado. Cristo tenía la llave de todos los tesoros de la sabiduría, y podía difundir el conocimiento como nadie más podía hacerlo. En efecto, era más que un maestro venido de Dios; era el Hijo unigénito del Padre, el enviado al mundo para salvar a los que creyeran en él.

¡Qué terrible es rechazar al Salvador! ¡Qué peligroso es descuidar la gran salvación! Cristo llenaría el mundo con su poder redentor, esparciría abundantemente las semillas imperecederas de la verdad en todos los corazones, si el mundo estuviera preparado para recibir las. Los reyes y los nobles se maravillaban de las palabras llenas de gracia que salían de sus labios. Muchos de los sacerdotes y gobernantes estaban convencidos de que era el Mesías prometido, pero no se atrevían a reconocerlo por miedo a ser expulsados de la

sinagoga. No podían consentir en unirse a Jesús y a sus discípulos, y quedar en minoría.

Cristo vio que lo que impedía que la verdad llegara a muchos corazones era su concepción errónea de la naturaleza y las exigencias de la ley. Descuidaban el cultivo de la espiritualidad. No conocían al Señor a quien profesaban servir y obedecer. No discernían la relación de Jesús con el Padre, ni conocían por experiencia el carácter paternal de Dios, ni comprendían que su ley nos exige amar a Dios supremamente, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Si hubieran vaciado el alma de egoísmo, orgullo y amor propio, y hubieran humillado sus corazones para dejarse instruir por el Maestro más grande que el mundo haya conocido, habrían reconocido la gracia de Dios en el don de Jesús a nuestro mundo para salvar a los que estaban dispuestos a perecer.

Era difícil hacer una impresión permanente en las mentes incluso de los discípulos con respecto a la naturaleza espiritual del reino de Cristo. Si tan sólo hubieran comprendido esto, habrían recibido sus enseñanzas como un tesoro precioso. A menudo se insistió en la necesidad de orar, de arrepentirse y de tener un espíritu de perdón mutuo. La necesidad de confesar las faltas, de caminar en humildad, fue fielmente presentada a los discípulos de Cristo. Pero debido a la ceguera de sus mentes y a la dureza de sus corazones, muchas de sus lecciones parecían casi perdidas para ellos. Pero ahora, cuando está a punto de dejarlos, les promete enviar al Espíritu Santo para que les recuerde todo lo que les había dicho. Y para que no se hundan en el desaliento, al ver la guerra en que han de empeñarse, les promete que el Espíritu Santo los iluminará y renovará, y purificará el alma de toda contaminación.

Después de declarar que el mundo no le vería más, Jesús añadió: "Pero vosotros me veis; porque yo vivo, vosotros también viviréis." Se refería a su vida después de su resurrección. No quiso dejarlos sin consuelo; se reveló a ellos después de su resurrección, para que no lo vieran como muerto, tendido en la nueva tumba de José, sino como un Salvador vivo, uno que podía dar su vida y volver a tomarla. "Porque yo vivo, vosotros también viviréis". "Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre; y doy mi vida por las ovejas.... Por eso me ama mi Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo la pongo por mí mismo. Tengo poder para darla y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre". Murió para que todo el que creyera en él tuviera vida eterna; porque "todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán; los que hicieron el bien, a resurrección de vida; y los que hicieron el mal, a resurrección de condenación." "Porque yo vivo,

vosotros también viviréis;" porque yo os sacaré de vuestros sepulcros; pues este poder me ha sido dado.

"En aquel día conoceréis", sin velo que os obstruya la vista, "que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros". ¡Cuántos leen esta promesa, tan rica, tan gloriosa, y sin embargo no captan su preciosidad! Jesús dice virtualmente a todos los tales: "Vuestra fe es débil; no discernís mi unidad con el Padre; ni comprendéis el hecho de que estoy identificado con todos los que creen en mí, que son uno conmigo, su interés es mi interés, mi interés y mi obra son los suyos". La perfecta unidad de Cristo con sus obedientes hijos creyentes es la misma que existe entre el Padre y el Hijo.

"El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él". Aquí está la palabra clara y decidida: "El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama". Por cada sacrificio que hacemos al servicio de Cristo, él nos ha dado su palabra como garantía de que nos recompensará, pero no como si estuviera en deuda con nosotros de alguna manera; porque las obligaciones más solemnes recaen sobre nosotros para dedicar a Dios *todas* nuestras facultades, le pertenecen a él como nuestro Hacedor, sin embargo, las devoluciones hechas al hombre por la obediencia son cien veces mayores en esta vida, y en el mundo venidero, la vida eterna.

El Señor conoce nuestra debilidad. Valora al hombre, aunque sea finito e incapaz de hacer el bien por sí mismo, y por eso envió a Jesús. Toda lucha de la mente humana contra el pecado, todo esfuerzo por conformarse a la ley de Dios, es Cristo obrando por medio de sus organismos designados sobre la voluntad humana; y si la voluntad se somete a Dios, no transgrediremos los santos principios de su ley. Todo poder que tenemos es del Señor, y los hombres están sometidos a él, obedezcan o desobedezcan sus requerimientos. Dios seguramente exigirá el pasado. "Porque Dios traerá a juicio toda obra, y toda cosa secreta, sea buena o sea mala". Los que obran las obras de Dios, lo cual sólo puede hacerse aceptando a Cristo como nuestra única esperanza, serán, por las ricas promesas hechas, partícipes de la recompensa concedida a los justos.

Oh, si tan sólo supiéramos y pudiéramos comprender lo que Jesús es para nosotros, ¡cuántas preocupaciones innecesarias se desecharían para siempre! La incredulidad sería barrida. Entonces el Señor Jesús podría revelarnos el valor del alma humana. Entonces se oírían todas las voces, como la de Juan: "Hemos conocido y creído el amor que Dios nos tiene". ¡Maravillosa afirmación! Que

las almas que han estado indecisas y vacilantes, confíen en Dios, y no abriguen más la duda y la incredulidad; porque tienen la seguridad de que Cristo identifica su interés con el nuestro. Ánimo, sólo creed, y no abandonéis la lucha.

Verdadero como el amor de una madre a su hijo, es el amor de Jesús a nosotros. Permanece inmutable como él mismo. El amado Salvador no desfallece, ni se desanima; y si somos uno con él, nuestra fe será de la misma naturaleza perdurable. Nos aferraremos a Jesús con fe inquebrantable, entregando nuestra voluntad y nuestro camino al suyo, uniendo nuestros corazones a su gran corazón de amor. Viviremos como él vive, trabajaremos como él trabaja, y porque dependemos de él como nuestro ayudador, no fracasaremos ni nos desanimaremos en la gran obra de salvar nuestras propias almas o las almas de los demás. ¡Oh, qué amor, qué amor incomparable! No dejará de velar por nuestros intereses, ni se desanimará cuando nos llame a una vida más noble y más pura. Debemos acercarnos al trono de Dios, donde podemos respirar la atmósfera del cielo, y a través de la misericordia de Dios se nos permita glorificar a Aquel que es el "Todo él codiciable", el "Más grande entre diez mil".

30 de noviembre de 1891

Resultados del nuevo nacimiento

EGW

Cristo dijo a Nicodemo: "Os es necesario nacer de nuevo". Pero Nicodemo no podía entender esto, porque él, como los rabinos y escribas y fariseos, miraba la ley natural en vez de la espiritual. Ningún hombre puede explicarlo, porque es sobrenatural, pero el nuevo nacimiento muestra resultados prácticos. Como "el viento sopla donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va", así será con todo aquel que "nace del Espíritu". Una de las evidencias más fuertes de que el nuevo nacimiento ha tenido lugar es que el alma recién nacida no está centrada en sí misma.

El Espíritu de Dios actúa de manera diferente en cada persona. Todos tienen la paz de Cristo, y la gratitud ferviente y gozosa asciende como incienso al cielo. Y a medida que las profundas mociones del Espíritu de Dios se sienten en el propio corazón, se despierta el deseo de que otros nazcan de nuevo. El amor de Dios lo constriñe a trabajar más fervientemente, con lágrimas y oración, para que sus parientes y amigos se reconcilien con Dios.

Toda alma verdaderamente convertida nace en el reino de Dios como misionera. Todos los tales tienen implantado en ellos un celo ferviente y el anhelo de convertir muchas almas a la justicia. No esperan a que estas almas vengan a ellos, sino que salen a buscar y salvar a los que se han perdido. Tienen la unción celestial; una nueva fuerza espiritual les es impartida; porque ésta es la obra del Consolador. Ellos saben por su propia experiencia, y a través del Espíritu de Dios, cómo alcanzar a la gente. Saben ser pacientes y manifestar en todo momento la mansedumbre y la dulzura de Cristo. Por medio del Espíritu de Cristo llegan a las almas en tinieblas y rebelión contra la santa ley de Dios, presentando la verdad tal como es en Él. No son socios silenciosos, sino obreros junto con Dios, anhelando dar su testimonio por Cristo, para que puedan consolar a otros con el consuelo con que ellos son consolados. Si caen en el desaliento y pierden su fervor, porque los que llevan mucho tiempo en la fe son tan indiferentes, entonces necesitan orar más y trabajar más, para que no caigan en el mismo letargo, y lleguen a ser infieles y decepcionen al Maestro, que ha dado a cada uno su obra.

La atmósfera en muchas iglesias es opresiva, porque no dejan entrar el aire puro que viene del trono de Dios. Su vida no está escondida con Cristo en Dios. No se someten constantemente a la disciplina de Cristo, procurando adquirir sus virtudes y obtener esa sabiduría que el Consolador está siempre dispuesto a impartir. Sin un interés constante y creciente en la causa de Cristo, no serán, no pueden ser, obreros con Dios.

Los egocéntricos pierden las oportunidades más preciosas. "Vosotros sois la luz del mundo". Un cielo nublado no despierta sentimientos agradables; pero cuando las nubes se apartan y brillan los alegres rayos del sol, decimos que es como la sonrisa de Dios. Y cuando el semblante afligido se ilumina, enviando los agradables rayos de la alegría, nos sentimos reconfortados. Si no se dice una palabra, vemos la luz de Jesús en el rostro humano.

La luz que brilla sobre nosotros no debe ser atesorada, sino entregada a los demás en rayos claros y firmes. Ha de ser una luz atractiva. La mente debe ser almacenada con "todas las cosas" que Cristo nos enseñará, y las cosas que nos traerá a la memoria, que nos fortalecerán, bendecirán y consolarán, y nos darán su paz; pero esta gran bendición puede ser retenida y aumentada sólo dispensándola a otros. Los atractivos del cielo son nuestra luz, las palabras y promesas de Cristo son nuestra seguridad. Debemos confiar en ellas y revelar a Cristo a nuestro mundo. Debemos mantener a la vista el lado soleado de nuestra religión, en vez de convertirnos en una sombra hablando dudas. La

murmuración y la queja nunca darán la impresión correcta de lo que Jesús ha prometido a todos los que crean en él, acepten su palabra y sean hacedores de ella.

"La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da". "Por nada estéis afanosos [es decir, indebidamente ansiosos]". "No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo;" "sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús." "Que la paz de Dios reine en vuestros corazones".

"La palabra de Cristo habite en vosotros abundantemente en toda sabiduría; enseñándoos y exhortándoos unos a otros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor." El discípulo de Cristo no debe llevar un semblante preocupado y ansioso, como si no tuviera consuelo. Dijo Cristo: "No os dejaré sin consuelo".

Hay en estas ricas promesas la palabra empeñada de Aquel que ha demostrado cuánto ama y valora al hombre, y debemos recordar siempre que somos colaboradores de Dios. Y como estamos así unidos a Jesús, debemos manifestar el espíritu de Cristo en todo momento; no debemos caer en el desaliento, porque de Cristo se dice: "No desfallecerá ni se desanimará."

Vendrán decepciones inesperadas. Jesús se afligía a menudo por la dureza de corazón de la gente, y tú tendrás una experiencia similar. Tus oraciones, tus lágrimas, tus súplicas, pueden no despertar una respuesta. Los corazones están muertos en delitos y pecados. No parece haber penitencia, sino sólo indiferencia y oposición, y de algunos incluso desprecio, cuando usted esperaba una victoria segura. Pero no debes cejar en tu empeño. Si alguno se niega, acude a otro. Ten fe en que el Consolador hará la obra que a ti te es imposible hacer. Tened fe en todas las benditas promesas que Cristo os ha dado. Trabaja con caridad y con un valor invencible, pues debes hacerlo si quieres tener éxito. "No nos cansemos de hacer el bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos".

"No tienes que seguir tu propio camino, planear e idear con tu propia sabiduría; si lo hicieras, ciertamente fracasarías. Pero colócate como alumno en la escuela de Cristo. Él te enseñará, te disciplinará y te adiestrará en su manera de obrar. Y el Consolador te recordará todas las cosas. Descubrirás, a medida que te sometas al proceso educativo, que te estás volviendo espiritualmente eficiente. Incluso tu memoria se fortalecerá. Las palabras de Jesús resplandecerán en tu

mente cuando las necesites, y podrás repetir las ricas promesas de Dios a tu propio corazón y a los demás. Cuando estés perplejo, no agobiarás a los demás, sino que acudirás a la ayuda que se te ha proporcionado: el Consolador. Así crecerás, mirando a Jesús, confiando en Él, creyéndole. Depositarás toda tu preocupación en Él. Y mientras te muevas en el orden de Dios, llevando a cabo la guerra agresiva, y seas personalmente útil cooperando con Jesús, crecerás en gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Los cristianos que crecen son siempre cristianos que trabajan. Nadie debe estar ocioso ahora. La idea de ser obreros junto con Dios para apartar a los pecadores del error de sus caminos, debe estimularnos a realizar esfuerzos diligentes. Un alma salvada por la cual Cristo haya pagado el precio de su propia sangre, dará gozo al Redentor.

El Consolador permanecerá contigo para siempre, ayudándote en todos tus esfuerzos. El Espíritu Santo se promete a toda alma que sea seguidora de Jesús. Nosotros, que profesamos amar a Jesús, que profesamos tener esta gran esperanza, grande de inmortalidad y llena de gloria, ¿iremos con el corazón desconsolado y el semblante enlutado? ¿Por qué no estamos todos vivos de amor por Jesús? ¿Por qué nuestros corazones no están alegres en Dios, aun en medio de pruebas y tentaciones? "Mi paz os doy". Entonces, ¿por qué no la tomáis, y mostráis que sois realmente hacedores de las palabras de Cristo? "No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo". ¿No estaremos alegres en Dios?

7 de diciembre de 1891

Confiar en la Palabra de Dios

EGW

"Habéis oído cómo os dije: Me voy, y vuelvo a vosotros. Si me amarais, os alegraríais, porque dije: Voy al Padre; porque mi Padre es mayor que yo." "De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieris en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si pedís algo en mi nombre, yo lo haré". La fe que aquí se nos presenta no es una fe casual, sino una fe viva, sincera, activa, que toma a Dios por su palabra y confía en sus promesas. Esta fe trae la paz y hace de los hijos de Dios la luz del mundo. Viven bajo los rayos del Sol de justicia. Es suficiente para alegrar el alma tener tales seguridades, un Consolador siempre con nosotros, y revelamos al mundo

con esperanza, con alegría, que hemos sido llamados de las tinieblas a su luz admirable.

Cristo dijo: "Yo soy la Luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". La influencia vivificante y santificadora del Espíritu de Dios se da a cada miembro de la iglesia que está unido a Cristo como el sarmiento está unido a la vid. Debemos demostrar que creemos las palabras de Cristo de que ha ido al Padre para ser abogado en los tribunales de lo alto para todo humilde hijo de Dios.

Si verdaderamente amamos a Jesús, fomentaremos la alegría y el calor del amor, al considerar nuestras oportunidades y privilegios. Jesús debe partir para volver. Es motivo de regocijo que tengamos un abogado ante el Padre, que nuestras oraciones asciendan al Padre en su nombre, y que él está allí para preparar mansiones para los que le aman, y también para preparar un pueblo para esas mansiones. Nos da la seguridad de que se ha ido porque nos ama, porque puede, al lado de su Padre, representar mejor nuestros casos. Él escucha nuestras oraciones y conoce nuestras necesidades, y ha enviado su Espíritu en su nombre, para hacer cosas aún mayores que las que hizo cuando estuvo en la tierra.

"Os lo he dicho antes de que suceda, para que, cuando suceda, creáis". Cuando el Espíritu Santo se les manifestara en el día de Pentecostés, verían entonces que, aunque Cristo estaba alejado de ellos, siempre estaba obrando en su favor; y que si creían en él, su representante, el Consolador, actuaría en su nombre, para ser una ayuda presente en todo tiempo de necesidad. "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".

El enemigo está trabajando para atraer a hombres y mujeres hacia las atractivas diversiones del mundo, y para eclipsar su visión de Jesús y del cielo. Aquí es donde los agentes vivos de Cristo, aquellos que han probado y encontrado que el Señor es bueno, deben revelarlo en palabras, en acciones, en alegría, en paciencia, en longanimidad, en esperanza, en gozo. "Bienaventurados vuestros ojos, porque ven" el maravilloso amor de Dios; "y vuestros oídos, porque oyen" las preciosas palabras de Aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida. Y debemos ver con algún propósito, para que podamos presentar las buenas nuevas, mostrar que son buenas nuevas. Despojaos del espíritu de tristeza. Hablad de la misericordia, la bondad y el amor de Jesús, porque "no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído". Mantened el rostro hacia el cielo. Mirad las atracciones celestiales, y entonces podréis en verdad "manifestar las alabanzas de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable." Con todas

las preciosas promesas que nos han sido dadas de labios de Jesús, actuemos nuestro agradecimiento. Contemplemos nuestro deber a la luz de los mandamientos de Dios.

"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, ... y a tu prójimo como a ti mismo". Somos demasiado indiferentes a las bendiciones de Dios. Compartimos su amoroso cuidado a través de Jesucristo, y luego olvidamos cuánto le ha costado al Padre y al Hijo hacernos a nosotros, mortales caídos, partícipes de su paternal simpatía. Se nos ha hecho depositarios de ricas bendiciones, y las hemos monopolizado, como si fueran enteramente nuestras; pero todos los que están iluminados por la gracia de Cristo deben comunicar lo mismo a los demás. Porque Dios, por medio del Consolador, obrará con todo esfuerzo hecho con sinceridad y verdad, con su gloria en vista. Él ha pagado el precio de la redención por un mundo perdido, el mundo que Jesús amó, el mundo por el que murió. Dejemos que la compasión y el amor de Jesús nos impulsen a realizar serios esfuerzos para revelar a Cristo al mundo.

"Como el Padre me conoce, así también yo conozco al Padre; y doy mi vida por las ovejas. Y tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor. Por eso me ama mi Padre, porque yo doy mi vida para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo".

14 de diciembre de 1891

La vid y sus sarmientos

EGW

Jesús, con sus discípulos, se dirigía a Getsemaní y, como era su costumbre, utilizaba las cosas de la naturaleza para ilustrarles sus lecciones. Varió sus mensajes de misericordia para adaptarse a su cambiante audiencia. Tenía tacto para conocer las mentes prejuiciosas y sorprenderlas con figuras e ilustraciones que se ajustaban exactamente a su caso. Así, sus lecciones llegaban al corazón. Siempre tenía un mensaje para los analfabetos, que no podían leer las Escrituras por sí mismos; y con la voz, la mirada y las expresiones de simpatía humana, hacía comprender a los paganos que tenía un mensaje para ellos. Su carácter y la expresión de su semblante llevaban calor a todos los corazones, un anhelante deseo de saber más. Él mismo era la encarnación viva de la verdad que enseñaba, la esencia de toda vida espiritual, un ejemplo de la paz que promete a todos los que acuden a él.

Pero éste es un momento muy solemne para sus discípulos. Están recibiendo la última lección de sus labios. Jesús no permite que su mente se detenga en el sufrimiento que tiene ante sí; tiene un propósito: dar a sus discípulos una lección que les será provechosa después de que él se separe de ellos. Quiere inculcar en sus mentes que, para tener éxito, deben ser partícipes constantes del Espíritu de Cristo, cuya bendición es la única que puede hacerlos fructíferos en buenas obras, en la conversión de las almas.

Del bello símbolo de la vid se extrae una de las lecciones más importantes que Cristo dio a sus discípulos. Cada vez que en adelante sus ojos miren a la vid, se repetirá esta lección de Cristo. Cuando vean un sarmiento improductivo, sabrán que hay que quitarlo; y cuando vean los sarmientos que dan fruto, recordarán que hay que podarlos para que den más fruto. Y todo esto trae vívidamente a la mente la advertencia y la instrucción transmitidas en las palabras del Salvador: "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo arranca".

"Si alguno no permanece en mí, como pámpano es echado fuera, y se seca; y los hombres los recogen, y los echan en el fuego, y arden". La verdadera fe se revelará; porque obra por el amor y purifica el alma. Se renuncia al yo, al orgullo, a todo pecado, y se confía plenamente en los méritos de la sangre de un Salvador crucificado y resucitado. Hay evidencia de que el alma tiene comunión con Dios, está constantemente buscando su gracia e impartiendo esa gracia a otros.

Pero puede haber una apariencia de estar unido a Cristo cuando no existe ninguna unión vital. Si no tienes fe en él como tu Salvador personal, eres simbolizado por la rama seca, que será quitada porque es infructuosa. Una apariencia de cristianismo y una profesión de piedad pueden colocarte en la iglesia, pero no pueden unirte a Cristo. No hay ninguna virtud en tener nuestros nombres registrados en los libros de la iglesia, si no tenemos una conexión vital con Jesús. Si no tienes una unión con Cristo, no producirás fruto para su gloria. Su infructuosidad dará testimonio de que usted no permanece en Cristo, y que su formalidad no es más que una piedra de tropiezo para los pecadores. Debéis tomar vida de la Vid Verdadera para dar fruto.

Es imposible saber cuándo serán quitadas las ramas inútiles. Dios dará a todos la oportunidad de arrepentirse, y pondrá en acción todas las influencias humanas y divinas para atraer las mentes y los corazones a Jesús; pero si estas influencias son resistidas, llegará el momento en que se oirá una voz del cielo que dirá:

"Está unido a sus ídolos; déjalo en paz." No representó a Cristo, no creció en la gracia, no tuvo una experiencia cristiana genuina, y no dio ninguna luz para bendecir y beneficiar al mundo.

¡Cuán cuidadosamente debemos comparar nuestra vida y carácter con la verdadera norma! ¿Somos ramas fructíferas individualmente? Si, después de la prueba, no damos fruto para la gloria de Dios, él nos quitará. "Pero respondiendo él, dijo: Toda planta que mi Padre celestial no plantó, será desarraigada". El crecimiento en el conocimiento de Jesús es esencial. "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado". "Pero si alguno ama a Dios, éste le conoce". Sólo puede haber crecimiento en la gracia mediante una unión vital con Jesús, representada por la permanencia en Cristo, haciendo progresos en la experiencia religiosa y haciéndose cada vez más inteligente en el conocimiento de Dios y de Cristo.

"Toda rama que da fruto, la limpia para que dé más fruto". Toda la experiencia cristiana, desde su comienzo hasta su fin, está marcada por tentaciones y conflictos. Pero cuanto más miremos a Jesús, cuanto más pensemos en él y le amemos, tanto más creceremos en unidad con él; y tanto más se purgarán de nosotros nuestras antiguas concupiscencias en nuestra ignorancia. El Señor Jesús ha recibido poder para impartir su sabiduría y bendiciones, a fin de que toda alma pueda mejorar. No hay posibilidad de estar en Cristo como el sarmiento está en la vid, y sin embargo no dar ricos racimos de fruto.

"Ahora estáis limpios por la palabra que os he hablado". Esto dijo, refiriéndose a las lecciones que acababa de darles. No tenían excusa si perdían el camino o se desanimaban; porque les había prometido el Consolador. Les había dicho que no los dejaría sin consuelo, sino que, si se marchaba, les prepararía mansiones, y volvería otra vez para llevárselos consigo. Si le amaban, lo demostrarían obedeciendo sus mandamientos. Les dijo que les daría todo lo que pidieran en su nombre. No podía decirles más de lo que les había prometido. Todo dependía de su obediencia.

21 de diciembre de 1891

Permanece en mí

EGW

"Permaneced en Mí, y Yo en vosotros. Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no

permanecéis en mí". Estas son declaraciones de la más alta consecuencia para cada uno de nosotros. Todo el que sea verdaderamente hijo de Dios estará haciendo algo en la grande y solemne obra de salvar almas. Dijo Cristo: "El que no recoge conmigo, desparrama". Que cada uno de nosotros se pregunte: "¿Qué estoy haciendo por Cristo? ¿Estoy ganando almas para su reino?". Si no estáis trabajando interesadamente en el servicio de Cristo, vuestro interés y vuestro trabajo se cuentan del lado del príncipe de las tinieblas. Hay profesos cristianos que, con palabras, conducta y espíritu equivocados, están haciendo mucho para contrarrestar la obra que otros están tratando de hacer para el Maestro.

Satanás puede asociarse de tal modo con cierta clase débil en poder moral que, induciéndolos a hacer una observación descuidada acerca de ser tan particulares, tan excesivamente rectos, tan maravillosamente concienzudos, o por una risa descuidada, puede crear impulsos para el mal. Incluso el susurro más secreto de un mal pensamiento, una sugerencia de maldad, pasará de una mente a otra, creciendo en fuerza, extendiéndose y ensanchándose, y ejerciendo todo el tiempo su influencia deletérea para separar a las almas de Dios, hasta que las ramas que no dan fruto sean arrancadas.

Satanás era un ángel hermoso y exaltado, y lo habría seguido siendo para siempre si no hubiera retirado su lealtad a Dios. Desde el momento en que dejó de ejercer su influencia para el bien, se convirtió en una influencia para el mal. Podría haber sido el centro de una influencia sagrada, leal y verdadera, siendo bueno y haciendo el bien, pero no lo hizo. Al separarse de Dios, se convirtió en un poder para el mal. Cada acto de egoísmo ejerce una influencia sobre los demás.

En manos de Satanás, la tentación se ha convertido en una ciencia. Es el dios de este mundo porque el mundo lo ha elegido como amo. En manos de Satanás, el mundo es un tesoro de maldad, del que puede sacar sus armas y ayudar a que le sirvan. Es peligroso que los seguidores de Cristo caminen en el terreno de Satanás, o se coloquen en su poder; porque si hacen esto, hacen una obra en conexión con él que se extenderá a través de las edades, y será tan duradera como la eternidad. En su tentación de nuestros primeros padres, Satanás no podía obligarlos a transgredir, pero podía sugerir seducciones para pecar, y la mente que está abierta a sus sugerencias es el medio a través del cual él trabaja para seducir a otras mentes. Ese primer pecado sigue actuando; se reproduce constantemente, a medida que una mente incita a otra al mal. Satanás es la raíz de todo mal. Cada rama maligna obtiene su sustento de él, y presenta su fruto impío y venenoso para que otros lo prueben.

¡Qué sorprendente es el poder de la influencia tal como se presenta aquí! Y cuán necesario es para cada uno de nosotros conocer el carácter de nuestra influencia, cuando el primer pecado puede traer tal diluvio de infortunio sobre nuestro mundo. No se ha realizado una sola mala acción sin que un testigo invisible la haya marcado, y haya seguido su influencia de una persona a otra, y se haya hecho un registro fiel de ella. Si los hombres pudieran leer el registro del pasado, se produciría en sus mentes la impresión más solemne. El registro del futuro cambiaría totalmente de carácter. Verían que el temor del Señor es el principio de la sabiduría, y que su experiencia de la vida debe estar de acuerdo con el camino del Señor. ¡Qué escena se presentará cuando Jesús abra el libro del recuerdo y lea en sus páginas infalibles la historia de cada alma!

Es por nuestro bienestar, por nuestro interés eterno, que prestemos atención a las palabras de Cristo: "Permaneced en mí, y yo en vosotros". Este trabajo es mutuo. Debes elegir permanecer en Cristo, y entonces Cristo elegirá permanecer en ti. El alma debe sentir su dependencia de Cristo, y que sólo en entera dependencia podemos recibir fuerza para obrar las obras de Cristo. Todos los que han vivido para sí mismos, centrados en sí mismos, deben saber que no están morando en Cristo, y que Cristo no está morando en ellos. Que estas almas, tan llenas de sí mismas y de amor propio, determinen ahora, en estas últimas horas de probación, que tomarán a Cristo como todo y en todo, y entonces en él y por él podrán exclamar: "¡Oh, profundidad de las riquezas tanto de la sabiduría como del conocimiento de Dios!"

Al dar a Cristo a nuestro mundo para la redención de la familia humana, Dios planeó cambiar las tendencias destructivas de la influencia del hombre, y reclama especialmente esa influencia, trata de presionarla a su servicio, y por su Espíritu Santo santifica la capacidad. Quiere hacer del hombre un vaso escogido para honra, para que colabore con él en la supresión del mal y en la extensión de la justicia en la tierra. Cristo, cooperando con los organismos humanos, restablecerá al hombre en el favor de Dios. Satanás planeó apartar las mentes de los hombres de Dios, para que el conocimiento de Dios se extinguiera, y para que la agencia humana se convirtiera, por medio de su poder, en un medio de destrucción; pero Cristo, el Restaurador, vino a contrarrestar la obra de Satanás, a poner en operación planes del más alto orden, y al dar al hombre una vislumbre del mundo futuro, y de la recompensa sumamente grande, a hacerle ver las cosas en su verdadera luz. Con la cadena de oro de su incomparable amor, ataría a los hombres al trono de Dios. El plan de Dios era que la influencia más elevada del universo, emanada del Centro de todo poder, se hiciera sentir en las mentes humanas. La bondad y el amor de Dios subyugan

el corazón, y entonces el hombre se convierte en un canal para comunicar estas impresiones divinas a sus semejantes. Así, en Cristo, es un sarmiento que da fruto. Ningún hombre, santo o pecador, vive para sí mismo.

Cristo pone en acción todas las buenas influencias para oponerse al pecado y al mal. Por cada supuesto sacrificio que hacemos a su servicio, ha prometido recompensarnos, pero no como si estuviera en deuda con el hombre, como demuestra la magnitud del don. Ha empeñado su palabra en recompensarnos el ciento por uno en esta vida presente, y en el mundo venidero en darnos la vida eterna. Pero lo que para nosotros tiene la apariencia de un sacrificio no lo es en realidad; porque todo lo que Cristo nos pide que dejemos por su causa es sólo aquello que nos perjudicaría retener. Y en su lugar nos da lo que tiene más valor. Cada lucha contra el pecado, cada victoria sobre el mal, cada principio santo ejercido por Dios, él lo registra como una buena obra, y quien lo haga será un demandante de su gracia en la recompensa de los justos.

"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí, y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer." ¿Es ésta la prueba? Entonces, ¿no se da aquí una razón de por qué tan poco es logrado por tantos obreros? No tienen una conexión viva con Cristo. El pámpano seco debe unirse a la vid viva, injertarse en ella. Fibra por fibra, vena por vena, el injerto crece en la cepa de la vid, hasta que la vida de la vid se convierte en la vida del sarmiento, y el sarmiento brota y florece, y madura sus racimos de ricos frutos. Jesús dice a todos, cualesquiera que sean sus riquezas, su saber, sus talentos, su posición: "Sin mí nada podéis hacer." Está el alma muerta en delitos y pecados, y ¿cómo puede esa alma hacerse partícipe de la naturaleza divina? viniendo a Cristo y uniéndose a él, como el sarmiento seco y sin savia se une a la vid, y así vive. El pecador puede unir su ignorancia a la sabiduría de Cristo, su debilidad a la fuerza de Cristo, su fragilidad al poder perdurable de Cristo; y en esta unión hay confianza, amor y dependencia. Cuando se forma esta unión, el principio de la ley de asociación surte efecto, la voluntad se rinde a la voluntad de Cristo, y el pecador tiene la mente de Cristo. La humanidad en Cristo ha tocado nuestra humanidad, y nuestra humanidad ha tocado la divinidad. Así, mediante la acción del Espíritu Santo, el hombre se convierte en una nueva criatura en Cristo Jesús. Entonces permanece en Cristo, viviendo de toda palabra que sale de la boca de Dios. Se reciben principios nuevos y celestiales mediante la asociación mental, moral y espiritual con Cristo.

Satanás ha tratado de impedir que los hombres reciban una visión correcta de Dios. Nuestras ideas de Dios se han pervertido. Se han perdido las verdaderas

ideas, y la mente se ha sumido en la confusión con respecto a él. La pasión ha tomado el lugar de la razón. Ver a Dios tal como es, es amarlo y reverenciarlo como supremo. Conocer a Dios y a Jesucristo, a quien ha enviado, es la vida eterna. Satanás sabe que si la atención de los hombres se dirige a Cristo, creerán en él.

Cuanto mayores son los esfuerzos de Satanás para lograr nuestra destrucción, mayor es la victoria lograda al vencerlos. El Redentor del mundo presenta el plan de la batalla, con todas las dificultades, y nos pide que contemos el costo. No desea que sus seguidores ignoren las artimañas de Satanás. Deben saber lo que tendrán que enfrentar y la preparación que deben hacer para contrarrestar sus artimañas. Les muestra la vasta confederación del mal dispuesta contra él y sus seguidores, pero les aclara que tendrán la ayuda del Espíritu Santo en la batalla. Los ángeles de Dios, invisibles a la vista de los mortales, se mezclarán en sus filas. Como soldados de Jesús deben ponerse la armadura, porque "no luchan contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes". No podrían hacer nada contra enemigos tan formidables sin que Cristo dirigiera la guerra.

28 de diciembre de 1891

"Si mis palabras permanecen en ti"

EGW

"Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros", son las palabras de Cristo que, permaneciendo en el corazón del creyente, transforman su carácter. No son letra muerta, sino espíritu y vida. Son la fuerza motriz de toda acción. Si se consideran a la ligera, si se reciben nominalmente, sin obrar en nosotros, son inútiles y sólo nos condenarán en el juicio. No mejoraremos bajo su influencia, sino que empeoraremos continuamente de carácter, seremos más descuidados, más obstinados, más llenos de amor propio, más engreídos en nuestra propia presunción; de modo que estaremos peor que si no las conociéramos. Las palabras de Cristo tienen una finalidad: inducir a los hombres a querer y a hacer. Son un poder impelente, que hace que los hombres se resuelvan y actúen. Pero nadie es obligado contra su voluntad. La gracia de Dios no suplirá la cooperación del hombre. Ninguna cantidad de luz, convicción o gracia puede transformar el carácter, sólo en la medida en que el hombre se despierte para cooperar con Dios. El Espíritu Santo despliega sus energías para quebrantar el poder de las atracciones y tentaciones de Satanás sobre la mente

humana; pero la voluntad debe ceder, la cooperación humana debe alistarse, pues ésta es la condición indispensable de la salvación.

"Trabaja en tu propia salvación con temor y temblor". ¿Qué? ¿Debe el hombre hacer esta obra por sí mismo sin ayuda? Esta es su parte en la acción, pero escuchen la conclusión: "Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, según su beneplácito". Tu voluntad debe fundirse con la voluntad divina, y debes someterte al obrar divino. Tus energías deben cooperar con Dios. Sin esto, aunque fuera posible forzar sobre ti con una intensidad cien veces mayor las influencias del Espíritu de Dios, no te convertiría en cristiano, en un sujeto apto para el cielo. No se rompería la fortaleza de Satanás. Debe haber un querer y un hacer por parte del receptor. Debe haber una acción, representada como salir del mundo y separarse. Debe haber una puesta en práctica de las palabras de Cristo. El alma debe vaciarse de sí misma, para que Cristo pueda derramar su Espíritu en el vacío. Cristo debe ser elegido como huésped celestial. La voluntad debe ponerse del lado de la voluntad de Dios. Entonces hay un corazón nuevo, y resoluciones nuevas y santas. Es Jesús entronizado en el alma lo que facilita toda acción a su servicio. Él es la fuente de toda justicia, la fuente de toda felicidad, el depósito de todo poder. Debe haber una confianza plena en las palabras de Cristo, y Cristo debe ser todo en todos para el receptor. La gracia, la verdad y la alegría llenarán el alma.

"Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis, y os será hecho". La permanencia de Cristo en el corazón suscitará deseos rectos. Entonces podemos acercarnos al propiciatorio, y en el nombre de Jesús, nuestro Abogado, con la plena certeza de la fe, reclamar todo lo que el alma necesita. ¡Qué asidero en el cielo tiene todo aquel que cumple con las condiciones que Cristo ha dado! No se queda sin consuelo. No necesita desesperar de nada; puede esperarlo todo; porque tiene el derecho, la garantía de Cristo de pedir a cada paso del camino que la agencia divina trabaje con su esfuerzo, y bendiga con ese esfuerzo a todos con quienes se asocie.

"En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto; así seréis mis discípulos". Esto es evidencia de que somos en verdad hijos e hijas de Dios, porque hacemos la voluntad de nuestro Padre Celestial, y obramos las obras de Cristo. Tenemos la mente de Cristo. No dedicamos los poderes que Dios nos ha dado a cosas innecesarias, ni llenamos de tal manera nuestras mentes y corazones con preocupaciones y actividades mundanas, que se excluye el sentido de la gran obra que debe hacerse en conexión con el Espíritu Santo. Nos

damos cuenta de nuestra dependencia de su ayuda para alcanzar a aquellos que están fuera de Cristo, que no conocen el poder salvador de la verdad.

El indolente que profesa ser cristiano bien puede sobresaltarse ante las palabras de Cristo: "¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos? Id también vosotros a la viña". Trabajad mientras dure el día, porque "llega la noche, cuando nadie puede trabajar". Que la noche no os encuentre retrasados, ni vuestro trabajo negligentemente hecho.

El trabajador no debe seguir la inclinación, ni vivir día a día meramente para entretenerse. Dios te ha confiado talentos, para que se los consagres enteramente a Él. Si sólo te ha dado uno, úsalo, y seguro que tendrás dos o más para devolver al Maestro.

Influencia cristiana activa que Cristo espera de nosotros. Debemos educarnos y entrenarnos en el servicio de Cristo, mediante una actividad constante, llegando a ser eficientes en el trabajo para el Maestro. "Es del agrado de vuestro Padre que llevéis mucho fruto"; no la menor cantidad posible. Día tras día pasa a la eternidad con su carga de registro. ¿Qué fruto estamos dando?

"Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor". Aquí Cristo nos coloca en la misma posición hacia sí mismo que él ocupa hacia el Padre. Con esta íntima conexión deberíamos tener mucho poder en la obra de salvar almas. Nada puede ser tan valioso como esta íntima comunión con Cristo. Él identifica su interés con el de los oyentes y hacedores de su palabra, como el Padre identifica su interés con el del Hijo, y esta unión con Cristo significa todo para nosotros. "Permaneced en mi amor".

El Testigo Verdadero dice a la iglesia de Éfeso: "Tengo algo contra ti, porque has dejado tu primer amor. Acuérdate, pues, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; de otra manera vendré presto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieras arrepentido." Debemos continuar en el amor de Cristo. Debemos mantener ese amor encendido en el altar del corazón, y este amor, así mantenido encendido, aumentará nuestro amor mutuo.

"Estas cosas os he hablado, para que mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido. Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado". Este es un requisito maravilloso, amarnos los unos a los otros como Cristo nos ha amado. Si somos hacedores de las palabras de Cristo, no podemos albergar orgullo ni egoísmo. Sólo la sangre purificadora de Cristo

puede purgar todo lo de este carácter: toda envidia, toda conjetura maligna, todo pensar mal y practicar el mal unos con otros.

"Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor". Aquí de nuevo el Señor Jesús presenta su relación con el Padre como la exacta contraparte de nuestra relación consigo mismo. Que estas lecciones, tan llenas de instrucción, sean consideradas cuidadosamente. En ninguna otra parte pueden encontrarse garantías tan grandes y consoladoras. Nada muestra tanto como esto cómo el Señor Jesús estima a las almas que vino a salvar, y su propósito de exaltarlas a la más estrecha, elevada y sagrada compañía consigo mismo. Identifica al hombre consigo mismo ante el Señor y el universo entero.

¡Qué favor, qué misericordia, qué amor inefable se revela así! Esta intimidad de Jesús con el hombre sólo puede realizarse tomando sobre sí nuestros pecados e imputándonos su propia justicia.

"Le hizo pecado por nosotros, ... para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él". Si Cristo mora en el alma, nuestras oraciones y obras son totalmente aceptables a Dios. Mediante la obediencia a todos los mandamientos de Dios, somos aceptados en el Amado. Entramos en los derechos y privilegios de Jesús, y en las victorias que él alcanza.

Todos los que dicen: "¡Soy salvo! pero no obedecen los mandamientos de Dios, están apoyando su salvación en una falsa esperanza, en un falso fundamento. Nadie que tenga un conocimiento inteligente de los requerimientos de Dios, puede ser salvo en la desobediencia. En la medida en que los hombres tengan un conocimiento de las palabras de Cristo, tan claramente establecidas en la Biblia, serán considerados responsables.

En el capítulo catorce de Juan se dice mucho acerca de guardar los mandamientos de Dios. "El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama". "Si alguno me ama, guardará mis palabras; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que oís no es mía, sino del Padre que me envió." Nadie puede permanecer en Cristo y tratar la ley de Dios con indiferencia y falta de respeto; porque esto sería armar a Cristo contra Cristo. En un corazón renovado por el Espíritu de verdad habrá amor por todos los mandamientos de Dios. Jesús declara: "Yo he guardado los mandamientos de mi Padre"; y todos los que aman a Jesús vivirán en comunión con Dios y con el Hijo. Los que hacen tanta ostentación de regocijo, diciendo que están en Cristo, pero no obedecen los

mandamientos de Dios, no participan del alimento de la vid viva. Todos los que son injertados en la cepa madre tendrán una unión vital con la vid viva. Amarán lo que Cristo ama; su gusto será idéntico al suyo. Jesús declaró claramente que cuando atesoramos sus palabras y las ponemos en práctica, damos pruebas de que tenemos ese amor genuino que nos hace uno con el Padre. Somos uno en gusto e inclinación. El Espíritu de Jesús llena al cristiano de su amor, de su obediencia, de su alegría. "Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor".

El hombre se ha apartado voluntariamente de Dios. Jesús vino a hacer una obra que ningún otro podía hacer: devolver al hombre a su lealtad a Dios. ¡Cuán irrazonable es para el hombre caído decir que la gran obra de redención de Cristo fue con el propósito de hacer posible que el hombre se salvara en transgresión de la ley de Dios! Si se pudiera cambiar un solo precepto de la ley de Dios, entonces Cristo no tendría que haber muerto; pero fue porque la ley de Dios era inmutable, y retendría al pecador en sus demandas, que Jesús vino y murió, para reconciliar al hombre con Dios. Su muerte muestra la inmutabilidad de la ley. La ley de Dios es tan inmutable como su propio carácter. La única esperanza del hombre estaba en la muerte de Cristo. Y en su muerte Cristo dio testimonio a todo el universo de que los esfuerzos de Satanás por cambiar la ley fueron un fracaso absoluto. Ahora queda demostrado que incluso para los seres humanos que han sido engañados por Satanás y llevados a transgredir la ley, no puede haber perdón sino mediante la muerte del mismo Hijo unigénito del Dios Infinito, que sufrió la pena de la transgresión del hombre. Y éste es el testimonio que en el juicio condenará a todo transgresor.

¿Fue hecho tal sacrificio infinito por el Hijo de Dios con el propósito de perpetuar el pecado? -No; no era posible. No había ninguna posibilidad de que el hombre, que se había alejado de Dios, pudiera guardar la santa ley de Dios. Cristo murió para poder, en virtud de su propia justicia, elevar a la humanidad. Dio al hombre otra prueba. El hombre, débil, pecador, ignorante, debe mirar a Jesús si quiere vivir. "Sin mí nada podéis hacer". Ha aprendido a ser obediente a todos los mandamientos de Dios, por Jesucristo, que le es hecho sabiduría, santificación y justicia.

8 de febrero de 1892

"Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí". El que está unido a Cristo

es aceptado en el Amado. Esa alma es querida por el corazón de Dios. Los beneficios de esta unión serán manifiestos. El hijo de Dios, permaneciendo en Cristo, tendrá el carácter de Cristo. "El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza". Dondequiera que un alma esté unida a Cristo, hay amor. Cualquier otra cosa que el carácter pueda poseer, carece de valor sin amor, no el amor que es blando, débil, sentimental, sino el amor que mora en el corazón de Cristo. Sin amor, todo lo demás no sirve de nada, porque no puede representar a Cristo, que es amor.

"Estáis completos en Él"

[Resumen de un sermón en Melbourne, Australia, el 19 de diciembre de 1891.]

EGW

"Porque quisiera que supieseis el gran conflicto que tengo por vosotros, y por los que están en Laodicea, y por cuantos no han visto mi rostro en la carne; para que sus corazones sean consolados, unidos en amor, y en toda la riqueza de la plena certidumbre del entendimiento, para el reconocimiento del misterio de Dios, y del Padre, y de Cristo; en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. Y esto digo, para que nadie os engañe con palabras seductoras. Porque aunque esté ausente en la carne, estoy con vosotros en el espíritu, gozándome y contemplando vuestro orden y la firmeza de vuestra fe en Cristo. Así que, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y firmes en la fe, como habéis sido enseñados, abundando en ella con acción de gracias. Guardaos de que nadie os eche a perder por medio de filosofías y vanos engaños, según la tradición de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo. Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad". Ahora fíjate en las siguientes palabras: "Y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad".

"Estáis completos en él". ¿No es ésta una declaración maravillosa? A pesar de todos nuestros diversos temperamentos, nuestros diferentes defectos e imperfecciones, a pesar de los ataques del enemigo, sus graves tentaciones y sugerencias, se dice que estamos completos en Aquel que es la cabeza de todo principado y potestad. Es mucho lo que se ha presentado ante ustedes en las palabras que he leído, pero en el breve discurso que voy a pronunciar no podremos notar más que algunos de los puntos contenidos en esta Escritura. Pero deseo que puedan comprender en alguna medida las posibilidades a las que podemos llegar en nuestra vida cristiana. Debemos andar como Cristo anduvo,

o las palabras de la inspiración no presentarían así el curso del seguidor de Cristo: "Así que, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él".

Para alcanzar este alto llamamiento de Dios en Cristo Jesús, debes comenzar el día con tu Salvador. La primera exhalación del alma en la mañana debe ser por la presencia de Jesús. "Sin mí", dice, "no podéis hacer nada". Es a Jesús a quien necesitamos. Su luz, su vida, su Espíritu deben ser nuestros continuamente. Le necesitamos a todas horas. Y debemos orar por la mañana para que, así como el sol ilumina el paisaje y llena el mundo de luz, así el Sol de Justicia brille en las cámaras de la mente y del corazón, y nos haga a todos luz en el Señor. No podemos prescindir de su presencia ni un momento. El enemigo sabe cuándo decidimos prescindir de nuestro Señor, y está allí listo para llenar nuestras mentes con sus sugerencias malignas, para que caigamos de nuestra firmeza; pero es el deseo del Señor que de momento en momento permanezcamos en él, y así seamos completos en él, aceptados en el Amado. Dios quiere que cada uno de nosotros sea perfecto en él, para que podamos representar ante el mundo la perfección de su carácter. Quiere que seamos liberados del pecado, que no defraudemos a las inteligencias celestiales, que no contristemos a nuestro divino Redentor. No quiere que profesemos el cristianismo y, sin embargo, no nos aprovechemos de esa gracia que puede hacernos perfectos, para que no seamos hallados faltos de nada, sino irreprochables ante él en amor y santidad.

"Bueno", oigo decir a alguno, "si eso es lo que debo ser, mejor me doy por vencido, pues nunca podré alcanzar ese nivel". Pero eso es lo que debes ser, o nunca entrarás en el cielo, y el cielo es nuestro deseo y nuestra meta. Pero deseamos entrar en el cielo, porque allí no hay desilusión, ni pena, ni pecado, ni nadie que diga: "Estoy enfermo". Allí no hay tren fúnebre, no hay luto, no hay muerte, no hay despedida, no hay corazones rotos; y Jesús está allí, la paz está allí. Oh, debemos estar con él, porque en su presencia hay plenitud de gozo, a su diestra hay placeres para siempre. Y es aquí donde debemos contemplarlo y transformarnos a su imagen. "Todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor". Oh, es importante que lo contemplemos aquí con el ojo de la fe, para que seamos hechos semejantes a él, pero ¿qué será contemplarlo tal como es sin un velo que lo oscurezca?

Es Aquel que ha hecho un sacrificio infinito en nuestro favor, Aquel que ha traído la redención eterna a nuestra vista; y si contempláramos en él todo lo que él es para nosotros, ¿con cuánto gusto le entregaríamos nuestros corazones, para

amarle y obedecerle! ¿No podemos hacerlo ahora? ¿No es necesario que lo contemplemos por la fe y nos transformemos a su imagen, cuando el mundo está cubierto de tinieblas morales como el manto de la muerte, para que podamos reflejar la luz en la oscuridad, para que al destellar la luz del cielo a lo largo del camino de los que están en la perplejidad y el error, puedan ver que hay brillo y atractivo en la esperanza del cristiano? Pero todo esto depende de la recepción del Espíritu Santo. Es vuestro privilegio ser ungidos de lo alto, o no podréis representar a Jesús tal como es, y el mundo no podrá tener conocimiento de que habéis estado con él y habéis aprendido del divino Maestro. Debes caminar en él, amarlo, porque él te amó primero.

Jesús no nos buscó a ti y a mí porque fuéramos sus amigos, pues estábamos alejados de él y no reconciliados con Dios. Cristo murió por nosotros cuando aún éramos pecadores. Pero nos ha prometido darnos su Espíritu Santo, para que nos asimilemos a su naturaleza, transformados en su imagen. Por eso debemos desechar todo lo que sea pasión, impaciencia, murmuración e inquietud, y encontrar un lugar para Jesús en el corazón. Debemos limpiar el templo del alma de compradores y vendedores, para que Jesús pueda establecer su morada en nosotros. Está a la puerta del corazón como un mercader celestial; llama allí, diciendo: Abridme, compradme las mercancías celestiales, compradme el oro probado en el fuego, que es la fe y el amor, los preciosos y hermosos atributos de nuestro Redentor, que nos permitirán fundir nuestro camino en los corazones de aquellos que no lo conocen, aquellos que están fríos y alejados de él por la incredulidad y el pecado. Nos invita a comprarle las vestiduras blancas, que son su gloriosa justicia, y el colirio, para que podamos discernir las cosas espirituales. Oh, ¿no abriremos la puerta del corazón a esta voz celestial? Él dice: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, cenaré con él y él conmigo".

Pero todo el que es de Cristo, que ha gustado de los poderes del mundo venidero, ha crucificado la carne, con los afectos y las concupiscencias. Así como la naturaleza física es sostenida por el alimento que comemos, la naturaleza espiritual debe ser sostenida por la palabra y el Espíritu de Dios. Dios desea que tengamos una experiencia saludable. Seremos cristianos débiles y moribundos si tenemos la experiencia descrita por el apóstol como modelada según "los rudimentos del mundo, y no según Cristo". Es Cristo morando en nuestros corazones por fe lo que debemos tener, y entonces manifestaremos los frutos del Espíritu, que la palabra de Dios declara que son "amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza."

Pero a veces los que profesan ser seguidores de Cristo dirán: "No debes sorprenderte si soy brusco, si hablo sin rodeos, si manifiesto mal genio, porque es mi manera". Nos piden que no nos sorprendamos. ¿No se sorprende el cielo ante tales manifestaciones, puesto que se ha ideado el plan de salvación, puesto que se ha hecho un sacrificio infinito en la cruz del Calvario, para que reflejemos la imagen de Jesús? ¿Entrará su camino en el cielo? Supongamos que uno se acerca a las puertas del cielo y dice: "Sé que he sido grosero y poco amable, y es mi disposición mentir y robar, pero quiero una entrada a las mansiones celestiales". ¿Encontrará ese camino una entrada en los portales de la ciudad celestial? -No; son los que guardan el camino de Cristo los que entrarán allí. Él dice: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí." Si alguien piensa que puede subir por otro camino, descubrirá que no le conducirá a las mansiones de gloria. Si queremos el camino de Cristo, su vida debe estar en nosotros. Jesús ha dicho, "Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.... El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él". Debemos estudiar para comprender el significado de estas palabras, pues son de vital importancia para nosotros. Jesús ha explicado su significado. Dice: "El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os hablo son espíritu y son vida."

Deberíamos dedicar tiempo a estudiar la Biblia, porque debemos saber lo que dice la Escritura. La Biblia es el jardín de Dios, y al ver las hermosas flores de la promesa, debemos recogerlas para nuestras almas, porque se nos han dado "preciosas y grandísimas promesas", para que por ellas lleguemos a ser partícipes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia.

(Concluido la próxima semana).

8 de febrero de 1892

Fe y obras

EGW

Dios obrará por nosotros de acuerdo con nuestra fe. A la lentitud con la que trabaja nuestra gente en muchos Estados, se necesitaría un milenio temporal para advertir al mundo. Los ángeles están reteniendo los cuatro vientos para que no soplen hasta que el mundo sea advertido, hasta que un pueblo se haya decidido por la verdad, los honestos de corazón hayan sido convictos y

convertidos. Su poder, su influencia y sus medios fluirán entonces en el canal misionero. Esto es poner el dinero a los cambistas, para que cuando venga el Maestro, sus mayordomos puedan presentar los talentos duplicados en la recolección de almas para Jesucristo. Pero los granjeros ricos son algunos de ellos que actúan como si en el día de Dios el Señor sólo requiriera de ellos que le presentaran granjas enriquecidas, mejoradas, edificio añadido a edificio, y dicen: "Aquí, Señor, están tus talentos; he aquí, he ganado toda esta posesión." Si los acres de sus granjas fueran tantas almas preciosas salvadas para Jesucristo, si sus edificios fueran tantas almas para ser presentadas al Maestro, entonces él podría decir a estos hombres: "Bien, buen siervo y fiel." Pero no se pueden llevar estas granjas mejoradas, o estos edificios, al cielo. Los fuegos de los últimos días los consumirán. Si usted invierte y entierra sus talentos de medios en estos tesoros terrenales, su corazón está en ellos, su ansiedad es para ellos, su trabajo perseverante es para ellos, su tacto, su habilidad es cultivada para servir a las posesiones terrenales, mundanas, y no es dirigida o empleada en las cosas celestiales. Y llegas a considerar los medios invertidos en planes más amplios para extender la obra como medios perdidos que no aportan nada. Todo esto es un error, porque lo terrenal se exalta por encima de lo eterno. Mientras el corazón está en los tesoros terrenales, sólo puede estimarlos; no puede apreciar el tesoro celestial. Está totalmente ocupado tal como el diablo quiere que esté; y lo eterno es eclipsado por lo terrenal.

Enterrar los talentos en la tierra

Ahora hay muchos que trabajan diligentemente como si su salvación dependiera de su maravillosa economía al invertir medios en la causa de Dios, como si el menor dinero que consumieran en planes y esfuerzos para ampliar y edificar la obra de Dios fuera una virtud. Y se guarda dinero en granjas y negocios como si su salvación dependiera de las mejoras que se hagan en sus propiedades terrenales. ¿Saben estos hombres que están ligados al egoísmo? ¿Saben estos hombres que están robando a Dios cada día de sus vidas? ¿Saben que están dedicando su tiempo, sus talentos físicos y mentales, a poner sobre los cimientos heno, madera y rastrojo? Todas las mejoras de años serán consumidas con los fuegos del último día, y si ellos mismos se salvan, será sólo como por fuego. Toda la obra de su vida será cenizas. La recompensa que podrían haber ganado si hubieran sido fieles administradores, está perdida, eternamente perdida. Una multitud de almas que podrían haber salvado no se salvan, a causa de su negligencia. Dios les había dado todos sus poderes para probarlos como probacionistas, si son dignos de que se les confíen las riquezas eternas. Y hay muchos cuyos testimonios se han escuchado en las reuniones en continuas

advertencias, no sea que se haga algún movimiento anticipado llamando a algunos de sus medios para reflejar luz al mundo. Se les encuentra tan enterrados con las cosas terrenales que no tienen una estimación correcta de las riquezas eternas, y no apreciarían el cielo si les fuera dado. Su gusto, su apetito, sus afanes, sus inclinaciones, son todos de carácter terrenal, mundano; no son aptos para el cielo; perecen con sus tesoros. Todos nuestros talentos deben ser utilizados al máximo. Se nos pide que desarrollemos nuestras habilidades por medio del ejercicio, hasta que alcancen el punto más alto en hacer: ¿tu agricultura? ¿tu construcción? *No*; sino *la obra de Dios*, como mayordomos de la gracia de Dios.

Tus poderes deben ser usados como una bendición para el mundo. Tomar los talentos confiados por Dios y emplearlos para fines terrenales, egoístas y mundanos, y descuidar la obra de Dios de ganar almas para Cristo, -siervos infieles se acusa a todos los que hacen esto y descuidan una responsabilidad sagrada. Es algo terrible tomar las facultades del cuerpo y de la mente, que te han sido dadas para que las emplees en ser una bendición para el mundo, y usarlas de tal manera que no se honre a Dios. También es cosa temible doblar el talento en una servilleta, y esconderlo en la tierra, o en el mundo, por temor a que Dios te lo demande. Esto será cortar nuestras propias esperanzas de una recompensa eterna; es perder la corona de la vida, y mostrar que no tenemos estima por una eternidad de bienaventuranza.

Transformación necesaria

Dios os llama a vosotros, que tenéis la preciosa luz de la verdad, a que dejéis de dedicar vuestro tiempo y vuestros talentos a fines egoístas, y así perdidos para la humanidad, y perdidos para Dios, plegando vuestros talentos y escondiéndolos en la tierra. Todos estos talentos deben ser empleados para traer gloria al Dador. Aceptad las responsabilidades que Dios os ha dado y tomad vuestra cruz, negándoos a vosotros mismos, o no podréis ser discípulos de Cristo. Dios no quiso que dedicarais cerebro, huesos y músculos a empleos terrenales; quiso que mejorárais vuestros talentos para ocupar algún lugar grandioso y noble en los planes de Dios, en la salvación de las almas y en la realización de la obra de Dios. Los pensamientos y sentimientos egoístas han secado vuestras almas. La humedad del cielo no está sobre muchos de ustedes. Estáis tan secos como las colinas de Gilboa, que no fueron visitadas por el rocío ni la lluvia. Se están perdiendo grandes oportunidades, y os estáis marchitando y muriendo espiritualmente por *no utilizar* vuestros talentos. No puedes cumplir tus solemnes responsabilidades para con Dios a menos que tu carácter sea

transformado. Tu influencia inconsciente en tu actitud espiritual de amor egoísta al mundo está diciendo al mundo: "Mi Señor retrasa su venida". Vuestra culpa es similar a la de los habitantes del viejo mundo. Estáis plantando y edificando, y vuestras obras testifican que no estáis mirando y velando y esperando la aparición de nuestro Señor.

Responsabilidad ante Dios

¿Cómo podéis vosotros, que sois hombres y mujeres bendecidos con tan gran luz, con tan altos y sagrados privilegios, rendir cuentas a Dios de por qué habéis hecho tan poco como siervos suyos? de por qué habéis cumplido tan indignamente las grandes obras de la vida? Dios pone en vuestras manos la responsabilidad de hacer su obra, de educar, de entrenar todas vuestras facultades para hacer su obra con esa eficacia que os hará merecedoras del: "Bien, buen siervo y fiel". ¿En qué consiste esta fidelidad? ¿En que retires tu interés, tu tiempo, tu influencia, de la obra de Dios, y dediques todas tus facultades a fines terrenales y egoístas? -No, la bendición se pronunciará sobre los que se unan a Cristo en la realización de su obra. Sois colaboradores de Dios. Revelaréis al mundo toda la fe que tenéis.

No todos ustedes están obligados a ir a tierras paganas; hay almas tan preciosas a los ojos de Dios y tan valiosas como su propia alma dentro de sus propias fronteras. ¿Y cuán pocos, muy pocos, obreros se emplean en dar el mensaje de advertencia en las grandes ciudades? ¿Qué excusa tendréis preparada para ofrecer a Dios por esta terrible negligencia de las responsabilidades que Dios os ha dado? Estas almas no salvadas a vuestro alcance, se me mostró, os enfrentarán en el día del juicio. Vosotros adorabais vuestras granjas, adorabais vuestro dinero, os enorgullecáis de vuestra sabiduría como sabios financieros en los asuntos mundanos; pero, ¿qué opina Dios de todo esto? Él dijo del hombre rico: "Necio, esta noche tu alma te será demandada; entonces, ¿de quién serán las cosas que has provisto? Ahora la aplicación: "Así es el que acumula tesoros para sí, y no es rico para con Dios". El Señor os ha dado luz en testimonios de advertencia, de repreensión y de consejo, pero hacéis muy poco de acuerdo con la luz dada. Las palabras de Cristo son explícitas, pero no sois hacedores de sus palabras: "No podéis servir a Dios y a las riquezas."

¿Contemplas que Cristo sacrificó su majestad, su honor y su gloria, para poner a tu alcance la salvación, y salvar a cada hijo e hija de Adán? Él, por nosotros, se hizo pobre, para que nosotros, por su pobreza, nos enriqueciéramos.

"Somos colaboradores de Dios". Cuando ascendió a lo alto, dejó su obra en manos de sus seguidores para que la llevaran adelante, como nos ha dado ejemplo en su vida abnegada. Se dedicó a hacer el bien. ¿Sigues tú su ejemplo? ¿Te parecen tus propios asuntos más importantes que las preciosas almas que Jesús vino a salvar al mundo? Oh, que yo pudiera abrir muchos ojos que Satanás ha cegado. Oh, que la pluma y la voz pudieran influir para despertarlos de su parálisis. Oh, que pudierais ver que no estáis haciendo nada mientras todo el cielo está ocupado en intensas actividades para preparar un pueblo que esté de pie en el gran día de Dios.

15 de febrero de 1892

"Estáis completos en Él"

(Continúa.)

EGW

"Por tanto, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso". ¿Significa esto que no debemos asociarnos con el mundo? -No, porque entonces ¿cómo puedes llevarles la luz de la verdad si no entras en contacto con ellos? Pero no puedes hacerles bien si tu asociación con el mundo te lleva a pedir perdón al mundo por tu fe en Cristo, porque entonces no molestas tú al mundo, sino que el mundo te moldea a ti. Jesús ha indicado cuál ha de ser vuestra posición en el mundo. Dice: "Vosotros sois la luz del mundo". "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida".

Puesto que Dios nos ha dado esta seguridad, ¿por qué vemos tantas experiencias turbias y mezcladas? Es porque muchos de los que profesan ser seguidores de Cristo han prestado atención a espíritus seductores y doctrinas de demonios. Es porque no han respondido al llamado de Cristo. Cuando usted responde a la atracción de Jesús, usted atrae a otros a él por su vida consistente y ejemplo cristiano, porque por la fe usted llega a estar arraigado y cimentado en la verdad. Debes escudriñar la preciosa Palabra de Dios, para que sepas cuál es la verdad.

Jesús oró para que sus discípulos fueran santificados por medio de la verdad. Que nadie piense que puede permitirse algún pecado, por secreto que sea, pues Dios requiere verdad en lo íntimo, y en lo oculto sabiduría. No debes sentir complacencia porque estés seguro de que tus hermanos no saben de tus

fechorías. ¿Acaso Aquel que conoce a tus hermanos no sabe todo acerca de tu vida? ¿No lee tu corazón como un libro abierto? No puedes permitirte el pecado y seguir siendo testigo del Señor, pues con tus obras lo niegas. ¿Dónde está la santa audacia que debería caracterizar tu fe y tus oraciones, porque no estás bajo condenación ni ante los hombres ni ante Dios? ¿Dónde está tu testimonio resonante del lado de la verdad?

Si te estás entregando a cualquier pecado conocido, no puedes pronunciar palabras para gloria de Dios, porque hay algo en tu corazón que te condena. El Espíritu de Dios no está en tu alma. Pero deja que el corazón, con todos sus afectos, se rinda a Dios, y tendrás gozo y paz en el Espíritu Santo. Tu intelecto, tu capacidad, tu alma, tu cuerpo y tu espíritu han sido comprados a un precio infinito por el Hijo de Dios, y todos le pertenecen. Y, sin embargo, aunque Cristo ha redimido a los hombres, cuán pocos le rinden lo que es suyo. Cuántos le roban con el pensamiento. Oh, ¿no ceñiremos los lomos de nuestra mente, y llevaremos cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo, y esperaremos hasta el fin la gracia que nos será dada en la revelación de Jesucristo?

No podemos entrar en el cielo con ninguna deformidad o imperfección de carácter, y debemos estar preparados para el cielo ahora en esta vida probatoria. Queremos las profundas mociones del Espíritu de Dios, para que podamos tener una experiencia individual, y estar completos en Aquel que es la plenitud de la Deidad. Mediante el poder de la justicia de Cristo, debemos apartarnos de toda iniquidad. Debe haber una conexión viva del alma con su Redentor. El canal de comunicación debe estar abierto continuamente entre el hombre y su Dios, para que el alma pueda crecer en gracia y en el conocimiento del Señor. Pero cuántos no oran. Se sienten condenados por el pecado, y piensan que no deben acercarse a Dios hasta que hayan hecho algo para merecer su favor o hasta que Dios se haya olvidado de sus transgresiones. Dicen: "No puedo levantar manos santas ante Dios sin ira o duda, y por eso no puedo acercarme". Así que permanecen alejados de Cristo, y cometen pecado todo el tiempo al hacerlo, pues sin él no podemos hacer otra cosa que el mal. Tan pronto como cometes un pecado, debes huir directamente al trono de la gracia, y contarle a Jesús todo al respecto. Debes estar lleno de dolor por el pecado, porque con él has debilitado tu propia espiritualidad, has contristado a los ángeles celestiales y has herido y lastimado el corazón amoroso de tu Redentor. Cuando hayas pedido perdón a Jesús, con contrición de alma, cree que te ha perdonado. No dudes de su divina misericordia, ni rechaces el consuelo de su infinito amor.

Si tu hijo te hubiera desobedecido y te hubiera ofendido, y viniera con el corazón destrozado a pedirte perdón, sabes lo que harías. Tú sabes cuán rápidamente atraerías a tu hijo a tu corazón, y le asegurarías que tu amor no ha cambiado, y que sus transgresiones han sido perdonadas. ¿Eres más misericordioso que tu misericordioso Padre Celestial, que "tanto amó al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna"? Debes acudir a Dios como los hijos acuden a sus padres. Pídele a tu Padre Celestial que perdone tus errores, y ruega para que, por la gracia de Cristo, puedas superar cada defecto de tu carácter.

Jesús vino a este mundo para salvar a su pueblo de sus pecados. No nos salvará en nuestros pecados, porque no es ministro del pecado. Debemos responder a la atracción divina de Cristo, y arrepentirnos de nuestros pecados, y unirnos a Cristo como el sarmiento se une a la vid. Jesús dice: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo". Jesús está atrayendo a todos los hombres, y ¿quién responderá a esta atracción? Muchos se verán muy influidos por la vida y el ejemplo de quienes profesan haber respondido a este amor divino que está atrayendo los corazones de los hombres. Muchos os observarán a vosotros, que profesáis su nombre, para ver si os hace mejores hombres y mejores mujeres. Os observarán para ver si sois semejantes a Cristo, amables y corteses en vuestra familia. El Señor ha dicho: "Por sus frutos los conoceréis".

Tu vida hogareña será un índice de tu cristianismo. La religión de un hombre ante Dios no es ni más ni menos que la religión que se manifiesta en su familia. Los que profesan ser seguidores de Cristo revelarán en el círculo del hogar cuál es su actitud hacia Cristo. Así como las madres llevaban a sus hijos a Cristo para que él pusiera sus manos sobre ellos y los bendijera, así los padres deben llevar a sus hijos a él hoy.

Habla a tus hijos como si quisieras que fueran hijos de Cristo. Las agencias del cielo cooperarán contigo en tu obra de atraer a los niños a Jesús. Dios ama lo bello, pero lo que más ama es un carácter bello. Estas hermosas flores sobre el escritorio hoy son una expresión del amor de Dios por nosotros y por lo que es hermoso. Las flores son los adornos que Dios ha hecho para la tierra. Cristo ha dicho: "Considerad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan, ni hilan; y os digo que ni Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos". Jesús nos dice que hay algo más elevado para nuestra consideración y objetivo que lo que comeremos, y lo que beberemos, y lo que vestiremos, y es la belleza de carácter, que durará tanto como la eternidad.

Jesús quería que los padres y las madres enseñaran a sus hijos esta belleza de carácter. Quiere que enseñen a sus hijos que Dios los ama, para que su naturaleza cambie y esté en armonía con Dios. No enseñen a sus hijos que Dios no los ama cuando hacen el mal; enséñenles que los ama de tal manera que entristece a su tierno Espíritu verlos en transgresión, porque sabe que están haciendo daño a sus almas. No aterrorices a tus hijos hablándoles de la ira de Dios, sino más bien procura impresionarlos con su indecible amor y bondad, y deja así que la gloria del Señor se manifieste ante ellos.

(Concluido la próxima semana).

22 de febrero de 1892

"Estáis completos en Él"

(Concluido.)

EGW

Cuando Moisés oró: "Señor, muéstrame tu gloria", el Señor tomó este átomo de humanidad, y sin embargo este poderoso hombre de fe, y lo colocó en la hendidura de la Roca, y lo cubrió con su mano, y el Señor pasó delante de él, y proclamó: "El Señor, el Señor Dios, misericordioso y clemente, paciente, y abundante en bondad y verdad, guardando misericordia a millares, perdonando la iniquidad y la transgresión y el pecado, y que de ningún modo absolverá al culpable." Primero pone a Moisés en la hendidura de la Roca, y aquí es donde cada uno de nosotros debe colocarse antes de poder ver la gloria del Señor, porque nadie conoce "al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar". La gloria del Señor es su bondad y su amor. No enseñes, pues, a tus hijos que Dios los desaprueba, sino que, cuando pecan, entristecen al Espíritu de Aquel que siempre los ama. Atrae a tus hijos a Jesús.

Pero si quieres atraer a tus hijos a Jesús, no debes entrar en tu casa con palabras cruzadas, con el ceño fruncido. Si venís de vuestro trabajo cansados y agotados, suplicad a Dios que os conceda su gracia, su Espíritu reparador, para que vuestro corazón se derrita en ternura, para que vuestros labios se llenen de palabras de bondad y consuelo. Une a tus hijos a tu corazón. Recomiéndales tu religión por lo agradable que es. Tus hijos son una parte de ti, y no quieres que se separen de ti en el día de la venida de Cristo. Dadles una representación del carácter de Cristo, y que vuestro hogar sea como un cielo en la tierra. No vivan de tal manera que sus hijos sientan que no quieren ir al cielo si su padre va a estar allí.

No vivas de tal manera que tu esposa piense que el cielo es un lugar indeseable si tú vas a estar allí, y no dejes que la esposa manifieste un espíritu tal que el esposo y los hijos sientan alivio al estar lejos de su presencia.

La religión de Cristo eliminará todas las asperezas del carácter y derretirá y someterá el alma. Es el Espíritu de Dios lo que necesitamos, y estamos esperando su revelación entre nosotros, incluso en esta conferencia, y si esto ha de ser así, debemos comenzar ahora la obra de reforma volviéndonos al Señor con pleno propósito de corazón. Que comience la obra, para que el corazón se ablande, y para que Cristo os moldee y os forme a su divina imagen. Pero muchos sienten que no pueden ir a Jesús con confianza. Dicen: "No parece que Dios escuche mis oraciones. He tratado y tratado de librar mi alma del pecado, pero no puedo hacerlo". Entonces dicen: "Señor, soy impotente, y echo mi alma desvalida sobre ti". Eso es lo que hizo Jacob. Toda la noche había estado luchando con Uno que él suponía que era su enemigo, pero era el gran YO SOY, el Dios poderoso, el Príncipe de la paz, y mientras continuó su lucha, no encontró consuelo, ni esperanza. Era para él una cuestión de vida o muerte, y sus fuerzas estaban casi agotadas. Entonces el Ángel tocó su muslo, y supo que no luchaba con un adversario común. Herido e indefenso, se postró sobre Aquel con quien había luchado, como debemos hacer tú y yo, como hace cualquier alma cuando cae sobre la Roca y se quiebra. "Déjame, que amanece", suplicó el Ángel, pero Jacob no cesó en su intercesión, y Cristo tuvo que llegar a un acuerdo con esta alma indefensa. No puede apartarse de un alma herida y desamparada que clama por su ayuda. Y Jacob suplica, con ánimo resuelto: "No te soltaré, si no me bendices". Fue Él quien luchó con él, fue Él quien le dio la victoria, quien cambió su nombre de Jacob a Israel, y dijo: "Como príncipe tienes poder con Dios y con los hombres, y has vencido".

Pero muchos de ustedes dicen: "Cuanto más busco acercarme a Cristo, peor me siento". ¿No tuvo Jacob esta misma experiencia? ¿No te sentirás magullado y herido al ver las heridas y contusiones que el pecado ha hecho en ti y en tu divino Redentor en tu favor? ¿No te has sentido angustiado una y otra vez al buscar méritos en ti mismo? Así es. Y ahora la pregunta es: ¿Qué harás? Puedes decir: "No puedo lavar ni una mancha de pecado de mi alma, debo venir a Jesús...".

Tal como soy, sin una súplica,
Sino que tu sangre fue derramada por mí'.
Sólo puedo venir, diciendo:

- 'Nada en mi mano traigo,
Simplente a tu cruz me aferro''.

Podrías decir: "Daré todos mis bienes para alimentar a los pobres; daré mi cuerpo para que lo quemem", pero eso no mejoraría tu caso. El hombre no puede hacer nada para merecer el favor del cielo. Lo que le sirve al pecador es aceptar con alegría el sacrificio que Cristo ha hecho, apreciar su amor y asirse de su justicia por la fe. Debes comprender que él te ama, y que tú lo amas porque él te amó primero. Entonces sentirás que todo poder le pertenece a él. Toma su don gratuito para ti, y luego ven a él y entrégate libremente a él. Di: "Vengo a presentarme a Dios en nombre de Aquel que ha muerto por mí. Entrego mi corazón a Jesús, y deseo su bendición y su Espíritu"; y el poder de Dios vendrá sobre ti.

Pero cuando pidas a Dios su bendición, no te marques una forma en la que crees que el Señor debe darte esa bendición. No siempre recibirás la bendición de la manera que tú crees que te la dará. Sólo pídele al Señor que te dé la bendición que necesitas, de la manera que Él considere que será para tu bien. Que tu oración sea: "Dame lo que mi alma necesita para que pueda ser un centinela fiel de Dios".

"Venid ahora, y estemos a cuenta, dice Jehová; aunque vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana". ¿Acaso no podemos creer en la promesa de Dios, y saber que él hará por nosotros justamente lo que ha declarado? Lo que necesitamos es el toque vital de la fe, que sepamos que la misericordia de Dios se extiende hacia nosotros. Dios nos acepta por medio de Cristo, y no debemos sentir que no tenemos valor a sus ojos. Envió a su Hijo unigénito al mundo para morir por nosotros, y debemos valorarnos a la luz de la cruz del Calvario. Jesús declara: "Haré al hombre más precioso que el oro fino; al hombre más que la cuña de oro de Ofir". Y todos podemos ser hechos preciosos en Cristo, porque Él dice, a los que sienten su propia debilidad: "Que se agarre de mi fuerza, para que haga la paz conmigo; y hará la paz conmigo."

Si la vida de Jesús estuviera en ti, estarías lleno de energía vital. La iglesia no estaría en un estado frío y retraído, sino que veríamos el avivamiento del espíritu misionero. No descansaríamos cómodamente, tomando los privilegios del evangelio como si fueran exclusivamente para vosotros, sino que procuraríamos extender las buenas nuevas de la salvación a este y aquel pariente, a este y aquel vecino o amigo. Iríamos a ellos, no con espíritu farisaico, sino con espíritu de

amor, tratando de derribar toda oposición. Te abrirías camino en sus corazones hablándoles del amor de Jesús. Seleccionarías a aquellos por quienes llevas una carga para presentarlos al Señor en oración, rogándole que te dé esta o aquella alma como una gavilla preciosa para el granero celestial, para llevarla a los pies del Maestro.

Todos debemos ser misioneros, y ahora estamos en tierra misionera, y es esencial para cada uno de nosotros que la justicia de Cristo vaya delante de nosotros, y la gloria del Señor sea nuestra retaguardia. Mi corazón se eleva al pensar en las bendiciones que están reservadas para aquellos que se relacionan correctamente con Dios, y hace brotar dentro de mí la esperanza de que podamos ser bautizados con el Espíritu Santo en este lugar. Jesús te tiende su precioso regalo, ¿lo recibirás? Es el Consolador que prometió que vendría y se quedaría con ustedes para siempre. Gracias a Dios por esta preciosa promesa.

Quiero glorificarlo con mis palabras y mi carácter. Quiero revelar a otros que no lo conocen qué Salvador he encontrado, para que ellos también lo amen. Qué importante es que revelemos el hecho de que hemos estado con Jesús y hemos aprendido de él. ¿Alguno de los que profesamos conocerlo se entrega a conversaciones ligeras y triviales? Oh, no permitas que tus labios pronuncien aquello que será como un tropiezo para aquellos que están buscando ver qué beneficio has recibido por tu fe en Cristo. Eleva las mentes de los que te rodean para que se detengan en las realidades eternas. Dios trabajará con la iglesia, pero no sin su cooperación. "Vosotros sois colaboradores de Dios". Que cada alma de ustedes que ha gustado de la buena palabra de Dios, "así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos."

El Padre sabe cómo le representas ante el mundo. Sabe qué impresión causas en los que te rodean. Tus palabras y acciones están todas escritas en los libros del cielo, y para representar correctamente a Jesús ante el mundo, el poder convertidor de Dios debe sentirse en tu propio corazón día a día. Cuando salgas al encuentro de la gente, en el mercado, cuando camines por la calle, en cualquier ocupación a la que te dediques, debes tener una conexión viva con Dios, y representar el carácter de Cristo ante el mundo. Jesús dijo: "Como me envió el Padre, así también yo os envío". Como Cristo debía representar al Padre, así los seguidores de Cristo deben representar a su Señor ante los hombres. Tu vida debe estar escondida con Cristo en Dios.

El yo debe estar oculto en Cristo. No debe haber ningún gran *yo* en el cielo, excepto el gran YO SOY, y debemos aprender a elevar a Cristo ante la gente, dándonos cuenta y regocijándonos en el hecho de que él debe crecer y nosotros disminuir. Yo glorificaría su nombre delante de vosotros, porque quiero que seáis como él, que lo améis. Jesús dice: "Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? ya no sirve para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres". La sal salvadora, el sabor del cristiano, es el amor de Jesús en el corazón, la justicia de Cristo impregnando el alma. Si el profesor de religión quiere conservar la eficacia salvadora de su fe, debe mantener siempre la justicia de Cristo ante sí, y tener la gloria de Dios por su retaguardia. Entonces el poder de Cristo se revelará en la vida y el carácter.

Oh, cuando llegemos a las puertas del cielo y entremos en la ciudad de Dios, ¿habrá alguien que se arrepienta de haber dedicado su vida sin reservas a Jesús? Amémosle ahora con afectos indivisos, y cooperemos con las inteligencias celestiales, para que seamos obreros juntamente con Dios, y, participando de la naturaleza divina, seamos capaces de revelar a Cristo a los demás. ¡Oh, por el bautismo del Espíritu Santo! ¡Oh, para que los brillantes rayos del Sol de Justicia brillen en las cámaras de la mente y del corazón, para que todo ídolo sea destronado y expulsado del templo del alma!

¡Oh, que nuestras lenguas se desaten para hablar de su bondad, para contar su poder! Si respondes a la atracción de Jesús, no dejarás de influir en alguien por la belleza y el poder de la gracia de Cristo. Oh, contemplémosle y seamos transformados a la imagen de Aquel en quien mora toda la plenitud de la divinidad, y comprendamos que somos aceptados en el Amado, "completos en Aquel que es la cabeza de todo principado y potestad".

29 de febrero de 1892

La forma de enseñar de Cristo

EGW

Cuando Jesús habló al pueblo las palabras de la verdad y de la vida, se asombraron de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas. No había una repetición interminable de fábulas y máximas y costumbres, ceremonias triviales, a las que habían estado acostumbrados a escuchar. El objeto y el límite de su instrucción parecen haber sido presentar el carácter de su reino y las calificaciones esenciales para quienes

entraran en él. Trató de ampliar sus percepciones, para que pudieran sentir su dependencia del poder divino, la obra del Espíritu Santo para producir el cambio en ellos, para que pudieran ser los hijos de la luz y del día.

Jesús iba a revelar al Padre en sí mismo. Dijo a Tomás: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí". Mientras hablaba de su mansedumbre y humildad como aquello que todos deben aprender, trataba de dirigir la mente de sus oyentes hacia sí mismo como centro de atracción. Les aseguró que él era el pan de vida. "De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí tiene vida eterna. Yo soy ese pan de vida". "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí y yo en él". Luego, para que no discernan el sentido espiritual de sus palabras, afirma definitivamente: "El Espíritu es el que vivifica; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os hablo son espíritu y son vida."

La incompreensión de los discípulos impedía la libertad de su comunicación. No pudo revelarles, como deseaba, las verdades espirituales relacionadas con su obra de salvación. Las palabras del Señor tienen una profundidad, una amplitud y una altura de significado que sólo pueden comprender los que comen su carne y beben su sangre. Sus palabras fueron para los discípulos como una nueva revelación; pero no eran nuevas. No hacía más que revelar las verdades antiguas, oscurecidas durante mucho tiempo. Sus enseñanzas eran para simplificar la verdad, para iluminar el entendimiento, para abrir los ojos ciegos a las maravillosas obras de la redención, la revelación divina con respecto a las doctrinas de la gracia. Por su propia práctica, Cristo corroboró cada doctrina. Apeló a las Escrituras del Antiguo Testamento, mostrando claramente el significado espiritual de las verdades que habían quedado oscurecidas por la tradición y la mala interpretación.

El Señor requiere la misma manera de enseñar por parte de todos sus siervos. Todos los que trabajan junto con Dios deben instruir al pueblo en que una vida de piedad personal, mediante el simple arrepentimiento y la creencia en Jesús como Salvador del mundo, prepara el terreno del corazón para la recepción de la verdad. El Espíritu Santo nos hace capaces de aprehender las doctrinas y dar la verdadera importancia a cada declaración de la verdad, recibéndola en el sentido que Cristo mismo le dio.

El apóstol Pablo dice: "No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, el Señor; y a nosotros, vuestros siervos por amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros." Si el amor de Dios mora en el alma por la fe, si la mente y el corazón son sometidos a la disciplina de la verdad, Jesús será magnificado, el yo será ocultado, y Cristo aparecerá como todo en todos. Cuando, en todos nuestros esfuerzos por presentar la verdad, Cristo aparezca como la gran luz central, la obra se llevará a cabo con mansedumbre y humildad de corazón, y Cristo estará con nosotros para convencer y convertir a las almas.

No debemos sentir que es necesario ponernos en un estado altamente emocional antes de poder llegar a los corazones. No debemos buscar algo sensacional para satisfacer el apetito de la gente, algo nuevo y extraño para sobresaltarla. Cristo Jesús es lo viejo y lo nuevo. Su amor abnegado por el hombre se remonta a antes de la creación de nuestro mundo, pero es siempre nuevo. Es el tema más maravilloso que jamás haya podido desplegarse ante las mentes humanas. La condescendencia infinita le llevó, con propósito inmutable, a avanzar hasta la cruz del Calvario para morir una muerte vergonzosa, revelando al hombre lo que puede hacer un amor como el que tuvo Jesús. Dios en Cristo se entregó a sí mismo para la salvación del mundo, y la presentación de esta verdad hará más para convertir a los pecadores que cualquier otro argumento.

La razón por la cual no se vuelve más del pecado a la obediencia y la santidad, del servicio y el poder de Satanás al servicio de Dios, es que los maestros no trabajan en la misma línea que Cristo. No se detienen suficientemente en la abnegación de Cristo al levantar la cruz y cargarla en favor del hombre. Como lo hizo el Maestro, así deben hacerlo sus siervos. Su abnegación al convertirse en sustituto y fiador del hombre le llevó por el camino de la humillación; y éste era el camino señalado para la humanidad. Él fue nuestro ejemplo en todo. En Cristo están unidas la cruz y la corona; y todos los que participan con Él en sus sufrimientos y humillaciones aquí, si mantienen firme su confianza hasta el fin, participarán con Él en su gloria en el más allá.

Estas son verdades que el pueblo necesita que se le presenten. Pueden alegar ante Dios la justicia de Cristo, el amor de Dios al dar a nuestro mundo a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Enalteced a Jesús; hablad más, mucho más, de este único camino por el que el

hombre puede salvarse. Hablad mucho más del desinterés de Cristo. Presentad su amor ante la gente. Enseñad a los hombres que su vida sólo es completa cuando están escondidos con Cristo en Dios.

7 de marzo de 1892

Trabajadores con Cristo

EGW

Desde el comienzo de su ministerio público hasta su última oración por sus discípulos, Jesús les enseñó constantemente que debían ser uno con él en su obra para rescatar al mundo de la esclavitud del pecado, del dominio de Satanás. Cuando envió a los doce y luego a los setenta a proclamar el Reino de Dios, les estaba enseñando su deber de comunicar a los demás lo que él les había dado a conocer. En toda su obra estaba entrenando a su iglesia para el trabajo individual, que se extendería a medida que aumentara su número, y finalmente llegaría hasta los confines de la tierra.

Justo antes de su ascensión les ordenó: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura". Esta obligación les fue insistida una y otra vez. El día de su resurrección, en aquel encuentro con sus discípulos en el aposento alto, les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras. Y dijo: "Así está escrito, y así fue necesario que Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercer día; y que se predicase en este nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados en todas las naciones, comenzando por Jerusalén". Y añadió: "Vosotros sois testigos de estas cosas". Esta gran obra requería una gran eficacia. La marea de la iniquidad era fuerte. Un poderoso caudillo estaba al mando de las agencias del mal, y los seguidores de Cristo sólo podían resistir y vencer a los poderes de las tinieblas mediante la ayuda que Dios debía darles. Jesús les aseguró: "Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra". Aquí está el único límite de su labor; debe extenderse a todo el mundo. Pero primero hay que hacer la obra misionera en el hogar. Los que están más cerca deben recibir la primera atención. Jerusalén sería el campo de trabajo más difícil para los discípulos. Los lugares menos prometedores son aquellos donde se ha dado mucha luz, pero donde ha sido descuidada o despreciada. Aquí peligros peculiares asaltarían a los discípulos, ya que con la lámpara de la vida en sus manos deberían salir a remover la basura de la tradición y revelar las joyas ocultas de la verdad.

"Id", dijo Cristo, "y os moveréis bajo el escudo de la Omnipotencia. Trabajad primero entre los que están cerca. Aquí reuniréis algunas almas, que fortalecerán vuestras fuerzas para impulsar la obra en las regiones de más allá. Pero debéis trabajar como uno, así como yo y mi Padre somos uno". "Y, he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".

Así el Señor Jesús hace provisión para el trabajo agresivo, y toma sobre sí toda la responsabilidad de conducir la guerra, de proveer las calificaciones necesarias, y promete el éxito.

Su último acto en la tierra fue bendecir a sus discípulos y, con las manos extendidas en señal de bendición, ascendió al cielo rodeado de la hueste angélica. La última lección que dio a sus seguidores fue que tenían en sus manos la transmisión de su Evangelio a todo el mundo. En armonía con esto fue su primera obra en el cielo. El día de Pentecostés, el Espíritu Santo fue derramado sobre los discípulos que oraban, y ellos dieron testimonio de su fuente a todos dondequiera que iban. Aquí el espíritu misionero fue derramado con poder ilimitado sobre aquellos que debían testificar de Cristo y convencer al mundo del pecado.

Los apóstoles obedecieron las indicaciones de Cristo. Comenzaron la obra en Jerusalén, donde existía el más profundo prejuicio contra Jesús, donde había sido crucificado como malhechor. Miles de personas recibieron el mensaje y se convirtieron. La malicia de los enemigos se exacerbó. Algunos de los discípulos fueron encarcelados, pero no se dejaron intimidar. Incluso en la cárcel se dieron pruebas de que ángeles del cielo formaban parte del ejército en el que estaban alistados. Cuando el sumo sacerdote y los saduceos " echaron mano a los apóstoles, y los pusieron en la cárcel común, ... el ángel del Señor, de noche, abrió las puertas de la cárcel, y los sacó fuera, y dijo: Id, poneos en pie y hablad en el templo al pueblo todas las palabras de esta vida." Y cuando Pedro estaba preso, para ser ofrecido al día siguiente en sacrificio por su fe, los ángeles vinieron a abrir las puertas fortificadas, y pusieron en libertad al siervo del Señor. Los discípulos continuaron hablando con toda audacia las palabras de la verdad, exponiendo a Jesús, su ministerio, su crucifixión, su resurrección y ascensión; y cada día "se añadían más creyentes al Señor, multitudes tanto de hombres como de mujeres."

Como el éxito acompañaba al ministerio de la palabra, existía el peligro de que los discípulos se quedaran demasiado tiempo en Jerusalén y Judea, olvidando el encargo del Salvador de ir por todo el mundo. Entonces permitió que la

persecución llegara con tal violencia que los discípulos se vieron obligados a huir de Jerusalén. Fueron "esparcidos por todas partes", y tanto se predicó el Evangelio que Pablo declaró que, incluso en sus días, se había dado a conocer a toda criatura.

La comisión dada a los primeros discípulos se nos da también a nosotros. Cuando Jesús dijo: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio". Dijo también: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". Debemos comenzar, como ellos lo hicieron, con el campo natal, y extender nuestras labores a todo el mundo.

La misión de Cristo: ¡qué poco se comprende! Su infinita condescendencia al descender del trono del cielo a la cruz del Calvario, ¡qué poco se aprecia! Sin embargo, aquí está la fuente de cualquier otra misión. Los mensajeros del Evangelio reciben su inspiración en la cruz. Luego, extendiéndose por todos los círculos más cercanos a ellos, deben abarcar el mundo.

Todos los seguidores de Cristo han de ser colaboradores de Dios. Llenos del Espíritu, teniendo la mente de Cristo, en perfecta simpatía con él, deben, en su esfera, dedicar toda su energía a la salvación de las almas. Cristo espera, sí, requiere que todos los que pretenden ser discípulos hagan de esta obra su primera consideración. Aquí todos mostrarán su verdadera estimación de las demandas de Cristo, y su simpatía con Aquel que dio su vida por la salvación del mundo.

Todos los que han recibido el mensaje han de repetirlo, y a todos los que tengan oportunidad de llegar. Cristo quiere sacarnos del estrecho círculo que prescribe nuestro egoísmo; suprime todas las líneas territoriales y las distinciones artificiales de la sociedad. No hace diferencia entre vecinos y extraños, amigos y enemigos. Nos enseña a considerar a todo hombre que necesite nuestra ayuda como nuestro prójimo, y al mundo como nuestro campo.

Y el tiempo de trabajar es ahora. "¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses, y entonces vendrá la siega? He aquí, yo os digo: Alzad los ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega". Mirad la tierra. Ved las inmensas multitudes de seres humanos en las tinieblas del error. Son muchos los que anhelan y lloran la luz, orando a quien no conocen. Multitudes que creen conocer a Dios, pero lo ignoran. Es necesario que se oiga la voz de los mensajeros de Cristo, como se oyó la de Pablo en Atenas: "A quien, pues, vosotros adoráis ignorantemente, a ése os anuncio yo."

Todos los miembros de la iglesia, como segadores en el gran campo de la cosecha, deben orar fervientemente y trabajar con diligencia. Ni una sola vez deben pensar o hablar de fracaso. No deben confiar en su capacidad humana, sino enteramente en el poder divino. Si están en el camino del Señor, su promesa es suya: "Tu justicia irá delante de ti". No tenemos más justicia que la impartida por Cristo. "Y la gloria del Señor será tu retaguardia". Los ángeles de Dios irán delante de ti, preparando los corazones para recibir el mensaje divino; y el poder prometido, que es la gloria del Señor, será tu retaguardia.

El Señor Jesús es nuestro ejemplo y nuestra eficacia en todas las cosas. Nuestros medios para hacer el bien nunca se agotan. Nuestra fuente de poder es la plenitud de Cristo. De ella podemos sacar y volver a sacar. No hay límite para el suministro. "Sin mí", dice Cristo, "no podéis hacer nada". Pero también dice: "El que cree en mí, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre". Por eso debemos orar sin cesar, porque tenemos la promesa: "Todo lo que pidieréis en mi nombre, lo haré". Cuando haces de Dios tu confianza, y le invocas de todo corazón, te será hallado.

Por todas partes hay gavillas que recoger para el granero de Dios. Pero, ¿dónde están los segadores? El campo es extenso, y hay lugar para que cada uno trabaje, según su capacidad. Quien deja de hacer algo manifiesta indiferencia ante las demandas de Cristo. Si no estamos, como fieles administradores, trabajando para Él, estamos sirviendo a otro señor. Jesús dice: "El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama". La inacción en el servicio de Cristo es una prueba de hostilidad positiva contra él.

Cristianos profesos, Jesús os habla: "¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos? Id a trabajar a mi viña". Trabajad mientras es de día, porque viene la noche, cuando nadie puede trabajar. Nunca hemos de poner límite a nuestros esfuerzos en su servicio, diciendo: "Esto haré, y no más". Nos basta con saber que somos siervos de Cristo. El dinero del rescate ha sido pagado por nuestras almas, y cada pizca de poder o habilidad que tenemos es el don de Dios, no inherente a nosotros mismos, y por lo tanto no debe ser empleado para complacer o glorificarnos a nosotros mismos.

Es un privilegio excelso que Cristo ofrece a los hombres, el de estar conectados con él en la gran obra de la salvación. Y el que siente que no es suyo, y mantiene sus ojos fijos en Jesús, crecerá en la semejanza del Salvador, su voluntad se hace una con la de Cristo, y su influencia para Cristo aumenta constantemente.

Dios no exige del hombre que tiene un talento que mejore dos o cinco. Pero sí requiere de cada hombre, no sólo el talento confiado, sino también lo que podría ganarse con su correcto perfeccionamiento.

La obligación que Cristo nos impone es tan amplia y profunda que al cumplirla perderemos de vista el yo. No hay lugar para la autogratificación en la obra de Cristo. Dice: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". Jesús no presenta a sus seguidores la gloria mundana, las riquezas terrenales y una vida libre de pruebas, sino que les pide que caminen por la senda por la que Él ha guiado el camino. Se negó a sí mismo, soportó el sufrimiento, fue despreciado y rechazado, porque el mundo no le conocía.

Nuestro Señor no engaña a sus seguidores. Nos muestra la confederación del mal que se alza contra nosotros, Satanás, el poderoso príncipe del mal, al frente de sus huestes. Pero el Salvador nos dice que no debemos luchar solos; todas las inteligencias celestiales vendrán en nuestra ayuda. En medio de las tinieblas del mundo hemos de captar el resplandor del trono de Dios y difundirlo, no sólo para irradiar la oscuridad circundante, sino para que, como Iglesia, podamos derramar unidos una luz que se extienda hasta los confines de la tierra.

14 de marzo de 1892

"No juzgar"

EGW

No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os será medido". Cristo no enseña aquí que los miembros de la iglesia que son indignos no serán tratados de acuerdo con las reglas que él mismo ha dado. Y en este mismo capítulo nos advierte que tengamos cuidado con los falsos profetas, y dice: "Por sus frutos los conoceréis". Pero Cristo reprende a los que critican a los demás, a los que son autosuficientes, presuntuosos y censuradores, juzgando los motivos de los demás y tratando de condenarlos. Esta clase da pruebas de que buscan defectos en los demás, y son éstos los que ven y comentan. Pasan por alto muchas cualidades estimables, para detenerse, distorsionar y magnificar aparentes inconsistencias.

La práctica de juzgar a los demás es común, de hecho, es casi universal, incluso entre los que dicen ser cristianos. Muchos consideran que criticar los motivos de los demás es una señal de discernimiento superior. Pero, a la luz de las

palabras del Salvador, juzgar a los demás es algo muy grave. La sabiduría mostrada al discernir las manchas en el carácter de los demás es la descrita por el apóstol Santiago, que "no desciende de lo alto, sino que es terrenal, sensual, diabólica".

Cuando uno por sus palabras u obras da ocasión a un juicio desfavorable, la consecuencia debe venir sobre su propia alma. "Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará". Pero no es seguro que el hombre finito asuma la responsabilidad de juzgar a los demás, porque no podemos leer el corazón. Los seres humanos egocéntricos tienden a juzgar según las apariencias, y por ello cometen graves errores. Además, ellos mismos son imperfectos, y por eso no están capacitados para juzgar a los demás. El Salvador dice: "¿Cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí una viga en tu propio ojo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la paja del ojo de tu hermano". Cuando uno es muy atrevido para criticar y tratar de corregir a los demás, sucede con demasiada frecuencia que él mismo tiene defectos, de los que puede ser totalmente inconsciente, que son mucho más graves que los que condena, y así, incluso cuando trata de corregir a los demás, sus esfuerzos pueden hacer mucho más daño que bien. ¡Cuánto más cuando se sienta en el tribunal para criticar y condenar!

Si los hombres pudieran verse a sí mismos como Dios los ve, tendrían tal sentido de su propia debilidad y defectos, y verían tal obra que hacer por sí mismos, tendrían tal sentido de su propia necesidad de la misericordia sufrida de Dios, y de la paciencia de sus semejantes, que no tendrían ninguna disposición a juzgar y condenar a los demás.

Debemos refrenarnos de hacer de las faltas de los demás el tema de conversación, o incluso de mencionarlas. Fomenta en nosotros una disposición infeliz, un hábito de buscar el mal, magnificando nimiedades. El buscador habitual de faltas mira todo a través de un medio distorsionado, y, finalmente, nada se verá bien, o amable, o sincero en la vida o el carácter de los demás. Cuando se dice algo en su favor, él estará listo con alguna acusación de maldad.

Algunos excusan este hábito de juzgar y condenar aduciendo que son nerviosos; y el sistema nervioso tiene que cargar con la responsabilidad de un corazón que no está guarnecido contra las tentaciones de Satanás. El orgullo se siente herido cuando otro recibe la confianza o el respeto que él no recibe. Tienen una alta estimación de sí mismos, y esto les lleva a pensar que no reciben la atención que les corresponde. La gracia de Dios es el único remedio para estas

enfermedades del alma. La obra del Espíritu Santo será mucho más eficaz para corregir esta mala disposición que la habilidad del médico que trata el sistema nervioso. El problema está en el corazón.

Cuando Miriam y Aarón acusaron a Moisés, estaban haciendo la misma obra que Cristo condena aquí. Estaban celosos de Moisés, y estos celos condujeron a la exhibición de egoísmo, amargura y casi odio. Censuraban a Moisés porque no los consultaba, ni se movía según su juicio. "Y dijeron: ¿Acaso el Señor ha hablado sólo por Moisés? ¿No ha hablado también por nosotros?". Moisés no trató de vindicar su proceder, sino que Dios se interpuso. "Y descendió Jehová en la columna de nube, y púsose a la puerta del tabernáculo, y llamó a Aarón y a María; y ambos salieron. Y dijo: Oíd ahora mis palabras: Si hay profeta entre vosotros, yo el Señor me daré a conocer a él en visión, y le hablaré en sueños. No así mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa. Con él hablaré de boca a boca, al parecer, y no con discursos oscuros; y la semejanza del Señor verá; ¿por qué, pues, no tuvisteis miedo de hablar contra mi siervo Moisés? Y la ira del Señor se encendió contra ellos, y se alejó. Y la nube se apartó del tabernáculo; y he aquí que Miriam se volvió leprosa, blanca como la nieve". Números 12:5-10.

El que habló a los discípulos en el sermón de la montaña es el mismo que habló a Moisés, a Aarón y a Miriam, y dejó que las señales de su desagrado recayeran sobre Miriam por su censura de aquel a quien Dios había elegido para comunicar su voluntad. Dios había hecho recaer sobre Moisés la carga de su obra, y cuando otros se atrevieron a hacer recaer sobre él la carga de su censura y condenación, el Señor los declaró culpables de un gran pecado. Juzgó y condenó a la que había juzgado y condenado injustamente a su siervo. Aquel para quien los corazones de todos los hombres son como un libro abierto, leyó los motivos ocultos. Vio que el corazón estaba leproso por el pecado, e hizo que la plaga del corazón se revelara en el terrible juicio de la lepra física. Como la lepra era muerte segura si se le permitía seguir su curso natural, así la lepra del pecado destruiría el alma a menos que el pecador recibiera la curación de la gracia de Dios.

Puesto que no podemos leer el corazón de otro, guardémonos de atribuir motivos equivocados a cualquier hombre, no sea que nos veamos envueltos en una culpa similar a la de Miriam, -condenando a aquellos a quienes el Señor está enseñando y guiando-, y así atraer sobre nosotros la reprensión de Dios.

Y, sin embargo, cuántos hay que dan la peor interpretación posible a las palabras y actos de los demás. Estos aspirantes a jueces escudriñan cada pequeña cosa a la luz de su propio entendimiento pervertido; y en vez de considerar que ellos mismos pueden estar en un error, como lo estaban Aarón y Miriam, repiten sus sospechas a otros, quienes aceptan el reproche; y así se lleva a cabo la misma obra que Satanás desea realizar. Esta obra es lo que se llama "regocijarse en la iniquidad". El amor "no se regocija en la iniquidad, sino que se regocija en la verdad; todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta; el amor nunca falla". Este es el lado crístico de la cuestión. El espíritu opuesto ya ha sido descrito. Lleva a uno a detenerse en todas las faltas de los demás, y a pasar por alto sus buenas cualidades. Cuando se comete un error, mira hacia atrás para recoger todos los hechos similares, y atesora todos éstos, para confirmar las suposiciones más oscuras y atribuir los peores motivos.

(Concluido la próxima semana).

21 de marzo de 1892

"No juzgar"

(Concluido.)

EGW

El Señor ha puesto a sus hijos en relación con la iglesia para que sean beneficiados y bendecidos al asociarse unos con otros. No todos han tenido la misma educación y formación. Circunstancias muy diferentes han influido en la formación del carácter. Cada uno tiene sus propias ideas y hábitos, su propio sello de carácter.

Estamos en una escuela donde hay necesidad de vigilancia constante, no para señalar las cosas que no nos agradan en otro, sino para guardarnos a nosotros mismos, no sea que, de palabra o de obra, entremos en colisión con nuestros hermanos o nuestros prójimos. Si el amor mora en el corazón, los sentimientos y las palabras serán amables. No habrá críticas ni censuras duras. El amor debe ser nutrido como una planta tierna para que crezca hasta la perfección.

Compararnos entre nosotros no es sabio. Que la diferencia no se haga prominente. Hay imperfecciones en la naturaleza humana, y si uno elige el trabajo de magnificar las pequeñas cosas e irritarse por las faltas de los demás, siempre encontrará ocasión. Hasta que no dejemos de exigir en los demás la

perfección que nosotros mismos no poseemos, no encontraremos tiempo más que para detenernos en los errores y en las cosas desagradables. Pero se verá que son un alimento muy pobre para el alma. Los que se alimentan de ellos se están haciendo el mayor daño e injusticia a sí mismos. Están desarrollando un carácter que los incapacitará para entrar en la familia de Dios en el cielo; porque si se les permitiera entrar allí, continuarían el mismo trabajo que ha sido su alimento y bebida aquí en esta vida.

Hay una profundidad de significado en las palabras del Salvador, que muy pocos aprecian: "No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os será medido". Pablo dice: "Eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas que juzgas; porque en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces las mismas cosas." Y Dios declara por el profeta: "Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? Yo, el Señor, escudriño el corazón, pruebo las riendas, para dar a cada uno según sus caminos y según el fruto de sus obras."

Cuando condenamos o criticamos a los demás, nos declaramos culpables; en el acto mismo de juzgarlos, estamos infringiendo la ley de Dios. Nuestro propio carácter se revela en la forma en que tratamos a los demás. El que es censor, autosuficiente, al juzgar a los demás, demuestra que él mismo está desprovisto de la gracia de Cristo. Son los que están cegados por el enemigo a sus propios defectos de carácter los que se adelantan en criticar y condenar. Su propia falta de espíritu de paciencia y amor les lleva a hacer un mundo de un átomo. El que está atento a los defectos de los demás, dispuesto a acusar y condenar, está haciendo la misma obra en la que Satanás se ha ocupado desde su rebelión. Se une a aquel que es el acusador de los hermanos.

Así, al acusar a los demás, nos estamos sentenciando a nosotros mismos, y Dios declara que esta sentencia prevalecerá. Recordad esto, vosotros que estáis tan dispuestos a criticar a los demás. La sentencia que pensáis dictar contra ellos, la estáis dictando contra vosotros mismos, y así consta en los registros del cielo. Dios acepta la sentencia, vuestro propio veredicto contra vosotros mismos. ¿Estáis dispuestos a acatarla en el día final?

Dios declara que ha confiado todo el juicio al Hijo. No a los hombres finitos, que sólo pueden juzgar por la apariencia exterior, sino a Aquel que lee el corazón, que conoce los resortes secretos de la acción, y que trata con ternura y compasión, a Él le es dado decidir el caso de cada alma. Y los que se arrogan la

tarea de juzgar o pronunciarse sobre los motivos de otro, están asumiendo las prerrogativas del Hijo de Dios. ¿No se vinculan también así con Satanás, el usurpador?

Jesús no vino al mundo como juez, sino como Amigo y Salvador de los pecadores. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él."

Cuando los samaritanos se negaron a recibir a Jesús, porque se dirigía a Jerusalén, los discípulos, llenos de indignación, dijeron: "Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo y los consuma, como hizo Elías? Pero él, volviéndose, los reprendió, diciendo: No sabéis de qué espíritu sois. Porque el Hijo del hombre no ha venido a quitar la vida a los hombres, sino a salvarlos."

Con este ejemplo ante ellos, ¿cómo pueden los profesos seguidores de Cristo manifestar tan poca de la tierna misericordia y compasión de su Señor? Si hay entre ellos alguien de disposición perversa, alguien que les causa problemas, ¿cómo pueden sentirse en libertad de separarlo de la iglesia tan fácilmente, y tratarlo como a un extranjero y un desterrado? Tengamos cuidado de cómo herimos y lastimamos las almas de los hombres y mujeres por quienes Cristo murió. Supongamos que uno ha errado, no lo empujemos al calabozo de la desesperación; no lo dejemos de lado con una palabra dura, o con una negligencia positiva. Dejad que todo aquel a quien se acuse de haber obrado mal tenga amplia oportunidad de explicarse, pero no lo llevéis ante un grupo de jueces de corazón duro, dispuestos a magnificar el mal y a pronunciar la condenación. No tomes el testimonio de uno o dos en su contra sin tamizar a fondo ese testimonio. Fíjate si el acusador no es, por su propio proceder desaconsejable hacia el acusado, participe de su culpa, si es que la hay. Sólo aquellos cuyos corazones están llenos de simpatía, aquellos que aman como Cristo amó, que se dan cuenta del valor de las preciosas almas por las cuales él pagó el rescate de su propia vida, están calificados para tratar con los descarriados.

Cuando un hombre fracasa en los negocios, no porque sea deshonesto, sino por desgracia, o por falta de juicio, no tratéis de humillarlo, ni de amontonarlo en los lugares más difíciles. No te sientes y no hagas ningún esfuerzo por ayudarlo. Es un alma por la que Cristo ha dado su preciosa vida. Muchos hombres han caído en la desesperación y se han dado por vencidos, a causa del espíritu de

desconfianza y censura manifestado hacia ellos por sus hermanos, y éstos tal vez fueron los mismos que hicieron su parte en provocar la serie de circunstancias que le ayudaron o le condujeron al lugar difícil.

Aunque no puedas ayudar a ese hombre, no lo condenes; puede que tú mismo pases alguna vez por una experiencia similar, y que lo que le has hecho a tu hermano te lo hagan a ti. Recuerda que las personas con las que tratas son tan sensibles como tú. Una palabra amable, una mano amiga, un brazo tendido alrededor de ellos con compasión, pueden salvarlos de la ruina.

"Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro; así como Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo de la perfección."

28 de marzo de 1892

La tribulación produce paciencia

[De un sermón en Oakland, Cal., el 7 de noviembre de 1891.]

EGW

"Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, experiencia; y la experiencia, esperanza; y la esperanza no avergüenza, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado." Ojalá todos pudiéramos tener continuamente presente lo que Cristo es para nosotros, y lo que nosotros somos para él. Si pudiéramos comprender constantemente esta relación entre Cristo y nuestras almas, nos regocijaríamos en la esperanza de la gloria de Dios, aun en medio de la tribulación. Pero cuando nos sobreviene la tribulación, qué difícil parece alegrarnos; porque somos como Pedro, y miramos las olas turbulentas que nos rodean en vez de mantener la mirada fija en Jesús. Pero quiero que veáis la importancia de mantener la mirada fija en Aquel que es el Autor y Consumador de nuestra fe; porque cuando quitamos los ojos de las dificultades y pruebas y los fijamos en nuestro

Ayudador, veremos sus encantos incomparables, y sabremos que "a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien."

El Señor no quiere que nos depreciemos, ni que pensemos que nos ha abandonado, cuando nos sobrevenga la tribulación; porque somos valiosos a sus ojos. Él declara: "Haré al hombre más precioso que el oro fino; al hombre más que la cuña de oro de Ofir". Pone en nosotros un valor igual al de los sufrimientos de Cristo, que murió por nosotros en la cruz del Calvario; nos reviste de su justicia; y cuando la prueba nos alcanza, su mirada se fija en la compra de la sangre de su Hijo unigénito. En esto debemos alegrarnos.

El Señor tendrá un pueblo probado. Hemos de ser probados y probados, para ver si somos dignos de entrar en la ciudad de Dios, de tener derecho al árbol de la vida. Si ganamos la vida eterna, lo ganamos todo; y si la perdemos, lo perdemos todo; sería mejor para nosotros no haber nacido nunca que perder el cielo. Sólo en la medida en que dependamos de la fuerza y la justicia de Cristo podremos resistir la prueba de Dios. Tendremos que educar la mente, y una y otra vez traer a nuestra memoria el hecho de que Cristo tiene su mano sobre nosotros. Con sus propios labios divinos ha dicho: "Sin mí nada podéis hacer", pero por medio de Cristo podemos hacer todas las cosas. No nos corresponde a nosotros marcar el camino por el que hemos de andar; pero si tomamos todo lo que nos viene como en la providencia de Dios, incluso nuestra tribulación obrará paciencia, y no necesitamos hundirnos en el desaliento mientras miramos por fe a Jesús. Cuando la niebla y la bruma se levantan aquí en Oakland, no puedes ver el sol, pero no desesperas de volver a verlo. Sabes que detrás de las nubes el sol sigue brillando. Y poco a poco la niebla se retira y el sol brilla y alegra los corazones de los hombres con sus radiantes rayos. Entonces, ¿por qué hemos de desesperar cuando nuestro cielo espiritual está nublado? ¿No podemos tener fe en que el Sol de Justicia sigue brillando? ¿No podemos decir: "Sé que mi Redentor vive"? Debemos dejar que nuestra fe penetre en las tinieblas. Es Satanás quien proyecta su oscura sombra entre nuestras almas y Dios para que no veamos a Jesús; pero mediante una fe viva podemos tenerlo a la vista, y no dejar que nada se interponga entre el alma y Dios. Entonces estarás en una posición en la que podrás regocijarte en la tribulación.

Si hubiera cedido a los ataques del enemigo, hace tiempo que estaría fuera de la obra; porque Satanás me ha seguido la pista desde que comencé en el servicio del Señor. Pero después de todas las pruebas y conflictos por los que he tenido que pasar, sólo tengo este testimonio que dar: En Dios hay ayuda para todas las almas. Para Dios no hay acepción de personas, pues toda alma por la que Cristo

ha muerto es preciosa a sus ojos. Jesús ama a todas las almas, desde la más pequeña hasta la más grande. Todo el círculo familiar es precioso ante él, y todo lo que permite que venga sobre nosotros es con el propósito de perfeccionar nuestros caracteres. Desea que traigamos las maderas sólidas a la edificación de nuestro carácter en esta vida, para que nada estropee nuestra experiencia religiosa, ni nos incapacite para la futura herencia inmortal. Debemos crecer en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Jesús dijo: "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado."

Podemos obtener un mejor conocimiento de Dios a través de la tribulación que a través de cualquier otra experiencia; porque entonces podemos aprender a confiar en Dios en la oscuridad. Pablo dice: "Porque nuestra leve tribulación, que es momentánea, nos produce un sobremanera grande y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas". ¿Podemos medir una recompensa como la que se promete en estas palabras, un peso de gloria mucho mayor y eterno?

Estamos viviendo en los últimos días, y leemos que "el dragón se enfureció contra la mujer, y fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo." Los poderes de abajo están moviendo a la gente a tomar las medidas que llevarán al pueblo de Dios a la tribulación. Satanás procura siempre debilitar a la iglesia trayendo disensiones y discordias, para que no cumplamos las palabras de Cristo, y seamos uno como él y el Padre son uno, y demos así un decidido testimonio al mundo de la divinidad de Cristo. Pero debemos mirar por la fe a Jesús, y la prueba perderá su fuerza, y ningún arte del enemigo podrá servir para paralizar nuestra esperanza en Cristo; porque nos daremos cuenta de que tenemos un Salvador que es poderoso para salvar. A través de las tinieblas de la prueba y del dolor, seremos capaces de distinguir las marcas de la crucifixión en sus manos, en sus pies y en su costado, y oiremos la voz del Señor de la gloria que dice: "¿Acaso puede una mujer olvidarse de su niño de pecho, para no compadecerse del hijo de sus entrañas? sí, pueden olvidarse, pero yo no me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de mis manos te tengo esculpida; tus muros están siempre delante de mí". Toda nuestra vida eterna futura depende de que vivamos de tal manera que nuestros nombres permanezcan grabados en las palmas de sus manos.

28 de marzo de 1892

Hemos de seguir a nuestro Señor por el camino de la abnegación y el sacrificio. No debemos elegir el camino más fácil. El camino que se nos pedirá que recorramos exigirá el ejercicio de una fe viva; porque es por la fe que hemos de alegrarnos en la tribulación, y enviar firmes rayos de luz a la oscuridad moral que nos rodea. Hay a nuestro alrededor muchos que no tienen experiencia en las cosas de Dios, y hemos de ser para ellos como epístolas vivas que todos los hombres han de conocer y leer. El Señor quiere que recibamos ese molde de carácter que nos hará aptos para ser miembros vivos de la familia celestial. Debemos iluminar a los que están en tinieblas y en sombra de muerte. Hemos de poner nuestros talentos a disposición de los que los intercambian, usando, lo mejor que podamos, el poder que Dios nos ha dado. Jesús está mirando cómo os comportáis ahora, para juzgaros dignos de un lugar en las mansiones de arriba; para reuniros en casa como hijos de su familia, súbditos del Rey Celestial. Vestíos ahora con la vestidura que ha sido tejida en el telar del cielo, con la gloriosa justicia de Cristo, para que estéis preparados para estar de pie en su aparición, y ser hallados dignos de un lugar a su diestra.

El padre en la familia

EGW

El significado de "marido" es "amo de casa". Todos los miembros de la familia se centran en el padre. Él es el legislador, ilustrando en su propio porte varonil las virtudes más duras de la energía, la integridad, la honestidad, la paciencia, el valor, la diligencia y la utilidad práctica.

Sus hijos son los miembros más jóvenes de la familia del Señor, hermanos y hermanas confiados a su cuidado por su Padre Celestial, para ser entrenados y educados para el cielo.

Nunca debe corregir a sus hijos cuando estén impacientes o nerviosos, o bajo la influencia de la pasión. Si la corrección es necesaria, debe castigarlos con amor, manifestando que no está dispuesto a causarles dolor. Nunca debe levantar la mano para darles un golpe a menos que pueda, con la conciencia tranquila, inclinarse ante Dios y pedir su bendición sobre la corrección que está a punto de dar. Debe fomentar el amor en los corazones de sus hijos, presentándoles siempre motivos elevados y correctos de autocontrol. No debe darles la impresión de que deben someterse a su control porque es su voluntad arbitraria, porque ellos son débiles y él es fuerte, sino porque es para su mayor y duradero bien y felicidad.

El padre es, en cierto sentido, el sacerdote del hogar, que pone sobre el altar de Dios el sacrificio matutino y vespertino. La esposa y los hijos deben ser animados a unirse en esta ofrenda, y también a participar en el canto de alabanza. Por la mañana y por la noche, el padre, como sacerdote de la casa, debe confesar a Dios los pecados cometidos por él y por sus hijos durante el día. Deben confesarse los pecados que han llegado a su conocimiento, y también aquellos que son secretos, de los que sólo el ojo de Dios ha tenido conocimiento. Esta regla de acción, llevada a cabo celosamente por el padre cuando está presente, por la madre cuando está ausente, resultará en bendiciones para la familia.

4 de abril de 1892

El cristiano, guardián de confianzas sagradas

[De un sermón en Oakland, Cal., el 7 de noviembre de 1891.]

EGW

Dios quiere que cada miembro de la iglesia permanezca fielmente en su puesto de deber, que se dé cuenta de su responsabilidad, y cree una atmósfera celestial alrededor de su alma recogiendo continuamente los brillantes rayos del Sol de Justicia para derramarlos sobre el camino de los que están a su alrededor. Cuando hagas esto, serás santo en todo tipo de conversación. No os entregaréis a bromas y chistes ni a conversaciones triviales, porque entonces Cristo morará en vuestros corazones por la fe, y tendréis un sentido consciente de su sagrada presencia.

Hemos de ser representantes de Cristo, como Cristo fue representante del Padre. Queremos ser capaces de atraer a las almas a Jesús, de señalarles al Cordero del Calvario, que quita el pecado del mundo. Cristo no reviste el pecado con su justicia, sino que quita el pecado, y en su lugar imputa su propia justicia. Cuando tu pecado es limpiado, la justicia de Cristo va delante de ti, y la gloria del Señor es tu recompensa. Tu influencia estará entonces decididamente del lado de Cristo; porque en lugar de hacer del yo un centro, harás de Cristo un centro, y sentirás que eres un guardián de los fideicomisos sagrados.

Cuando recuerdes que Cristo ha pagado el precio de su propia sangre por tu redención y por la redención de los demás, te sentirás movido a captar los brillantes rayos de su justicia, para derramarlos en el camino de los que te rodean. No has de mirar al futuro, pensando que en algún día lejano serás

santificado; es ahora cuando has de ser santificado por medio de la verdad. El profeta exhorta: "Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, invocadle en tanto que está cercano; deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos; y vuélvase a Jehová, y él tendrá de él misericordia; y a nuestro Dios, porque él perdonará abundantemente". Y Jesús dice: "Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos... hasta lo último de la tierra." Hemos de recibir el Espíritu Santo. Hemos tenido la idea de que este don de Dios no era para los que somos como nosotros, que el don del Espíritu Santo era demasiado sagrado, demasiado santo para nosotros; pero el Espíritu Santo es el Consolador que Cristo prometió a sus discípulos para traerles a la memoria todas las cosas que les había dicho. Dejemos, pues, de mirarnos a nosotros mismos, y miremos a Aquel de quien procede toda virtud. Nadie puede mejorarse a sí mismo, sino que hemos de acudir a Jesús tal como somos, deseando fervientemente ser limpiados de toda mancha de pecado y recibir el don del Espíritu Santo. No debemos dudar de su misericordia y decir: "No sé si seré salvo o no". Por fe viva debemos aferrarnos a su promesa, porque ha dicho: "Aunque vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana".

Hemos de ser testigos de Cristo, reflejando en los demás la luz que el Señor permite que brille sobre nosotros. Hemos de ser como soldados fieles que marchan bajo el estandarte ensangrentado del Príncipe Emmanuel. No debe haber indiferencia, ni estupidez entre los seguidores de Cristo; porque ellos deben reflejar a Cristo al mundo, servir a Dios con todo el corazón, estar velando, esperando y orando, y no ser ignorantes de las artimañas de Satanás. El Capitán de nuestra salvación conoce el plan de la batalla, y por él saldremos más que vencedores.

No sigas hablando de tu debilidad; porque Jesús vino a traer el poder moral para combinarlo con el esfuerzo humano, para que podamos avanzar paso a paso en el camino hacia el cielo. Deja que tu fe se aferre a la promesa de Dios, y si las nubes han envuelto tu camino, las nieblas comenzarán a retroceder. No perdamos de vista que los ángeles de Dios están dispuestos a ayudarnos en toda emergencia. ¿Qué podríamos hacer si tuviéramos que luchar sin ayuda contra las potencias de las tinieblas? Pero Dios no nos ha dejado como presa de los poderosos, pues ha dispuesto que su gracia sea nuestro apoyo.

A cada uno de nosotros se nos ha confiado una responsabilidad sagrada, pues hemos de demostrar, tanto con preceptos como con ejemplos, que el Señor es

nuestra fuerza y nuestro Redentor. Con nuestra vida debemos confesar a Cristo; pero esto no es posible a menos que seamos crucificados al yo y al mundo. Los afectos y deseos carnales deben ser negados, o nunca podrás soportar la lucha y obtener la victoria. Usted debe ser capaz de dar el testimonio correcto, y decir: "Somos ampliamente capaces de subir y poseer la buena tierra." ¿Cuál es tu condición? ¿Te estás vistiendo del Señor Jesucristo, y no estás haciendo provisión para que la carne satisfaga sus deseos? ¿O te estás instalando en un letargo sin esperanza y en la muerte?

El enemigo está trabajando con una intensidad cada vez mayor, y los poderes de las tinieblas se están uniendo con hombres malvados para formar una confederación contra el pueblo de Dios. ¿Seremos capaces de hacer frente a cada asalto del enemigo con la espada del Espíritu? ¿Podremos seguir el ejemplo de nuestro Señor a cada paso, y cuando seamos tentados a la deslealtad a Dios, decir: "Está escrito"? Nuestro adversario conoce la Biblia, y sabe que si quieres resistir sus feroces asaltos de tentación, tendrás que llevar la armadura de la justicia de Cristo. No estamos seguros al colocarnos en el terreno del enemigo, debemos mantener nuestros pies en el camino que está trazado para que caminen los rescatados del Señor, para que no seamos como luces falsas a lo largo de la orilla. El Salvador ha ordenado: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos." Nunca debes descansar hasta que sepas cómo ganar almas para Cristo, y dar toda la alabanza y el honor y la gloria a Dios por tu éxito.

Humillémonos bajo la poderosa mano de Dios, para que él nos levante. Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Debemos tener el Espíritu Santo, o no podremos representar a Cristo ante el mundo. El Señor ha dicho: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. Si un hijo pidiera pan a alguno de vosotros que es padre, ¿le dará una piedra? o si le pidiera un pez, ¿le dará por pez una serpiente? o si le pidiera un huevo, ¿le ofrecerá un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?".

Que los que se dedican a la publicación recuerden que manejan cosas sagradas. Que recuerden que los ángeles de Dios los rodean. Supliquen que la luz del Espíritu Santo de Dios brille en los aposentos de su corazón y de su mente. Mediante el poder de Cristo, pueden salir victoriosos de cualquier acoso. Jesús

dice: "He aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, y nadie la puede cerrar; porque tienes un poco de fuerza, y has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre." "Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, como yo también vencí, y me he sentado con mi Padre en su trono."

Qué extraño parece que con todas las garantías del amor de Dios, con toda la manifestación de su poder en nuestro favor, muchos son fríos e indiferentes, incluso entre los que profesan creer en la verdad para este tiempo. No dan un testimonio vivo y resonante de la alabanza de Dios, porque su fe y su amor se han reducido a una débil llama. Oh, que todos seamos bautizados con el Espíritu Santo. Oh, que seamos como vasos para el Señor. Queremos ver toda la locura eliminada de los corazones de los que profesan ser seguidores del Señor, para que pueda entrar la alegría del Señor. Jesús ha dicho: "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido." Deseo que seas salvo con una salvación eterna. Quiero que estéis alrededor del gran trono blanco triunfantes vencedores, para cantar: "Digno es el Cordero que fue inmolado" y vive de nuevo. Quiero que estéis con Jesús, en cuya presencia hay plenitud de gozo, y a cuya diestra hay placeres para siempre. Allí no habrá pecado, ni tristeza, ni enfermedad, ni muerte, ni tren fúnebre, ni sonido de luto. Oh, quiero ver al Rey en su belleza. Quiero alabarlo con una lengua inmortal. Quiero dar gloria a Dios, que nos ha proporcionado las más ricas bendiciones del cielo; porque cuando dio a su Hijo, lo dio todo. Los recursos del cielo se agotaron en Cristo, y todos los tesoros de la eternidad están a nuestro alcance por el mérito infinito de nuestro Redentor.

11 de abril de 1892

El conocimiento de Dios es vida eterna

EGW

Jesús vio cómo Satanás tenía el control de las almas y los cuerpos de los hombres, cómo había proyectado su sombra en el camino de la humanidad, de modo que los hombres no podían discernir el amor del Padre hacia la raza caída. Satanás pretendía ser el príncipe de este mundo, y tenía a los hombres bajo su poder, y Jesús vino a romper esta esclavitud. La misión de Jesús está expuesta en sus palabras por el profeta Isaías: "El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque el Señor me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los mansos; me ha enviado a vendar a los quebrantados de corazón, a proclamar la libertad a los

cautivos y la apertura de la cárcel a los presos; a proclamar el año agradable del Señor."

Desde el momento en que Jesús entró en el mundo, Satanás le seguía la pista. El maligno estaba decidido a que el poder de Cristo no se ejerciera para romper la esclavitud de los hombres, y Satanás y sus ángeles, aliados con los hombres malvados, se unieron contra Cristo y su obra. Pero Jesús no fracasó ni se desanimó, y siguió adelante para cumplir su misión. Llevó a cabo sus obras de misericordia, e hizo retroceder la sombra de tergiversación que Satanás había arrojado en el camino de la humanidad para que no contemplaran el amor del Padre. Satanás había llenado de herejías las mentes de los hombres, y la verdad del cielo estaba oscurecida por la opinión humana, la superstición y la tradición. Jesús vino a sacar a la luz las preciosas joyas de la verdad, y a colocarlas en su lugar apropiado en el marco de la verdad, donde pudiera aparecer su verdadero brillo. Vino a representar al Padre. Dijo: "Yo y mi Padre somos uno". "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre".

El enemigo está continuamente tratando de tergiversar el carácter de Dios para nosotros, y debemos tener las palabras de Cristo morando en nosotros, para que cuando el enemigo venga como una inundación el Espíritu del Señor pueda levantar un estandarte para nosotros contra Satanás. Queremos tener las joyas preciosas de la verdad para adornar nuestro conocimiento. Debemos valorar la verdad por encima de todo lo demás, y ser como el hombre que vendió todo lo que tenía para comprar el campo que contenía el tesoro. Necesitamos la luz y la paz de Cristo en nuestros corazones, necesitamos tener nuestras almas atrincheradas con la verdad, para que podamos conocer a Dios y a Jesucristo, a quien él ha enviado; porque el conocimiento de Dios es vida eterna. Si tenemos un conocimiento correcto del carácter de Dios, Satanás no podrá abrumar nuestras almas con la duda y el desaliento. El enemigo vendrá a ti y te dirá: "De nada te sirve orar. ¿Acaso no has hecho algo malo? ¿No has transgredido contra Dios? y ¿no has violado tu propia conciencia?". Respóndele: "Sí; pero Cristo me ha mandado orar". Él ha dicho: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad."

No escuches la sugerencia del enemigo de alejarte de Cristo hasta que te hayas hecho mejor, hasta que seas lo suficientemente bueno para venir a Dios. Si esperas hasta entonces, nunca vendrás. Podrías esperar hasta el juicio, pero no serías apto para venir a Cristo. Es hoy que usted debe rendirse al poder de atracción de Cristo, y venir a él como usted es. El continuará atrayéndote mientras vienes, hasta que todo pensamiento sea llevado cautivo a él. Cuando

el enemigo trate de apartarte de tu Salvador, dile que Jesús ha dicho: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento." ¿Y por qué te atrae Cristo a sí? -Es para hacerte más precioso que la cuña de oro de Ofir. Un alma vale más para Jesús que el mundo entero.

Entonces, si somos tan preciosos para Jesús, ¿no procuraremos tener una relación tan estrecha con él como la del sarmiento con la vid? ¿No permaneceremos en él como nos lo ha ordenado? En el momento en que nos separamos de Jesús, el enemigo lo sabe, y comienza a proyectar su sombra sobre nuestro camino, para que perdamos de vista a Jesús. Satanás presenta sus engañosas tentaciones, para que caigamos en pecado, y luego, cuando cedemos a sus seducciones, tiene más poder sobre nosotros, y mantendrá la mente en tinieblas. Oh, que el alma tentada se levante, y en la fuerza de Jesús diga: "No tendré más relación con el enemigo. Estoy bajo el estandarte manchado de sangre del Príncipe Emmanuel".

Satanás señalará las vestiduras sucias de los que han estado en su poder cuando traten de venir al Salvador. Pero que el alma arrepentida repita la promesa de Jesús: "Al que a mí viene, en ninguna manera lo echo fuera". Que le diga al enemigo: "La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado". "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero". Dile al enemigo que sabes que tus vestiduras están manchadas de pecado, pero que por la fe reclamas la justicia de Cristo. Acude a Jesús y cuéntale todos tus problemas. Cristo ve todas tus circunstancias, y conoce todas tus tentaciones y penas. Dice: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, cenaré con él y él conmigo". ¿Qué es lo que se espera de ti? -Se espera que abras la puerta del corazón, para que tu alma sea iluminada con los brillantes rayos del Sol de Justicia, para que seas toda luz en el Señor.

Cuando el enemigo te diga que eres pecador, dile: "Sí, lo sé". El acusador de los hermanos le dijo al publicano arrepentido que era un pecador, y él no se atrevió ni siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que clamó: "Señor, ten compasión de mí, pecador", y bajó a su casa justificado. Si eres pecador, necesitas buscar a Jesús. Tu venida no será mal recibida por él, porque él invita a todos los que están cansados y agobiados a venir a él, y encontrar descanso para sus almas. En los días en que Cristo estaba en la tierra, vinieron unos griegos diciendo: "Señor, queremos ver a Jesús". Alrededor del Maestro estaban los que eran crueles y vengativos, los que buscaban una oportunidad para quitar de en medio a Jesús, los que rechazaban al Señor de la gloria, y cuán bienvenida fue la

petición de ver a Jesús. El corazón del Maestro se calentó de satisfacción porque alguien quería ver a Jesús. Cuando la voz de Dios habla al corazón, y el corazón responde a ella, oiremos la petición: "Señor, quisiera ver a Jesús." El cielo está listo para recibir a los que quieren ver a Jesús. Y ahora vengamos a él, pidiendo las mismas cosas que necesitamos, creyendo que las recibiremos. "La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve".

Hay muchos que desean una evidencia del Señor en cuanto al curso que deben seguir. Quieren alguna prueba tangible de que están en el camino del deber. Cuando la Conferencia General me aconsejó que visitara Australia, quise una evidencia de que era mi deber hacer el viaje. Pocos días después de embarcar en el vapor tendría sesenta y cinco años, y me parecía una gran empresa para una mujer de mi edad cruzar el océano; pero no recibí ninguna prueba, así que emprendí el viaje, confiando en el Señor y totalmente por fe. No tenía más evidencia que la palabra de Dios, pues Cristo declaró: "Vosotros me seréis testigos... hasta lo último de la tierra". Sabía que si Dios me había dirigido a esta tierra, era para que diera el mensaje que me había dado, y tengo todos los motivos para alabar a Dios, pues me ha preservado la salud en el viaje. Gracias a Dios por ello.

La mejor prueba que podemos tener es la palabra de Dios. Hay muchos que, como los judíos, están dispuestos a gritar: "Muéstranos una señal, haznos un milagro". Pero, ¿no se realiza un milagro cada vez que un alma enemistada con Dios se convierte y aprende a amar a Dios y a guardar sus mandamientos? ¿No es un milagro que podamos liberarnos de la esclavitud de Satanás? La enemistad contra Satanás no es natural en el corazón humano. Tiene que ser puesta en el corazón por la manifestación del poder divino. Es un milagro cuando el corazón es cambiado, y amamos a Jesús, y deseamos hacer aquellas cosas que le agradan. Entonces queremos entrar en estrecha unidad con él, y estar conectados con él como lo está el sarmiento con la vid. Cuán estrechamente se adhiere el sarmiento a la vid, sacando savia y alimento de la cepa, hasta que florece y da fruto. Los que verdaderamente conocen al Señor no consideran una tarea servir a su Maestro. No consideran una dificultad negarse a sí mismos por Él y colaborar con Él en la salvación de las almas.

Elevemos nuestras almas por la fe en Cristo, pues sólo él puede limpiarnos del pecado y purificarnos de toda maldad. Sin Él no podemos hacer nada. Seamos fieles a Dios; oremos para que el Espíritu Santo sea derramado sobre nosotros. El Señor ha dicho: "Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo". El Espíritu Santo es el don de Dios; ¿lo tomaremos?

¿Diremos: "Pondré mi mano en la mano de Jesús; no tengo poder, ni mérito propio"? "

Nada en mi mano traigo,
Simplemente a tu cruz me aferro".

Os señalo la cruz del Calvario. La cruz lo es todo para nosotros. Es la prenda de nuestra salvación, la prenda de que recibiremos la corona de gloria que no se marchita. Debe ser nuestro apoyo en toda prueba, nuestro refugio en toda aflicción. Es la seguridad de que el Padre nos ama y ha dado a su Hijo por nosotros. Es la seguridad para nosotros de que nuestra alegría puede ser plena.

Oh, ¿vamos a ir de luto por el camino hacia el monte de Sión?-No; pongamos melodía en nuestros corazones al Señor. Hay un camino trazado para los rescatados del Señor, y estamos en camino hacia el paraíso del descanso. Avancemos unidos a Cristo tan estrechamente como el sarmiento a la vid, con nuestra vida escondida con Cristo en Dios.

18 de abril de 1892

Las condiciones de la fructificación

[Sermón en Sydney, Australia, el 11 de diciembre de 1891.]

EGW

El Salvador dijo: "Yo soy la Vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí, y yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer. Si alguno no permanece en mí, como pámpano es echado fuera, y se seca; y los hombres los recogen, y los echan en el fuego, y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto; así seréis mis discípulos."

Qué gran razón tenemos para alabar a Dios por las maravillosas promesas contenidas en estas palabras; y ¿no dejaremos que la gratitud brote en nuestros corazones al meditar en las disposiciones que se han hecho para nuestra salvación? ¿No debería desterrarse de nuestras almas toda desconfianza y duda, para que podamos dar testimonio de que hemos sido realmente injertados en la Vid viva? Jesús dice: "Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor". En todas las enseñanzas de Cristo trata de revelarnos la relación que

él mantiene con nosotros, y la relación que nosotros debemos mantener con él, revelando su relación con el Padre, y el amor del Padre hacia él.

"No, sino "para que mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido". Cristo desea que seamos felices, y señala la manera en que podemos tener plenitud de gozo. ¿Hay algo más que podamos desear? ¿No se cumple en ti esta plenitud de gozo, el gozo de Cristo? Dios ha hecho provisión para que esta alegría sea tuya.

Jesús vio que el hombre estaba sumido en el pecado y la miseria, y no tenía poder moral para vencer con sus propias fuerzas, por eso Jesús se entregó a sí mismo, para unir al hombre consigo mismo, y disponer que los pecadores pudieran echar mano de su fuerza y hacer las paces con Dios. Cuando Adán y Eva transgredieron, Jesús dijo: "Tomaré sobre mí el pecado de la raza caída. Llevaré la pena del pecado, para impartir a los hombres mi fuerza y mi justicia". Cuando Jesús vino al mundo fue como nuestro sustituto y fiador. Pasó por todas las experiencias del hombre, desde el pesebre hasta el Calvario, dando a cada paso al hombre un ejemplo de lo que debía ser y de lo que debía hacer. Contempladle a orillas del Jordán, pidiendo el bautismo de manos de Juan. "Pero Juan se lo prohibió, diciendo: Yo tengo necesidad de ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Respondiendo Jesús, le dijo: Permite ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces lo sufrió. Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí que los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él; y he aquí una voz del cielo que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia."

¿Qué significa esta escena para nosotros? Cuán irreflexivamente hemos leído el relato del bautismo de nuestro Señor, sin darnos cuenta de que su significado era de la mayor importancia para nosotros, y de que Cristo fue aceptado por el Padre en nombre del hombre. Cuando Jesús se inclinó a orillas del Jordán y ofreció su petición, la humanidad fue presentada al Padre por aquel que había revestido su divinidad de humanidad. Jesús se ofreció al Padre en favor de los hombres, para que los que habían sido separados de Dios por el pecado, volvieran a Dios por los méritos del divino Peticionario. A causa del pecado, la tierra había sido separada del cielo, pero con su brazo humano Cristo rodea a la raza caída, y con su brazo divino se agarra al trono del Infinito, y la tierra es llevada al favor del cielo, y el hombre a la comunión con su Dios. La oración de Cristo en favor de la humanidad perdida se abrió camino a través de todas las sombras que Satanás había arrojado entre el hombre y Dios, y dejó un canal

claro de comunicación con el mismo trono de gloria. Las puertas quedaron entreabiertas, los cielos se abrieron, y el Espíritu de Dios, en forma de paloma, rodeó la cabeza de Cristo, y se oyó la voz de Dios que decía: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia."

La voz de Dios fue oída en respuesta a la petición de Cristo, y esto le dice al pecador que su oración encontrará albergue en el trono del Padre. El Espíritu Santo será dado a quienes busquen su poder y su gracia, y ayudará a nuestras debilidades cuando queramos tener audiencia con Dios. El cielo está abierto a nuestras peticiones, y se nos invita a acercarnos "confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro". Hemos de acudir con fe, creyendo que obtendremos lo que le pidamos.

Cristo quiere que su alegría se realice en nosotros. Quiere que permanezcamos en él, para que demos mucho fruto. Lo único por lo que cada uno debe tener ansiedad es por saber cómo está su alma. La pregunta que debemos hacernos es: "¿Estoy peleando la buena batalla de la fe? ¿Soy un injerto vivo en la Vid Verdadera? ¿Soy un sarmiento de la cepa madre, que recibe savia y alimento de Jesús?". ¿Cómo sabremos responder a esta pregunta? Jesús ha dicho: "Por sus frutos los conoceréis". Y nuestros frutos dependen de nuestra permanencia en Cristo. Jesús dice: "En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto; así seréis mis discípulos."

¿Qué es dar fruto? No todo consiste en venir a la reunión una vez a la semana y dar nuestro testimonio en la oración o en la reunión social. Debemos ser hallados día tras día permaneciendo en la Vid, y produciendo fruto, con paciencia, en nuestro hogar, en nuestros negocios; y en toda relación en la vida manifestando el Espíritu de Cristo. Hay muchos que actúan como si pensarán que una conexión ocasional con Cristo es todo lo que se necesita, y que pueden ser considerados pámpanos vivos porque a veces hacen confesión de Cristo. Pero esto es una falacia. El pámpano debe ser injertado en la vid y permanecer allí, uniéndose a la vid fibra por fibra, obteniendo su suministro diario de savia y alimento de la raíz y la grosura de la vid, hasta que se convierta en uno con el tronco original. La savia que nutre a la Vid debe nutrir al sarmiento, y esto se hará evidente en la vida de aquel que permanece en Cristo; porque el gozo de Cristo se cumplirá en aquel que no camina según la carne, sino según el Espíritu.

Nuestras profesiones carecen de valor a menos que permanezcamos en Cristo; pues no podemos ser sarmientos vivos a menos que abunden en nosotros las cualidades vitales de la Vid. En el cristiano genuino aparecerán las

características de su Maestro, y cuando reflejemos las gracias de Cristo en nuestras vidas y caracteres, el Padre nos amará como ama a su Hijo. Cuando esta condición se cumpla en los que profesan creer la verdad presente, veremos una iglesia próspera; porque sus miembros no vivirán para sí mismos, sino para Aquel que murió por ellos, y serán pámpanos florecientes de la Vid viva.

Si Jesús está contigo, todas las inteligencias celestiales te ministrarán. El apóstol dice: "¿No son todos espíritus ministradores, enviados para ministrar a favor de los que serán herederos de la salvación?". Todo el cielo está interesado en la salvación de los hombres. Jesús dice: "Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos". Entonces, cuando nos inclinemos en oración, recordemos que Jesús está con nosotros. Cuando entremos en la casa de Dios, recordemos que no vamos solos al lugar de culto. Llevamos a Jesús con nosotros. Si el pueblo de Dios pudiera darse cuenta de este hecho, no sería un oyente desatento de la Palabra. No habría un frío letargo en los corazones, de modo que los que profesan su nombre no pueden hablar de su amor. Si tuviéramos un sentido consciente del hecho de que todo el cielo está inclinado sobre nosotros, ansioso de bendecirnos, no veríamos la adoración indiferente y apática que tanto caracteriza el servicio de nuestras iglesias en este día. Tenemos ideas demasiado bajas de lo que significa ser cristianos, de lo que requiere el servicio de Dios. Jesús vino para ser nuestro ejemplo, para enseñarnos que el Padre busca a quienes le adoren en espíritu y en verdad.

Jesús no vino al mundo como un ángel de luz; no habríamos podido soportar su gloria si hubiera venido así. En el sepulcro de Cristo, un ángel era de tal resplandor que la guardia romana cayó impotente al suelo. Cuando el ángel vino de los cielos, separó las tinieblas de su camino, y los centinelas no pudieron soportar su gloria; cayeron como muertos a tierra. Supongamos que Jesús hubiera venido en la gloria de un ángel, su resplandor habría apagado la débil vida de los hombres mortales. Por nosotros, Jesús se despojó de su gloria; revistió su divinidad de humanidad para tocar a la humanidad, para que su presencia personal estuviera entre nosotros, para que supiéramos que conocía todas nuestras tribulaciones y se compadecía de nuestro dolor, para que todo hijo e hija de Adán comprendiera que Jesús es amigo de los pecadores. Pero no dejó su divinidad sin testigo. Una y otra vez en su estancia en la tierra, la divinidad destelló a través de la humanidad, y la gloria de Dios se manifestó entre los hombres. En cierta ocasión, los sacerdotes y los gobernantes, que odiaban a Cristo y estaban estudiando la manera de darle muerte, enviaron a los oficiales para que prendieran a Jesús; pero cuando los oficiales llegaron a su presencia, quedaron hechizados ante sus palabras. Escuchaban embelesados las

palabras llenas de gracia de sus labios, y cuando regresaron sin llevárselo prisionero, los sacerdotes y los gobernantes preguntaron: "¿Por qué no lo habéis traído?". Los oficiales respondieron. "Nunca nadie habló como este hombre". Habían quedado encantados con sus palabras, que les habían parecido joyas preciosas. Habían escuchado olvidando por completo su misión y habían regresado reflexionando sobre sus enseñanzas. La divinidad había resplandecido a través de la humanidad, y ellos habían quedado profundamente impresionados, y no quisieron ponerle las manos encima.

Este era el Salvador que había venido a librar nuestras batallas por nosotros; pues sólo él podía vencer a los poderes de las tinieblas. "Por lo cual en todo le convenía ser semejante a sus hermanos, para ser misericordioso y fiel Sumo Sacerdote en lo que a Dios se refiere, a fin de expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados." "Porque no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro."

25 de abril de 1892

El propósito y el plan de la Gracia

EGW

El propósito y el plan de la gracia existían desde toda la eternidad. Antes de la fundación del mundo, según el determinado consejo de Dios, fue creado el hombre, dotado de poder para cumplir la voluntad divina. Pero la defección del hombre, con todas sus consecuencias, no estaba oculta al Omnipotente, y sin embargo no le disuadió de llevar a cabo su propósito eterno; porque el Señor establecería su trono en justicia. Dios conoce el fin desde el principio; "conocidas son a Dios todas sus obras desde el principio del mundo". Por lo tanto, la redención no fue una ocurrencia tardía -un plan formulado después de la caída de Adán-, sino un propósito eterno que debía llevarse a cabo para la bendición no sólo de este átomo de mundo, sino para el bien de todos los mundos que Dios ha creado.

La creación de los mundos, el misterio del Evangelio, tienen un solo propósito: manifestar a todas las inteligencias creadas, por medio de la naturaleza y por medio de Cristo, las glorias del carácter divino. Por el maravilloso despliegue

de su amor al dar "a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna", la gloria de Dios se revela a la humanidad perdida y a las inteligencias de otros mundos. El Señor del cielo y de la tierra reveló su gloria a Moisés, cuando éste elevó su plegaria a Jehová en favor del idólatra Israel, y le suplicó: "Muéstrame tu gloria." Y el Señor dijo: "Haré pasar toda mi bondad delante de ti, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré piedad de quien tendré piedad, y mostraré misericordia de quien mostraré misericordia..... Y sucederá que, mientras pase mi gloria, te pondré en un risco de la roca". "Y el Señor descendió en la nube, y se quedó allí con él, y proclamó el nombre del Señor. Y el Señor pasó delante de él, y proclamó: El Señor, el Señor Dios, misericordioso y clemente, paciente y abundante en bondad y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad y la transgresión y el pecado, y que de ningún modo exculpará al culpable." Moisés estaba escondido en la hendidura de la roca cuando se le reveló la gloria del Señor, y es cuando estamos escondidos en Cristo cuando obtenemos alguna visión de la majestad y el amor de Dios.

La oración de Moisés fue escuchada y atendida, y nosotros también podemos presentar nuestras fervientes súplicas a Dios, y recibir de su gracia y de su poder. Jesús ha dicho: "Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo". Las promesas de Dios no son sí y no, sino sí y amén en Cristo. Si importunáramos a Dios, exponiéndole nuestras necesidades con sencillez, con confianza inquebrantable, en el nombre de Cristo, recibiríamos la abundancia de la bendición de Dios. Dile al Señor exactamente lo que quieres en cuanto a bendiciones espirituales; y no temas exponerle tus necesidades y perplejidades temporales. Él ha dicho: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os aliviaré. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Él ha dicho: "Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su vientre correrán ríos de agua viva." "El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna." "Al que a mí viene, en ninguna manera le echo fuera".

Es privilegio de todo seguidor de Cristo contemplar la gloria de Dios, comprender su bondad y saber que es un Dios de misericordia y amor infinitos. Jesús ha dicho: "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado". Jesús vino a revelar al Padre, a

dar a conocer su gloria ante los hijos de los hombres. Nadie quedó excluido de los privilegios del Evangelio. Jesús se rebajó desde la grandeza infinita, desde la gloria indescriptible, y asumió la naturaleza del hombre, y para aquel que había conocido tal exaltación, que había sufrido tal humillación, el rango y la casta y las distinciones de la sociedad humana parecían triviales e indignas. La exaltación de los grandes no tenía ninguna influencia en su mente. Cristo había venido a liberar al hombre del terrible poder del enemigo, y para aquel que tenía que cumplir una misión tan grande, la pobreza y la humillación, la incomodidad y el oprobio, parecían insignificantes. Cuando alguien se acercó a Cristo, pensando que el Salvador iba a establecer un reino temporal y que tendría honores que conceder a los que defendieran su causa, Jesús dijo: "Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza." Jesús hizo los mundos; porque "sin él no fue hecho nada de lo que ha sido hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron.... En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no le conoció. Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron".

La indulgencia, la comodidad y el lujo eran desconocidos para el Hijo de Dios. Si se hubiera presentado al mundo en pompa y estado mundanos, no habría estado en armonía con su humilde nacimiento y humilde vida. Jesús eligió tomar la posición de los humildes, y no el estado de los que tenían poder, riqueza e influencia. No quiso que la ostentación exterior atrajera a los hombres hacia él; el poder de la verdad celestial debía ser la fuerza de atracción. Sin pecado y exaltado por naturaleza, consintió en tomar las vestiduras de la humanidad, para hacerse uno con la raza caída. En la naturaleza del hombre asumió el riesgo de enfrentarse a las tentaciones del ángel caído, permitiéndose ser probado en todos los puntos en los que el hombre era tentado.

Satanás se gloriaba en la oportunidad de asediar así al Hijo de Dios. Como había tomado sobre sí la naturaleza del hombre, Satanás consideró que la victoria estaba asegurada, y con todas las artimañas malignas a su alcance, se esforzó por vencer a Cristo. Lo que estaba en juego iba más allá de la comprensión del hombre, y la firme resistencia de Cristo a la tentación del enemigo llevó a toda la confederación del mal a la guerra contra él. En una confederación impiadosa, los hombres y los ángeles malignos unieron sus fuerzas y se aliaron contra el Príncipe de la paz. Las tentaciones que asaltaron a Cristo eran tanto más intensas y sutiles en su carácter que las que asaltan al hombre, cuanto su naturaleza era más pura y exaltada que la naturaleza del hombre en su contaminación moral y física. En su conflicto con el príncipe de las tinieblas en este átomo de mundo,

Cristo tuvo que enfrentarse a toda la confederación del mal, a las fuerzas unidas de los adversarios de Dios y del hombre.

Cómo triunfaron Satanás y sus ángeles al descubrir que el Hijo de Dios había tomado sobre sí la naturaleza del hombre, y había venido a ser su sustituto, a entablar el conflicto en su favor.

La familia humana había sido dominada por los engaños del enemigo; porque todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, y el enemigo esperaba que Cristo también fuera víctima de sus seductoras artimañas; pero en todo momento se enfrentó al tentador y lo puso en fuga. Cristo venció a las potencias de las tinieblas. No comprendemos la infinita condescendencia de Cristo al consentir en guerrear con el enemigo, ni el infinito riesgo que corrió al comprometerse en la gran controversia en nuestro favor.

El misterio del Evangelio había sido pronunciado en el Edén, cuando la pareja perdida se hallaba por primera vez en la culpa de la transgresión, pues Dios dijo a la serpiente: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar". Si Satanás hubiera podido tocar la cabeza con sus engañosas tentaciones, la familia humana se habría perdido; pero el Señor había dado a conocer el propósito y el plan del misterio de la gracia; porque "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna."

2 de mayo de 1892

La plenitud de la gracia de Cristo

EGW

Aunque el Salvador no tenía riquezas, ni ostentaba grandeza exterior, ni venía con pompa mundana, sus palabras de promesa, de mandato, de reprensión, fueron pronunciadas con la dignidad de la bondad, la grandeza y el poder. El pueblo escuchaba con asombro y admiración, y la impresión que causaba en sus mentes fue expresada por los oficiales que vinieron a llevárselo, en obediencia a la orden de los gobernantes y sacerdotes. Escucharon embelesados sus palabras de sabiduría celestial y, olvidando su misión, regresaron sin su prisionero. Los sacerdotes y los gobernantes preguntaron: "¿Por qué no lo habéis traído?", y ellos respondieron: "Nunca nadie habló como este hombre".

Nadie podía escuchar sus amables palabras y escapar a la convicción de que era un ser de bondad y sabiduría superiores. Las emociones de sus oyentes pasaban de la admiración por su elocuencia al deseo de alcanzar el elevado carácter que presentaba, tanto por precepto como por ejemplo. A medida que discurría sobre temas de interés eterno, los oyentes se aferraban a sus palabras como hechizados por su poder. Los que se sentían así atraídos por las verdades vitales que Cristo presentaba, pisaban tierra santa, cerca de los ríos del agua de la vida. Con qué profundo e impresionante poder llamó a las multitudes el último día de la fiesta, diciendo: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba". En otra ocasión declaró: "Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". "Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás".

Cristo es una fuente abierta, una fuente inagotable, de la que los hombres pueden beber y beber de nuevo, y siempre encontrar un suministro fresco. Pero nadie vendrá jamás a Él, salvo los que respondan a la atracción de su amor. Nadie se alimentará del pan de vida bajado del cielo, nadie beberá del agua de vida que desciende del trono de Dios, sino los que se sometan a las súplicas del Espíritu. Puesto que Dios ha dado los tesoros del cielo en el don de su Hijo unigénito, ¿cómo escapará el pecador que descuida tan gran salvación y echa a perder la gran provisión de Dios? La justicia de Dios se manifiesta en la condenación de todos los que finalmente son impenitentes e incrédulos. No habrá excusa para el pecador que voluntariamente rechaza y descuida tan gran salvación.

El don de la vida ha sido ofrecido gratuita, graciosa y gozosamente al hombre caído. Por medio de Cristo podemos llegar a ser partícipes de la naturaleza divina, y obtener el don de la vida eterna; porque ha sido abundantemente provista para todos los que vengan y la reciban por los medios señalados por Dios. Cuando Pablo contempló las maravillas de la redención y la necedad de los que no comprendían su naturaleza, exclamó: "Oh gálatas insensatos, ¿quién os ha hechizado para que no obedezcáis a la verdad, ante cuyos ojos Jesucristo ha sido evidentemente presentado, crucificado entre vosotros?".

Jesús dijo: "También vosotros me habéis visto, y no creéis". ¿Cómo le habían visto? -Por el ojo de la fe, por el testimonio del Espíritu Santo, por la revelación de Cristo a sus almas. Pero se habían resistido a la obra del Espíritu Santo, hasta que la impresión de la preciosa verdad de Cristo desgastó sus corazones. No prestaron atención a sus convicciones. No cultivaron su fe, sino que se

entregaron a cuestionamientos y cavilaciones hasta que se endurecieron en la incredulidad y la rebelión.

Los que van a conocer al Señor saben que sus salidas están preparadas como la mañana, y todo el que recibe las preciosas joyas de la verdad se apresurará a impartir el conocimiento de sus riquezas en Cristo a los que le rodean. Cuando los hombres responden a la atracción de Cristo y ven a Jesús como el Sufriente real en la cruz del Calvario, entran en unidad con Cristo, se convierten en los elegidos de Dios, no por obras propias, sino por la gracia de Cristo; porque todas sus buenas obras se realizan por el poder del Espíritu de Dios. Todo es de Dios, y no de ellos mismos. El Señor nos eligió por su Espíritu. Jesús dice: "No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he ordenado que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, él os lo dé."

El fruto que debemos producir es el fruto del Espíritu. "El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Y los que son de Cristo han crucificado la carne con los afectos y las concupiscencias". Vuestro fruto ha de permanecer, ha de ser de tal carácter que no perezca, sino que reproduzca según su género una cosecha de orden precioso.

Sólo la gracia de Jesucristo puede cambiar el corazón de piedra en un corazón de carne, y hacerlo vivo para Dios. Los hombres pueden realizar grandes hazañas a los ojos del mundo; sus logros pueden ser muchos y de alto orden a la vista de los hombres, pero todo el talento, toda la habilidad, toda la capacidad del mundo fracasarán en transformar el carácter y hacer de un degradado hijo del pecado un hijo de Dios, un heredero del cielo. Los hombres no tienen poder para justificar el alma, para santificar el corazón. La enfermedad moral no puede curarse sino mediante el poder del gran Médico. El mayor don del cielo, el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, es el único capaz de redimir al perdido. ¡Qué gratitud, qué amor, deberían llenar nuestros corazones al contemplar el amor de Dios! El corazón debería ablandarse y subyugarse al meditar en el riesgo que corrió Jesús para que el hombre pudiera ser elevado y restaurado. El Redentor del mundo soportó sufrimientos proporcionales a toda la culpa de un mundo perdido. El sacrificio de Cristo en la cruz del Calvario es una consideración que supera todo el poder abrumador del pecado; y cuando un sentimiento de pecado presiona el corazón del pecador, y la carga parece intolerable, Jesús le invita a mirarle y a vivir. Hay poder en Cristo para limpiar el alma. "Venid ahora, y estemos a cuenta, dice el Señor; aunque vuestros

pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana."

¡Cómo la maravillosa provisión del plan de Dios para la salvación de los hombres amplía y exalta nuestras ideas del amor de Dios! ¡Cómo une nuestros corazones al gran corazón del Amor Infinito! ¡Cómo nos hace deleitarnos en su servicio, cuando nuestros corazones responden a la atracción de su amorosa bondad y tierna misericordia! Juan exhorta a los hombres a contemplar el maravilloso amor de Dios. Exclama: "Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro."

Esta es la obra que tenemos ante nosotros. Debemos tener la fe que obra por el amor, y purifica el alma. Por medio de la fe, nuestras vidas han de estar escondidas con Cristo en Dios. Entonces seremos los escondidos de Dios; porque el valor del carácter cristiano no es discernido por el mundo. El mundo admira la honestidad y las manifestaciones de las virtudes y gracias del carácter cristiano; pero al mismo tiempo se burlan de la verdadera conciencia cristiana, porque es un reproche a sus propias vidas de pecado. Las piedras vivas que brillan en el templo espiritual del Señor son una gran molestia para Satanás, y él siempre trata de cortar la luz y eclipsar el Sol de Justicia, interponiendo su sombra entre el alma y Dios.

Pero Jesús nos dice: "Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me aborreció antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por eso el mundo os odia." El Señor quiere salvarnos de las corrupciones del mundo; porque nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor. Jesús, nuestro precioso Salvador, nos ha redimido y lavado de nuestros pecados con su propia sangre, y nos ha revestido con las vestiduras de la salvación, con su propio manto de justicia. Los cristianos deben vestirse con humildad como con un manto, y no ser prominentes en el mundo, buscando posición o popularidad. Si el cielo os ha enviado para ser en verdad portadores de luz en medio de las tinieblas morales, os contentaréis con brillar en cualquier lugar que Dios os asigne. La alabanza de los hombres, la atracción del mundo, sus placeres, sus diversiones, sus sobornos, todo será impotente para ganar al verdadero cristiano de su lealtad a

Dios. Ni la amenaza, ni la persecución, ni la pérdida de la libertad o de la vida, le inducirán a apartarse de los mandamientos de Dios para obedecer los dictados de los hombres. Ocupará el lugar que se le ha asignado, y dejará que su luz brille de tal manera ante los hombres que puedan ver sus buenas obras y glorificar a su Padre que está en los cielos.

Ante los hombres y los ángeles, los cristianos deben mostrar con preceptos y ejemplos el valor del carácter cristiano. Aquellos que reciben a Cristo como su Salvador personal serán capaces de hacer esto, y para ellos Cristo ha ido a preparar mansiones en el cielo. Hay quienes declaran que todos los hombres tienen derecho a un lugar en el cielo, y al mismo tiempo reconocen que no todos los hombres son aptos para esa morada celestial. Si todos los hombres aceptaran la verdad tal como está en Jesús, y le dieran un lugar en el santuario interior del alma, para santificarse por medio de ella, serían aptos para el cielo.

El título de una posesión en este mundo debe ser sin defecto, o carece de valor, y no se da el derecho de herencia. ¿Y se dará el cielo a los que tienen un título defectuoso? El apóstol revela la línea a través de la cual ha de venir la herencia celestial. Dice: "Si sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa". Si somos de Cristo, nuestro título a la herencia celestial es intachable, porque entonces estamos bajo el único pacto salvador, el pacto de la gracia; y por medio de la gracia podremos hacer seguros nuestro llamamiento y elección revistiéndonos de la excelencia de Cristo en fe, en espíritu, en carácter; porque nadie tendrá derecho a la herencia celestial que no haya sido purificado, refinado, ennoblecido, elevado y enteramente santificado. Aquellos cuyas vidas están escondidas con Cristo en Dios, que han sido revestidos de su justicia, tendrán derecho a la herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible.

9 de mayo de 1892

Las Bienaventuranzas

[Sermón en N. Fitzroy, Victoria, Australia, 13 de diciembre de 1892 [1891].]

EGW

Quiero hablarles hoy de las palabras del Salvador que se encuentran en el capítulo quinto de Mateo. "Y viendo las multitudes, subió a un monte; y cuando se hubo puesto, vinieron a él sus discípulos". En la medida de lo posible, debemos tratar de traer ante nosotros la escena de los trabajos de nuestro

Salvador, para que podamos fijar nuestra atención en la ocasión de las lecciones que nuestro Señor dirigió al pueblo. Las palabras de nuestra lección proceden nada menos que de los labios de la Majestad del cielo. No son palabras de hombre, que puedan ser criticadas, sino las palabras de Aquel que era igual al Padre, uno con Dios. En estas palabras reconocemos la voz de la más alta autoridad que jamás haya hablado al hombre.

Y abriendo la boca, les enseñaba diciendo: "Bienaventurados" -¿los que están llenos de gozosa emoción? los que están muy eufóricos? los que se sienten ricos en logros espirituales...-No; "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos". ¿Preguntas qué significa ser pobre en espíritu? El versículo siguiente es de carácter semejante, y dice: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados". Ser pobres en espíritu significa que sentimos nuestra deficiencia y necesidad porque hemos pecado y estamos destituidos de la gloria de Dios. Esto es lo que nos hace llorar. Pero como el Salvador dice: "Bienaventurados los que lloran", ¿debemos llegar a la conclusión de que quiere que siempre nos lamentemos de nuestra pobreza de espíritu, de nuestra falta de gracia espiritual? ¿Es necesario manifestar que te lamentas para que te cuenten entre aquellos a quienes el Salvador declara "bienaventurados"? No; porque al contemplar cambiamos, y si hablamos de nuestra pobreza y debilidad, sólo nos volveremos más pobres, más débiles en las cosas espirituales. Si hablamos de oscuridad, tendremos oscuridad. Ser pobre en espíritu es no estar nunca satisfecho con los logros presentes en la vida cristiana, sino aspirar siempre a más y más de la gracia de Cristo. El pobre de espíritu es aquel que contempla la perfección del carácter de Jesús y ve su propia falta de semejanza con Aquel que es glorioso en santidad. El pobre en espíritu es uno que siempre está respondiendo a la atracción de Cristo, y que está obteniendo vistas cada vez más cercanas de la perfecta justicia de Cristo, y en contraste ve su propia indignidad e impropiedad a su Señor.

Es pobre de espíritu, pero no hace alarde de su pobreza; demuestra que pertenece a esta clase manifestando humildad y mansedumbre, no depreciando a los demás para enaltecerse a sí mismo. No tiene tiempo para hacer esto; ve muchos defectos en su propio carácter que exigen su atención, y sabe que no puede permitirse que le encuentren criticando a los demás. Al contemplar el infinito amor y misericordia de Dios hacia los pecadores, su corazón se derrite. Siente su pobreza de espíritu, pero en vez de llamar la atención sobre su debilidad, busca continuamente la riqueza de la gracia de Cristo, el manto de su justicia. El lenguaje del corazón del pobre de espíritu es: "Menos de mí mismo y más de Ti". Él desea a Jesús. Sabe que no hay nada en él que pueda procurarle

la libertad que Cristo le ha comprado al precio infinito de su preciosa sangre. Ve que las buenas obras que ha hecho están todas mezcladas con el yo, y no puede atribuirse ninguna gloria por sus logros en la vida cristiana. Se da cuenta de que no hay mérito en nada más que en la sangre de Cristo. Pero es por esta misma comprensión que es bienaventurado; porque si no sintiera su necesidad, no obtendría el tesoro celestial.

Cuando Cristo estaba en la tierra, los fariseos se quejaron amargamente contra él porque era amigo de publicanos y pecadores. Dijeron a sus discípulos: "¿Por qué come vuestro Maestro con publicanos y pecadores? Al oír esto, Jesús les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos." Los fariseos se sentían sanos; se sentían ricos y enriquecidos y que no tenían necesidad de nada, y no sabían que eran pobres y miserables y ciegos y desnudos y desdichados. Estaban satisfechos con su condición moral, pero Jesús dijo: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento." Es a los necesitados a quienes Jesús busca. Hermanos y hermanas, ¿se sienten ustedes necesitados? ¿Estáis diciendo, como los griegos que vinieron a Jerusalén: "Queremos ver a Jesús"? Los griegos vinieron a buscar a Jesús en el momento en que los fariseos le seguían la pista, tratando por todos los medios de encontrar algo por lo que pudieran acusarle y condenarle. Cuánto agradecieron al Maestro el sincero deseo y la confianza de los griegos en aquel momento de prueba y dolor. Los griegos querían verle porque habían oído hablar de sus maravillas, de su sabiduría y de su verdad, y creían en él, pues sabían que era el deseo de sus corazones.

El gran peligro con la gente que profesa creer la verdad para este tiempo es que se sientan como si tuvieran derecho a la bendición de Dios porque han hecho tal o cual sacrificio, hecho tal o cual buena obra, para el Señor. ¿Te imaginas que porque has decidido guardar el sábado del Señor, Dios está en obligación contigo, y que has merecido su bendición? ¿Te parece que el sacrificio que has hecho tiene mérito suficiente para darte derecho a los ricos dones de Dios? Si aprecias la obra que Cristo ha realizado por ti, verás que no hay mérito en ti mismo ni en tu obra. Verás tu condición perdida y te volverás pobre en espíritu. Sólo hay una cosa que el pobre de espíritu debe hacer, y es mirar continuamente a Jesús, creer en aquel a quien el Padre ha enviado.

Cuando la gente se acercó a Jesús, le preguntaron a la vez: "¿Qué haremos para obrar las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios: que creáis en el que él ha enviado." Ahora la pregunta es, ¿Estamos haciendo esto? ¿Sentimos nuestra necesidad? Dios nos ha confiado deberes sagrados. Los

fideicomisos hereditarios de patriarcas y profetas han descendido a lo largo de las líneas hasta nosotros, y con ellos ha brillado sobre nosotros una luz preciosa. Hemos recibido la iluminación divina y, sin embargo, no hemos avanzado en el camino de la santidad como deberíamos haberlo hecho. Nuestra obligación y responsabilidad han sido fielmente señaladas, pero no nos hemos aferrado a la fuerza de Dios, para poder cumplir nuestras obligaciones para con él. En todas las iglesias hay un tema de vital importancia que ha sido descuidado. No hemos hecho del Espíritu Santo el tema de nuestro pensamiento e instrucción. Nos ha llegado luz acerca de los oficios del Espíritu de Dios, y con corazón agobiado algunos han presentado a la iglesia la gran provisión que Dios ha hecho para el pueblo en el don de su Espíritu Santo.

Jesús dijo a sus discípulos: "Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Consolador; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando él venga, redargüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio". El Consolador ha de venir como un reprensor, como alguien que ha de exponer ante nosotros nuestros defectos de carácter, y al mismo tiempo revelarnos el mérito de Aquel que era uno con el Padre. Jesús dice: "Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo mostrará". En Cristo habitaba corporalmente toda la plenitud de la Divinidad, y nosotros hemos de estar completos en él. Con todos nuestros defectos de carácter, hemos de venir a aquel en quien habita toda la plenitud.

Pero muchos de ustedes dicen: "He orado, he tratado, he luchado, y no veo que avance un paso". ¿Cuál es el problema? ¿No habéis pensado que os estabais ganando algo, que con vuestras luchas y obras estabais pagando el precio de vuestra redención? Esto nunca podrás hacerlo. Cristo ha pagado el precio de tu redención. Sólo puedes hacer una cosa: aceptar el don de Dios. Si te sientes pobre de espíritu, puedes venir en toda tu necesidad y alegar los méritos de un Salvador crucificado y resucitado. Pero no puedes venir esperando que Cristo cubra tu maldad, cubra tu indulgencia en el pecado, con su manto de justicia. Él ha venido a salvar a su pueblo de sus pecados. El pueblo de Dios ha de ser como pámpanos injertados en la Vid viva, para participar de la naturaleza de la Vid. Si eres un sarmiento vivo de la Vid verdadera, Jesús te probará mediante la aflicción, para que produzcas fruto en mayor abundancia.

La razón por la que no tenemos más del Espíritu y del poder de Dios con nosotros es que nos sentimos demasiado satisfechos de nosotros mismos. Hay una marcada tendencia entre los que se convierten a la verdad, a hacer un cierto grado de avance, y luego se asientan en un estado de solidez, donde no se logra ningún progreso adicional. Se quedan donde están y dejan de crecer en la gracia

y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Pero la religión de Cristo es de un carácter que exige un progreso constante. El Señor no quiere que nunca sintamos que hemos alcanzado la plena medida de la estatura de Cristo. Por toda la eternidad hemos de crecer en el conocimiento de Aquel que es la cabeza de todas las cosas en la Iglesia. Si queremos recurrir a su gracia, debemos sentir nuestra pobreza. Nuestras almas deben llenarse de un intenso anhelo de Dios, hasta que nos demos cuenta de que pereceremos a menos que Cristo ponga en nosotros su Espíritu y su gracia, y haga la obra por nosotros.

(Continuará.)

16 de mayo de 1892

Las Bienaventuranzas

(Continúa.)

EGW

Pero a medida que llegamos a sentir nuestra total dependencia de Cristo para la salvación, ¿debemos cruzarnos de brazos y decir: "No tengo nada que hacer, Jesús lo ha hecho todo"? No; debemos poner toda nuestra energía, para llegar a ser "participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia". Debemos ser vencedores, vencer al mundo, a la carne y al diablo. Debemos estar continuamente velando, esperando, orando y trabajando. Pero hagamos todo lo que podamos, no podemos hacer nada para pagar el rescate de nuestras almas. Pero mientras vemos nuestra impotencia, debemos mirar continuamente a Jesús, quien es el Autor y Consumador de nuestra fe. No podemos hacer nada para originar la fe, porque la fe es don de Dios. Tampoco podemos perfeccionarla, porque Cristo es el Consumador de nuestra fe. Todo es de Cristo.

Todo el anhelo de una vida mejor viene de Cristo, y es una prueba de que te está atrayendo hacia sí y de que estás respondiendo a su poder de atracción. Debes ser como el barro en las manos del alfarero, y si te sometes a Cristo, él te convertirá en un vaso para honra, apto para el uso del Maestro. Lo único que se interpone en el camino del alma que no está modelada según el modelo divino es que no se hace pobre de espíritu; porque el que es pobre de espíritu mirará a una Fuente más alta que él mismo, para obtener la gracia que le hará rico para Dios. Aunque sentirá que no puede originar nada, dirá: "El Señor es mi ayudador".

El Señor nos ha ordenado: "Trabaja en tu propia salvación con temor y temblor". Pero, ¿qué significa esto? Significa que sientes tu necesidad, que eres pobre de espíritu, que te regocijas con temblor. Significa que sabes que en las mismas palabras que pronuncias puedes cometer un error, que en lo mejor de tu trabajo el yo puede estar tan mezclado que tus esfuerzos pueden ser inútiles, que te das cuenta de que tu eficiencia está en Cristo. Oh, que el clamor del alma sea continuamente...

"Cuelga mi alma indefensa en Ti".

Mira a Jesús cuando entres y cuando salgas, y reza sin cesar. Date cuenta de que la tentación está en todas partes. A tu alrededor están aquellos cuya conversación es sólo paja y tonterías. En el mundo se exhiben el orgullo y la vanidad, y serás tentado a sentir pobreza respecto a estas cosas que el mundo admira, que nunca pueden satisfacer el hambre del alma. Oh, entonces reza: "Señor, haz de mí una joya para tu reino".

Este es el significado de trabajar en tu salvación con temor y temblor. Si no trabajáis vuestra salvación con este espíritu, vuestra justicia vale tanto como la del fariseo que entró en el templo a orar, que se exaltaba y ensalzaba a sí mismo, y daba gracias al Señor porque no era como los demás hombres. Era rico de espíritu, o creía serlo, porque no sabía que era pobre, miserable, ciego y desnudo. Pero al mismo tiempo entró en el templo un pobre publicano, que ni siquiera alzó los ojos al cielo, sino que se golpeó el pecho y clamó: "Señor, ten compasión de mí, pecador." El fariseo vio a este hombre, y dio gracias a Dios porque él no era como este publicano, y bajó a su casa sintiéndose satisfecho de sí mismo; sintiéndose rico de espíritu y elevado en orgullo espiritual. Pero el que así se había enaltecido a sus propios ojos, no fue enaltecido a los ojos de Dios, pues Jesús dice que el publicano bajó a su casa justificado antes que el otro.

"Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos". La humildad de la que habla Jesús en el texto no es una humildad sobre zancos, como la del fariseo, desfilando ante los ojos de los hombres, para que su justicia fuera vista y alabada por los hombres. La humildad está antes que el honor. El apóstol exhorta a los seguidores de Cristo: "Humillaos ante el Señor, y él os exaltará". "Trabajad en vuestra salvación con temor y temblor". Temed equivocaros y deshonorar el nombre del Señor. Clama a él, creyendo que tiene poder para salvar. Esta es la humildad que queremos. Necesitamos un médico y un restaurador para nuestras almas, y cuando acudimos a Cristo pidiendo su

gracia, el Consolador insuflará sus palabras en nuestras almas: "Mi paz os doy". "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos". Hemos de acercarnos a Dios como niños pequeños; y al darnos cuenta de nuestra pobreza, no hemos de contársela a los hombres, sino a Dios. No cuentes tu debilidad a quienes no pueden darte fuerzas. Díselo a Dios, que sabrá qué hacer por ti. Jesús dijo: "El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque me ha ungido el Señor para anunciar buenas nuevas a los humildes; me ha enviado a vendar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos y apertura de la cárcel a los presos; ... a consolar a todos los enlutados; a señalar a los que lloran en Sión, a darles belleza en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alabanza en lugar del espíritu afligido; para que sean llamados árboles de justicia, plantío del Señor para que sea glorificado."

Cuán agradecidos debemos estar por tener un Intercesor celestial. Podemos revestirnos de la justicia de Cristo, para que el Padre nos conceda su favor. Jesús nos presenta al Padre revestidos de su justicia. Él suplica ante Dios en nuestro favor. Dice: "Yo he tomado el lugar del pecador. No mires a este niño descarriado, mírame a mí. No mires sus ropas sucias, sino mi justicia". Cuando somos perdonados de nuestros pecados, cuando nuestras vestiduras inmundas son quitadas, entonces debemos obrar nuestra salvación con temor y temblor; pero no se nos deja hacer la obra solos, "porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad." Dios obra y el hombre obra, y en la medida en que se mantenga esta cooperación, las más ricas bendiciones vendrán sobre los que trabajan juntamente con Dios. El Señor dice: "A éste miraré, al pobre y contrito de espíritu, que tiembla a mi palabra." "Porque así dice el alto y sublime que habita la eternidad, cuyo nombre es Santo: Yo habito en el lugar alto y santo, también con el que es de espíritu contrito y humilde, para reanimar el espíritu de los humildes, y para reanimar el corazón de los contritos." "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos".

(Continuará.)

30 de mayo de 1892

Las Bienaventuranzas

(Continúa.)

EGW

"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados". Pero aunque el Señor dice que el que llora será consolado, no es que se exalte a sí mismo como hizo el fariseo. El que ha llorado por su pecado sabe que no hay nada en él por lo que haya merecido las devoluciones que Dios le ha concedido. Contempla en Jesús "al Más Grande entre diez mil" y "al Todo codiciable", y centra sus afectos en Cristo. Si Jesús fuera el centro de atracción para ti, Aquel en quien estuvieran puestos tus afectos, ¿esconderías este amor en tu corazón, y nunca lo dejarías salir?-No; hablarías de su amor, captarías su espíritu, e imitarías su ejemplo.

"Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra". Pero la tierra prometida a los mansos será mejor que ésta. Estará purificada de todo pecado y contaminación, y llevará la imagen de lo divino. Satanás ha puesto su trono en la tierra; pero Jesús dice que donde el usurpador ha puesto su trono, allí pondré yo mi trono, y no habrá más maldición. La gloria del Señor cubrirá la tierra como las aguas cubren el mar. Jesús trabaja por nosotros. Él desea dar a sus hijos un hogar donde no habrá más pecado, ni más tristeza, ni más muerte; sino que todo será gozo y alegría. Él dice: "El desierto y el lugar solitario se alegrarán por ellos, y el desierto se regocijará y florecerá como la rosa. Florecerá abundantemente, y se regocijará incluso con alegría y canto; se le dará la gloria del Líbano, la excelencia del Carmelo y de Sarón; verán la gloria del Señor y la excelencia de nuestro Dios."

El Señor desea tomar a cada hijo e hija de Adán, y purificarlos de su iniquidad, y levantarlos de su estado de miseria y degradación y desdicha, y escribir sobre ellos su divina inscripción. Pero son el pecado y la incredulidad del hombre los que se oponen a la obra que Dios quiere hacer por la humanidad. Jesús murió por todo el mundo, pero en obstinada incredulidad los hombres se niegan a ser modelados según el modelo divino. No se someten a Cristo para ser moldeados según el modelo celestial. Oh, ¿no nos someteremos, y renunciaremos a nuestro propio camino, para que el Señor pueda tener la oportunidad de hacer la obra por nosotros?

Cuán tenaces son los hombres de su propio camino. Tratan de excusar sus hábitos pecaminosos diciendo: "Oh, este es mi camino". Pero, ¿será tu camino aceptable a Dios? ¿Presentarás tu camino a la puerta de la ciudad en la que nada que contamine entrará, y esperarás tener una entrada allí? El Señor dirá: "Conozco tu camino, y es un camino perverso. No me permitiste gobernarte en la tierra, y no estás preparado para entrar aquí. Os negasteis a dejaros guiar por mi espíritu, rechazasteis mi consejo y desechasteis mi gracia, y el cielo no sería cielo para vosotros, pues nada que contamine puede entrar aquí. Vaciamos el pecado del cielo cuando expulsamos al gran engañador, y no podemos volver a tener pecado aquí." Entreguemos, pues, nuestra voluntad a Dios, para que nos moldee y forme según el modelo divino.

Cuán bendita será la suerte de los que entren en esa morada gloriosa donde no habrá más pecado, ni más sufrimiento. Qué perspectiva para la imaginación. Qué tema para la contemplación. La Biblia está llena de los más ricos tesoros de verdad, de brillantes descripciones de esa tierra celestial. Debemos escudriñar las Escrituras, para comprender mejor el plan de salvación, y aprender de la justicia de Cristo, hasta que exclamemos al contemplar los encantos incomparables de nuestro Redentor: "Tu mansedumbre me ha engrandecido". En la palabra de Dios veremos la infinita compasión de Jesús. La imaginación puede extenderse en la contemplación de las maravillas del amor redentor y, sin embargo, en sus ejercicios más elevados no seremos capaces de captar la altura, la profundidad, la longitud y la anchura del amor de Dios, porque sobrepasa todo conocimiento. En Cristo estaba corporalmente la plenitud de la Divinidad. En él fue dado todo tesoro del cielo, y él lo tiene en depósito para nosotros. Entonces, ¿por qué no confiamos en él? ¿Por qué dudamos de su tierna misericordia y amor? ¿Piensas que el que murió por ti no se preocupa de si eres salvo o no? ¿Pensáis que no se preocupa de los afligidos, de los que lloran, que no mira con piedad a los pobres de espíritu, que están bajo la esclavitud de Satanás? El tierno y compasivo Jesús, que murió por los pecados del mundo, no se apartará del clamor de los necesitados. Él pregunta: "¿Acaso se olvidará la mujer de su niño de pecho, para no compadecerse del hijo de sus entrañas? He aquí que te tengo grabada en las palmas de mis manos; tus muros están siempre delante de mí."

Jesús invita a los necesitados a que vengan a él y encuentren la plenitud en él, que es la plenitud de la Divinidad corporalmente. El Salvador de los hombres quiere limpiar a sus hijos hasta que no quede ni una sola partícula de egoísmo. Mientras sentimos nuestra pobreza, hemos de comer de la carne y beber de la sangre del Hijo de Dios. Debemos cooperar con Cristo en la realización de

nuestra propia salvación con temor y temblor. Las inteligencias celestiales esperan cooperar con el alma más desvalida, más pecadora, que siente su necesidad. Los que son grandes pecadores pueden encontrar una gran gracia.

Jesús dijo a Simón: Tengo algo que decirte. Y él dijo: Maestro, dime. Había un acreedor que tenía dos deudores; uno debía quinientos peniques, y el otro cincuenta. Y como no tenían con qué pagar, perdonó francamente a los dos. Dime, pues, ¿cuál de ellos le amará más? Respondiendo Simón, dijo: Supongo que aquel a quien perdonó más. Y él le dijo: Con razón has juzgado..... A quien poco se perdona, poco ama".

En vista de nuestra debilidad, ¿cómo podemos permitirnos criticar a los demás? ¿Acaso el buscar defectos en el carácter de aquellos con quienes te relacionas no hace evidente que estás afectado por la pobreza espiritual? Te alimentas de los defectos de los demás, en lugar de crecer en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Hemos de ser colaboradores con él para llevar a las almas al conocimiento de la verdad. Pero no debemos esperar que las almas se conviertan simplemente escuchando un sermón. Hemos de llevarlas una por una a Cristo, y todos los que han probado alguna vez la buena palabra de Dios y los poderes del mundo venidero han de ser misioneros de Dios. Cuando os dediquéis a la obra de Cristo, procurando traer a los que están perdidos, no tendréis tiempo para buscar los defectos en el carácter de vuestros hermanos. Ahora debéis edificaros en la santísima fe, levantando manos santas sin ira ni duda. No debéis quedaros a un lado como espectadores, mirando a ver qué hace éste o aquél; lo vuestro es procurar hacer sendas rectas para vuestros pies, para que el cojo no sea desviado del camino. Cuando un seguidor de Cristo se dirigió a uno de sus hermanos y le preguntó: "Señor, ¿qué hará éste?". Jesús respondió: "¿Qué te importa? Sígueme". El seguidor de Cristo no debe mirar a ningún hombre. Ha de mirar a un Salvador crucificado y resucitado.

(Concluido la próxima semana).

30 de mayo de 1892

Las Bienaventuranzas

(Continúa.)

EGW

"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados". Pero aunque el Señor dice que el que llora será consolado, no es que se exalte a sí mismo como hizo el fariseo. El que ha llorado por su pecado sabe que no hay nada en él por lo que haya merecido las devoluciones que Dios le ha concedido. Contempla en Jesús "al Más Grande entre diez mil" y "al Todo codiciable", y centra sus afectos en Cristo. Si Jesús fuera el centro de atracción para ti, Aquel en quien estuvieran puestos tus afectos, ¿esconderías este amor en tu corazón, y nunca lo dejarías salir?-No; hablarías de su amor, captarías su espíritu, e imitarías su ejemplo.

"Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra". Pero la tierra prometida a los mansos será mejor que ésta. Estará purificada de todo pecado y contaminación, y llevará la imagen de lo divino. Satanás ha puesto su trono en la tierra; pero Jesús dice que donde el usurpador ha puesto su trono, allí pondré yo mi trono, y no habrá más maldición. La gloria del Señor cubrirá la tierra como las aguas cubren el mar. Jesús trabaja por nosotros. Él desea dar a sus hijos un hogar donde no habrá más pecado, ni más tristeza, ni más muerte; sino que todo será gozo y alegría. Él dice: "El desierto y el lugar solitario se alegrarán por ellos, y el desierto se regocijará y florecerá como la rosa. Florecerá abundantemente, y se regocijará incluso con alegría y canto; se le dará la gloria del Líbano, la excelencia del Carmelo y de Sarón; verán la gloria del Señor y la excelencia de nuestro Dios."

El Señor desea tomar a cada hijo e hija de Adán, y purificarlos de su iniquidad, y levantarlos de su estado de miseria y degradación y desdicha, y escribir sobre ellos su divina inscripción. Pero son el pecado y la incredulidad del hombre los que se oponen a la obra que Dios quiere hacer por la humanidad. Jesús murió por todo el mundo, pero en obstinada incredulidad los hombres se niegan a ser modelados según el modelo divino. No se someten a Cristo para ser moldeados según el modelo celestial. Oh, ¿no nos someteremos, y renunciaremos a nuestro propio camino, para que el Señor pueda tener la oportunidad de hacer la obra por nosotros?

Cuán tenaces son los hombres de su propio camino. Tratan de excusar sus hábitos pecaminosos diciendo: "Oh, este es mi camino". Pero, ¿será tu camino aceptable a Dios? ¿Presentarás tu camino a la puerta de la ciudad en la que nada que contamine entrará, y esperarás tener una entrada allí? El Señor dirá: "Conozco tu camino, y es un camino perverso. No me permitiste gobernarte en la tierra, y no estás preparado para entrar aquí. Os negasteis a dejaros guiar por mi espíritu, rechazasteis mi consejo y desechasteis mi gracia, y el cielo no sería

cielo para vosotros, pues nada que contamine puede entrar aquí. Vaciamos el pecado del cielo cuando expulsamos al gran engañador, y no podemos volver a tener pecado aquí." Entreguemos, pues, nuestra voluntad a Dios, para que nos moldee y forme según el modelo divino.

Cuán bendita será la suerte de los que entren en esa morada gloriosa donde no habrá más pecado, ni más sufrimiento. Qué perspectiva para la imaginación. Qué tema para la contemplación. La Biblia está llena de los más ricos tesoros de verdad, de brillantes descripciones de esa tierra celestial. Debemos escudriñar las Escrituras, para comprender mejor el plan de salvación, y aprender de la justicia de Cristo, hasta que exclamemos al contemplar los encantos incomparables de nuestro Redentor: "Tu mansedumbre me ha engrandecido". En la palabra de Dios veremos la infinita compasión de Jesús. La imaginación puede extenderse en la contemplación de las maravillas del amor redentor y, sin embargo, en sus ejercicios más elevados no seremos capaces de captar la altura, la profundidad, la longitud y la anchura del amor de Dios, porque sobrepasa todo conocimiento. En Cristo estaba corporalmente la plenitud de la Divinidad. En él fue dado todo tesoro del cielo, y él lo tiene en depósito para nosotros. Entonces, ¿por qué no confiamos en él? ¿Por qué dudamos de su tierna misericordia y amor? ¿Piensas que el que murió por ti no se preocupa de si eres salvo o no? ¿Pensáis que no se preocupa de los afligidos, de los que lloran, que no mira con piedad a los pobres de espíritu, que están bajo la esclavitud de Satanás? El tierno y compasivo Jesús, que murió por los pecados del mundo, no se apartará del clamor de los necesitados. Él pregunta: "¿Acaso se olvidará la mujer de su niño de pecho, para no compadecerse del hijo de sus entrañas? He aquí que te tengo grabada en las palmas de mis manos; tus muros están siempre delante de mí."

Jesús invita a los necesitados a que vengan a él y encuentren la plenitud en él, que es la plenitud de la Divinidad corporalmente. El Salvador de los hombres quiere limpiar a sus hijos hasta que no quede ni una sola partícula de egoísmo. Mientras sentimos nuestra pobreza, hemos de comer de la carne y beber de la sangre del Hijo de Dios. Debemos cooperar con Cristo en la realización de nuestra propia salvación con temor y temblor. Las inteligencias celestiales esperan cooperar con el alma más desvalida, más pecadora, que siente su necesidad. Los que son grandes pecadores pueden encontrar una gran gracia.

Jesús dijo a Simón: Tengo algo que decirte. Y él dijo: Maestro, dime. Había un acreedor que tenía dos deudores; uno debía quinientos peniques, y el otro cincuenta. Y como no tenían con qué pagar, perdonó francamente a los dos.

Dime, pues, ¿cuál de ellos le amará más? Respondiendo Simón, dijo: Supongo que aquel a quien perdonó más. Y él le dijo: Con razón has juzgado..... A quien poco se perdona, poco ama".

En vista de nuestra debilidad, ¿cómo podemos permitirnos criticar a los demás? ¿Acaso el buscar defectos en el carácter de aquellos con quienes te relacionas no hace evidente que estás afectado por la pobreza espiritual? Te alimentas de los defectos de los demás, en lugar de crecer en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Hemos de ser colaboradores con él para llevar a las almas al conocimiento de la verdad. Pero no debemos esperar que las almas se conviertan simplemente escuchando un sermón. Hemos de llevarlas una por una a Cristo, y todos los que han probado alguna vez la buena palabra de Dios y los poderes del mundo venidero han de ser misioneros de Dios. Cuando os dedicéis a la obra de Cristo, procurando traer a los que están perdidos, no tendréis tiempo para buscar los defectos en el carácter de vuestros hermanos. Ahora debéis edificaros en la santísima fe, levantando manos santas sin ira ni duda. No debéis quedaros a un lado como espectadores, mirando a ver qué hace éste o aquél; lo vuestro es procurar hacer sendas rectas para vuestros pies, que los cojos no se aparten del camino. Cuando un seguidor de Cristo se dirigió a uno de sus hermanos y le preguntó: "Señor, ¿qué hará éste?". Jesús respondió: "¿Qué te importa? Sígueme". El seguidor de Cristo no debe mirar a ningún hombre. Ha de mirar a un Salvador crucificado y resucitado.

(Concluido la próxima semana).

6 de junio de 1892

Las Bienaventuranzas

(Concluido.)

EGW

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados". Todo este sermón de la montaña es una línea de avance para la experiencia cristiana. Los ángeles de las tinieblas deben retroceder, para que el alma comprada por el sacrificio infinito de Cristo pueda alcanzar la perfección de carácter. La palabra suena: "Apártate, esta alma no es tuya, ha sido comprada por la preciosa sangre de Cristo. Apártate, yo y mi Padre somos uno, y hemos venido a atraer esta alma a la justicia". Si el alma no es atraída a Cristo, es porque la voluntad no está del lado de la voluntad de Dios, sino del lado del

enemigo. Si el hombre coopera con Dios, Dios obrará en él el querer y el hacer de su buena voluntad, y el hombre obrará su propia salvación con temor y temblor. La razón por la que no te das cuenta de la ayuda del Señor en un grado mucho mayor es que eres tan egocéntrico, que tu voluntad no está del lado de la voluntad de Dios. El Señor quiere que manifiestes en tus modales, en tu vestimenta, en tu espíritu, que eres bendecido. Quiere que muestres que la línea de demarcación entre el mundo y los seguidores de Cristo es una línea clara, tan definida que la diferencia entre el que sirve a Dios y el que no le sirve es siempre discernible. Si la gente del mundo no ve que eres diferente de los que te rodean, no se dejarán influenciar por tu profesión de religión; porque no serás un sabor de Cristo, y no ganarás ninguna alma para el servicio de Dios.

Sin embargo, no habrá nadie que se salve en el cielo con una corona sin estrellas. Si entras, habrá algún alma en los atrios de la gloria que haya encontrado una entrada allí a través de tu instrumentalidad. Entonces, ¿por qué no suplicar al Señor que ponga en ti su Espíritu, para que puedas despertar el interés por la verdad en las mentes de los que te rodean? Piensa en tus vecinos, amigos y parientes que están fuera de Cristo. Piensa en los que has dejado en diversas tierras extranjeras; ¿cuánto te preocupas por sus almas? Deberías estar tan lleno de amor por los perdidos que no puedas dejar de trabajar por la salvación de las almas. Lo que necesitas es a Jesús. Él dice: "El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna." Si la rica bendición de Jesús está en sus corazones, ustedes podrán refrescar a otros.

Cuántos tienen sus nombres en los libros de la iglesia que no saben lo que significa tener a Cristo morando en sus corazones por fe. Hay muchos que hacen profesión de cristianismo que tendrán que nacer de nuevo o no podrán ver el reino de los cielos. Tendrán que llegar a ser partícipes de su amor y gracia antes de que puedan presentar a otros la gran salvación que ha sido provista para aquellos que están muertos en delitos y pecados. Pero se da la promesa a los que sienten su necesidad: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados". Dios ha prometido la plenitud de la salvación, y sin embargo el mundo está lleno de los que tienen hambre y sed de los placeres, las modas, el aplauso del mundo. Muchos tienen hambre y sed de salirse con la suya. Pero los que tienen hambre y sed de justicia están dirigiendo sus deseos por el canal donde se dará la plenitud del cielo. ¿Por qué no determinas que pondrás tu voluntad del lado de la voluntad de Dios, para que puedas llegar a ser un obrero junto con Dios? Jesús dice: "Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos".

Entonces, ¿hay alguna excusa para nuestra debilidad, para nuestra frialdad, para nuestro letargo? Hay muchos que parecen pensar que cuando han reconocido que están llenos de debilidad, han puesto un emplasto sobre sus pecados. Pero no debemos hablar de nuestra ineficacia, sino encontrar en Cristo una salvación plena. Él dice: "Al que a mí viene, en ninguna manera le echo fuera".

Cuando nuestra debilidad se convierta en fortaleza en la fuerza de Cristo, no tendremos ansias de diversión. Estas fiestas que se consideran tan indispensables no se utilizarán simplemente para la gratificación del yo, sino que se convertirán en ocasiones en las que se pueda bendecir e iluminar a las almas. Jesús, cansado, buscó un lugar de descanso en el desierto, pero el pueblo había probado el maná celestial y acudía a él en grandes grupos. Con todo su dolor, sufrimiento y angustia humanos, buscaban su refugio, y no había descanso para el Hijo de Dios. Su corazón se conmovió de compasión, porque eran como ovejas sin pastor, y su gran corazón de amor se conmovió al sentir sus debilidades, y les enseñó acerca del reino de los cielos.

Jesús nos ha presentado una verdad preciosa llena de luz y vitalidad espirituales. Pero, ¿ha sido introducida esta verdad en el santuario interior del alma? ¿Mora Cristo en vuestros corazones por la fe? Si Cristo está en vosotros, lo haréis manifiesto a los demás. Debemos tener más de Jesús, y menos, mucho menos, de nosotros mismos. La oración de nuestros corazones debe ser: "Como el ciervo corre tras las corrientes de agua, así corre mi alma tras ti, oh Dios". Jesús debe morar en el corazón; y donde él esté, los deseos carnales serán subyugados y mantenidos en sujeción por la operación del Espíritu de Dios. "Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas; derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo."

Siento deseos de lamentar que la imagen de Cristo no sea claramente discernible en aquellos que profesan ser sus seguidores; porque sé que Jesús está decepcionado, que las inteligencias celestiales están decepcionadas, y que aquellos que buscan la verdad están decepcionados. A menos que Cristo esté formado en vuestro interior, la esperanza de gloria, no podréis representarlo correctamente ante aquellos con quienes entréis en contacto.

13 de junio de 1892

"Bienaventurado el que considera a los pobres"

EGW

El Señor Jesús dijo: "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia". Nunca hubo un tiempo en que hubiera mayor necesidad del ejercicio de la misericordia que hoy. Los pobres están a nuestro alrededor, los angustiados, los afligidos, los afligidos y los que están a punto de perecer. Los que han adquirido riquezas las han adquirido mediante el ejercicio de los talentos que les fueron dados por Dios; pero estos talentos para adquirir propiedades les fueron dados para que pudieran aliviar a los que están en la pobreza. Estos dones fueron concedidos a los hombres por Aquel que hace brillar su sol y caer su lluvia sobre justos e injustos, para que por la fecundidad de la tierra los hombres tengan abundantes provisiones para todas sus necesidades. Los campos han sido bendecidos por Dios, y "de su bondad ha preparado para los pobres". En la providencia de Dios los acontecimientos han sido ordenados de tal manera que los pobres están siempre con nosotros, para que haya un ejercicio constante en el corazón humano de los atributos de la misericordia y del amor. El hombre debe cultivar la ternura y la compasión de Cristo; no debe separarse de los afligidos, de los afligidos, de los necesitados y de los afligidos. Job declara: "Cuando el oído me oyó, me bendijo; y cuando el ojo me vio, dio testimonio de mí; porque libré al pobre que clamaba, al huérfano y al que no tenía quien le ayudase. La bendición del que estaba a punto de perecer cayó sobre mí; e hice cantar de alegría el corazón de la viuda."

Cuántos hay que dicen ser seguidores de Cristo y, sin embargo, no lo siguen de verdad. No manifiestan la simpatía y el amor de Cristo siendo misericordiosos y compasivos. No hacen cantar de alegría el corazón de la viuda; tratan al huérfano con frialdad, indiferencia o desprecio. Dijo Job: "Me vestí de justicia, y me vistió; mi juicio fue como manto y diadema. Fui ojos para el ciego, y pies para el cojo. Fui padre para el pobre; y la causa que no conocía la busqué". Esta fue una evidencia de que Job tenía una justicia que era según el orden de Cristo. Por medio de Jesús los hombres pueden poseer un espíritu de tierna piedad hacia los necesitados y angustiados. Pueden tener la mente de Cristo. Él era el Hijo de Dios, rico en tesoros celestiales, pero por nosotros se hizo pobre, descendió a la más baja humillación y fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, para exaltarnos a ser coherederos suyos. El mundo entero tenía necesidad de lo que sólo Cristo podía darle. No se apartó de los que le pedían ayuda. No hizo como muchos hacen ahora, decir: "Ojalá no me molestaran con sus asuntos, quiero atesorar mis medios, invertirlos en casas y tierras." Jesús, la Majestad del cielo, se apartó del esplendor de su hogar celestial, y en el bondadoso propósito de su corazón demostró el carácter de Dios a los hombres de todo el

mundo. La exigencia de Dios a los que pretenden ser sus hijos es que sean hacedores de su palabra, que sigan su ejemplo, que representen la vida de Cristo en amor tierno y compasivo al mundo; que reflejen su imagen.

Jesús dice: "Sed, pues, misericordiosos, como vuestro Padre que está en los cielos es misericordioso". Seguir el curso que siguió Jesús, seguir sus huellas divinas, no está en armonía con los sentimientos del corazón natural; pero si somos cristianos, practicaremos las palabras y las obras de Cristo, que se entregó a sí mismo para rescatar a una raza apóstata. La raíz del egoísmo tiene un firme crecimiento en muchos corazones, y la mundanalidad y el orgullo brotan de esta raíz; pero el egoísmo no es una característica cristiana; es un atributo del gran apóstata. Nadie puede vivir para sí mismo y al mismo tiempo estar unido a Cristo. La conformidad con el mundo, el apego al mundo, manifiesta una decidida negación de Cristo.

Los ricos no deben ser favorecidos por encima de los pobres. Qué incoherente es hacer favoritos a los hombres porque el Señor les ha confiado sus bienes para que los distribuyan sabiamente entre los necesitados. A menos que los ricos manifiesten el espíritu que movió a Cristo a venir a nuestro mundo para buscar y salvar lo que estaba perdido, no son de los suyos. Están entrenándose bajo otro general. La pregunta importante no es: "¿Es rico un hombre?". Sino que la pregunta importante es: "¿Qué uso hace de sus riquezas?". El valor y el carácter de un hombre se determinan por el uso que hace de sus talentos. ¿Hace el bien en esta vida? ¿Trata de bendecir a la humanidad, de edificar el reino de Cristo en el mundo? Encerrad a los ricos de los pobres en grandes y costosas moradas, haced iglesias demasiado espléndidas para la entrada de los pobres, para que el hombre rico no pueda entrar en contacto con las angustiosas necesidades del huérfano y de la viuda, y el resultado será que sus simpatías se marchitarán, no se ejercerá la misericordia, y el hombre rico estará en inminente peligro de perder su alma.

Cristo dice: "Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas". A menos que la gracia de Cristo controle el corazón, la tendencia del hombre rico es crecer más orgulloso, más autosuficiente, más farisaico. Actúa como si estuviera hecho de mejor carne y sangre más costosa que su hermano más pobre. Pero Cristo mira y dice: "Todos vosotros sois hermanos". No hay acepción de personas con Dios. El rico tiene mucho y no se esfuerza por ponerse en el lugar del pobre; pero como no tiene en cuenta al pobre, se vuelve insensible, indiferente y duro de corazón. No trata de comprender los conflictos,

las tentaciones y las luchas de sus hermanos pobres, y la misericordia se seca en su corazón.

A los pobres se les roba diariamente la educación y la formación que deberían tener respecto a las tiernas misericordias con que el Señor quiere que se les considere; pues ha dispuesto ampliamente que se les consuele con las necesidades de la vida. Se ven obligados a sentir la pobreza que estrecha la vida, y a menudo se ven tentados a volverse envidiosos, celosos y llenos de conjeturas malignas. Sus simpatías se alejan de sus vecinos más prósperos; pero cuando los hombres nacen de nuevo, cuando están verdaderamente convertidos, las cosas viejas pasan, y he aquí, todas las cosas se hacen nuevas. Se crea un nuevo gusto moral, y aquel que fue exaltado porque Dios le había confiado medios, procurará ayudar y exaltar a otros. Sus responsabilidades le parecerán pesadas y humillarán su corazón ante Dios; porque se dará cuenta de que sus bienes le han sido confiados por el Señor, para que pueda aliviar al necesitado, consolar al angustiado, dar de comer al huérfano y hacer cantar de gozo el corazón de la viuda.

Pero en vez de emplear sus medios para el Maestro, cuántos los malversan, los invierten para sí mismos, amueblando sus casas con ricas alfombras, finos muebles, y multiplicando tierras y casas para glorificarse en la tierra, mientras los necesitados los invocan en vano. Si hacen algo por los pobres, los llaman indigentes y los miran con desprecio. No consideran de dónde proviene el capital que les ha sido confiado, y que todo el tiempo están recibiendo innumerables bendiciones de Dios. Si Él les negara su beneficencia, serían contados entre los pobres. Todos dependemos de la benevolencia de un Dios misericordioso. Llegará el día en que se pondrán de manifiesto aquellos que han acariciado el egoísmo y la codicia, que han defraudado a los pobres, que les han retirado la misericordia y el amor.

(Concluido la próxima semana).

20 de junio de 1892

"Bienaventurado el que considera a los pobres"

(Concluido.)

EGW

Dios ha puesto la propiedad en manos de los hombres para que aprendan a ser misericordiosos, para que sean sus limosneros y alivien el sufrimiento de sus criaturas caídas. Además de esto, deben considerar las necesidades de la causa de Dios, y mantener su tesorería abastecida de acuerdo con los dones que se les han concedido. Satanás ha tenido poder para hacer a los hombres altivos y semejantes a sí mismo en carácter, de modo que el dinero que Dios les ha dado lo han usado para la gratificación de sí mismos, y el clamor de los pobres ha llegado a Dios contra ellos; porque han sido despiadados en su conducta hacia los necesitados. Todo lo que gastamos en lo que no es necesario para la salud y la piedad será acusado de robo contra Dios; porque todo lo que se gastó para la gratificación del yo alguien lo necesitaba para obtener el alimento y el vestido necesarios.

Los que tienen el Espíritu de Cristo verán a todos los hombres a través de los ojos de la compasión divina. No importa cuál sea la posición social, no importa cuál sea su riqueza o cuán elevada sea su educación, si un hombre está en Cristo, no será cruel, descortés, duro de corazón ni despiadado. Puesto que cada alma depende enteramente de Dios para cada bendición que disfruta, cuán pacientes, cuán misericordiosos debemos ser con cada criatura. Dios miró al hombre en su condición perdida, en su degradación y culpa, y pagó el mismo precio por el rescate del pobre y del marginado que el que pagó para rescatar al rico con todos sus talentos confiados. Dios no hace acepción de personas. Todos son candidatos al cielo o al infierno. Todos necesitan que se les enseñe cada hora de Dios, que sean estudiantes diligentes, para que en su tiempo hagan un uso sabio de la capacidad que se les ha confiado, para que sean organismos vivos que cooperen con las inteligencias celestiales para la salvación de las almas de los hombres, para que con corazones tiernos, rebosantes de misericordia y de verdadera bondad, obren como Cristo obró. El apóstol dice: "Sois colaboradores de Dios". Habéis de cuidar de los pobres, habéis de cuidar de los huérfanos, que necesitan vuestra sabiduría, vuestro cuidado, vuestro amor y ayuda. Habéis de cuidar de la viuda. Has de cuidar de los que andan necesitados, hambrientos, harapientos, depravados de principio; porque Jesús vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. Dios cuida de los marginados, y ¿te crees demasiado bueno, demasiado honorable, para llevar el yugo con Cristo, buscando salvar a los que perecen? ¿Despreciarás a tus semejantes? ¿Te convertirás en una ofensa para Dios al despreciar y menospreciar su imagen en el hombre? En distintas líneas Cristo ha revelado la relación del hombre con sus semejantes. Jesús, el Hijo unigénito de Dios, ha resuelto esta cuestión para siempre con el ejemplo que ha dado al mundo. Pregúntate a ti mismo: ¿Soy yo el guardián de mi hermano? ¿Y quién es mi prójimo?

Hay en la sociedad una tendencia creciente a separar a los ricos de los pobres, a separarlos en clases distintas y definidas; pero esto no sigue en absoluto el orden de Dios, sino la política de Satanás. El cielo contempla con dolor y asombro las escenas que se representan diariamente entre los que se llaman cristianos. Muchos no pueden leer el significado del gran plan de redención porque Satanás ha arrojado su sombra sobre su camino. Muchos que podrían ser como luces en el mundo, como la sal de la tierra, que disponen de grandes recursos para hacer el bien a sus semejantes, no están en unión y simpatía con Cristo, para ser colaboradores de Dios. Han sentido que se les concedía un alto valor, que se les colocaba por encima de sus hermanos, e incluso por encima de su propia carne y sangre. Han gastado los bienes de su Señor en elevar sus almas a la vanidad, en cultivar el orgullo, la envidia, la exaltación propia. Se han rodeado de lujos costosos, y se han colocado en una posición que era imposible que sus hermanos alcanzaran, y han dejado a los pobres en su pobreza que se las arreglaran como pudieran sin simpatía ni amor. Dios mira desde el cielo y odia todas estas pretensiones. Él llama a los hombres que tienen intelecto, a los hombres que tienen propiedades, a los hombres que tienen valor moral, para que cambien este orden de cosas.

Que cada líder del pueblo se asocie con el pueblo; porque realmente necesitan su ayuda, para que la simpatía no se congele en el pecho humano.

Ninguna iglesia debe elevarse tanto que sus miembros se sientan por encima de los pobres, y los pobres sientan que no pueden entrar libremente en la casa de Dios. Una iglesia demasiado rica para que los pobres se sientan a gusto en ella es demasiado aristocrática para que Jesús haga uno en su asamblea. Esta estrecha exclusividad que aleja al hombre de su hermano es una abominación a los ojos de Dios. Cuando los hombres se conviertan, tendrán un sentido permanente del hecho de que han sido comprados por un precio. Cualquiera que sea la suma de nuestros talentos, ya sea uno, dos o cinco, ni un centavo de nuestro dinero debe despilfarrarse en vanidad, orgullo o egoísmo. Cada dólar de nuestra acumulación está estampado con la imagen y la inscripción de Dios. Mientras en el mundo de Dios haya hambrientos que alimentar, desnudos que vestir, almas que perecen por el pan y el agua de la salvación, toda indulgencia innecesaria, todo excedente de capital, aboga por los pobres y los desnudos. No es cosa liviana que se te confíen riquezas, aunque los hombres tratan su posición y su propiedad como si no tuvieran que rendir cuentas a nadie, como si fuera por su propia virtud que tuvieran estas cosas. "Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas". Los que se consagran a Dios, con sus riquezas, haciéndose obreros juntamente con él, son los únicos a quienes el Rey

de la gloria dará la bendición: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo". "Bien, siervo bueno y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré".

27 de junio de 1892

La misión de Cristo en el mundo

EGW

Cristo vino al mundo para representar al Padre ante el hombre; porque Satanás lo había presentado ante el mundo bajo una luz falsa. Como Dios es un Dios de justicia, de terrible majestad, que tiene poder tanto para destruir como para preservar al hombre, Satanás hizo que los hombres lo miraran con temor, que lo consideraran un tirano. Jesús había estado con el Padre desde los siglos eternos, antes de la creación del hombre, y vino a revelar al Padre, declarando "Dios es amor." Jesús representó a Dios como un Padre bondadoso, que cuida de los súbditos de su reino. Declaró que ni un gorrión cae en tierra sin que el Padre se dé cuenta, y que los hijos de los hombres tienen más valor a sus ojos que muchos gorriones, que los cabellos de su cabeza están todos contados.

El Señor es representado en el Antiguo Testamento, así como en el Nuevo Testamento, no sólo como un Dios de justicia, sino como un Padre de amor infinito. El Salmista dice: "El Señor hace justicia y juicio a todos los oprimidos.... Misericordioso y clemente es el Señor, lento a la cólera y generoso en misericordia.... No nos ha tratado según nuestros pecados, ni nos ha pagado conforme a nuestras iniquidades. Porque como es de alto el cielo sobre la tierra, así es de grande su misericordia para con los que le temen. Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones. Como un padre se compadece de sus hijos, así se compadece el Señor de los que le temen. Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo.... Pero la misericordia del Señor es eterna para los que le temen, y su justicia para los hijos de los hijos; para los que guardan su pacto, y para los que se acuerdan de sus mandamientos para ponerlos por obra. El Señor ha preparado su trono en los cielos, y su reino domina sobre todos".

Satanás había revestido al Padre con sus propios atributos, pero Cristo lo representó en su verdadero carácter de benevolencia y amor. En el carácter en que Cristo lo presentó al mundo fue como si hiciera un nuevo don al hombre. Jesús dijo en su oración al Padre: "Padre justo, el mundo no te ha conocido; pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y yo les he

declarado tu nombre, y lo declararé; para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos." "Nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar".

El Hijo de Dios declaró en términos positivos que el mundo estaba desprovisto del conocimiento de Dios; pero este conocimiento era del más alto valor, y era su propio don peculiar, el tesoro inestimable que trajo al mundo. En el ejercicio de su prerrogativa soberana, impartió a sus discípulos el conocimiento del carácter de Dios, para que lo comunicaran al mundo. La única nación que pretendía adorar al Dios verdadero en el advenimiento de Cristo no tenía una concepción adecuada de su carácter. Estaban sentados en la cátedra de Moisés, pero no presentaban a Dios como Moisés lo presentaba, sino según la representación distorsionada de Satanás. El carácter de Dios fue falsificado ante el pueblo. La verdad estaba tan recubierta de tradición, la religión estaba tan cargada de pruebas y mandamientos hechos por el hombre, que la pureza y el brillo de la verdad estaban completamente ocultos, y la virtud se consideraba inalcanzable. La religión existente dejó al hombre sin Dios y sin esperanza en el mundo. Pero el Sol de Justicia resplandece en las tinieblas de medianoche de la superstición y el error, hace retroceder la nube y se presenta como aquel en quien habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad, como la representación exacta del Padre. Este es su mensaje al mundo: "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado".

Como transgresor de la ley, el hombre estaba condenado a una ruina sin remedio, pues era enemigo de Dios, sin fuerzas para hacer nada bueno; pero Cristo vino a revelar la justicia y el amor de Dios, a dar a Israel el arrepentimiento y la remisión de los pecados. Cuando el pecador contempla a Jesús levantado sobre la cruz, sufriendo la culpa del transgresor y las consecuencias del pecado, contempla el aborrecimiento de Dios por el mal en esta temible manifestación, y ve su amor por el hombre caído: "Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna".

El Señor podría haber cortado al pecador y haberlo destruido por completo; pero eligió el plan más costoso. En su gran amor, da esperanza a los desesperados al dar a su Hijo unigénito para que cargue con los pecados del mundo. Puesto que Dios ha derramado todo el cielo en ese rico don, no negará al hombre ninguna ayuda necesaria. Todas las agencias del cielo están a las órdenes del alma creyente, para que pueda tener éxito en la guerra contra los poderes de las

tinieblas. El que cree en Jesucristo como plenamente capaz de salvar su alma, cree en el Evangelio y tiene vida eterna. Este es el punto al que toda alma debe llegar, y todo el que crea en el mensaje de Dios debe levantar a Jesús, señalar a los hombres a Cristo, y decir: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo." Este es el mensaje que llevará todo el que crea en Jesucristo como su Salvador. Este es el mensaje que hemos de llevar para amonestar a los impenitentes, animando a los que aman y temen a Dios, induciendo a las almas a mirar a la cruz del Calvario, para contemplar al Cordero de Dios. El alma imbuida del amor de Cristo es una con Él; comulga con Cristo, Cristo se forma en su interior, la esperanza de gloria, y el cristiano sale a representar al Padre y al Hijo ante el mundo.

4 de julio de 1892

Aceptados en Cristo

EGW

"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". Este mensaje es para el mundo, pues "todo el que" significa que cualquiera y todos los que cumplan la condición pueden compartir la bendición. Todos los que miran a Jesús, creyendo en él como su Salvador personal, "no perecerán, sino que tendrán vida eterna." Se ha hecho toda provisión para que tengamos la recompensa eterna. Cristo es nuestro sacrificio, nuestro sustituto, nuestra garantía, nuestro intercesor divino; él es hecho para nosotros justicia, santificación y redención. "Porque no entró Cristo en los lugares santos hechos de mano, que son figura de los verdaderos, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros en la presencia de Dios".

La intercesión de Cristo en nuestro favor es la de presentar sus méritos divinos en la ofrenda de sí mismo al Padre como nuestro sustituto y fiador; pues ascendió a lo alto para hacer expiación por nuestras transgresiones. "Si alguno pecare, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo; y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo". "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados." "Puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos."

De estas escrituras es evidente que no es la voluntad de Dios que seas desconfiado, y tortures tu alma con el temor de que Dios no te aceptará porque eres pecador e indigno. "Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros". Presenta tu caso ante él, alegando los méritos de la sangre derramada por ti en la cruz del Calvario. Satanás te acusará de ser un gran pecador, y debes admitirlo, pero puedes decir: "Sé que soy un pecador, y esa es la razón por la que necesito un Salvador. Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores. 'La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado'. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. No tengo ningún mérito ni bondad por los que pueda reclamar la salvación, sino que presento ante Dios la sangre expiatoria del inmaculado Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Esta es mi única súplica. El nombre de Jesús me da acceso al Padre. Su oído, su corazón, están abiertos a mi más débil súplica, y él suple mis más profundas necesidades".

Es la justicia de Cristo la que hace al pecador penitente aceptable a Dios y obra su justificación. Por pecaminosa que haya sido su vida, si cree en Jesús como su Salvador personal, se presenta ante Dios con las vestiduras inmaculadas de la justicia imputada de Cristo.

El pecador recientemente muerto en delitos y pecados es vivificado por la fe en Cristo. Ve por la fe que Jesús es su Salvador, y que vive para siempre, capaz de salvar perpetuamente a todos los que por él se acercan a Dios. En la expiación hecha por él, el creyente ve tal amplitud, longitud, altura y profundidad de eficiencia, ve tal plenitud de salvación, comprada a un costo tan infinito, que su alma se llena de alabanza y acción de gracias. Ve como en un espejo la gloria del Señor, y es transformado en la misma imagen por el Espíritu del Señor. Ve el manto de la justicia de Cristo, tejido en el telar del cielo, forjado por su obediencia, e imputado al alma arrepentida mediante la fe en su nombre. Cuando el pecador tiene a la vista los encantos incomparables de Jesús, el pecado ya no le parece atractivo; porque contempla al Más Grande entre diez mil, al que es todo él codiciable. Se da cuenta por experiencia personal del poder del Evangelio, cuya inmensidad de diseño sólo es igualada por la preciosidad de su propósito.

Tenemos un Salvador vivo. No está en la tumba nueva de José; ha resucitado de entre los muertos y ha ascendido a lo alto como sustituto y garantía de toda alma creyente. "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo". El pecador es justificado por los méritos de Jesús, y esto es el reconocimiento de Dios de la perfección del rescate pagado

por el hombre. El hecho de que Cristo fuera obediente hasta la muerte de cruz es una prenda de la aceptación del pecador arrepentido ante el Padre. Entonces, ¿nos permitiremos tener una experiencia vacilante de dudar y creer, creer y dudar? Jesús es la prenda de nuestra aceptación por Dios. Estamos a favor ante Dios, no por ningún mérito en nosotros mismos, sino por nuestra fe en "el Señor nuestra justicia".

Jesús está en el lugar santísimo, ahora para presentarse en la presencia de Dios por nosotros. Allí no cesa de presentar a su pueblo momento a momento, completo en sí mismo. Pero porque estamos así representados ante el Padre, no debemos imaginar que hemos de presumir de su misericordia y volvernos descuidados, indiferentes y autoindulgentes. Cristo no es el ministro del pecado. Somos completos en él, aceptados en el Amado, sólo si permanecemos en él por la fe.

La perfección a través de nuestras propias buenas obras nunca podremos alcanzarla. El alma que ve a Jesús por la fe, repudia su propia justicia. Se ve a sí misma incompleta, su arrepentimiento insuficiente, su fe más fuerte débil, su sacrificio más costoso magro, y se hunde en humildad al pie de la cruz. Pero una voz le habla desde los oráculos de la palabra de Dios. Con asombro escucha el mensaje: "Estáis completos en él". Ahora todo está en paz en su alma. Ya no tiene que esforzarse por encontrar algún mérito en sí mismo, alguna obra meritoria con la que ganarse el favor de Dios.

Contemplando al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo, encuentra la paz de Cristo; porque el perdón está escrito en su nombre, y acepta la palabra de Dios: "Estáis completos en él." ¡Qué difícil es para la humanidad, acostumbrada desde hace mucho tiempo a abrigar dudas, comprender esta gran verdad! Pero ¡qué paz trae al alma, qué vida vital! Al buscar en nosotros mismos la justicia por la cual ser aceptados por Dios, buscamos en el lugar equivocado, "por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios". Debemos mirar a Jesús; "porque todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen". Debes encontrar tu plenitud contemplando al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

Ante la quebrantada ley de Dios, el pecador no puede limpiarse a sí mismo; pero, creyendo en Cristo, es objeto de su infinito amor y está revestido de su justicia inmaculada. Por los que creen en Cristo oró Jesús: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad: ...que todos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo

en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Y la gloria que me diste, yo les he dado; para que sean uno, como nosotros somos uno." "Padre justo, el mundo no te ha conocido; pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y yo les he declarado tu nombre, y lo declararé; para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos."

¿Quién puede comprender la naturaleza de esa justicia que hace íntegro al pecador creyente, presentándolo a Dios sin mancha ni arruga ni cosa semejante? Tenemos la palabra empeñada de Dios de que Cristo nos es hecho justicia, santificación y redención. Que Dios nos conceda confiar implícitamente en su palabra y gozar de sus más ricas bendiciones. "Porque el Padre mismo os ama, por cuanto me habéis amado, y habéis creído que salí de Dios".

11 de julio de 1892

Por sus frutos los conoceréis

EGW

"Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas". Al principio del capítulo del que está tomado este versículo, Jesús dice: "No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os será medido". Para el pecador arrepentido, Dios está siempre dispuesto a mostrar su misericordia y su verdad; está dispuesto a concederle el perdón y el amor; y exige que aquellos que han sido bendecidos por su compasión, revelen la misma misericordia y amor hacia sus semejantes; porque esto es hacer las obras de Cristo, esto es guardar los mandamientos de Dios. Los que manifiestan verdadera gratitud glorifican a Dios amándole en grado sumo y al prójimo como a sí mismos. Manifiestan el hecho de que no han recibido el espíritu que es del mundo, sino el Espíritu que es de Dios. Por un conocimiento experimental saben cuáles son los bienes que Dios les ha dado gratuitamente, pues están iluminados por el Espíritu Santo. Trabajan en su propia salvación con temor y temblor, sabiendo que es Dios quien obra en ellos el querer y el hacer por su buena voluntad. Cristo permanece en el alma del creyente, una fuente de agua que salta para vida eterna.

Cuando nos veamos a nosotros mismos como la posesión adquirida de Cristo, nos daremos cuenta más claramente de nuestra necesidad de su presencia constante para que podamos representarle manifestando simpatía y amor a todos

los que entran en la esfera de nuestra influencia. Nuestra vida está cargada de solemnes responsabilidades, y sólo cuando estamos plenamente consagrados a Dios, sólo cuando Él nos limpia, y pone su propia vida y espíritu sobre nosotros, podemos representarle correctamente ante los demás. Nuestra responsabilidad se extiende a nuestros pensamientos, palabras y actos, así como a nuestras transacciones más amplias entre nuestros semejantes.

Para cumplir la ley, debemos aplicar la regla de oro, y hacer a los demás lo que quisiéramos que nos hicieran a nosotros. Nuestra influencia debe ser santificada por el Espíritu Santo de Dios, si queremos que sea una bendición para la humanidad. No debemos preocuparnos por lo que haremos en las semanas, meses o años venideros, porque el futuro no nos pertenece. Un solo día es nuestro, y durante este día debemos vivir para Dios, embellecer nuestros caracteres por la fe en la justicia de Cristo. Este único día hemos de ponerlo en las manos de Cristo en solemne servicio, en todos nuestros propósitos y planes para ser guiados por él. Este día hemos de hacer a los demás exactamente lo que deseamos que nos hagan a nosotros. Debemos estar dispuestos a decir palabras amables desde corazones llenos de simpatía y amor. Debemos manifestar paciencia, revelando al mundo lo que significa ser un cumplidor práctico de las palabras de Cristo, recordando siempre que nuestra vida está ligada a la vida de Aquel que murió por nosotros. Cristo y el hijo de la humanidad se hacen uno, de modo que el Espíritu y el carácter de Cristo se representan en sus seguidores día a día y hora a hora. Por la fe, Cristo se convierte para el creyente en justicia, santificación y redención.

Jesús dice: "Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la encuentran." No es suficiente hablar de la puerta angosta, señalar la puerta angosta, predicar sermones sobre la puerta angosta; lo único seguro para cada alma es entrar por la puerta angosta. Lo único seguro que puede hacer el pecador es responder a la atracción del amor de Cristo, arrepentirse y venir a Jesús, pidiéndole con corazón penitente el don de su justicia, por el cual puede obtener sabiduría y gracia para abandonar el pecado. No es seguro esperar un vuelo de sentimientos, esperar a hacerse mejores antes de entrar por la puerta estrecha; lo único seguro es obedecer a la invitación: "Venid, que ya está todo dispuesto."

La emoción no servirá para salvar ningún alma. Para tener fe en Cristo, para llegar a ser un hijo de Dios, no es necesario agitarse con una emoción poderosa.

Debéis venir a Jesús tal como sois, porque sabéis que es lo único correcto. Sabéis que es por el bien de vuestras almas que os negáis a entrar por la puerta estrecha. Manifestáis fe salvadora cuando respondéis a la llamada de Cristo y os unís a él. El Salvador dice al pecador: "Ven, yo soy tu salvación. Nadie viene al Padre sino por mí". ¿Lo dejarás todo por Cristo? ¿Aprenderás de Jesús, que es manso y humilde de corazón? ¿Entrarás por la puerta estrecha? Si te aferras a cualquier pecado que te asedia, encontrarás que el camino es demasiado estrecho para que puedas entrar. Tus propios caminos, tu propia voluntad, tus malos hábitos y prácticas, deben ser abandonados si quieres seguir el camino del Señor. El que quiere seguir a Cristo no puede seguir las opiniones del mundo ni cumplir la norma del mundo.

El camino a la muerte es ancho, y la puerta es ancha. Toda la raza caída puede entrar por ella, con toda su mundanidad, todo su egoísmo, todo su orgullo, deshonestidad y degradación moral. La puerta es tan ancha, el camino es tan ancho, que hay lugar para las opiniones y doctrinas de cada hombre, espacio para que cada uno siga sus inclinaciones, para hacer lo que su amor propio le dicte. El codicioso, el derrochador, el infiel, el despilfarrador, el jugador, el asesino, el hipócrita y el que se engaña a sí mismo, todos encuentran caminos adecuados a su gusto por los que caminar. Divididos en sus opiniones, encuentran, sin embargo, un mismo punto de propósito y de acción, pues todos están de acuerdo en oponerse al consejo de Dios.

Hay muchos en el camino ancho que no están plenamente satisfechos con la senda por la que caminan. Anhelan liberarse de la esclavitud del pecado y tratan de oponerse a sus prácticas pecaminosas con sus propias fuerzas. Oyen la llamada de advertencia al arrepentimiento. Oyen que la única esperanza del pecador se encuentra en Cristo. Miran hacia el camino angosto y la puerta estrecha; pero el placer egoísta, el amor al mundo, la ambición no santificada y el orgullo, ponen una barrera entre ellos y el Salvador. Se dan cuenta de que todos sus ídolos deben ser expulsados del alma, que hay que renunciar a toda indulgencia pecaminosa, que hay que dejar a un lado todos los estorbos mundanos, para poder entrar por la puerta estrecha. Jesús dice: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame."

(Continuará.)

18 de julio de 1892

Por sus frutos los conoceréis

EGW

Para caminar por el camino angosto el creyente debe seguir al líder, sin volverse ni a la derecha ni a la izquierda. A cada lado espera el enemigo para presentar ante el alma las atracciones del mundo. Jesús presenta las atracciones del mundo eterno; pero muchos que ven que no pueden entrar en el cielo y se complacen en este mundo, se apartan de las realidades eternas y eligen el camino ancho que conduce a la destrucción. El Señor vio el peligro en que incurrían sus seguidores al mezclarse con el mundo, y les ruega que se examinen a sí mismos y no se equivoquen en cuanto al camino que han de seguir. La línea de demarcación entre la iglesia y el mundo se ha borrado tristemente porque muchos profesantes de la religión han pensado que podían complacerse a sí mismos, y satisfacer la norma del mundo, y al mismo tiempo tener sus nombres en el libro de la iglesia. Incluso en los púlpitos de la tierra hay muchos falsos pastores que gritan a los que son amantes del placer más que amantes de Dios: "Paz y seguridad", cuando no hay paz ni seguridad. Jesús da una advertencia positiva contra estos falsos pastores. Dice: "Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así todo buen árbol da buenos frutos; pero el árbol corrompido da malos frutos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol corrompido dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego. Así que por sus frutos los conoceréis".

En todas las épocas, los falsos profetas han sido los enemigos más peligrosos que ha tenido el cristianismo. Han aparecido hombres que pretendían ser campeones de la verdad, profesando tener una gran carga por las almas de sus semejantes. Pero enseñaban doctrinas falsas y pervertían la verdad. El espíritu que manifestaban, la obra que realizaban, daban testimonio del carácter de su religión. Tales hombres han surgido y surgen, y continuarán surgiendo, en nuestros días. Criticarán, juzgarán a otros, estarán siempre listos para la controversia y se resistirán a la verdad. Harán falsas interpretaciones de las Escrituras. Tergiversarán las palabras de los que defienden la verdad, y algunos de los que los escuchan, que no tienen discernimiento espiritual, serán engañados por estos falsos maestros, y se encontrarán luchando bajo el negro estandarte del adversario de Dios y del hombre.

Hay muchos que profesan conocer a Cristo, "pero en las obras lo niegan, siendo abominables y desobedientes, y reprobados para toda buena obra." "Estos son manchas en vuestras fiestas de caridad, cuando banquetean con vosotros, alimentándose sin temor; nubes sin agua, llevados de los vientos; árboles cuyo fruto se seca, sin fruto, dos veces muertos, arrancados de raíz." Hay muchos que pueden pronunciar discursos excelentes, hablar cosas suaves y profetizar engaños; pero no se les debe recibir simplemente por sus palabras suaves y sus discursos hermosos. Es fácil hablar. La pregunta es: ¿Qué fruto dan para santidad? Es el fruto el que da testimonio del carácter del árbol. Decir y no hacer es ser como un árbol lleno de hojas pretenciosas, pero estéril e infructuoso. El castigo que espera al hipócrita será sin mezcla de misericordia. Los que profesan conocer a Cristo, y en las obras lo han negado, se han hecho pasar por oro, pero a los ojos de Dios han sido como bronce que resuena o címbalo que retiñe. Al profesar fe en el Evangelio, el hipócrita puede ganarse la confianza de los hombres, pero nada que no sea cumplir las palabras de Cristo le dará entrada por la puerta angosta, por el camino trazado para que anden los rescatados del Señor, el único camino que conduce de la tierra al cielo.

Aquellos que profesan tener la luz del Señor, que ganan la confianza de los hombres y conducen a las almas a la ruina, traerán una rápida destrucción sobre sí mismos. Se los representa como esa clase que "destruye el camino de mis sendas, dice el Señor". Llevando la insignia de Cristo, sirven al peor enemigo del Señor, y no prestan atención al mandato: "Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo". Cristo declara claramente que esta clase de maestros son como lobos disfrazados de ovejas. Hablan de la gracia, predicando de la gracia, aparentemente oran por la gracia; pero no tienen la gracia de Cristo en sus corazones. En el púlpito tales ministros pueden parecer excelentes; pero destruyen la fuerza de sus palabras cuando están fuera del púlpito por tal curso de iniquidad que demuestran ser ministros del pecado, lobos con piel de oveja.

Cristo vino a enseñarnos a vivir. Nos ha invitado a venir a él, a aprender de él a ser mansos y humildes de corazón para que podamos encontrar descanso a nuestras almas. Porque Jesús ha vivido nuestro ejemplo, no tenemos excusa para no imitar su vida y sus obras. Los que profesan su nombre y no practican sus preceptos son pesados en la balanza del cielo y hallados faltos. Pero los que reflejan la imagen de Cristo tendrán un lugar en las mansiones que él ha ido a preparar.

Jesús recompensará a cada uno según sus obras. Dice: "Por sus frutos los conoceréis". Jesús me pide que le juzgue por sus obras. Dijo: "Si no hago las

obras de mi Padre, no me creáis". No pide a los hombres que lo tomen por su Salvador si encuentran en su vida y en su carácter algo contrario a sus afirmaciones. Los hombres deben ser conocidos de la misma manera; porque una profesión de cristianismo no hace que un hombre sea cristiano. Si sus palabras, su conducta y sus negocios no son semejantes a los de Cristo, niega su profesión. Como Cristo fue en el mundo, así deben ser sus seguidores. El mundo nota cada inconsistencia en quien profesa ser cristiano. El sol puede brillar día tras día en puro esplendor, y no llamar la atención; pero si ocurre un eclipse, la atención de todos es atraída hacia el orbe oscurecido del día. Lo mismo sucede con el cristiano, pues es un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Satanás está constantemente alerta para hacer tropezar al cristiano, a fin de señalar al mundo la inconsistencia del seguidor de Cristo. Puede que los hombres no lo hayan observado en su coherencia, pero sí en su extravío, en su falta de semejanza de carácter, en cómo el mundo lo somete a crítica. Cómo se deleita Satanás en burlarse de los ángeles ministradores, sin que lo vean los ojos humanos, presentando ante ellos al cristiano inconsecuente en toda su deformidad, señalando las vestiduras manchadas con la carne, pues para Satanás esto es ocasión de triunfo. Entonces andemos con cuidado y oración delante del Señor, sabiendo que el mundo nos juzgará por nuestros frutos.

25 de julio de 1892

La necesidad de recibir el Espíritu Santo

[Sermón en Healdsburg, Cal., 26 de septiembre de 1891.]

EGW

"Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra". Esta fue la promesa que Jesús hizo a sus discípulos justo antes de su ascensión, y les ordenó que se quedaran en Jerusalén hasta que fueran dotados de poder de lo alto. Jesús había dicho: "Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Consolador; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando él venga, redarguirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.... Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis soportar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque recibirá de lo mío, y os lo hará saber". "Pero el Consolador, que es el Espíritu Santo, a quien el Padre

enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho."

Los discípulos eran incapaces de comprender el significado de las palabras de Cristo, y necesitaban la iluminación celestial del Espíritu Santo. Esta es la condición de los seguidores de Cristo en estos días, justo antes de su venida en las nubes del cielo. Las cosas de la tierra tienen el lugar supremo en el corazón, mientras que las cosas del cielo se mantienen en subordinación. El pueblo de Dios necesita la iluminación del Espíritu Santo, para que la instrucción de Cristo sea traída a su memoria. Necesitan que se les ilumine el entendimiento, para que puedan comprender las Escrituras.

Después de la crucifixión de nuestro Señor, dos de sus discípulos se dirigían a Emaús y, mientras caminaban juntos, se fijaron en un hombre que se afanaba con ellos por el camino; pero no pensaban que fuera su Señor resucitado. Jesús se acercó, se unió a ellos y les preguntó: "¿Qué comunicaciones son éstas que tenéis entre vosotros, mientras camináis y estáis tristes?". Y ellos respondieron: "¿Acaso eres forastero en Jerusalén, y no has sabido las cosas que han sucedido allí en estos días? Y él les dijo: ¿Qué cosas? Y ellos le dijeron: Acerca de Jesús de Nazaret, que fue profeta poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo los príncipes de los sacerdotes y nuestros gobernantes le entregaron para ser condenado a muerte, y le han crucificado. Pero nosotros confiábamos en que había sido él quien debía redimir a Israel; y además de todo esto, hoy es el tercer día desde que sucedieron estas cosas. Sí, y también nos asombraron algunas mujeres de nuestra compañía, que fueron de madrugada al sepulcro; y como no hallaron su cuerpo, vinieron diciendo que también ellas habían visto visión de ángeles, que decían que vivía. Algunos de los que estaban con nosotros fueron al sepulcro, y hallaron tal como las mujeres habían dicho; pero a él no le vieron. Entonces les dijo: Necios, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho; ¿no era necesario que Cristo padeciese estas cosas, y que entrase en su gloria? Y comenzando por Moisés y por todos los profetas, les expuso en todas las Escrituras lo que de él decían. Y se acercaron a la aldea adonde iban; y él hizo como que quería ir más lejos. Pero ellos le apremiaron, diciendo: Quédate con nosotros, porque cae la tarde y el día está muy avanzado. Y entró para quedarse con ellos. Y aconteció que, estando sentado a la mesa con ellos, tomó pan, lo bendijo, y partió, y les dio. Y se les abrieron los ojos, y le conocieron; y desapareció de su vista. Y se decían unos a otros: ¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba por el camino, y mientras nos abría las Escrituras? ... Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras".

¿Qué era lo que hacía que sus corazones ardieran dentro de ellos mientras hablaban por el camino? era la iluminación del Espíritu Santo. Cuando nos apoderamos de las Escrituras como verdad, la palabra encenderá en nosotros el amor de Dios, y nuestros corazones arderán dentro de nosotros. ¿No hemos experimentado esto cuando hemos estudiado la palabra de Dios? ¿No hemos descubierto que la fe en la Palabra de Dios trae alegría al corazón? Necesitamos ser tocados con el entusiasmo que enciende el amor de Dios en el corazón. ¿Por qué no manifestamos más este entusiasmo en el servicio a Dios? -Es porque los que profesan amar a Dios no le sirven con un corazón indiviso.

Cristo ha dicho: "No podéis servir a Dios y a las riquezas". Ningún hombre puede servir a dos señores. No importa cuánto tiempo hayas sido cristiano, si no buscas primero el reino de Dios y su justicia, no conoces a Cristo ni el poder de Dios. Si no haces del servicio de Dios tu primer asunto, cometes robo hacia Dios. La pregunta que debes hacer a tu alma es: "¿Qué derecho tengo yo a robarle a Dios un servicio inteligente? ¿Qué derecho tengo a tomar los dones de fuerza e intelecto de Dios y dedicarlos simplemente al progreso propio?". Puedes tener una posición de confianza y responsabilidad, y estar atestado de trabajo y cuidados, pero ¿deberías permitirte estar tan agobiado que no puedas tomarte tiempo para comprender cuál es tu relación con Dios? Jesús dice: "Sin mí nada podéis hacer". Entonces, ¿en qué beneficias a tus semejantes a menos que tengas una conexión con Cristo? Cuando te absorben las cosas temporales de la vida, las cosas eternas quedan fuera de tu cuenta, y debido a tu interés en las cosas fugaces de la tierra, le robas a Dios tu capacidad de servirle enviando el evangelio a todo el mundo. "¿Abandonará el hombre la nieve del Líbano que viene de la roca del campo, o abandonará las frías aguas corrientes que vienen de otro lugar? Porque mi pueblo se ha olvidado de mí, han quemado incienso a la vanidad, y les han hecho tropezar en sus caminos desde las sendas antiguas, para andar por sendas no trazadas."

Los discípulos preguntaron: "Señor, ¿son pocos los que se salvan? Y él les dijo: Esforzaos a entrar por la puerta estrecha; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán." "Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la encuentran." Para ir por el camino de la destrucción, no hay necesidad de buscar el camino; la puerta es ancha, y el camino es ancho, y los pies se vuelven naturalmente en el camino que conduce a la muerte. Los que van por este camino están intoxicados con el espíritu del mundo, y qué triste es

ver a los que profesan ser hijos de Dios caminando por la senda que lleva a la perdición.

La línea de demarcación entre la iglesia y el mundo ha sido casi borrada; y a menos que haya reforma, a menos que los ojos de aquellos que han sido cegados por el enemigo sean abiertos, estarán perdidos. Jesús nos ha dado una advertencia para este tiempo. Dice: "Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo. Porque el Hijo del Hombre es como un hombre que se va lejos, que dejando su casa, dio autoridad a sus siervos, y a cada uno su obra, y al portero mandó que velase. Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al anochecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o por la mañana; no sea que viniendo de repente os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad".

Necesitamos vigilar que el enemigo no nos robe una marcha y nos aleje de la lealtad a Cristo atrayéndonos a las cosas del mundo, que las cosas de interés eterno sean vistas como de menor importancia, de modo que hagamos un átomo de un mundo y un mundo de un átomo.

El enemigo lleva a los que no se rinden enteramente a Dios a exaltarse a sí mismos, a buscar la supremacía y el poder. Cuando el ojo no es único a la gloria de Dios, la eternidad se cae de su cuenta. Oh, necesitamos orar por la influencia vitalizadora del Espíritu de Dios. A menos que el profeso pueblo de Dios se someta a la influencia del Espíritu Santo de Dios, será vencido por la tentación de Satanás; tendrá un nombre para vivir y estará muerto, será una maldición para el mundo; pues mientras profesa ser hijo de Dios, llevará a los hombres por el camino de la muerte. Su registro en los libros del cielo será difícil de cumplir. Las almas deben ser salvadas. Los mensajeros de Dios deben cumplir las palabras del profeta: "Grita, no escatimes, alza tu voz como una trompeta, y muestra a mi pueblo su transgresión, y a la casa de Jacob sus pecados".

Lo que necesitamos es una conciencia vivificada por el Espíritu de Dios; porque en muchos, la conciencia ha sido atontada por la indulgencia en el pecado y la incredulidad. Debemos saber lo que es la religión, y darnos cuenta de que debemos tener una conexión viva con el Dios del cielo; porque "esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado."

¿Por qué dedicamos tan poco tiempo a la oración? ¿No te sorprendería conocer a Dios cuando no buscas su rostro? El mensaje para vosotros es: "Arrepentíos, pues, y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados, cuando vengan de

la presencia del Señor tiempos de refrigerio." A menudo se os ha enseñado el amor de Dios, y sabéis que fue todo un Salvador el que murió en la cruz del Calvario; pero el hecho de que se hiciera un sacrificio tan grande en nuestro favor condenará nuestra pobreza y tibieza ante Dios. ¿Qué excusa puedes ofrecer a Dios de que has tenido un espíritu murmurador, de que has representado a tu Salvador ante el mundo como un amo duro, de que has sido exigente y severo con los demás, dominante sobre los que estaban bajo tu control? ¿Qué excusa puedes dar a Dios para manifestar crueldad a criaturas mudas que fueron provistas para tu uso? El espíritu de falta de amabilidad, de pomposidad, de queja, no es la clase de espíritu que encontrará entrada en el reino de los cielos.

La religión es un asunto personal. No debemos salvarnos como iglesias, sino como individuos que se han apropiado de los méritos de Cristo. La pregunta que cada uno debe hacerse es: "¿Está bien mi alma? ¿Ha renovado mi corazón la gracia transformadora de Cristo? ¿Tengo un espíritu bondadoso, tierno y compasivo? ¿Me parezco a Aquel que, siendo rico, se hizo pobre por mí, para que yo me enriqueciera con su pobreza? ¿Qué sacrificio he hecho por Aquel que murió por mí?".

(Continuará.)

1 de agosto de 1892

La necesidad de recibir el Espíritu Santo

[Continuación del sermón en Healdsburg, Cal., 26 de septiembre de 1891.]

EGW

"Porque crecerá delante de él", dice el profeta Isaías, "como planta tierna, y como raíz de tierra seca; no tiene forma ni hermosura; y cuando le viéremos, no hay belleza para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados."

Jesús no vino a la tierra con la gloria que le pertenecía en los atrios del cielo. Se revistió de los vestidos de la humanidad, para revelar a muchos la misericordia y la compasión del Padre, entrando en la más estrecha relación con los hijos de los hombres. Vistiendo su divinidad con la humanidad, dio un paso tras otro en el camino de la humillación, para poder salvar hasta el extremo a todos los que por él se acercaran a Dios.

Si hubiera venido en la gloria de un ángel, los hombres no habrían podido soportar su resplandor; pero vino tomando forma de hombre, en todo semejante a sus hermanos, tentado en todo según nuestra semejanza, para ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere.

En vista de lo que Jesús ha soportado por nosotros, ¿tenemos algún motivo de orgullo? ¿Tienes grandes talentos? ¿Quién te los dio? Fue Cristo; los dio para que los emplearais en su servicio. Necesitamos la iluminación del Espíritu Santo, para que nos demos cuenta de cuál es nuestra obligación, y tengamos poder de lo alto para llevar a cabo nuestros propósitos de servir a Dios y sólo a Él. Pero qué poco se habla del Espíritu Santo, aunque es una influencia divina por la que hemos de llegar a las almas de los hombres. Deberíamos estudiar sobre este tema. Deberíamos hablar de ello en nuestras familias, en nuestras reuniones, y orar para que seamos bautizados con el Espíritu de Dios. El Espíritu Santo no vendrá sobre el hombre cuya mente es una autopista para la sensualidad. No podemos darnos el lujo de burlarnos del pecado. No podemos permitirnos decirle al pecador: "Te irá bien". Sólo podemos señalar al transgresor al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

Cuando el corazón se vacíe del yo, estará preparado para el bautismo del Espíritu Santo, y entonces estarás capacitado para fortalecer a las ovejas y corderos del rebaño de Cristo; porque el yo estará escondido con Cristo en Dios. El Espíritu de Cristo se manifestará en vuestra vida diaria. El apóstol dice: "Sed santos en toda vuestra manera de vivir". Debéis ser hallados sin mancha ni arruga ni cosa semejante. Todo vuestro cuerpo, alma y espíritu han de ser guardados irrepreensibles para la venida del Señor. Lo que necesitamos es la profunda moción del Espíritu de Dios; porque la norma de la vida cristiana está expresada en estas palabras: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas.... Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

Para cumplir este requisito divino, necesitamos mirar a Aquel a quien nuestros pecados han traspasado, y ser transformados a Su imagen. Necesitamos la investidura del Espíritu Santo.

Los que profesan esperar la venida de Cristo están representados en la parábola por las cinco vírgenes prudentes y las cinco insensatas. Las vírgenes prudentes tenían aceite en sus vasijas con sus lámparas; tenían sus lámparas recortadas y encendidas, y estaban listas para salir al encuentro del esposo. Pero las vírgenes insensatas no tenían aceite en sus vasijas; y cuando sonó el grito solemne, fueron halladas desprevenidas, y no pudieron salir al encuentro del esposo. Muchos profesan ser sabios, pero ¿tienen el Espíritu Santo? Como pueblo, profesamos conocer la verdad, pero ¿de qué servirá esto si no ponemos en práctica sus principios en nuestra vida? Cuántos dicen: "Oh, sí, la venida de Cristo está a la puerta. El fin está tan cerca que no hay tiempo para llevar el mensaje a los que están sentados en las tinieblas. No hay necesidad de gastar dinero en obras extranjeras; porque el fin vendrá antes de que se cumplan". ¿Es ésta la manera en que lleváis a cabo el mandato de vuestro Señor venidero, de predicar el evangelio en todo el mundo para testimonio a todas las naciones? Es vuestro deber estar preparados para la venida del Señor, y no podéis estar preparados si no cumplís sus mandatos. Hay algunos que parecen no sentir ninguna responsabilidad en cuanto a pagar sus diezmos en la tesorería del Señor. Ellos retienen de Aquel que les ha dado todo lo demás, la pequeña porción que Él ha nombrado como suya. Dicen que no pueden ver que es su deber pagar el diezmo; pero no hay razón para que no lo vean, excepto que el yo está ante sus ojos.

Que Dios te ayude para que te arrepientas, y pagues tus honestas deudas a Dios, diciendo: "De lo tuyo te hemos dado". Dios nos lo ha dado todo, proporcionándonos la lluvia, el sol, el rocío y todas las bondades de la naturaleza, ¿y podemos ser duros de corazón, ingratos y egoístas? ¿No pensaríais que, naturalmente, os alegraríais de devolver a Dios lo suyo? Si alguien está robando a Dios, puede ver estudiando la Biblia que debe arrepentirse y restituir; porque su caso ha sido presentado en la palabra de Dios. Debe temer continuar en ceguera de mente, no sea que por su egoísmo pierda la vida eterna, que Cristo murió para obtenerle.

El Señor dice respecto a los que retienen sus diezmos: "¿Robará el hombre a Dios? Pues a mí me habéis robado. Pero vosotros decís: ¿En qué te hemos robado?". Y la respuesta es: "En los diezmos y ofrendas.... Traed todos los diezmos al alfolí, para que haya alimento en mi casa, y probadme ahora en esto,

dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde. Y reprenderé por vosotros al devorador, y no destruirá los frutos de vuestra tierra; ni vuestra vid dará su fruto antes de tiempo en el campo, dice el Señor de los ejércitos. Y todas las naciones os llamarán bienaventurados; porque seréis tierra de delicias, dice el Señor de los ejércitos."

Jesús dice: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa, cenaré con él y él conmigo". Dios pide su porción; llama a la puerta del corazón. Hemos de despojarnos de todo lo que separa nuestras almas de él. Cuando esto se haga, veremos la salvación de Dios.

El alma vale más que el mundo entero. Jesús ha dicho: "¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre a cambio de su alma?". Hay almas que salvar. El evangelio debe ser predicado en todo el mundo para testimonio, y que Dios nos ayude a cumplir con toda la responsabilidad que Dios nos ha dado. Si tuviéramos un sentido realista del valor de las almas, ¿nos encontraríamos gastando dinero y tiempo en la decoración innecesaria de nuestras personas o nuestros hogares? ¿Estaríamos satisfechos sirviéndonos sólo a nosotros mismos? Deberíamos abrir nuestras Biblias a los que nos rodean. El trabajo de advertir al mundo no recae totalmente sobre el ministro. Cada cristiano tiene un trabajo que hacer, y que cada uno se resuelva a estar limpio de la sangre de las almas. Si estuvierais consagrados al Maestro, vuestras oraciones, como hoces afiladas, seguirían a los obreros en el campo de la mies, y seríais obreros junto con Dios. Elevaos por encima del mundo y fijad vuestros ojos en Aquel que es el más grande entre diez mil, el único y el más hermoso.

Todo el cielo ha sido derramado en el rico don de Cristo. Cuando Dios dio a su Hijo, dio el regalo más selecto del cielo. Los tesoros del cielo están a sus órdenes. No hemos de ir con nuestras propias fuerzas, sino con la fuerza del Señor, porque él ha dicho: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." No hay límite al poder que puede ser concedido al obrero de Dios. Jesús dice: "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis, y os será hecho". ¿Crees en esa promesa? Nuestras mentes han estado tan absortas en las cosas terrenales que hemos perdido de vista las celestiales, y que Dios nos ayude a despertarnos antes de que sea eternamente demasiado tarde.

Al tratar de reformar nuestras vidas, no nos fijemos en los defectos de nuestros hermanos; hemos de copiar el Modelo. Cuando el Maestro encargó a Pedro cierto deber, señaló a Juan y preguntó: "Señor, ¿y éste qué hará? Jesús le dijo: Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa? sígueme". Has de tener la vista fija en la gloria de Dios. Un santo en la tierra debe ser lo que es un santo en el cielo. Un hombre en la iglesia será la misma clase de cristiano allí como lo es en su familia. Si es cristiano en su hogar, lo será en el cielo. ¿Cómo es tu caso? ¿Resistirás la prueba? El Señor traerá sobre ti circunstancias que te llevarán a manifestar tu verdadero carácter. Serás probado en un punto, y luego en otro, hasta que se manifieste si tienes o no el espíritu de un verdadero cristiano.

Si los que manejan la palabra de Dios se acercan a Dios como niños pequeños, verán de su salvación, y Jesús caminará entre ellos para hacerlos vasos para honra. Los que siguen la luz no tienen por qué preocuparse de que en el derramamiento de la lluvia tardía no sean bautizados con el Espíritu Santo. Si queremos recibir la luz del glorioso ángel que iluminará la tierra con su gloria, procuremos que nuestros corazones se limpien, se vacíen de sí mismos y se vuelvan hacia el cielo, a fin de que estén preparados para la lluvia tardía. Preparémonos para participar en el anuncio del ángel que iluminará la tierra con su gloria. Seamos colaboradores de Cristo. Ahora es el momento de dejar morir el yo, de crucificar la carne, con los afectos y las concupiscencias, de negar las apetencias del apetito y de la pasión. Las mentes de muchos son canales de pensamientos impuros. No se dan cuenta del carácter ofensivo del pecado. Os exhorto a limpiar el camino del Rey. Sobre ustedes recaen pesadas responsabilidades, pues han de representar el carácter de su Señor ante el mundo. La fe sin obras está muerta. Debe haber obras correspondientes, o la fe carece de valor, es una mera pretensión, una profesión vacía. Debéis manifestar vuestra fe mediante una vida de integridad, haciendo evidente que Cristo mora en el corazón, y que sois capaces de mostrar cuál es la esperanza de su llamamiento.

Entonces pregúntate: "¿Soy cristiano? ¿Estoy mirando al Autor y Consumador de mi fe? ¿Está centrada en él mi esperanza de vida eterna? ¿He caído sobre la roca y me he quebrantado?". Que Dios nos ayude a entregarle todo, a buscarle como nunca, a que sea encontrado por nosotros y a amarle de todo corazón.

Bien puedes alarmarte por tu alma si permites que los afanes suplanten la verdad de Dios en tu corazón. Si tus asociados son mundanos que te halagan, diciéndote lo inteligente que eres, y las grandes cosas que puedes hacer, y amas estas

tonterías inmorales, bien puedes sentir que estás en peligro; porque tu gusto moral está pervertido, tus percepciones están embotadas.

Sra. E. G. White

8 de agosto de 1892

La necesidad de recibir el Espíritu Santo

[Conclusión del sermón predicado en Healdsburg, Cal., el 26 de septiembre de 1891.]

EGW

Al arrepentirnos de nuestros pecados, no necesitamos entrar en una celda, como hizo Lutero, y flagelarnos como castigo por nuestra iniquidad, pensando con ello ganar el favor de Dios. La pregunta la hace el profeta: "¿Con qué me presentaré ante el Señor, y me inclinaré ante el Dios alto? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se complacerá el Señor en millares de carneros, o en diez millares de ríos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mi cuerpo por el pecado de mi alma? Él te ha mostrado, oh hombre, lo que es bueno; ¿y qué pide el Señor de ti, sino que hagas justicia, ames la misericordia y caminos humildemente con tu Dios?". Dice la Escritura: "Al corazón contrito y humillado, oh Dios, no despreciarás". "Mas a éste miraré, al pobre y contrito de espíritu, que tiembla a mi palabra". "Cercano está el Señor a los quebrantados de corazón, y salva a los contritos de espíritu". "No quieres sacrificio; si no, yo te lo daría; no te deleitas en el holocausto". Los sacrificios de Dios son un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y contrito, oh Dios, no despreciarás." "Porque así dice el alto y sublime que habita la eternidad, cuyo nombre es Santo: Yo habito en el lugar alto y santo, también con el que es de espíritu contrito y humilde, para reanimar el espíritu de los humildes, y para reanimar el corazón de los contritos."

Debes morir a ti mismo, crucificar la carne, con los afectos y las concupiscencias. No necesitas idear maneras y métodos para llevar a cabo tu propia crucifixión; las penitencias autoinfligidas no sirven de nada, y se encontrarán inútiles cuando te llegue la prueba. Debemos entregar el corazón a Dios, para que nos renueve y santifique, y nos prepare para sus atrios celestiales. No hemos de esperar un tiempo especial, sino entregarnos hoy a él, negándonos a ser siervos del pecado. ¿Creéis que podéis dejar el pecado por vuestras propias fuerzas humanas, poco a poco? No podéis hacerlo; Jesús fue tratado como

pecador cuando asumió la semejanza de la carne pecadora, para que el pecador pudiera ser tratado como justo. El Padre nos ama a los que creemos en Cristo como ama a su Hijo unigénito. Así, por la fe podemos captar la justicia de Cristo, y nuestro Salvador nos salva de todo pecado. El alma convertida odiará lo que Cristo odia y amará lo que Cristo ama. ¿Acaso no ha hecho provisión, mediante su muerte y sufrimiento, para limpiarte del pecado? Debes tomar la sangre de Jesús y aplicarla a tu corazón por la fe; porque sólo eso puede hacerte más blanco que la nieve. Pero tú dices: "La entrega de todos mis ídolos romperá mi corazón". Esto es lo que se necesita. Al renunciar a todo por Dios, caes sobre la roca y eres quebrantado. Renuncia a todo por él sin demora, porque a menos que estés quebrantado, no vales nada.

¿Por qué esperar más? Por qué no tomarle la palabra a Dios y decir: "Me entrego a ti; es todo lo que puedo hacer". Si Satanás viene a poner su sombra entre tú y Dios, acusándote de pecado, tentándote a desconfiar de Dios y a dudar de su misericordia, di: "No puedo permitir que mi debilidad se interponga entre Dios y yo; porque él es mi fuerza. Mis pecados, que son muchos, son cargados sobre Jesús, mi divino sacrificio". Satanás desea mantenerte en los bajos fondos del pecado, pero ¿no decidirás que te liberarás? ¿No dirás:-

"Nada en mi mano traigo,
Simplente a tu cruz me aferro"?

Jesús quiere todo lo que hay de ti. Ha pagado un precio infinito por tu alma; todo lo que tienes y eres le pertenece. Que Dios te ayude a mirar y a vivir. Cristo viene dentro de poco. Ha sido nuestro hermano en el sufrimiento, y ¡qué alegría nos da esperar que pronto le veremos tal como es! Sufriremos aquí sólo unos días más, y luego entraremos en una eternidad de felicidad; porque hay descanso en el reino de Dios. Para los que pelean la buena batalla de la fe, está reservada la gloria de una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible. Que la determinación de cada alma sea: "Debo correr la carrera con paciencia; debo vencer". Si no vencemos, perdemos la corona; y si perdemos la corona, perdemos todo; hay pérdida eterna para nosotros. Pero si alcanzamos la esperanza de nuestra vocación, ganamos la corona, ganamos todas las cosas; nos convertimos en herederos de Dios y coherederos con Cristo.

¿Qué mayor recompensa podríamos desear que la presentada en la palabra de Dios? La invitación se extiende a todos: "El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente". Hemos de vivir al día para Dios, y no cargar con las cargas del mañana. Debemos pelear la buena batalla de la fe hoy; y cuando llegue el

mañana, se nos dará la fuerza para sus deberes. La pregunta hoy debe ser: "¿Soy del Señor? ¿Tengo hoy el testimonio del Espíritu? ¿Viene hoy mi nombre a los labios del divino Intercesor? ¿Soy hoy colaborador de las inteligencias celestiales? ¿Estoy hoy trabajando con Dios? ¿Soy hoy centinela sobre los muros de Sión, dando la voz de alarma al pueblo, diciendo: "Llega la mañana y también la noche"?"

Cuando el centinela da la alarma, ¿el pueblo no participa en la obra de advertir al mundo? ¿Escuchan la voz del centinela sólo para continuar indiferentes y actuar como si no hubieran oído nada? No; deben captar el mensaje de advertencia y esperanza, y hacerlo resonar de nuevo, siguiendo el mandato de la Escritura: "El que oye, diga: Ven". El pueblo debe estar listo para oír la palabra, y luego debe llamar a otros para que capten el mensaje divino del trono de gloria, y lo envíen a los que están sentados en tinieblas. Si esta fuera la actitud de la iglesia, ¿creen ustedes que habría división y discordia, conjeturas malignas, malas palabras y críticas entre los que profesan ser seguidores de Cristo? Que Dios nos ayude para que todos nos convirtamos y seamos conscientes de la importancia de los tiempos en que vivimos. Las luces inferiores deben mantenerse encendidas.

Dices que quieres el cielo. ¿Cuánto lo deseas? ¿Cuánto vale tu fe? Pondrás en práctica toda la fe que tengas. ¿Cuál será el veredicto del juicio si vas a tu granja, a tu familia, a tus asuntos terrenales, y no te importa el mensaje del cielo? Hay un mundo que debe ser advertido, y mientras tú duermes, Satanás está sembrando cizaña. Todo el cielo está interesado en la obra que ocupa la atención de Cristo y de sus ángeles en la corte celestial, ¿y seréis indiferentes vosotros que habéis sido comprados a un costo infinito? Lo que necesitamos es elevación de carácter, nobleza de alma. Gracias a Dios, no es demasiado tarde para que se corrijan los errores. Todavía podemos encontrar perdón; todavía podemos encontrar un escondite en la Roca de las Edades, que ha sido hendida para nosotros. Todavía podemos aceptar la luz y crecer en Cristo, nuestra cabeza viviente. Jesús dice al alma temblorosa y arrepentida: "Que eche mano de mi fuerza, para que haga las paces conmigo; y hará las paces conmigo." "Venid ahora, y estemos a cuenta, dice el Señor; aunque vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana." ¿Le dejarás razonar contigo? ¿Le confiarás la custodia de tu alma como a un Creador fiel? Ven, pues, y vivamos a la luz de su rostro, y oremos como David: "Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve.... Devuélveme el gozo de tu salvación, y sostenme con tu Espíritu libre. Entonces enseñaré a los

transgresores tus caminos; y los pecadores se convertirán a ti.... Señor, abre mis labios, y mi boca proclamará tus alabanzas".

15 de agosto de 1892

"Pedid y recibiréis"

EGW

"Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá". No debemos temer que nos encontremos en extremos a la derecha o a la izquierda al buscar al Señor. Debemos avanzar, preguntándonos a cada paso: ¿Es éste el camino que el Señor quiere que siga? Hemos de consagrarnos a él, para poder prestarle un servicio aceptable. Cualquiera que sea nuestra vocación en la vida, podemos hacer nuestro deber con un solo ojo para la gloria de Dios. Estamos llamados a realizar nuestras tareas diarias con exactitud y fidelidad, conscientes de que Jesús tiene sus ojos puestos en nosotros, y de que estamos haciendo nuestro trabajo por su causa. Ya sea agradable o desagradable, debemos cumplir con el deber que está directamente en nuestro camino. Si el Señor quiere que llevemos un mensaje a Nínive, no le será tan agradable que vayamos a Jope o a Cafarnaún. El Señor tiene razones para enviarnos al lugar al que nuestros pies se dirigen. Puede haber almas suplicando a Dios por luz en el mismo lugar al que el Señor te llama, y Dios quiere que les aclares el camino de la salvación.

Cuando se nos llama a trabajar por los que amamos, por duro que sea el trabajo, por desagradable que sea, podemos hacerlo con facilidad y gracia. Cuando el corazón está lleno de amor a Jesús y a aquellos por quienes Él murió, todo nuestro servicio se hará fácil; por Él la carga será ligera. Estamos rodeados de responsabilidades, y sentimos que es necesario ejercer nuestra influencia totalmente del lado del Señor. Cuando nos damos cuenta de lo que implica nuestro servicio a Cristo, nos sentimos impulsados al trono de la gracia para pedir al Señor las cosas que necesitamos. Aquel cuyos ojos están ungidos con discernimiento espiritual siente que significa algo ser un obrero junto con Dios. Se dará cuenta de que es peligroso confiar en uno mismo, porque la confianza en uno mismo es vana. Sólo cuando aceptamos una responsabilidad solemne, confiando en Dios y desconfiando de nosotros mismos, podemos llegar a ser obreros eficientes en su causa. Revestirnos de humildad no significa que seamos enanos en intelecto, deficientes en nuestras aspiraciones y cobardes en nuestras vidas, rehuendo todas las cargas por temor a no llevarlas con éxito. En la fuerza

de Cristo hemos de asumir nuestras responsabilidades, llevándolas por su causa y acudiendo siempre a Él en busca de descanso.

Jesús dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Hemos de acudir al Señor con todas nuestras cargas, buscando la sabiduría de lo alto para que nos guíe a cada paso.

No necesitamos caminar con tropiezos o en la incertidumbre. Si pedimos guía al Señor, la promesa es: "La recibiréis". La promesa es sí y amén en Cristo Jesús. "Buscad y hallaréis". Esto es lo que tenemos que hacer cada hora de nuestra vida; porque si buscamos el camino correcto con sinceridad, lo encontraremos. Debemos sentir la necesidad de la ayuda del Señor, y buscarla en humilde oración. Hay necesidad de depender de Dios; porque Cristo ha dicho: "Sin mí nada podéis hacer".

Por muy activo que seas, si Jesús no está en todo lo que haces, tu trabajo tendrá sabor a ti mismo, deshonrará su santo nombre, perjudicará a otros y será considerado peor que nada. Un servicio que brota del yo no puede ser sancionado con la presencia de Cristo, y no traerá recompensa al trabajador, sino que dará a su nombre un lugar en el bando perdedor. Es vano pedir al Señor que te ayude a hacer una obra que tendrá una influencia perjudicial sobre los demás, y traerá desgracia sobre su causa.

Cuántos buscan ganar el cielo a su manera. Van al Señor con oraciones hipócritas, y hacen como el fariseo, presentan sus méritos ante el Dios del cielo, y se hacen una ofensa ante Dios. No se abrirá la puerta a los que llamen así. Para el buscador sincero y humilde, las promesas de Dios están llenas de esperanza y seguridad. El pedir, el buscar, el llamar, son las cosas a las que debemos prestar nuestra primera atención. El mundo, nuestros asuntos temporales y personales, no deben ser puestos en primer lugar, y nuestro interés espiritual debe ser considerado en segundo lugar. El Señor dice: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas". Por medio del nombre de Jesús, el abogado divino, has de acudir como pecador arrepentido a un Padre misericordioso y perdonador, creyendo que hará exactamente lo que ha prometido. Que los que desean la bendición de Dios llamen y esperen en el trono de la misericordia con firme seguridad, diciendo: "Porque tú, Señor, has dicho que todo el que pide recibe; y el que busca halla, y al que llama se le abrirá". Para no dejar ninguna posibilidad de incredulidad o

malentendido o mala interpretación de su palabra, el Señor repite su promesa; hace que la seguridad sea doblemente segura. Anhela que los que buscan a Dios crean en Aquel que todo lo puede. Jesús miró a los que estaban reunidos para escuchar sus palabras, y deseó fervientemente que aquella gran multitud mixta comprendiera sus privilegios y apreciara la misericordia, la beneficencia y la bondad amorosa de Dios. Trató de aclarar el asunto a su oscurecido entendimiento mediante el uso de la ocurrencia más familiar y común. Dice: "¿Qué hombre hay de vosotros, a quien si su hijo le pide pan, le dará una piedra? o si le pide un pez, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan?". Cristo les hace un llamamiento sobre la base de su amor paternal natural. El padre no se apartaría de su hijo hambriento que le pide pan; y ¿habría alguien de deshonrar a Dios imaginando que no respondería a las súplicas de sus hijos? ¿Le creerían capaz de jugar con su hijo, de tentarle aumentando sus expectativas sólo para defraudarlas? ¿Prometería darle comida buena y nutritiva, y luego le daría una piedra? Pues si vosotros, siendo humanos y malos, dais cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan? El Señor asegura a los que se lo pidan que les dará el Espíritu Santo.

(Continuará.)

22 de agosto de 1892

"Pedid y recibiréis"

(Concluido.)

EGW

Si los cristianos dan la impresión, con una actitud afligida, de haber sido defraudados por el Señor, tergiversan a su Padre Celestial y ponen argumentos en boca de sus enemigos. ¡Qué falsa es tal impresión cuando los dones de Dios se conceden gratuitamente a los que buscan, a los que piden, a los que llaman! El Señor no pone condiciones, salvo que tengas hambre de su misericordia, desees su consejo y anheles su amor. "Pide". El pedir pone de manifiesto que te das cuenta de tu necesidad; y si pides con fe, recibirás. El Señor ha empeñado su palabra, y no puede fallar. El que sientas y sepas que eres pecador es el argumento más eficaz que puedes presentar a Dios para pedir su misericordia y compasión. Las condiciones para acercarte a Dios no son que seas santo, sino que pidas a Dios que te limpie de todo pecado y te purifique de toda iniquidad.

Las palabras de Jesús en relación con la promesa de recibir al presentar tu petición a Dios tienen una aplicación para cada alma. Dice: "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan?". O, como dice Lucas: "¿Cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?". En las enseñanzas de estos versículos no hay un lugar en el que poner una clavija para colgar una duda. En la relación elegida para representar el amor de Dios, el alma suplicante es llevada cerca del corazón de Jesús. El Espíritu Santo imparte amor, alegría, paz, fortaleza y consuelo; es como una fuente de agua que salta para vida eterna. La bendición es gratuita para todos: "Venid a las aguas todos los sedientos, y el que no tiene dinero; venid, comprad y comed; sí, venid, comprad vino y leche sin dinero y sin precio. ¿Por qué gastáis dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Escuchadme con atención, y comed lo que es bueno, y que vuestra alma se deleite en la grosura." Con corazón desbordante podéis decir:-

"En mi mano ningún precio traigo,
Simplemente a tu cruz me aferro".

Entonces ven, busca y encuentra. La reserva de poder está abierta, es plena y gratuita. Venid con corazones humildes, sin pensar que debéis hacer algo bueno para merecer el favor de Dios, o que debéis mejorar antes de poder venir a Cristo. Nunca podrás hacer nada para mejorar tu condición. En el nombre de Jesús, ven con plena certeza de fe, porque eres pecador; porque Cristo dijo: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento". Acércate a Dios, y él se acercará a ti. Debes pedir, buscar, llamar y creer que eres aceptado por medio de Cristo Jesús, confiando sólo en Él para que haga por ti lo que nunca podrás hacer por ti mismo.

Ningún hombre puede mirar dentro de sí mismo y encontrar algo en su carácter que lo recomiende a Dios, o que asegure su aceptación. Sólo a través de Jesús, a quien el Padre dio por la vida del mundo, el pecador puede encontrar acceso a Dios. Sólo Jesús es nuestro Redentor, nuestro Abogado y Mediador; en él está nuestra única esperanza de perdón, paz y justicia. Debes confiar en él, diciendo:

"Tal como soy, sin una súplica,
Sino que tu sangre fue derramada por mí,
Y que me ordenaste venir a ti,
Oh Cordero de Dios, vengo, vengo".

Jesús es nuestro sacrificio expiatorio; no podemos hacer expiación por nosotros mismos, pero por la fe podemos aceptar la expiación que se ha hecho. "Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios". "No fuisteis redimidos con cosas corruptibles, ... sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación". "La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado". Es en virtud de esta sangre preciosa que el alma afligida por el pecado puede ser restaurada a la sanidad. Mientras elevas tu petición a Dios, el Espíritu Santo aplica a tu corazón las fieles promesas de Dios. En momentos de perplejidad, cuando Satanás sugiera duda y desaliento, el Espíritu del Señor levantará como estandarte contra él las fieles palabras de Cristo, y los brillantes rayos del Sol de Justicia centellearán en tu mente y en tu alma. Cuando Satanás te abrume con la desesperación, el Espíritu Santo te señalará la intercesión hecha por ti por un Salvador vivo. Cristo es la fragancia, el incienso santo, que hace que tus peticiones sean aceptables al Padre. Cuando la luz de la justicia de Cristo sea plenamente comprendida y aceptada, el amor, la alegría, la paz y una gratitud inexpresable invadirán el alma, y el lenguaje del bienaventurado será: "Tu mansedumbre me ha engrandecido."

Oración inoportuna

Al acercarse a Dios debe ofrecerse la oración de importunidad: "No te soltaré si no me bendices". Se os invita a exponer todas vuestras perplejidades ante el Señor; pero no complazcáis al enemigo vertiéndolas en la mente de los demás, no sea que tropiecen en ellas para su ruina. Jesús sabe curar todos los males del alma. Cuando suplicamos al Señor que se apiade de nosotros en nuestra debilidad y angustia, que nos guíe por su Espíritu Santo, para que comprendamos su palabra, no se apartará más de la oración del humilde suplicante que el padre del niño hambriento que acude a él en busca de pan. Cuando te apartes de la cisterna rota que no puede contener agua, y en el nombre de Jesús, tu Abogado, acudas directamente a Dios, pidiendo las cosas que necesitas, las dificultades desaparecerán, la justicia de Cristo se revelará como tu justicia, la virtud de Cristo como tu virtud. Entonces comprenderás que la justificación sólo puede venir por la fe en Cristo; porque en Jesús se revela la perfección del carácter de Dios; en su vida está la revelación del genuino principio de la verdadera santidad. Mediante la sangre expiatoria de Cristo, el pecador es liberado de la esclavitud y la condenación; mediante la perfección del Sustituto y Fianza sin pecado, puede correr en la carrera de la humilde obediencia a todos los mandamientos de Dios. Sin Cristo está bajo la condenación de la ley, es siempre un pecador, pero por la fe en Cristo es hecho

justo ante Dios, y amando a Dios, guarda sus mandamientos, y se da cuenta por un conocimiento experimental de que el Padre lo ama, y toma su morada con él.

29 de agosto de 1892

"Los que han hecho el bien"

EGW

"No os maravilléis de esto; porque vendrá hora, en la cual todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán; los que hicieron lo bueno, a resurrección de vida; y los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación." Son los que han hecho el bien los que saldrán a la resurrección de vida. La pregunta más importante para nosotros es: ¿Cómo podemos hacer el bien? El mayor bien que podemos hacer es ayudarnos unos a otros a convertirnos en sinceros seguidores de Cristo, y en el día de Dios no tendremos excusa para no hacer el bien a los que nos rodean. Debemos amar a Dios supremamente y a nuestro prójimo como a nosotros mismos, y el Señor Jesucristo ha provisto medios por los cuales podemos cumplir las condiciones sobre las cuales podemos obtener la vida eterna. No podemos hacer el mal, y obrar la maldad, y sin embargo estar justificados ante Dios al fin. Ahora es nuestro día de prueba, y ahora debemos perfeccionar caracteres que resistan la prueba del juicio. Cuando Cristo venga, no habrá cambio de carácter; esto mortal se vestirá de inmortalidad, y esta corrupción se vestirá de incorrupción; y los que estén vivos y permanezcan en la tierra serán arrebatados para recibir al Señor en el aire, si sus caracteres son irreprochables y puros. La transformación del carácter debe tener lugar durante las preciosas horas de la probación.

Hay muchos que en su corazón murmuran contra Dios. Dicen: "Heredamos la naturaleza caída de Adán, y no somos responsables de nuestras imperfecciones naturales". Encuentran fallas en los requisitos de Dios, y se quejan de que él exige lo que ellos no tienen poder para dar. Satanás hizo la misma queja en el cielo, pero tales pensamientos deshonran a Dios. Y el Señor conoce de lejos nuestros pensamientos. Habla a su pueblo, diciendo: "Pueblo mío, ¿qué te he hecho, y en qué te he fatigado? testifica contra mí". Los que se quejan tienen la oportunidad de presentar sus acusaciones contra Él; su Hacedor les da la oportunidad de hablar. ¿Qué acusación tienes que presentar contra Aquel que gobierna en los cielos? ¿Qué tienes que decir contra Sus tratos contigo? ¿Qué contra Su gobierno? ¿Qué contra Su ley? Si tienes alguna excusa que ofrecer por tu negligencia en cumplir con las condiciones sobre las que se basa tu

salvación, hazla conocer ahora. Si tienes alguna excusa para pecar, para la impenitencia, para la codicia, o para la sensualidad, se te permite dar tus razones. Se escuchará a los que quieren justificarse a sí mismos por haber obrado mal, y culpar a Dios de su desobediencia. Alegan que han nacido con fuertes pasiones y apetitos, y que están rodeados de objetos que incitan a pecar, y en tales circunstancias ¿cómo es justo condenarlos? Pero Dios responde: "Hice todo lo que se podía hacer por vuestro antepasado Adán; le di las cualidades más nobles y las facultades más elevadas; mis exigencias le fueron leves. Fue porque no creyó en mi palabra, no eligió resistir la sencilla prueba que le impuse, sino que creyó en la palabra de mi enemigo, por lo que cayó de su santa condición. Pero en su condición caída, ¿no le envié ayuda? Envié a mi Hijo, que era igual a mí, para que viviera como ejemplo en la tierra y muriera por las transgresiones del hombre, para que no cometierais errores ni fracasarais en la obtención de la vida eterna."

Puesto que se han hecho tan amplias provisiones para nuestra salvación, ¿seremos excusables si no nos esforzamos por obtener la vida eterna? Dios ha dado a su Hijo amado la muerte para que nosotros nos salvemos. ¡Qué infinita condescendencia la del Dios del cielo! Por la muerte de Jesucristo, la vida y la inmortalidad salen a la luz. ¡Qué esperanza tenemos! Y con esta esperanza, ¿nos aferraremos al pecado? ¿No consentiremos en ser purificados de toda mancha? Nos corresponde escudriñar las Escrituras; porque dijo Cristo: "Ellas son las que dan testimonio de mí". Y mientras tengamos ante nosotros el precioso testimonio de la palabra de Dios, podremos ser oidores y hacedores de la palabra. Al ver la debilidad de la naturaleza humana, en lugar de tratar de justificarnos en el mal, familiaricémonos más con la palabra de Dios. Fortalecerá nuestras mentes en el tiempo de la tentación. No pensamos lo suficiente en la Biblia. Los ministros pueden explicar las Escrituras, pero esto no es suficiente; debemos practicar sus enseñanzas en nuestras vidas. Debemos fortificar nuestras almas con las preciosas promesas de Jesús. Debemos aprovechar toda la ayuda que Dios ha provisto para nosotros, para que no caigamos al fin. Si no está de acuerdo con vuestra inclinación estudiar la palabra de Dios, os ruego que supliquéis a Dios su divino Espíritu; porque los que aman a Jesús se consuelan en la comunión con Él.

Nuestro Padre Celestial pagó un precio infinito para que pudiéramos venir a él; y si nuestra vida pasada ha estado llena de pecado, ahora podemos arrepentirnos y venir a Dios. La promesa es que todos los que se arrepientan y se vuelvan de sus transgresiones serán perdonados. Nadie debe desanimarse porque su vida pasada haya estado marcada por caracteres censurables. Oíd lo que dice el Dios

del cielo: "Cuando yo dijere al justo que de cierto vivirá; si confiare en su propia justicia, y cometiere iniquidad, toda su justicia no le será recordada; pero por su iniquidad que cometió, por ella morirá. Además, cuando yo dijere al impío: De cierto morirás; si se apartare de su pecado, e hiciere lo que es lícito y recto; si el impío restituyere la prenda, devolviere lo que hubiere robado, anduviere en los estatutos de la vida, sin cometer iniquidad; de cierto vivirá, no morirá. Ninguno de sus pecados que haya cometido le será mencionado". "Venid ahora, y estemos a cuenta, dice Jehová; aunque vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana." Estoy tan agradecido hoy porque tenemos un Salvador vivo. Hay muchos que andan tan tristes como si Cristo estuviera todavía en la tumba de José con una gran piedra rodada ante la puerta. Nuestros corazones deberían estar llenos de esperanza y alegría, y deberíamos poder decir con lenguas agradecidas: Cristo ha resucitado, y está a la diestra de Dios para interceder por nosotros. Ha llevado su sangre al santuario, y nos limpiará de todo pecado.

Puesto que Jesús ha hecho un sacrificio tan infinito por nosotros, qué cruel es que permanezcamos indiferentes. Individualmente nos ha costado la vida el Hijo de Dios, y él desea que caminemos por la fe viva, creyendo en él de todo corazón. Quiere que introduzcas la verdad de Dios en el santuario interior, para ablandar y someter el alma; porque cuando Cristo habite en tu corazón por la fe, amarás a aquellos por quienes murió. Supongamos que la trompeta de Dios sonara esta noche, ¿quién está listo para responder con alegría? ¿Cuántos de ustedes clamarían: "Oh, detengan las ruedas del carro; no estoy listo"? ¿De cuántos se escribiría, como se escribió de Belsasar: "Pesado eres en balanza, y fuiste hallado falto"? Faltar en aquel día es faltar para siempre; porque cuando Cristo venga en las nubes del cielo con poder y gran gloria, debemos estar todos preparados para ser transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, y ser arrebatados para recibir al Señor en el aire. Tu única seguridad está en venir a Cristo, y dejar de pecar en este mismo momento. La dulce voz de la misericordia está sonando en tus oídos hoy, pero ¿quién puede saber si sonará mañana? Cuán preciosa será la aparición de Cristo para los que han hecho el bien en la tierra. Jesús, nuestro Redentor, vuelve al mundo, y todos los que creen en él, le aman y guardan sus mandamientos, podrán decir: "He aquí a nuestro Dios; le hemos esperado, y él nos salvará."

5 de septiembre de 1892

La justicia por Cristo

EGW

La santa ley de Dios es a la vez breve y completa, pues se comprende y recuerda fácilmente; y, sin embargo, es expresión de la voluntad de Dios. Su amplitud se resume en las siguientes palabras: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.... Amarás a tu prójimo como a ti mismo". "Haz esto y vivirás". "Guardad, pues, mis estatutos y mis decretos; si alguno los hiciere, vivirá en ellos; yo soy el Señor". "Maldito el que no confirmare todas las palabras de esta ley para ponerlas por obra. Y todo el pueblo dirá: Amén". "Pero sucederá que si no escuchas la voz de Jehová tu Dios, para guardar y poner por obra todos sus mandamientos y sus estatutos que yo te prescribo hoy, todas estas maldiciones vendrán sobre ti y te alcanzarán."

Si el transgresor ha de ser tratado según la letra de este pacto, entonces no hay esperanza para la raza caída; porque todos han pecado, y están destituidos de la gloria de Dios. La raza caída de Adán no puede contemplar otra cosa en la letra de este pacto que la administración de la muerte; y la muerte será la recompensa de todo el que trate vanamente de forjarse una justicia propia que satisfaga las exigencias de la ley. Por su palabra, Dios se ha obligado a ejecutar la pena de la ley sobre todos los transgresores. Una y otra vez los hombres cometen pecado, y sin embargo no parecen creer que deben sufrir el castigo por quebrantar la ley. Alardean de sus buenas intenciones ante el Señor, y tranquilizan sus conciencias suplicando su misericordia; pero el único motivo de esperanza para los hijos e hijas caídos de Adán es volverse de sus pecados y aceptar la justicia de Cristo, renunciando a toda esperanza de salvación sobre la base de la justicia propia. El Señor no puede salvar a nadie por sus buenas obras.

En el Evangelio de Cristo Jesús, proclamado por los ángeles como buena nueva de gran gozo, se revelaron plenamente las condiciones de la salvación. La ley se mantiene en toda su fuerza y pureza originales; ni una jota ni un tilde debe ser dejado de lado o alterado; porque la ley es la transcripción del carácter de Dios. Pero el Señor hizo un pacto de gracia por el cual su misericordia se extiende al hombre caído, y se hace una provisión tan amplia y poderosa para que las almas arruinadas por la caída puedan ser elevadas a la gloria, el honor y la inmortalidad. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida

eterna". Alrededor del trono de Dios está el arco iris de la alianza, símbolo de la palabra empeñada de Dios de que recibirá a todo pecador que renuncie a toda esperanza de vida eterna sobre la base de su propia justicia, y acepte la justicia del Redentor del mundo, creyendo que Cristo es su Salvador personal, capaz de salvarlo de su pecado y de evitar que caiga. A menos que Cristo sea el fundamento de nuestra esperanza, no heredaremos la vida eterna.

La provisión hecha para la salvación de los hombres mediante la justicia imputada de Cristo, no elimina la ley, ni disminuye en lo más mínimo sus santas demandas; porque Cristo vino para exaltar la ley y hacerla honorable, para revelar su gran amplitud y su carácter inmutable. La gloria del evangelio de la gracia por medio de la justicia imputada de Cristo, no ofrece otro camino de salvación que la obediencia a la ley de Dios en la persona de Jesucristo, el sustituto divino. En la antigua dispensación los creyentes eran salvos por la gracia de Cristo, tal como se presenta en el evangelio, tal como somos salvos hoy. El único medio de salvación es provisto bajo el pacto Abrahámico.

La condescendencia de Dios al extender su misericordia al pecador es descrita por Zacarías como una salvación que nos llega "por la entrañable misericordia de nuestro Dios, por la cual nos visitó la aurora de lo alto, para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte, para encaminar nuestros pies por camino de paz". Esta salvación viene a nosotros no como una recompensa por nuestras obras, no concedida por los méritos del hombre pecador, sino que es un don para nosotros, que tiene su fundamento para su concesión en la justicia inmaculada de Cristo. Es cuando el pecador se da cuenta de que está sin esperanza, perdido, condenado a la muerte eterna, incapaz de hacer nada para redimirse, y cree en Jesús como su justicia y salvación, que la palabra de Dios se cumple para con él. El Señor dice: "Tendré misericordia de sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades."

El salmista dice: "La ley del Señor es perfecta, que convierte el alma". El apóstol declara: "La ley es santa, y el mandamiento santo, y justo, y bueno". Entonces, ¿por qué razón debería el Señor hacer a un lado su ley para proporcionar un escape al pecador, o para hacer posible que transgreda impunemente? No hay ninguna razón, y la ley del Señor "permanece para siempre". En su sermón de la montaña Jesús dijo: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será

llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos."

Bajo el pacto de gracia, Dios exige del hombre exactamente lo que exigió en el Edén: obediencia perfecta. El pecador creyente, por medio de su divino Sustituto y Garantía, rinde obediencia a la ley de Dios. Cristo guardó la ley perfectamente, y por medio de él el creyente no perecerá, sino que tendrá vida eterna. Él dice: "Yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados por la verdad". La misericordia concedida al hombre es la recompensa del mérito de Cristo, "que se entregó a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras". Mediante el plan de salvación, Dios puede ser justo y, sin embargo, ser el justificador del que cree en Jesús.

Dice el apóstol: "La bondad y el amor de Dios nuestro Salvador para con los hombres se manifestó, no por las obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino que según su misericordia nos salvó, por el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo, que derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, fuésemos hechos herederos según la esperanza de la vida eterna." Ahora fíjate en lo que el apóstol dice de los que abrigan esta esperanza. Continúa: "Fiel es el dicho, y acerca de estas cosas quiero que afirmes con fiabilidad, a fin de que los que han creído a Dios procuren mantener buenas obras. Estas cosas son buenas y provechosas para los hombres". (Versión revisada.) Las buenas obras seguirán como las flores y los frutos de la fe. La apropiación de la justicia de Cristo se manifestará en una vida bien ordenada y en una conversación piadosa.

12 de septiembre de 1892

La promesa verificada a la fe

EGW

"Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá". Cuántos que piden una bendición del Señor se sorprenderían si recibieran su petición. Demuestra que no tenemos una creencia definida de que la bendición será concedida, que no tenemos una fe genuina de que Dios escuchará, que no esperamos la respuesta para que, cuando la recibamos, podamos relacionarla

con las oraciones que hemos ofrecido. El Señor dijo: "¿Qué hombre hay de vosotros, a quien si su hijo le pide pan, le dará una piedra? o si le pide un pez, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan?". Lucas dice: "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?"

Si tan sólo creyéramos, recibiríamos el Espíritu Santo. Se pregunta: "¿Acaso se ha acortado el brazo de Jehová para salvar, y se ha agravado su oído para oír?" No, él obra ahora en los corazones de los que piden, que creen que Dios es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos. No debemos desanimarnos si Satanás trata de leudar la mente con sutil incredulidad mientras estamos ocupados en la oración, y nuestros corazones están impresionados con la elevada norma de santidad a la que queremos llegar. El enemigo sugerirá que el Señor no nos guardará de pecar, ni nos hará obedientes a todos sus requerimientos. Dirigirá nuestra mente a nuestras imperfecciones pasadas, a nuestros pecados, fracasos y errores, y nos dirá que no debemos esperar salir vencedores al fin. No debemos escuchar las sugerencias del enemigo, ni pensar que nuestros propios esfuerzos pueden salvarnos, sino que debemos creer que Jesús hace el trabajo por nosotros. A veces cuando hemos ejercitado un poco de fe, hemos experimentado un poco de ayuda, y hemos esperado ser vencedores victoriosos. Pero, ¿hemos tenido fe en que por medio de Cristo seremos capaces de vencer toda tentación como él venció? Generalmente no hemos ejercitado esta cualidad de la fe.

Muchos piensan que no tienen tiempo para orar, o que sería inútil orar si tuvieran tiempo; porque tienen una herencia de rasgos de carácter no cristianos que son fuertes por herencia, y más fuertes por cultivo. El menor obstáculo a su voluntad despierta su combatividad y altera su temperamento. No estoy describiendo simplemente la experiencia de niños y jóvenes, sino la de hombres y mujeres, padres y madres, que han tenido una experiencia limitada en la vida cristiana. Han permitido que intereses seculares desvíen la mente y ocupen la atención. Han dado rienda suelta a una fuerte pasión por satisfacer la norma del mundo, y se han llenado de un deseo de alabanza humana. Mientras estén así despojados de sí mismos, no pueden esperar recibir respuestas a sus oraciones; porque los malos temperamentos y las inclinaciones corruptas harán que la oración no tenga ningún efecto. El salmista dice: "Si en mi corazón pienso en la iniquidad, Jehová no me oirá". La tremenda carga de maldad que pesa sobre estas almas debe ser descargada en el sepulcro, para que puedan creer, no por

impulso, sino por serena seguridad, que Dios es verdadero, sabiendo que todo lo que ha prometido lo cumplirá.

El Señor ha prometido dar el Espíritu Santo a los que se lo pidan, y como ilustración de nuestra necesidad y de su voluntad de darlo, presenta ante nosotros a un niño hambriento que pide pan a su padre terrenal. Se pregunta: "¿Qué hombre hay de vosotros, a quien si su hijo le pide pan, le dará una piedra? o si le pide un pez, ¿le dará una serpiente?". Apela al afecto fuerte y natural del padre por su hijo, y luego dice: "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?". ¿Es de extrañar que no recibamos, cuando no creemos? Si recibiéramos en nuestra condición de incrédulos, no apreciaríamos la gracia que Dios nos da, ni le daríamos gloria por los beneficios. "Gustad y ved que el Señor es bueno"; esto es pedir y recibir. Los que han gustado de la bondad de Dios no pueden guardarse para sí el conocimiento de esta bendición; porque Cristo es en ellos una fuente de agua que salta para vida eterna. Los más bendecidos por Dios tienen la morada más constante del Espíritu Santo, y difunden la luz del cielo a los demás. Donde hay misericordia que se distingue, hay siempre deber que se distingue. Jesús dijo a sus seguidores: "Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que lleváis mucho fruto; así seréis mis discípulos."

A nadie se le concederá gozar de la presencia de Cristo en el paraíso de Dios si no goza de su presencia y amor en esta vida probatoria, si no tiene un carácter semejante al suyo en la tierra. Puesto que nada menos que la semejanza a Cristo se espera de los seguidores de Jesús, Dios ha dejado abundantes promesas por las que esta expectativa puede cumplirse. El apóstol dice: "Gracia y paz os sean multiplicadas por el conocimiento de Dios y de Jesús nuestro Señor, según su divino poder nos ha dado todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad, por el conocimiento de aquel que nos llamó a gloria y virtud; por las cuales nos han sido dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fuésemos hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia". El almacén de recursos ilimitados se abre a todos los que llaman con fe.

La incredulidad es el pecado que tan fácilmente nos asedia; y este pecado es odioso para Dios. Por muy secreta que sea su obra en el corazón, el culpable es revelado y condenado ante el cielo. El Redentor del mundo ha empeñado su palabra diciendo: "Pedid y se os dará". ¿Es de extrañar entonces que la

bendición de Dios sea retenida cuando deshonras su nombre con tu incredulidad? ¿Quién te ha hecho estas promesas? Es Aquel que "de tal manera amó al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". ¿Quién es el que dice: "Pedid y se os dará"? El que vino al mundo para rescatarnos de la esclavitud de Satanás y hacernos hombres y mujeres libres en Cristo Jesús.

Entonces acude a Dios con plena certeza de fe, sabiendo que el que ha prometido es fiel y cumplirá su palabra. Como Habacuc, di: "Me pondré en guardia, me asentaré sobre la torre y vigilaré para ver qué me dice". Habiendo pedido al Señor cosas buenas, como un niño hambriento pide pan a sus padres, creed de corazón que el Padre celestial no os da el Espíritu por medida; porque a los que piden con fe se les dará el Espíritu Santo en su plenitud, tan libre como el río que sale del trono de Dios, calmando la sed de todos los que quieran venir a beber. Venid, pues, sintiendo que todo el Cielo os invita. Ven, pues, con fe firme, sabiendo que todo el Cielo te acoge. Afianza tu alma en la bendita certeza: Dios ha dicho esta promesa, Dios me ha invitado, no para burlarse de mí, no para defraudarme, pues antes de que yo llamara, él me estaba abriendo la puerta; mientras yo aún hablaba, él respondió: "Aquí estoy". Deja, pues, esa desconfianza de Dios; acércate ahora a él, y que todos los ángeles de Dios tengan ocasión de alegrarse, al ver a los sedientos participar de las aguas de la vida.

19 de septiembre de 1892

Nadie pone vino nuevo en odres viejos

EGW

"Y les dijo también una parábola: Nadie pone un pedazo de un vestido nuevo sobre uno viejo; si no, el nuevo se rompe, y el pedazo que se sacó del nuevo no concuerda con el viejo. Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo reventará los odres, y se derramará, y los odres perecerán. Pero el vino nuevo debe echarse en odres nuevos; y ambos se conservan. Y ninguno que haya bebido vino añejo desea luego el nuevo, porque dice: El añejo es mejor."

En la época en que Jesús pronunció esta parábola, el antiguo servicio típico pronto iba a desaparecer, y los atrios del templo iban a quedar desolados. Cristo, el gran Antitipo, a la vez Sacrificio y Sumo Sacerdote, revestido de su propia e inmaculada justicia, pronto iba a ser inmolado como un cordero sin defecto, por

los pecados del mundo. Pero tanto sus discípulos como los discípulos de Juan malinterpretaron la relación de su enseñanza con la doctrina de los escribas y fariseos. Los discípulos de Juan habían tratado de unir la enseñanza del reformador con las doctrinas sostenidas por los dirigentes judíos; pero la enseñanza de los escribas y fariseos se apresuraba rápidamente a decaer, y unir la verdad con su jerga de tradición haría que la confusión fuera aún mayor.

Los principios presentados por Cristo, la manera de observar las fiestas, de orar a Dios, no podían unirse adecuadamente a las formas y ceremonias del fariseísmo. En vez de cerrar la brecha que habían abierto las enseñanzas de Juan, las enseñanzas de Cristo harían más nítida la separación entre el viejo sistema y el nuevo, y el intento de unir ambos sólo conseguiría agrandar la brecha. Jesús ilustró este hecho diciendo: "Nadie echa vino nuevo en odres viejos; de lo contrario, el vino nuevo reventará los odres y se derramará, y los odres perecerán". Las botellas a las que se refiere en su ilustración estaban hechas de odres, y, después de haber sido usadas una vez como recipientes en los que echar el vino nuevo, carecían de valor para servir de nuevo para el mismo fin. En esta conocida ilustración, Jesús presentó la imposibilidad de hacer depositarios de la verdad viva del cielo a quienes se contentan con una religión legal.

Los que no quisieron recibir la luz y la gracia de Cristo, los que rechazaron la verdad que vino a traerles, fueron comparados a odres viejos, a vestidos inservibles y gastados. Rechazando ellos mismos la verdad, procuraban siempre sembrar la semilla de la duda y del cuestionamiento en la mente de los discípulos, a fin de que la verdad que Cristo les había revelado no hiciera mella en el corazón y en el espíritu. Exaltaban las ceremonias, las exacciones humanas y los mandamientos de los hombres, como más esenciales que las enseñanzas de Cristo. La diferencia entre las doctrinas frescas y puras del cielo y la enseñanza sin vida de los fariseos ponía de manifiesto el hecho de que la verdad vital de Dios no podía encontrar lugar para su expansión en los viejos ritos religiosos que estaban a punto de desvanecerse.

Como resultado del trato con Cristo, los discípulos fueron llevados a contemplar las preciosas gemas de la verdad recuperadas de los sistemas de error, y restablecidas en el marco de la verdad. A medida que sus mentes se expandían para comprender las doctrinas de Cristo, vieron que la fe que obra por el amor y purifica el alma no podía encontrar lugar de unión con la antigua religión de los fariseos, compuesta de ceremonias, mandatos y tradiciones de los ancianos. Un esfuerzo por unir las enseñanzas de Jesús con la religión establecida habría

demostrado el total error de tal proceder. Porque las nuevas doctrinas, como vino en fermentación, habrían reventado las viejas botellas en descomposición de la tradición farisaica. Para los fariseos, la enseñanza de Jesús era nueva en casi todos los aspectos, no era reconocida ni admitida como verdad. Profesaban tener respeto por la religión de Abel, Enoc, Noé, Abraham y Moisés. Pero, aunque Cristo enseñaba las verdades originales que habían sido encomendadas a los padres, su enseñanza era nueva para los fariseos, porque ellos habían pervertido, y malinterpretado, y cargado los requisitos de Dios, hasta que la verdad había perdido su significado y belleza originales.

Los fariseos se opusieron a las enseñanzas de Jesús con toda su fuerza, y Jesús se apartó de los líderes religiosos reconocidos para encontrar en otros nuevas botellas para el vino nuevo. En el pescador ignorante, en el publicano de la plaza del mercado, en la mujer de Samaria, en la gente común que le escuchaba con alegría, encontró sus nuevos odres para el vino nuevo. Los sacerdotes, los escribas y los gobernantes estaban estancados en la rutina de las ceremonias, las observancias y las tradiciones. Durante largos años habían perdido su vitalidad, y sus corazones se habían contraído, como las viejas botellas marchitas y secas con las que él los había comparado; pero en los pescadores, los samaritanos, los publicanos y los pecadores, Jesús encontró corazones que podía impresionar y convertir en receptáculos de su verdad divina.

El pueblo de Dios debe pasar de la luz a una luz mayor, o se volverá, como los fariseos, reacio a recibir luz adicional. Se encontrarán en la condición representada por las botellas marchitas y secas. En su fe religiosa serán inamovibles, inflexibles, como la higuera marchita y seca de raíz. Aquellos a quienes Jesús escogió para su obra eran personas a quienes el mundo prestaba poca atención; los pescadores, los despreciados publicanos y samaritanos, no tenían relación con las escuelas de los escribas y fariseos; pero Cristo vio en ellos las cualidades requeridas para la obra de Dios. Los fariseos consideraban su asociación con publicanos y pecadores como un asunto que merecía su condena, pues contrastaba marcadamente con sus hábitos, costumbres y tradiciones. Pero Cristo enseñó a sus discípulos lecciones relativas al amplio carácter de su reino, que había de perpetuarse a través de las edades eternas.

Las lecciones que Jesús enseñó en las parábolas deben estudiarse cuidadosamente; contienen instrucciones para su pueblo en estos últimos días, para que no cometamos los errores que cometió la nación judía en tiempos de Cristo. El Evangelio se predicó primero a los judíos; pero ellos se sentían sanos y sin necesidad de médico. Cristo vino a ministrar al alma enferma de pecado;

porque sólo se convertirán aquellos que sientan y sepan que son pecadores. Cristo vino exponiendo verdades preciosas para la aceptación de los hombres, presentando principios celestiales para ser entretejidos en la vida, otorgando beneficios espirituales para ser transmitidos a otros. Cristo, el consuelo de Israel, había venido a los suyos, pero los suyos no lo recibieron. Debía encontrar nuevas botellas para contener su vino nuevo.

¿Por qué las botellas viejas no podían contener el vino nuevo? ¿Por qué se rechazaron las lecciones de Jesús? La vida de Cristo debería haber sido una inspiración constante. Pero los escribas y fariseos lo rechazaron, porque permitieron que el orgullo, la ambición y la intolerancia se interpusieran en su camino. Jesús no siguió las enseñanzas de las escuelas; no copió ningún modelo viviente, ni extrajo sus lecciones de ninguna fuente terrenal. Sus enseñanzas eran la simplicidad misma, tan claras que un niño podía entenderlas, tan profundas que los prejuiciosos fariseos y sacerdotes no podían comprenderlas. Nadie sino un maestro celestial podía presentar una moral tan elevada con palabras tan sencillas, haciendo que sus dichos fueran aplicables a las necesidades de todos. El resplandor de la gloria del Padre se revelaba en el rostro de Jesucristo. Pero las botellas viejas no podían contener el precioso vino nuevo. Los intolerantes fariseos, escribas y gobernantes no tenían preferencia por el vino nuevo; estaban llenos del viejo y, hasta que no se vaciaran de las viejas tradiciones, las viejas costumbres y las viejas prácticas, no tendrían lugar en su mente ni en su corazón para la verdad de Cristo.

En la pregunta: "¿Qué haremos para obrar las obras de Dios?" se expone la actitud de escribas y fariseos; pues la pregunta quería decir: ¿Qué haremos para merecer el cielo? Obsérvese la respuesta de Cristo: "Esta es la obra de Dios: que creáis en el que él ha enviado". El precio del cielo es el Mesías. El camino al cielo es Cristo. "Esta es la obra de Dios: que creáis en el que él ha enviado". "Pero los fariseos se burlaban de su doctrina, y los saduceos se mofaban de él. La verdad más preciosa no podía encontrar armonía con las falsas teorías y mandamientos de los hombres. Pero el pueblo llano, que no estaba lleno del vino de la superstición y la tradición, le escuchaba con gusto. Reconocieron el poder celestial de su enseñanza, y quedaron encantados con la nueva verdad relativa a su reino. Muchos, muchos, encontraron el Pan vivo que bajó del cielo, y bebieron del Agua viva. Sus almas hambrientas se saciaron con el maná celestial y se refrescaron con las corrientes de la salvación. Al aceptar su doctrina, demostraron la verdad de sus palabras: "Mis ovejas conocen mi voz y me siguen".

Que no ocurra con nosotros, que vivimos en los últimos días, como con los fariseos. Que no se diga de nosotros, como de ellos, que no se puede echar vino nuevo en odres viejos. No permitamos que aquellos que han estado largo tiempo en la verdad, que han sido hechos depositarios de la ley de Dios, exalten las ideas y opiniones de los hombres por encima de la verdad del cielo que avanza, no sea que queden como botellas viejas y marchitas, cuyo lugar será llenado por botellas nuevas que el Señor seleccionará para el vino nuevo. Debemos estar en una posición en la que siempre tengamos apetito por el maná fresco, por el vino nuevo del cielo.

Cuídense todos de no imitar el ejemplo de los judíos y, temiendo tener que renunciar a alguna idea acariciada, o desechar algún ídolo de opinión, rechacen la verdad que desciende del Padre de las luces. La adhesión a la tradición fue la ruina de los judíos, y será la ruina de muchísimas almas en todas las épocas. Temamos contentarnos con lo que ya hemos adquirido, sino avancemos siempre con la luz, para que Jesús no tenga que desecharnos como botellas sin valor, cuando quiera presentarnos una nueva verdad.

26 de septiembre de 1892

"Tenéis que nacer de nuevo"

EGW

"Había un hombre de los fariseos, llamado Nicodemo, príncipe de los judíos; éste vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que eres un maestro venido de Dios; porque nadie puede hacer estos milagros que tú haces, si Dios no está con él." Este hombre era un gobernante, y tenido en gran estima por el pueblo, y le pareció una condescendencia que admitiera tanto como él a Cristo. Creyéndose justo, se asombró de la respuesta de Jesús: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios."

La ceguera de Israel para discernir las cosas espirituales cerró sus sentidos a la misión y la obra de Cristo. Este cambio representado como un nuevo nacimiento tendrían que experimentarlo antes de que pudieran asimilar el significado de lo que constituía el reino de Dios. Toda su concepción se había pervertido. Todo lo que podían ver era un reino temporal, establecido en Jerusalén, y no cambiarían estas ideas, porque querían esta clase de reino. Jesús tenía lecciones de la mayor importancia que dar al gobernante de Israel, y la lección que Cristo le dio es de la mayor consecuencia para toda alma. No son ni el aprendizaje profundo ni las altas posiciones ni las profesiones lo que da carácter al hombre.

La pregunta que hay que responder es: ¿Ha sido vivificado el hombre a la vida espiritual? ¿Es un hombre nuevo en carácter? En la medida en que el espíritu y la vida de Cristo están en nosotros, en esa proporción el hombre es iluminado y puede discernir las cosas espirituales. Hay mayor indulgencia en el pecado de lo que muchos sueñan, y el que comete pecado buscará toda clase de excusas para paliar el pecado.

Se dice que las iglesias tienen fe en Cristo para la salvación, pero ¿tienen fe en Cristo? Cristo ha dicho: "De cierto, de cierto os digo, que si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida". Esta unión vital con Cristo está representada por la unión de la vid y el sarmiento. Jesús dice: "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo quita; y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto. Ahora estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer." "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí." Aquí se representa la misma conexión vital con Jesucristo que se representa al comer su carne y beber su sangre.

Cristo venció toda tentación del enemigo, porque en él se combinaron la divinidad y la humanidad; pero no hay seguridad para ningún alma que tenga meramente una religión legal, una forma de piedad, una ronda de exacciones ceremoniales. Asistir a los servicios en sábado, rezar ocasional o regularmente, no hace a nadie cristiano. Lo importante es unirse a Cristo, creer en Cristo como Salvador personal, vivir por la fe en el Hijo de Dios. La pregunta que debe hacerse el alma es: "¿Soy partícipe de la naturaleza divina, representada como haber nacido de nuevo? ¿Se ha creado un nuevo gusto moral? Si no es así, el alma está en peligro de muerte. El que ha nacido de Dios es un hombre nuevo. "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas". La vieja voluntad imperiosa ha desaparecido. El orgullo es limpiado del alma. El egoísmo es desarraigado. El temperamento rápido y apasionado ya no domina al hombre; porque Jesucristo ha llevado los pensamientos cautivos a sí mismo. No hables más con tanta soberbia; que ninguna arrogancia salga de tu boca; porque el Señor es un Dios de

conocimiento, y por él se pesan las acciones. "¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así todo buen árbol da buenos frutos; pero el árbol corrompido da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol corrompido dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego. Así que por sus frutos los conoceréis. No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre hemos echado fuera demonios, y en tu nombre hemos hecho muchas maravillas? Entonces les diré: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad".

"La obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y el fuego probará la obra de cada uno de qué clase es. Si permaneciere la obra de alguno sobre la cual edificó, recibirá recompensa". ¿Por qué, pues, no se ejercitan los hombres en la piedad? Es porque no están injertados en el olivo manso. No están convertidos. Sus obras testifican de ellos que no permanecen en Cristo. No comen su carne ni beben su sangre, como lo representa Cristo. Si lo hicieran, tendrían por la fe una conexión vital con Cristo, y obrarían las obras de Dios. El carácter se transforma, no por un ligero cambio en algunas costumbres y prácticas, sino por una obra divina; porque el Señor dice: "Un corazón nuevo te daré". Esto es una muerte al yo y al pecado, y una vida completamente nueva. "Vivo yo", dijo Pablo; "pero no vivo yo, sino que Cristo vive en mí". ¿Ha sido injertado el pámpano seco en la cepa viva? Entonces, ¿el injerto ha tomado conexión con la vid fibra por fibra? ¿Es uno con la cepa madre? Si lo es, entonces dará el fruto de la vid. Si somos uno con Cristo, seremos semejantes a Cristo. Este es el gran poder de Dios. Y sin embargo se nos ordena: "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor. Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, según su beneplácito". Los grandes privilegios del cristiano se han abierto ante nosotros. El que depende diariamente de Cristo obrará a Cristo en espíritu, en palabras, en acciones. Puede verse obligado a reprender el pecado, a reprender, a exhortar, a reprender con toda longanimidad y doctrina. En ocasiones especiales su espíritu puede ser agitado en su interior para exponer el pecado y la maldad; pero en todo ello tiene el Espíritu de Cristo. Es una obra que debe hacerse. Podemos vivir una vida de estrecha conexión con Jesús, de unidad con Cristo. La mente debe mantenerse en un marco de oración, mirando a Jesús momento a momento, preguntando a cada paso: "¿Es éste el camino del Señor?". Esta es la forma en que Enoc caminó con Dios. Debemos ser aprendices unos de otros, y hacedores de la palabra de Dios.

Que los que creen en Jesús muestren su fe salvadora en una vida bien ordenada y una conversación piadosa. "Yo Jesús he enviado a mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, y la estrella resplandeciente de la mañana. Y el Espíritu y la esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven". Eso significa tú y yo. "Y el que tenga sed, que venga. Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente".

3 de octubre de 1892

La fe trae la luz

EGW

Jesús ha dicho: "Yo soy el que escudriña los riñones y los corazones; y daré a cada uno de vosotros según sus obras". Debemos estar agradecidos porque el Señor conoce nuestras circunstancias y experiencias. Jesús está cerca, junto a nosotros, y nos ha dado la preciosa promesa: "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?". ¡Qué razón tenemos para animarnos! Se nos asegura que el Señor escucha nuestras oraciones. La promesa es: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá". ¿Quién es el que habla? No, es el Redentor del mundo. El que tanto nos amó que murió en el Calvario, para que "todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna."

¿Tomaremos su palabra empeñada como verdad? El Señor escucha nuestras oraciones sinceras y sabe responder, pues nada se le oculta. El salmista dice: "Tú conoces mi abatimiento y mi levantamiento, comprendes mi pensamiento a la distancia. Tú has trazado mi camino y mi reposo, y conoces todos mis caminos. Porque no hay palabra en mi lengua, sino que, he aquí, Señor, tú la conoces toda". El Señor mira el corazón; ve todas sus obras, y "es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros".

El Espíritu Santo indica toda oración auténtica. He aprendido a saber que en todas mis intercesiones el Espíritu intercede por mí y por todos los santos; pero sus intercesiones son según la voluntad de Dios, nunca contrarias a su voluntad. "También el Espíritu ayuda nuestras flaquezas"; y el Espíritu, siendo Dios, conoce la mente de Dios; por tanto, en toda oración nuestra por los enfermos, o por otras necesidades, ha de tenerse en cuenta la voluntad de Dios. "Porque ¿quién conoce las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?"

Así tampoco las cosas de Dios las conoce nadie, sino el Espíritu de Dios". Si somos enseñados por Dios, oraremos en conformidad con su voluntad revelada, y en sumisión a su voluntad que no conocemos. Hemos de suplicar conforme a la voluntad de Dios, apoyándonos en la palabra preciosa, y creyendo que Cristo no sólo se entregó por sino para sus discípulos. El registro declara: "Sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo".

Jesús está esperando para soplar sobre todos sus discípulos, y darles la inspiración de su espíritu santificador, y transfundir la influencia vital de sí mismo a su pueblo. Quiere que comprendan que en adelante no pueden servir a dos señores. Sus vidas no pueden estar divididas. Cristo ha de vivir en sus agentes humanos, y obrar a través de sus facultades, y actuar por medio de sus capacidades. Su voluntad debe someterse a la de él, deben actuar con su espíritu, para que ya no sean ellos los que vivan, sino Cristo quien viva en ellos. Jesús trata de inculcarles el pensamiento de que, al darles su Espíritu Santo, les está dando la gloria que el Padre le ha dado, para que él y su pueblo sean uno en Dios. Nuestro camino y nuestra voluntad deben estar sometidos a la voluntad de Dios, sabiendo que es santa, justa y buena.

Juan dice: "Esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye; y si sabemos que él nos oye, cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hemos deseado." Insistamos mucho en estos puntos ante el pueblo, para que sus ideas se amplíen y su fe aumente. Hay que animarles a pedir mucho y a esperar sin duda las riquezas de su gracia, porque por medio de Jesús podemos entrar en la cámara de audiencias del Altísimo. Por sus méritos tenemos acceso al Padre por un solo Espíritu. ¡Oh, que podamos tener una experiencia más profunda en la oración! Podemos acercarnos a Dios con confianza, sabiendo lo que es tener la presencia y el poder de su Espíritu Santo. Podemos confesar nuestros pecados, y allí mismo, mientras pedimos, saber que Él perdona nuestras transgresiones, porque ha prometido perdonar. Debemos ejercitar la fe y manifestar verdadera seriedad y humildad. Nunca podremos hacerlo sin la gracia del Espíritu Santo. Debemos postrarnos a los pies de Jesús, y no abrigar ningún egoísmo, no revelar ninguna autoalabanza, sino buscar con sencillez al Señor, pidiendo su Espíritu Santo como un niño pequeño pide pan a sus padres.

Debemos actuar nuestra parte, tomar a Cristo como nuestro Salvador personal, y, de pie bajo la cruz del Calvario, "mira y vive." Dios aparta a sus hijos para sí. Y a medida que se conectan con él, tienen poder con Dios, y prevalecen. Por nosotros mismos no podemos hacer nada; pero a través de la gracia de su

Espíritu Santo, la vida y la luz se imparten, y el alma se llena de anhelo, deseo ferviente de Dios, de santidad. Entonces es cuando Cristo nos conduce al trono de la gracia, y nos reviste de su justicia; porque el Señor Dios del cielo nos ama. Seríamos voluntariamente ciegos y obstinados si dudáramos de que su corazón está con nosotros. Mientras Jesús, nuestro Intercesor, suplica por nosotros en el cielo, el Espíritu Santo obra en nosotros, para querer y hacer lo que le place. Todo el cielo está interesado en la salvación del alma. Entonces, ¿qué razón tenemos para dudar de que el Señor nos ayudará y nos ayuda? Los que enseñamos al pueblo debemos tener una conexión vital con Dios. En espíritu y palabra debemos ser para el pueblo como un manantial, porque Cristo es en nosotros una fuente de agua que salta para vida eterna. La tristeza y el dolor pueden poner a prueba nuestra paciencia y nuestra fe; pero el resplandor de la presencia del Invisible está con nosotros, y debemos escondernos detrás de Jesús.

Háblale de coraje a la iglesia; levántalos a Dios en oración. Diles que cuando sientan que han pecado, y no puedan orar, es entonces el momento de orar. Muchos se sienten humillados por sus fracasos, que han sido vencidos por el enemigo en el lugar de vencer. La mundanalidad, el egoísmo y la carnalidad los han debilitado, y piensan que es inútil acercarse a Dios; pero este pensamiento es una de las sugerencias del enemigo. Pueden sentirse avergonzados y profundamente humillados, pero deben orar y creer. Al confesar sus pecados, Aquel que es fiel y justo les perdonará sus pecados, y los limpiará de toda maldad. Aunque la mente pueda divagar en oración, no se desanime, llévela de nuevo al trono, y no deje el propiciatorio hasta que tenga la victoria. No; "esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe". El Señor conoce tu deseo; por fe mantente cerca de él, y espera recibir el Espíritu Santo. El oficio del Espíritu Santo es controlar todos nuestros ejercicios espirituales. El Padre ha dado a su Hijo por nosotros para que, por medio del Hijo, venga a nosotros el Espíritu Santo y nos conduzca al Padre. Por medio de la agencia divina, tenemos el espíritu de intercesión, por el cual podemos suplicar a Dios, como un hombre suplica a su amigo.

10 de octubre de 1892

Recurrir a la fuente de la fuerza

EGW

Ángeles, querubines y serafines se inclinan en santa reverencia ante Dios. "Diez mil veces diez mil y millares de millares" de ángeles rodean el trono y son enviados para servir a los herederos de la salvación. Los principios rectores del trono de Dios son la justicia y la misericordia. Se le llama el trono de la gracia. ¿Quieres recibir iluminación divina? Acude al trono de la gracia. Se te responderá desde el propiciatorio. El Padre y el Hijo han concertado un pacto para salvar al mundo por medio de Cristo. "Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Ningún poder, salvo el de la Omnipotencia, podría hacer un pacto semejante. El arco iris sobre el trono es una señal de que Dios, por medio de Cristo, se compromete a salvar a todos los que creen en Él. El pacto es tan seguro como el trono, y su trono está establecido en la justicia. Entonces, ¿por qué somos tan incrédulos, tan desconfiados? ¿Por qué dudamos con tanta frecuencia y confiamos en Dios tan a duras penas? Cada vez que nos acercamos al trono de Dios para pedir su misericordia, podemos mirar hacia arriba y contemplar el arco iris de la promesa, y encontrar en él la seguridad de que nuestras oraciones serán escuchadas.

Pero que nadie se jacte de que puede transgredir los mandamientos y, sin embargo, recibir el favor de Dios. En el gobierno de Dios, la justicia y la gracia van de la mano. La ley no puede ser transgredida impunemente. La justicia y el juicio son la morada de su trono. En Cristo, la misericordia y la verdad se han encontrado; la justicia y la paz se han besado. Cristo mismo dio la ley desde el monte Sinaí, y no ha disminuido ni una jota ni una tilde de sus exigencias. Ha dado su propia vida para expiar la transgresión de la ley por parte del hombre y para permitirle obedecer sus preceptos. La justicia queda satisfecha con el sacrificio divino. Por los méritos de Cristo, Dios puede ser justo y justificar al pecador que cree en Jesús.

Cristo conoce las pruebas del pecador; conoce sus tentaciones. Tomó sobre sí nuestra naturaleza, fue tentado en todo según nuestra semejanza, y sabe socorrer a los tentados. Ha llorado y conoce nuestros dolores, ha experimentado todas nuestras penas. Para todos los que creen y confían en él, será un escondite contra el viento y un refugio contra la tempestad. Como hombre, Cristo ascendió al cielo. Como hombre, es el sustituto de la humanidad. Como hombre, vive para

interceder por nosotros. Prepara un lugar para todos los que le aman. Como hombre, vendrá de nuevo con poder real y gloria para recibir a sus hijos. Y lo que debe causarnos alegría y acción de gracias es que Dios "ha señalado un día en el que juzgará al mundo con justicia por medio de aquel hombre a quien ha ordenado".

Quienes afirman que no fue posible que Cristo pecara, no pueden creer que tomara sobre sí la naturaleza humana. Cristo fue realmente tentado, no sólo por Satanás en el desierto, sino a lo largo de toda su vida, desde la infancia hasta la madurez. En todo fue tentado como nosotros; y porque resistió con éxito la tentación en todas sus formas, dio al hombre un ejemplo perfecto, y por medio de las amplias provisiones que Cristo ha hecho, podemos llegar a ser partícipes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia. Jesús dice: "Al que venciere, yo le daré que se sienta conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono." He aquí el principio de nuestra confianza, que debemos mantener firme hasta el fin. Si Jesús resistió las tentaciones de Satanás, Él nos ayudará a resistir. Él vino a traer el poder divino para combinarlo con el esfuerzo humano.

Jesús estaba libre de todo pecado y error; no había ni rastro de imperfección en su vida ni en su carácter. Mantuvo una pureza inmaculada en las circunstancias más difíciles. Es cierto que declaró: "No hay más bueno que Uno, que es Dios", pero volvió a decir: "Yo y mi Padre somos uno". Jesús habla de sí mismo y del Padre como Dios, y reclama para sí la justicia perfecta.

En Cristo habitaba corporalmente la plenitud de la divinidad. Por eso, aunque fue tentado en todo según nuestra semejanza, permaneció ante el mundo sin mancha de corrupción, aunque rodeado de ella. ¿No hemos de llegar a ser también partícipes de esa plenitud? y ¿no es así, y sólo así, como podemos vencer como venció Cristo?

Perdemos mucho por no detenernos constantemente en el carácter de Cristo. "Creedme", dice, "que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí; o bien creedme por las mismas obras". "Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad." Jesús dijo a Tomás: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí." Y dice del Espíritu de verdad: "Al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré sin

consuelo; vendré a vosotros". "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí, y yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer." "Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor."

¿Por qué estamos tan embotados para comprender? ¿Por qué no nos aferramos a Jesús y extraemos de él por la fe la fuerza y la perfección de su carácter, como el sarmiento extrae la savia de la vid viva? Hemos de mirar a Jesús, y a medida que las tentaciones nos rodean, subir peldaño a peldaño en la obra de la superación. Permaneciendo en Cristo, nos hacemos uno con él. Entonces estamos seguros, enteramente seguros, contra todos los asaltos de Satanás. Cristo que vive en el alma se revela en el carácter. El hombre no es nada sin Cristo. Pero si Cristo vive en nosotros, obraremos las obras de Dios. Representaremos a Cristo en nuestra vida, hablaremos de Cristo porque meditamos en él. Creceremos en Cristo hasta la plena estatura de hombres y mujeres en entendimiento espiritual.

(Concluido la próxima semana).

17 de octubre de 1892

Recurrir a la fuente de la fuerza

(Concluido.)

EGW

"Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado". El Verbo eterno se hizo carne y habitó entre nosotros. Este tema apagará la incredulidad; y sin embargo, es triste decirlo, pero Jesús ha sido eliminado de muchos discursos predicados por los ministros adventistas del séptimo día. ¿Y por qué? Porque los ministros no tenían a Jesús morando en el corazón por la fe; no estaban revestidos de la justicia de Cristo. Jesús no podía guiarlos junto a aguas tranquilas y a los verdes pastos de su amor incomparable, porque no querían ser guiados. No tenían el amor de Jesús en sus corazones, y es el amor de Jesús el que, como una cadena de oro, une nuestros corazones en la más tierna simpatía con la humanidad, y nos lleva a la unidad completa con cada alma que cree. El Espíritu de Jesús en mi corazón reconocerá a Jesús en los corazones de mis hermanos y hermanas. Nuestras oraciones y esperanzas son una.

Cristo dijo a sus discípulos: "Amamos los unos a los otros, como yo os he amado". ¿Se cumple este mandamiento? ¿Nos amamos unos a otros con ese amor desinteresado que Jesús ha manifestado por nuestras almas? Si somos de Cristo, seremos uno, como Él es uno con el Padre. Su gracia unirá los corazones de sus discípulos. Jesús tomó la naturaleza de la humanidad para revelar al hombre un amor puro y desinteresado, para enseñarnos a amarnos los unos a los otros.

El poder de un Salvador que siempre permanece es mayor ahora que nunca, porque las emergencias son mayores; y sin embargo somos débiles en vida espiritual y experiencia. ¡Oh, cuánto hemos perdido como pueblo por nuestra falta de fe! Hemos sufrido pérdidas en nuestras propias almas, y no hemos sabido revelar a los demás, con nuestras palabras y nuestro carácter, lo que Cristo es y será para todo el que venga a él creyendo. Él es "hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención". Dar gloria a Dios es revelar su carácter en el nuestro, y así darlo a conocer. Y de cualquier manera que demos a conocer al Padre o al Hijo, glorificamos a Dios.

Hoy en día se tienen muchas ideas falsas de Dios y, por tanto, de Cristo. Bien podemos ofrecer la oración de Moisés: "Muéstrame tu gloria". ¿Qué respondió el Señor? - "Haré pasar delante de ti toda mi bondad". Dios podría haber contestado a Moisés: "¿Por qué haces esta pregunta? ¿Acaso no te he revelado mi gloria en la liberación de mi pueblo de la esclavitud egipcia? ¿No te libré con el brazo derecho de mi poder, y te conduje calzado en seco por en medio del Mar Rojo? ¿No te revelé mi gloria dándote pan del cielo? ¿No os hice brotar agua de la piedra? ¿No has contemplado mi gloria en la columna de fuego de noche y en la nube de día?" Moisés podría haber respondido que todo esto sólo encendía su deseo de mayores manifestaciones del poder de Dios. El Señor concedió la oración de Moisés, y desea respondernos de la misma manera. Necesitamos que nuestras percepciones se agudicen, que nuestros corazones se ensanchen, para que podamos comprender su gloria, su bondad, su perdón, su paciencia, su amor inefable.

"Y el Señor pasó delante de él, y proclamó: El Señor, el Señor Dios, misericordioso"-precioso rayo de luz del Sol de Justicia-"y clemente"-otro rayo brillante de la Luz del mundo-"paciente, y abundante en bondad y verdad"-¡oh, qué destellos de su gloria!-"guardando misericordia a millares, perdonando la iniquidad y la transgresión y el pecado." Reúne todos estos preciosos rayos, y habla de ellos, arroja su luz sobre el camino del que camina en tinieblas. Mirad a Cristo, contemplad la atractiva belleza de su carácter, y al contemplarlo seréis transformados a su semejanza. La niebla que se interpone entre Cristo y el alma

se disipará cuando, por la fe, miremos más allá de la sombra infernal de Satanás y veamos la gloria de Dios en su ley y la justicia de Cristo.

Satanás trata de ocultar a Jesús de nuestra vista, de eclipsar su luz, porque cuando vislumbramos su gloria nos sentimos atraídos por él. El pecado oculta a nuestra vista los encantos incomparables de Jesús; los prejuicios, el egoísmo, la justicia propia y la pasión ciegan nuestros ojos, de modo que no discernimos al Salvador. Oh, si por la fe nos acercáramos a Dios, él nos revelaría su gloria, que es su carácter, y la alabanza de Dios brotaría de los corazones humanos, y sería resonada por voces humanas. Entonces dejaríamos para siempre de dar gloria a Satanás pecando contra Dios y hablando duda e incredulidad. Ya no tropezaríamos más refunfuñando, y lamentándonos, y cubriendo el altar de Dios con nuestras lágrimas. Si contempláramos a Jesús, creyendo en sus palabras, reflejaríamos la imagen de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable, ¡y qué ola de gloria fluiría de la tierra al cielo!

La palabra de Dios debe ser exaltada con la pluma y la voz; no la descuidéis; es la mayor insensatez mantener fuera de la vista el maná por el que el mundo está hambriento. No es el plan de Dios que su palabra ocupe un lugar secundario en nuestro sistema de educación. Queremos la palabra de Dios como guía. Es nuestra luz; sin sus rayos divinos andamos a tientas en la oscuridad. Su estudio proporciona una disciplina que fortalece, eleva y enriquece el alma. Nos capacita para toda buena obra y nos guía hacia empresas seguras y elevadas. Es la sabiduría de Dios.

El Espíritu Santo se da a todos los que escuchan su voz; es un purificador, un santificador. Ningún alma está a salvo sin él, porque todos luchan con defectos naturales de carácter, con tendencias pecaminosas. ¿Quién será tan insensato como para pensar que puede luchar sin ayuda contra enemigos que le han superado una y otra vez? El corazón necesita ser constantemente ablandado y subyugado por el Espíritu de Cristo. En contacto con el mundo, o incluso con aquello que tiene que ver con el avance de la causa de Dios, el corazón se endurece y se vuelve egoísta, a menos que se le ponga constantemente en contacto con el corazón del Amor Infinito. La conciencia se vuelve insensible y débil cuando descuidamos recibir los rayos del Sol de Justicia. Aquellos que se halagan a sí mismos de que pueden ocupar su tiempo con seguridad en los negocios, sin tener temporadas especiales de oración ya sea en público o en privado, sin obtener fuerza espiritual de la Fuente de toda luz y poder, están bajo un engaño del enemigo.

Todos deberían temer aceptar y desempeñar cargos de responsabilidad, sin una consagración diaria y horaria a Cristo, una entrega total de la voluntad a Dios. Deberían temer encontrarse con tentaciones a menos que sus almas estén bajo la gracia transformadora de Cristo y estén decididos a preguntar a cada paso: "¿Es éste el camino del Señor?", a preguntar: "Señor, ¿qué quieres que haga?".

24 de octubre de 1892

Parábolas de Cristo

EGW

"Acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? Respondiendo él, les dijo: Porque a vosotros os es dado conocer los misterios del reino de los cielos, pero a ellos no les es dado. Porque al que tiene, se le dará, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Por eso les hablo por parábolas; porque viendo, no ven; y oyendo, no oyen, ni entienden. Y en ellos se cumple la profecía de Isaías, que dice: Oyendo oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no entenderéis; porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y sus oídos se han embotado, y sus ojos se han cerrado; no sea que alguna vez vean con sus ojos, y oigan con sus oídos, y entiendan con su corazón, y se conviertan, y yo los sane."

Jesús dijo a sus discípulos: "Os es dado conocer los misterios del reino de los cielos". No se refería con misterios a las cosas que no se podían entender, sino a las que podía comprender la mente humana cuando era iluminada por el Espíritu de Dios. A los humildes de corazón, que no confiaban en su propia sabiduría o justicia, se les podían revelar los misterios del reino de los cielos. "En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes [los sabios del mundo], y las has revelado a los niños. Así es, Padre, porque así te ha parecido bien. Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar."

"Que nadie se engañe a sí mismo. Si alguno entre vosotros se cree sabio en este mundo, hágase necio para ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es necedad para con Dios. Porque está escrito: El prende a los sabios en su propia astucia. Y también: El Señor conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos. Por tanto, que nadie se gloríe en el hombre. Porque todas las cosas son

tuyas". Nada se le niega al que busca sincera y fervientemente la verdad y la sabiduría. Porque "vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios".

"De lo cual yo soy hecho ministro, según la dispensación de Dios que me ha sido dada para con vosotros, para que se cumpla la palabra de Dios; el misterio oculto desde los siglos y edades, pero manifestado ahora a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; el cual es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre, para lo cual también trabajo, luchando según la operación de él, la cual actúa poderosamente en mí." "Para que sus corazones sean consolados, unidos por el amor, y por todas las riquezas de la plena certidumbre del entendimiento, hasta el conocimiento del misterio de Dios, y del Padre, y de Cristo; en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento."

En su instrucción a sus seguidores, el Señor utilizó escenas de la naturaleza, sucesos de la vida, los hábitos y costumbres del mundo, como ilustraciones para transmitir a las mentes de los hombres el significado de la verdad. Si hubiesen deseado comprender las cosas divinas, habrían podido percibir el significado de sus palabras; porque el divino Maestro estaba siempre dispuesto a explicar lo que enseñaba al investigador honesto de la verdad. En lenguaje figurado presentó a las multitudes lo que pertenecía a su interés eterno. Describió ante ellos los peligros de los tiempos, y aclaró el camino de escape a aquellos que tenían oídos para oír, ojos para ver y un corazón para entender.

Sólo el buscador honesto de la verdad puede ser beneficiado por la presentación de la verdad. Aquellos que no tienen un corazón para recibir la verdad, aunque sea presentada tan claramente, encontrarán una manera de malinterpretar su descripción más clara y evadir sus conclusiones evidentes. Jesús tuvo que enfrentarse a esta clase en su tiempo, como nosotros tenemos que hacerlo hoy. Ellos pervirtieron su palabra, distorsionaron sus expresiones, y presentaron su enseñanza bajo una luz falsa, declarando que la misión que él proclamó que había venido a cumplir, era innecesaria y no se cumpliría. "Sin parábola no les hablaba". De este modo podía presentar las verdades más claras, y los fariseos y saduceos se encontraban en desventaja, pues no podían encontrar defectos en sus palabras ni presentar acusaciones contra él. Sus advertencias, reprimendas y denuncias se hacían en el lenguaje de las parábolas. En figuras y símbolos presentaba los principios de la verdad, y a los que tenían corazón para entender no les quedaba duda del significado de sus palabras, porque el Espíritu Santo

estaba siempre presente para hacer la impresión correcta en el corazón y en la conciencia.

Esta característica de la enseñanza de Jesús se presenta en las palabras del salmista cuando dice: "Abriré mi boca en parábolas, diré cosas que han sido guardadas en secreto desde la fundación del mundo." Las palabras de Cristo estaban necesariamente revestidas de misterio, a fin de que los que le hubieran hecho delincuente por una palabra no tuvieran oportunidad de aprovecharse de su hablar claro. Cristo tuvo que tratar con muchos que oirían y no entenderían, que tendrían ojos y no percibirían, y corazones que se negaban obstinadamente a admitir un rayo de luz celestial. Se aferraban tenazmente a sus viejas tradiciones y supersticiones, y no podían consentir en abandonar las costumbres y hábitos que les habían transmitido sus padres. Su orgullosa justicia propia los fortificaba contra la verdad. No querían admitir que necesitaban un Salvador, ni consentir en alterar el carácter de la instrucción que habían estado dando al pueblo. Cristo enseñó la preciosa verdad de la redención mediante la fe en sí mismo, mediante el inmerecido favor de Dios concedido a los hombres por los méritos de su Hijo unigénito. Su misión en el mundo consistía en revelar a los hombres el carácter de Dios y, mediante la revelación de su amor, ganarlos para el Padre.

Cristo vino a enseñar a los hombres de Dios, y puso de manifiesto el hecho de que todo en la naturaleza enseña de las cosas espirituales y eternas. Al ojo que no se oscurece, al oído que no se cierra, al corazón que no se engruesa por egoísmo, prejuicio y orgullo, las glorias de la naturaleza desvelan las cosas del Padre. "Porque las cosas invisibles de él, desde el principio de la creación del mundo, se ven claramente, siendo entendidas por las cosas hechas, aun su eterno poder y Deidad". Para ilustrar la verdad celestial, Jesús empleó las cosas de la naturaleza e impartió al hombre la iluminación divina. Armonizó la ciencia y la palabra de Dios, conduciendo la mente de la naturaleza al Dios de la naturaleza, y mezclando lo espiritual con lo natural. Tan amplia era su visión de la verdad, tan extensas sus enseñanzas, que cada fase de la naturaleza fue empleada por el gran Maestro para ilustrar la verdad. Las escenas sobre las que el ojo se posa diariamente están todas conectadas con alguna verdad espiritual, de modo que la naturaleza está vestida con las parábolas del Maestro. A través de objetos familiares, atraía las mentes de sus oyentes hacia su tema, y les imprimía una verdad solemne y eterna.

El Señor Jesús fue el hacedor de las cosas del cielo y de la tierra, y el expositor de su propia verdad, e hizo un llamamiento a la naturaleza para que reflejara la

luz de la gloria de Dios. Las aves del cielo, las flores del campo, los árboles del bosque, los campos fructíferos, la tierra estéril, el grano maduro para la hoz, el árbol infructuoso, la salida de la mañana, la puesta del sol, la siembra de la semilla, la recogida de la cosecha, todo era empleado como emblema de la verdad divina. Relacionó las obras visibles del Creador con las palabras de vida, y condujo la mente desde la naturaleza hasta el Dios de la naturaleza. Cada humilde arbusto y cada delicada flor dan testimonio al corazón del amor de Dios. Si el ojo no está cerrado, si el oído no está pesado, si el corazón está abierto para recibir las impresiones del Espíritu divino, la naturaleza hablará de la armonía de lo natural con lo espiritual. Por medio de ilustraciones tomadas del mundo natural, Cristo ha enseñado lecciones de vasta importancia para el alma; y al pensar en sus palabras mientras se contempla el objeto con el cual asoció sus lecciones, el significado divino se hace más claro para la mente, y la verdad de Dios ilumina el entendimiento como un relámpago de luz. Los misterios se aclaran, y lo que era difícil de comprender se hace evidente.

El corazón que no se ha endurecido por el error, ni se ha pervertido por falsas teorías, el corazón que desea honestamente conocer la verdad, aceptará gozoso el mensaje que Cristo trae al alma. Grandes multitudes escuchaban con oído atento las preciosas palabras que caían de los labios de Cristo. Muchos de ellos oían junto al camino, muchos oían en el suelo pedregoso; pero muchos estaban hambrientos y sedientos de un conocimiento de las cosas espirituales, como el que no recibían de los maestros religiosos de la época. En la exposición de la verdad por estos líderes judíos se mezclaban doctrinas y mandamientos de hombres, y sus mandatos estaban cargados de exigencias que el pueblo no podía soportar. El pueblo era como hombres perdidos en una carretera, donde los letreros estaban colocados fuera de su alcance, y las direcciones estaban escritas en un idioma que no podían entender. Pero Jesús, el Maestro más grande que este mundo haya conocido, miró con compasión a la gente, como a ovejas que no tienen pastor, y los invitó a venir a él. Les dijo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". ¿Quién es el que hace este gracioso anuncio, el que extiende a los hombres esta preciosa invitación? "Todas las cosas por él fueron hechas; y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.... Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad".

7 de noviembre de 1892

Parábolas de Cristo

EGW

El Señor tiene verdades trascendentales que revelar a quienes quieran entender las cosas del Espíritu. Sus lecciones son para todos, y adaptadas a las necesidades de todos. Si bien sus lecciones están revestidas de un lenguaje tan sencillo que un niño podría entenderlas, la verdad es tan profunda que el más erudito bien podría quedar encantado y adorar al Autor de una sabiduría incomparable. Aunque el más sabio puede encontrar abundante alimento para el pensamiento en sus palabras más sencillas, el más humilde puede comprender su verdad y adecuar sus promesas a la necesidad del alma. Jesús enseñó a los hombres con el propósito de despertar el deseo de comprender las cosas de Dios, para que pudieran contemplar la excelencia del carácter divino, y solicitar la justicia de Cristo, en la cual podrían ser aceptados ante el Señor Jehová. ¿Tienes un sentido de necesidad en tu alma? ¿Tienes hambre y sed de justicia? Entonces esto es una evidencia de que Cristo ha obrado en tu corazón, y ha creado este sentido de necesidad en tu alma, a fin de que pueda ser buscado para hacer por ti, mediante la dote del Espíritu Santo, aquellas cosas que te es imposible hacer por ti mismo.

Entre las multitudes que escuchaban las palabras de Cristo, había escribas y fariseos, saduceos y ancianos, rabinos y sacerdotes, herodianos y gobernantes. La mayoría de esta clase eran hombres orgullosos, amantes del mundo, intolerantes y ambiciosos, que amaban más la alabanza de los hombres que la aprobación de Dios; porque ignoraban tanto las Escrituras como el poder de Dios. En su ignorancia no tenían escrúpulos en suplantar la enseñanza de los profetas con sus propias exposiciones de la palabra de Dios. Arrancaron la Escritura de su relación con la verdad y la pusieron al servicio de la causa del error. Pero eran sumamente celosos de su posición como maestros del pueblo, y miraban con odio al Maestro divino, que enseñaba como quien tiene autoridad. Sobre todas las cosas deseaban encontrar algo por lo que pudieran acusarle; y con este fin pusieron espías tras su pista para ver si no podían captar algo de sus labios que causara su condenación, y silenciara para siempre a aquel que parecía atraer al mundo en pos de sí. Pero Jesús conocía los corazones de todos, y comprendía el carácter de los hombres que lo observaban con miradas malignas desde las multitudes que se reunían para oír sus palabras, y presentó la verdad de tal manera que no pudieron encontrar nada por lo que pudieran

llevar su caso ante el Sanedrín. En parábolas exponía la hipocresía y las obras perversas de los que ocupaban altos cargos, y revestía de imágenes la verdad de un carácter tan cortante que, de haberlas pronunciado en denuncia directa, habrían puesto fin a su ministerio. Pero mientras eludía a los espías traidores, exponía la verdad tan claramente que el error quedaba de manifiesto, y los honrados de corazón podían discernir fácilmente cuál era la verdad.

Las parábolas de Cristo han sido registradas, y para el buscador honesto y diligente de la verdad, su significado será aclarado, su misterio develado. Los que no buscan la verdad como un tesoro escondido, manifiestan que no desean sinceramente conocer la verdad. Cristo todavía dice a sus verdaderos seguidores: "Os es dado conocer el misterio del reino de los cielos". "Al que tiene se le dará, y tendrá en abundancia". El que responde a la atracción de Cristo, será hallado inquiriendo cuál es la verdad, para que sus pies sean dirigidos por el camino de la justicia. Cristo atrae a todos los hombres, pero no todos responden a su atracción. Aquellos que someten su voluntad a la voluntad de Dios, que están dispuestos a seguir adonde el Espíritu de Dios los guíe, que reciben la luz y caminan en ella, buscarán aún más de la iluminación celestial, y "tendrán más abundancia". Pero quien resiste la atracción del Espíritu de Dios, y rehúsa caminar en la luz, eligiendo caminar en el sendero de su propia selección, no será obligado a ceder en su obstinada voluntad, ni será forzado a caminar en el sendero de la paz y la santidad. Aquellos que siguen este curso son de aquellos que, teniendo ojos, no ven, pero son ciegos a los terribles resultados de su elección, y caminan en chispas de su propia ignición, y se acostarán en tristeza.

Isaías profetizó las tinieblas morales que envolverían a los que se enaltecían en su propia estima; dijo: "Id y decid a este pueblo: Oíd bien, pero no entendáis; y ved bien, pero no percibáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y cierra sus ojos; no sea que vea con sus ojos, y oiga con sus oídos, y entienda con su corazón, y se convierta, y sea sanado." Los dirigentes judíos habían corrompido sus corazones con vanas imaginaciones, con conocimientos terrenales, sensuales y diabólicos; y aunque profesaban creer en el sacrificio típico que había prefigurado al Cordero de Dios a través de todos los siglos desde la caída del hombre, se opusieron a Cristo y rechazaron la Luz del mundo. Como un manto de muerte cubrieron sus almas con el error; y aunque Cristo les presentó el significado interno de la economía judía, para que pudieran discernir que él era el gran Antitipo, cerraron sus ojos, para no percibir, y endurecieron sus corazones, para no entender.

Jesús era el iniciador de la religión de los judíos, y con cuánta claridad podía abrir a la mente el significado de cada sombra y símbolo, y revelar la relación de todo el sistema consigo mismo. Aquello que había sido mal interpretado, lo expuso ante ellos en su clara conexión con la verdad, y aclaró la gloria del servicio levítico. Trató de abrir a los hombres el hecho de que el sistema judío de religión presentaba en tipos y sombras todo el misterio del evangelio. El servicio del pasado no debía despreciarse en modo alguno; porque en Cristo, el tipo se encontraba con el antitipo, y la sombra con la sustancia.

Las lecciones que Cristo presentó en sus palabras de verdad son como perlas preciosas, pues en ellas otorgó a los hombres una posesión inestimable. Mucho de lo que enseñó no se comprende todavía sino vagamente, y la basura del error cubre muchas gloriosas gemas de la verdad. Estas joyas de la verdad deben buscarse con tanta diligencia como se busca un tesoro escondido. Los que conocen el amor de Cristo deben considerarlo como lo hizo el hombre que encontró el tesoro escondido, y por la alegría de haberlo encontrado fue y vendió todo lo que tenía, para poder comprar el campo, y cavar en cada pulgada del mismo para descubrir las ricas vetas de oro y plata. La enseñanza de Cristo es más preciosa que cualquier mina de la tierra, y exige más celo de nuestra parte para buscar las gemas de la verdad que cualquier posesión que podamos conseguir en el mundo. Debemos hacer los esfuerzos más denodados para comprender el pleno significado de la verdad que él quiere transmitir a la mente en parábolas o máximas. El que quiera comprender las cosas espirituales, que cave profundamente en las minas de la verdad.

14 de noviembre de 1892

Los deberes sagrados del hogar

EGW

"Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de longanimidad; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro; como Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de caridad, que es el vínculo de la perfección. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la cual también sois llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. Que la palabra de Cristo habite abundantemente en vosotros con toda sabiduría; enseñándoos y exhortándoos unos a otros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor. Y todo lo que hagáis, sea de palabra o de hecho, hacedlo

todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios y al Padre por medio de él." "Y renovaos en el espíritu de vuestra mente; y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.... Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia; y sean bondadosos unos con otros, misericordiosos, perdonándose unos a otros, como Dios también los perdonó a ustedes por Cristo."

Si somos hacedores de la palabra, llevaremos diariamente la cruz en pos de Jesús, subyugaremos el yo, y así traeremos armonía a la vida del hogar. El tipo más dulce de cielo es un hogar donde preside el Espíritu del Señor. Si se cumple la voluntad de Dios, el esposo y la esposa se respetarán mutuamente y cultivarán el amor y la confianza. Todo lo que pueda dañar la paz y la unidad de la familia debe ser firmemente reprimido, y la bondad y el amor deben ser apreciados. Aquel que manifieste un espíritu de ternura, tolerancia y amor, encontrará que ese mismo espíritu se reflejará en él. Donde reina el Espíritu de Dios, no se hablará de falta de idoneidad en la relación matrimonial. Si Cristo en verdad está formado en el interior, la esperanza de gloria, habrá unión y amor en el hogar. Cristo habitando en el corazón de la esposa, estará de acuerdo con Cristo habitando en el corazón del esposo. Lucharán juntos por las mansiones que Cristo ha ido a preparar para los que le aman.

Aquellos que están constantemente en desacuerdo en la vida hogareña, que no practican las palabras del Señor, no entrarán en las mansiones celestiales, porque encontrarían lo que no es de su gusto incluso en el cielo. El cielo ha de ser el hogar sólo de aquellos que están santificados, refinados y preparados para la sociedad de los santos en luz. Si manifestamos el carácter de Cristo aquí, guardando todos los mandamientos de Dios, seremos animados y bendecidos con vislumbres del agradable hogar en las mansiones que Jesús ha ido a preparar. Los que, por la gracia que se nos ha dado, representen, no sus propias ideas burdas, sus rasgos de carácter peculiares, hereditarios y cultivados objetables, sino el carácter de Cristo, serán habitantes aptos para la ciudad celestial. Nuestros caminos, nuestra voluntad, han de estar sometidos a la voluntad de Dios, han de ser disciplinados por su Espíritu Santo. Si somos corteses y amables en casa, llevaremos el sabor de una disposición agradable cuando estemos lejos de casa. Si manifestamos tolerancia, paciencia, mansedumbre y fortaleza en el hogar, podremos ser una luz para el mundo. El verdadero cristiano dejará de lado toda murmuración y toda queja.

Somos hijos del Rey celestial, miembros de la familia real, herederos de Dios y coherederos con Cristo. Las mansiones que Jesús ha ido a preparar son para recibir sólo a los que son verdaderos, a los que son puros, a los que aman y obedecen sus palabras. En las mansiones de arriba nos reuniremos para no separarnos más. Nos conoceremos en nuestro hogar celestial. Pero si queremos gozar de la bienaventuranza eterna, debemos cultivar la religión en el hogar; porque el hogar ha de ser el centro del afecto más puro y elevado. La paz, la armonía, el afecto y la felicidad deben ser perseverantemente acariciados cada día, hasta que estas cosas preciosas moren en los corazones de los que componen la familia. La planta del amor debe ser cuidadosamente nutrida, de lo contrario morirá. Todo buen principio debe ser cultivado si queremos que prospere en el alma. Lo que Satanás planta en el corazón -envidia, celos, malas conjeturas, malas palabras, impaciencia, prejuicios, egoísmo, codicia y vanidad- debe ser desarraigado. Si se permite que estas cosas malas permanezcan en el alma, darán fruto por el cual muchos serán contaminados. ¡Oh, cuántos cultivan las plantas venenosas, que matan los preciosos frutos del amor y contaminan el alma! Algunos de estos que cultivan el mal, piensan que tienen una carga para las almas. Hacen profesión pública de su amor a Dios y, sin embargo, no ven la necesidad de desherbar el jardín del corazón, de arrancar de raíz toda hierba antiestética e impía, de dejar que los rayos del Sol de Justicia brillen en el templo del alma. No conocen a Jesús. No saben lo que es ser un cristiano práctico, es decir, ser semejante a Cristo.

Hay necesidad de oración, de fe genuina, de esfuerzo paciente e incansable para luchar contra toda mala disposición, a fin de que hasta nuestros pensamientos se sometan a Cristo. Lo que hará hermoso el carácter en el hogar es lo que lo hará hermoso en las mansiones celestiales. La medida de tu cristianismo se mide por el carácter de tu vida hogareña. La gracia de Cristo capacita a sus poseedores para hacer del hogar un lugar feliz, lleno de paz y descanso. A menos que tengáis el Espíritu de Cristo, no sois de los suyos, y nunca veréis en su reino a los santos redimidos, que han de ser uno con él en el cielo de la bienaventuranza. Dios desea que os consagréis enteramente a él, y que representéis su carácter en el círculo del hogar.

Cuando la religión se manifiesta en el hogar, su influencia se sentirá en la iglesia y en el vecindario. Pero algunos que profesan ser cristianos, hablan con sus vecinos acerca de sus dificultades en el hogar. Relatan sus quejas de tal manera que despiertan simpatía por sí mismos; pero es un gran error verter nuestros problemas en los oídos de otros, especialmente cuando muchas de nuestras quejas son fabricadas, y existen debido a nuestra vida irreligiosa y carácter

defectuoso. Aquellos que salen a exponer sus quejas privadas ante los demás, más vale que se queden en casa para orar, para rendir su perversa voluntad a Dios, para caer sobre la Roca y ser quebrantados, para morir al yo a fin de que Jesús pueda hacer de ellos vasos para honra. Cuando el yo es crucificado, y Cristo vive en el alma, ellos abrigarán afectos sinceros y nobles, tales que darán fragancia al carácter, y se revelarán al mundo en palabras y acciones consistentes. Prestemos todos atención a las palabras del Señor: "Ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad hasta el fin la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais en vuestra ignorancia, sino sed santos en toda vuestra manera de vivir, como aquel que os llamó, porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo".

En muchas familias hay una gran carencia a la hora de expresar el afecto de unos por otros. Si bien no hay necesidad de sentimentalismo, sí la hay de expresar el amor y la ternura de una manera casta, pura y digna. Muchos cultivan absolutamente la dureza de corazón, y en palabras y acciones revelan el lado satánico del carácter. Entre marido y mujer, entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas, se debe cultivar siempre el afecto tierno. Toda palabra precipitada debe ser controlada, y no debe haber ni siquiera la apariencia de falta de amor de unos por otros. Es deber de todos en la familia ser agradables, hablar con amabilidad. Los hijos deben respetar y reverenciar a sus padres, y los padres deben manifestar paciencia, bondad y afecto por sus hijos. Cada uno debe procurar por todos los medios agradar y hacer felices a los miembros del círculo familiar.

Nuestras palabras y acciones en el hogar dan testimonio de nuestro verdadero carácter, y están registradas en los libros del cielo. Los actos diarios de la vida dicen la medida y el molde de nuestra disposición y carácter. Cuando falta la religión en el hogar, la profesión de fe carece de valor. Entonces, que no caigan palabras desagradables de los labios de los que componen el círculo del hogar. Haz que la atmósfera sea fragante con tierna consideración hacia los demás. Sólo entrarán en el cielo aquellos que en el tiempo de prueba hayan formado un carácter que respire una influencia celestial. El santo en el cielo debe ser primero un santo en la tierra. Los hábitos del habla, el carácter de nuestras acciones, nos moldean; y lo que cultivamos en nuestra asociación con los demás en esta vida, baja a la tumba con nosotros, y no cambiará cuando salgamos de la tumba. Muchos se engañan pensando que el carácter será transformado en la venida de Cristo; pero no habrá conversión del corazón en su aparición. Aquí debemos arrepentirnos de nuestros defectos de carácter, y mediante la gracia de Cristo

debemos vencerlos mientras dure la probación. Este es el lugar para prepararnos para la familia de arriba.

Entonces, padres y madres, esposos y esposas, hermanos y hermanas, no os eduquéis en la línea de la vulgaridad de acción, palabra o pensamiento. Dichos groseros, bromas bajas, falta de educación y verdadera cortesía en la vida hogareña, se convertirán en una segunda naturaleza para vosotros, y os incapacitarán para la sociedad de aquellos que se están santificando a través de la verdad. El hogar es un lugar demasiado sagrado para ser contaminado por la vulgaridad, la sensualidad, la recriminación y el escándalo. Callad la mala palabra, alejad el pensamiento impío; porque el Testigo Verdadero pesa cada palabra, fija un valor a cada acción, y declara: "Conozco tus obras." Entonces, que el amor, la verdad, la bondad y la paciencia sean las plantas preciosas que cultivarás en el jardín del corazón. "Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. Y no nos cansemos de hacer el bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos. Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe."

21 de noviembre de 1892

Hacer todas las cosas según el modelo

EGW

Cuando hubo de construirse el santuario, el Señor dio instrucciones a Moisés, diciendo: "Mira que los hagas conforme al modelo que te fue mostrado en el monte". Moisés estaba lleno de celo para hacer la obra de Dios. Los hombres más talentosos y hábiles estaban a sus órdenes para llevar a cabo sus sugerencias; y, sin embargo, no le fue dado hacer ni una campana, ni una granada, ni una borla, ni un fleco, ni una cortina, ni ningún vaso del santuario, sino conforme al modelo que se le había mostrado como ideal de Dios. Dios lo llamó al monte y le reveló las cosas celestiales. El Señor lo cubrió para que pudiera ver a Dios y vivir, y contemplar las cosas que Dios habría hecho según el modelo. Durante cuarenta días estuvo en comunicación directa con Dios; y cuando descendió del monte, su rostro resplandecía de gloria, y estaba dispuesto a dar instrucciones sobre cómo debía hacerse el santuario según el modelo que se le había mostrado en el monte.

Es en el descuido de seguir las direcciones exactas de la palabra de Dios que muchos yerran. Se apartan de los planes de Dios para seguir sus propias ideas. Cristo mismo declaró: "El Hijo del Hombre no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo". Tan completamente se vació de sí mismo que no hizo planes para sí mismo. Aceptó el plan de Dios para él, y día a día el Padre desplegó sus planes. Si Jesús era tan totalmente dependiente, declarando: "No hago nada por mí mismo", cuánto más deberían los agentes humanos depender de Dios para recibir instrucción constante, de modo que sus vidas fueran la simple realización de la voluntad de Dios. ¡Oh, que los mortales fracasados y errantes se contentasen con buscar la sabiduría de Dios, y fuesen enteramente sumisos en poner en práctica sus instrucciones, en ejemplificar su carácter! Si alguna vez los mortales necesitaron enviar al cielo un grito ferviente: "Señor, muéstrame tu camino; enséñame el camino del Señor", es ahora. Sólo tendrán aptitud para las mansiones de arriba quienes presten a Dios obediencia plena e implícita. Dios sabe que no apreciaríamos sus más raros dones si no fuésemos perfectamente sumisos a su voluntad.

Y en guardar el camino del Señor hay gran recompensa. Seremos tentados por el adversario de las almas a desviarnos del camino de Dios, a descuidar el escudriñar las Escrituras para que podamos descubrir si estamos caminando en las chispas de nuestro propio fuego, o buscando la luz que Dios nos ha dado. ¡Oh, que seamos vasos para honra, preparados para el uso del Maestro! ¡Oh, que la obra de la gracia de Dios pueda avanzar de tal manera en nuestros corazones que lleguemos a ver los encantos incomparables que se revelan en Jesús!

Cualquiera que sea nuestro temperamento, hemos de formar un carácter según el Modelo divino; no tenemos excusa para retener el molde y la inscripción de nuestra naturaleza; porque Cristo ha muerto para que tengamos su molde y su inscripción. No podemos retener el yo y estar llenos de la plenitud de Dios. Debemos vaciarnos de nosotros mismos. Si al fin alcanzamos el cielo, será sólo mediante la renuncia al yo y la recepción de la mente de Cristo. El orgullo y la autosuficiencia deben ser crucificados, y el vacío suplido con el Espíritu y el poder de Dios. ¿Estamos dispuestos a pagar el precio que se nos exige por la vida eterna? ¿Estamos dispuestos a sentarnos y contar el costo, y concluir que el cielo vale el sacrificio de morir al yo, de hacer que nuestra voluntad esté en perfecta conformidad con la voluntad de Dios? Hasta que no estemos dispuestos, la gracia transformadora de Dios no se manifestará en nosotros. Cuando presentemos a Dios nuestra naturaleza vaciada, Él llenará con su

Espíritu Santo el vacío producido por la renuncia a nosotros mismos, y nos dará su plenitud. El Señor no quiere que perezamos. Quiere que consagremos a su servicio todo lo que hay en nosotros, pues desea bendecirnos más de lo que nosotros deseamos ser bendecidos. Quiere que permanezcamos en Cristo, recibamos su bendición y la difundamos a otros mientras vivimos, para que podamos disfrutar de una eternidad bendita. La vida es corta, pero la eternidad es interminable.

Deberíamos preguntarnos: ¿Para qué vivimos y trabajamos? ¿Y cuál será el resultado de todo ello? Necesitamos diariamente la religión de Jesucristo; porque todo lo que hacemos o decimos queda bajo la mirada de Dios. "Somos hechos espectáculo al mundo, y a los ángeles, y a los hombres". Lo que somos en el fondo, lo revelamos en la vida. Nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestras acciones, son el resultado de lo que somos; y nuestra influencia es un sabor de vida para vida, o de muerte para muerte, según permanezcamos o no en Cristo. En el juicio nos encontraremos cara a cara con aquellos a quienes hemos tenido la oportunidad de ayudar dirigiéndolos, por medio de palabras escogidas de consejo, hacia caminos correctos y seguros. Si tenemos una conexión diaria con Dios, tendremos un interés vivo y permanente en la salvación de las almas de los hombres, y nuestra influencia será un sabor de vida para vida.

El Señor nos ha bendecido con la luz de la verdad, y debemos dejar que esa luz se vea, siendo hacedores de la palabra. Debemos dejar que los rayos brillantes de la palabra de Dios se extiendan a otros, para alegrar y bendecir a todos los que están en la casa. Si no tenemos aceite en nuestras vasijas, aceptando la gracia de Cristo, que nos es abundantemente provista, nuestra luz arderá tenuemente y, si la descuidamos, se apagará. Pero si del tesoro del corazón sacas cosas buenas, entonces tu luz brilla para los que están en tinieblas. Si, en cambio, te complaces en frases vulgares y palabras necias, sacas del tesoro del corazón cosas malas, y las tinieblas se ciernen sobre tu alma y sobre las almas de los demás; porque las malas palabras producen una cosecha semejante a la suya. Las malas palabras hacen más mal de lo que te imaginas; son semillas sembradas para producir una cosecha, y tu influencia como cristiano se debilita. Las bromas tontas y ociosas no exaltan el carácter de Cristo; y cuando él no es exaltado, las almas no son atraídas hacia él. El Señor Jesús te llama a que te coloques en el canal de la luz, para que aparezca el resultado de una fe completa en Cristo como tu Salvador personal. El cristianismo no es para ponérselo y quitárselo a voluntad, sino que ha de ser nuestro adorno constante; hemos de estar vestidos con la justicia de Cristo como una vestidura.

Que nadie le robe a Dios el servicio que requiere. El servicio a medias no tiene ningún valor. ¿No hemos intentado nuestro propio camino una y otra vez, y hemos descubierto que no era más que necesidad? Al seguir nuestro juicio independiente, ¿no hemos dicho virtualmente: "Señor, no quiero tu camino, porque no me agrada; quiero mi propio camino; y si no puedo hacer lo que me agrada, no te serviré"? ¿Cuántos han dejado ir a Cristo, para seguir sus propios planes? ¿Acaso Cristo, la Majestad del cielo, se salió con la suya? Contempladle con dolores de alma en Getsemaní, orando a su Padre. ¿Qué forzó esas gotas de sangre de agonía de su santa frente? ¡Oh, los pecados del mundo entero están sobre él! Fue la separación del amor del Padre lo que obligó a sus labios pálidos y temblorosos a exclamar: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz". Tres veces fue ofrecida la oración, pero fue seguida por: "Sin embargo, no se haga mi voluntad, sino la tuya, oh Dios". Esta debe ser nuestra actitud: "No se haga mi voluntad, sino la tuya, oh Dios". Esta es la verdadera conversión.

La iglesia de Cristo ha de representar su carácter. Sus miembros, si sus nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero, estarán unidos por una conexión vital con Cristo, como el pámpano está unido a la vid viva. Jesús dice: "Por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados por la verdad". Cristo se dedicó por entero a la obra de salvar almas. Abandonó las glorias del cielo, revistió su divinidad de humanidad y se sometió al dolor, a la vergüenza, al oprobio, al abuso, a la negación y a la crucifixión. Aunque tenía toda la fuerza de la pasión de la humanidad, nunca cedió a la tentación de hacer lo que no era puro y elevador y ennoblecedor. Él dice. "Yo me santifico, para que ellos también se santifiquen". Se entregó enteramente a Dios en un sacrificio infinito para redimir al mundo. ¡Qué totalidad en su vida, en su carácter! El plan de salvación, ideado antes del comienzo de los tiempos, expresa el amor de Cristo al hombre, la devoción del Hijo a la gloria del Padre. "A fin de que ahora los principados y las potestades en los lugares celestiales manifiesten por medio de la Iglesia la multiforme sabiduría de Dios, según el propósito eterno que se propuso en Cristo Jesús, Señor nuestro". Este propósito eterno encarnó ante el universo la gloria del amor divino en la salvación del hombre.

Encargado de su excelsa misión, Jesús vino al mundo como representante visible del Dios invisible. Dijo a Felipe: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y aún no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre? ... Desde ahora le conocéis y le habéis visto". "Yo y mi Padre somos uno". ¡Qué altura, y profundidad, y

amplitud de sentido en las palabras del Salvador! Están revestidas de un poder misterioso que sólo puede discernirse espiritualmente.

28 de noviembre de 1892

Representar a Cristo ante el mundo

EGW

Para salvar al hombre caído, bajo el sentido de la infinita magnitud de la tarea, Cristo se comprometió a representar ante el mundo el carácter de Dios en su gran amor por el mundo. No permitió que nada desviara su atención ni por un momento. Su único esfuerzo fue llevar a cabo el plan de Dios trazado antes de la fundación del mundo. Dijo Cristo: "Por eso me ama mi Padre, porque yo pongo mi vida para volverla a tomar". "Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre; y doy mi vida por las ovejas". Es decir: "Tanto os ha amado mi Padre, que aún me ama más a mí por dar mi vida para redimiros". Al convertirme en vuestro sustituto y fiador, al entregar mi vida, al asumir vuestras responsabilidades, vuestras transgresiones, me hago querer por mi Padre; porque por mi sacrificio se cumple su voluntad, se vindica su ley, y Dios puede ser justo y, sin embargo, justificar al que cree en Jesús."

Este es un amor que sobrepasa todo conocimiento. ¿No nos llenaremos de asombro ante las asombrosas riquezas de la gracia de Cristo? Sólo Jesús podía hacer la obra. Conociendo la altura y la profundidad del amor de Dios, se comprometió a venir al mundo para manifestarlo a los pecadores. Nada menos que el sacrificio infinito hecho por Cristo en favor del hombre caído podía expresar el amor de Dios a la humanidad perdida. Es imposible para nosotros concebir las riquezas de su gracia abundantemente provista para todos los que creen en Cristo. Y habiendo él mismo representado así el amor del Padre, ha encomendado a los que creen en él que representen su carácter al mundo, y reflejen así la gloria de Dios en su propio carácter.

Jesús dice: "Como tú me has enviado al mundo, así también yo los he enviado al mundo", para que sean testigos de mí. Cristo llama a cada uno de sus seguidores a representar su bondad, su misericordia y su amor al mundo, como él ha representado el amor del Padre. A los que creen en él como Salvador personal, los ha hecho partícipes de la naturaleza divina, para que no perezcan, sino que tengan vida eterna; y los que se salvan por su gracia han de revelar su poder a los demás, para que otros se salven por medio de ellos. Todos los que

se convierten de verdad reciben de Dios el encargo de ser portadores de luz para el mundo.

"Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios." Es el privilegio y el deber de cada hijo de Dios obtener día a día una experiencia viva en las cosas de Cristo. Mediante una conexión con Cristo, hemos de salir en su Espíritu, con su mente, como agentes que cooperan con lo divino, para llevar al mundo el mensaje del amor de Dios al hombre. Hemos de proclamar que Cristo es nuestro abogado, que el arco de la promesa rodea el trono, que el Señor está esperando para ser clemente. Esta obra no debe dejarse de lado porque exige abnegación y sacrificio. Mirando al Autor y Consumador de nuestra fe, debemos ver en él nuestro modelo, y modelar nuestra vida según el ejemplo que nos ha dado.

Todas las inteligencias celestiales miran con intenso interés lo que las agencias humanas harán en este tiempo. Como espíritus ministradores enviados para ministrar a los que serán herederos de la salvación, miran con anhelante deseo al mundo por quien Cristo murió. Saben que Jesús ha muerto para que el mundo crea en él y no perezca, sino que tenga vida eterna. Saben que Jesús dice ahora a los sinceros y creyentes: Vosotros os habéis entregado a mí, y yo os he entregado al mundo como mis representantes. Ya no seréis niños zarandeados y llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina. Vosotros sois mis testigos, dedicados a mí, para que salgáis a representar el carácter misericordioso de Dios".

Cuando por la fe comprendamos lo que Jesús ha hecho por nosotros, toda dureza de corazón se derretirá bajo la influencia suavizadora y subyugadora de su incomparable amor, y llevaremos en el cuerpo la muerte del Señor Jesús. Sentiremos entonces que tenemos la obligación de esforzarnos al máximo de nuestra capacidad, para que nuestro talento pueda ser puesto al más alto servicio para difundir la luz y la gracia que hemos recibido. No se exhibirá una disposición a derribar, sino la mente y el espíritu que moran en Cristo Jesús, a restaurar, a edificar. Jesús fue una fuente de misericordia sanadora para la salvación del mundo; porque por precepto y ejemplo representó la justicia y el amor de Dios a los hombres. Cuando la naturaleza del hombre sea renovada por la gracia, estará lleno de ternura, simpatía y amor. Así el carácter de Dios será revelado al mundo tal como es, y Satanás no podrá sujetar las mentes de toda la

humanidad en su trampa, cargando a Dios con sus propios atributos y tergiversando su carácter.

Jesús no pudo expresar con palabras al entendimiento del hombre el amor del Padre; sólo pudo decir: "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna." Pero expresó el amor de Dios en sus acciones. Nunca podremos igualar la bondad y el amor de Jesús, pero él llama a cada hombre y mujer, joven y niño, a contemplarlo, y al contemplar su perfección de carácter, a transformarse a su imagen. Llama a cada talento a ejercitarse para copiar el Modelo. Cristo murió para salvar al hombre, y nos llama a vivir como viendo a Aquel que es invisible, para que podamos salvar almas. Entonces busca al Señor con más fervor. La vida eterna a la diestra de Dios merece un esfuerzo de toda la vida, perseverante e incansable. Mira a la cruz del Calvario, y no seas más tibio. Es la vida o la muerte para cada uno de nosotros; y cuando lo entreguemos todo, entonces Jesús abrirá caminos para que podamos servirle con todas las fuerzas de nuestro ser. El Señor quiere que recojamos los rayos de luz y seamos testigos de Cristo.

Dice el profeta: "Entonces los que temían a Jehová hablaron muchas veces entre sí; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito delante de él un libro de memoria para los que temían a Jehová, y para los que pensaban en su nombre. Y serán míos, dice Jehová de los ejércitos, en aquel día en que yo componga mis joyas; y los perdonaré, como el hombre perdona a su propio hijo que le sirve. Entonces volveréis y discerniréis entre el justo y el impío, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve."

La iglesia puede ser individualmente todo lo que profesa ser; pues si busca al Señor de todo corazón, será llena del Espíritu. Jesucristo es el Modelo, y todo el que copie el Modelo estimará el valor de su propia alma como posesión adquirida de Cristo. Verá que el Señor requiere que todos los miembros de su iglesia, como agencias humanas vivientes, ejerzan una influencia santificada en unidad para edificar el reino del Redentor en la tierra. La inacción descuidada, la indolencia, la negligencia en mejorar una sola facultad y capacidad encomendada que podría haberse empleado para bendecir a la humanidad, priva al mundo de la prometida influencia del Espíritu Santo, que podría haber acompañado con su presencia al testigo viviente de Dios. Un mensaje del cielo es enviado al mundo por aquellos a quienes el Señor ha llamado. Deben dar a conocer la salvación de Dios, para que, por el testimonio de los santificados, muchos se salven.

5 de diciembre de 1892

El camino hacia Cristo

Los mandamientos de Dios son amplios y de gran alcance; en pocas palabras despliegan todo el deber del hombre. "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.... Amarás a tu prójimo como a ti mismo". En estas palabras está comprendida la longitud y la anchura, la profundidad y la altura de la ley de Dios; porque Pablo declara: "El amor es el cumplimiento de la ley". La única definición que encontramos en la Biblia para el pecado es que "el pecado es la transgresión de la ley". La palabra de Dios declara: "Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios". "No hay quien haga el bien, ni aun uno". Muchos se engañan con respecto a la condición de sus corazones. No se dan cuenta de que el corazón natural es engañoso sobre todas las cosas, y perverso. Se envuelven en su propia justicia, y se satisfacen con alcanzar su propia norma humana de carácter; pero cuán fatalmente fracasan cuando no alcanzan la norma divina, y por sí mismos no pueden satisfacer los requisitos de Dios.

Podemos medirnos por nosotros mismos, podemos compararnos entre nosotros, podemos decir que lo hacemos tan bien como éste o aquél, pero la pregunta a la que el juicio pedirá respuesta es: ¿Cumplimos las exigencias del alto cielo? ¿Alcanzamos la norma divina? ¿Están nuestros corazones en armonía con el Dios del cielo?

La familia humana ha transgredido todos la ley de Dios, y como transgresores de la ley, el hombre está arruinado sin remedio; porque es enemigo de Dios, sin fuerzas para hacer nada bueno. "La mente carnal es enemistad contra Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede". Mirándose en el espejo moral -la santa ley de Dios-, el hombre se ve pecador, y se convence de su estado de maldad, de su condenación sin esperanza bajo el justo castigo de la ley. Pero no ha sido abandonado en el estado de desesperación en el que el pecado lo ha sumido, porque fue para salvar al transgresor de la ruina que Aquel que era igual a Dios ofreció su vida en el Calvario. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna".

Jesús era la majestad del cielo, el comandante amado de los ángeles, que se deleitaba en hacer su voluntad. Era uno con Dios, "en el seno del Padre", y sin embargo no le parecía cosa de desear ser igual a Dios mientras el hombre estaba perdido en el pecado y la miseria. Se bajó de su trono, dejó su corona y su cetro

real, y revistió su divinidad de humanidad. Se humilló a sí mismo hasta la muerte de cruz, para que el hombre pudiera ser exaltado a sentarse con Él en su trono. En él tenemos una ofrenda completa, un sacrificio infinito, un poderoso salvador, que puede salvar hasta el extremo a todos los que por él se acercan a Dios. En el amor viene a revelar al Padre, a reconciliar al hombre con Dios, a hacer de él una criatura nueva, renovada a imagen de Aquel que lo creó.

Jesús es nuestro sacrificio expiatorio. No podemos hacer expiación por nosotros mismos; pero por la fe podemos aceptar la expiación que se ha hecho. "Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios". "No fuisteis rescatados con cosas corruptibles, ... sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación". Fue mediante un sacrificio infinito y un sufrimiento inefable como nuestro Redentor puso la redención a nuestro alcance. Estuvo en este mundo sin honra y desconocido, para, mediante su maravillosa condescendencia y humillación, exaltar al hombre a recibir honores eternos y alegrías inmortales en los atrios celestiales. Durante sus treinta años de vida en la tierra, su corazón se estrujó con una angustia inconcebible. El camino desde el pesebre hasta el Calvario estuvo ensombrecido por el dolor y la tristeza. Era un hombre de dolores y estaba familiarizado con la pena, soportando tal dolor que ningún lenguaje humano puede describir. Pudo haber dicho en verdad: "Mirad, y ved si hay dolor semejante a mi dolor". Odiando el pecado con un odio perfecto, reunió en su alma los pecados de todo el mundo. Sin culpa, llevó el castigo de los culpables. Inocente, se ofreció como sustituto del transgresor. La culpa de cada pecado pesaba sobre el alma divina del Redentor del mundo. Los malos pensamientos, las malas palabras, las malas acciones de cada hijo e hija de Adán, exigían retribución sobre sí mismo, porque se había convertido en el sustituto del hombre. Aunque la culpa del pecado no era suya, su espíritu fue desgarrado y herido por las transgresiones de los hombres, y el que no conoció pecado se hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.

Voluntariamente nuestro divino sustituto desnudó su alma a la espada de la justicia, para que no perezcamos, sino que tengamos vida eterna. Dijo Cristo: "Yo pongo mi vida para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo la pongo por mí mismo. Tengo poder para entregarla, y tengo poder para volverla a tomar". Ningún hombre de la tierra o ángel del cielo podría haber pagado la pena por el pecado. Jesús era el único que podía salvar al hombre rebelde. En Él se conjugaron la divinidad y la humanidad, y esto fue lo que dio eficacia a la

ofrenda en la cruz del Calvario. En la cruz se encontraron la misericordia y la verdad, se besaron la justicia y la paz.

Cuando el pecador contempla al Salvador muriendo en el Calvario, y se da cuenta de que el que sufre es divino, pregunta por qué se hizo este gran sacrificio, y la cruz señala la santa ley de Dios que ha sido transgredida. La muerte de Cristo es un argumento irrefutable sobre la inmutabilidad y la justicia de la ley. Al profetizar sobre Cristo, Isaías dice: "Él engrandecerá la ley y la hará honorable". La ley no tiene poder para perdonar al malhechor. Su oficio es señalar sus defectos, para que pueda darse cuenta de su necesidad de Uno que es poderoso para salvar, su necesidad de Uno que se convierta en su sustituto, su garantía, su justicia. Jesús satisface la necesidad del pecador, porque ha tomado sobre sí los pecados del transgresor. "Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados". El Señor podría haber cortado al pecador y haberlo destruido por completo, pero eligió el plan más costoso. En su gran amor, da esperanza al que no la tiene, dando a su Hijo unigénito para que cargue con los pecados del mundo. Y puesto que ha derramado todo el cielo en ese rico don, no negará al hombre ninguna ayuda necesaria para que pueda tomar la copa de la salvación y convertirse en heredero de Dios, coheredero con Cristo.

Cristo vino a manifestar el amor de Dios al mundo para atraer hacia sí los corazones de todos los hombres. Dijo: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí". El primer paso hacia la salvación es responder a la atracción del amor de Cristo. Dios envía un mensaje tras otro a los hombres, rogándoles que se arrepientan, para poder perdonar y escribir el perdón en sus nombres. ¿No habrá arrepentimiento? ¿Serán desatendidas sus súplicas? ¿Serán ignoradas sus ofertas de misericordia y rechazado por completo su amor? Oh, entonces el hombre se apartará del medio por el cual puede obtener la vida eterna; ¡pues Dios sólo perdona a los penitentes! Por la manifestación de su amor, por la súplica de su espíritu, llama a los hombres al arrepentimiento; porque el arrepentimiento es el don de Dios, y a quien perdona, primero lo hace penitente. La alegría más dulce viene al hombre por su sincero arrepentimiento hacia Dios por la transgresión de su ley, y por la fe en Cristo como Redentor y Abogado del pecador. Para que los hombres comprendan la alegría del perdón, la paz de Dios, Cristo los atrae mediante la manifestación de su amor. Si responden a su atracción, sometiendo su corazón a su gracia, Él los conducirá, paso a paso, al pleno conocimiento de sí mismo, y esto es la vida eterna.

Pero Satanás no permitirá que un alma escape del cautiverio del pecado si por cualquier medio puede impedirlo. Aunque todo el cielo ha sido derramado en un rico don -pues cuando Dios dio a su Hijo, dio el don más selecto del cielo, y los tesoros del cielo están a nuestras órdenes-, para el alma arrepentida el enemigo tratará de representar a Dios como severo e inexorable, poco dispuesto a perdonar al transgresor. En diferentes ocasiones me han llegado cartas de personas que estaban desesperadas por sus pecados. Uno y otro han escrito: "Me temo que ya no tengo remedio. ¿Hay alguna esperanza para mí?". A estas pobres almas se les ha dado el mensaje: "Esperad en Dios. El Padre tiene pan de sobra. Levántate y ve a tu Padre. Él te encontrará muy lejos. Te dará su amor y su compasión".

Cuando el enemigo venga como una inundación, y trate de abrumarte con el pensamiento de tu pecado, dile: "Sé que soy pecador. Si no lo fuera, no podría acudir al Salvador; porque Él dice: 'No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento'. Y porque soy pecador, tengo derecho a acudir a Cristo. Soy pecador y estoy contaminado, pero él sufrió la humillación y la muerte, y agotó la maldición que me pertenece. Vengo. Creo. Reclamo su promesa segura: "Todo el que cree en él no perecerá, sino que tendrá vida eterna".

¿Será rechazada semejante súplica hecha con contrición de alma? El sufrimiento y la muerte de Cristo demuestran su amor sin límites hacia el hombre. Quiere y puede salvar perpetuamente a todos los que por él se acercan a Dios.

Entonces, como un niño pequeño, acércate a Dios, presentándote como suplicante a sus pies; porque no necesitamos subir a los cielos para hacer descender a Jesús; ni a la tierra para hacerlo subir; porque Él está siempre cerca de nosotros. Él dice: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, cenaré con él y él conmigo". ¡Cuán dispuesto está Cristo a tomar posesión del templo del alma si se lo permitimos! Se le representa esperando y llamando a la puerta del corazón. Entonces, ¿por qué no entra? Porque el amor al pecado ha cerrado la puerta del corazón. En cuanto consentimos en renunciar al pecado, en reconocer nuestra culpa, la barrera desaparece entre el alma y el Salvador.

<https://secabipministerio.wixsite.com/scbp>